

VOYAGES

EXCENTRIQUES

PAUL D'IVOI

se

# Corsario TRIPLÉX



EDICIÓN ILUSTRADA

Lectulandia

*Corsario Triplex* (*Corsaire Triplex* en el original francés) es el quinto volumen de la serie de novelas de aventuras *Viajes excéntricos* (*Voyages Excentriques*), obra de Paul D'Ivoi. Desde un principio, la novela fue publicada por partes. Así, su primera edición (Société d'Édition et de Librairie/Ancienne librairie Furne, 1898) constó de dos volúmenes: «L'Ennemi Invisible» y «L'Île d'Or». En su segunda edición (Combet et cie./Ancienne librairie Furne, Bibliothèque pour tous, 1901), también contó con dos volúmenes, titulados ésta vez: «Le Corsaire Invisible» y «Triplex». Posteriormente, la obra fue reimpresa en numerosas ocasiones, tanto en volumen único como en partes; hubo incluso un serial de seis entregas bajo el título genérico de «Les Lavarède» (Éditions Georges Fayard, Librairie Universelle Illustrée-Bibliothèque choisie de Paul D'Ivoi, 1903). Entre 1936 y 1939, la obra apareció dividida en tres volúmenes (Boivin et cie./Ancienne librairie Furne): «Corsaire Triplex», «L'Ennemi Invisible», y «L'Île d'Or».

Entre 1910 y 1920 (las fuentes son ambiguas al respecto) apareció la primera y única traducción castellana de la obra, publicada por Saturnino Calleja Editor en su colección semanal *La Novela De Ahora*, en los números 61, 62 y 63; 3.<sup>a</sup> época, Año IV.

La presente edición digital de *Corsario Triplex*, de Paul D'Ivoi, reproduce el texto publicado en la colección *La Novela De Ahora* de Saturnino Calleja Editor, en sus números 61, 62 y 63, traducción fiel del original francés. Se ha procurado respetar el uso de vocablos y topónimos obsoletos, por considerarlos una singularidad de la época. De igual modo se ha conservado el nombre de Lucía, en lugar del Lotia original. No obstante, ha habido algunas correcciones cuando resultaba evidente que se trataba de erratas, y se han variado algunos nombres y expresiones que diferían del original francés. Así, se ha añadido el acento al apellido Lavarède, que había desaparecido injustificadamente, y se ha retirado el de Joé Pritchell por inexacto (Joë en el original francés); se ha cambiado Brinxton-Mounts por Brimstone-Mounts, que es el topónimo correcto; y se ha preferido la expresión ¡Puff over! (como aparece en el original francés) en lugar de ¡Puffover! o ¡Puffower! (como aparece en la traducción): éstos son sólo algunos ejemplos. Asimismo, se ha procurado adaptar la ortografía a los usos actuales.

Las ilustraciones que acompañan los textos son todas originales, y proceden tanto de la edición francesa de 1898 como de la citada edición de *La Novela De Ahora*. Respecto a estas ilustraciones, conviene puntualizar que las procedentes de la traducción, obra de Manuel Picolo, están completas. Sin embargo, de las de la edición original de 1898, obra de Louis Tinayre, sólo

aparece una selección, por no haberlas conseguido todas (120 según una publicidad de la época), y porque muchas de ellas no reunían una calidad de reproducción aceptable. Se observará que el aspecto de los personajes varía según el artista; así, Tinayre representa a *sir* Toby Allsmine con barba rubia, mientras que Picolo le adjudica un bigote oscuro.

No conocemos ediciones modernas en castellano además de esta edición digital que presentamos aquí.

**Lectulandia**

Paul D'Ivoi

# **Corsario Triplex**

ePub r1.0

Titivillus 04.09.18

Título original: *Corsaire Triplex*  
Paul D'Ivoi, 1898  
Escaneo y ocr: capitán rojo  
Colaborador: Rebornbear (editor digital original)  
Retoque de cubierta: Rbear

Editor: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## *Advertencia del Editor Digital*

La presente edición digital de CORSARIO TRIPLEX, de Paul D'Ivoi, reproduce el texto publicado en LA NOVELA DE AHORA, en sus números 61, 62 y 63; traducción fiel del original francés. Se ha procurado respetar el uso de vocablos y topónimos obsoletos, por considerarlos una singularidad de la época. De igual modo se ha conservado el nombre de *Lucía*, en lugar del *Lotia* original. No obstante, ha habido algunas correcciones cuando resultaba evidente que se trataba de erratas, y se han variado algunos nombres y expresiones que diferían del original francés. Así, se ha añadido el acento al apellido *Lavarède*, que había desaparecido injustificadamente, y se ha retirado el de *Joé Pritchell* por inexacto (*Joë* en el original francés); se ha cambiado *Brinxtone-Mounts* por *Brimstone-Mounts*, que es el topónimo correcto; y se ha preferido la expresión *¡Puff over!* (como aparece en el original francés) en lugar de *¡Puffover!* o *¡Puffower!* (como aparece en la traducción): éstos son sólo algunos ejemplos. Asimismo, se ha procurado adaptadar la ortografía a los usos actuales.

Las ilustraciones que acompañan los textos son todas originales, y proceden tanto de la edición francesa de 1898 como de la citada edición de LA NOVELA DE AHORA. Respecto a estas ilustraciones, conviene puntualizar que las procedentes de la traducción, obra de Manuel Picolo, están completas. Sin embargo, de las de la edición original de 1898, obra de Louis Tinayre, sólo aparece una selección, por no haberlas conseguido todas (eran 120 según una publicidad de la época), y porque muchas de ellas no reunían una calidad de reproducción aceptable. Se observará que el aspecto de los personajes varía según el artista, así, Tinayre representa a *sir* Toby Allsmine con barba rubia, mientras que Picolo le adjudica un bigote oscuro.

El título genérico de la obra en la traducción castellana de LA NOVELA DE AHORA era *El Corsario Invisible*. En esta edición se ha reservado dicho título para la primera de las partes (tal como figura en alguna de las primeras publicaciones francesas), restituyéndose para el conjunto el título original de CORSARIO TRIPLEX.



# *CORSARIO TRIPLEX*

*Paul D'ivoi*



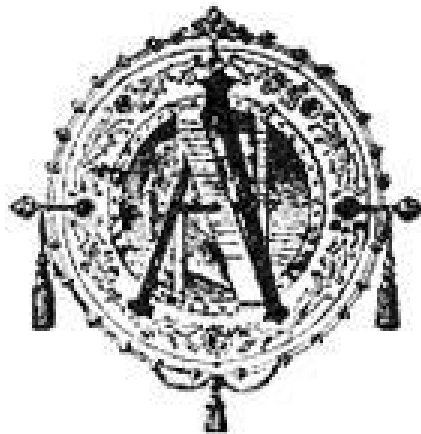
PAUL D'IVOI

---

# EL CORSARIO INVISIBLE

---

VERSIÓN CASTELLANA



MADRID

LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA, Editor

Calle de Valencia, núm. 28

---



*CORSARIO  
TRIPLEX*

- 1 -

*El Corsario  
Invisible*

## Capítulo Primero

### El Almirantazgo

El 12 de Agosto de 189... estaba reunida la Comisión B del Almirantazgo inglés (Naval office). El mes de Augusto (Auguts) despuebla las casas lujosas de Londres. Banqueros, funcionarios, lores, todos aquellos a quienes la fortuna ha tocado con su varita mágica, han marchado a todo vapor a las localidades de veraneo que están de moda. De Brighton a la punta de Cornouailles, de la isla de Wight al cabo Wrath, las estaciones balnearias, lacustres, termales, son invadidas por familias felices, ávidas de reposo y de aire. Muchos no temen atravesar el mar, y así como pájaros emigrantes, se ven aparecer los ternos a cuadros de los *gentlemen*, los sombrerillos *canotiers* de las *misses* rubias en Ostende, Dunkerque, Boloña, Mayoille, Dieppe, Trouville, en Bretaña, en el Delfinado, en Auvernia, en las gargantas de Tarn.

Así ocurría que la Comisión B estaba representada sólo por tres miembros; pero estos tres valen por un ejército; son los que no descansan jamás, los que tejen sin cesar la inmensa tela de araña, compuesta de hilos y cables telegráficos con que Inglaterra pretende aprisionar al mundo.

Lord Steam, presidente, el *baronnet* Helix y *sir* Torpedo trabajaban. Las plumas deslizábanse sobre el papel, redactando esas órdenes lacónicas que alrededor de la esfera terrestre perturban la paz de las naciones.

De vez en cuando uno de los que escribían levantaba la cabeza, y con la cara impasible, expresaba una pregunta.



—¿Una pequeña insurrección en el Mékong a fin de distraer del Níger la atención de los franceses?

—¿Cinco mil fusiles de tiro rápido de los indígenas de Cameronn? ¿Los alemanes se preocupan demasiado de la cuestión del Nilo?

Los otros dos respondían:

—Así pensamos.

—*¡All right!*

Y la sesión continuaba.

De pronto se abrió la puerta y un *usher* (ujier) entró con paso solemne y acompasado.

Los miembros de la Comisión interrumpieron su tarea y envolvieron al recién llegado con inquietas y alarmantes miradas.

Era preciso un motivo grave para que se permitiera nadie distraerlos.

El ujier llevaba sobre un almohadón de terciopelo una carta abierta.

—¿Qué es eso, Simmy? —preguntó lord Steam con voz alterada.

—Una carta que ha recibido su graciosa Majestad la Reina, y que transmite al Almirantazgo para que éste responda como mejor convenga a los intereses de Inglaterra.

—¡Muy bien! Venga acá la carta, y ahora... váyase.

Simmy obedeció haciendo una aparatosa reverencia.



Entonces el noble *gentleman* desdobló la carta y leyó lentamente éstas líneas, cuyo estilo, muy inglés, no dejaba duda alguna sobre la nacionalidad de quien las había trazado:

«En un punto del mundo, 11 de Mayo de 182...

»Muy alta, muy venerada y muy graciosa Majestad.

»Yo sé que V. M. es buena e incapaz de hacer daño a nadie; pero de esa bondad abusan los ministros. Dicen éstos: “el pueblo es dichoso”. Y el pueblo responde: “no lo soy”.

»La justicia de V. M. vengo a reclamar a causa de dos hechos impropios, ejecutados ciertamente sin la aprobación real, y que mancharían de seguro el glorioso reinado de V. M.

»Debo callar respecto de uno de estos hechos; pero respecto del otro puedo decir lo siguiente:

»Se trata del señor Toby Allsmine, general director de la policía en todos los lugares donde se habla la lengua inglesa bañados por el Océano Pacífico (Australia, Malacca, Borneo, Nueva Guinea, Archipiélagos diversos, Nueva Zelanda, Tasmania, residencias chinas y japonesas, provincias occidentales de la dominación o Estado del Canadá), el cual *sir* Toby reside en un hotel de Paramata Street.

»Este personaje debería tener la prisión abierta para él, y no abrirla él para los demás. V. M. comprobaría la razón de lo que digo ordenando una formal investigación.

»Pienso que Vuestra Gracia podrá responder por medio de la prensa en los tres meses venideros. Pero declaro con el mayor respeto que transcurrido ese tiempo sin obtener ninguna respuesta, me consideraré lesionado en mi derecho. Y entonces, siendo siempre un súbdito leal, me acordaré de que soy un ciudadano libre y proclamaré la guerra contra la pérfida Administración. Entonces en las orillas del Pacífico temblarán oyendo mi nombre.

»Me reitero de Vuestra Majestad Augusta con el mayor respeto y lleno de fe en vuestra justicia.

Firmado:

TRIPLEX

Pronto corsario, si V. M. quiere».

Hubo un largo silencio. Los tres miembros de la Comisión B se consultaban con la mirada, dudando formular una opinión en presencia del osado desafío del desconocido que se dirigía a la Reina.

En fin, lord Steam comprendió que en su calidad de presidente debía hablar el primero.

—¿No creéis —preguntó— que este escrito es la obra de una cabeza loca perdida?

—Lo creemos —dijeron Helix y Torpedo.

—*¡All right!* ¿Estimáis, como yo, que debe ser archivada sin más examen ni expediente?

—Sí.

—Además, esta carta tiene fecha de 11 de Mayo y estamos a 14 de Agosto; de modo que ya han pasado los tres meses indicados por el firmante.

—En efecto.

Satisfecho el presidente, cogió un lápiz azul y trazó en la carta la frase usual:

«Archivada por acuerdo unánime de los miembros presentes».

Subrayaba esta mención con un trazo vigoroso, cuando volvió a abrirse la puerta y entró el ujier Simmy, portador de una bandeja sobre la cual se veían varios papeles.

—Cablegramas —dijo.

Dejó caer sobre la mesa tres despachos y se retiró.

Las fisonomías de los presentes expresaron el estupor. Por segunda vez se interrumpía la sesión, hecho sin precedente en los anales de la Comisión B.

Dominando su pereza habitual, todos extendieron las manos, y cada uno cogió un despacho, lo leyó, y expresó en su rostro el sobresalto que le producía la lectura. Las bocas de los tres se abrieron al mismo tiempo exclamando:

—¡Oh! ¡oh! ¡Muy grave!

Luego lord Steam se apoderó de una goma de borrar, y borró con rabia la nota que acababa de estampar en la misiva transmitida por la Reina.

—¡No, no es tan cabeza loca este Triplex! —exclamó.

Helix y Torpedo asintieron con el gesto y la palabra.

—¡No, no lo es!

Con alguna sorpresa el presidente miró a sus compañeros, extrañando que le respondieran de acuerdo cuando sólo él había leído el cablegrama que tenía en la mano; pero se dio una palmada en la frente viendo los otros papeles en manos de los otros dos.

—¡Oh; ya comprendo! ¡Despachos triples!

—Sin duda.

—Tres... ¡Esto es de una gravedad excepcional!

—¡Enteramente excepcional!

—Fecha de ayer, 13 de Agosto.

—Exactamente.

—¿Expedido en Wickhan, provincia de Queensland, Australia?

—Se equivoca el señor presidente —interrumpió Helix—. El despacho procede de Essington, en la Colombia británica, Dominio de Canadá.

—¿Cómo? ¿Cómo? —exclamó lord Steam.

Torpedo replicó:

—Se equivocan ustedes los dos. Procede este despacho de Singapoor, cerca de la isla de Malacca.

—Vea usted mismo: Wickhan.

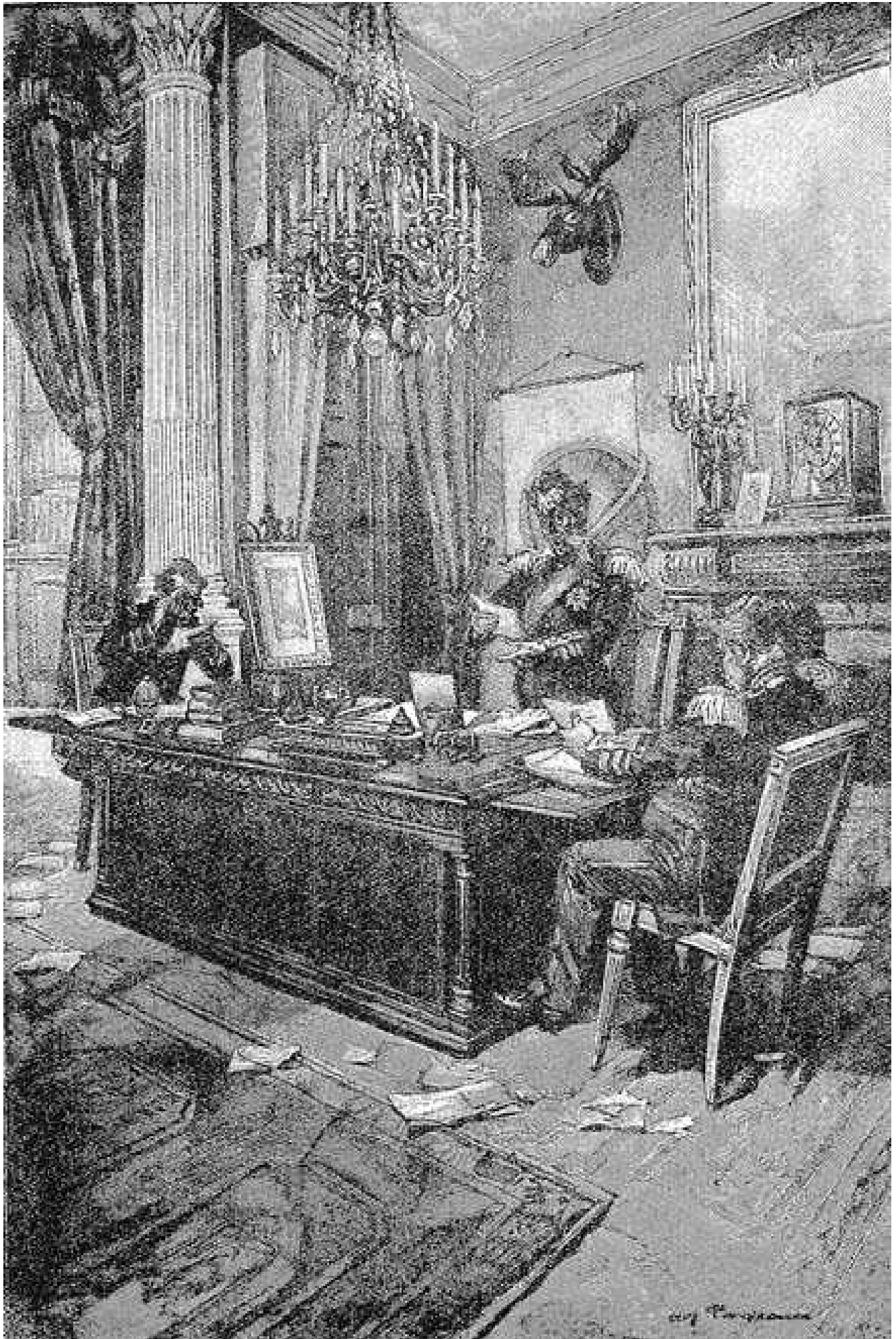
—Y vean ustedes; Essington.

—Singapoor: está bien claro.

Los tres se pusieron en pie, y se mostraban aturdidos, alarmados por los cablegramas. Y volviendo a sentarse los tres se cogían la cabeza con las manos, llenos de confusiones.

—¿Comprenden esto? —preguntó el presidente.





—¡Yo, no; yo no!

—Es imposible que un hombre se encuentre el mismo día, a la misma hora, en tres localidades separadas por miles de leguas.

—¡Materialmente imposible!

—Y sin embargo, estos despachos son evidentes.

—Se refieren a hechos precisos.

—Veamos, mis honorables colegas; tengamos calma y procuremos ver claro en todo esto.

Y el presidente, reuniendo los dichosos papeles que de tal manera confundían a la Comisión B, repuso con acento muy sereno:

—Voy a leerlos en alta e inteligible voz —Y arrellanándose en su sillón continuó:

—*Primer cable*: Wickham. Queensland, 13 Agosto. —Guarnición Rusente en maniobras; malhechores han volado el fuerte Wickham. Hallada en los escombros tarjeta traspasada con un cortaplumas, que lleva esta inscripción: Triplex, corsario (desde el 11).

Lord Steam cogió el segundo papel.

—*Segundo cable*: Essington, Dominio de Canadá, 13 Agosto. —Guarnición ausente por grandes cacerías; malhechores han hecho saltar el fuerte Essington. Hallada en las ruinas tarjeta picada por un harpón: Triplex, corsario (desde el 11).

Después de una pausa el lector acabó:

—*Tercer cable*. —Singapoor. Establecimientos de Malacca, 13 Agosto. Guarnición ausente por vigilancia de las pesquerías; malhechores han incendiado puesto Herlang. Sobre los restos calcinados se encuentra una tarjeta picada con un gran alfiler de Siam: Triplex, corsario (desde el 11).

Lentamente el lord presidente dejó el último despacho sobre la mesa junto a los otros, y cruzándose de brazos interrogó a sus colegas:

—¿Qué hacemos?

Levantaron los dos los brazos y miraron al techo.

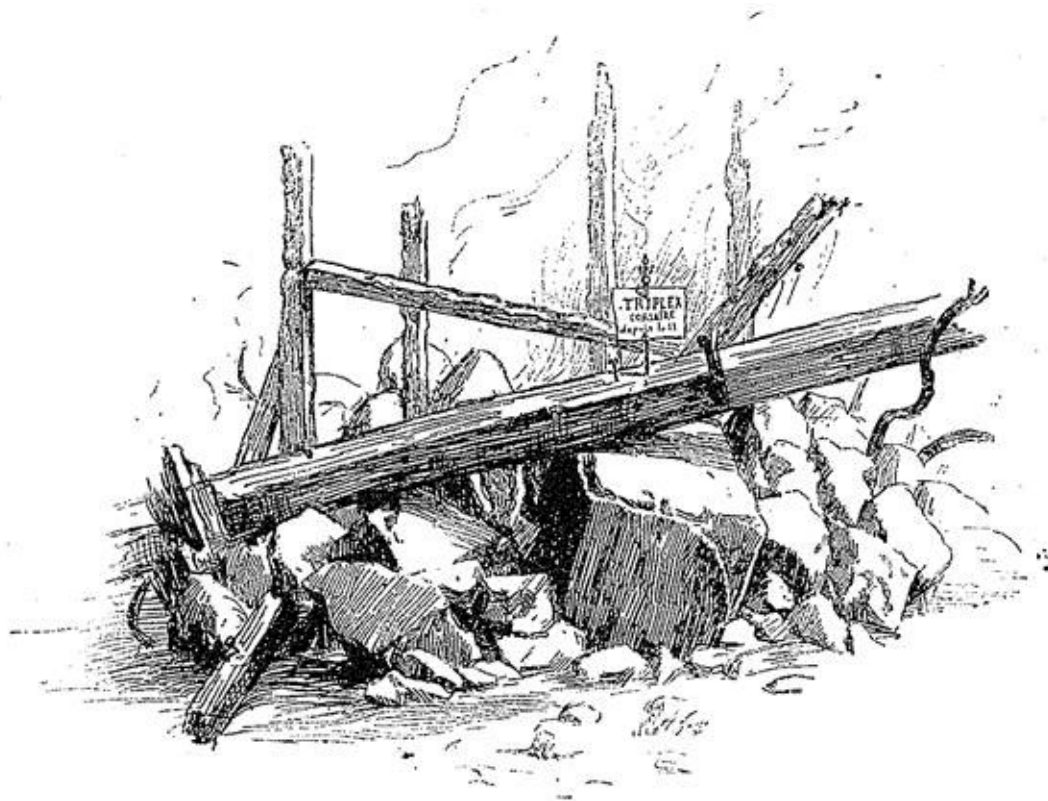
—¿Qué hacer? Yo me lo pregunto también.

—¡Excesivamente delicado el caso! —articuló Steam.

—Excesivamente —repitieron.

—No podemos hacer nada.

—Es verdad.



—Y, sin embargo, debemos hacer.

—Tal es nuestro deber.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Así como tres augures, los ingleses se miraban con la duda y la confusión en el rostro.

Súbitamente se iluminó la faz sanguínea de *sir* Torpedo.

—¿Existe alguien que está enterado!

—¿Quién? —preguntaron los otros anhelantes.

—¡*Sir* Toby Allsmine, cuyo nombre figura en la carta a la Reina!

—¡Es verdad!

—Démosle órdenes. Se le cita bajo dos conceptos: como acusado por ese Corsario ubicuista, y como director general de la policía del Pacífico.

La Comisión B se tranquilizó. Torpedo tenía razón. El Almirantazgo no podía perder su tiempo en adivinar el enigma: este deber correspondía al agente responsable del buen orden de las posesiones británicas en los antípodas.

Y al punto, reuniendo misivas y despachos bajo una carpeta, se expidió orden a *sir* Allsmine con intimación formal de capturar vivo o muerto al aventurero que había osado tocar con sus culpables manos los antiguos edificios puestos bajo el pabellón de la vieja Inglaterra.

## Capítulo II

### *El despacho del jefe de la policía del Pacífico*

—¿Es la oficina central de la policía de Sidney?

—¡...!

—¿Quién está en el aparato?

—¡...!

—¡Ah, bien! El señor Matthewby, jefe de la quinta sección. Órdenes de *sir* Toby Allsmine, director general del Pacífico. Irá usted a Little Rock, casa Sonder, a recoger los gemelos Folman y proceder a la detención del mismísimo Folman. ¿Ha comprendido?

—¡...!

—¡Bien! ¡Hasta la vista!

Apoyando el dedo dos veces sobre el botón del timbre del teléfono, el que acababa de hablar se volvió de cara. Era un hombre de cerca de treinta y cinco años, de mediana estatura, de agradable aspecto, bien que su columna vertebral mostraba una curva bastante pronunciada, por lo que todas las personas mal educadas le designaban con el calificativo de *Jorobado*: míster James Pack, secretario particular de *sir* Toby Allsmine.

Pero su fisonomía era tan afable, sus ojos azules tan risueños y acariciadores, su bigote y sus cabellos rubios tan sedosos y cuidados, que las jóvenes *misses* de Sidney (Nueva Gales de Sud-Australia) le decían a veces con la cándida libertad de las costumbres sajonas:

—¿Quiere por ventura casarse conmigo?

A lo que respondía invariablemente:



—Yo sería el más favorecido; pero no tengo tiempo bastante todavía para empeñarme en tal negocio.

Allí, en el vasto *hall* cubierto de cristales que formaba parte del domicilio particular de *sir Allsmine*, el joven, en medio de los aparatos telefónicos, telepáticos, telegráficos, transmisores y receptores eléctricos y tubos acústicos que cubrían los muros y ponían en comunicación con la oficina central de la policía y, por consiguiente, con el mundo por medio de cables, de Sidney a Nelson, en Nueva Zelanda, de Sidney a Tasmania, el joven, repetimos, no tenía verdaderamente tiempo de pensar en el matrimonio.



Todo el día, y muchas veces por la noche, conversaba con los agentes diseminados en las costas del Océano Pacífico, recibiendo los despachos, transmitiendo instrucciones, velando sin cesar por el buen funcionamiento del complicado engranaje que asegura en aquella parte del mundo, como en todas las demás, la supremacía de Inglaterra.

Tres escribientes, o mejor dicho, tres dactilografistas, es decir, tres empleados expertos en el arte de manipular las máquinas de escribir, estaban a sus órdenes.

Uno de ellos había levantado la cabeza, y al volver Pack a su escritorio le preguntó:

—Diga usted, míster Pack: ¿es verdad que van a encarcelar a Folman?

—Sí, Dick.

—Folman es el que, utilizando las curiosas propiedades de los rayos X, ha conseguido un antejo, un gemelo fotográfico, cuyos clichés sólo reproducen los postizos que usan las gentes.

—Pues por eso.

—¿De veras?

—Absolutamente.

Y presentando un cartón a su interlocutor, Pack añadió:

—Esta es la causa de su detención.

—¡Calle! —exclamó el empleado—. ¡Curiosa fotografía! ¡Una pierna de madera, una pipa, una dentadura completa y una nariz!

—De plata. Es el retrato del Coronel Awis, obtenido por el gemelo Folman.

Una risotada siguió a esta declaración.

—Pues hijo —añadió el secretario—, el Coronel se ha enfadado, ha presentado una querrela para obtener una indemnización por el perjuicio que se ha ocasionado a su personalidad física. El Coronel tiene influencia y está muy bien emparentado en Inglaterra, y, por tanto, importa mucho a nuestro jefe no hacerse enemigos, sobre todo en estos momentos en que, a pesar de las órdenes formales del Almirantazgo, no hemos podido todavía echar el guante al maldito corsario Triplex.

Al oír este nombre los dactilografistas prestaron atención gravemente.

—¡Maldito! ¡Maldito! —exclamaron.

—¡En efecto, maldito de cocer —dijo el jorobado—; porque, seguramente, tiene los demonios en el cuerpo!

Y luego continuó, bajando la voz misteriosamente, como si temiera ser oído por un espía invisible:

—Ya sabéis que ese maldito corsario parece poseer el don de la ubicuidad. Nada



más que para dar comienzo a sus hazañas, en un mismo día y a la misma hora ha destruido tres establecimientos ingleses: el uno en América, en la Colombia británica; el segundo en Asia, no lejos de Singapor; y el tercero en nuestra costa australiana.

—Por eso, después de tales desafueros, el Almirantazgo ha enviado instrucciones enérgicas y precisas a *sir* Toby Allsmine.

—Justamente. Ayer mañana recibimos tres despachos procedentes de Nueva Zelanda, del territorio inglés de la isla de Borneo y de la isla de Ceylán. Parece que en la noche anterior el señor Triplex se había presentado en cada una de aquellas localidades, se había apoderado en cada una de un funcionario británico, y le había dado una zurra de vergajazos hasta dejarle privado de sentido. Cerca de cada una de sus víctimas se encontró una tarjeta con estas palabras escritas: «En nombre de la justicia, el corsario Triplex zurra a los subordinados del infame director de la policía, *sir* Allsmine, en tanto que llega el momento de zurrarle a él».

Los dactilógrafos se miraron con evidente emoción.

—¡Zurrado a vergajazos! —murmuró uno.

—¡Nuestra profesión está erizada de peligros! —añadió el segundo.

Y el último, después de un momento de reflexión, preguntó:

—¿Y hay alguien que haya visto a ese maldito corsario?

—¡Chist, chist! —interrumpieron los otros dos—. ¡No hay que hablar mal de ese capitán! ¿Para qué hemos de atraer sobre nosotros la cólera de semejante hombre?

Una ligera sonrisa dibujóse en los labios de James Pack, que se apresuró a responder:

—Le he visto. Lleva uniforme de oficial de la Marina inglesa y se abriga con una gran capa.

—¿Y su rostro?

—¡Ah! Su rostro no se conoce: lo oculta bajo una máscara verde.

—¿Una máscara verde? ¡Es horroroso!

Tal era el estado de ánimo de los mecanógrafistas, que todos se sobresaltaron oyendo abrir la puerta. Pero no era el Corsario el que entraba. Era *sir* Allsmine en persona.

Muy alto, muy grueso, de cara ancha y colorada, con espesos bigotes rojos, los ojos astutos y crueles: tal aparecía el Director de la policía del Pacífico.

En aquel momento parecía muy nervioso. Presintiendo la tormenta, los empleados siguieron su trabajo; el martilleo seco de las máquinas de escribir continuó. *Sir* Toby fuese derecho a su secretario y con voz sorda le dijo:

—Señor Pack, ¿qué noticias tenemos esta mañana?

—Ninguna, señor.

—Yo sí tengo —añadió con un gesto de cólera—. ¡Hay para volverse loco!

Y hablando al oído al secretario, le dijo.

—Ya sabe usted que ayer comuniqué con lord Boldkin, comandante en jefe de nuestra escuadra del Pacífico.



—Ahora lo sé.

—Convinimos que serían movilizados todos los buques disponibles, que las Compañías de desembarco ocuparían todas las costas en que ejerce su poderío la influencia inglesa.

—Ahora lo sé.

—Lord Boldkin, cuyo pabellón ondea sobre el acorazado *Ironduke*, debía aparejar esta mañana, a fin de organizar la protección de las costas australianas.

—Sí.

—Un poco antes de amanecer, este digno marino estaba en el puente esperando la hora en que la marea le permitiera salir del puerto militar de Farm-Cove. De pronto, sin ver a persona alguna, una caja de madera cayó sobre el puente. Abrióse la caja y se encontró esto, que lord Boldkin acaba de remitirme—. Y entregó al secretario el papel que tenía en la mano.

Pack miró el papel, y con la mayor sorpresa leyó a media voz:

«Dignísimo lord.

»No me encontrará V. E. en su camino, porque no tengo ningún motivo de enojo contra V. E. Pero hará V. E. inútilmente todo lo que quiera hacer para impedirme castigar al execrable Allsmine.

CORSARIO TRIPLEX»

Sir Toby repuso:

—¿No es verdad que todo esto es cosa del Demonio? Por orden del lord se encendieron todos los faroles eléctricos; se inspeccionó y registró el puerto. ¡Nada; ni una barcaza, ni un bote siquiera! La tripulación está aterrada y cree que la caja de madera cayó de las nubes, arrojada por un demonio volando.

—Cosa del Diablo, si puede ser, será —murmuró el secretario.

—¿Usted, señor Pack, no creerá en brujerías?

—No, ciertamente; pero la aventura es inexplicable.

—Inexplicable, seguramente; todo lo más inexplicable...

—¿Quiere el señor Director que le diga francamente mi pensamiento?

—Ciertamente que quiero, señor Pack.

—Pues, a mi juicio, lo mejor que se puede hacer es prometer en los periódicos una prima de 4000 libras esterlinas a quien entregue a Triplex.

—Yo he creído lo mismo: hace ocho días que se ha publicado el anuncio, y no hemos sabido nada.



—Hay que esperar, señor.

—¡Esperar! ¿Esperar qué? Cuando el Almirantazgo... Considere usted que ese canalla se ha atrevido hasta a dirigirse por escrito a su Graciosa Majestad.

—Ya lo sé; pero ¿qué hemos de hacer?

El mismo gesto de desaliento demostró que ninguno de los dos encontraba respuesta a la pregunta.

## Capítulo III

### Silly

En aquel momento sonaron en la puerta dos ligeros golpes.

Como por encanto cesaron de funcionar las máquinas de escribir. Reinó en la sala un silencio de muerte, y el Director general de policía dijo:

—¡Adelante!

Apareció una mujer elegante y graciosa, vestida sencillamente de negro, presentando a plena luz bajo la aureola dorada de sus rubios cabellos un rostro encantador, joven todavía, agradable y muy propio para agradar: sin embargo, en sus ojos azules veíase la huella de las lágrimas, y ligerísimas arrugas en su noble frente revelaban pensamientos melancólicos.

—¡*Lady Allsmine!* —murmuraron los empleados levantándose para saludarla.

El Jefe de la policía, con un movimiento de impaciencia, exclamó secamente:

—¿Eres tú, Juana? ¡No esperaba yo que vinieras a este sitio!

—No es el mío, ciertamente, Toby —contestó amablemente la joven—. Para venir he tenido un motivo grave.

—Y ese motivo, ¿cuál es?

Juana se acercó a su marido y le dijo en voz baja:

—¡El corsario Triplex!

Allsmine palideció y murmuró una interjección parecida a una desvergüenza, e instintivamente llevó la mano al revólver que, como todos sus compatriotas, llevaba en un bolsillo del pantalón.



—Pasemos a otra habitación —añadió bajito la mujer—. He traído alguien que dirá algo.

*Sir Toby* hizo seña a su secretario *Pack* de que los siguiera. Precedidos por la joven los dos salieron del despacho, dejando a los dactilógrafos entregados a las conjeturas de la curiosidad burlada.

Recorrieron los tres un largo corredor y penetraron en un pequeño salón blanco y oro, amueblado con sillones, canapés, divanes y sillas, forrados todos estos muebles de telas claras.

Allí se detuvieron estupefactos. Sentado en una banqueta y con las piernas cruzadas, un mozalbete de unos quince años parecía muy ocupado en transformar en sombrero un gran anuncio en papel amarillo en el cual los caracteres de imprenta dibujaban negros arabescos.

Singular aspecto presentaba el mocito cubierto con una especie de chaqueta marrón y con un pantalón del mismo color, los pies calzados con alpargatas sujetas por cintas de color azul que le rodeaban las piernas endurecidas y ennegrecidas por la intemperie.

Pero acaso era más curiosa la fisonomía del muchacho. Sus facciones delicadas y regulares, la boca pequeña, la nariz derecha y bien trazada, la frente alta y noble, los largos cabellos de oro que caían en bucles bajo un gorro graciosamente echado para atrás, hubieran formado un conjunto de exquisita belleza, si en los ojos, de color verde oscuro, no apareciera una mirada vaga, inconsciente, la mirada de los locos o de los imbéciles.

—¡Pero si es Silly! —dijo el secretario al oído de su jefe.

—¿Silly?

—Sí; el idiotilla que vagabundea por el país viviendo de la caridad, hoy aquí, mañana en otra parte.

El mozo no parecía haberse fijado en la entrada de los tres personajes. Continuaba manipulando en el papel amarillo para darle la forma que se había propuesto.

—¿Conque es un idiota? —preguntó *Sir Toby*.

—Exactamente —contestó el secretario.

Sorprendido el gran polizone, dirigió a su mujer una mirada que era una interrogación. Juana comprendió.

—¿Deseas saber por qué te he traído este jovencito? Voy a explicarlo. Sabes que mi amiga *Alida Lewis* está enferma. Esta mañana, a primera hora, hice enganchar la victoria y fui a casa de la querida doliente. Mejoraba de salud, y al volver a casa, cerca de los Docks<sup>[1]</sup> una gran agrupación de gente impedía el paso al carruaje.

*Lady Allsmine* miró al pequeño Silly, que en aquel momento fijaba un plumero monumental en lo alto de su sombrero de papel ya terminado, y prosiguió:

—Componían aquel agrupamiento obreros del puerto que rodeaban a este pobre riendo y profiriendo bromas y risotadas.

—¡Vamos! ¿Y le arrebataste de las manos de los obreros?

—Todavía no he concluido de referir todo lo que tengo que contar. Silly, muy grave, pegaba en la pared un cartel semejante al que ahora ha convertido en sombrero.

Y como el mozalbete se había levantado y en pie delante del espejo probaba su sombrero con aire de gran satisfacción, *mistress* Juana se apoderó de uno de los anuncios que el niño había dejado en el suelo, y así su marido y el señor Pack pudieron leer la proclama siguiente:

«Habitantes de Sidney, hermanos míos:

»Los periódicos y los polizontes quieren espantaros con mi nombre. Nada tenéis que temer de mí. Yo sólo hago la guerra al Director indigno de la policía del Pacífico, que en vez de haber sido llamado a hacer justicia, debía haber sido entregado a la justicia. Esto habrá de suceder próximamente; pero en ningún caso vosotros, habitantes de Sidney, hermanos míos, habréis de sufrir daño alguno.

»De vuestro afectísimo,

Firmado,

CORSARIO TRIPLEX»

La cara de *Sir* Allsmine era de color escarlata. Con ojos amenazadores miraba al muchacho, que continuaba en pie ante el espejo. Parecía que iba a arrojarle sobre él; pero su mujer le contuvo.

—¡Espera, espera! —le dijo—. Este mozo está privado de inteligencia y no es responsable. Además, me ha prestado un servicio.

—¿A ti? —preguntó *sir* Toby apretando los dientes.

—A mí —repitió la mujer—. La multitud me había reconocido. Insolente y burlona rodeaba el carruaje. Los hombres murmuraban riéndose: «¡Ah, ah! ¡La policía tiene miedo! ¡Envía mujeres a combatir al Corsario!» Yo empezaba a alarmarme, cuando Silly volvió la cabeza y me vio. Dejó en el suelo el cubo lleno de cola y la brocha que tenía en la mano para fijar los carteles, y se subió en el estribo de mi victoria. Un instante fijó en mí su mirada. «¡Tú eres buena —dijo con dulzura—; muy buena, y Silly te defenderá! Dame tu mano». Yo le di la mano, y él la llevó a sus labios. Un inmenso clamor siguió a este gesto del jovencito. «¡Bravo, Silly, bravo!», le gritaron. Él se irguió, y con un rayo de inteligencia en su mirada y palpitando desdeñosamente sus labios, gritó colérico: «¡Apartad de aquí! ¡Más lejos, más lejos! ¿Los hombres del puerto no saben respetar a una señora? ¡Esta es la protegida de Silly, y Silly no quiere que se le haga daño!»

—¡Bonita protección! —exclamó *sir* Toby con un gesto de desprecio.

—Protección eficaz, sin embargo. Nuestros compatriotas tienen un respeto casi supersticioso a los locos y a los idiotas. Todos callaron; el pueblo se apartó, y

permitió así a mi cochero Cap poner el carruaje en marcha. Silly se había sentado a mi lado. Me tenía cogida la mano y repetía: «¡Tú eres buena, muy buena!» Y aquí le he traído, suponiendo que por este inocente se podrá averiguar cómo y quién le había encargado de fijar los carteles.

—¡Por el zancarrón del Demonio —exclamó el Director—, que has estado acertada, Juana! Voy a interrogar a este pillastre. ¿No le parece a usted, señor Pack?

—Lo apruebo —replicó el secretario.

*Sir Toby* se acercó al muchacho y le puso la mano en la espalda.

—Silly —le dijo—, oye bien, Silly.

El joven se volvió a mirarle.

—¡Buenos días, *gentleman*, buenos días! Estoy ensayando mi sombrero de general.

—¡No se trata de eso ahora! Oye y responde. ¿Tú estabas pegando carteles en las paredes de los Docks?

—¡Ponía carteles! —murmuró Silly, como sorprendido; y luego, como si recordase, añadió—: ¡Ah, sí! Pegaba carteles con una brocha que mojaba antes en un cubo.

Se detuvo, y miró en derredor con visible inquietud.

—¿Y dónde está mi cubo? —preguntó—. ¡He perdido el cubo! ¡Mi cubo! ¡Yo quiero mi cubo!

Y con el rostro contraído, casi llorando, Silly recorría el salón buscando bajo los muebles.

—¡Ahora no se trata de eso! —le gritó *sir Toby* impaciente—. ¡Déjate ahora de cubos!

—¡Oh, no; yo quiero el cubo! ¿No lo habéis visto? ¡Lleno de cola, tan hermoso! ¡Le daba el sol, y en la cola líquida hacía unos colores muy bonitos!

Pack dijo al oído al Director: —Hay que seguirle la corriente, o no sacaremos de él ningún detalle.

—¡Ceder yo a este chico...!

—¿Quiere el señor Director que yo le hable?

—¡Sí, hombre, sí!

El secretario cogió suavemente por un brazo al muchacho y le dijo:

—No te alarmes, Silly. Ya te daremos otro cubo.

—¿Otro? ¡Ah, sí; otro, otro! —repitió más tranquilo.

—Sí; otro, y más grande.

—¿Con su cola y su brocha?

—Sí.

El chico fijó la mirada en *lady Allsmine*.

—¿Es verdad? —le preguntó cariñosamente.

—¡Sí, hijo, sí! —contestó la señora con su acanto dulce y triste.

—La señora dice que es verdad: por eso lo creo. ¿Y cuándo me daréis cubo y

brocha?

—Cuando respondas a lo que voy a preguntarte.

El muchacho se echó a reír y contestó:

—Silly contesta siempre cuando se le pregunta. Silly no es mudo.

Pack cambió una mirada con su jefe, y dijo a Silly:

—¿Por qué pegabas esos carteles esta mañana?

—Para divertirme. ¿No has pegado tú carteles nunca?

—¡No, hombre, no he tenido tiempo! Pero ¿quién te encargó de hacer ese trabajo?

—¿Quién? ¡Toma; pues él, el hombre!

—¿Qué hombre?

—¡No sé!

—¿Y cómo era ese hombre?

—Como todos los hombres... Y tenía unas piernas... ¡Así corría él!

*Sir Toby* no pudo reprimir un movimiento de cólera. Era evidente que no se obtendría indicio alguno del pobre muchacho.

Sin embargo, Pack hizo una postrera tentativa.

—¿Qué te ha dicho ese hombre?

—Esto me dijo: —Silly, toma estos papeles, con este cubo y esta brocha, y diviértete en pegarlos en las paredes.

—¿Y eso fue todo...?

—¿Todo? ¡Ah, no! Silly tiene poca memoria, pero sé que me dijo: «Y llevarás también esta carta a *sir Toby Allsmine*».

Los tres prestaron la mayor atención, suponiendo que se llegaba al punto más interesante del interrogatorio.

—¿Qué carta? —preguntó Pack.

Silly buscó en el bolsillo y sacó una carta, en cuyo sobre se leía en gruesos caracteres el nombre del Director de la policía del Pacífico.

Éste alargó la mano para cogerla; pero el chico de un salto se puso fuera de su alcance.

—¡No puedo entregarla! —dijo—. ¡Es para *sir Allsmine*!

—Yo soy.

—Es verdad, Silly —dijo la señora.

—¡Ah! Diciéndolo la señora... Tome la carta.





Sir Toby se apresuró a cogerla. Impaciente, febril, rompió el sobre, mientras Pack y la señora, a su lado, procuraban conocer al mismo tiempo una misiva tan singularmente llegada a su destino.

«Excelencia —decía la carta—, el corsario Triplex me obliga a fijar una proclama en los parajes públicos. Bajo pena de muerte debo obedecerle; pero quiero verme salvo de las uñas de este personaje. Esta noche hay fiesta en los Docks, después de la venta anual de las mercancías dejadas en depósito. Allí estará Triplex. Esté allí S. E. para detenerle. Llegado el momento, yo me presentaré para guiar a Su Excelencia. Guardad silencio acerca de este aviso, porque una palabra imprudente produciría la muerte de este servidor de Su Excelencia».

El Director de la policía no pudo contener un grito de triunfo.

—¡Iremos, señor Pack —dijo—, y tendremos la cabeza de eso pirata! ¡Bueno ha sido poner el anuncio de la prima de cuatro mil libras al denunciador! Esos bandidos acometen a los hombres por el dinero, y por el dinero es como se les debe combatir. ¡Esta noche, a la fiesta de los Docks! ¡Vamos; vamos ahora mismo, señor Pack, a tomar las disposiciones convenientes!

El secretario asintió; pero antes de seguir a su jefe se acercó a Silly, que, asomado a una ventana que caía sobre el jardín, parecía absorto en la contemplación de las flores.

—Hasta luego, Silly —le dijo—. ¡Eres un buen muchacho, y mereces un apretón

de manos!

Y apretándole, en efecto, la mano vigorosísimamente, le deslizó entre los dedos un objeto, que Silly ocultó prontamente en su bolsillo sin que nadie pudiera notar aquel movimiento.

Después, habiendo salido ya el Director y su secretario, el muchacho llegóse junto a la señora.

—¿Y mi cubo? —le preguntó—. La señora me lo ha prometido.

Ella sonrió, y acariciando los rubios cabellos del chico le dijo:

—Acompáñame, Silly: voy a que te den de almorzar, y luego te daré lo que tanto deseas. ¿Quieres que te dé el almuerzo?

—¡Sí, sí! ¡La señora es buena! ¡Silly tiene hambre algunas veces, y ahora también! ¡La señora es buena, muy buena!

Ante esta confesión del muchacho, que tenía hambre a veces, la señora experimentó profunda emoción, e inclinándose sobre el niño vagabundo le rozó la frente suavemente con los labios, y le llevó a sus habitaciones, situadas al otro extremo del edificio.

## Capítulo IV

### *Silly se pasea*

En la misma habitación de *lady Allsmine* instalóse el inocente ante una mesita. Guapamente deshuesaba un pollito frío, alternando los trozos de ave con buchets de agua clara.

La señora había querido mezclar con el agua un poco de vino; pero el jovencito se negó a tomar vino.

—¡Nunca vino! El vino es malo. Con el vino Silly pierde la memoria.

La señora le miraba con ternura, y experimentaba viva simpatía por aquel jovencito, que en medio de su miseria poseía una figura distinguida.

Aplacada el hambre, Silly miraba a todos lados con curiosidad y asombro. Llamábale la atención el lecho de una madera preciosa con incrustaciones de marfil, la chimenea con su magnífico espejo encuadrado de terciopelo y rodeado de miniaturas y acuarelas, y luego su mirada se fijó con evidente placer en un cuadro colgado en la pared.

Representaba una niña de unos dos años, en pie sobre un banco de piedra adosado al pedestal de una estatua, que parecía inclinarse para mirar a la niña. El vestido rosa de la criaturita se destacaba sobre el blanco de la piedra, y formaba con el fondo de verdura del paisaje un conjunto muy gracioso.

La señora había seguido las miradas del mozo, y en su rostro veíase una explosión de suprema tristeza.

—¿Quién es esta figurita? —preguntó Silly.



La pregunta hizo temblar a la dama. Con la voz profundamente alterada e inundando sus párpados un torrente de lágrimas, contestó:

—Es... ¡No, no es! Era mi hija Maudlin.

Silly se levantó de la mesa, y acercándose a la señora le cogió las manos.

—¿Lloras —le dijo conmovido—, lloras, y Silly no sabe por qué? ¿Cómo puede ser que tu hija no sea ya tu hija? ¡Yo no sé, yo no sé, porque yo nunca he tenido madre! A mí me echaron a vivir en medio de los campos. Mis padres, mis hermanos son los pájaros de los bosques, las florecillas de las praderas. ¡Perdóname si no hablo bien!

Era tan afectuoso e insinuante el acento del jovencuelo, que la señora instintivamente le abrazó, estrechándole sobre el corazón.

—¡Pobrecito! —te dijo—. No has hablado mal, no; tú no puedes comprender todavía la muerte. Mi hija no existe, Maudlin cayó en un río, lejos de mí, y su cuerpecito no fue encontrado. Y lloro porque ya jamás la abrazaré. Pero ¿tú lloras también?

—Sí: el pobre Silly te quiere, porque tú le abrazas como nadie le ha abrazado nunca.

Tan dulce era el acento del niño, que la señora no podía contener sus sollozos. Aún le abrazó, y en una súbita inspiración exclamó:

—¡Madre sin hija, hijo sin madre! El azar nos reúne como despojos de la vida. Acaso el azar quiere darnos consuelo en nuestra desgracia irreparable. ¡Silly, quédate conmigo!

El mocito la miró con los ojos llenos de lágrimas. Parecía que iba a aceptar proposición tan halagüeña; pero su semblante se entristeció.

—No —dijo—; Silly tiene que ser libre. Necesita correr los caminos donde el Sol convierte con sus rayos en oro el polvo, las montañas que bate el viento mugiendo, las praderas adonde va a ver cómo pastan sus amigos los bueyes y las vacas rojas. ¡Silly no puede vivir en una casa!

Y luego añadió:

—Y ahora mismo he de marchar. La mar canta allá abajo sobre la costa, y me llama. ¡Es mi amiga! A veces, cuando Silly tiene hambre, le trae mariscos para alimentarse. ¡La mar y yo nos entendemos!

La señora no respondió. Germinaba en ella una impresión extraña, inexplicable. Le parecía que el inocente iba a llevarse una porción de su mismo corazón.

—Espera, Silly —dijo—. ¿Olvidas que te he prometido un cubo?

—No, no lo olvido; pero volveré. Tú eres también mi amiga. Silly volverá y se arrodillará delante de ti, porque quiere verte, ¡verte mucho!

Parecía que hacía un esfuerzo sobre sí mismo para marcharse. Por fin besó una vez más la mano de la señora y se lanzó a la puerta.

Cinco minutos después Silly recorría las calles de la ciudad dirigiéndose hacia el puerto.

El puerto designado con el nombre de Puerto Jackson es uno de los más vastos del mundo. Lo forman tres bahías: Farm-Cove, estación de los buques de guerra de la escuadra del Pacífico; Sidney-Cove, cuyo muelle circular recibe los grandes *paquebots* de Europa, y Darling-Harbour, especialmente destinado a los buques mercantes.

A este último punto el jovencito dirigió sus pasos.

Se detuvo a la orilla del agua, y sentado en el muelle formado por anchas losas, parecía alegrarse en la contemplación del cuadro que tenía ante sus ojos.

Enfrente de donde se hallaba en el lado Este de Darling-Harbour, se veían las escolleras, los almacenes, los depósitos de las diversas Sociedades marítimas que centralizaban el comercio de la ciudad. Más allá, sobre las alturas, se perfilaban los fuertes de Middle-Head y de Georges-Head, cuyas poderosas, formidables baterías protegían eficazmente a Sidney contra todo ataque.

En los muelles, en lo alto de mástiles multicolores, flotaban banderas indicando el emplazamiento de la fiesta que había de celebrarse por la noche para cerrar las operaciones de la venta anual de las mercancías abandonadas en los Docks.



Los sonidos de una música bárbara traídos por el viento indicaban que los feriantes estaban esparcidos alrededor de los depósitos.

En el sitio en que Silly se había detenido el espectáculo era otro. Todo era actividad y trabajo; grúas enormes rechinaban descargando buques procedentes de todas las partes del mundo.



Cien y cien hombres pasaban en bicicleta vertiginosamente, cruzando por entre los carruajes automóviles, a petróleo o a vapor, que rodaban pesadamente con un ruido desagradable.

Media hora permaneció el muchacho en aquella contemplación; luego se levantó y recorrió los muelles buscando y cogiendo piedrecillas, cuyo hallazgo parecía producirle vivo placer.

Al fin se detuvo en lo alto de una escalinata de piedra cuyos peldaños inferiores se introducían en el agua verde del muelle.

A paso lento bajó los escalones: llegado al último se sentó, y gravemente empezó a lanzar al agua las piedrecillas, muy interesado, al parecer, en la contemplación de los círculos concéntricos que la caída de cada una producía en la superficie.

Quien hubiera observado a Silly hubiese creído ver un chico ya grandullón entregado a un pasatiempo pueril. Pero el muchacho tenía su idea. Súbitamente animó su rostro una expresión inteligente. Lentamente registró los alrededores. Nadie hacía caso del pobre vagabundo. Dos marineros que pasaban por allí cerca le echaron una mirada desdeñosa de lástima.

—¿Qué está pensando ese tonto? —dijo uno.

—No pensará mucho —dijo el otro—, porque es idiota.

Y se alejaron, sin que Silly se diera por entendido de lo que habían dicho.

Sin embargo, el muchacho se inclinó hacia adelante. Introdujo la mano en el agua y pareció que buscaba algo. Reapareció la mano sosteniendo un tapón atado a un cordón. Extendióse el cordón, y pareció por su tirantez que la extremidad estaba sujeta en el fondo del agua.

Echó una nueva mirada investigadora a los muelles, y el inocente sacó del bolsillo el objeto que James Pack le entregó en casa de *sir* Allsmine. Era un pequeño cilindro de hojalata que brillaba al sol. Silly lo ató sólidamente al tapón, y dio tres vueltas regularmente espaciadas con el cordoncillo. Transcurrieron diez segundos, y en los labios del chico apareció una sonrisa de satisfacción, abrió los dedos, y la cajita metálica se deslizó en el agua y se hundió dando vueltas.

Silly tenía todavía algunas piedrecillas. Plácidamente volvió a hacer círculos en el agua, y, agotada su provisión de proyectiles, pareció aburrirse. Pero sus ojos verdes miraban a un puente semafórico. Señalaba la entrada de un *paquebot* en Sidney-Cove. El chico se puso en pie, subió la escalera, y siguiendo a lo largo del puerto, se dirigió hacia Circular Quay (muelle circular).

Iba a ver desembarcar los pasajeros de un *steamer* que llegaba de Europa.

Sin apresurarse marchaba por entre los grandes fardos y las cajas amontonadas en pilas enormes, respondiendo con un movimiento de cabeza a los empleados del puerto, que todos le conocían y sentían una compasión afectuosa para el pobre idiota, en cuya preciosa cabeza se había olvidado la Naturaleza de poner la razón.

Iba tateando un aire de canción de caza, descuidado y alegre como el pájaro cuya gracia copiaba. De pronto, al pasar cerca de un puesto de vigilancia —*police*



*office*— establecido en el muelle, el chico quedó suspenso. Había visto a la entrada del puesto a *sir* James Pack hablando con el jefe de aquel grupo policiaco.

Silly iba a seguir su camino; pero el secretario de *sir* Toby Allsmine le detuvo.

—¡Buenos días, Silly!

—¡Buenos días, señor!

—¿No has seguido al lado de la señora de Allsmine?

—No. ¡La libertad es muy hermosa!

—¿Y no querrás venir a pasear conmigo esta noche?

—Sí que quiero.

—Bueno. Pues a las nueve en punto estarás en Paramata Street.

—¿Delante de la casa de la señora?

—Precisamente. Y te llevaré a la fiesta de los Docks.

El muchacho palmoteó contento.

—¡A la fiesta de los Docks, con las grandes barracas, los circos, los velódromos, las carreras de bicicletas! ¡Qué gusto!

—Eso es. Será cosa divertida. ¡Conque hasta la noche, Silly!

—¡Hasta la noche, *sir*!

Y mientras el idiota seguía su paso, el jorobado murmuraba al oído del jefe del puesto de vigilancia:

—Ya lo ve usted, señor Warn: recompenso a este chico, que nos ha puesto sobre la pista del corsario Triplex; y, además, ya lo sabe usted, puede ayudarnos a dar con el hombre que le dio los carteles.

El polizonte inclinó la cabeza asintiendo, y miró con cierto súbito enternecimiento a Silly, que ya estaba lejos.

El muchacho atravesaba las calles donde se junta la población trabajadora del puerto. Aquí, pescadores recomponían sus redes ocupando gran parte de la vía pública, que ya resultaba estrecha; muy cerca de los pescadores, marineros de la flota de guerra peroraban con grandes voces a la puerta de una taberna sombría, de cuyo interior se exhalaba un ambiente pesado cargado de vapores de ron y de *whiskey*; un poco más allá mujeres parlanchinas gritaban tumultuosamente, olvidando, con sus historias y cuentos de comadres, las obligaciones de la casa, las ropas del marido, la comida que debían condimentar, preparando por semejante modo para la noche las tempestades conyugales.

Entre los grupos circulaba Silly. Ningún obstáculo le detenía en su marcha. Bien pronto desembocó en Sidney-Cove, enfrente del muelle circular donde fondean los poderosos *paquebots* de Europa. Era tiempo. El buque anunciado por el semáforo llegaba al muelle.

Mientras se tendía la pasarela, comisionistas, agentes de hoteles, intérpretes, cocheros y mozos se confundían, se atropellaban, queriendo todos ponerse en primera fila.

Era una confusión enorme de gentes, de empujones, de amenazas, de blasfemias,

de risotadas.

Una exclamación saludó la llegada de Silly.

—¡Estamos salvados! —exclamó un mozo de cuerda que tenía toda la apariencia de un hércules—. ¡Aquí tenemos el gran refuerzo! ¡Ven acá tú, niño tonto! ¡Aquí se necesitan hombres sólidos!

Todos se rieron, considerando la broma graciosa. Pero el chico no se intimidó. Simplemente dijo:

—Silly no tiene la misma fuerza que un buey; pero puede muy bien llevar una maletilla, y ganar honradamente una moneda para comer.

Groseros, pero no malvados, los mozos grandes cesaron de reír, un poco pesarosos de haberse burlado de aquel pobre ser, débil de cuerpo y de espíritu, que tan sencillamente y sin daño de nadie reclamaba el derecho a la vida.

De buen grado le hubieran hecho lugar; pero ya en aquel momento los pasajeros del *paquebot* habían comenzado a desembarcar.

Entonces todos los pobres diablos llegados allí para ganarse algunos peniques no pensaron en otra cosa que en precipitarse sobre las maletas, valijas, cabás y sacos que los viajeros llevaban a mano.

Cruzábanse las interjecciones y los ofrecimientos.

—¡Un mozo de fuerza, *lady*!

—¡Deme usted la maleta: yo se la llevaré, *gentleman*!

—¡Por aquí, milord! ¡Sígame!

—¡Real Hotel! ¡Buen sitio, preció módico!

—¡Pabellón hotel, muy comfortable! ¡Todas las noches música! ¡Cada ocho días una gran atracción sorpresa!

—¡Señores y señoritas, vengan por este lado! ¡Moosse Park hotel, el más grande, el más moderno! ¡Servicio lujosísimo! ¡Los camareros reemplazados por maquinaria eléctrica! ¡Gran sensación!

Los ómnibus de vapor lanzaban montañas de humo, mientras que los más diestros de los mozos colocaban los equipajes en la imperial de cada uno de aquéllos.

En medio de todo aquel alboroto los viajeros, prontamente despojados de sus bultos, corrían detrás de los que los llevaban, confundidos, atropellados, en completo desorden.

Un grupo, sin embargo, parecía más tranquilo y sereno que el resto de los viajeros, y por esta circunstancia llamó la atención de Silly.

Se componía de un caballero y dos señoras. El señor, de mediana estatura, fisonomía simpática, mirada espiritual y risueña, con bigote castaño y sedoso, tenía ese aire amable que hace conocer al francés en país extranjero: sus compañeras eran guapísimas, una rubia y morena la otra. La primera, encantadora con su deliciosa seriedad de inglesa elegante; la segunda, no menos bella, con los ojos negros, los cabellos dorados y un aspecto de encantadora ligereza y singular gracia.

Muy tranquilo y sonriente, el caballero había alejado de sí a los muchos mozos

que querían llevarle el equipaje, y sin apresurarse, cuando se vio libre de ellos, llamó a dos héroes que le parecieron fuertes y fornidos.

—¡Eh, vosotros! —les gritó en inglés—. ¡Centennial-Park-Hotel!



Uno de los interpelados, señalando a los coches, dijo:

—Los ómnibus están completos, caballero.

—No importa; las señoras y yo iremos a pie. Tenemos poca impedimenta: tres maletas. Viajamos por recreo, y allí donde llegamos compramos lo que nos hace falta.

Los mozos se apresuraron a coger las maletas con visibles demostraciones de respeto.

En el país australiano, del que nadie sale a viajar más a pie por razón de negocios, el viajero por recreo disfruta de una consideración particular. Evidentemente, una persona que corre de aquí para allá viajando por gusto, sin intención de ganar dinero, debe de tener mucho, y, por consiguiente, representa un capital considerable.

Los mozos echaban ya a andar. El caballero se dirigió sucesivamente a la rubia y a la morena, y con su voz dulce y bien timbrada les dijo:

—¿Vamos, Aurelia; vamos, Lucía<sup>[2]</sup>?

—¡Querido marido, vamos! —respondió la gentil inglesa.

—¡Vamos, señor Lavarède! —murmuró la citada Lucía.

Silly, que hacía un momento se había acercado a las tres personas, no perdió una sílaba de lo que hablaron. En su rostro pudo apreciarse una expresión de sorpresa, de ternura, y en sus ojos brilló un rayo de alegría.

—¡Lucía! ¡Aurelia! ¡Lavarède! —murmuró.

De pronto envolvió en una mirada profunda a los viajeros cuyos nombres acababa de repetir. Lucía tenía en la mano un pequeño cabás. El muchacho alargó al brazo, le cogió la mano, y con el tono afligido de los mendigos le dijo:

—¡Silly llevará el saquito de *Miss*! ¡Dos peniques nada más!

—¿Qué es eso? —preguntó Lavarède.

Los mozos se habían vuelto, y uno ellos explicó:

—Este chico —dijo— es Silly, un pobre, pero muy bueno. Es una caridad hacerle ganar el pan.

—Bien, bien; coge el saquito y síguenos.

Silly saludó graciosamente, cogió el saquito y marchó junto a los viajeros, que iban hablando sin preocuparse de él.



—Es decir, que usted cree, señor Armando —preguntaba la morena Lucía con cierta inquietud—, ¿que vamos a ser felices en Sidney?

—Estoy seguro.

—¿Espera usted que encontraremos...?

—¿A nuestro primo Roberto? ¡Ciertamente!

Y como la joven hiciera un movimiento de duda, repuso:

—Reflexione usted, amiga mía, que estamos sobre la pista del fugitivo. Cuando nos abandonó desesperado me acordé de haber sido periodista parisiense, cosa que la presencia de mi dulce Aurelia me había hecho olvidar; recordé proezas de repórter, y afirmé que encontraríamos a nuestro desgraciado amigo.

—Es verdad. No debía yo olvidar que gracias a usted hemos encontrado su huella, adquirido la certeza de que se embarcó en Italia, en Bríndisi, en un *paquebot* con destino a Sidney. En Port-Said, en las diversas escalas, nos ha probado usted que no había salido del *steamer*.

—Aquí es, aquí, el término de la línea marítima.

—Aquí debemos esperarle seguramente —dijo Aurelia con una bella sonrisa.

Pero Lucía movió la cabecita en señal de duda.

—Aquí no podremos dirigirnos a las autoridades. Habría gran peligro para el señor Roberto de caer en poder de la policía inglesa.

—¡Perdonad, hijas mías! —exclamó jovialmente el periodista—. Hay aquí dos operaciones distintas. La primera, la delicada, es encontrar a mi primo. Las autoridades nos ayudarán con gran celo. La segunda es arrancarle de las uñas de los polizontes, cosa fácil aquí, como en Europa, con un poco de habilidad.

—Entonces...

—Mañana mismo solicitaré una audiencia del Director general de la policía, y sólo pido a usted, Lucía, que no desconfíe ni tenga impaciencia.

Habían llegado al Centennial-Park-Hotel, inmenso edificio cuya imponente mole se elevaba enfrente de los magníficos jardines de que había tomado nombre.

Cinco minutos después tomaban los viajeros posesión de un departamento espacioso, adornado con todos los accesorios científicos del confort moderno — teléfono, electricidad, cuadro de servicio, baño, calefacción—, y un criado advertía al señor Armando Lavarède que un fonógrafo dispuesto a funcionar en todo momento se hallaba en el salón inmediato.

—Esto es —añadió el dependiente—, para los viajeros que desean llevar notas de viaje. El hotel les entrega a su partida las bandas metálicas utilizadas, y cuando van a otra parte no tienen que hacer más que colocarlas en otro aparato fonográfico para revivir los días que han pasado aquí.

Los mozos, incluso el joven Silly, fueron pagados por su trabajo, y los tres se fueron, no sin que el simpático chico diese la vuelta al salón enterándose de cuanto veía, lo que divirtió grandemente al viajero Lavarède y a sus compañeras.

Cuando quedaron solos, Armando dijo a las dos mujeres:

—Mis graciosas compañeras, desde mañana cuento entrar en relaciones con el servicio de la policía australiana. Permitidme que os lea el informe al director en el Pacífico, que he preparado durante la travesía. Quiero conocer vuestra opinión.

Consintieron las dos, y Armando comenzó su lectura.

## *Capítulo V*

### *A Su Excelencia el señor Director de la policía del Pacífico, sir Toby Allsmine.*

«Los que suscriben, Lavarède, Armando, cronista parisiense, vencedor del record de los que dan la vuelta al mundo (puesto que en un mes, día por día, con 0,25 francos, o sea con los peniques correspondientes, he dado la vuelta al globo terrestre); mi esposa Aurelia Lavarède, née Murlyton, y miss Lucía Hador, tenemos el honor de exponer lo siguiente:

»Vuecencia está demasiado al corriente, de las cuestiones de política en general, y no puede ignorar los obstáculos que la influencia británica encuentra en Egipto.

»En esta tierra, ilustrada por tantos Faraones, se ha formado un partido llamado neo-egipcio, que quiere la independencia del valle del Nilo. Las rivalidades de dos grandes familias; los Thanis y los Hador, entre las cuales hay sangre, han impedido durante largos años a los neo-egipcios agruparse. En fin, el último de los Hador, sacrificando ante la patria un odio secular, resolvió dar en matrimonio a su hija Lucía al último sobreviviente de la raza de los Thanis. De esta suerte acabarían las discordias intestinas y todos los hombres de Egipto podrían agruparse bajo la misma bandera.

»Thanis vivía en Francia, en París, vigilado por Inglaterra, que le pasaba una copiosa pensión.

»Sabido la llegada de un enviado de Hador, de nombre Niari, aquel joven, acostumbrado a la vida cómoda y fácil, se asustó de la lucha que habría que emprender, y avisó lo que se intentaba a la Embajada de Inglaterra. Y he aquí lo que produjo esta denuncia.

»El Almirantazgo comprendió que si Thanis negaba oficialmente su concurso a la rebelión, ésta se produciría sin embargo, resultando una guerra costosa y sangrienta que importaba evitar. Se decidió que Thanis aceptaría aparentemente la proposición que se le hacía, pero buscaría un individuo nacido en tales circunstancias que fácilmente se pudiera modificar su estado civil y hacerle pasar por el verdadero Thanis. Niari, ciegamente afecto al joven egipcio, facilitaría esta sustitución. Hecha la trampa, el falso Thanis sería detenido en Egipto, deportado, y la conspiración privada de su jefe



fracasaría, lo que permitiría al verdadero Thanis continuar su vida ociosa y elegante.

»Todo esto era muy hábil. La elección del egipcio recayó en Roberto Lavarède, nacido en una quinta del Sur argelino, a cincuenta kilómetros de Ouargla, el cual, huérfano, no teniendo otro pariente que el que escribe, su primo, a quien nunca ha visto, respondía maravillosamente al propósito del Almirantazgo.

»Todo pasó como se había previsto. Roberto, arrebatado por sorpresa, mezclado sin comprender una palabra en la conspiración egipcia, prometido a *miss* Lucía Hador, detenido luego por la policía inglesa e internado en la Australia Occidental, consiguió escaparse por un cúmulo de circunstancias que sería prolijo mencionar aquí, mató a Thanis en un duelo dramático, y volvió a entrar a Francia.

»Tenía intención de casarse con *miss* Lucía, a la que estaba unido por un afecto recíproco, y vivir tranquila y burguesamente. Pero, ¡ah!, no habían cedido, ni con mucho, sus tribulaciones.

»Para asegurar la tranquilidad de Egipto necesitaba Inglaterra un Thanis que estuviera absolutamente bajo su dependencia. El Gobierno británico había pedido y obtenido del Gobierno francés que el joven fuese borrado de las listas civiles y militares, y anotado como súbdito egipcio inscrito por error en el estado civil de Francia.

»Así, al mismo tiempo perdía Roberto su nombre y su nacionalidad, no teniendo otra alternativa que aceptar aparecer como sobreviviente del traidor a quien había castigado.

»Todo esto era inadmisibile, V. E. lo comprenderá así. Cualquiera que sea la nación a que un caballero pertenece, no puede consentir en llevar otro nombre que el suyo, y sobre todo cuando el nombre que se le obliga a llevar es el de un traidor.

»Para casarse con su prometida, mi primo tiene necesidad de recobrar su nombre y su nacionalidad.

»Y todo han sido gestiones inútiles, diligencias vanas, porque los agentes británicos se han complacido en destruir las mejores combinaciones.

»De día en día Roberto perdía la tranquilidad y la salud. Se culpaba de haber labrado la desventura de *miss* Lucía y de ser estériles todos sus esfuerzos. En vano procuraba yo infundirle algún valor: la desesperación se había apoderado completamente de su ánimo y obscurecido su inteligencia.

»En fin, una noche salió de la casa donde vivíamos, dejándonos por despedida la siguiente carta, que copio:

«Primo y todos los que amo:

»Esto es hecho. Mis ojos ven claro. He emprendido una obra superior a mis fuerzas. Un hombre no puede triunfar de un pueblo. Quedándome yo

aquí, cerca de vosotros, perturbo vuestra existencia, alejo la felicidad de vuestro hogar, comprometo la vida de Lucía, muy noble, muy buena, demasiado buena y leal para recobrar su palabra. Mi deber es devolvérsela. ¡Que olvide al infortunado que traza estas líneas, que no quiera encontrarme! A la hora en que leáis esta carta estaré ya muy lejos, y cada minuto aumenta la distancia que nos separa.

»El deber es cruel; pero el sacrificio para aquellos a quienes se ama es una obligación que, cumplida, da en cierto modo satisfacción a una vida triste.

»¡Adiós para siempre, con los ojos y el corazón rebotantes de lágrimas!

»Firmado:

El que no tiene ya nombre».



Un sollozo interrumpió al lector. *Miss Lucía* se ocultaba el rostro con las manos, y su cuerpo se agitaba con movimientos convulsivos.

Muy emocionada también, *Aurelia* se había levantado, e inclinada sobre la graciosa víctima del drama conmovedor que relataba la instancia con la sequedad de esa especie de escritos, le prodigaba las más tiernas caricias y las más afectuosas palabras.

El periodista le dijo muy afablemente:

—¡Valor, *Lucía*! Si he sometido mi trabajo a vuestra crítica, no es para que usted llore: a pesar de la tristeza que nos ha producido la carta de *Roberto*, luce la llama de la esperanza. ¡Sí que le encontraremos!

—¡Sí, es verdad, y lo creo! Pero la situación será la misma. Por respeto a la

memoria de su padre, sentimiento que no puedo menos de aprobar, quiere recobrar su nombre de Lavarède; por amor a su patria quiere recobrar su nacionalidad de francés. Renacerán, ya lo veréis, las mismas dificultades.

Armando se sonrió.

—En eso precisamente os equivocáis las dos —dijo.

Y mirándole curiosamente las dos mujeres, continuó:

—Me ha ocurrido una idea al pisar la tierra australiana; una idea tan sencilla, que me asombro de que no me haya ocurrido antes.

—¿Qué idea?

—Ésta: Cuando Roberto abandonó este país con usted, Lucía, y con el verdadero Thanis, dejóse atrás al embajador de los neo-egipcios, a Niari, que está al corriente de la intriga de que mi primo es víctima. Encontrado Roberto y puesto en medio de nosotros, buscamos a ese tunante, le llevamos a Francia, y con su declaración y con la de Lucía hacemos redactar un acta de identidad que devuelva a nuestro hombre su nombre y su rango en las filas de los ciudadanos franceses.

Una doble exclamación de alegría respondió a esta declaración. Aurelia y la novia sonreían más animadas. Sin embargo, la segunda expresó una duda.

—¿Consentirá Niari? —preguntó.

—Ciertamente, porque tiene el mismo interés que nosotros.

—¿Cree usted...?

—Es evidente. Ese hombre es un patriota egipcio. El jefe de la conspiración murió. Su deseo debe ser que todo lo ocurrido se conozca, a fin de que los partidarios de la independencia del Nilo puedan elegir otro general y volver a emprender sus proyectos. Así, pues...

—¡Es verdad, es verdad! —musitó la prometida de Roberto, cogiendo las manos del amable parisiense—. Y bien conocía las cualidades de usted, Armando, cuando decía: «Armando estaría encerrado y atado de pies y manos en una caja, y la caja en un bloque de piedra, y el bloque a cien pies bajo tierra, y le veríamos salir en completa libertad».

—Exagera usted —dijo jovialmente el periodista; — o mejor dicho, Roberto exageraba. Roberto nació en Argelia, y Argelia está al Mediodía de Marsella. Por suerte, en el problema que hemos de resolver no hay caja ni bloque, y creo que mi solución hipotética es evidente.

Y luego, con la sangre fría e irónica que parecía ser el fondo de su carácter, añadió:

—Seguiré mi lectura, y ya no os cansaré mucho tiempo.

Y volviendo al escrito abandonado un momento, siguió:

«Nos lanzamos en persecución del fugitivo. De una información llevada como saben los *reporters*, estos policías del periodismo a quienes los policías de la justicia más de una vez han tenido que rendir justo homenaje por su

consumado acierto, resultó que Roberto Lavarède había llegado a Bríndisi, y embarcado en el *steamer Botany* con destino a Sidney el mes de junio último».

Armando calló.

Las dos jóvenes declararon que las explicaciones dadas por el lector tenían tal carácter de precisión, que facilitarían grandemente las gestiones de la policía. El parisiense pareció sumamente satisfecho, y volviendo a colocar el papel en la cartera, exclamó alegremente:

—En ese caso, dejemos para mañana los asuntos serios, y ahora vamos a comer. Haré que nos sirvan aquí mismo.

Se había levantado, y se dirigía al aparato telefónico instalado en un ángulo de la habitación; pero en el momento en que iba a llamar exclamó:

—¿Qué es esto?

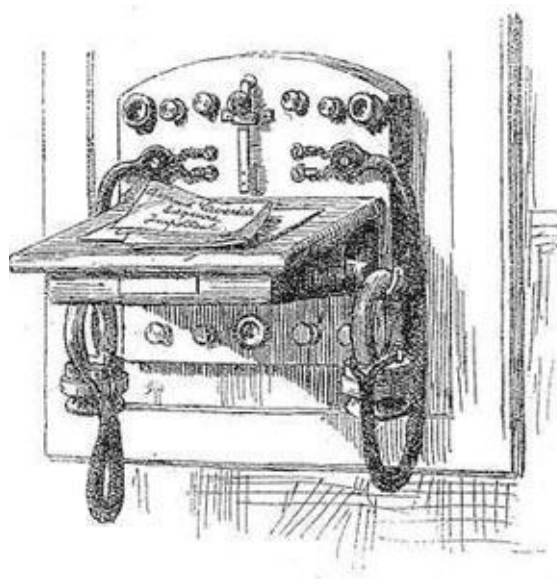
Sobre la tableta vibrante del teléfono acababa de ver un papel doblado, y trazadas con un lápiz muy negro las palabras siguientes:

ARMANDO LAVARÈDE ESQUIRE.

Importante

—¿Un billete para mí?

Las dos mujeres se acercaron curiosas, y, con asombro fácil de comprender, el periodista, después de desdoblar el papel, leyó en alta voz este extraño aviso:



«*Gentleman: Sir Toby Allsmine*, director general de la policía del Pacífico, recibe muy difícilmente a los extranjeros. Sin embargo, si el señor Lavarède quiere estar mañana a las seis de la misma a lo largo del puente de

Farm-Cove, en el Parque, encontrará al señor Toby entre los arbustos y follajes que rodean la estatua del navegante Cook, y podrá exponerle el asunto en que quiere interesarle».

Durante algunos instantes los viajeros guardaron silencio. Miraban a un lado y a otro de la habitación, llenos de asombro, sin comprender cómo les había llegado una indicación que tan exactamente respondía a sus preocupaciones.

Aurelia fue la primera que habló:

—¿Qué piensas hacer, Armando?

—Ir a la cita. ¿Qué es lo que arriesgo? ¿Ser víctima de una broma? ¡Bah! ¡Soy parisiense y me reiré yo el primero, si es broma! Sin embargo, bueno será interrogar a la gente del hotel.

Y dicho y hecho. Funcionaron los timbres eléctricos, atrayendo al salón sirvientes, mayordomos, camareros, cocheros, contables, y hasta el director del hotel, el honorable y correcto mister Littlething.

Pero nadie pudo aclarar el misterio. Littlething se deshizo en saludos, protestas y excusas, muy preocupado de que se hubiera producido tal anomalía en una casa tan bien dirigida y acreditada como la suya, y se retiró, anunciando que del hecho daría aviso a la Dirección de la policía.

Entretanto los viajeros se hicieron servir la comida, y comieron con excelente apetito, haciendo al propio tiempo las más extrañas conjeturas respecto del autor del aviso.

A las nueve ellas y él se encerraron en sus alcobas, y no tardaron en ceder al sueño.

## *Capítulo VI*

### *La fiesta de Sidney Docks*

Menos filósofo que sus clientes, el director del Centennial-Park-Hotel paseaba por las calles de la ciudad.

Estaba furioso. Cerrados los puestos de policía, en vano se había dirigido al domicilio de los diversos funcionarios que podían recibir su declaración. Todos estaban ausentes o no habían querido recibirle.

Y, sin embargo, la honra de su establecimiento, el más perfecto de Sidney —¡gran sensación!— estaba comprometida. ¿Qué pensar de un hotel cuyos huéspedes están expuestos a recibir billetes anónimos redactados por gentes que, sin duda, no pueden presentarse en ninguna parte?

—¡Qué deficiente es la policía! —monologaba—. ¡Un comerciante notable, de fortuna decente, ha de soportar las burlas de personajes que, probablemente, no tienen un céntimo!

¡Y había que oír con qué desprecio pronunciaba estas últimas palabras!

—¡Porque es evidente que un ciudadano rico, un hombre de posición, no puede entretenerse en semejantes excentricidades!

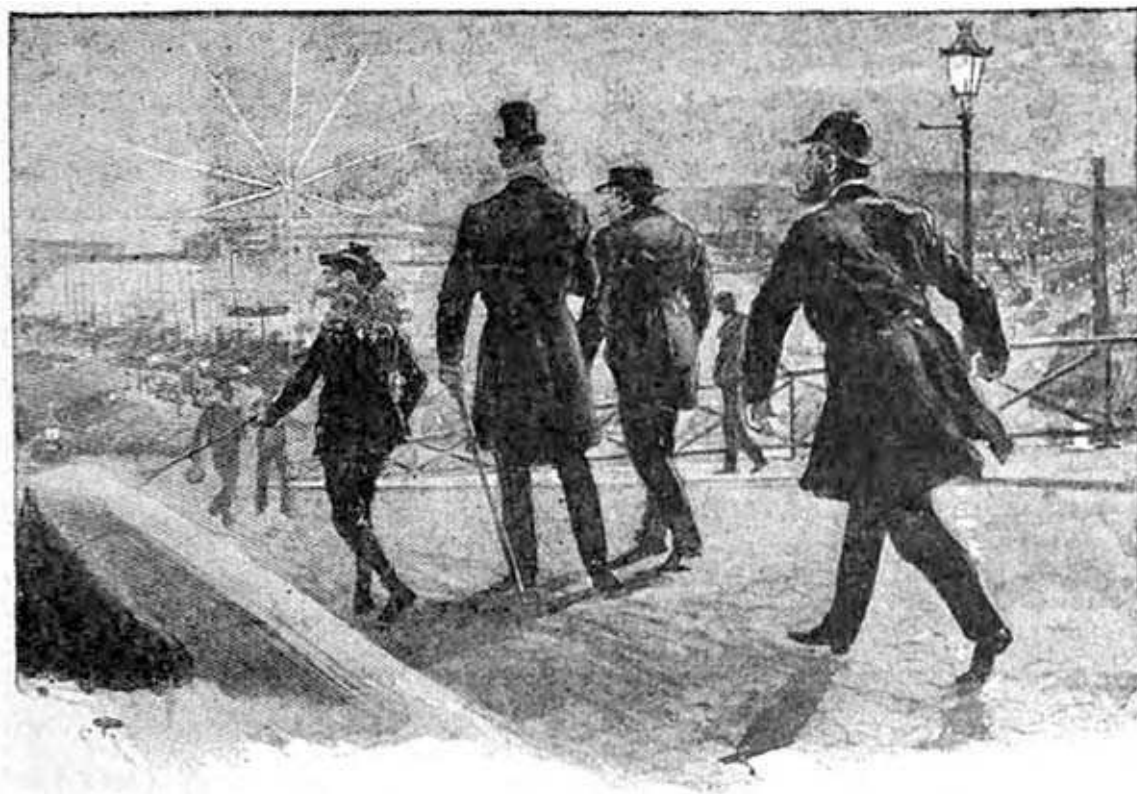
Súbitamente se fijó en que delante de él marchaban tres personas que no le eran desconocidas.

En medio, un hombre de alta estatura, de fuerte corpulencia, llevando a su derecha un individuo de menos estatura, y cuyo aire no dejaba de ser elegante a pesar de una ligera gibosidad, y a su izquierda, un adolescente.



—¡Ah! —pensó mister Littlething—. ¡O tengo telarañas en los ojos, o estoy viendo al propio *sir* Allsmine, con su secretario James Pack, y ese tontuelo de Silly! ¡Sería yo bien estúpido si no aprovechase la ocasión de presentar mi reclamación!

Y pensando así el industrial aceleró el paso adelantándose a los tres, y con una mirada oblicua se aseguró de no haberse engañado.



Eran, en efecto, el Director de la policía del Pacífico, James Pack y Silly, que se dirigían a la fiesta de los Docks de Sidney con el propósito de echar el guante al misterioso corsario Triplex.

Sin quitarse el sombrero, porque los australianos desdeñan, como los americanos, todas las formas exteriores de respeto, el señor Littlething se puso delante de aquellos señores en actitud de estorbarles el paso.

—¡Buenas noches, señor Allsmine! —dijo.

Toby hizo un gesto de extrañeza viéndose detenido en medio de la calle; pero reconociendo al importuno, exclamó:

—¡Ah, es el señor Littlething! ¡Buenas noches!

—Tengo que decir dos palabras al señor Director.

—Esta noche me falta el tiempo. ¡Mañana, mañana!

—Mañana no podré: tampoco tendré yo tiempo. Es muy poco lo que tengo que decir, y puedo decirlo ahora.

Interpretando como asentimiento el silencio del señor Allsmine, el industrial continuó.

—Esta tarde, no sé quién, se ha permitido introducir, no se sabe cómo, en una habitación de Centennial-Park-Hotel, dirigido a un viajero, este escrito.



Y presentaba al mismo tiempo el pedazo de papel que tanto había sorprendido al señor Armando Lavarède. A la claridad de una linterna eléctrica, *sir* Toby leyó el papel:

—¡Lavarède! ¡Lavarède! —repitió—. ¿Quién es Lavarède? No, no me es desconocido el nombre.

Ante la actitud del Director de la policía, Pack y Silly cambiaron una rápida mirada de inteligencia. El primero replicó indiferentemente:

—Lavarède, señor Allsmine, es el nombre que reclamaba el personaje internado en otro tiempo en la Australia Occidental. ¿No recuerda usted que estaba mezclado en la cuestión egipcia?

—Perfectamente, señor James. Pero no es el mismo, seguramente. No volvería por aquí. ¡En fin, veremos mañana!

Mas este aplazamiento para el día siguiente no convenía a Littlething.

—Pero el crédito de mi casa... —murmuró.

—¡Bah! ¡Bah! —exclamó *sir* Allsmine impaciente—. ¡Déjeme usted en paz! Esta noche estoy muy ocupado: lo que ha de hacer usted es decir a su cliente que no se moleste mañana en venir a buscarme, porque no me encontrará. Mañana me dirá usted lo que quiera.

—Lo diré ahora mismo. El personal de mi casa es escogidísimo; personal selecto con referencias de primer orden. A nadie en mi casa se puede atribuir el abuso de introducir como por arte mágica papeles y avisos en las habitaciones de los huéspedes. Pero tres personas extrañas entraron en la habitación del señor Lavarède: dos mozos conocidos del puerto, y ese mocito que acompaña ahora al señor Director de policía.

—¿Silly?

—El mismo.

—Silly, el pobre, es enteramente ajeno a lo de lo que usted cuenta —dijo el señor Pack con cierta viveza—. Sin embargo, si mi honorable Director lo permite, encargaría a usted que no hiciera desistir al señor Lavarède de acudir a la cita. Acaso algún o algunos bandidos quieran sorprenderle. Que acuda a la cita, y tenga la seguridad de que velaremos por él, y nada le sucederá.

Y como *sir* Toby inclinó la cabeza aprobando cuanto había dicho su secretario, éste apartó sin ceremonia al hostelero y se alejó con sus compañeros. Mientras Littlething tronaba contra la ineficacia y la inutilidad de la policía, el Director de ésta, su secretario y el joven Silly se dirigían a los Docks de Darling y Nabour.

Todo un lado del recinto estaba iluminado: arcos, guirnaldas de faroles venecianos, globos de cristal de colores dibujaban luminosos arabescos sobre el fondo oscuro del cielo; miles de lámparas eléctricas multicolores corrían a lo largo de las cornisas de los depósitos y almacenes; en las calles, entre los edificios permanentes, se habían instalado provisionalmente circos, barracas, escenarios y gimnasios.

Los instrumentos de metal, los órganos a vapor, los tambores, los bombos y los címbalos roncaban, gemían, producían una tumultuosa cacofonía sobreexcitando la bulliciosa alegría de la multitud que se aglomeraba ante las barracas y se atropellaba en las avenidas.

Porque la fiesta de los Docks de Sidney es casi una fiesta nacional. Allí se concentran todas las clases de la sociedad, y la honorable —todo es honorable en los países de lengua inglesa—, la honorable corporación de los rateros (*pick pockets*) la considera como una fiesta patronal. En esta fiesta, con una caridad sólo comparable a la astucia y destreza de los que la ejercen, se alivia al prójimo del peso de alhajas, bolsillos, carteras y otros objetos de valor que imprudentemente lleve consigo.

*Sir Allsmine* y sus compañeros llegaron a la entrada de la feria.

—No te separes de mí —dijo *sir Toby* a *Silly*—. Si ves al hombre que te entregó esta mañana los carteles, avísame al momento.

El muchacho inclinó la cabeza sin responder, y los tres iban a confundirse con la multitud, cuando un hombre se colocó ante el señor *Allsmine*. Era un agente de seguridad.

—Excelencia —dijo—, yo estaba ahora delante de la puerta del circo *Monkey*. Un individuo se llegó a mí, y señalando a un *gentleman* que penetraba bajo la marquesina, me dijo: «Ahí tiene usted al corsario *Triplex*. Yo soy el que ha dirigido hoy una comunicación a *sir Toby Allsmine*».

—¿Y dónde está esa persona?

—Se me perdió entre la gente, y no he podido detenerla.

*Toby* hizo un gesto de impaciencia.

—¡Pues la ha hecho usted buena! —dijo con enojo.

—Tiene razón *V. E.*; pero si cogemos al *Triplex*, no importaría gran cosa no coger al otro.

—Y que el otro —añadió *Pack*—, ya tendrá buen cuidado de presentarse a reclamar el premio prometido a quien procure la captura del Corsario.

Esta observación pareció convencer al Director.

—Sí, en efecto —repuso; y añadió mirando al agente—: ¿Ha procedido usted a detener al bandido?

—Todavía no. No he querido llamar la atención durante la representación. He puesto cuatro hombres en observación cerca del circo, cuatro buenos mozos armados de *dins* y de *hand-sanscuffs* (garrotes y esposas); y, por muy listo y fuerte que sea, el tío no podrá escapar.

—¿Tiene apariencia de vigor y fortaleza?

—Sí, excelencia. Es muy grande: un atleta, con los ojos azules, y lleva espesa y larga barba rubia.

*Sir Allsmine* pareció muy satisfecho.

—En fin —dijo—, ya tenemos las señas de ese infame, y no conviene que perdamos tiempo, porque el hombre es el mismísimo Demonio, y es preciso que no

se nos escape. ¡Señores, al circo Monkey!

Tan apresurados como lo permitía la aglomeración de público, los tres, guiados por el agente, se dirigieron al sitio donde estaba el circo Monkey, de gran reputación en toda la costa australiana.



Pronto llegaron delante de la marquesina de la entrada, vacía en aquel momento. Oíanse aplausos y bravos en el interior, lo cual demostraba que la representación seguía su curso. Al pie de la gradería de madera, por donde se subía a la entrada del local, cuatro formas negras, inmóviles como estatuas, parecían formar parte de la tela a que estaban adosadas.

El agente las señaló misteriosamente al Director.

—¡Esos son mis hombres! —dijo en voz baja.

—¡Muy bien, muy bien! —aprobó el Director—. Todavía no acaba la función, y no sale la gente. ¿No podría usted hacerme ver al sujeto que vamos a detener?

—Sí, excelencia, si V. E. quiere seguirme. Antes de ir a avisar a V. E. preparé un sitio desde donde ver al sospechoso, enfrente de la entrada de los artistas.

—¡Vamos allá!

Precedido por su subordinado, *Sir Toby* dio la vuelta a la tienda circular del circo. Su conductor se detuvo en un punto diametralmente opuesto a la puerta de entrada del público. Habíase hecho en la tela un agujero de un centímetro a lo sumo.

—Mire V. E. por este agujerito —dijo el polizonte a su jefe—, y verá usted muy cerca, en la primera fila al famoso Corsario.

## Capítulo VII

### *Sugar al escondite*

Toby hizo lo que le decía su subordinado: miró, y un estremecimiento de alegría agitó su cuerpo. El hombre de la barba rubia estaba allí, ocupando el puesto que el polizonte había señalado en la primera fila. Parecía que le agradaba mucho el espectáculo, y echado hacia delante, con los codos apoyados en la baranda circular que cerraba la pista, miraba sonriente y complacido a un *clown* que hacía los más extraños ejercicios de dislocación.

—¡No sabe el gran bribón lo que le espera a la salida! —dijo el Director al oído de su dependiente.

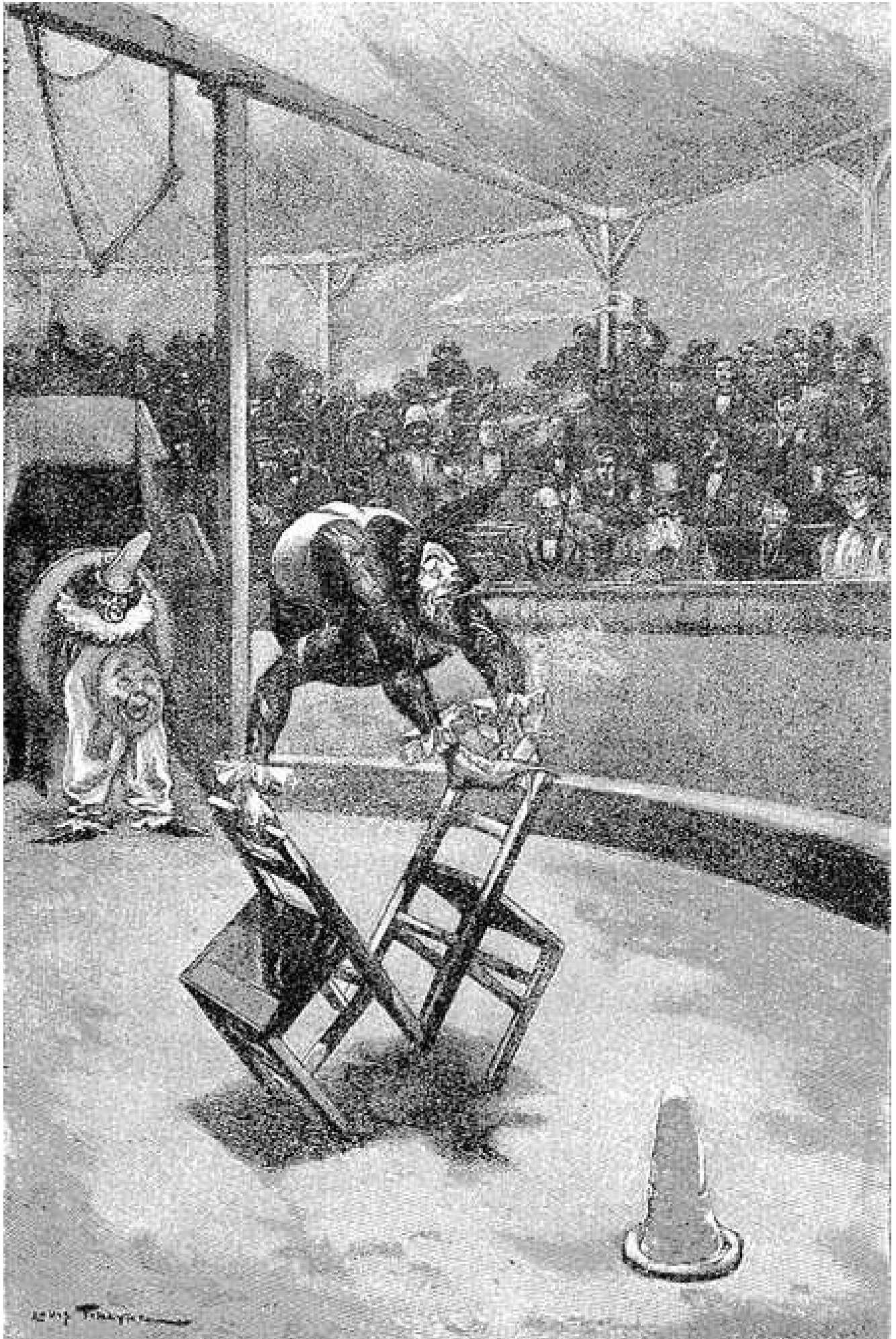
—Seguramente que no lo sospecha. Lo que menos creará es que ha sido delatado —respondió el celoso polizonte.

Nuevamente miró por el agujero el señor Director general. Experimentaba íntima satisfacción. Allí tenía a su disposición al enemigo misterioso cuya audacia, prodigiosa rapidez de movimientos y otras peregrinas circunstancias, le habían alarmado un momento. A la sazón confesaba que se había alarmado. Y rechinando los dientes murmuraba:

—¡Ya se te acaba la diversión, hijo mío! ¡Ya no vas a reírte más de mí! ¡La horca me libraré de ti para siempre!

En aquel momento el mismo director del circo, el señor Monkey en persona, penetraba en la pista, y muy correcto, con su traje de etiqueta, anunciaba el término de la representación, y «tenía el honor de dar las gracias y saludar al respetable y simpático público».

—¡Apresurémonos —dijo *sir* Toby—, el público va a salir!



Y corriendo, seguido por el agente, fue a colocarse en el vestíbulo, junto a la puerta por donde había de salir el público, que no era la misma de la entrada, a la sazón cerrada hasta que se desocupara el circo.

Los policías estaban en su puesto. James Pack y el muchacho Silly, con una curiosidad muy natural, permanecían al pie de la escalinata. Allsmine fue a colocarse cerca de ellos, sin fijarse en la enigmática sonrisa que en el semblante del señor Pack y del pequeño Silly se dibujaba.

Los cortinones colocados ante la puerta de salida se descorrieron; los espectadores salían al vestíbulo y bajaban la escalera, y en cuanto llegaban a la calle se esparcían en todas direcciones, satisfechos de haber visto las habilidades de los artistas gimnásticos y ecuestres.

El movimiento era lento. El Director y sus subordinados podían examinar a su sabor a las personas que salían. El individuo que esperaban fácilmente sería reconocido. No había otro con una barba tan rubia y tan larga, que le caía sobre el pecho.

Seguía saliendo la ola humana. Poco a poco se aclaraba. Los últimos pasaron vivamente; poco después volvió a caer el cortinón de la entrada, y no salieron más seres vivientes.

El circo estaba vacío, y el corsario Triplex no se había presentado.

El Director de policía y sus subordinados no disimulaban el asombro que les producía el fracaso de su plan, tan perfectamente dispuesto y combinado. *Sir Toby* soltó una enérgica interjección, y seguido por los otros subió la escalera, entró en el circo y se detuvo ante la pista.

En pie, en medio de la pista, *Monkey*, siempre vestido de etiqueta, hacía arreglar y apisonar por sus dependientes la arena de la pista, a fin de dar una nueva y última representación la misma noche antes de acabar la fiesta.

*Sir Monkey* se dirigió a los intrusos gritando mal humorado:

—¡No, no, *gentlemen*, todavía no es hora! Dentro de media empezará el espectáculo. Ya van a despacharse los billetes.

—No venimos —dijo *sir Toby*— a ver funciones, ni nos importan. Venimos aquí a prender a un criminal.

—¡No hay ningún criminal entre mis artistas!

—¿Quién le habla a usted de artistas? El hombre que perseguimos es un espectador. Ha debido de salir, porque estaba dentro, en primera fila.

—Habrán salido por la puerta —interrumpió *Monkey* con un tono de dignidad ofendida—. Al fin de la representación yo estaba aquí a la cabeza de mis empleados en fila, la salida del público se ha efectuado con el mayor orden.

—Nosotros hemos examinado bien a todos los que salían, y no hemos visto ninguno de sus señas.

—¿Qué señas, señor?

—Un hombre alto, fuerte, fácil de conocer por llevar una larga barba rubia.



—¡Ah; ah, yo le he visto! Con la barba cubría enteramente la pechera de la camisa.

Así dijo un *clown* que acababa de saltar la pista y había oído la conversación, y añadió:

—Por cierto que, viendo la espesa y sedosa barba, me ocurrió pensar que era demasiado bonita para ser verdadera.

—¿Cómo?

—¿Qué dice usted?

—Sí, sí; apostarí a que la barba que hemos visto es postiza.

—¡Postiza! —rugió Allsmine con tal violencia que todos se asustaron—. ¡Postiza!

—Y no digo que apostarí, porque lo que digo es que yo no quitaba ojo al *gentleman*, y le vi perfectamente que se quitó el hermoso adorno de la fisonomía y se lo metió en el bolsillo.

El Director de la policía piafaba, mugía, relinchaba de rabia impotente.

—¿Está usted seguro de lo que dice? —preguntó al *clown* ahogándose de rabia.

—Muy cierto y seguro —respondió este artista—. Y para probar que no me equivoco, diré que el individuo estaba sentado en aquel sitio, fila primera.

Y llegando al sitio indicado, el artista puso la mano sobre el terciopelo de la baranda circular, precisamente donde *Sir Toby* había visto desde el agujero a su adversario,

Súbitamente el *clown* exhaló un grito de dolor. Todos se acercaron. En el terciopelo de la baranda había una tarjeta picada con un alfiler.

Coger la tarjeta, devorar las líneas que contenía y lanzar un grito de cólera, fue para *Sir Toby* cosa de un momento. Después dirigió a todos miradas de ira, de angustia, de rabia. Acababa de leer en la tarjeta lo siguiente:

### «El Corsario Triplex

*quiere dar al llamado Allsmine un buen consejo. No es fácil coger al que se encuentra en todas partes a la vez».*

No solamente se le escapaba Triplex, sino que se burlaba de su infortunado perseguidor.

Estando allí todos mudos, espantados del pavor que se pintaba en la fisonomía de *Sir Toby*, llegó corriendo otro policía.

Jadeante el hombre, que había ido a escape, explicó que su sargento le enviaba a advertir a S. E. que el corsario Triplex «triunfaba» en la mesa de juego de Jones Zechom, situada al otro extremo del lugar de la fiesta.

El grito de Allsmine al oír tal noticia llegó al paroxismo. Viéndose juguete del Corsario, abrumó brutalmente de insultos al agente, que no tenía culpa de nada. En

fin, el mismo exceso de su furia le calmó, y acabó por preguntar al agente:

—¿Cómo le han reconocido?

—Por las señas circuladas a todos los puestos de vigilancia por el agente Burley.

—¿Es decir que se cree...?

—Triplex es un gran mozo que lleva una hermosa barba larga y rubia.

A pesar de las miradas irritadas del Director de la policía, los empleados del Circo no pudieron contener la risa. Era, en verdad, un tipo de lo más gracioso aquel Corsario que a voluntad se quitaba la barba o se la ponía. Además, en Australia, como en todas partes, haciendo justicia a los esfuerzos de la policía, el pueblo tiene una secreta simpatía para los que se burlan de ella.

—Bien —dijo Pack, atajando las imprecaciones que saltaban a los labios de su superior—; no nos costará mucho trabajo ir a la timba del tal Jones Zachom. Puede ser que logremos algo.

Estas palabras calmaron a *sir* Toby, infundiéndole alguna esperanza.

Sin saludar a nadie salió del Circo y se lanzó por entre los transeúntes, abriéndose paso a codazos.

Todos corrían en pos del Director. En diez minutos atravesó el terreno ocupado por los feriantes, y se detuvo ante una casa cuyas ventanas estaban muy iluminadas.

Pero nadie entró. Un policía colocado de centinela delante de la puerta se acercó rápidamente al Director de la policía, y cuadrándose militarmente, le entregó una carta.

—¿Qué es esto?

—No lo sé, Excelencia. Un joven que ha bajado de los salones de Jones me ha pedido que entregue a V. E. esta carta.

Otra vez James Pack cambió con Silly una ligera sonrisa. *Sir* Toby, rompiendo fácilmente el sobre de la carta pasó ésta a su secretario:

—¡A ver, *sir* Pack; la burla continúa!

En efecto; en la tarjeta contenida en el sobre se leía este aborrecible nombre:

#### CORSARIO TRIPLEX

Y debajo había escrito lo siguiente:

*Siente mucho no poder esperar al señor Allsmine. No es todavía en casa de Jones donde puede encontrarle.*

Esta vez el Director de la policía del Pacífico no se enfadó. Invadía una especie de terror. Ya temía que la lucha emprendida contra el osado Triplex le produjera transcendentales contrariedades.

Muy fuerte debía de ser el hombre que se atrevía a burlar a todas las brigadas de

vigilantes que le perseguían. Primero Toby se había resistido a creer en la presencia simultánea del Corsario en varios sitios diferentes, y ya veía, a su pesar, que a él mismo, con toda la gran importancia de su posición oficial, le traía y le llevaba el fantástico personaje.

A la misma hora el corsario Triplex estaba en el Circo Monkey y en la casa de juego Jones, desapareciendo en el preciso momento en que se hubiera podido capturarlo.

Todo esto era un prodigio lleno de confusiones y amenazas.

Suspense, aturdido, incapaz de tomar una resolución, *sir* Toby estaba inmóvil, no sabía qué hacer. En vano quería discurrir algo, pensar algún arbitrio propio de un director supremo de la policía. Cerca, aunque a distancia respetuosa, James Pack y sus agentes esperaban pacientemente sus órdenes. En todos se notaba la natural inquietud en vista de los sucesos que preocupaban al Jefe. Solamente el inocente Silly, contemplando la casa de juego y las luces múltiples de la fiesta parecía complacido e indiferente.

De pronto un hombre vestido de obrero, pequeño, gordito, con los cabellos negros y desordenados asomando por debajo de una gorra vieja con la visera medio desprendida, se introdujo sin pizca de respeto en el grupo, y poniendo su mano callosa en el brazo del Director, pronunció estas palabras:

—¿Hay todavía una prima de 4000 libras esterlinas para el ciudadano que entregue al corsario Triplex?

Y más bajo, de manera que sólo le oyera *sir* Allsmine, añadió:

—¡Yo soy quien esta mañana escribió a Vucencia!

## Capítulo VIII

### La caza del Corsario

En tal estado de ánimo estaba el Director de la policía, que sin mirar siquiera al hombre se desató en exclamaciones, interjecciones y amenazas.

—¿Viene usted con otra declaración ridícula? ¡El Corsario se ríe de usted, de mí, de todos! ¿Le ha enviado a usted él mismo para que se ría la gente? ¡Sin duda, este hombre es aliado del otro! —dijo, dirigiéndose a los polizontes—. ¡Vamos a detenerle!

Muy tranquilo, el obrero le dejó decir cuanto quiso, sin inmutarse, y, por el contrario, con la mayor serenidad le dijo amablemente:

—Si el señor Director desconfía de mí, puede sujetar mis manos con esposas, y luego siga V. E. por donde yo vaya con sus agentes. Me propongo conducir a V. E. a la casa donde *sir* Triplex ha estado toda la noche escribiendo, y donde está todavía.

Con ésta proposición de tan leal apariencia se templó súbitamente la cólera de Allsmine. Evidentemente, un hombre que se prestaba de tan buen grado a que le llevaran preso no podía tener malas intenciones. Sin duda, era un hombre de buena fe, porque no se usa entre bandidos entregarse así tan abiertamente al servicio de la vigilancia y seguridad.

Un poco menos furioso, Allsmine le preguntó:

—¿Está usted seguro de entregarme al sujeto que buscamos?

—Sí; a condición de que no perdamos tiempo. ¿Comprende Vucencia?

—¿Hemos de ir sin demora?

—Justamente.

—¡Pues adelante! ¡Guíenos!

El Director había llamado a Pack, a Silly y a los agentes. Pero el desconocido volvió a tocarle en el brazo.

—No vayamos, señor, sin que antes me sujeten las manos.

—¡Hombre! ¿Es una broma?

—No, señor, no; lo digo en serio. Hay que preverlo todo. En caso de un fracaso, no quiero que se pueda poner en duda mi sinceridad. Basta con la venganza del otro para amenazar mi existencia.

Toby vacilaba todavía, el obrero insistió.

—¡Que me pongan esas manillas! ¡No hay que perder el tiempo!



No había más remedio que complacerle. Sujetáronle las manos: muy satisfecho contempló aquel adorno, que para tantos es objeto de horror, y muy alegre se puso delante diciendo:

—¡Yo guío!

—¡Guíe, guíe, amigo, a ver si quiere Dios...!

Con el paso largo de los trabajadores el artesano atravesó el lugar de la fiesta, seguido por *sir* Allsmine y una docena de agentes.

James Pack y el idiota se habían quedado atrás.

Silly había cogido el brazo del secretario, y éste sintió que la mano del joven temblaba.

—¡Valor! —le dijo con una expresión de profunda ternura—. ¡Valor! ¡Te has confiado a mí, has creído en la verdad de mis palabras! ¡La hora que te prometí ha llegado!

El muchacho miró a su compañero con una emoción incomprensible y sin poder contener las lágrimas.

—¡Valor! —repitió Pack—. ¡Ten serenidad, y mira que pueden observarnos!

—¡Sí; tienes razón, amigo James! —musitó el chico—. ¡Tendré valor!

—Así debe ser. Dime si puedes andar más deprisa.

—Sí, señor.

—Pues reunámonos con *sir* Allsmine. Es preciso que nos vea a su lado.

Y al decir esto el secretario, llevándole de la mano, hizo andar deprisa al jovencito, y pronto los dos estuvieron a pocos pasos del Director de la policía. El grupo salía ya del espacio concedido a los feriantes; dejaba muy atrás el campo de la feria, resplandeciente de luminarias, y se perdía en las oscuras calles y callejuelas.

Iban la policía y su guía hacia la parte Oeste de la ciudad. A la animación de la

fiesta sucedía la soledad de los barrios pacíficos; calles desiertas, tiendas cerradas, ventanas con las persianas echadas; silencio, en medio del cual las pisadas de los pocos transeúntes sobre el pavimento sonaban con un ruido formidable.

Algún viandante retrasado se detenía mirando con tanto temor como curiosidad al grupo de la policía seguir su camino, o bien otra ronda de policía se acercaba, y reconociendo al Director, se alejaba murmurando:

—¡El Jefe superior opera por sí mismo! ¡Se conoce que la cosa está que arde!

Ya habían dejado atrás el hotel de Postas, vasto edificio de asperón, italiano de estilo, con su majestuosa columnata de granito, y la Casa-Ayuntamiento, dominada por una torre de sesenta metros de altura, y el obrero que guiaba, y a quien ninguno de los que le seguían perdía de vista, continuaba andando. Ya llegaba a las barriadas modestas. Súbitamente el guía se detuvo, y designando una calle estrecha y sombría que se abría a la derecha dijo:

—¡Ya llegamos al fin!

Allsmine, palpitante, febril, sondeó con la mirada la profundidad de la calle, y preguntó:

—¿Es aquí?

—Sí, Excelencia; a unos veinte metros. Una casa pequeña. Detrás hay un gran jardín cuyos muros tienen varias salidas. Sería preciso cercar la casa y el jardín para...

—¡Sí, entiendo; para que no se nos vaya la caza! ¡Muy bien pensado!

Seguidamente *sir* Toby dio sus órdenes, y por grupos de dos, de tres, de cuatro, los agentes desaparecieron por diversos sitios en aquella obscuridad. El Director sólo conservó a su lado un agente, su secretario Pack y el inseparable Silly, que miraba en derredor, muy pálido, y agitado por rápidas sacudidas nerviosas.

—Nosotros bastamos —dijo el Director— para guardar la puerta. Tengo mi revólver. ¿Y usted lo tiene también, señor Pack?

—¡Tengo, tengo el mío!

—¡Pues vamos a tomar posición!

El obrero entró en la calleja que había designado un momento antes. Andaba de puntillas, evitando hacer ruido, y sus compañeros le imitaban, comprendiendo la necesidad de que no pudiera el que con tanto interés buscaban enterarse de la presencia de sus perseguidores.

Al cabo de unos treinta pasos el guía se detuvo enfrente de una casa de aspecto burgués, cuya puerta de madera gruesa estaba adornada con un llamador de bronce. Todas las persianas estaban cerradas; pero en el piso principal y único se veía luz por la juntura de las dos hojas de la ventana. El obrero señaló a aquella ventana. Todos adivinaron la significación del gesto del obrero. Allí estaba el corsario Triplex. En fin, ya iba a ser capturado aquel ser extraordinario que hacía tantos meses se burlaba de la policía británica del Pacífico.

¡Allí estaba, allí! ¡No había salvación para él!

Lo mismo que los cazadores cuando suenan las trompas, los polizontes experimentan una violenta emoción en el momento en que va a representarse la postrera escena del drama en que desempeñan importantes papeles.





Como es natural, están apasionadamente interesados en el duelo sin fin empeñado entre ellos, los defensores del orden, y los malhechores, que son los enemigos del orden. Todo el cuerpo del director Allsmine experimentaba, digámoslo así, una trepidación nerviosa; y no era extraño, porque el hombre pensaba que dentro de un momento estaría en su poder el gran bandido, el corsario Triplex.

Parecíale al Director que veía a su enemigo escribiendo a la claridad de quinqué, bien ajeno de que el honorable Cuerpo de Seguridad tenía cercada su casa. Ya se figuraba el sobresalto horrible, la desesperación del bandido al persuadirse de que no habría resquicio por donde pudiera escapar. Una satisfacción inmensa invadía y esponjaba al elevado funcionario. La captura del fantástico personaje ponía término a sus inquietudes, y sería para él necesariamente origen de nuevos y preeminentes honores. Jefe ya de la policía de la mitad del mundo inglés, podía aspirar a todo. ¿Por qué no había de pedir la concesión del título de lord, que sus mismos subalternos le aplicaban ya, aunque no tuviera derecho a él? Con la cándida y necia fatuidad de los ambiciosos, Toby se complacía en pensar que si a su nombre Toby se le antepusiera el codiciado lord, le sentaría maravillosamente. En estos pensamientos lo sorprendió un silbido modulado de una manera particular. Era la señal convenida con sus agentes para indicar que la casa del Corsario estaba completísimamente cercada.

Con un gesto gallardo *sir* Toby empuñó su revólver con la mano derecha, imitándole todos los que le acompañaban; acercándose a la puerta, con la izquierda cogió el llamador de bronce y dio un fuerte golpe, diciendo al propio tiempo:

—¡En nombre de la Reina, abrid!

Se produjo un hecho extraordinario. Antes de terminar el Director esta intimación, abrióse la puerta violentamente.

Sorprendidos, porque no es cosa usual que las gentes perseguidas y declaradas fuera de la ley corresponda tan rápidamente a los requerimientos de la policía, *Sir* Toby, su secretario, Silly y el agente que los acompañaba vieron varias formas humanas que desde el interior se precipitaban por la puerta. Y todos, *sir* Toby y demás, cogidos por manos vigorosas, desarmados con prodigiosa ligereza, fueron arrastrados al interior de la casa, cuya pesada puerta se cerró luego con estrépito. No habían tenido tiempo de pensar siquiera lo que les pasaba. Separado de los demás, envuelta la cabeza en un pedazo de tela gruesa que ahogaba sus gritos, el Director de la policía del Pacífico fue llevado por una escalera, atravesó en volandas aulas y corredores, y luego, notando lo fresco de la atmósfera, comprendió que lo sacaban al aire libre.

Pero no tuvo tiempo de hacer muchas reflexiones.

Una voz bronca y áspera le dijo:

—¡Suba! ¡Monte!

Instintivamente el hombre levantó el pie, y fue empujado al interior de un carruaje, que partió rápidamente.

Llevó las manos a la tela que le cubría la cabeza. Quería ver dónde estaba; pero

una presión violenta le impidió aquel movimiento de curiosidad, que no podía negarse que era naturalísimo. La misma voz oída antes le intimó:

—¡Está prohibida la curiosidad!

El tono del acompañante de *sir* Allsmine no tenía nada de tranquilizador. Creyó conveniente el Director ejercer en aquel lance la más previsora prudencia.

Sin embargo, el oído le permitía hacer algunas observaciones. Así, advertía que el carruaje iba por un sitio pavimentado de asfalto; luego recorría una calle con piso de madera; después marchaba, sin duda, el vehículo sobre guijarros. Todo esto no satisfacía mucho, que se diga, al prisionero. No podía dudar que se hallaba en poder del Corsario, que en todas sus acciones había demostrado no profesar una estimación muy singular al elevado funcionario. Sabía que en Australia, donde la civilización no ha conquistado todavía más que una estrecha lengua de tierra paralela al mar, el interior del país se sustrae a la acción de la policía. En esta inmensa comarca, tan vasta como Europa, y cuya población apenas iguala a la de Bélgica (3 500 000 habitantes), la única ley en vigor es la ley del más fuerte. Fuera de los centros habitados, es sumamente fácil deshacerse de un enemigo. El desierto no entrega al criminal. La soledad no proporciona testigos.

Todas estas reflexiones son muy razonables. *Sir* Allsmine sentía que un sudor helado bañaba todo su cuerpo. En igualdad de circunstancias, el más valiente no hubiera podido sustraerse a tan abundante transpiración. Es, por cierto, muy grave hallarse a merced de un enemigo, en un sitio donde éste disfruta la ventaja de haceros desaparecer sin correr peligro de que nadie lo sepa.

Sin embargo, la intención de los aprehensores de *sir* Toby no era llevarle al desierto, porque después de una hora, o cosa así, de marcha, el coche iba más despacio y las ruedas sonaban sobre el pavimento de lugar habitado.

—Aquí debe de haber un patio —pensó el Director, prevenido por vagas resonancias de que el espacio donde se movía el coche parecía estar rodeado de edificios.

En el mismo instante de hacer esta última reflexión cesaba el movimiento del coche, abríase la portezuela, y el cautivo, cogido por brazos poderosos, era arrastrado al exterior.

Siempre sujeto por los guardianes, subió una escalera de siete peldaños, atravesó un salón, que creyó que era un vestíbulo, y luego una sucesión de piezas bien pavimentadas.

En fin, sus conductores le instalaron en una silla sentándole de golpe, y uno de ellos pronunció estas palabras:

—¡Ya puede el amigo quitarse el capuchón de la cabeza!

## Capítulo IX

### *Las máscaras verdes*

Tácitamente se comprende que *sir* Toby se apresuró a quitarse el pedazo de tela que le cegaba; pero las cosas y los seres que vio al recobrar la facultad de ver casi le hicieron pensar que hubiera sido mejor seguir con el capuchón puesto.

Hallábase sentado en el centro de una sala espaciosa, con las paredes desnudas de todo adorno. Enfrente, delante de una mesa larga cubierta con un tapete rojo que caía hasta el suelo, estaban inmóviles y rígidos como estatuas tres extraños personajes.

Largos ropones verdes los envolvían completamente. Su cabeza estaba oculta por capuchas del mismo color y puntiagudas, en las que se veían tres agujeritos que correspondían, a no dudar, a los ojos y a la boca.

En torno del cautivo veíanse otros hombres con traje de marineros, oculto el rostro por careta verde, y que parecían ejercer vigilancia sobre *sir* Toby.

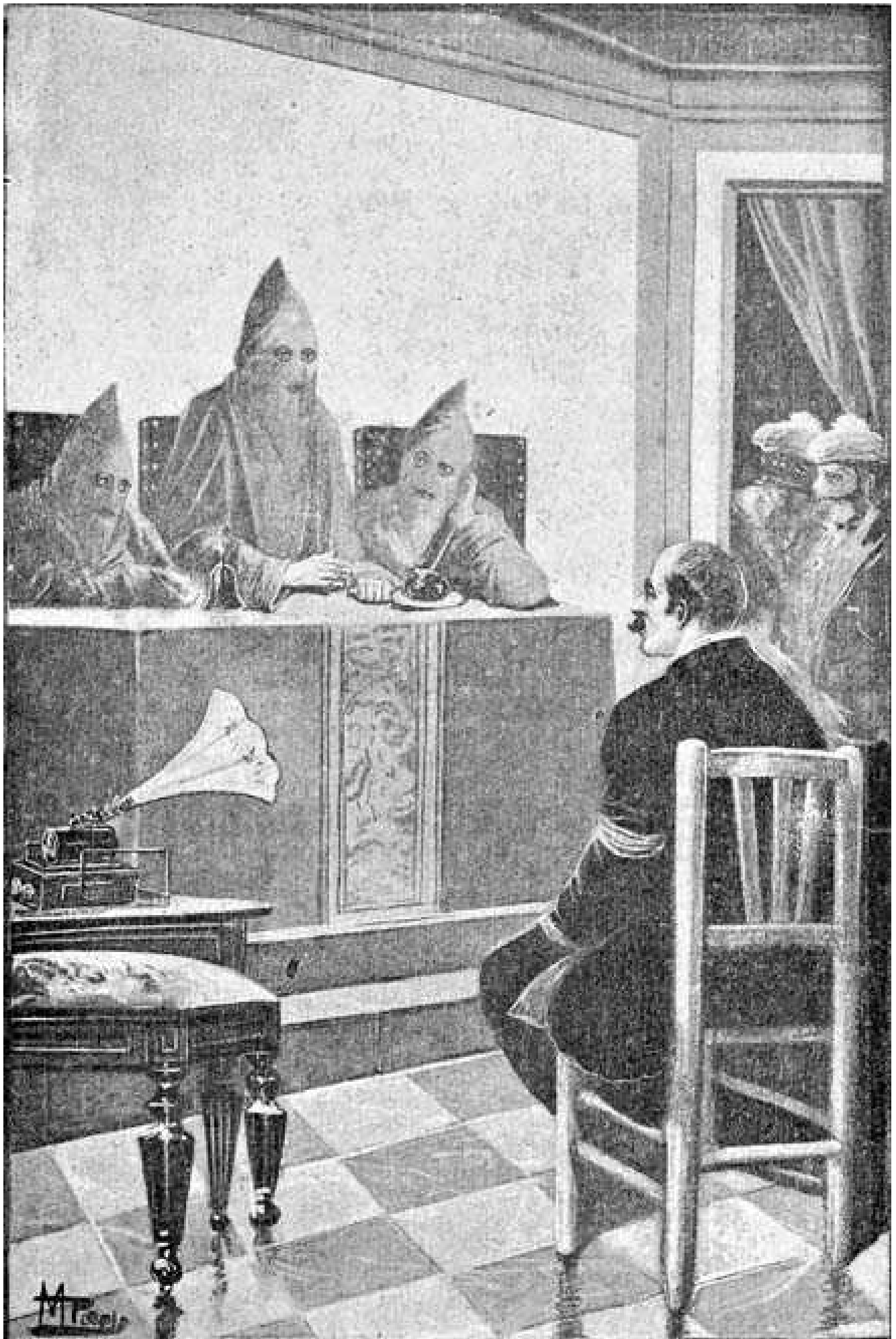
Éste quiso decir algo; pero uno de los tres encapuchados, el que ocupaba el lugar preferente ante la mesa, le impuso silencio con la mano, y luego, dirigiéndose a un marino que, enmascarado como los demás, estaba al extremo de la mesa, cerca de un aparato cuya utilidad el cautivo no podía adivinar, le dijo:

—Señor escribano, ¿está en disposición de funcionar el fonógrafo?

—Sí, mi capitán.

—Pues prepara todo para que el aparato registre el interrogatorio.

—¡Ya está!



El que acababa de ser llamado capitán por el marino fonografista extendió la mano sobre Allsmine, y con el tono de presidente de un tribunal le dijo:

—Diga sus nombres y apellidos:

La ira hinchó y enrojeció el rostro del elevado funcionario. ¿Cómo? ¿A él, al jefe supremo de la policía le interrogaban como él interrogaba a los criminales? Tal osadía no podía tolerarse. Y respondió secamente:

—¡No tengo que contestar! ¡No reconozco en nadie aquí el derecho de interrogarme!

Un movimiento de la capucha indicó que el Capitán se encogía de hombros. Con la mayor indiferencia dijo, dirigiéndose a los marineros que rodeaban al preso:

—¡Marineros, soltad la lengua al acusado!

Los marineros empuñaron los cuchillos que tenían sujetos a la cintura. *Sir Toby* exclamó aterrado:

—¿Os atreveréis a asesinar-me?

Tranquilamente replicó el Capitán-presidente:

— Sin vacilación y sin remordimiento se mata a una fiera salvaje. Pero no hay que perder tiempo: responda el acusado a la pregunta que se le ha hecho, y diga su nombre y apellido.

—*Sir Allsmine* —respondió el Director, convencido— *Toby, Jehowah, Sim.*

—¿Edad?

—Cuarenta y siete años.

El hombre que presidía el tribunal improvisado pareció consultar alguna nota que tenía sobre la mesa.

—¡Es verdad! —dijo—. El acusado es hijo de pobres emigrantes establecidos en la orilla del río Lachlan, en el interior del Estado de Nueva Gales del Sur. ¿No es así?

—Sí.

—Muy joven, entró en la policía de Sidney. Era ambicioso, trabajador, hay que decirlo, porque él sólo tuvo que hacer sus estudios, toda vez que sus recursos no le permitían seguir los cursos de la enseñanza oficial. Sin embargo, hasta los treinta años no salió de los empleos subalternos. ¿No es verdad?

—Sí.

La voz del preso era cada vez más apagada. En su semblante se leía una vaga inquietud.

El Capitán repuso:

—¿Cómo en diez y seis años ha podido llegar el reo a director de la policía del Pacífico, título que le confiere una autoridad casi ilimitada, casi real?

El acusado no contestó.

—Yo lo diré. Para eso, para decir lo que él no diga, estamos aquí. A los treinta años tuvo la gran suerte de ser presentado a lord Green, inglés muy rico y muy bien emparentado que paseaba por Australia un incurable *splín*, que ahora llamamos neurastenia. La conversación del acusado y el relato de sus aventuras policíacas le

distrajeron un poco, y quiso recompensarle por el beneficio que le había dispensado mejorando su salud. Empleó en su favor su crédito, el de la familia de *miss* Juana Heart, entonces de edad de diez y nueve años, con quien acababa de casarse. Así, en dos años el acusado vino a ser jefe de la Sección de investigaciones y comensal de la casa de lord Green, la misma casa en que reside ahora en Paramata Street.

Oyendo estas últimas palabras, dichas con la mayor indiferencia por el Capitán, *sir* Toby se puso pálido. Su interlocutor pareció no advertir este detalle, y prosiguió:

—Todo es enteramente conforme a la verdad; ¿no es así?

—Sí.

—¡Bien! Por lo demás, siempre mostraba el acusado a sus protectores una gratitud que los conmovía profundamente. Así sucedió que, habiendo desaparecido una miniatura de familia que tenía en gran estimación lord Green...

—Yo descubrí al ladrón —interrumpió vivamente *sir* Allsmine—. Cumplí mi deber, y nadie puede censurarlo.

—Nadie piensa en tal cosa —declaró el Capitán con acento ligeramente irónico.

—Precisamente iba a encarecer la destreza y el celo del acusado, porque sin él, a nadie se le habría ocurrido acusar a Joe Pritchell, primo pobre, huérfano, que *mistress* Juana había recogido, y cuya educación pagaba generosamente.

Un estremecimiento agitó la capucha del personaje sentado a la derecha del Capitán-presidente.

—Hallóse —continuó éste— la miniatura escondida en las ropas de dicho Joe, un jovencito de quince años. A pesar de sus protestas de inocencia, su culpabilidad estaba demostrada. Sin embargo, la bonísima *Lady* no quiso abandonarle. Cesó el pobre de vivir en la casa como si fuera parte de la familia, y fue enviado a terminar sus estudios a Inglaterra, donde todavía reside.

—Tales detalles son conocidos de todo el mundo —dijo *sir* Toby.

—Por eso no es raro que yo los conozca; ¿verdad? Pero ya verá ahora el acusado que sé también cosas menos sabidas.

La amenaza contenida en esta frase impresionó visiblemente al reo, que bajó un momento la cabeza.

—Poco después —prosiguió el Capitán— la niña de lord Green y de *lady* Juana, una deliciosa criaturita de catorce meses, a quien los dependientes y criados de la casa llamaban respetuosamente *miss* Maudlin, cayó enferma de un mal sumamente extraño: una especie de languidez, de consunción. Los médicos, impotentes para descubrir el origen de la enfermedad, hablaron vagamente del ambiente dañino de la ciudad, de los beneficios de la vida rústica, de los aires sanos del campo. Aún vivía la madre del señor Allsmine, y por indicación de éste le confiaron la niña enferma.

«Allá abajo —decía el acusado—, en la quinta próxima a la ribera Lachlan, la bella Maudlin recobrará pronto la salud, y me será muy grato pensar que el aire puro que me dio a mí la fuerza y el vigor de que disfruto ha conservado la vida de la hija de mis bienhechores». Es claro; la madre del acusado ofrecía garantías que no podían

hallarse en ninguna persona desconocida. Sucedió lo que tenía que suceder: prevalecieron las razones de Allsmine, y la enfermita fue confiada a la familia de Lachlan.

El Director, mirando fijamente al Capitán, exclamó:

—Y bien; ¿qué? ¿Qué hay en todo eso de extraño y reprehensible?

El interpelado bajó su capucha, y volvió a hacer un movimiento de encogimiento de hombros.

—El señor Allsmine hace una pregunta muy en su lugar; pero un poco precipitada. Ahora responderé. Por de pronto, continúo mi relato. La desgracia seguía pesando sobre la familia Green. Este lord fue muerto poco después en una cacería de kanguros. Una bala perdida le dio en el corazón, y nunca pudo saberse de qué fusil había partido aquel proyectil.

—Fue un accidente como tantos otros.

—No fue la única desgracia. La pobre viuda no había podido reponerse de aquella crudelísima sorpresa, cuando un nuevo golpe, más horrible acaso, descargaba sobre ella el infortunio. La madre del acusado, loca de pena, llegaba a Sidney y contaba que la encantadora Maudlin había caído en el río Lachlan, que la corriente la había arrastrado y no se había encontrado el cuerpecito. Nadie había presenciado este drama. Una barca que servía para atravesar de orilla a orilla había sido hallada volcada con la quilla al sol. Suponíase que la niña se escapó de la quinta y que se había metido en la barca, que la sogas se había roto... En fin, conjeturas inexplicables.

Toby callaba, y después de un momento el misterioso juez pronunció estas palabras:

—¿Cuál es la opinión de Allsmine sobre la muerte de la pobrecita niña?

El acusado estaba visiblemente turbado: sin embargo, consiguió dominarse y articular en voz alta:

—Acepto la versión de la desgracia que acabo de oír; pero de esa desgracia no sé más de lo que saben los demás.

—¿No sabe más el acusado? —murmuró el Capitán con acento indefinible.

Y sin parecer fijarse en la agitación visible que el Director no acertaba a dominar, prosiguió:

—Fue inmensa la desesperación de *lady* Juana. Quizás hubiera muerto, aceptando la muerte como único y supremo consuelo, si la tierna amistad del acusado —y pronunció estas palabras con una ironía indefinible el acusador— no hubiese velado por la pobre señora. Todos los días iba a la casa de la calle Paramata, prodigaba los más efusivos consuelos a la infortunada, y empleaba todos los medios, hasta la violencia, para distraerla. No la dejaba nunca; siempre se le veía acompañándola. Y pronto el rumor público, fundándose en los actos del acusado, le designó como futuro marido de la viuda. Ésta, en medio de su desdicha, estimulada por sus amistades y temiendo perder la de un hombre tan abnegado y servicial, consintió al fin, la infeliz, en concederle su mano.

—Era, y es, muy grande mi afecto por la señora —se atrevió a decir el gran personaje.

Pero el Capitán le interrumpió:

—Lo que tenía y sentía el acusado era una desenfrenada ambición. Tal matrimonio lo pretendía desde que enviudó la dama, o antes, porque le permitiría utilizar las grandes e importantes relaciones de la familia Green, llegar a la elevada situación que ocupa, a hacer en todo y por todo su voluntad y a no tener otra ley que la más abominable tiranía.

Y sofocando con una actitud enérgica la protesta que palpitaba en los labios del acusado, con voz valiente, con un grito vibrante en medio del silencio de la sala, exclamó:

—¡Yo, corsario Triplex, acuso al llamado Allsmine! Primero, de haber escondido entre las ropas de Joe Pritchell la miniatura robada. Aunque casi niño, Joe era muy listo, muy inteligente, y le estorbaba. Segundo, de haber ido armado con el fusil cuyo proyectil produjo la muerte a su bienhechor lord Green, que también le estorbaba. Tercero, de haber hecho arrebatar a la niña Maudlin por un hombre que, colocado en la alternativa del castigo de un crimen y la promesa de la impunidad, no vaciló en encargarse de la misión siniestra de ahogar a la criatura cuya existencia hubiera protegido a la madre contra su mentido, hipócrita afecto.

Un sollozo interrumpió al Capitán. El encapuchado que tenía a la derecha se incorporaba. Sus manos oprimían convulsivamente la capucha que le ocultaba el rostro. Con brusco movimiento entresacó la capucha, y viéronse bucles de cabellos de oro.

Con un movimiento rápido el Capitán estiró la capucha; pero Allsmine había visto los cabellos rubios. En su rostro se pintó una expresión de viva sorpresa, y murmuró:

—¡Parece la cabellera de Silly! ¿Tendría razón el dueño del Centennial-Park-Hotel?

Pero su fisonomía recobró su apariencia impasible cuando su juez se dirigió a él otra vez:

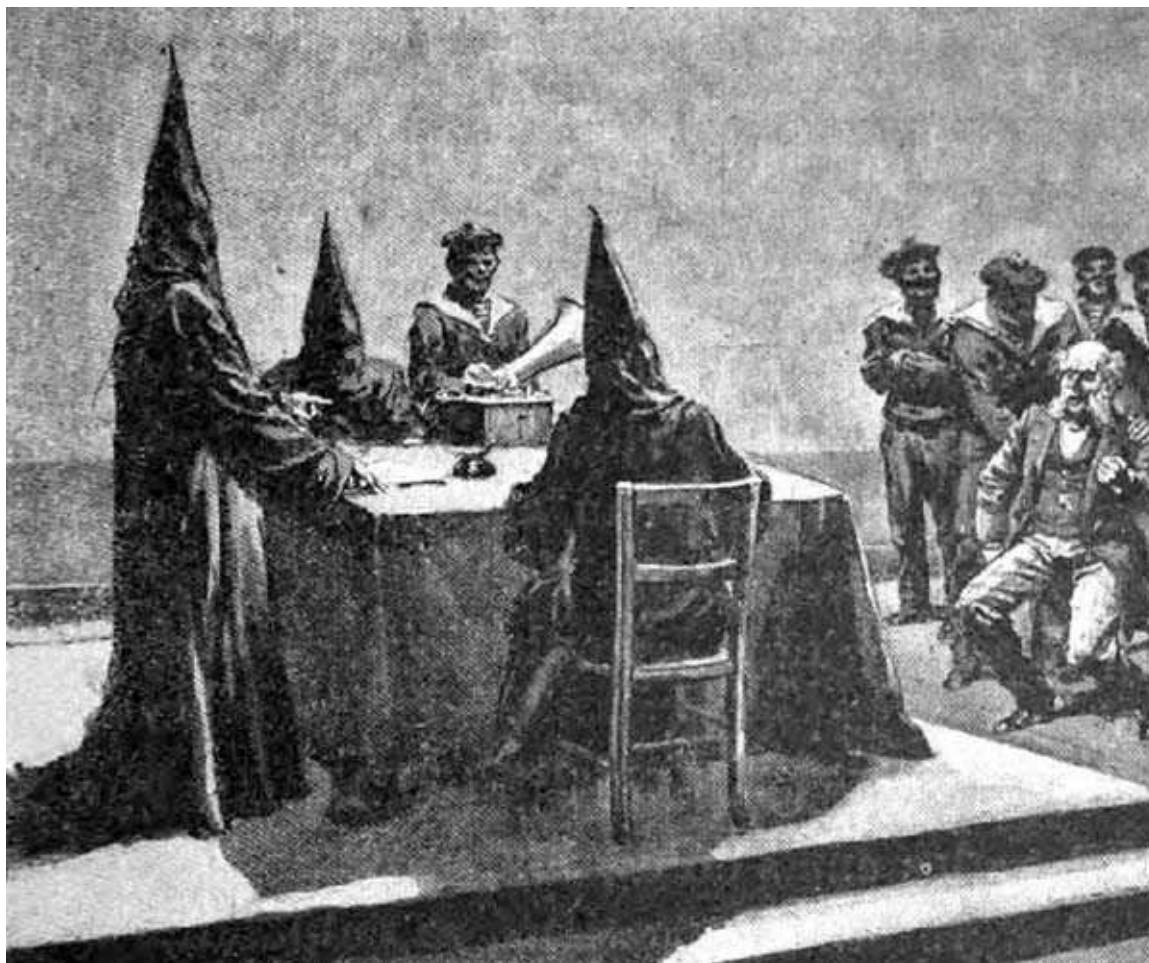
—Desde que este hombre es el primer magistrado del Pacífico, ha elevado el capricho y la injusticia a la altura de una institución. Ha maltratado sin piedad a los que tenía obligación de defender.

Para no hablar más que de su último crimen, ¿por qué prendió el acusado a un egipcio llamado Niari? El acusado calla; pero yo responderé por él. Ha metido en un calabozo a ese desgraciado porque estaba arrepentido de una mentira con que había sido engañado a su pueblo. Separándole de los hombres, sabía que condenaba a la desesperación a un francés bien ajeno a las intrigas egipcias, que le arrancaba su nombre de Roberto Lavarède, para imponerle el de un traidor: el de Thanis.

—¡Lavarède! —repitió Allsmine, acordándose de haber oído recientemente el nombre—. ¿Y qué tiene que ver ese Lavarède?



El Capitán iba a replicar; pero el acompañante de la izquierda le tiró del ropaje.



Calló el acusador un momento, y continuó:

—Cito el nombre de Lavarède, como podría citar los de otros ciento. Pero es tiempo de que este proceso termine. Conociendo sus crímenes, deberíamos matar al acusado como se mata a un reptil venenoso. Pero la piedra que tapara su sepultura ocultaría la verdad, y es preciso que brille a la luz del Sol. Persigo yo la venganza; persigo la reparación del mal que ha producido el acusado. En su situación es inatacable: la acusación se estrellaría ante el pedestal en que ha logrado levantarse. Es preciso arrojarle al suelo, y hacerle renunciar de sus cargos administrativos. El ridículo mata siempre y seguramente. Pues bien; yo, corsario Triplex, le condeno al ridículo. Mañana será la fábula de la ciudad entera, y luego lo será de todos los territorios ingleses. Y no espero engañar a nadie, porque lo que yo he resuelto probará a todo el mundo que, teniendo en mis manos su vida y la facultad de privarlo de ella, me he contentado con ponerle en ridículo.

Y con acento profundamente irónico el Capitán terminó:

—Todos comprenderán, aunque no la agradezcan, mi generosidad. Me deberá la vida el acusado, hasta que llegue el momento de entregarle a la justicia.

Allsmine no tuvo fuerzas para hablar. El hombre se ahogaba. Tenía miedo; verdaderamente, un miedo horrible. Las últimas frases del Capitán habían penetrado

en su cerebro como garfios de acero.

Sí; su enemigo estaba en lo cierto. Para él había algo más temible que la muerte misma, y era el ridículo, la pérdida de su prestigio, de su preeminente situación. Pero ¿cómo, pensaba, aquel hombre misterioso y desconocido sabía detalles precisos que él, el culpable, creía ocultos en el espeso velo del olvido? Porque todo, todo era verdad, todo lo contenido en la aplastante acusación del Corsario; todo.

Y en la tenebrosa confusión de sus pensamientos sólo brillaba una tenue luz. No iban a matarle: su acusador lo había declarado formalmente. Viviría, y podría intentar una lucha suprema. Aquellos cabellos rubios, semejantes a los del jovenzuelo Silly, aquellos cabellos que había visto un momento bajo la capucha de uno de los acompañantes del Capitán, le proporcionarían acaso una pista útil a él, que era un hombre experto en recursos policíacos, ¿y quién sabe si llegaría a triunfar del enemigo?

Súbitamente exhaló un grito: a una señal del Capitán, los marineros que le rodeaban se arrojaron sobre él, y mientras unos volvían a encapucharle la cabeza, otros le ataban sólidamente los brazos a la espalda.

Otra vez estaba ciego y agarrotado. Como antes, sintió que le levantaban en alto. No resistió. ¿Para qué? Los hombres le llevaron fuera, le hicieron subir a un carruaje, y éste se puso en marcha.

# Capítulo X

## La ejecución

Después de cerca de una hora de marcha detúvose el carruaje, y sin ceremonia fue extraído del mismo el más importante funcionario de la policía.

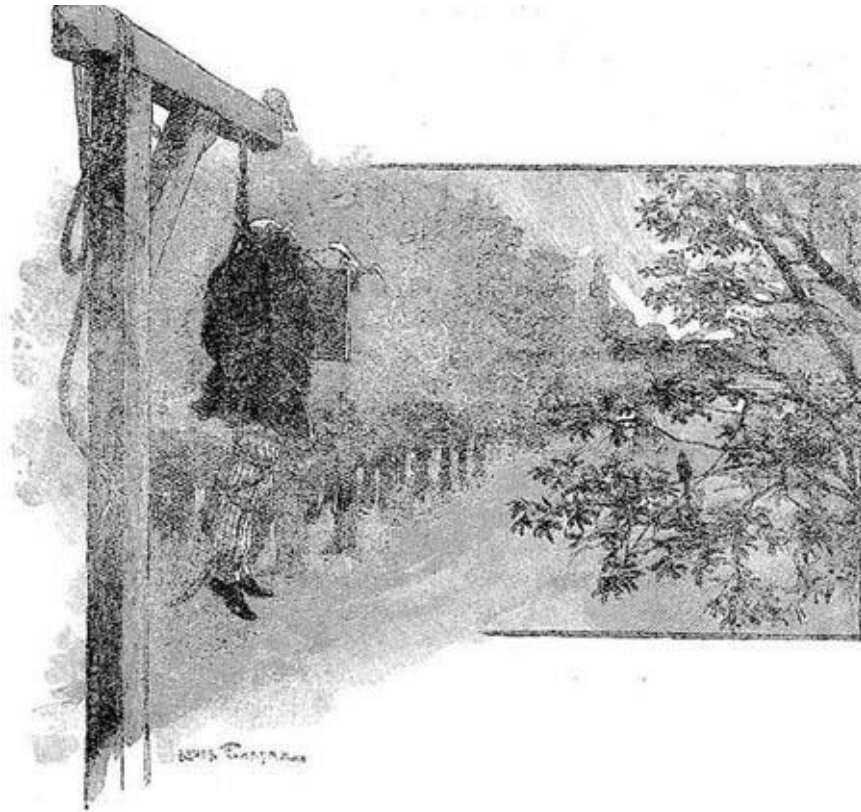
Vagamente percibió rumor de voces de gentes que hablaban. Notó que algunas manos tocaban su cuerpo, que algunas cuerdas rodeaban su pecho y espalda, y que las pasaban por debajo de sus brazos. Una cadenilla metálica, de la cual pendía un objeto, cayó sobre su espalda, y en el cuello advirtió con poca tranquilidad una especie de collar. Súbitamente una voz, en la que reconoció la del Presidente del singular tribunal que le había juzgado, pronunciaba esta frase:

—¡Arriba, muchachos!

Y sintió que le quitaban el capuchón. Pero tan aturdido estaba, que ni siquiera tuvo aliento para mirar en derredor. Una violenta sacudida le hizo vacilar; una fuerza irresistible le levantó en alto: sus pies se alzaron del suelo, y el hombre quedó colgado en el espacio.

Sonaron sobre la tierra pasos precipitados; vio confusamente sombras humanas que huían corriendo a todo correr, y después todo quedó en silencio y tenuemente interrumpido por la canción de las hojas de los árboles movidas por el viento, o por el pío pío de los pajarillos asustados.

Espantado, estupefacto, *sir* Toby interrogó a todos los objetos que le rodeaban.



Hallábase colgado a doce pies del suelo. Las cuerdas le oprimían el pecho y estaban adheridas a un calabrote que subía hasta por encima de su cabeza, sujeto a una especie de poste de horca.

Siguiendo como podía con la mirada aquel tronco de madera, notó que la extremidad opuesta se apoyaba en ángulo recto sobre una viga paralela a la cuerda de suspensión. El reo quiso volver la cabeza para ver mejor y, enterarse bien del aparato. Este simple movimiento imprimió al calabrote una ligera rotación. El Director dio media vuelta, y un grito sordo, mezcla de espanto y de rabia, se escapó de sus labios.

Era aquello, como se ha dicho, un aparato semejante a una horca; sólo que no había hombre ahorcado.

Él, el Director general de la policía del Pacífico, estaba colgado... sin intención de muerte, es verdad, porque en el cuello no sentía cuerda ni cordón alguno; respiraba con facilidad, y si no hubiera sido por la terrible impresión del tribunal secreto que le había juzgado, hubiera podido creer que se hallaba sometido a un tratamiento preconizado y practicado por el Cuerpo médico para la curación de ciertas enfermedades nerviosas.

Sin embargo de que no había ningún peligro inmediato para su salud, no podrán menos de convenir los lectores en que el Jefe de la policía, víctima del corsario Triplex, tenía motivos sobrados para no estar satisfecho.

La vista de una horca tiene siempre algo de desagradable, y lo es muy particularmente para un *gentleman* cuya profesión es hacer ahorcar al prójimo y que se ve él mismo colgado en la L vuelta, que simboliza la represión judicial inglesa...

Y vino a juntarse con la angustia física el tormento moral, con una lógica que

demostraba que aun en aquella circunstancia excepcional el Director de la policía conservaba toda la claridad de su entendimiento y se percató de que no podía estar eternamente entre cielo y tierra. Y como le era imposible descolgarse él mismo, la conclusión natural era que otros debieran encargarse de operación tan necesaria.

Otros, es decir, ciudadanos sometidos a su jurisdicción, le hallarían allí, a él, cuyo sólo nombre hacía temblar a los súbditos británicos esparcidos sobre los millares de leguas de costas bañadas por el Océano Pacífico, le encontrarían postrado, melancólico, grotesco, colgado como de una horca.

Y recordaba las terribles frases del endemoniado corsario Triplex:

—Es el ridículo el que mata. Al acusado le mataremos por medio del ridículo.

Ciertamente, nunca el cerebro de un enemigo había imaginado más terrible venganza. *Sir Toby* comprendía en su desesperación que todos los australianos prorrumpirían en estrepitosa carcajada cuando fuera conocida la ridícula aventura. Su prestigio recibiría un golpe mortal.

En situación análoga, otro funcionario como él se hubiera entregado a su triste suerte; pero Allsmine era de los hombres a quienes los obstáculos estimulan o irritan.

—¡Después de todo —murmuró—, un golpe de efecto puede arreglarlo todo! Y nadie es ridículo cuando se venga. ¡Tengo ya, me parece, un hilo de la intriga! ¡Silly, Silly, cuya cabellera rubia he creído reconocer en el apunte que estaba junto al aborrecido Corsario! ¡Silly, de quien sospechaba el patrón del Centennial-Park-Hotel!

Y añadió:

—Y el billete dirigido a *sir Lavarède*... ¡no hay que olvidar este nombre...! decía que este turista me encontraría en los jardines, cerca de la estatua de Cook. ¿Estaré yo en los jardines?

Aparecían las primeras luces del crepúsculo matutino. El colgado miró en derredor. La horca estaba levantada en medio de una planicie rodeada por varias avenidas de arboleda. Pero los árboles, muy espesos, impedían ver en la lejanía.

Sin embargo, a medida que la luz iba siendo más intensa, se alejaba el horizonte.

De pronto Allsmine dio un grito.

Una forma blanca, imprecisa, se veía a través del follaje.

—¡La estatua! ¡Es la estatua! —exclamó el Director—. ¡No se ha perdido todo! ¡Si tengo la suerte de que el señor de Lavarède llegue aquí antes que ninguna otra persona, obtendré de él completo silencio! ¡Ojalá que en el Centennial no le hayan disuadido de venir! Eso sería una contrariedad; así como sería una victoria para mí que solamente él se enterase de este desagradable percance. Y en seguida, sin decir nada a nadie, ni al mismo James Pack, que sería capaz de Reírse, pondré un agente, diestro a que siga los pasos de Silly, y no se me escapará ese pillastre. ¡Y creo, vive Dios, que también he de encontrar a Triplex! ¡Es mi instinto el que me guía, y nunca me ha engañado!

Elevábase el Sol en el horizonte. Sus rayos de oro iluminaban los nidos, y los pajarillos sobre la extremidad flexible de las ramas contemplaban con asombro y

curiosidad al colgado. No estaban acostumbrados a tan singular espectáculo.

Siguieron nuevas angustias para *sir* Toby. Las cinco sonaron en los diversos relojes de la ciudad. Las lejanas vibraciones de las campanas le estremecían.

—Ese Lavarède, si viene, no vendrá hasta las seis. ¡Una hora todavía! ¡Si a lo menos no me descubriera nadie! Lo preciso es evitar el ridículo. Seguramente que en este tiempo hasta las seis no se abren las puertas y verjas de los jardines.

Movió la cabeza, sintió un dolor entre las costillas, y notó que un objeto cuadrado que se apoyaba en su pecho se movía.

Bajando los ojos vio que de una cadenita formando collar pendía una placa cuadrada puesta sobre el pecho de S. E.

—¿Qué es esto? —se preguntó. Balanceándose ligeramente, el colgado llegó a comprender que la placa estaba llena de renglones; pero le fue imposible leer ni una letra. El movimiento de oscilación le producía vértigo, y tuvo a su pesar que renunciar a satisfacer su curiosidad.

Poco a poco, así como un péndulo abandonado, el alto funcionario había vuelto a la inmovilidad completa y vertical.

Se sentía postrado, molido; pero la aproximación de la hora esperada le animaba un poco. A las seis menos diez se abrirían las verjas. ¡Ah! ¡Si fuera exacto *sir* Lavarède, cliente de Centennial-Park-Hotel...!

—¿Y qué querrá ese extranjero? Puede que sea pariente de Roberto Lavarède. ¿Vendrá también a hablarme del egipcio Niari? Sería una enfadosa complicación, porque el corsario de la capucha verde ha dicho la verdad.

Niari se había presentado algunos meses antes a la Dirección general de la policía del Pacífico. Al mismo *sir* Toby había contado la aventura egipcia que hizo un Thanis de Roberto Lavarède, y Allsmine, cuidadoso sobre todo de complacer a sus colosos africanos, había hecho prender al pobre diablo, que desde entonces estaba incomunicado en el fuerte de Broken-Bay, a algunas leguas al Norte de Sidney.

—¡Bah! —pensó el funcionario colgado—. ¡Lo que interesa en este momento es que ese Lavarède me descuelgue. Después ya veremos cómo le obligamos a ser discreto!

A lo lejos sonó la media de las cinco.

—¡Todavía treinta minutos! —murmuró, agotada ya la paciencia.

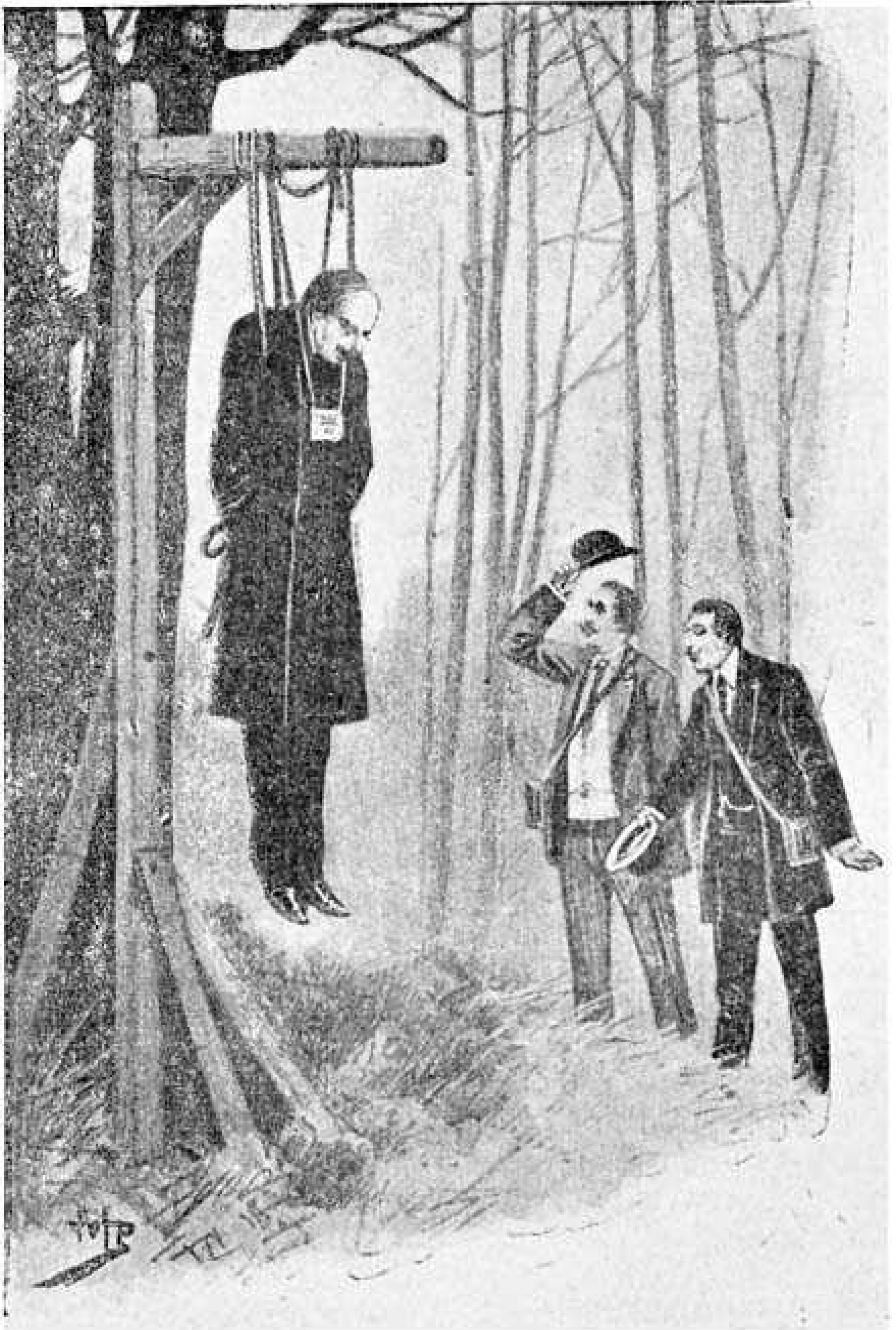
Pero calló y aplicó el oído. Alguien se acercaba por la derecha paseándose.

—¿Quién diablos se pasea ahora en el Parque? Las puertas están todavía cerradas.

Y en el mismo instante, volviendo a aplicar el oído se enteró de que otra persona, otro paseante sin duda, corría apresuradamente por la izquierda.

—¡Otro! ¡otro! —exclamó.

¿Quiénes serían aquellos personajes, todavía invisibles?



Pronto tuvo la respuesta. Por sitio opuesto dos jóvenes penetraron en el lugar de la ejecución del importante funcionario. Los dos eran rubios e iban vestidos a la última moda, con el monóculo en el ojo y guantes irreprochables en las manos. Los dos tenían en la mano carnet y lápiz.

Con un gesto igual de contrariedad, Inmediatamente reprimido, se saludaron con la sonrisa en los labios, se apretaron la mano y entablaron este curioso diálogo:

—Venimos a lo mismo.

—Usted lo ha dicho.

—La *New Sidney Review* tiene en usted el rey de los *reporters*.

—Y usted me obliga a declarar que el *Instantaneous* posee el *reporter* emperador.

—¡Es usted muy amable!

—Menos que usted.

—¿Y viene usted para...?

—Para una *interview*.

—Justamente, como yo.

—La *New Sidney Review* ha recibido un aviso del corsario Triplex.

—Sí, lo mismo que lo habrá recibido el *Instantaneous*.

—Entonces, procedamos.

—Procedamos, y luego cada uno a su periódico.

—Un *match* a quién publicará antes.

Los dos rieron de muy buena gana, y seguidamente, quitándose cortésmente el sombrero, se inclinaron con respeto ante el alto funcionario colgado, que contestó con un gruñido de impotente rabia.



## Capítulo XI

### «Interview» con un colgado

El gran funcionario no había perdido una palabra de la conversación precedente. Comprendió perfectamente que para asegurar su venganza el Corsario había avisado a los periodistas. Rabioso e impotente, se veía atado de pies y manos, sujeto a un aparato de horca y en poder de dos *reporters* ávidos de informaciones sensacionales con que satisfacer la curiosidad del público y aumentar la venta de los papeles. Nunca personaje alguno fue preguntado en más desventajosa situación. El ridículo era inevitable; un ridículo de una tirada de millones de ejemplares. No habría nadie en el mundo que no se riera a mandíbula batiente con la aventura peregrina del gran personaje.

Volvió a estremecerse oyendo un leve ruido, como de un estuche que se abre.

Era que los periodistas le habían dirigido guapamente los aparatos fotográficos de que todo periodista australiano va siempre provisto. De tal suerte se proporcionaban exactísimas instantáneas del colgado.

Sin parecer advertir las furibundas miradas de la víctima, los dos periodistas volvieron a saludarle amable y cortésmente.

—¡Muchas gracias —dijo uno— por la amabilidad de V. E.!

—¡La instantánea es perfecta! —dijo el otro.

—¿Y qué tal está S. E. de salud?

—Señores —gritó *sir* Toby—, en vez de esta broma de mal género y de mal gusto, mejor sería que buscasen ustedes una escalera para descolgarme.

Los interpelados sonrieron.

—Así lo haremos en seguida, *sir* Toby —dijo uno.

Y el otro,

—Como no es fácil a los periodistas ser recibidos por V. E. en circunstancias normales, esta ocasión hemos de aprovecharla para la *interview* que nos hemos propuesto celebrar con V.E.

Y el otro, en tono amable y conciliador:

—Emplearemos poco tiempo, bondadoso señor Toby. Una nota del corsario Triplex nos ha puesto al corriente del caso, y nos hemos apresurado a venir. Como las verjas en estos jardines estaban cerradas, las hemos escalado, con la intención de llevar a cabo tres propósitos: obtener un retrato de S. E.: eso ya está hecho; copiar el texto de la placa que tiene V. E. colgada sobre el pecho: eso se hará en cosa de diez

segundos.

Uno y otro empezaron a copiar en su carnet leyendo en alta voz, lo que permitió al señor Allsmine, aunque no le fue muy agradable que se diga, conocer el texto de la inscripción con que estaba adornado, que era la siguiente:

«El corsario Triplex hubiera podido, ciertamente, castigar al sumariado Allsmine por sus crímenes. Hubiérale bastado colgar al mismo por el cuello, en lugar de colgarle benévolamente por los hombros. Si no ha operado la estrangulación, es porque ha querido ceder este cuidado y este derecho a la justicia británica, que más o menos tarde tendrá que enterarse de las circunstancias exactas del personaje aludido».

—¡Ya está copiado! —dijo uno de los *reporters*.

—Yo también lo tengo copiado —dijo el otro con satisfacción.

—Pasemos ahora a nuestro objeto tercero. ¿Quiere usted decirnos sus impresiones de colgado?

A esta pregunta singularísima Toby contestó con un terrible juramento, y

—¡Váyanse ustedes al Demonio! —añadió.

Pero los representantes de la *New Sidney Review* y del *Instantaneous* no eran hombres que se achicaran por juramento más o menos. Siempre corteses y sonrientes, dijeron:

—Tómese V. E. el tiempo que quiera para contestar: esperaremos con paciencia que V. E. piense lo que le convenga decirnos.

—La cuestión para nosotros es de un interés muy grande, de una importancia filosófica, puede decirse. Las reflexiones de V. E. deben ser espontáneas y completas, porque me parece que nunca un hombre colgado ha tenido mejor ocasión de expresar sus impresiones.

Y como Allsmine, absolutamente fuera de sí, se encerraba en un mutismo obstinado, uno de los *reporters* sacó del bolsillo una petaca, ofreció un habano a su compañero, y se preparó a fumar otro con la mayor tranquilidad.

A pesar de la indignación que experimentaba el pobre ejecutado, comprendió que era preciso capitular.

—Señores —dijo llamándolos, porque los dos parecía que iban a pasearse.

En seguida se detuvieron.

—¿Qué desea el señor?

—Responder a sus preguntas. ¡Pero, por los cuernos y el rabo de Satanás, apresúrense, porque ya no puedo más!

El representante del *Instantaneous* fue quien tomó la palabra.

—Al verse V. E. colgado, ¿qué es lo que le ocurrió pensar?

—¡Todo lo más desagradable que puede pensar una persona de mi posición!

—Lo creemos. ¿Sería la impresión del miedo la dominante en el ánimo?

—No, porque ya sabía que mi vida no corría peligro alguno.

Los periodistas hicieron un gesto de completa aprobación.

—Esa declaración —dijo uno— confirma la de la placa del señor corsario Triplex.

—Este Corsario —añadió el otro— parece una persona muy leal.

Nada podía ser más odioso para colgado que semejante elogio aplicado a su adversario. Y exclamó:

—¡Ese Corsario es un miserable!

—Perdone V. E. —interrumpió flemáticamente su interlocutor—. El Corsario afirma no haber querido quitar a V. E. la vida, y V. E. ha declarado lo mímico. Luego se le puede llamar un hombre leal.

—¡Es un bandido, capaz de todos los crímenes! —aulló Toby, horriblemente exasperado.

—¡Vamos, vamos, *sir* Toby: tenga un poquito de prudencia! No podríamos publicar contestaciones de V. E. que son un verdadero ultraje para un honorable Corsario que se complace en informar a la prensa.

Allsmine se mordió rabiosamente los labios para no llenar de injurias a aquellos mozos imperturbables que se complacían en su tormento.

—En fin, señor —prosiguió el elegante *reporter*—, nuestra entrevista llega a su término. Una postrera pregunta. ¿La policía está por ventura sobre la pista del extraordinarísimo corsario Triplex?

Parecía realmente que el *reporter* elegía todo lo que había de irritar más al paciente. Sin embargo, éste se contuvo por respeto a su propio sufrimiento, y con voz ahogada contestó:

—No, no se ha encontrado todavía ningún indicio.

Anotada la frase, los *reporters* guardaron carnets y lápices, y con la más exquisita cortesía uno de ellos dijo:

—Quedamos muy agradecidos a la bondad de V. E. Vamos a buscar al guarda jardinero, y con él enviaremos a V. E. una escalera para bajar.

—¡No, no! —se apresuró a decir el colgado—. ¡Ya me han visto bastantes personas! ¡No soportaría que se enterasen los jardineros del parque!

—¿Quiere V. E. que nosotros mismos traigamos la escalera?

—Si me hacen ustedes ese favor...

—Sí que lo haremos. Venga usted conmigo, mi amigo y colega: vamos a ver si podemos descolgar al señor Allsmine, y luego cada uno a su redacción, al *match* que tanto nos interesa.

Encantados de su expedición, los dos jóvenes fueron muy contentos por una de las avenidas laterales.

El Director de la policía colgado los despidió *in petto* con todas las maldiciones propias del repertorio anglosajón. La suspensión le producía ya un verdadero martirio: la sangre circulaba difícilmente en sus doloridos miembros; una picazón

horrible le producía penosos estremecimientos, y los minutos le parecían largos como siglos.

Oyó ruido de pasos.

—¡Ellos son! —pensó.

Pero no, no eran. El hombre que apareció le era totalmente desconocido. Era Armando Lavarède, que muy enguantado y elegante iba a la cita del billete anónimo.

Al ver el aparato de horca el parisiense se detuvo atónito. Sus ojos recorrieron sorprendidos la inscripción sobre el pecho de *sir* Toby y murmuró:

—¡Qué sorpresa! ¡*Sir* Toby Allsmine! ¡Ya sabía yo que los ingleses son excéntricos, pero no hasta tal extremo!

Naturalmente, esta reflexión excitó más y más la rabia del reo. Armando, haciéndole un profundo saludo, dijo:

—¡Lavarède, periodista parisiense!

—¡Vaya usted al Infierno! —aulló el señor Allsmine—. ¡Llega usted tarde!

El francés, muy tranquilamente, sacó el reloj.

—Perdone el señor: son precisamente las seis.

Y para corroborar lo que decía, los relojes públicos de la ciudad dieron las seis.

—¡Oiga, oiga! —dijo Armando—. ¡Ahora dan!

El Jefe de la policía le interrumpió:

—¡No se trata de eso! —dijo, disimulando trabajosamente la rabia—. Víctima de una estúpida burla, contaba con la llegada de usted para que me favoreciera y no se conociese esta aventura ridícula.

—Es muy razonable su deseo.

—Pero ha venido usted tarde: unos *reporters* de la localidad le han precedido. Van a descolgarme; pero han hecho un artículo sensacional sobre el caso, y lo publicarán.

Lavarède se sonrió.

—¡Bah! —dijo—. ¡Un artículo! ¿Y qué? Se desmiente, y en paz. Ese es procedimiento de todo Gobierno.

—¡Sin duda, sin duda! —asintió Allsmine, de tal modo turbado, que se hacía hombre sincero—. Un artículo se desmiente; pero, ¡ay!, otra cosa no se puede desmentir.

—¿Qué otra cosa?

—Las fotografías.

—No comprendo.

—Los periodistas han venido provistos de aparatos instantáneos. Cada uno ha sacado su cliché.

—De buena gana se los arrebataría el señor: ¿verdad?

—Naturalmente. Pero aquí vuelven los dos.

En efecto; los representantes de la *New Sidney Review* y del *Instantaneous*, penetraban en el sitio de la ejecución llevando una escalera doble, que arrimaron al

aparato.

Lavarède los saludó muy cumplido, y advirtiéndoles su sorpresa les dijo:

—Soy, señores, un colega de ustedes en Francia, y me felicito de la curiosa crónica que he tenido ocasión de adquirir hoy.

—¡Ah! ¿Un compañero? —exclamaron los sajones cordialmente—. Pues vamos a confiar a usted el cuidado de descolgar al señor Director de la policía del Pacífico, para poder correr a nuestros periódicos.

—Tenemos empeñado un *match*...

Armando movió la cabeza.

—Desgraciadamente —dijo—, no puedo hacer el favor que ustedes me piden. Extranjero en este país, es de elemental conveniencia que no me interponga entre la justicia y el bandolerismo.

—En efecto —replicó uno de los australianos—; tiene razón el ilustre compañero francés.

—Mucha razón —dijo el otro.

Los tres periodistas se mostraron muy complacidos de sí mismos.

—¡Vaya! —dijo uno de los sajones—; pongamos la escalera doble, subamos cada uno de los dos por un lado, y una vez descolgado el *gentleman* ¡Allsmine, recobramos nuestra libertad de acción y emprendemos el interesante *match*!

—¡*All right!*

Cada uno puso el pie en el primer peldaño de su lado de la escalera.

—¡Un instante, señores! —dijo Lavarède.

Los dos le miraron interrogándole. Armando señaló a los aparatos fotográficos, que los dos llevaban en bandolera.

—Temo que en el ejercicio que vais a realizar —dijo— suceda algún accidente a los aparatos. Es muy fácil.

Los australianos apreciaron la oportunidad de la observación.

—¡Vaya si pueden estropearse!

—Es lo más fácil.

Y con un movimiento igual sacáronse las correas de cuero de que pendían los aparatos, y miraron en qué sitio podrían depositarlos. Armando se apresuró a coger ambos objetos con la más cordial sonrisa.

—Permitan ustedes que yo tenga momentáneamente los aparatos. Entre compañeros...

—¡Muchas gracias, muchas gracias! —repetieron los periodistas ingleses.

Y ya libres de todo estorbo, listos como ardillas subieron los peldaños de la escalera hasta los últimos, y se ocuparon en descolgar a *sir* Toby, que, sucumbiendo al cansancio y al enojo, estaba próximo a caer sin conocimiento.

Lavarède hizo un guiño irónico.

—¡No más instantáneas —se dijo—, y me hago amiguísimo del señor Allsmine, cuyo concurso me será muy valioso para encontrar a mi pobre Roberto! ¡Suprimamos

los clichés!

Con precaución y singular destreza levantó al mismo tiempo los obturadores. Sabido es que en el momento en que han sido fijados por el baño apropiado los clichés fotográficos deben ser sustraídos a la acción de la luz, y si no, se borran.

El parisiense, reputado en la capital de Francia por su ingenio, acababa de dar una nueva prueba: las instantáneas ya no existían en los aparatos de los intrépidos *reporters* australianos.

Éstos, con infinito trabajo, desataban y descolgaban a Allsmine, y casi tenían que cogerle en brazos —¡un hombre como él!— para ponerle en el suelo.

Ligerísimamente Armando había vuelto a colocar los obturadores, y entregaba a sus compañeros los aparatos agradeciendo éstos el favor que les había hecho conservándolos en la mano mientras ellos se dedicaban a la buena obra de descolgar al colgado. Nadie hubiera podido sospechar lo que el parisiense había hecho a los ingleses.

Despidiéronse éstos de él con fuertes apretones de manos. Luego miráronse fieramente los dos periodistas rivales.

—¡*Instantaneous!* —dijo el uno—. ¡Expiró la tregua!

—¡Ya lo sé! ¡Expiró, *New Sidney Review!* —dijo el otro.

—¡Ahora el *match* comienza!

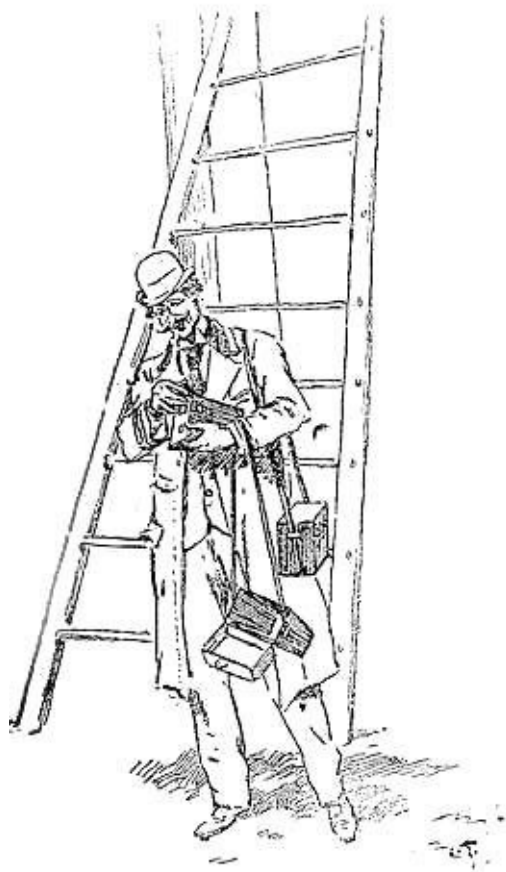
—¡Comienza!

— ¡Diez libras para el primero que publique la información!

—¡Diez libras!

—¡Adelante!

Y los dos se alejaron a pasos gimnásticos por entre los árboles, dejando a Lavarède con Su Excelencia el Director de policía.



## Capítulo XII

### Carta singular

Fue preciso emplear diez minutos de fricciones, de movimientos, de masaje según los profesores de gimnasia, para devolver al señor Toby el uso de sus miembros.

Su intelecto recobró algo más pronto el equilibrio, de suerte que Armando Lavarède pudo hacerle comprender el expedito, sencillo y breve procedimiento merced al cual había reducido a la nada las instantáneas de los *reporters*.

Y el bravo Allsmine le probó su regreso feliz a la conciencia física estrechándole la mano con uno de esos fuertes y calurosos apretones cuyo secreto poseen los anglosajones.

Dicho y hecho todo esto, los dos nuevos amigos se encaminaron al hotel de Paramata Street.

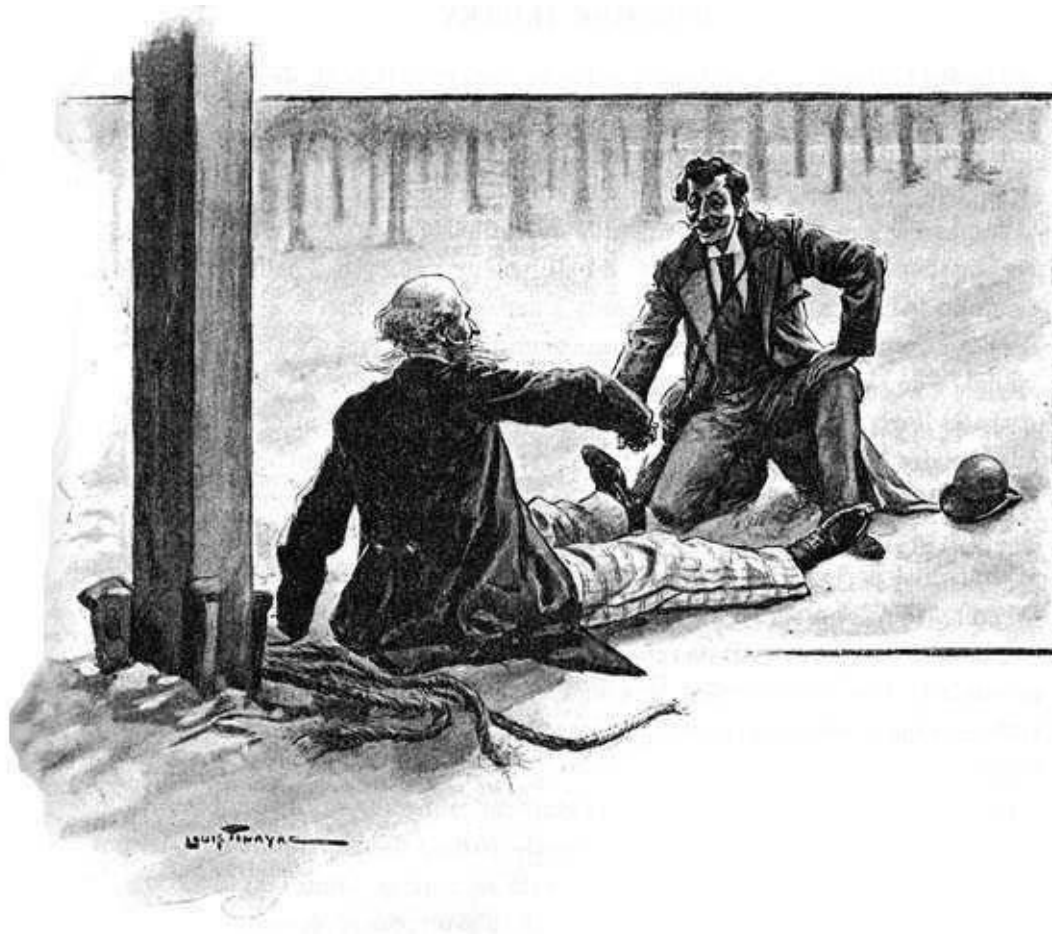
En el camino Armando presentó su requisitoria al Jefe de la policía; le contó detalladamente la odisea de su primo Roberto, y solicitó de él que pusiera en movimiento la brigada de vigilantes más activa, a fin de encontrar al fugitivo.

Con una seriedad que era una verdadera imprudencia, Allsmine lo prometió todo, declarando no haber oído nunca hablar de Roberto, ni de Thanis, ni de Niari.

Y llegaron al fin de la caminata encantados uno de otro.

A la puerta del hotel esperaba una sorpresa al Jefe de la policía.

James Pack y Silly estaban allí en medio de un grupo de agentes. Una calurosa aclamación se produjo al ver llegar al Director general de la policía del Pacífico.



Después de un cordial cambio de felicitaciones, James contó a su jefe que, cogido como él, se había encontrado a media noche atado a un guardacantón, enfrente del puesto de vigilancia situado en Darling-Harbour. Al oír sus gritos habían salido los vigilantes y le habían desatado. Una vez libre, él mismo había corrido a la casa indicada como domicilio del corsario Triplex. Asistido por los agentes que continuaban gravemente cercando el inmueble, había penetrado en el interior, y, con la sorpresa consiguiente, había hallado el local enteramente vacío, desalquilado, sin mobiliario alguno, desmantelado y abandonado. Había registrado, por todas partes, arriba y abajo, porque recordaba haber sido llevado por un subterráneo, y todas sus diligencias habían sido inútiles.

En cuanto a Silly, a quien acababa de encontrar, era otra cosa. El idiota afirmaba haber sido encerrado en una habitación donde hombres de cara verde —sin duda, los personajes enmascarados— le habían servido una abundante comida, que le había sabido muy ricamente, y luego se había dormido como un bendito. Ya de día, se había despertado tendido cuan largo era sobre un montón de paja, restos de embalaje, en la extremidad Oeste de los Docks. Los recuerdos de la noche se confundían en su débil cerebro, y no estaba seguro de no haberlo soñado todo.

Sin que la menor contracción de su fisonomía pudiera revelar sus sospechas, *sir* Toby oyó tranquilamente todo el relato.

—¡Bien! —dijo al fin—. Todo eso carece de claridad; pero lo esencial en estos momentos es descansar. Usted, señor Pack, vaya a la Oficina para disponer y asegurar



el mejor servicio. Yo voy a dormir dos horitas siquiera, y luego iré a trabajar.

Y diciendo estas palabras estrechó la mano a Armando Lavarède, y entró en el hotel con su secretario. Acompañó a éste hasta la entrada de la oficina, y, una vez solo, en vez de encerrarse en su habitación, como había dicho que haría, volvió a salir rápidamente y se dirigió a la Dirección central de la policía.

Una vez allí, hizo llamar a un agente de nombre Dove, y habló largamente con él en voz tan baja, que su interlocutor apenas podía oírle. Volvió después a su domicilio, y encerrado en su gabinete tocador se bañó, se locionó largamente con una preparación aromática, y luego, listo, fresco, limpio, sin que le quedara huella alguna de fatiga, se fue a reemplazar en la oficina a James Pack, que por medio del teléfono ponía en movimiento a toda la policía de Sidney para correr en persecución del corsario Triplex.



Quedó en la calle Armando Lavarède, y se fijó en Silly, que con mirada vaga contemplaba curiosamente la dispersión de los agentes que iban a hacer cada cual su servicio. La dulce fisonomía del jovencito y su enfermedad cerebral eran muy propias para inspirar simpatía y compasión. Además, el periodista francés se hallaba a la sazón en esa disposición de ánimo en que se desea hacer beneficio a alguien.

Ya no dudaba del buen éxito de su empresa. Llegado la víspera a Sidney, había podido hacer un servicio importante al poderoso funcionario cuyo concurso le era tan necesario para encontrar a su primo. Puso la mano delicadamente en el hombro del niño y le preguntó:

—Silly, así creo que te llaman, ¿te acuerdas de haber acompañado a unos viajeros al Centennial-Park-Hotel?

—Silly acompaña siempre a viajeros —contestó el chico evasivamente.

—Ya lo sé; pero haz memoria. ¿No fue ayer?

Silly reflexionó unos momentos.

—¡Ah; sí, ayer! Dos señoritas muy bonitas y un *gentleman* que me dio un chelín. (Un franco veinticinco céntimos).

—Eso es.

—¿Y qué?

—El *gentleman* soy yo.

—Puede ser.

—He oído que has cenado muy bien esta noche pasada. ¿Te gustaría almorzar bien esta mañana?

Una sonrisa iluminó la fisonomía del muchacho.

—Almorzar bien después de haber cenado bien —dijo como si hablara consigo mismo—, es demasiado comer para un día.

—¿No quieres?

—No es eso; pero me choca comer tanto un día, y muchos otros no comer, nada. Será que debe ser así.

—Sí, pobrecito —exclamó Lavarède, conmovido ante la resignación del chico—. Creer que debe ser así es demasiado desconsolador. ¡Vente conmigo!

Y cogiendo de la mano a Silly, que no opuso la menor resistencia, el parisiense le llevó al hotel donde él se hospedaba.

En el salón esperaban ya a Armando Aurelia y Lucía, aunque todavía era temprano. Con alegría supieron el feliz encuentro de Armando con el Director general de la policía, y se compadecieron mucho del pobre Silly.

En un movimiento de generosidad, Aurelia habló de admitir al muchacho a su servicio. Una vez que regresaran a Europa le instalarían en una finca, le encargarían de tareas fáciles y agradables propias de su debilidad cerebral, y viviría tranquilo teniendo satisfechas sus necesidades.

Pero el chico, a quien se esforzaba en hacer comprender la utilidad de su proposición, rehusaba.

—Señora es buena —decía— como la otra señora; pero Silly no puede ir, no irá. Vive libre como los kanguros del desierto. No se haría a vivir en una casa, pero se acordará siempre de la señora. Hay cosas que no se le olvidan a Silly.

Ante la obstinación del jovenzuelo no había modo de insistir. Dejaronle que vagara por las habitaciones, mientras los tres discutían las probabilidades de volver a ver a Roberto.

A cosa de las diez, Silly, que acababa de tomar un excelente té ilustrado con *sandwichs*, huevos pasados por agua y fruta, declaró que tenía que ir al puerto. Gallardamente estrechó la mano del parisiense, rozó con sus labios las manos de Aurelia y Lucía, y partió sin que nadie intentara detenerle.

—¡Es un pájaro salvaje! —dijo Lucía con su argentina voz musical—. ¡La jaula le mataría!

Lavarède y las señoras se disponían a ir a visitar la ciudad, cuando un inesperado incidente modificó sus proyectos.

Metiendo la mano en el bolsillo de su americana para sacar la pitillera, encontró Armando un papel doblado en forma de carta. Lo miró y exclamó:

—¡Calle; esto es una nueva misiva de mi corresponsal misterioso!

Al mismo tiempo presentaba a su mujer la carta, en cuya dirección se leía, para que no quedara la menor duda:



«Al Sr. Armando Lavarède, periodista parisiense».

—La letra es de la misma mano que la otra —dijo Aurelia.

—De la misma —añadió Lucía—. La primera no ha dado mal resultado, y, por consiguiente, hemos de esperar que también nos sea favorable la segunda. ¡Lea, lea, amigo mío!

La graciosa egipcia tenía razón, y el parisiense se apresuró a leer. El billete decía lo siguiente:

«*Gentleman:*

»Desea usted volver a ver a su digno primo el señor Roberto Lavarède. Yo no puedo decir dónde está; pero quiero calmar la inquietud de la graciosa joven que es su prometida.

»No se halla en peligro, y trabaja útilmente para que llegue el momento en que pueda estar en libertad de ofrecerle su nombre reconquistado. Usted, señor, puede ayudarle poderosamente. Ha tenido usted ocasión de sacar al señor Allsmine de una aventura ridícula, y es natural que quiera mostrarse agradecido. Pues bien; pídale que haga salir al egipcio Niari del calabozo donde está encerrado en el fuerte de Broken-Bay.

»Por ese conducto adquirirá usted un testigo utilísimo.

»De usted afectuosamente,

CORSARIO TRIPLEX»

Los tres prorrumpieron en exclamaciones de satisfacción y de asombro. Era verdaderamente fantástica aquella misteriosa correspondencia con un desconocido que, por secretos medios estaba enterado de todos sus pensamientos y deseos.

¿Y por qué se interesaría de tal manera aquel incógnito personaje en el buen éxito de sus deseos y propósitos? ¿Qué conexión tenían ellos con aquel Corsario, de quien hablaba todo el mundo y nadie le conocía?

No cesaban las interrogaciones, y unos a otros se sucedían los *¿por qué?*, sin que entre éstos hubiera ningún *por qué* explicativo.

Armando fue el primero que recobró la serenidad.

—Mis dulces amigas —dijo a sus compañeras—, me parece evidente una cosa. El señor Triplex es un amigo nuestro, o a lo menos como tal se conduce. Siguiendo el dictamen de su primer billete he adquirido derechos a la benevolencia y simpatía del Director de la policía. Es, pues, lógico deferir completamente a su segunda invitación. ¿No sois de mi opinión?

—Y además, yo suplico —dijo vivamente Lucía, cuyo rostro se había animado extraordinariamente al saber que su prometido vivía y que su existencia no estaba amenazada—, yo suplico —repitió— que no se pierda momento.

Y bajando los ojos añadió:

—Pido perdón por haber hablado antes que mi querida Aurelia; pero ya comprenderéis los dos mi estado de alma, tratándose del hombre amado, y el sentimiento que...

La pobre, en su emoción de enamorada, se confundía y no sabía cómo expresarse.

Aurelia acudió en su auxilio y la animó con su dulce sonrisa.

—No te excuses, Lucía. Ya sabes bien que no nos preocupa otro pensamiento que tu felicidad. Habiendo acompañado a mi marido en su viaje alrededor del mundo, he aprendido por experiencia que hay que recorrer muchísimos kilómetros para casarse con un Lavarède. Son una familia de peripatéticos.

—¡Sin la filosofía de Aristóteles! —exclamó jovialmente el periodista.

—Perdón: acuérdate del capítulo de las piernas.

Y con una voz grave, con la actitud de un doctor en su cátedra —si un doctor pudiera tener la graciosísima cara de la hermosa dama—, Aurelia añadió:

—Pues bien; de parte de Aristóteles y de parte de nosotras, mi señor marido está invitado perentoriamente a dirigirse a la oficina del Director de la policía, y presentarle el documento dictado por el señor Triplex, muy desconocido señor mío.

## Capítulo XIII

### *Una trama policiaca*

Sin perder un minuto se despidió de las mujeres el parisiense; bajó en un vuelo la escalera de honor, y por las calles de la ciudad se dirigió a Paramata Street.

El suizo que guardaba la puerta de *sir* Toby, como por la mañana había visto a Armando acompañado de aquél, le reconoció y le dejó pasar sin dificultad, limitándose a avisar su llegada por medio de un timbre eléctrico.

Poco después un criado introducía al visitante en un gabinete inmediato al salón de los dactilógrafos, en el cual Allsmine trabajaba solo.

Viendo entrar al francés, el Director se levantó vivamente y le tendió la mano.

—Tengo mucho gusto en volver a ver a usted, señor Lavarède. Tenga la bondad de sentarse. No esperaba tan pronto el honor de su visita.

—No me hubiera atrevido a venir a importunar a usted sin un motivo poderoso.

—¿Y qué motivo...?

—Hágame usted el favor de enterarse por sí mismo.

Y presentó al terrible Director la carta auténtica del corsario Triplex.

Sin inmutarse la leyó Toby lentamente, sin duda para pensar al propio tiempo qué haría, porque, en verdad su adversario le descargaba un golpe muy difícil de evitar.

Y con afectada franqueza dijo a Armando.

—A fe mía, mi querido amigo, a mi pesar tengo que confesar a usted que el que ha escrito a usted esta carta está mejor informado que yo, si su afirmación es exacta. Pero como yo tengo vivo interés en ser a usted agradable, voy a proponerle lo siguiente: Mañana temprano, a las ocho, se viene usted por aquí: tendré dispuestos dos caballos, y juntos iremos al fuerte de Broken-Bay. Es un agradable paseo de unos veinte kilómetros. Veremos los prisioneros, y si en efecto, ese Niari, por quien usted se interesa, está allí detenido, acaso con nombre supuesto, por consecuencia de un delito perseguido por alguno de los inspectores, me comprometo a entregárselo a usted.

El acento del Director era tan sincero, y su fisonomía tan benévola y expresiva en aquel momento, que a Lavarède le engañó su fingida amabilidad. Le dio efusivamente las más rendidas gracias, y luego, temiendo pecar de indiscreto, iba a retirarse después de haber prometido ser exacto a la mañana siguiente, cuando el señor Allsmine le detuvo.

—A propósito, amigo mío —le dijo—: ¿no sospecha usted quién puede haber

llevado a usted la carta que me ha proporcionado la satisfacción de verle hoy segunda vez?

—No por cierto. La encontré en el bolsillo de mi americana.

—¿Era esta prenda que lleva usted ahora?

—No; la he cambiado al entrar en casa con Silly.

Al oír este nombre contrájose un momento la fisonomía de Allsmine.

—¿Silly? —repitió.

—¡Oh! De ese muchacho no se puede sospechar, porque el pobre no pensaba ir al hotel. Yo le llevé porque me dio lástima y quise darle de almorzar.

—Entonces, habrá sido alguna persona afecta al servicio del establecimiento.

—Me parece más probable.

—En fin, sea lo que fuere, mañana veremos.

Esta última frase era una despedida y término de la conferencia. Lavarède salió del gabinete; pero si le hubiera ocurrido mirar por el agujero de la cerradura cuando se cerró la puerta, habría experimentado la mayor sorpresa viendo el cambio tan radical operado en la actitud del Jefe de la policía.

Presa de un acceso de loca rabia, el alto funcionario, que tanto se había contenido en presencia del francés, se entregaba ya sin freno a sus terribles impresiones.

Sus ojos lanzaban rayos de indignación bajo sus fruncidas cejas; sus puños crispados golpeaban la mesa; de sus labios salían frases brutales y amenazadoras.

—¡El tal Silly —decía—, no hay duda, está metido de patas en toda esta maraña! ¡Pronto, pronto me apoderaré de ti, gran pillastre, y por ti llegaré a poner la mano en los que te utilizan! ¡Esto es un duelo a muerte! ¿Quiénes son esos infames que conocen mi vida? Esto es lo que necesito saber, para que los que ahora hablan sean luego mudos. Mi agente Dove es muy diestro, y está encargado de vigilar a ese Silly, que se hace el tonto. Acaso hoy, o mañana, tendré en mi poder el hilo de la intriga urdida contra mí, y cuando le tenga... ¡Oh; cuando le tenga...!

Y amenazó con el puño en dirección a la puerta del gabinete.

—¡Y ese francés cándido que cree que voy a entregarle a Niari, que voy a comprometer así los intereses de Inglaterra en Egipto! ¡Tonto y retonto! ¡Mañana no estará Niari en Broken-Bay! ¡Voy a hacer que le trasladen!

Impaciente, irritado hasta el frenesí, tocó el timbre, e instantáneamente se abrió la puerta y apareció el jorobado James Pack.

—¿Usted...? —preguntó *sir* Allsmine sorprendido. —¡Yo le creía en la cama!

El secretario inclinó respetuosamente la cabeza.

—En efecto, había ido a acostarme, pero después de los sucesos de la noche última, creí que el señor Director podría necesitarme, y he vuelto. Un baño de vapor y media hora de masaje me han descansado tanto como diez horas de sueño, y ya estoy aquí a disposición de mi jefe.

—Ha obrado usted sabiamente —replicó *sir* Toby estrechándole la mano. — Precisamente necesito a usted en efecto. El infame Triplex ha hecho otra de las suyas:

ha avisado al francés Lavarède que el egipcio Niari está preso en el fuerte Broken-Bay.

—¿Es posible? —preguntó James Pack con visible sorpresa.

—Sí, señor: ahora mismo sale de aquí el tal Lavarède, que ha venido a constármelo.

—El señor Director lo habrá negado...

—Totalmente; y he hecho más: he propuesto al parisiense ir mañana conmigo a Broken-Bay para que se cerciore por sí mismo.

James Pack murmuró:

—No comprendo...

Y luego, dándose una palmada en la frente, añadió:

—¡Ah, sí; ya comprendo! Hará el señor Director trasladar al cautivo...

—Sí, a otra prisión; a la de Sidney.

Y cogiendo un papel de encima de la mesa, escribió.

—Aquí está la orden. Va usted a llevarla a la Central de la policía para que sea expedida por correo al director de Broken-Bay, y Niari será enviado esta noche a la casa central de Sidney.

Los párpados de Pack se agitaron de una manera extraña. Hubiérase dicho que el secretario procuradla contener la risa. Pero fue un movimiento tan rápido, que no pudo notarlo el Jefe supremo.

—Parto inmediatamente —respondió el jorobado, saludando reverente.

Y salió del gabinete.

Como se le había encargado, sin detenerse en el camino fue a la Central de la policía, entregó la orden en el Negociado de Traslación de presos, y después, con las manos en los bolsillos y tarareando una canción vulgar, se dirigió al puesto de vigilancia del muelle Darling-Harbour.

Allí hizo llamar al jefe del puesto que la noche anterior le había encontrado atado a un guardacantón: charló un buen rato con él, y le indicó las gestiones que debía proseguir urgentemente para descubrir a los autores de la indigna burla; y de esta suerte asegurado el buen servicio, volvió a recorrer paseando el camino de la calle Paramata. De pronto se detuvo sonriendo. En el muelle, poco frecuentado a aquella hora, James acababa de ver dos paseantes, que infaliblemente debían de cruzarse con él. El uno era Silly, más distraído y en actitud más indiferente que nunca. El otro, que seguía al muchacho a cincuenta pasos de distancia, parecía ser un obrero.

El chico se acercó, y reconociendo al jorobado, le tendió la mano.

—¡Buenos días, James Pack; Silly te saluda!

—¡Buenos días, buen mozo!

El obrero se había detenido ante un anuncio de fletes de barcos.

El chico hizo un guiño al secretario, señalando al obrero directamente.

—¡Ése me espía! —dijo.

—Orden de Allsmine —respondió James—. Sucede lo que yo temía. Las cartas al

Centennial-Park-Hotel, los cabellos rubios por bajo de la capucha... Sospecha, Silly, y es preciso que desaparezcas esta misma noche.

—Desapareceré; pero con este espía que me sigue me será imposible prevenirlos.

—Los prevendré yo.

—¡Gracias, señor James!

El muchacho suspiró, y a sus ojos saltaron las lágrimas.

—¡Se me hará muy larga la ausencia! —dijo gimiendo.

—¡Y a mí también, Silly! Mas espero, y he de procurarlo, que estas pruebas que sufrimos terminen pronto.

—¡Pronto, pronto! —repitió el chico riendo y llorando a la vez—. ¿Espera el señor Pack que pronto?

—Sí, querido Silly.

—Y entonces, ¿no nos separaremos más...?

A esta pregunta el rostro del secretario expresó profunda pena, y con voz grave replicó:

—Eso dependerá de la voluntad de otra persona a quien tú y yo debemos obediencia.

Y cambiando de tono se despidió de Silly.

—¡Hasta la vista, Silly! ¡Esperemos! ¡No te olvides de esta noche! ¡Yo ya les habré avisado!

Hizo un gracioso gesto de despedida el simpático muchacho y continuó su camino.

En seguida el obrero que estaba mirando el cartel de los fletes echó a andar tras él.

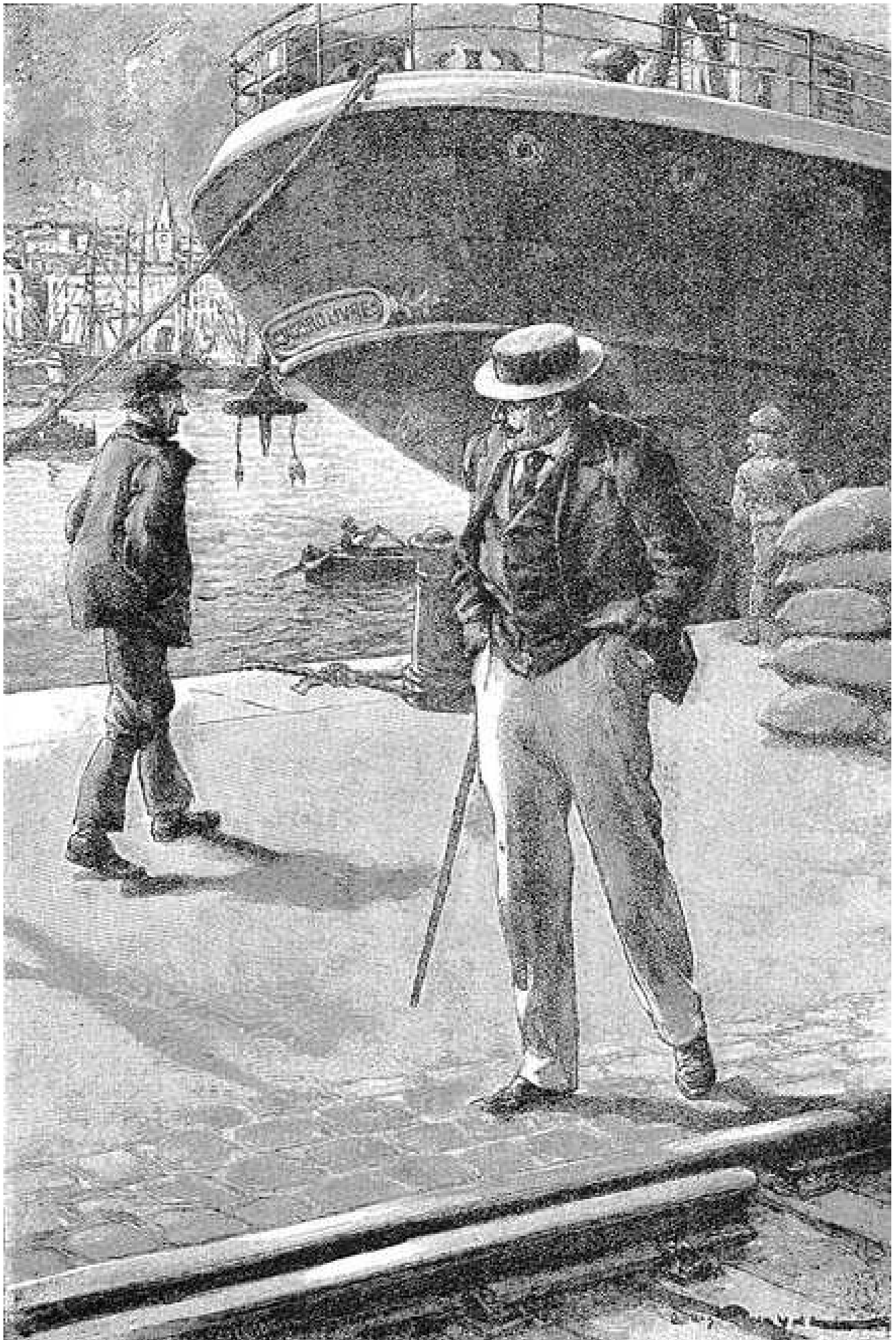
Cuando el obrero se cruzó con Pack le saludó con una ligerísima inclinación de cabeza.

El jorobado respondió con igual misterio, y pasó.

—Es Dove —se dijo—, de la brigada F. ¡Decididamente, nuestros policías no saben desfigurarse!







Y hecha esta oportuna reflexión, continuó nuestro jorobado tranquilamente su camino.

Al extremo del muelle se detuvo a la orilla del agua, y contempló el movimiento de la misma con cierto aire de laxitud y cansancio.

Tres veces se llevó las manos a la cabeza, y bostezó.

Siguió andando camino del hotel de Allsmine.

El día pasó en ocupaciones y operaciones monótonas y vulgares de policía. Llegó la noche.

Pack se preparó a partir; pero todo lo hacía con una lentitud desacostumbrada en él.

¿Sería efecto del cansancio? La noche anterior había sido de prueba, y el cuerpo humano, por fuerte y vigoroso que sea, necesita reposo.

Con aspecto de hombre que se duerme y no puede remediarlo el secretario se despedía de su jefe, cuando un dependiente anunció al agente Dove.

Allsmine sonrió, y deteniendo a James dio orden de introducir al agente.

En el momento apareció el policía.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó el Director.

—El chico ha alquilado una barca para esta noche.

—¿Una barca?

—Sí: ha dicho que quiere salir a pescar fuera del puerto, cerca de las rocas de la punta Jackson.

—¿No ha notado que se le espiaba?

—¡Oh! En cuanto a eso, estoy seguro de que no se le ha ocurrido siquiera.

—¿Y qué le parece a usted la elección de sitio para pescar?

—Que se propone, no tengo duda, comunicar con sus cómplices.

Sir Toby hizo demostraciones de satisfacción y tocó amistosamente en el hombro a su secretario, diciéndole:

—¡Tampoco vamos a dormir esta noche, amigo Pack! Por de pronto, se queda usted a comer conmigo. Y usted, Dove, haga disponer la falúa de vapor de la Aduana con su tripulación completa, y a las ocho precisamente nos esperará en el pilar 23 de Farm-Cove.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —murmuró el secretario profundamente sorprendido.

—Ya lo verá usted a su tiempo. Y ahora vamos a comer.

Dove se marchó, y jefe y secretario se dirigieron al comedor.

Ya la señora Allsmine ocupaba su sitio de costumbre en la mesa.

No manifestó la menor sorpresa, cuando su marido le dijo que tenía convidado al secretario; pero el secretario notó que la señora tenía los ojos inflamados, como si hubiera llorado.

El Director hizo la misma observación, pero con tono brutal preguntó:



—¿Qué ojos son éstos? ¿Todavía sigue el derroche de lágrimas?

—¡Sí que he llorado, amigo mío; pero no debe importarte, puesto que sólo lloro cuando estoy sola!

Contestó la señora con voz tan dulce y melancólica, que Pack se sintió conmovido.

—¡Bueno, bueno! —repuso Toby—. ¡Bueno y santo es acordarse de las cosas; pero el tiempo borra los recuerdos! Tener una idea fija, es muy peligroso para la salud mental. Seguro estoy de que habrás estado toda la tarde ante el retrato de tu hija Maudlin. Si continúas así, voy a hacer llevar el cuadro a otro sitio.

La señora movió la cabeza tristemente.

—¡No, no es eso! —dijo.

—¿Pues qué es?

—Ese jovenzuelo idiota que vimos ayer.

—¿Silly?

—Sí; debía volver hoy. Hubiera querido verle... ¿Es que no le habrán permitido venir?

Una sonrisa burlona y de perversa intención los labios de Allsmine agitó.

—¡Ah! ¿Conque es ese mozuelo el que quieres ver hoy como ayer? ¿Sabes que es una simpatía un poco extraña por lo repentina? Pero, en fin, si quieres verle, ya procuraré que le veas mañana, si puede ser. Podrás verle y contemplarle a tu sabor. ¡Ya verás, ya verás!

Con extrañeza miró la mujer al marido, queriendo adivinar el oculto sentido de sus palabras.

Allsmine añadió en tono de sinceridad:

—Ya no me preguntes más sobre ese niño grandullón. Guardo mi secreto. Ahora basta de lágrimas y vamos a comer ¡*Puff over!*

—Sí, ¡*Puff over!* —repitió James con una entonación extraña—. ¡*Puff over!*

Inclinándose ante la señora del Jefe, murmuró:

—Perdón, señora, si yo también digo ¡*Puff over!* Como el señor Allsmine, creo que las alegrías siguen a las tristezas, y viceversa.

Ella le miró sorprendida. Aunque conocía a James Pack tiempo hacía, era la primera vez que le dirigía la palabra en la intimidad, era la primera vez que pronunciaba una frase por la cual podía comprender que conocía los secretos pensamientos de la madre, inconsolable por la pérdida de su hija Maudlin.

Sonrió dulcemente la señora y musitó:

—¡Sea, pues, como ustedes quieran! ¡*Puff over!*

Sir Toby pareció encantado de esta concesión. La comida se hizo tranquilamente, y después los dos, Jefe y secretario, se despidieron de *lady* Allsmine.

Envueltos en impermeables, salieron del hotel y se dirigieron a los muelles de Farm-Cove.

En la escalinata del sitio señalado con el pilar número 23 se detuvieron, se inclinaron sobre el agua y miraron a lo largo. La sombría silueta de una barca apareció, y una voz les preguntó:

—¿Está ahí V. E.?

—Dove está en su puesto —murmuró *sir* Allsmine. Y añadió más alto—: ¡Aquí estoy, Dove! ¿Está todo preparado?

—Sí, excelencia.

—Entonces, embarquemos.

Bajando los ásperos escalones, el Director y su secretario saltaron a la falúa y se sentaron. Seis hombres estaban encargados de los remos, y componían una singular tripulación, porque cada una de ellos llevaba su carabina.

Estas armas fueron colocadas debajo de los bancos. Los remeros esperaban.

Dove, instalado cerca de su jefe, se llevó la mano a la gorra.

—V. E. me dará sus órdenes.

—Seguir los muelles, y luego la orilla hasta llegar a la zona de la sombra. Es muy clara la Luna para proceder de otro modo.

—¡Bien, excelencia! En la punta Jackson conozco una especie de caleta desde donde se podrá observar al que seguimos, sin que pueda advertirlo ni sospecharlo.

—¡Pues adelante!

—¡Boga! —mandó el agente Dove.

Y la falúa, obediente a los remos se deslizó por la superficie del agua, dejando atrás una estela de plata.

Sir Toby había dicho bien; el cielo estaba diáfano, y la Luna llena reflejaba su luz blanca sobre la Tierra.

Siguiendo una línea oblicua, la falúa llegó a la zona estrecha de la sombra

proyectada por los muelles. Evolucionando entre las barcazas y los botes amarrados marchaba como un barco fantasma. Nadie hablaba. Sólo se oía el ruido de los remos cortando las ondas.

Muy pronto llegó al canal de entrada y salió al puerto. La embarcación flotaba, blandamente levantada por la ola perezosa de la rada.

Al Norte se perfilaba la línea tortuosa de la costa, terminada bruscamente dos millas más lejos por la masa rocosa de la punta de Jackson. Había que atravesar un trecho iluminado por la Luna; pero esto no inquietó a Allsmine. Silly estaría pescando fuera de la punta, y puesto que su bote no se veía, seguramente, tampoco él vería a los que iban en su persecución a espiar sus acciones.

En un cuarto de hora la embarcación se halló en la sombra, y costeando la tierra se dirigió hacia el extremo del promontorio.

A medida que se acercaban al término, los remeros, a quienes Dove transmitía en voz baja las recomendaciones de su jefe, imprimían lentitud a sus movimientos. Con precaución introducían los remos en el agua. De pronto cesaron de remar. Metódicamente rodearon de tela las paletas. Esta disposición, que atenúa en proporciones notables el rumor de los remos, fue aprobada por el Director, y de nuevo el barco siguió cortando silenciosamente la superficie del mar.

Como lo había anunciado el experto Dove, el litoral se elevaba en peñascos de mediana altura.

Batido incesantemente por las olas del Pacífico, la roca estaba desgarrada, abierta, formando una especie de pequeños cabos y de minúsculas bahías. Un hombre en la proa reconocía el camino, porque era preciso no dar contra una roca a flor de agua.

Seguían avanzando, y la barca llegaba a la punta extrema. De pronto, con un movimiento igual, levantáronse los remos.

—¿Qué ocurre? —preguntó *sir* Toby.

Un marinero respondió:

—¡Un bote!

Mirando en la dirección indicada, el Director vio, a cien brazas acaso, un bote que se destacaba en negro sobre las olas plateadas por la Luna. Veíase en el bote, en pie, una figura humana que no costó mucho trabajo reconocer. Era el inocente Silly, que pescaba como él mismo había dicho que se proponía hacerlo.

La barca de observación estaba en la obscuridad, cerca de una masa rocosa que parecía puesta allí como centinela avanzado del peñasco. Allí se ancló.

No había más que esperar.

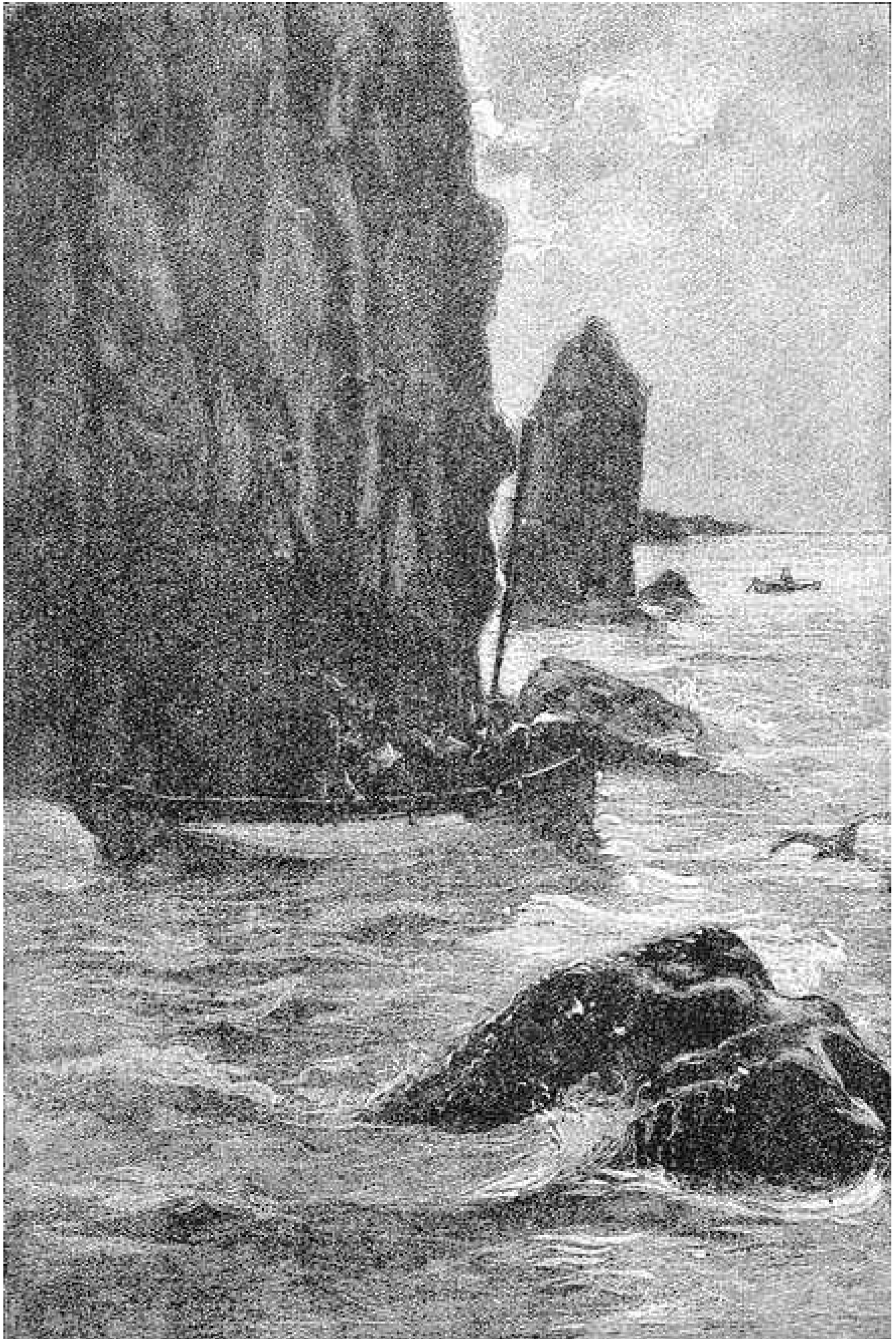


Larga fue la espera. Sin sospechar cuántos ojos seguían ansiosos sus movimientos, Silly continuaba en su pasatiempo.

No es ésta la palabra propia: mejor sería decir en su trabajo, porque el chico muchas veces había vivido del producto de la pesca.

De cuando en cuando levantaba caña, en cuya extremidad se agitaba un objeto reluciente, que cogía y echaba al fondo del bote. El ruido del pescado caer en el bote llegaba hasta los polizontes. Luego el muchacho ponía nuevo cebo y volvía a su paciente espera.

Duró esto seis horas.



Cansados de aquel espionaje sin resultado, el Jefe y el secretario se pasaban la botella de *whiskey* de que se habían provisto al emprender el viaje. Otra botella circulaba también entre los marineros de la Aduana.

Y la Luna proseguía indiferente su curso. Insensiblemente se desvanecía a la sombra de los peñascos y el sitio en que Silly trabajaba.

En fin, la banda oscura envolvió al bote y al chico, y ya no se los veía. Transcurrió una media hora: la línea de sombra pasó a la barca, y vióse ésta otra vez.

—¡Por el zancarrón del Demonio! —exclamó Allsmine—. Bien veo el bote pero ¿dónde está el tuno...?

—Se habrá tendido en el fondo del barquichuelo —dijo Park—. Parece que así duerme. Los pescadores le han encontrado muchas veces dormido en el bote.

—¡Verdaderamente, hay una Providencia que vela por los imbéciles! —dijo Allsmine—. Si cometiera semejante imprudencia un hombre de juicio, sería probablemente víctima de ella.

El bote estaba demasiado lejos para que Silly pudiera oír la observación porque continuó invisible. Y continuó igualmente la vigilancia.

Aparecía al Este la primera claridad del día. El Director de la policía ya no contuvo su cólera. Había esperado en vano toda una noche. Estaba extenuado. Indudablemente, el corsario Triplex continuaría burlándose de él.

La rabia le impulsaba a los medios más violentos.

—¡A los remos! —ordenó.

Pasivamente obedecieron los marineros; pero Pack se atrevió a preguntar:

—¿Es que volvemos al puerto?

—¡No, señor! —gritó Allsmine—. Vamos derechos al bote, cogemos al bribón que se esconde en él, y una vez en un calabozo, yo me encargo de conseguir que hable.

—¿Piensa el señor Director que el Corsario se ha confiado a esa criatura?

—¡Ciertamente que lo pienso!

A una señal los remos hicieron su maniobra, y la falúa de la Aduana avanzó rápidamente hacia el bote sospechoso.

Pronto se juntaron falúa y bote.

—¡Arriba, tú, imbécil! —gritó puesto en pie el Jefe de la policía.

Nadie contestó al brutal llamamiento.

—¡A ver; arriba —repitió el Director—, y reúne todo lo que tienes de seso en el cerebro para contestar!

Inclinándose sobre la borda, *sir* Toby lanzó una exclamación de asombro.

El bote estaba vacío. Silly había desaparecido.



## Capítulo XIV

### *El sargento atado*

¿Qué había sido del muchacho? ¿Habría caído al agua, y las olas, esas implacables comedoras de hombres, se le habrían llevado mar adentro? ¡Misterio!

La falúa de la Aduana volvió al puerto, llevando a remolque el bote abandonado.

Los remeros estaban sombríos y preocupados. Los invadía un terror supersticioso, y más de uno manejando el remo sondeaba con mirada inquieta las aguas de la bahía, como si esperase ver aparecer al corsario Triplex en una nube de humo y fuego.

Decididamente, el enemigo de *sir* Toby alcanzaba las proporciones de un personaje de leyenda. Para los hombres sencillos y crédulos de la escasa tripulación el tal Triplex era el que había hecho desaparecer a Silly. Magia y prestidigitación en una pieza. Lo mismo que una nuez o cosa por el estilo, Silly había sido escamoteado.

No menos preocupado parecía el tremendo Director de la policía.

Una vez más se veía burlado. Silly, con quien contaba para apoderarse de su adversario, acababa de deslizársele de entre las manos. Se rompía el hilo conductor que debía guiarle en el dédalo de la misteriosa lucha. La obscuridad era más densa cada vez. La cólera y el miedo eran las dos impresiones de su ánimo intranquilo.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué nuevas contrariedades, qué nuevas burlas crueles iban a atormentarle? Se acordó de haber citado al parisiense Armando Lavarède. Sin descansar un momento, sin tiempo siquiera para poner un poco de orden en sus ideas, tenía que montar a caballo y acompañar a su nuevo amigo a Broken-Bay para demostrarle que el egipcio Niari no se hallaba en aquella prisión.

Y así sería, sin duda, puesto que, según sus órdenes, el prisionero había sido trasladado durante la noche a la Casa Cárcel de Sidney.

Allsmine hubiera deseado estar solo, reposar, reflexionar. ¡Imposible!

Los acontecimientos se precipitaban demasiado. No se podía aplazar la proyectada excursión. Lavarède le había prestado un gran servicio destruyendo los clichés fotográficos de aquellos dos periodistas que le habrían puesto en ridículo ante el mundo entero.

Tan pocos eran los amigos que tenía, que no le convenía enajenarse la simpatía de Armando Lavarède.

La falúa atracó al muelle en el mismo punto de donde había partido. El Jefe y el secretario de la policía saltaron a tierra, y el agente Dove despidió a los marineros.

Cuando éstos volvieron a sus respectivos domicilios, antes de entregarse al

descanso que tanto necesitaban contaron a sus mujeres, a sus vecinos, a sus proveedores, a sus amigos y conocimientos los sucesos de la noche, añadiendo cada narrador por su cuenta, y también los oyentes, comentarios curiosos y exageraciones e invenciones propias para excitar la imaginación popular.

A las ocho de la mañana, en el momento mismo en que *sir* Toby y Armando Lavarède, después de un cordial apretón de manos, montaban a caballo para dirigirse a Broken-Bay, se contaba como cosa cierta entre la población del puerto que Silly había sido arrebatado, en las barbas mismas de los polizontes, por un gigante negro cuyos ojos brillaban como los faroles de los faros. Allsmine no se había enterado de esta nueva versión de la tremebunda leyenda. Cabalgando al lado de Armando atravesaba la ciudad, seguido a distancia reglamentaria por una escolta de agentes en bicicleta; porque la colonia australiana, más a la moda en materia de policía que la capital francesa, ha reemplazado los caballos de los agentes de la autoridad por sencillas bicicletas más ligeras y menos costosas.

Pronto la cabalgata penetró en el camino que, dejando a la derecha el barrio de Richmond, se dirige por una curva suave a la bahía de Broken, dominada por el fuerte adónde iban los viajeros. Engañado por la amabilidad de su compañero de viaje, el periodista francés repetía sinceramente sus excusas por haberle puesto en el trance de emprender viaje semejante, cuando tanto tendría que hacer en la ciudad y tan fatigado debía de estar; y el ladino Allsmine, encantado de burlar a alguien después de haber sido él tan burlado y ultrajado por el corsario Triplex, le contestaba con una risita muy significativa:

—¡Oh; no se hable de eso, amigo mío! Yo tengo el mayor gusto en servirle y complacerle.

Positivamente, en medio del campo, acariciado y confortado por el espléndido Sol, Allsmine se reanimaba y sentía algo atenuados sus terrores.

Vencería al Corsario. Bastaría una imprudencia de éste para que cayese en poder de la policía, y la imprudencia era más que probable. La impunidad hace que descuiden las precauciones los criminales.

Ya en aquellos momentos mismos obtenía el gran funcionario una primera victoria desbaratando los proyectos de su enemigo, que había intentado poner en contacto a Lavarède con Niari, este importante testigo dispuesto a probar la identidad de Roberto.

Con esta idea holgábase grandemente el famoso Director de la policía, y en demostración de su júbilo lanzaba su predilecta exclamación de contento: *¡Puff over!*

Pero esta satisfacción no había de durar mucho.

El camino ascendía hacia una colina cubierta de bosque. Para suavizar la subida, los ingenieros encargados de su construcción la habían trazado de manera que los viajeros sólo podían ver en cada vuelta a una distancia de ciento o doscientos metros delante.

Cuando ya iban llegando a la cima oyeron un murmullo de voces.

Era un concierto, un desconcierto de gemidos, súplicas, exclamaciones e interjecciones. Parecía que unos hombres imploraban una gracia que otros individuos negaban.

Llenos de natural curiosidad, los jinetes espolearon a los caballos, mientras los ciclistas pedaleaban más enérgicamente, y llegaron a una espesura de eucaliptus que avanzaba sobre el camino como un promontorio de verdura, y contemplaron unos y otros un espectáculo curiosísimo y nunca visto.

Había allí un gran grupo de aldeanos que levantaban los brazos, perorando a más y mejor, manteniéndose a respetuosa distancia de una docena de personajes que lucían el uniforme de la policía y estaban fuertemente atados a los árboles que bordeaban la vía.

Éstos suplicaban con lamentables voces que los desataran, y los aldeanos se negaban a dispensarles tal favor.



Los viajeros comprendieron bien pronto el motivo. Por encima de la cabeza de cada uno de aquellos desventurados se había fijado un cartel atravesado por un puñal en el tronco del árbol, y en cada cartel se leía lo siguiente:

«Nadie se atreva a tocar a los que el corsario Triplex ha castigado. El Director de la policía pasará hoy por este camino: a él es a quien corresponde dar la libertad a sus subordinados. Es preciso que reconozca que es impotente

para contrarrestar las disposiciones de Triplex. A nuestros pasajeros inofensivos el Corsario justiciero les promete ayuda, protección y amistad. ¡Desgraciado del que no obedezca mis órdenes!»

Al ver a *sir* Allsmine, tan conocido en toda la comarca, los aldeanos se habían separado de los árboles en que estaban los polizontes.

Allsmine hizo una seña a su escolta. Los ciclistas desmontaron de las máquinas, y dejando éstas al cuidado de dos de ellos mismos se apresuraron a desatar las ligaduras, que oprimían a sus compañeros contra los troncos de los arboles.

En cuanto se vieron libres, un viejo sargento, que parecía el jefe de las víctimas del Corsario, se aproximó todo tembloroso y cariacontecido a *sir* Toby, y con los talones juntos y los brazos rígidos, en actitud perfectamente militar, esperó a que el Director le interrogase.

—¿Qué es lo que hacía usted en este sitio? —preguntó éste frunciendo las cejas.

—Pues no hacía más que sufrir, Excelencia. El tronco de un eucaliptus no es tan blando como un colchón de buena lana, y me queda la espalda resentida para más de ocho días.

—¡Me alegro! Pero ¿quién ha puesto a usted y a sus agentes en ese estado tan ridículo?

El sargento señaló el cartelito.

—Léalo S. E. El que nos ha puesto así no oculta sus actos. Y he de manifestar, señor, que si todavía respiramos, es porque él lo ha dispuesto así. Fácil le hubiera sido matarnos; tan fácil como le ha sido atarnos a los árboles.

—Pero, en fin, ¿qué ha sucedido? ¿Qué motivo trajo a ustedes a este lugar?

—Una orden del señor Director de la prisión de Broken-Bay.

—¡Ah! —exclamó Armando—. A esa prisión íbamos.

*Sir* Toby se estremeció, palideciendo. Aturdido repuso.

—Acompañadnos hasta Broken-Bay. Allí veremos de aclarar todo esto.

—Obedeceremos a V. E. —contestó filosóficamente el sargento—, y por el camino podré dar a V. E. cuenta de lo sucedido.

Armando apoyó la proposición del polizonte.

—Tiene razón. Por mi parte, si el señor Director no se opone, me complacerá conocer la aventura a consecuencia de la cual hemos encontrado a los señores atados a los árboles como si fueran plantas trepadoras. ¿No le parece a usted, querido señor Allsmine?

Y como el supremo Jefe, muy preocupado, no contestaba, el veterano sargento consideró su silencio como asentimiento y empezó a hablar lenta y solemnemente.

—Ayer tarde, el señor Goldblow...

—¿Quién es?

—Es el director de la prisión de Broken-Bay.

—¡Bueno, bueno; adelante!

—Pues el señor Goldblow —prosiguió el agente—, me hizo llamar a su despacho, que está a la derecha al lado de puerta de la Comisaría de entradas. Alber —me dijo (porque yo me llamo Alber)—, va usted a tomar diez hombres para trasladar un preso a Sidney. —¿Diez hombres? —contesté—. ¿Y dónde cree usía que los encontraré? —A la puerta del fuerte los tiene usted esperándole. —¡Ah! Si están esperándome ya, no me esperarán mucho tiempo. ¿Y quién es el prisionero que hemos de trasladar, si se puede saber? —El de la celda número 19. —¡Ah, ya sé; el salvaje de Egipto!

Al oír esto Lavarède hizo un movimiento; pero no pudo expresar lo que pensaba, porque el sargento lanzó agudo grito de dolor, llevándose vivamente la mano a la pierna.

—¿Qué pasa, hombre? —preguntó Armando.

Era que *sir* Toby le había dado una patada.

Furioso ante la candidez del agente que declaraba ingenuamente la presencia de Niari en Broken-Bay, no había podido contenerse el colérico Jefe. Fue un inútil movimiento de cólera porque Lavarède no era hombre que se dejara imponer.

—Ese egipcio se llamará, probablemente, Niari. ¿No es así? —preguntó al sargento.

Esta pregunta fue para el pobre hombre el colmo del espanto, cuando su superior jerárquico acababa de llamarle la atención tan enérgicamente.

La tibia le dolía enormemente: miró al Jefe, miró al periodista y murmuró:

—¡Sí... no! ¡Acaso...! ¡Yo no digo...! ¡No sé...!

Viendo el enojo en el rostro de Lavarède, comprendió *sir* Allsmine que era inevitable una explicación, y gritó al sargento:

—¡Hable usted claramente! —lo que hizo abrir al pobre hombre los ojos desmesuradamente.

El triste veterano de la policía pensaba que su oficio tenía dificultades que hasta entonces no había tocado. La boca del Director le autorizaba a hablar, y con el pie se lo prohibía. Era preciso hablar y no hablar, lo que para él presentaba dificultades de orden técnico insuperables. Y se decidió a hablar, lleno de terror.

—¡Sí..., no...! ¡Acaso...! ¡Yo no puedo negar...!

Era preciso ayudarle, indicarle lo que había de hacer. *Sir* Toby le interrumpió:

—Este caballero y yo veníamos precisamente a saber si el preso egipcio estaba internado en el fuerte de Broken-Bay. Yo ignoraba la existencia de tal sujeto, y puesto que usted parece saber algo, diga lo que sepa.

El sargento suspiró. A lo menos, aquella orden era clara y precisa. Y habló el hombre, aunque aturdido todavía y dolorido de la patada.

—Creo que sí, que el núm. 19, en efecto —dijo—, parece que era el nombrado Niari. Como he tenido el honor de manifestar a V. E., debía trasladarle a Sidney. Partimos a media noche. Todo iba bien. No había novedad. Pero cátrate (y V. E. disimule) que en el bosque en que nos encontramos ahora los dos hombres que iban

delante tropiezan y caen de hocicos, con perdón de V. E. Habían tropezado en una cuerda tirante extendida de uno a otro lado del camino. Antes de que pudiéramos explicarnos el incidente, una banda de demonios nos asaltó, nos apreso con la mayor prontitud y nos ató a los árboles en la forma en que nos ha encontrado V. E. Todos aquellos demonios tenían la cara verde. Y uno, que debía de ser el demonio principal, luego que me tuvo atado, me dijo: —Le dirás al *maestro* Allsmine —¡perdón, Excelencia, yo repito sus mismas palabras!—, que libertamos a Niari, esperando que también libertaremos a los que tiene cautivos en el matrimonio y en el sepulcro—. Lo cual, Excelencia, no sé lo que significa. Luego desaparecieron todos; y crea S. E. que hemos pasado una noche terrible.

*Sir* Toby estaba blanco lo mismo que el papel, Las palabras atribuidas por el sargento al corsario Triplex le helaban de espanto. Se acordaba del tribunal misterioso ante el cual le habían obligado a comparecer. Comprendía bien la enigmática alusión: los que había encerrado en el matrimonio y en el sepulcro eran su mujer, *lady* Juana, y la hija de ésta, *miss* Maudlin Green.

¿Sería capaz el Corsario de sacar a la muerta de la nada y a la viva de su poder?

Por muy inverosímil que esto pareciera, ya no le inspiraba ninguna confianza lo porvenir.

En fin, después de un largo silencio *sir* Allsmine dio orden de regresar a Sidney.

## Capítulo XV

### *Donde la egipcia recobra su sonrisa*

Sin cuidarse de la actitud extraña de Lavarède, que estaba lleno de curiosidad y de confusiones, el Director de la policía se encerró en un silencio absoluto, no tanto por prudencia como por la obsesión tremebunda que pesaba sobre él.

Triplex le perseguía encarnizadamente. Todo transeúnte inofensivo le parecía sospechoso a *sir* Toby. De buena gana hubiera preso a la población entera como cómplice del Corsario, porque era preciso que aquel enemigo invisible tuviera innumerables afiliados auxiliares, pues de otro modo no habría escapado de la vigilancia de la policía.

Al llegar a Paramata Street Allsmine despidió a la escolta, estrechó preocupado la mano de Armando y penetró solo en la casa.

Un vago temor le hizo dirigirse a las habitaciones de *mistress* Juana. ¿Habría salido ya de la casa, como parecía indicarlo la amenazadora frase del Corsario?

A paso de lobo, sin ruido, llegó a la puerta de la estancia en que debía de estar la madre inconsolable. Detúvose un instante escuchando ante la puerta cerrada.

¡Cosa extraña! Oyó una voz. ¡Alguna otra persona estaba allí..., acaso un emisario de Triplex! De un golpe violento abrió la puerta.

La señora estaba sola, sentada al lado de un velador. Con frases angustiosas y sollozos besaba un pedazo de papel.

Al ver a su marido hizo un movimiento para ocultarlo; pero Allsmine dio un salto de tigre, y cogiéndole la muñeca, oprimiéndosela bárbaramente, la obligó a soltar el papel. El bárbaro lo cogió y leyó:

«Madre, el crimen nos ha separado. Pero la justicia no se duerme jamás: ella ha suscitado un vengador que pronto ha de lograr que puedas besar mi frente. Cree, ¡oh madre!, lo que te escribe tu pequeña Maudlin, que es muy dichosa hoy, porque puede asegurarte que vive».

Una rabia espantosa acometió a Toby, que rompió la carta en pequeños pedazos.

Miró luego fuera de sí el cuadro que reproducía la linda figura de la niña desaparecida, y ante el cual lloraba todos los días la pobre madre. Lo arrancó de la pared, rasgó la tela con sus horribles manos de loco, lo arrojó al suelo y lo pisoteó. Y

en fin, después de este rabioso acceso y del esfuerzo físico, tuvo conciencia de lo que había hecho, y volvió la extraviada mirada contemplando febril a su mujer.

Ésta no había hecho el menor movimiento.

Su rostro había expresado sucesivamente la sorpresa, la duda, el espanto y, por fin, una alegría incomprensible

—Perdona —le dijo el Director—, me he dejado llevar de la ira.

Hizo la señora un gesto de indiferencia.

—¡Sí, sí, conozco que he hecho mal, pero cuando veo mi misma casa invadida por mis enemigos...!

—¿Enemigos? —preguntó ella con dulzura—. ¿De dónde esos enemigos? Yo no puedo considerar como enemigo al que me devuelve mi hija.

—¿Y tú crees esos cuentos?

Inclinó la señora la cabeza y contestó claramente:

—Sí los creo.

Y viendo que su marido iba a protestar airado, repuso:

—¿Crearás que es locura? Pues no lo es. No has sido padre, y no puedes comprender los sufrimientos de mi corazón. Como no se encontró el cuerpecito de mi dulce Maudlin, yo siempre he tenido una esperanza, aunque vaga; y la carta que te has complacido en romper me prueba que hacía bien en esperar...

—¡Esa carta es obra de un bandido!

—No; yo no he hecho nunca daño a nadie. Ningún bandido se habría atrevido a escribir la palabra ¡madre!

—¿Luego estás de parte de mis enemigos?

—Yo soy madre, y bendigo todo lo que sea no perder la esperanza de que mi hija vive todavía.

*Sir Allsmine* dio una patada en el suelo. Sus facciones volvieron a contraerse.

—¡Está visto! ¡Poco te importa que se conspire contra mí! ¡Tu marido no es nada para ti!

La señora le miró con asombro.

—¿Y cómo puede ofenderte mi afecto maternal?

Ella le miró fijamente, y el tremendo tuvo que bajar los ojos.

—¡Porque gentes infames quieren explotar ese afecto maternal para separarte de mí!

—No se trata de eso; me prometen solamente devolverme a mi hija Maudlin.

Esto era cierto. En la carta no se hablaba siquiera del marido. Éste cada vez se encorajinaba más viendo que llevaba la peor parte en el asunto.

—Si yo te hiciera —dijo— la misma promesa, seguramente no me creerías.

—¿Y por qué no había de creer?

—Porque reflexionarías; porque penarías que si la niña vivía no podría explicarse que hubieran tardado años en devolverla, sobre todo habiendo sido tan públicas las gestiones que hemos hecho para encontrarla. Pero un extraño, un desconocido te



escribe una carta anónima, y al momento lo crees todo y lo consideras cierto.

Una lágrima se deslizó lentamente por a mejillas de la pobre madre, que murmuró con indefinible acento:

—El extraño, el desconocido me trae la esperanza: mi marido no me aconseja más que la desesperación.

—¡Vamos; estás loca, loca perdida —rugió Allsmine—, y te dejo entregada a tus imaginaciones!

Y salió de la habitación, cerrando violentamente la puerta.

Lavarède volvía al Centennial-Park-Hotel reflexionando en lo que acababa de presenciar.

A pesar de la afabilidad del Director de la policía y de su aparente sinceridad, el periodista parisiense tenía muchas dudas.

Parecíale inadmisibles que un alto funcionario ignorase la existencia de un preso de tanta consideración como Niari. De esto a sospechar que el mismo *sir* Toby era quien había dispuesto la orden de traslado no había más que un paso.

Como se ve, Armando iba pensando la verdad.

Luego sus pensamientos tomaban otra dirección: la del personaje misterioso que había libertado al egipcio.

¿Quién era el llamado Triplex, y cómo estaba tan enterado de sus asuntos? ¿Qué interés podía tener en servirle? Era más fácil formular estas preguntas que hallar respuesta adecuada.

Así, el simpático Lavarède llegó al hotel sin hallar una explicación clara y satisfactoria.

Contestando al saludo cortés del mayordomo del hotel, fue a subir la escalera que conducía a sus habitaciones; pero en uno de los primeros escalones se detuvo.

Oía los acordes de un piano y los acentos de una voz fina y deliciosamente timbrada.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Esa es la voz de Lucía! ¡Y ahora canta la pobre!

El tono de sorpresa de estas palabras del francés revelaba bien la melancolía de la gentil descendiente de los Hador. En efecto; siempre, desde que Armando la conoció, la había visto triste, sombría, y nunca había sorprendido en ella una de esas ráfagas de alegría que ensanchan el pecho de las jóvenes contentas de vivir.

¿Qué suceso extraordinario habría modificado su carácter?

Muy picada su curiosidad, Lavarède continuó la ascensión.

Un instante después, habiendo pedido cortésmente permiso, entraba en el salón.

Lucía estaba sentada ante el piano. Cantaba a plena voz un aire egipcio, lento y majestuoso, como el curso del Nilo, en el cual, seguramente, se había inspirado el compositor.

Cerca de ella estaba Aurelia en pie.

Al ver a Armando las dos dieron un grito de satisfacción, y salieron a su encuentro.

Suavemente, con acento de lástima y de ironía, Lucía le preguntó:

—¿Conque ha hecho usted un viaje inútil?

Armando contestó asombrado:

—Es verdad; pero ¿cómo se sabe aquí?

Las dos se miraron riéndose de una manera encantadora.

—¡Bueno! Mucho me alegro — replicó el periodista— de que mi aventura regocije por igual a mi mujer y a mi amiga. Pero sería curioso conocer cómo...

—Ahora mismo vamos a explicarnos —dijo Lucía—, si usted me da palabra...

—¿Palabra de qué...?

—De no decir a nadie lo que va usted a saber; ni siquiera a su gran amigo *sir* Toby Allsmine.

Y Aurelia y Lucía volvieron a reír con más ganas.

—Pero, en fin, ¿de qué se trata? —preguntó lleno de invencible curiosidad el bueno de Armando.

—¡Jure antes!

—¡Corriente! Juro, Aurelia; juro, Lucía, por mi honor, ser discreto.

La bella egipcia palmoteó contentísima.

—Pues ahora ya es el señor Armando nuestro confidente.

Y diciendo esto sacó del pecho una carta que llevaba en el sobre el sello del correo de Sidney.

—¿Qué es esto?

—¿No lo ve usted? Una carta. ¡Lea, lea!

Lucía se la entregó.

Lavarède la cogió, y con profunda sorpresa exclamó:

—¡Esta es la letra de Roberto!

Lucía sonrió; pero se limitó a repetir:

—¡Lea, lea!

Armando obedeció y leyó:

«Mi dulce Lucía: He desesperado demasiado pronto. Niari nos faltaba para afirmar mi identidad, para que pudiera levantar el acta de notoriedad gracias a la cual volverá a ser yo, y podré ofrecerte mi mano, y con ella mi corazón. Felizmente, un hombre me ha tomado bajo su protección, me ha



guiado generosamente. Por su mediación, Niari, habiendo roto sus cadenas, está cercano a mí. Yo correría adonde tú estás, mi luz, mi estrella, mi alma, si la gratitud no me uniera a mi bienhechor. Él me ha ayudado, y yo he de ayudarle en el cumplimiento de un terrible deber; pero permite que te tranquilice y te asegure el próximo término de nuestras tristezas. Durante dos meses no recibirás noticias mías; pero no te inquietes. Oirás hablar del corsario Triplex, y debes pensar que trabaja para nuestra unión.

»Pensarás también, querida mía, que mi corazón y mi alma están contigo. Entre Armando y mi bonísima prima Aurelia ya sé yo que tendrás ánimo y estarás tranquila.

»Firmado. ROBERTO LAVARÈDE.

»P. S. El silencio más absoluto sobre esta carta».

También Armando rió de muy buena gana, y tendiendo las manos a sus compañeras exclamó:

—¡En fin, Roberto existe, y promete venir con nosotros! ¡Pero, por Dios, que en mi azarosa vida no me he visto metido en una intriga tan embrollada!

## Capítulo XVI

### Los ojos de Triplex

A partir de aquel día Lavarède vivió en una ansiedad imposible de explicar. Su temperamento curioso, impaciente, de periodista, no se avenía con el misterio, y el misterio le envolvía y le rodeaba. Frecuentemente veía a *sir* Allsmine, que le trataba con una confianza sin límites y le disimulaba sus temores.

Estaba al corriente de los despachos urgentes del Almirantazgo inglés intimando a *sir* Toby la urgencia de prender, costara lo que costara, al corsario Triplex, despachos cada vez más breves y cada vez más amenazadores.

Ciertamente, el Director de la policía contaba con decidido apoyo. Por su situación conocía secretos cuya circulación hubiera producido terrible efecto. Hubieran salido a la superficie grandes familias, nombres muy estimados, si hubiese abierto al público el armario en que se amontonaban los expedientes secretos.

Por eso se le tenía en gran consideración en altas esferas. Pero la opinión pública impulsaba a los gobernantes, todos los hijos de la Inglaterra europea y exótica se irritaban profundamente con que el poderío británico estuviera a merced de un adversario desconocido.

—Puesto que esta guerra —se decía— es sólo contra *sir* Allsmine, ¿por qué no se sacrifica a ese funcionario? Residéntesele, como pide el famoso corsario Triplex.

Porque esto era lo que pedía Triplex. A la prensa inglesa de Londres, de la India y la de Australia llegaban correspondencias en el mismo sentido por ignoradas vías. Parecía que el misterioso aventurero estaba en todas partes a un tiempo.

Y había más: los cables submarinos, que transmitían los despachos del Director a sus jefes, estos cables, sumergidos bajo las aguas a una profundidad media de 4000 metros, no eran ya los mensajeros discretos de otro tiempo. Todo lo publicaban.

De otra suerte, ¿cómo explicar que el Corsario se enterase de todos los cablegramas y que pudiera dirigir las respuestas telegráficas a su enemigo con una ironía irritante e insultante?

A cada momento el Director recibía despachos de este género:

«Reclamad protección de lord X\*\*\*. Su hijo, comprometido en el negocio del Banco Towlec, expediente 147. Protección ineficaz. ¡No eludirás el castigo de tus crímenes, Triplex, tranquilo y bien armado!»

Las cifras más complicadas, las claves más ingeniosas utilizadas para la correspondencia cablegráfica no perturbaban al Corsario. No solamente este personaje parecía poseer el don de ubicuidad, sino que leía claramente las combinaciones jeroglíficas imaginadas por la diplomacia moderna.

Era cosa de volverse loco: *sir* Allsmine sentía que sus ideas se embrollaban, y no tenía un momento de reposo. Por un efecto reflejo, Armando también se movía en una verdadera confusión intelectual.

Así como un polvorista termina unos fuegos artificiales con un enorme ramillete, Triplex puso término a esta guerra de papelitos con una apoteosis.

Una tarde que todo el Sidney elegante asistía a una representación del célebre circo Longfoot, un enorme obús de madera descendió del centro, se abrió de pronto, e inundó a los espectadores con una lluvia de flores. Pero en cada ramo había una perfumada tarjeta de visita:

#### EL CORSARIO TRIPLEX

*libertará a Australia de la vergüenza de estar vigilada por el criminal Allsmine.*

leyeron todos los espectadores.

*Sir* Toby estaba en el local. Bajo las miradas significativas del público se vio precisado a retirarse. Se hizo una requisita en todas las dependencias del Circo; pero no dio ningún resultado. Según su costumbre, el Corsario había desaparecido sin dejar la más leve huella.

La semana, siguiente, aprovechando la circunstancia de que la Luna nueva no proyectaba ninguna claridad sobre la Tierra, hombres desconocidos cubrieron las fachadas de Sidney con un aviso así concebido:

«Habitantes de Sidney:

»Acudid esta noche al puerto; mirad a lo largo, y veréis los *ojos del corsario Triplex* fijos sobre vuestra desgraciada ciudad, que cuenta un asesino entre sus más elevados funcionarios».

Por supuesto que los agentes se apresuraron a arrancar los avisos con un celo laudable; pero una buena parte de la población había ya leído la singular invitación, y la había transmitido a aquellos a quienes la pereza o el trabajo había tenido metidos en casa.

Así sucedió que los muelles, avenidas, promontorios y demás sitios de Puerto Jackson estuvieron concurridísimos por la noche.

Aglomerábase la gente, se amontonaba, se atropellaba, se pisoteaba, se subía a todas partes; en bancos, en árboles, en terrazas y azoteas. Todos los ojos miraban a

alta mar, fijándose de vez en cuando en los barcos de guerra surtos en el puerto, y cuyas chimeneas coronadas de humo indicaban que los marinos de S. M. estaban dispuestos a salir gallardamente contra toda aparición que se viera en el mar.

Algunos afirmaban que aquellos preparativos bélicos harían reflexionar al Corsario y que los ojos anunciados no serían vistos.

En este punto se equivocaron los profetas, porque a las nueve tres puntos luminosos aparecieron súbitamente en el horizonte figurando un triángulo.

Una inmensa aclamación de la multitud saludó el fenómeno.

—¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

Pero no hubo tiempo de preguntarse qué clase de claridades eran aquéllas sobre la superficie del agua obscura; las sirenas de los barcos de guerra lanzaron su estridente sonido, y los acorazados, bajo el impulso de las hélices, se dirigieron lentamente hacia la salida del puerto.

El entusiasmo del público bobalicón llegó a su colmo. Iba la población a asistir a un combate naval de la flota del Pacífico contra Triplex. Muchas madres, esposas y novias sintieron la más profunda emoción, y tenían el corazón en un puño pensando en los oficiales y marineros que iban a afrontar un peligro desconocido.

Sobre el puente del *Destroyer*, crucero protegido que abrió la marcha, un grupo de personas, movidas por diversos sentimientos, contemplaban las luces lejanas, siempre inmóviles.

Eran *sir* Toby Allsmine, James Pack, Armando Lavarède, Lucía y Aurelia. El primero estaba allí en cumplimiento de sus elevadas funciones, y los otros, gracias a la benevolencia del Director de quien habían obtenido permiso para asistir a la expedición...

Cerca de las compañeras de Armando veíase una mujer envuelta en ancho y largo abrigo, cuyo capuchón le cubría la cabeza. Los marinos la miraban con respeto. Los oficiales se decían:

—Es *mistress* Allsmine, que ha querido alentar a su marido con su presencia en la terrible lucha con el corsario Triplex.

Tal era la razón expuesta por la madre inconsolable de Maudlin para obtener de *sir* Toby el permiso de acompañarle. Y él había cedido, comprendiendo que el hecho impresionaría favorablemente a sus administrados.

Seguramente, habría rehusado si hubiera sabido que la súplica de la esposa la motivaba un lacónico billete que una invisible mano había dejado en la habitación de la señora, y en el cual ésta había leído con emoción profunda estas palabras:

«Madre, muy pronto te seré devuelta. Sigue esta noche al hombre cuyo nombre llevas ahora. Recobrarás el arlequín de oro. Ya será esto encontrar algo de la hija que consideras perdida y que tanto tiempo has llorado».

Y la madre había seguido el consejo del

misterioso billete.

¡El arlequín de oro! Estas palabras evocaron en ella un incidente casi olvidado. Súbitamente había recordado el último viaje que hizo a la casa de la orilla del río Lachlan. Aquella vez todavía había abrazado a su hija.

Al recordar aquel viaje la buena señora veía en su mente la estancia en que la madre de Toby le había llevado su querida Maudlin, tan bonita, colorada, sonriente, encantadora. Ella la estrechaba en sus brazos, y la tierna criaturita le cogía con sus manitas la cadena que llevaba al cuello, con una joya que pocos días antes le habían traído de Londres.

¡Una alhajilla original! Una cadenita de oro formando collar, de la que estaba suspendida una figurita del mismo metal; un precioso



arlequín deliciosamente cincelado. La cariñosa madre reía viendo reír a su hijita, que en su graciosa charla infantil hablaba al arlequín como si éste fuera una muñeca. Al llegar el momento de la separación Maudlin no quería devolver la figurita, y la madre, afligida por un triste presentimiento, no se atrevía a quitarle el arlequín, y se lo daba, con lo cual la niña triunfante se ponía la cadenita al cuello, como había visto que la llevaba la madre.

La carta recibida por la señora Allsmine mencionaba al arlequín de oro, aquella figurita cuya existencia casi había olvidado.

Por eso hallábase pensativa y silenciosa en el puente del *Destroyer*, cerca de Aurelia y Lucía.

Éstas pensaban en cosa muy distinta. Para ellas, las luces lejanas, llevadas por las olas de un lado a otro, indicaban el sitio en que Roberto obedecía, sin duda, las órdenes de Triplex, su protector.

Por su parte, a *sir* Allsmine le devoraban la impaciencia, el despecho y la rabia.

Solamente el bueno de James Pack parecía indiferente a lo que pasaba: conversaba tranquilamente con los oficiales de a bordo, los cuales hacían variadas y curiosas conjeturas y observaciones acerca de la naturaleza de los fuegos a que el barco iba acercándose por momentos,

Todos estaban de acuerdo respecto de la causa del fenómeno, que era, evidentemente, eléctrico; pero mientras unos pretendían distinguir focos luminosos de extraordinaria intensidad, otros, por el contrario, sostenían que aquello era una fosforescencia particularmente vigorosa.

Lo cierto es que una zona esplendorosa se extendía sobre la superficie del agua como si estuviera iluminada por debajo. La espuma de las inmensas olas parecía así

como un hervidero de oro en fusión, y los espectadores contemplaban deslumbrados aquella irradiación fulgurante.



## Capítulo XVII

### El arlequín de oro

Una milla separaba al *Destroyer* del punto iluminado. A esta distancia, considerable todavía, el barco flotaba en una niebla luminosa. Todo el mundo estaba lleno de curiosidad: oficiales, marineros e invitados. Las máquinas, respiraban estrepitosamente, porque, respondiendo al sentimiento de todos. El oficial encargado forzaba la velocidad.

Pasado un cuarto de hora, se aclararía el misterio.

De pronto, invadió a todos el desencanto. Los extraños meteoros se ponían en movimiento.

Con vertiginosa rapidez, describían un arco, se juntaban por detrás de los barcos, volviendo a formar entre éstos y el puerto el misterioso triángulo.

Hubo un momento de indecisión, y el *Destroyer*, imitando la maniobra de los demás barcos, evolucionó lentamente sobre sí mismo, volviendo a perseguir al supuesto adversario.

—¡Bueno! —murmuró un viejo oficial en pie cerca del señor Allsmine— ¡Lo que es si apresamos a ese Corsario, será porque él quiera dejarse coger!

Esta reflexión hizo singular efecto de enojo en el famoso gran funcionario

—¿Cómo se atreve usted a decir tal cosa?

—Porque acaba de realizar su movimiento a una velocidad lo menos de sesenta nudos, y el *Destroyer* no hace más de veinte. Con que saque V. E. la consecuencia.

—¿Es decir, que usted supone...?

—Supongo que estamos en presencia de submarinos perfectamente dispuestos y dirigidos.

—¿Barcos submarinos?

—Sí, señor. Y a menos que hayamos de admitir que en todo esto interviene el mismísimo Demonio, yo no encuentro otra explicación razonable.

Hasta aquí llegó la conversación del oficial viejo y *sir* Allsmine. Otra vez del *Destroyer* parecía acercarse a los puntos luminosos. ¿Qué iba a suceder?

¿Se empeñaría un combate? Podía suponerse, en vista del movimiento que se produjo a bordo del crucero. Cada cual estaba en su puesto. Cerca de las pesadas piezas Armstrong, cerca de los cañones Hotchkiss, los artilleros estaban preparados para hacer fuego. Las compañías de desembarco se alineaban a lo largo de la borda. Una emoción profunda revelaban todas las fisonomías.

Algunos centenares de metros separaban todavía al barco de los ojos del corsario Triplex, cuando se produjo un incidente inesperado.

Los focos se extinguieron instantáneamente, y sobre las ondas, de color de tinta, no era posible divisar nada.

—¡*Stop!*— rugió el oficial de cuarto sobre el portavoz de las máquinas.

La hélice se detuvo, y el *Destroyer* atenuó considerablemente su velocidad.

Cruzábanse entre los oficiales exclamaciones e interjecciones de cólera. ¿Habría que volver al puerto sin haber tenido contacto con el enemigo? Iba a ser la diversión de toda la ciudad.

Pero ¿qué podían hacer contra un adversario invisible al que no podían encontrar?

La misma impresión dominaba en los demás barcos de la flota, porque todos maniobraban como el *Destroyer*.

Evidentemente, los comandantes no sabían qué hacer.

Los barcos se habían detenido, muellemente mecidos por las ondas del mar.

Y cuando cambiaban las señales de noche y parecían decididos a acogerse al puerto, un movimiento extraño, como todo lo que venía sucediendo, se produjo en el crucero donde estaban embarcados los compañeros del Director de la policía.

Una ráfaga luminosa surgió del agua; un objeto brilló en el aire, y describiendo una parábola fue a caer sobre el puente, a los pies de la propia señora Allsmine, y luego la mar quedó en calma.

Todo el mundo lo había visto caer y se agrupó a ver lo que era. El Comandante mismo cogió el objeto, que tenía la forma de un huevo de madera semejante a los que suelen poseer las mujeres, y que, divididos en dos partes iguales, contienen dedal, agujas, etc., con que coser las medias a los maridos. Y, cosa singular, el huevo no estaba mojado.

Nada era más sencillo e inofensivo que tal proyectil. El Comandante iba a enseñárselo a los que le rodeaban, cuando se fijó en una pequeña tira de papel pegada sobre la superficie.

Vivamente se acercó a una luz de a bordo, y leyó en alta voz:

«Para *mistress* Allsmine. Que abra el huevo y lea».

Oyéndolo la señora, se acercó al Comandante, y éste galantemente le entregó el objeto. Una línea negra le rodeaba por la mitad, indicando que se componía de dos partes iguales. En efecto; con poco esfuerzo lo abrió por en medio, y en el interior de la parte inferior apareció la cadenita de oro con una figurita del mismo metal. Con mano temblorosa la señora sacó la joya. La carta que había recibido aquel día le había dicho la verdad. Aquél, aquél era el propio arlequín de oro que un día dejó con su cadenita en el cuello de su hija.

Contemplando la diminuta joya un torrente de lágrimas invadió sus ojos, y besándola murmuró:

—¡El último juguete que di a la hija de mi alma!

Allsmine exclamó rechinando los dientes:

—¡Ese miserable se burla hasta del dolor de una madre!

Pero la señora le interrumpió con gran energía:

—¡No, no; ese hombre dice la verdad! ¡Mi hija Maudlin vive, y volveré a verla!

Esta rápida escena produjo en todos los presentes viva emoción. Aquella joya que la señora declaraba haber entregado a su hija, y que de pronto salía del Océano para volver a sus maros; el tono enérgico con que ella, la mujer del funcionario atacado constantemente por el invisible enemigo, defendía bravamente al Corsario, impresionaban a todos y daban ocasión a variadas reflexiones.

Cuando la escuadra volvió a entrar en el puerto Jackson todos guardaban significativo silencio.

En vano procuraban los oficiales hallar la solución del enigma; y en cuanto a los marineros, todos estaban preocupados bajo la impresión de un terror supersticioso. Aquellos hombres, que serenamente habían luchado con las tormentas del mar, lanzaban miradas temerosas a las aguas oscuras, temblando, persuadidos de que iban a ver aparecer el genio terrible y desconocido que obraba tales prodigios.

Pero no había por qué temblar, porque los barcos volvieron a su fondeadero sin la menor dificultad.

En los muelles se apiñaba la multitud discutiendo los incidentes de la noche. Todo Sidney estaba hondamente preocupado. Un solo hombre conservaba su serenidad, su indiferencia, mostrando en sus labios una sonrisa de desdeñosa filosofía. Este hombre era nuestro conocido James Pack, el jorobado secretario de *sir* Allsmine.

Tranquilamente se despidió del Director y de sus amigos, excusándose con no poder resistir la necesidad que tenía de dormir.

Y se alejó perezosamente, en una actitud de evidente cansancio, agobiado por la fatiga y el sueño; pero cuando ya estaba lejos irguióse el hombre todo lo que se puede erguir un cargado de espaldas, y marchó rápidamente.

Media hora después llegaba a la proximidad de la punta Jackson, en cuyo extremo se levanta el faro Norte.

La noche era muy oscura, y sólo siéndole muy conocido el camino podía llegar a aquel sitio sin peligro de extraviarse.

De pronto se detuvo. Una forma humana acababa de presentarse ante él. Sin duda, Pack esperaba el encuentro, porque no mostró temor ni sorpresa.

—¿Es usted? —preguntó.

—Yo mismo, capitán, y estoy a sus órdenes.

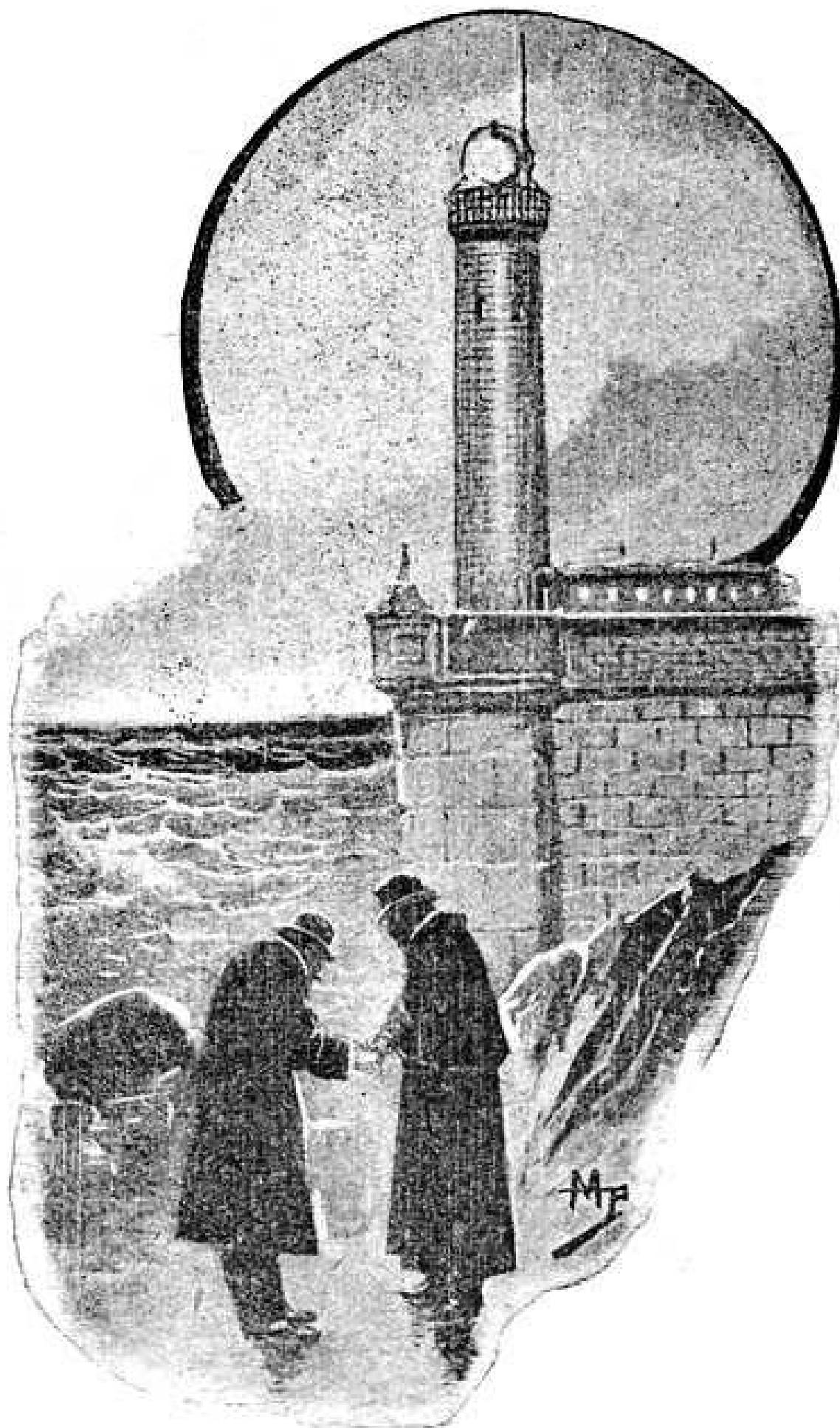
—Partirá usted al instante para las minas de oro del desierto de Sandy.

—Mañana estaré lejos.

—Dentro de pocos días será enviado el que usted sabe. Es preciso que se descubra por este lejano viaje.

—¡Está entendido!

—Sobre todo, no pierda usted un minuto, porque es preciso que de ninguna manera se encuentre con usted.



—Esté usted tranquilo.

Los dos hombres cambiaron un cordial apretón de manos, y ya estaban a punto de separarse, cuando James Pack detuvo al otro.

—¿Y ella? —le preguntó misteriosamente.

—Ella queda aquí. Desearía verle a usted.

—¡No, no! —repuso vivamente Pack — ¡Muy peligroso!

Y añadió melancólicamente:

—Por lo demás, es preciso que se acostumbre a la separación. Muy pronto espero que nuestros esfuerzos alcancen el éxito apetecido. Nuestros caminos se separaron y, probablemente, ya no se encontrarán jamás.

Después, levantando la cabeza y con el rostro radiante con la exaltación propia de los mártires, murmuró:

—¡Dígale que lo que he jurado se cumplirá indefectiblemente! ¡Dígale que espere con entera confianza, y que no se preocupe de mí, simple instrumento suscitado por la fatalidad!

Todavía un instante pareció vacilar el secretario, como si le faltasen algunas palabras que decir; pero al fin movió la cabeza, volvió a estrechar la mano del desconocido, y pronunció una última palabra:

—¡Adiós!

Y volvió a emprender el camino de la ciudad.

Pronto se desvaneció su figura en la obscuridad. El hombre con quien habló no se había movido del mismo sitio. Extendió la mano en la dirección que había seguido James Pack.

— ¡Noble corazón! —exclamó—. ¡No quieres que se premie tu abnegación, pero aquí estoy yo! ¡Tú has trabajado en pro de mi felicidad, y yo debo trabajar por la tuya!

Y a su vez el misterioso personaje se perdió en las sombras de la noche.



## Capítulo XVIII

### La central de teléfonos

Sir Allsmine había vuelto de su expedición con la cabeza pesadísima, el ánimo enteramente perturbado y el cuerpo rendido.

Triplex le había dado un golpe terrible, porque la señora habíase mostrado públicamente interesada por el Corsario.

Y luego, aquel arlequín de oro, desaparecido años hacía, que súbitamente surgía de las ondas como un testimonio acusador.

Toda la noche estuvo *sir* Toby dando vueltas en su lecho sin poder conciliar el sueño. Sin embargo, la fatiga le vencía, y sus ojos se cerraban a su pesar. Pero pronto penosa pesadilla le sacaba de su sopor.

En sus oídos sonaban ruidos extraños; de las paredes se desprendían vagas sombras que pronto parecían más claras y determinadas. Eran arlequines, cuyos sombrerillos y trajes parecían de oro de diversos matices: oro amarillo, oro verde, oro rojo, oro mate o brillante. Todos llevaban la mascarilla verde; todos mostraban en los labios una risa cruel, enseñando los dientes blancos; todos extendían hacia el alto funcionario su brazo amenazador.

Despertábase sobresaltado y dirigía en torno una mirada de espanto. El sueño se había disipado para volver luego. Cuando llegó la mañana *sir* Toby estaba positivamente quebrantado por todo extremo. Le parecía tener los miembros rotos, y cada movimiento le arrancaba gritos de dolor.

Se vistió trabajosamente; en silencio salió de su habitación, y fuese a la calle en la actitud de un hombre que teme encontrar alguna cara conocida.

Temía encontrar a su mujer y al mismo James Pack, su secretario. Parecíale que todos leerían en su pensamiento y que mirándole conocerían el crimen cometido en otro tiempo.

Una sola persona conservaba su confianza: Armando Lavarède.

¿Por qué? El Director de la policía no hubiera sabido explicarlo.

En las horas de angustia los espíritus débiles se hacen supersticiosos. Armando apareció delante de *sir* Allsmine la mañana que se hallaba colgado del aparato de horca; Armando, que le había hecho el gran servicio de destruir los clichés fotográficos de los *reporters* australianos, era para él una especie de buena sombra.

Allsmine se figuraba que si pudiera contar con el apoyo de Armando triunfaría de sus enemigos. Dirigióse apresuradamente al Centennial-Park-Hotel. En la portería

hizo que avisaran al parisiense. Éste bajó prontamente, sorprendido de tan matinal visita.

*Sir Allsmine* llegóse a él estrechándole la mano, y le dijo:

—*Sir Lavarède*, mi visita a estas horas le parecerá acaso inoportuna. Voy a explicar el motivo. Quiero que pactemos los dos una alianza.

Con un gesto Armando le hizo entender que no comprendía su situación.

—Pues óigame usted. Usted y yo estamos amenazados por un mismo enemigo: el corsario Triplex —y bajó la voz pronunciando este aborrecido nombre—. El corsario Triplex me hiere en mi consideración, y a usted en sus afectos. Seamos, pues, aliados contra él.

—Puede usted contar con mi concurro —insinuó el periodista con el aire más inocente.

El sesgo que tomaba la conferencia le divertía grandemente. El hombre que había preso a Niari, que había impedido a Roberto recobrar su verdadero nombre, iba a pedirle apoyo. Esto era verdaderamente bufo.

Después de todo, podía serle útil poseer la confianza del Director, por lo cual se holgó de haberle recibido amablemente.

Allsmine se dejó engañar por la actitud del periodista.

—Doy a usted las más rendidas gracias —le dijo—. Es usted un hombre inteligente y comprende a media palabra. Voy a decir a usted lo que le propongo.

Reflexionó un momento, y prosiguió:

—He aquí la situación: yo deseo conservar mi sueldo de director de la policía del Pacífico; usted quiere restituir a su primo su nombre y su nacionalidad. ¿Quién se opone a nuestros legítimos deseos? El corsario Triplex. Pues unámonos para combatirle. Yo haré todos los esfuerzos imaginables para asegurar la victoria, si usted consiente en ser mi verdadero amigo.

—Cuenta usted con mi amistad.

—Mucho le agradezco esa respuesta. En este país, que el miserable perturba por medio de dinero robado, sin duda, usted es el único en quien tengo confianza completa. Mi mujer misma, extraviada por sus imaginaciones maternas, se vuelve contra mí. ¿Puedo, pues, contar con usted?

—Como consigo mismo, *sir Allsmine*.

—Pues venga usted a pasear conmigo. Con la mayor reserva voy a descubrirle un secreto, una ingeniosa combinación que nos asegurará el triunfo.

—¿Qué combinación?

—Ahora verá usted.

Lavarède era curioso, naturalmente. Se apresuró a subir a su habitación para vestirse, y despidiéndose de las dos mujeres bajó a reunirse con el Director, que lo esperaba.

Cinco minutos después los dos marchaban juntos. *Sir Toby* parecía más animado. Habíase asegurado la amistad del francés —así lo creía a lo menos—, y esta



consideración atenuaba sus temores.

Pronto se hallaron ante la Central de Teléfonos, vasto edificio cuadrado, en el que, como indica su nombre, estaba centralizado todo el servicio telefónico de la ciudad de Sidney.

Atravesando los salones, donde una nube de empleados se agitaba ante los cuadros numerados, y en medio del estridente repiqueteo de los timbres daban comunicación a incesantes diálogos a distancia, Armando y su guía llegaron a la entrada de los sótanos y bajaron por una tortuosa escalera.

Dieron en los sótanos no pocas vueltas y rodeos, y al fin se detuvieron delante de una puerta maciza herméticamente cerrada.

Con una llave que Allsmine sacó del bolsillo abrió la puerta; puso el dedo en un botón eléctrico colocado cerca de la entrada, e instantáneamente se encendieron multitud de lámparas, iluminando de una sala espaciosa decorada con mobiliario especialísimo. Del techo descendían como una gigantesca tela de araña una inmensa cantidad de alambres que se reunían en una especie de doble teclado sobre una mesa que ocupaba toda la longitud de la estancia.

Delante de cada lado del teclado, y unidos al mismo, se alineaban máquinas de escribir automáticas, que funcionaban sin cesar con un martilleo constante.

Y, sin embargo, no se veía a nadie.

La primera impresión de Lavarède fue de sorpresa: luego le aquejó el deseo de comprender aquel misterioso aparato.

—¿Qué es esto? —preguntó al Director.

Toby respondió sonriendo:

—Es el servicio telefónico de la policía.

Y añadió, sonriendo con impertinente suficiencia:

—Es una invención mía: voy a explicarla. Usted no ignora que todo despacho telegráfico importante debe ser comunicado a la policía. Lo mismo, gracias a los rayos Roentgen, podemos ver una carta cerrada. Pero las gentes mal intencionadas saben estas cosas, y frecuentemente preferían emplear el teléfono, cuya vigilancia no podíamos ejercer, y se nos escapaban muchas noticias.

—¿Se escapaban, dice usted? Ese pretérito imperfecto parece significar que ya no se escapan; ¿verdad?

El Director, muy complacido, estrechó la mano del parisiense.

—¡Es un gusto tratar con usted, señor Lavarède, que en seguida se hace cargo de todo!

—¿Y el teléfono es ahora...?

—Es hoy mi más fiel agente.

Y añadió gravemente:

—Sólo usted y yo conocemos este secreto. No tengo duda de la discreción de usted. Si le he elegido por mi confidente, es porque estoy seguro de la honorabilidad de usted y porque necesito su cooperación.

Lavarède, con un acento de imperceptible ironía, contestó:

—Estoy enteramente a disposición de usted; pero...

—Pero ¿qué?

—Que tengo curiosidad de comprender mejor...



—Voy a satisfacer a usted.

Y en pie, apoyándose en la mesa, *sir* Toby continuó, después de un momento de silencio:

—Todos los habitantes de la ciudad ignoran esta nueva instalación. Los obreros que he empleado en estas obras han creído buenamente que se trataba de la instalación de un establecimiento suplementario de comunicaciones telefónicas. Yo sólo poseo la llave de la cerradura secreta que mantiene cerrada la puerta de esta sala.

—Siga usted, que me interesa.

—He aquí el principio de mis aparatos. Cada uno de los hilos que bajan del tubo está unido a uno de los diversos engranajes de la canalización telefónica de la ciudad.

—Ya entiendo: derivan así las conversaciones y las traen aquí abajo.

—Sí; pero de tal modo, que los comunicantes no pueden darse cuenta de ello. Derivo una cantidad tan pequeña, que no puede ser sensible al oído más despierto.

—Entonces, ¿cómo recibe usted...?

—Tenga usted calma y todo lo sabrá. Estos hilos derivadores, digámoslo así, llegan a la caja numerada que tiene usted a la vista. Ahí, bajo la acción de corrientes eléctricas, refuézanse sus vibraciones, que son transmitidas por otros hilos a las máquinas de escribir alineadas sobre la mesa. Éstas, activadas por una corriente regular, registran todos los sonidos sobre un papel sin fin que se desenvuelve automáticamente por medio de un aparato de relojería.

—¡De manera —exclamó Armando— que transforma usted la conversación telefónica en mensaje telefoneado!

—Justamente. ¡Es usted muy inteligente señor Lavarède! Cada día me basta cortar las tiras cubiertas de caracteres, y tengo a la vista el resumen del pensamiento íntimo de toda la ciudad.

Durante unos momentos estuvo pensativo el periodista. Tal procedimiento de información dejaba atrás a todos los que emplean los periódicos mejor servidos. Era la realización práctica de la consulta directa de la opinión pública.

El Director se complacía en el asombro y la estupefacción de Lavarède. Amistosamente le cogió del brazo.

—Las bobinas de papel están bajo la mesa. Los rollos tienen exactamente setecientos metros. Siendo el consumo de cerca de siete metros cada veinticuatro horas, no hay que reemplazar los rollos más que cada cien días.

—Todo esto es claro, ya lo veo; pero lo que no veo claro es en qué puedo yo ser útil a usted.

—Aquí estoy ya para que usted lo sepa —le contestó afablemente *sir* Allsmine.

—Soy todo oídos.

—Pues oiga.

Y bajando la voz, como si temiera ser oído por un testigo invisible, continuó:

—Mi frecuente presencia en la Central de teléfonos llamaría al cabo la atención. Usted, por el contrario, extranjero y desconocido, pasará completamente inadvertido.

Lo que deseo es que todas las mañanas venga usted a recoger las hojas escritas, para entregármelas.

—No tengo inconveniente —se apresuró a decir el francés, cada vez más interesado.

—Nuestro común adversario el corsario Triplex, un canalla muy ladino, desconfía, ciertamente, del telégrafo y del correo, y para comunicar con sus cómplices y auxiliares debe de servirse del teléfono.

—Puede ser.

—¿Le parece a usted acertada mi idea?

—¡Excelente!

El señor Lavarède se acercó a la mesa y comenzó a cortar tiras de papel, sobre las cuales las máquinas de escribir habían alineado los caracteres.

El Director le seguía complacido, arrollaba las tiras, sujetaba los rollos con ayuda de cintas de caucho, y las arreglaba metódicamente, guardando todo en una cartera de cuero que llevaba bajo el brazo.

En veinte minutos quedó terminada la operación. Los dos salieron luego.

Sir Toby cerró cuidadosamente la puerta, explicó a Lavarède el secreto de la cerradura, y entregándole la llave le dijo:

—Desde ahora, amigo mío, es usted el jefe absoluto de este departamento y cuento con usted, de la misma manera que usted puede contar conmigo...

\* \* \*

Hacía cinco días que Armando iba todas las mañanas a la Central de teléfonos. Puntualmente separaba de los rollos las tiras utilizadas, y llevaba el producto de su registro al hotel de Paramata Street.

Allsmine no había encontrado ninguna comunicación interesante, y ya pensaba que el corsario Triplex, indudablemente imposible de encontrar, habría podido llegar al extremo de tener necesidad del teléfono para enviar órdenes a sus cómplices.

El sexto día hallábase el Director encerrado en su gabinete. Compulsaba con evidente mal humor los recortes que Armando acababa de entregarle.

—¡Nada, siempre nada! —gruñó.

Los aparatos no habían registrado más que diálogos comerciales o amistosos que nada le importaban:

—«Envíeme cincuenta piezas de paño, número 7 bis, liso».

—¡Vete a los demonios, sastre de ellos! —Clamaba tirando el recorte.

—«El niño ha recibido el paquete que le envía».

—¡Qué gracia de chiquillos! ¡Cargue con ellos el Diantre!

Pero aunque enviase a los demonios a todos sus administrados, no encontraba una línea por donde pudiera hallar una pista contra su enemigo.

Con desaliento cogió la postrera tira de papel.

—¿Para qué? —murmuró—. ¡Será como todas! ¡En fin, no dejaré ninguna por ver!

Un metro, dos metros, cuatro metros en la tira no contenían cosa que le importara. Su rostro expresaba verdadera fatiga.

De pronto se animó su semblante, se agitaron sus pupilas, y levantándose leyó en alta voz las líneas siguientes:

«—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Venga el número 157,22...! ¡Muy bien! ¿157,22?  
»—¡Sí!»

A continuación unos puntos que indicaban el número del timbre correspondiente. Y seguía:

«—¿Es usted Goodeye?

»—Sí, Fairnase.

»—¡Bien! ¿Se han ejecutado las órdenes del triple Capitán?

»—Sí, señor. ¿Y él, cómo está?

»—Supongo que bien. Acaba de partir para las minas de oro de Brimstone-Mounts, en el desierto de Sandy.

»—¡Largo viaje!

»—No tanto. Por mar hasta la embocadura del río Schaim. Seguirá el curso del río y llegará a tres jornadas de marcha de las minas, al sitio llamado *Las Tres Agujas*.

»—¿Y traerá el testigo...?

»—El que debe confundir al señor *Todo es mío*.

»—¡Perfectamente! ¿No hay más instrucciones?

»—¡No!

»—Entonces, hasta la vista Fairnase.

»—Hasta la vista, Goodeye».

Enterado de esta conferencia telefónica, *Sir Toby* estuvo pensativo un momento, reflexionando qué partido podía obtener del descubrimiento.

No tenía ninguna duda. El *triple Capitán* y el señor *Todo es mío* eran, evidentemente, *Triplex* y él mismo. Los pseudónimos le parecían transparentes. *Triple* y *Todo es mío* eran la exacta traducción del nombre latino *Triplex* y del nombre inglés *Allsmine* (All-is-mine).

—¡*Puff over!* —exclamó el Director—. ¡Esta vez te tengo!

Y poniéndose el sombrero, salió con dirección al Centennial-Park-Hotel.

Precisamente Lavarède estaba leyendo los periódicos en el salón bajo.

—¡*Sir Lavarède!* —dijo Allsmine dándole una palmada en el hombro.

—¡Calle! ¿Es usted, señor Allsmine?

—El mismo.

—¿Y qué motivo me proporciona tan agradable visita?

—El motivo es muy serio.

—Pero usted se ríe...

—Sí; y es la mejor prueba de la gravedad de la cosa.

Ante esta declaración, Armando guardó silencio; pero sus ojos expresaron la mayor curiosidad.

—¿Tiene usted afición a los viajes? —le preguntó Allsmine, sin responder a su muda interrogación.

—Si no por oficio, por las circunstancias —dijo el parisiense modestamente.

—Un viaje de un mes no le liaría a usted mucha estorsión; ¿verdad?

—Sin duda que no; pero...

El Director le interrumpió diciéndole:

—¿Tendría usted inconveniente en anunciar que mañana partirá para Nueva Zelanda?

El francés se levantó sorprendido.

—¿A Nueva Zelanda?

—Me dará usted su palabra de no decir a nadie otra cosa.

—Bien; pero...

—¡Calma, calma! Usted tiene razones para pensar que su primo se halla en Nueva Zelanda. Usted va allí, y yo le acompaño.

—Bien; me dice usted lo que no es verdad, y ahora falta que me diga usted lo que es verdad.

—La verdad es que ya sé dónde encontraremos a Triplex.

Lavarède se alarmó.

—¿De qué manera ha podido usted...?

—¿Descubrir a Triplex? Pues es muy sencillo. Usted mismo me ha traído la noticia.

—¿Yo?

—Esta mañana.

—¡Ah! ¿Los papeles del teléfono?

—¡Exacto! Y ahora, ¿consiente usted?

—De buena gana —contestó Armando—. Sobre que la inacción me aburre, además, no me pesaría encontrarme frente a frente con el tal Corsario. Vivir en pleno misterio y sin poder penetrarlo, es insoportable para un periodista.

—¿Es decir, que estamos de acuerdo?

—Enteramente.

—Pues haga usted sus preparativos. Yo vendré a ver a usted esta tarde.

Y apretó la mano de su aliado con tal fuerza, que faltó poco para desarticularle el brazo.

—*Puff over!* querido señor Lavarède —exclamó el gran polizonte—. ¡No vamos a reír poco!

Los dos amigos se separaron. Allsmine se fue a su casa, mientras el parisiense subía a su habitación del hotel.

Armando tuvo que sufrir las preguntas de las dos mujeres, que cuando supieron lo que había convenido con *sir* Allsmine subleváronse.

Como se trataba de reunirse con su primo, con Roberto, ¿era posible que ellas consintieran en separarse de Armando? Nunca lo consentirían. Las dos eran intrépidas viajeras, y tenían la íntima convicción de que no le estorbarían en su viaje. De suerte que o ellas lo acompañarían, o Armando desistiría de tal expedición.

Y tal fue la actitud de sus compañeras, que Armando no tuvo más remedio que ceder. Se dirigió seguidamente a Paramata Street para comunicar a *sir* Allsmine la exigencia de sus lindas compañeras.

Con gran sorpresa de Armando, el Director pareció encantado de viajar en compañía de tan distinguidas señoras, y declaró que la noche misma partirían.

Luego que se fue Lavarède hizo llamar a James Pack y le contó que, solicitado por Armando Lavarède, iba a hacer una comisión a Nueva Zelanda, entregó al fiel secretario la dirección interina de la policía, y le encargó muy eficazmente que vigilara las acciones de la dolorida *mistress* Allsmine.

—La pobre me preocupa mucho —dijo hipócritamente—. Las incalificables maniobras de Triplex han ejercido sobre la razón de la buena señora una influencia nefasta. Hay que velar por ella como si fuera una niña.

James Pack asintió a cuanto dijo su jefe, le prometió cumplir sus instrucciones y se retiró, dejando a *sir* Allsmine persuadido de que nada anormal ocurriría durante su viaje.

Por la noche volvió misteriosamente a su domicilio. Ya Lavarède, Aurelia y Luisa habían satisfecho su cuenta en la caja del hotel y esperaban en el vestíbulo, rodeadas de camareros que cargaban con el equipaje de los viajeros.

Todos se dirigieron hacia el puerto militar.

Una falúa los condujo a bordo del crucero *Destroyer*, pedido anticipadamente por el Director de la policía. Hacia las dos de la madrugada, con la mar en calma, el crucero se puso lentamente en marcha; embocó la entrada de Port Jackson, y pronto la doble hélice batió las ondas verdes del Pacífico.



## Capítulo XIX

### *El campo de oro de Brimstone Mounts*

A los dos o tres días una ligera piragua remontaba el río Schaim, que vierte en el Océano indiano, al Oeste de la grandiosa isla Australiana.

Ocho hombres manejaban los remos. En su cutis tostado, en sus miradas enérgicas, en sus movimientos rítmicos, el observador más superficial habría reconocido verdaderos marinos, aunque todos llevaban la amplia blusa, el pantalón cerrado por abajo y las polainas de cuero leonado propio de los alpinistas.

En la piragua hallábase inactivo un personaje cubierto con el casco colonial, que parecía ser el jefe.

—Capitán —dijo respetuosamente uno de los remeros—, ¿debemos acercarnos?

El interrogado levantó la cabeza.

—Sí, hijo. Pienso que a algunas millas el río derivará hacia el Sur. En este punto es donde deberé tomar tierra.

Esta frase fue pronunciada en puro inglés, pero con tal acento francés, que no hubiera pasado inadvertido para ningún sajón.

Otra vez silenciosa y rápida la embarcación enfiló entre las orillas del bosque.

Límpida era el agua que rompía con un murmullo suave contra los costados de la barca. Los ribazos estaban desiertos.

De cuando en cuando un grito breve y agudo rasgaba el aire, un pájaro volaba lentamente y desaparecía en el bosque; o bien los kanguros corrían a través de algún espacio descubierto, con una agilidad de saltos funambulescos. A cada salto de estos animales, sus patas posteriores golpeaban en el suelo, que sonaba como las pisadas de los pies de los floretistas en una sala de armas.

Luego volvía la calma y reinaba la profunda tristeza del campo australiano, solamente interrumpida por el golpeteo de los remos.

El Sol llegaba al cénit, vertiendo sobre la Tierra una claridad tórrida que cegaba.

La frente de los remeros estaba empapada en sudor; en gruesas perlas se deslizaba por sus mejillas, por la nariz y en los pliegues de la boca. Todos soplaban, ahogándose en la abrasada atmósfera.

El que había sido designado con el nombre de Capitán advirtió la extenuación de aquellos hombres, y ordenó:

—Atracad un poco a la sombra, y dejemos pasar el exceso del calor.

Viéronse sonrisas en las bronceadas fisonomías, y evolucionando la piragua, se

dirigió en derechura a la orilla.

Pero al hacer este movimiento los remeros, vueltos hasta entonces hacia el río abajo, pudieron mirar hacia arriba, y el mismo que había hablado antes gritó:

—¡Capitán!

—¿Qué ocurre, Braddy?

—¡Mire el capitán hacia allá abajo! El río forma un recodo hacia el Sur, y veo las tres agujas que se nos han señalado.

Al oír estas palabras toda la tripulación se estremeció y todas las miradas se dirigieron al punto indicado.

Braddy había visto bien. Detrás de una punta cubierta de árboles que hasta entonces la había ocultado, descubriase la curva del río, dominado por un montículo coronado con tres picos formados por rocas que vagamente afectaban la forma de un tridente.

—¿Qué dice el Capitán? —preguntó Braddy.

—Creo que Braddy tiene razón. Dos millas nos separan de ese lugar. ¿Queréis, hijos, seguir un poco más? Mejor será descansar al final.

Por toda respuesta los marineros se inclinaron sobre los remos, y la piragua, tomando su dirección primitiva, avanzó rápidamente hacia la colina.

Pronto se vieron claramente los detalles del sitio. Extraños arabescos surcaban los flancos de los bloques de rocas. Aquello parecía una obra maravillosa de escultores titánicos. Sobre el granito rojizo se cruzaban y entrecruzaban líneas misteriosas, líneas que presentaban un matiz de color de plomo.

¿Era una fantasía de la Naturaleza? ¿Era la labor de los aborígenes, y los monolitos son los mudos testigos de una religión de que los hombres han perdido todo recuerdo?

Nadie lo sabe, ni las tribus australianas, ni los conquistadores europeos.

Pero aquella trinidad de picos desiguales constituía una señal que los viajeros no podían confundir ni equivocar con otra alguna.

Si hubieran conservado aún la más ligera duda, pronto se habrían convencido, porque al aproximarse la embarcación un indígena, luciendo su tatuaje, salió de entre los picos y lanzó un grito que, a la cuenta, era un aviso.

—Ahí está el guía, capitán —dijo Braddy.

—Sí, en efecto; me parece que ése es nuestro hombre.

—¿Es decir, que vamos a esperarle?

—Sí, hijo.

—¿Y esperaremos que vuelva nuestro capitán?

—La piragua y vosotros ocultaos como mejor podáis hacerlo.

—¡*All right!*

Algunos golpes más de remo, y la parte anterior de la piragua se deslizó con un ruido ligero sobre la arena de oro que se veía en el fondo de una minúscula ensenada.

El indígena, de pie en la orilla, saludó. Medio desnudo, ceñida la cintura un

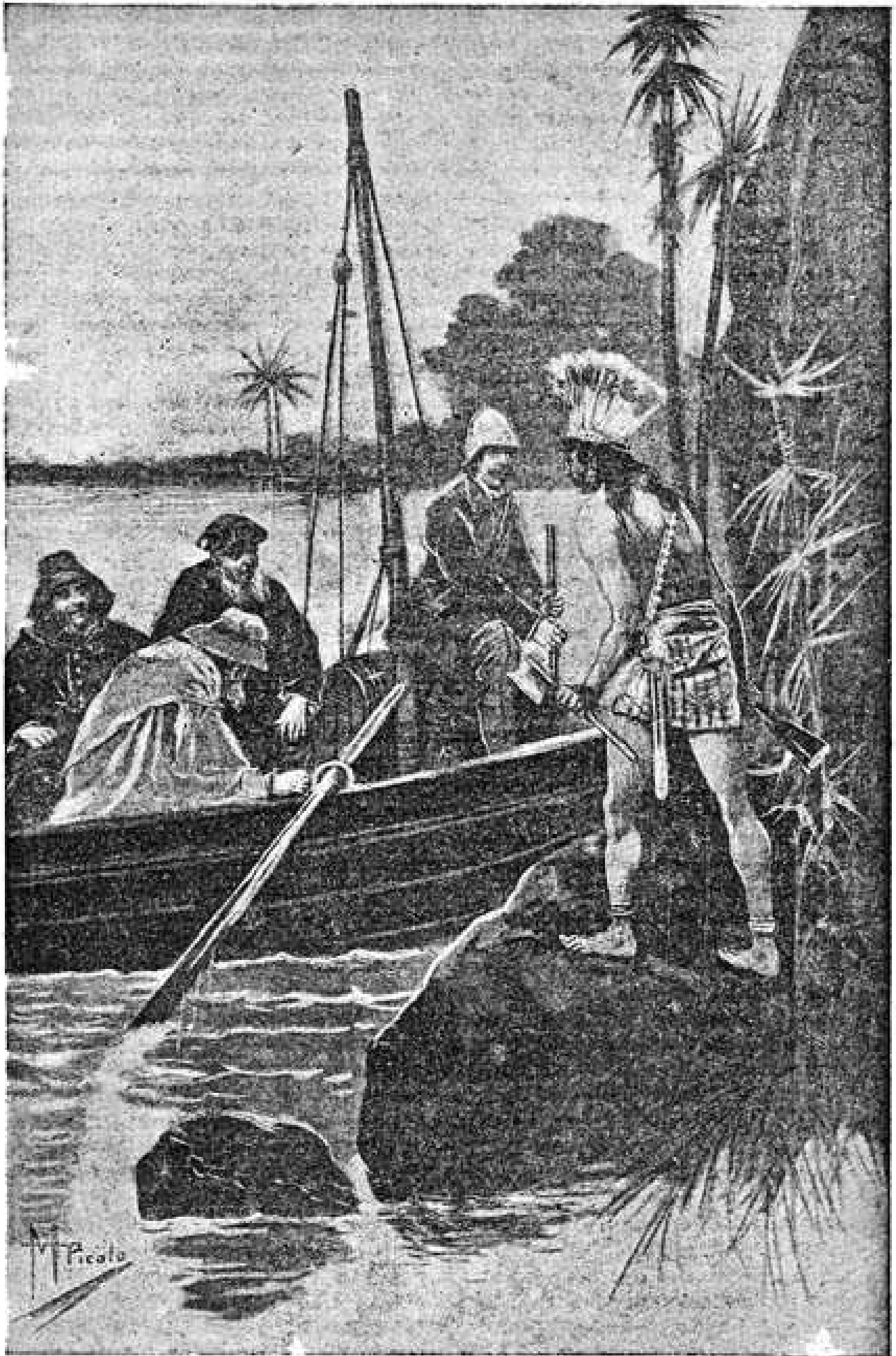
taparrabos claro, adornado además con una especie de bandolera en que se veían dientes de animales salvajes, que son la joyería australiana, con la mano izquierda apoyada en su hacha y en la derecha apretando una carabina, era un personaje bastante feo, pero representaba la fuerza y la agilidad.

—Mora-Mora saluda al capitán Triplex —dijo en inglés con su acento gutural.

El hombre del casco colonial respondió:

—El capitán Triplex saluda a Mora-Mora.

Y después de este saludo todos saltaron a tierra.



En dos tiempos los remeros cargaron la embarcación sobre sus espaldas y desaparecieron en la espesa arboleda que comenzaba a pocos pasos de la orilla.

—¿Desea descansar durmiendo la siesta el Capitán? —preguntó el australiano.

—Sí. No seguiremos el camino —dijo— hasta que, después del fuerte calor el Sol haya llegado allí.

Y con la mano señalaba un punto en el espacio.

Su interlocutor asintió.

—¡Bien! Mora-Mora ha quitado la vida a un joven kanguro. Mora-Mora le ha despojado de la piel, le ha puesto a las caricias del fuego, y le ha asado, pensando que el Capitán acaso querría tomar alimento antes de descansar.

—Ciertamente; y también mis compañeros.

El indígena sonrió, enseñando sus dientes blancos, agudos como los de lobo, y echándose a la espalda la carabina, se dirigió hacia el bosque.

El europeo quedó esperándolo, pensando en la singular poesía del lenguaje del guía.

Es una particularidad de los australianos. Hombres, mujeres y niños son monstruos físicos, más próximos a la especie simiesca que a la Humanidad, y por un singular capricho de la Naturaleza, por una coquetería imprevista de la creación, su ser moral está lleno de casi ternuras, de rasgos poéticos, inspirados a aquellos salvajes por la tristeza de los inmensos bosques y por el espantoso espectáculo de los desiertos calcinados.

No continuó el Capitán en sus reflexiones, porque volvieron los marineros después de poner la piragua en sitio seguro. Casi al propio tiempo apareció Mora-Mora llevando en una mano gran golpe de hojas, y en la otra triunfalmente un kanguro asado y atravesado en la bayoneta del fusil.

Esta oportuna aparición arrancó un vigoroso y entusiástico ¡hurra! a los remeros. En un instante todos se instalaron a la sombra, y el ruido de las mandíbulas triturando los trozos de carne y los huesos demostró que los estómagos hambrientos recibían con satisfacción la pitanza dispuesta por el previsor Mora-Mora.

Aplacada el hambre, tendiéronse todos sobre el suelo, y en la atmósfera abrasada que la vecindad del río no refrescaba, durmiéronse como unos benditos.

Un fresco relativo despertó a los durmientes. Abrieron los ojos, y vieron que habían transcurrido las horas.

A la luz blanca, brillante, insufrible del mediodía sucedió una claridad amarilla, densa, ya un tanto dulcificada por ráfagas rojas. Mora-Mora, con dos caballos, llamó al jefe de la expedición

—Capitán —dijo—, llegó la hora.

El Capitán se puso en pie.

—Estoy pronto, Mora-Mora —dijo.

Y después de haber dado al viejo Braddy rápidas instrucciones, Triplex montó en una de las cabalgaduras, imitándole Mora-Mora.

Los dos se metieron por una estrecha senda apenas trazada en la espesura. Al cabo de un minuto habían perdido de vista la piragua y a sus tripulantes.

Durante dos horas caminaron entre dos murallas de verdura, y luego salieron a una vasta planicie llena alrededor de acacias de América, que producen goma en abundancia. El camino más ancho les permitía cabalgar juntos y avanzar más rápidamente.

Dejaban sueltas las riendas en el cuello de los caballos, y los animales aprovechaban esta libertad para rumiarse al paso las hojas tiernas de la *hierbavaca*, especie de gramínea que debe su nombre a la savia blanca y lechosa que contiene en el grano.

Por la noche se detuvieron en una especie de posada, si es que se puede aplicar este nombre a una grosera construcción de cobertizos sostenidos por vigas desiguales. El empresario de aquel singular establecimiento los recibió amablemente.

—¡Ah! ¡ah! —exclamó cruzando las manos sobre su redonda barriga—. ¡Un señor que va al campo de oro de Brimstone-Mounts! ¿No es verdad?

—En efecto —respondió indiferente el Capitán.

—¡Buena idea! La cosecha es grande.

—¡Poco me importa! Voy sólo a hacer una visita a un buscador de oro.

—A fe de Cawson, yo no creo una palabra —dijo el hostelero—. El terreno suelta sólo a los que tienen la suerte de registrarlo.

—Es que yo no tengo necesidad de nada.

—¡Ah! ¿El señor es rico? —repuso el hombre, quitándose el gorro con movimiento instintivo.

El viajero se sonrió significativamente.

—El respeto que tienes a la fortuna haría suponer que no existe en este país.

—¡Ah, señor; no sé dónde exista esa fantástica divinidad!

—Me parece que, siendo éste el país del oro...

—¡Error, señor, error! Los terrenos auríferos contienen más desengaños que metal precioso.

—¿De veras?

—Así, yo, que he lavado mucho la arena buscando el oro, estaría en la miseria si no hubiera comprendido la manera más útil de explotar estos terrenos que se llaman los *placers*.

—¿Y cuál es esa manera? —preguntó el Corsario, divertido por la charla del hostelero.



—Pues ser posadero.

—¡Ah!

—Sin duda, señor. Los buscadores de oro que vienen aquí llenos de esperanzas me dejan una parte de sus economías, y los que vuelven me dejan parte del botín. Ellos se empobrecen, y yo me enriquezco.

El hombrón añadió sentenciosamente.

—Y quiero decir al señor todo mi pensamiento. Los *placeres* son un cebo, menos para los vendedores de bebidas y vituallas.

—¿Es posible?

—Sí, señor. Siga el señor, si quiere, mi razonamiento.

»Un minero, trabajando bien y teniendo una suerte regular, puede recoger cerca de cien francos de oro al día.

—¡Diablo; pues no es poco!

—¡Espere el señor! Sería un bonito salario en otra parte; pero aquí, a causa de la dificultad de las comunicaciones y de la falta de concurrencia, todo está a un precio muy subido.

—¡Ya comprendo! Los comerciantes abusan de la situación.

—Es la ley de la oferta y la demanda, señor. ¿No se necesita un producto? El precio baja. ¿Ese producto es indispensable? Pues aumenta su valor.

—¡Ya, ya!

—Así, señor, un huevo vale cinco francos; una botella de agua, cuatro; el vino ordinario, a veinte francos la botella; un polluelo, uno, y a veces dos luses; la cerveza, a diez francos el litro. En fin, la comida más modesta cuesta unos treinta francos. Si se añade que las prendas de vestir y los útiles de todo género cuestan igualmente caros, llega a persuadirse cualquiera de que con cien francos diarios un minero sale entrampado.

Dejaron sueltas las riendas.

—Lo creo, efectivamente.

—Y no es eso todo. Los mineros son todavía explotados por los compradores de oro. Estos conocen su situación. Un minero apurado encuentra una bella pepita de oro; el comprador corre, y le ofrece la cuarta parte de su valor amonedado. El hombre acepta, porque no tiene otro remedio. En resumen, el infeliz, en medio del placer, en medio del oro, no encuentra por premio de su trabajo más que la más espantosa miseria.

El Capitán le interrumpió:

—Pues bien, digno hostelero Cawson, después de esa demostración filosófica, sírvanos de cenar. Y no nos desuelle como si fuéramos pobres mineros.

Esta recomendación arrancó al posadero una sonora carcajada. Tan ligeramente como le permitía su corpulencia dispuso una mesa y llamó a dos criados negros, a quienes dio sus órdenes. Terminados los preparativos, volvió cerca de los viajeros.

—Solicito —dijo— el perdón del señor si le hago esperar un poco; pero mi

esposa Peggy está ausente. Está cerca, en casa del banquero. Conservamos aquí poco numerario, porque los mineros desafortunados suelen ser poco escrupulosos.

—Robados por los mercaderes, les roban, si tienen ocasión: ésa es la ley del equilibrio, señor Cawson.

El hombre se rascó la cabeza un poco preocupado.

—Yo no conocía —dijo— esa ley; pero, seguramente, existe, puesto que el señor la cita.

—Y dígame: ¿hay buscadores de arenas de oro que hagan fortuna?

—¡Oh; ciertamente! Uno por cada diez mil hace su negocio. Si puede explotar el sitio sin llamar la atención de los demás, llega a rico; pero si su buena suerte se conoce, es hombre perdido. Cien cuchillos se afilan en la sombra para arrebatarse el beneficio de su descubrimiento.

En aquel momento el guía, que había asistido impasible a la conferencia, tocó ligeramente en el brazo del Capitán.

—Mora-Mora —dijo— y sus hermanos desprecian las piedras de oro. Con valor y una buena carabina, un guerrero se basta para sí y para alimentar a su compañera. Los blancos desdeñan el oro cuando hablan del oro; pero se destrozan para poseerlo. ¿Por qué dicen que nosotros somos salvajes?

Difícil era contestar, y el interpelado se limitó a encogerse de hombros. Dirigiéndose al hostelero, le preguntó:

—A propósito, señor. Cawson: ¿conoce en Brimstone-Mounts a cierto señor Tom Sammy?

—¿Tom Sammy? Sí, señor. ¿Un gigante siempre sombrío y silencioso?

—Ése es.

—Es una persona rara, que infunde miedo a los demás. No tiene amigos. Su casa está instalada en sitio aparte, solitario, sobre una roca, encerrado como un islote en medio de dos barrancos estrechos. Trabaja solo, y de noche se ve su sombra en el punto más elevado de esa roca que llama su dominio. Allí está mirando el Oeste. Se cree que pasa gran parte de las noches en aquel sitio. Un minero me ha contado que en la época del plenilunio había tenido la curiosidad de espiar a Tom Sammy, y que le había observado hasta una hora después de media noche. Tom Sammy hacía grandes gestos y parecía llamar a alguien. Por lo demás, no hace daño a nadie; pero todo el mundo cree que está loco.

El viajero no tuvo tiempo de responder, si es que iba a responder, porque en aquel preciso momento los dos negros pusieron sobre la mesa un *ragout* del mejor aspecto, y que por el grato olor debía de estar superiormente confeccionado.

Invitando a su guía, el llamado Triplex se instaló lo más cómodamente posible, y pareció por completo entregado a la agradable necesidad de la alimentación.

Después de cenar, envolviéndose en una manta que durante el camino había llevado arrollada y sujeta a la silla del caballo, se acostó en un ángulo de la pieza y cerró los ojos, evitando así las observaciones y noticias del corpulento Cawson. Éste



quiso seguir la charla con el guía; pero el australiano también, después de comer, había imitado al Capitán.

El hostelero tuvo que renunciar a continuar el diálogo con su huésped, pero como compensación, sin duda, comenzó un interminable monólogo.

Por fin, cerrando las puertas con barras de hierro, fue a acostar en un cuchitril estrecho y nada limpio, del que decía pomposamente que era su habitación.

Al ser de día los viajeros se despidieron del posadero filósofo, y al largo trote de sus caballos tomaron la dirección del Este. Durmieron la siesta en un gran bosque de acacias americanas que rodeaban una fuente casi agotada; por la noche reposaban en un valle rocoso.

No había por allí casa ni cabaña alguna, y el Capitán y su guía se decidieron a pernoctar en aquel sitio. La temperatura tibia y suave hacía agradable aquel descanso nocturno a la intemperie.

La del día siguiente fue una jornada de fatiga. El país, hasta allí abundante en verdor, cambió completamente de aspecto. Era una llanura monótona llena de ligeras ondulaciones. La arena sucia alternaba con guijarros rojos en el suelo.

Era la entrada del gran desierto australiano, el Sandy.

Felizmente, con su olfato de salvaje Mora-Mora descubrió a cosa de las once del día una reducida gruta, donde su compañero y él pudieron resguardarse de los rayos del Sol. Después de algún tiempo siguieron su camino.

Durante dos días los cascotes de los caballos resonaron sobre la tierra árida en medio de un paisaje desolado. En fin, al principio del tercer día descubrióse en el horizonte una forma irregular azulada.

El australiano la señaló al capitán.

—¡Los montes de Brimstone!

—¿Allí es donde encontraremos a Tom Sammy?

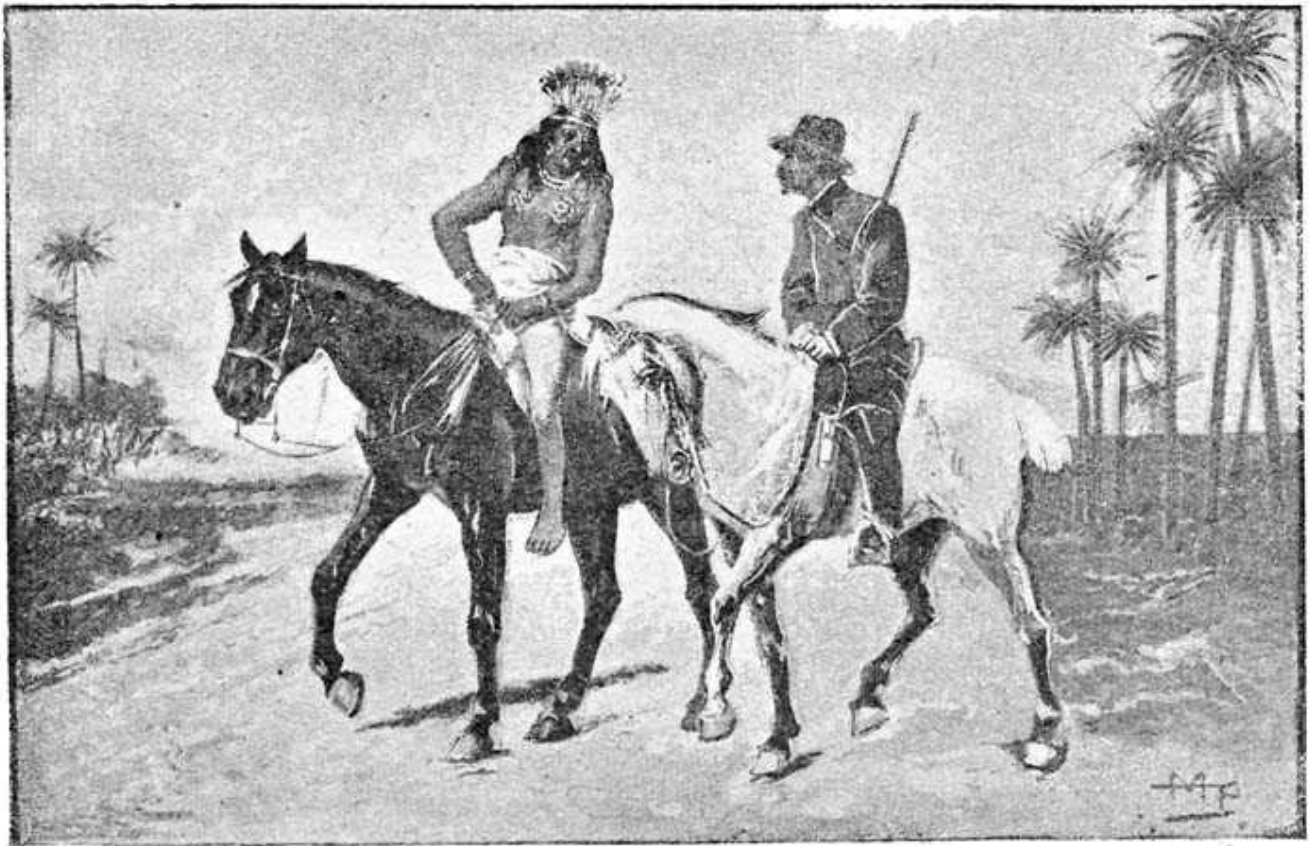
—Sí, señor.

Triplex espoleó al caballo; pero el indígena cogió la brida.

—Si el señor —dijo— obliga al caballo a galopar, no llegaremos hoy.

—¿Cómo no? Apenas hay diez millas que recorrer.

—Si el señor cuenta el doble, estará más cerca de la verdad. El señor no está acostumbrado a estas regiones de llanuras, y calcula mal las distancias.



La observación era exacta, porque hasta la hora en que el Sol estaba a punto de tocar la línea del horizonte no llegaron los viajeros a un desfiladero que cortaba la entrada abrupta de los montes de azufre.

El corsario Triplex contempló un espectáculo de horror. Las alturas cortadas, sembradas de extraños montículos, estaban separadas por estrechos valles, sobre los cuales flotaba una niebla azulada, cuyo olor arrancó una exclamación al Capitán.

—¡Oh! ¡Parece que vamos en medio de un ambiente lleno de ácido sulfhídrico!

El nombre químico lo desconocía completamente el guía; pero bien comprendió el gesto de desagrado que hizo el Capitán.

—El señor —dijo— huele el azufre. Es el país del azufre. Fácil es ver esos manantiales, y precisamente aquí es donde se encuentran más piedras de oro.

Los viajeros llegaban en aquel momento a una planicie más ancha que las que dejaban atrás.

Protuberancias de muy poca altura llenaban la superficie del suelo. Todas exhalaban torrentes de humo azulado, rodeadas de un polvo amarillo compuesto únicamente de flor de azufre. Eran volcanes de azufre que han dado nombre a la cadena de colinas que recorrían los viajeros.

Al pronto el campo parecía desierto; pero mirando atentamente, el Capitán llegó a distinguir hombres. Los unos, inclinados a lo largo de un riachuelo amarillento, lavaban el barro y las arenas para extraer las preciosas partículas de oro, y otros atacaban las rocas de cuarzo en los lados de los montículos.

Avanzando, el europeo observó que la acción de los fuegos subterráneos se dejaba

sentir en toda aquella zona. De cuando en cuando bloques de basalto se erguían como gigantescos pedestales separados por trincheras de paredes cortadas a pico, en el fondo de las cuales bullían las aguas cenagosas.

El suelo temblaba como la tapa de una caldera, y no cesaban los humos acres, que irritaban la mucosa de la boca y de los ojos con una picazón irresistible.

Mora-Mora se detuvo al fin cerca de un individuo que lavaba arena y tenía aspecto feroz.

—¿Puedes decirme —le preguntó— dónde está la casa de Tom Sammy?

El buscador de oro se incorporó, miró receloso a los viajeros y contestó brutalmente:

—¿Para qué quieres saberlo? Tom no recibe a nadie.

—¿Y quién te dice que mi señor quiere ser recibido? Lo que quiere es ver de cerca dónde vive ese hombre.

—Y que le pegue un tiro por la curiosidad. ¡Bueno, bueno! ¡Así nos distraeremos! El camino lo encontraréis fácilmente. Seguid el río una milla, y llegaréis a un sitio donde el azufre es tan abundante, que los vapores que exhala ocultan la tierra. En medio veréis una roca de veinte metros de altura, y sobre la roca, una cabaña. Allí es.

Y sin cuidarse más de los viajeros, el sujeto continuó su penoso trabajo.

El guía se dispuso a seguir las indicaciones del agrio buscador de oro. Con el Capitán marchó a lo largo del río, cuyas aguas presentaban el matiz y exhalaban el olor característico del sulfuro. De cuando en cuando los buscadores de oro se alarmaban al oír el trote de los caballos y se volvían a mirar a los intrusos. Todos tenían la fisonomía dura, la mirada recelosa y un aspecto de alucinación y amenaza.

Viendo a aquellos tristes seres, involuntariamente había que recordar el terrible apostrofe del filósofo indio Nouraki:

«El que siente únicamente la sed del oro, viene a ser un bandido. La vida se cifra para él en una sola palabra: coger; y presentándose la ocasión, coge sin vacilar, por la astucia si es posible, porque la astucia es más conforme con la cobardía, y si no puede por la astucia, por la fuerza. El amante del oro no es una inteligencia, un corazón, un pensamiento; es un simple apetito, inhumano, desprovisto de toda generosidad, de todo sentimiento, de toda aspiración noble, un ser degradado que irremediabilmente se precipita en la vileza y el embrutecimiento».

Viendo a tales hombres, el Capitán concebía la terrible frecuencia de los asesinatos en los *placers*. En la fruncida frente de los rebuscadores de oro se revelaban amenazas de condenados; en sus ojos, ráfagas de desesperación, y cuando abrían la boca parecía que iban a morder.

Los expedicionarios continuaban avanzando. Estrechábanse las colinas que rodeaban el valle. Los manantiales sulfúricos estaban muy próximos, y cada vez sus

exhalaciones eran más densas. Los pesados y mal olientes humos rozaban la tierra y la cubrían con un velo cada vez más opaco.

Y a cien pasos, así como un castillo fantástico sobre una nube, se elevaba un promontorio basáltico coronado por una cabaña. Al borde mismo de la escarpada altura, sobre un montón enorme de rocas, estaba en pie, inmóvil y vuelto hacia el Oeste, un hombre de colosal estatura. Parecía una estatua.

Su figura parecía formar parte de la enorme masa granítica.

Los vapores sulfurosos se espesaban atrozmente en torno de los jinetes. Con los ojos hinchados y enrojecidos y la garganta atormentada por un picor insoportable, los hombres respiraban ya con dificultad, y los pobres caballos levantaban desesperados la cabeza, como si su instinto les advirtiese que arriba era donde había que aspirar una atmósfera más pura.

## Capítulo XX

### *La casa de Bob Sammy*

Súbitamente la estatua se movió. Acababa de ver a los jinetes.

—¡Nos ha visto! —dijo Mora en voz baja.

El guía había observado bien. Un instante el hombrón de arriba contempló con evidente sorpresa a los osados que se acercaban a su dominio. En la semblanza que de él había hecho el posadero, no había exagerado, por cierto, su salvajismo. Ya se sabía que más de uno de los rebuscadores de oro por aquellos sitios había pagado con la vida su curiosidad.

Instintivamente Bob requirió su carabina, pero con algo de indecisión.

—¿Eres tú, Bob Sammy? —le gritó el Corsario.

—Y tú, ¿quién eres? —gritó a su vez roncamente el gigante; voz que, a pesar de la distancia, llegó como un mugido a los oídos de los viajeros.

Tranquilamente contestó el Capitán:

—Soy el que esperas.

El hombre soltó el arma en el suelo pero conservando su actitud recelosa.

—¿Qué prueba traes?

—El río Schaim corre siempre, como siempre —contestó el Capitán—; pero el arlequín de oro salió de las aguas para enjugar lágrimas.

El hombre de la montaña extendió los brazos, y con acento en que palpitaba violenta emoción clamó:

—¡Bajo, bajo, señor, para guiaros!



Y corriendo locamente, saltó al borde de la escarpa y entró en una senda estrecha que bajaba a la llanura. El camino le era muy conocido, porque si no lo fuera, seguramente se habría roto la cabeza entre las rocas.

En cinco minutos estuvo cerca de los viajeros, y al ver que el Capitán le tendía la mano, hízose atrás.

—¡No, señor; todavía no! —dijo—. ¡Es preciso que el mal sea reparado!

Y añadió suplicante, humilde:

—¡Venga, señor! ¡Hace ya largos años que mi cabaña le espera!

Sin duda el Capitán conocía los secretos pensamientos de su interlocutor, porque no mostró ninguna sorpresa. Echando pie a tierra, le dijo:

—¿Y nuestros caballos?

—El que te acompaña los llevará a casa de Robvam Smith; allá abajo, a unos quinientos metros de aquí.

Mora-Mora asintió.

—Le dirás: estos caballos los envía Bob Sammy, y con eso bastará para que estén bien cuidados y mantenidos. Y luego te vienes a mi casa. Eres el servidor del Capitán y mi casa es tuya.

Majestuosamente replicó el indígena:

—Mora-Mora acepta tu hospitalidad; pero Mora-Mora es un jefe guerrero y no es servidor de nadie. Soy el amigo del Capitán.

—Está bien, el amigo —repuso el gigante con el dejo de desdén con que los mineros de la gran isla australiana miran a los aborígenes—: te reitero gustoso mi invitación.

No se fijó en la ironía Mora-Mora, o no quiso prolongar la conversación. Montado en su caballo, cogió las bridas del otro y se dirigió rápidamente a la casa designada.

Quedaron solos Bob y el Capitán. Aquél miraba a éste con sorpresa y con satisfacción...

—¡Es singular! —murmuró—. ¡Es el mismo, y no lo reconozco!

El Corsario sonrió.

—No te esfuerces en pensar, Bob. Todo se te explicará oportunamente. Yo soy el que esperas, y, sin embargo, no soy el que tú crees.

Y viendo el gesto del gigante, añadió:





—Te lo repito: obedece sin otra explicación. No siendo él, yo soy él; no lo dudes. El mal será reparado.

El vigoroso buscador de oro se inclinó tan profundamente, que parecía que iba a arrodillarse, y con voz de humildad dijo:

—¿Quieres venir a mi cabaña?

—Sí, Bob.

—Pues vamos.

Miró Bob hacia el sitio por donde iba Mora-Mora con los caballos, y con el Capitán se dirigió a la cumbre de basalto, poderoso cimientado de su cabaña. Los dos empezaron a subir: a cada paso el gigante con su mano poderosa sostenía a su compañero. La voz bronca y dura se dulcificaba para formular advertencias útiles y que hacía necesarias lo áspero del camino.

—¡El pie derecho en esta meseta! ¡La mano en ese saliente de roca! ¡Así! ¡Mucho cuidado! ¡Cuidado con este bloque, que va a desprenderse!

En fin, lo más peligroso se pasó sin accidente, y los dos se encontraron en el terraplén.

A pesar de la acción de las lluvias, la superficie rocosa en cuatrocientos o quinientos metros cuadrados conservaba la huella del trabajo plutónico que se había proyectado por encima del valle. Por todas partes la piedra estaba agrietada, cubierta y como hinchada por desigualdades que afectaban la forma de ampolla: se sentía que se pisaba sobre lava en plena ebullición por el contacto del aire.

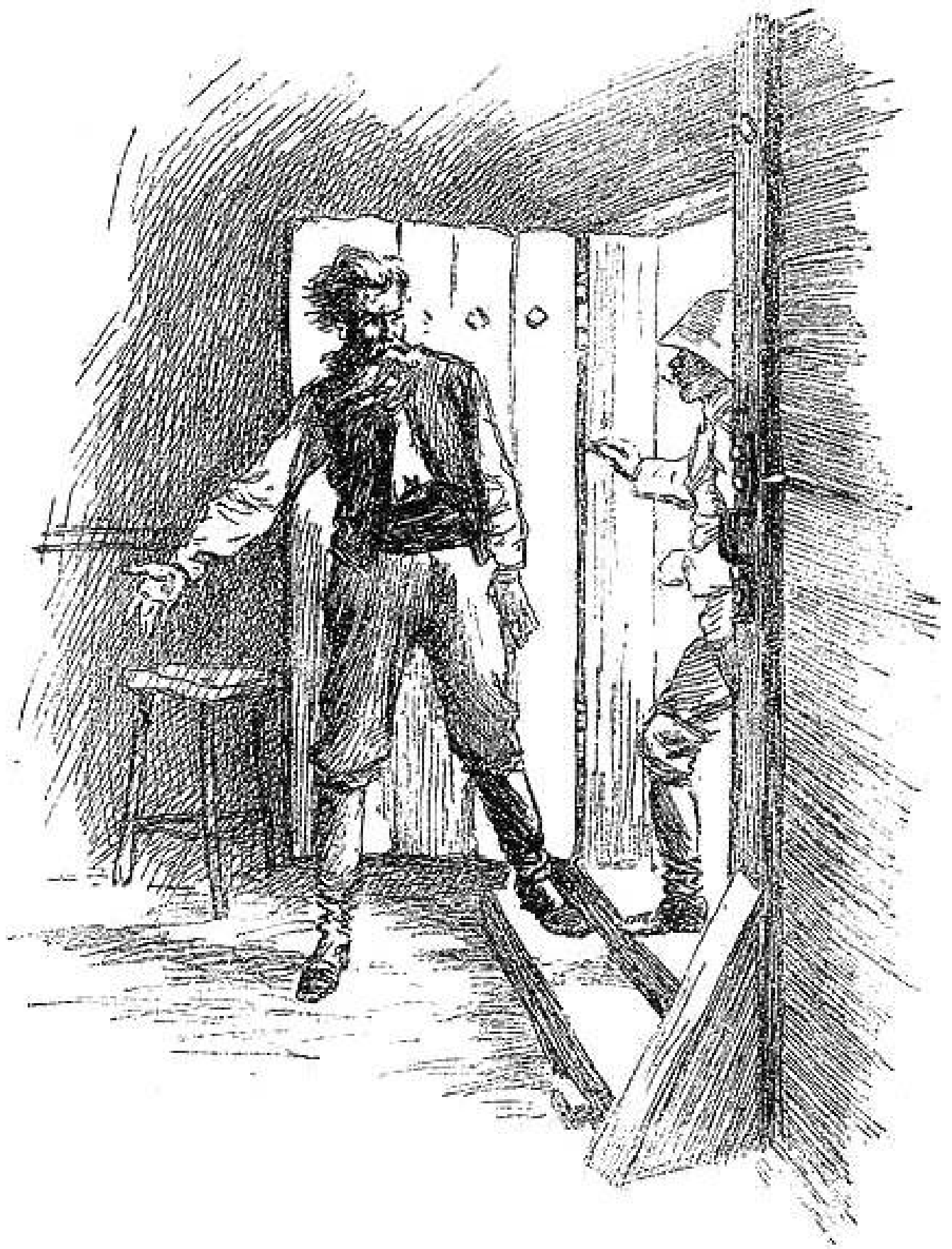
Era siniestro y terrible todo en aquel país. Ni una hierbecilla, ni una de esas plantas parásitas que introducen sus raíces en las mismas juntas del granito. El basalto es perfectamente refractario a la exploración, y no se deja penetrar por hierbecilla alguna. El volcán, pústula enorme que descompone la superficie de la Tierra, lo rechaza como una escoria, un desecho de la combustión interna del planeta.

El basalto es el humor acre que embaraza la circulación vital de nuestro mundo, y proyectado afuera, queda negro, árido germen de muerte rechazado por la vida.

Protegida por una muralla natural de rocas, la cabaña de Bob se veía a pocos pasos.

Bob abrió la puerta e invitó a entrar el primero al Capitán.

Éste entró, y miró en derredor curiosamente.



Miserable era la casa; pero las paredes de madera y de argamasa de barro y paja, el suelo de tierra apisonada, las armas o instrumentos colgados sin orden, y la batería de cocina rudimentaria, todo estaba limpio. Comprendíase que Bob había dicho verdad asegurando que siempre esperaba al señor.

El hombre arrimó un banquillo, y dijo dulcificando la voz lo poco que le era posible:

—¿Tendrás gana de comer? La noche anterior he cazado por ahí fuera, y he traído provisiones: una hermosa ave zancuda que llamamos *casvar*, muy rica de comer, y hasta conejos tengo. Conque siéntese mientras voy a preparar la comida.

Y con un guiño significativo, añadió:

—Estás ahora sobre la trampilla que tapa mi escondite. Tengo ahí dos sacos de polvo de oro a tu disposición, si faltasen los fondos para vencer al que estuvo a punto de convertirme en asesino.

Y hablando, hablando sacó de un arca enorme los animales, empezó a arrancarles la piel, y continuó perorando.

Pronto volvió Mora-Mora, que de buena gana se puso ayudar al amo de la casa. Al poco tiempo los animales, despellejados unos y desplumados otros, estuvieron a punto para la cocción.

Ya era de noche. Una tea puesta en el cuello de una botella alumbraba la cabaña. Fuera, el *casvar*, limpio por dentro y por fuera como un enormísimo pavo, se asaba guapamente atravesado por una baqueta de fusil a la llama de un montón de astillas que esparcía roja claridad sobre el terraplén.

El Capitán se había acercado a los improvisados cocineros.

De pronto le pareció que el suelo se movía bajo sus pies.

—¿Qué es esto? ¿Qué movimiento es éste? —preguntó.

El gigante se encogió de hombros con un gesto de indiferencia.

—¡Nada! —dijo—. Los volcanes de azufre que se agitan. Esto sucede algunas veces. Hay abajo un poco más de humo; pero aquí no tenemos nada que temer. Estamos muy arriba.

Y después de un momento de silencio añadió:

—El año pasado pasaron por aquí unos sabios. Empleaban palabras extrañas que no se entendían. Sin embargo, creí comprender que el valle les parecía un gran cráter lleno, y cuya corteza sólida, de gran espesor, estaba constantemente agitada por profundos estremecimientos. Decían que estábamos como sobre una gran caldera en ebullición. Después de saber esto, acaso mis oídos me han engañado. Yo no soy un sabio...

Súbitamente exclamó, mirando abajo:

—¡Ah; se iluminan las minas de azufre ahora!

El Corsario siguió la dirección de la mirada de Bob, y quedó estupefacto.

Abajo, en el llano, aparecían llamas verdes y rojas. Parecía un gigantesco fuego fatuo. Luego surgieron otras llamas que llenaban las sombras de lívidas claridades.

Había el mismo movimiento de llamas cerca y lejos.

Sonaban sordas y profundas detonaciones; la colina de basalto temblaba, se estremecía como si su base estuviera movida por el choque de la mar furiosa. El cuadro ofrecía toda la apariencia de una visión infernal.

Pero el Capitán no tuvo tiempo de hacer las reflexiones propias de las circunstancias. Bob anunció que el asado estaba a punto.

—Dejemos que arda el azufre —dijo—, vamos a comer.

La jornada había sido dura, y el Corsario y su guía desfallecían de hambre. Todo lo que sirvió el hombre de la montaña estaba perfectamente condimentado y exquisito.

Luego que hubieron calentado el estómago sintieron más fatiga.

Su anfitrión les proporcionó mantas además de las que ellos llevaban, y no tardaron los viajeros en dormir profundamente.

Bob recogió cuidadosamente los restos de las provisiones, y después, sin cuidarse de los luminosos fenómenos sulfúricos, también se acostó en el suelo.

## Capítulo XXI

### La erupción

Pero ninguno en la cabaña pudo disfrutar las dulzuras de un sueño tranquilo.

Habían perdido la conciencia de las cosas; pero les parecía que los agitaba una extraña pesadilla. Experimentaban la impresión de que sus mantas se balanceaban como hamacas en el entrepuente de un barco. Oían el ruido de un combate, las detonaciones de la artillería, mosquetazos, crujidos de la armadura del barco. Nada faltaba para que la ilusión fuera completa.

Un calor pegajoso cubría de sudor su cuerpo, y una atmósfera irrespirable los ahogaba. El sufrimiento era demasiado intenso.

Al mismo tiempo despertaron, y miraron alrededor espantados. El día penetraba por las claraboyas de la cabaña; un día triste y nublado: una bruma, un humo azulado invadía la estancia, y aquel humo hinchaba sus ojos y provocaba, produciéndoles penosa picazón en la garganta, violenta tos.

—¿Qué es lo que sucede otra vez? —murmuró el Capitán entre dos estornudos.

—¡Nada; el azufre! —replicó plácidamente el amo de la cabaña—. Pero es la primera vez que veo el terraplén invadido por los vapores.

Y no acabó de explicarse. Un estrépito estridente vibró en el aire; la colina de basalto fue sacudida como un árbol por el ciclón, y rayos lívidos brillaron en la bruma.

Al mismo tiempo se pusieron los tres hombres en pie, y corriendo a la puerta se precipitaron al exterior. Pero el australiano se arrojó al suelo, con la frente sobre la roca y gimiendo con un espanto indescriptible.

—¡Los espíritus del fuego se han desencadenado! —gritó.

Los europeos no dijeron nada, en medio del asombro que experimentaban.

Su refugio lo formaba un islote separado de las otras masas de rocas por unos estrechos desfiladeros que caían sobre el valle recorrido la víspera. Corría un río de lava incandescente.

—¡Una erupción volcánica! —exclamó el Corsario.

Era tal, en efecto. Las fuerzas subterráneas largo tiempo contenidas habían agrietado la corteza sólida; la caldera había estallado, y la lava invadía el valle, cubriéndolo totalmente de materias en fusión, sobre las cuales brillaban infinidad de llamas azules. Era aquello la imagen del Infierno.

Mágico y terrible era el cuadro. El gigante exclamó:

—¡Estamos cercados por el fuego!

Tales palabras estremecieron a sus compañeros: todos corrieron al terraplén y miraron abajo.

¡Ah! No era posible la duda. Las llamas lamían los flancos del bloque basáltico. Los viajeros estaban encerrados en una isla nefasta, porque no era mar lo que la rodeaba; era la ardiente lava.

Ciertamente, el naufrago sufre mucho cuando el Océano le encierra, centinela vigilante, en un islote ignorado; pero allí mismo el árbol le consuela y le ofrece sus frutos, el pájaro le distrae y le anima con su canción, y las olas arrojan a tierra los mariscos que le sirven de sustento.

Pero allí, nada. Una roca desnuda, árida, rodeada por un círculo de fuego. Ninguna esperanza de socorro. Una a una sus chozas, atacadas por la corriente de lava, se abrasan de una vez como paja al contacto de una tea.

Era la desolación, la soledad, el abandono. Los cautivos no podían contar con auxilio alguno ni medios de salvación. Era la situación más cruel que puede imaginarse. ¿Qué podían tres hombres contra los elementos desencadenados?

En aquellos supremos instantes cada uno de ellos obedeció a su temperamento. Mora-Mora se postró en tierra, y con las manos crispadas en su enmarañada cabellera, murmuraba una vaga melopea, acaso el canto de muerte de su tribu. El Capitán, vuelto hacia el Este, miraba allá abajo con ansia, y sus labios se movían como si pronunciase un adiós. Bob, por su parte, le contemplaba con expresión de indefinible ternura.

El silencio se prolongaba penoso y desconsolador. El gigante se acercó al Corsario.

—Señor —le dijo—, tenemos provisiones para tres o cuatro días. Almorcemos. Luego pensaremos.

Este recuerdo de las necesidades físicas interrumpió a los viajeros en sus reflexiones. Comer es luchar por la vida. Entonces la erupción estaba en un momento de calma. Las explosiones habían cesado; el viento había barrido los vapores que cubrían el terraplén.

—¡Almorcemos! —respondieron los huéspedes de Bob.

Éste sonrió y lo dispuso todo complacido y servicial. Moviéronse las mandíbulas, se satisfizo el estómago y el cerebro se aclaró.

—¡Hay que salir de aquí!

Con estas cortas palabras el Corsario formuló el problema.

—Sí —replicó Bob—. Acaso haya un medio.

—¿Qué medio?

—Peligroso, pero que puede resultar.

—¿Y es...?

—Ese árbol.

Con la mano designaba Bob una acacia centenaria que se elevaba en el peñasco,

al otro lado del río de fuego. Sus oyentes no comprendieron.

—¿Ese árbol?

—Sí. Cortándolo de manera que su cima venga a caer sobre el terraplén, estableceremos un puente suficiente para franquear la grieta donde bulle la lava.

—Pero para cortarlo hay que pasar al otro lado.

—Sin duda: yo probaré.

—¿Cómo?

—Con una cuerda con garfios de hierro que tengo. Fijaré una de las extremidades de la cuerda a una roca, lanzaré la otra hasta que se agarre al tronco del árbol, pasaré armado de mi hacha, y...

El Corsario movió la cabeza, pareciéndole un proyecto absurdo. Pero Bob insistió. Haría lo que decía. Él era robusto y tenía costumbre de manejar el hacha.

Sin oír objeciones entró en la cabaña, y salió con una cuerda del grueso de un dedo, en cuyas extremidades había puestos los garfios de hierro de cuatro puntas.

—Esto —dijo— lo manejo yo perfectamente. ¡Cuántas veces he escalado rocas verticales con este solo auxilio! Es cuestión de costumbre. ¡Ya veréis!

Otra convulsión volcánica detuvo al valeroso Bob. Durante todo el resto del día las detonaciones se sucedieron incesantemente. En muchos momentos los prisioneros del fuego creyeron asfixiarse: tan densos eran los vapores que subían hasta el terraplén. Llegó la noche sin que una tregua de la furia de la Naturaleza permitiera a Bob Sammy intentar la realización de su proyecto.

Fue preciso aplazar para el día siguiente su tentativa de salvación.

Los estremecimientos, las sacudidas del suelo no les impidieron dormir. Despertaron más animados. Su estado de alma mejoraba sensiblemente, y renacía en ellos la confianza.

También la mañana era hermosa. El Sol brillaba esplendoroso en el cielo azul.

El volcán reposaba y si no hubiera sido por el desolado aspecto del valle, hubieran podido creer que habían soñado,

Había llegado el momento de la gran prueba.

Seguido por sus huéspedes, Bob llegó al borde de la roca, situado exactamente enfrente del sitio donde estaba el árbol designado.

Sujetando su cuerda alrededor de una masa de piedras, levantó el brazo y arrojó el garfio por encima de su cabeza.

La cuerda se desarrolló en el espacio; el garfio de hierro sonó en el tronco del árbol metálicamente, pero las puntas no mordieron en la dura corteza.

Sin desanimarse, el gigante recogió otra vez la cuerda y volvió a empezar. En fin, a la cuarta tentativa el garfio se fijó en una gruesa rama. Con precaución primero, y luego con más seguridad, Bob tiró de la cuerda. Ésta se puso tirante; pero no cedió. La primera operación estaba hecha.





Quedaba por hacer lo más difícil, y el Capitán quiso oponerse desde luego al proyecto de Bob.

Extendida en el vacío, parecía la cuerda un hilo tejido por una araña. Parecía imposible que pudiera sostener el peso de un hombre tan corpulento.

Bob respondió con una risotada. No era la primera vez que su cuerda le sostenía. Sabía bien que no se quebraría. Para terminar la discusión la cogió con las dos manos y se dejó llevar.

Lentamente, con precaución y destreza singular, se alejaba del terraplén. Terrible espectáculo el que ofrecía aquel hombre, circulando cogido de las manos a lo largo de una cuerda, viendo debajo una infinidad de rocas en fusión que dirigían hacia él lenguas de fuego.

Avanzaba. Llegaba ya a la mitad del peligroso paso. La cuerda tirante parecía que iba a estallar. De pronto Bob lanzó un grito.

—¡El garfio se sale!

Antes que el Capitán y el australiano comprendieran, se oyó un crujido. La gruesa rama del árbol cedió bajo las puntas del garfio, describiendo un arco. Sammy fue a estrellarse contra las paredes del bloque de basalto.

Pero el intrépido minero no había perdido la cabeza. Sin soltar la cuerda, se revolvió con una agilidad increíble, poniendo los pies en las rocas. El choque no tuvo consecuencias; pero Bob se encontró suspendido a algunos metros por encima de las lavas en que el garfio había caído.

Llenos de espanto sus compañeros asomábanse al borde del terraplén, con riesgo de precipitarse en el abismo.

—¡Tirad, tirad! —gritaba con angustia indefinible—. ¡La cuerda se quema! ¡Si tardáis, estoy perdido!

Era así, el garfio de hierro había desaparecido en el hervidero, y una llama vacilante subía de la extremidad libre de la cuerda hacia el pobre Bob.

De un salto Mora-Mora se plantó cerca de la roca a que estaba sujeta la cuerda. El Corsario le imitó, y entre los dos, haciendo esfuerzos sobrehumanos, tiraron de la cuerda, que ya apenas si sostenía a su compañero sobre el abismo. Penosa era la maniobra, pues el gigante tenía un peso considerable. Sin embargo, poco a poco iban llevando al hombre por encima del fuego.

—¡Tirad, tirad —gritaba—, que la llama corre, y hay que llegar antes que ella! ¡No perdáis un instante!

En fin, la cabeza de Bob apareció al borde del terraplén. Era tiempo. Con un movimiento enérgico se agarró a la roca, y con la ayuda de los otros dos pudo subir.

El Corsario y Mora-Mora le estrechaban las manos silenciosamente, porque la emoción no les permitía hablar.

—¡Gracias, gracias! —les dijo—. ¡Lo triste es que vuestra generosa acción no tendrá otro resultado que el de que los tres muramos juntos!

Los dos hicieron un gesto de interrogación.

—Os he dicho la verdad —repuso—. La cuerda, para mí poderoso auxilio, está consumida en dos terceras partes lo menos. En cuanto a víveres, no nos quedan más que para dos días, y luego...

—¿No podrá venir nadie a socorrernos?

El gigante se encogió de hombros y contestó grave y serenamente:

—El volcán está en actividad, y mientras lo esté nadie vendrá por estos lugares. Semanas, meses, pueden pasar sin que varíe la situación. Cuando pueda llegar alguien por aquí, ya el hambre habrá acabado con nosotros. ¡A no ser que ese maldito árbol se caiga solo!

Acababa de definir claramente la situación. La única esperanza de salvación de los tres hombres cautivos del río de lava se había desvanecido en humo con la cuerda de Bob.

## Capítulo XXII

### *Cercados por la lava*

Considerando en su verdadero aspecto la situación, era consiguiente que se apoderara el desaliento de los tres hombres, por animosos que fueran.

El día pasó lento, triste, en silencio, y con la angustiosa alternativa de calma y actividad en el volcán.

Lo mismo la noche, y lo mismo la mañana siguiente. Y ocurrió que las últimas provisiones hubo que dividir las en raciones minúsculas, a fin de prolongar la lucha contra la fatalidad.

Dos días más, y ya no había ni la más mínima porción de víveres. Se recogieron las migajas y se royeron los huesos para extraer la médula, débil comida para estómagos hambrientos. ¡No había nada, absolutamente nada! Y las lavas seguían corriendo por el fondo del barranco, siempre rugiendo el volcán, y siempre allí, alto, desafiando a los que quisieran hacerle caer, el árbol verde, emblema irónico e inatacable de imposible salvación.

Dos veces, tres veces se había puesto el Sol desde que los cautivos devoraron su postrera ración; el aguardiente iba a faltarles. Iban y venían todavía por el terraplén; pero sus piernas estaban muy débiles; les parecía que se habían puesto muy pesados, y que a cada momento aumenta la acción de la gravedad.

Comenzaban a sentir el deseo de estar tendidos, de no moverse. Así dormirían y así llegaría la muerte.

Habían pasado veinticuatro horas más. Ya no había agua.

Hacía nueve días que los tres hombres estaban sitiados por la lava.

Ya no había para ellos esperanza, y habían perdido hasta la conciencia de su situación. No podían moverse y tenían sed; estas eran las dos únicas ideas que persistían en su cerebro.

Más vigoroso que los demás, Bob Sammy se arrastró todavía por el terraplén interrogando el horizonte. No vio más que el valle transformado en desierto ardiente. Ni un ser humano en las alturas; ni un pájaro en el aire. Era la soledad de las tierras malditas, con la lúgubre desesperación que emana de las cosas muertas.

El robusto buscador de oro, angustiado por la tristeza del medio ambiente que su energía, toda física, no podía comprender, volvió cerca de sus amigos y se esforzó vanamente en comunicarles algo de aliento.

—Habría que pensar —dijo— algún medio de salir de aquí.

Partir, escapar del círculo de fuego que los cercaba: he aquí el sueño del gigante prisionero.

No quería morir. No era que temiese la muerte, pero necesitaba vivir para cumplir una obra a la que había consagrado su existencia entera.

Todo esto le decía al oído al Capitán, sin conseguir animarle.

En vano le aseguraba y le recordaba que los dos debían obrar y castigar: su *señor*, como le nombra siempre, no lo comprendía ya.

En términos angustiosos, conmovedores, el minero hablaba y hablaba. Una prudencia inexplicable lo hacía buscar rodeos intraducibles. Solamente pronunciaba claramente los nombres propios: Maudlin, Pritcholl, Allsmine. El Capitán le rechazó con un gesto de fatiga.

—¡Déjame, déjame! —dijo—. ¡Me rompes la cabeza, déjame dormir y olvidar que tengo sed!

La voz del Corsario era débil, ronca y difícil.

Llegó la noche. Ninguno de los tres entró en la cabaña. Sería preciso levantarse y andar: no podían, y siguieron tendidos en el terraplén.

El cielo se obscurecía, las estrellas brillaban y vertían sus rayos azulados sobre aquellos tres hombres que dormían sufriendo el martirio de la sed, que no cesaba para ellos un momento. Alguno de los hombres abrió los ojos, pero instantáneamente volvía a cerrarlos. No podían resistir la luz sus ojos. Los astros eran para ellos como globos de fuego.

La alucinación consecutiva del hambre extendió sobre ellos su influencia ilusionista.

Vino —¡la bondad suprema de la Naturaleza!— a sacarlos de la triste realidad antes de la hora de la muerte.

Una a una las horas nocturnas pasaron sobre el silencioso terraplén. Servidores del tiempo, se deslizaban impalpables sobre aquellos pobres seres que agonizaban en una prisión de lava.

La aurora, camarista del día, empezó a adornar con sus luces las cimas; el blanco matiz del alba tiñó el horizonte, y a la luz del alba los cautivos aparecieron más pálidos, más blancos, más cadavéricos.

Abrieron los ojos, se agitaron locamente. Ya parecía que, aunque abrieran los ojos, no veían la luz que por vez postrera les alumbraba. Despiertos, continuaban durmiendo. Mora-Mora, con una voz ligera como un soplo, canturreaba.

Era una canción de fiesta australiana. El pobre, que moría de hambre, evocaba el recuerdo de una orgía pantagruélica de la tribu. Decía así la leyenda:

«Los guerreros salen de sus cabañas, y se esparcen por el pueblo haciendo sonar sus armas para despertar a los perezosos. Porque va a empezar la fiesta, y no acabará hasta el otro día. El pudoroso jefe Vaharong casa a su hija, la hermosa Ran-Ha, con el valiente que ella ha elegido.

»Ya los canguros enteros están asándose en el fuego. La grasa cae armoniosamente en vasijas de barro. Pájaros, corderos, y toda clase de caza acompañan a los kanguros. ¡Qué de cosas que comer! A los guerreros los anima el apetito.

»Allí están las mujeres que disponen las bebidas; el aguardiente, y el *whiskey* de los blancos, añadiendo la savia fermentada de las araucarias, y los espirituosos extractos de las raíces y las hierbas. ¡Qué de cosas que beber! Los guerreros en la paz también gustan de beber.

»Y aquí están ya los jóvenes con la cabellera al natural, en la que prenden con arte huesecillos pulidos. Vienen cantando la canción de los esposos, a buscar a la casada para presentarla a la tribu. A su paso los guerreros olvidan lo que hay que comer y que beber. Prefieren los ojos negros de las jóvenes al kanguro asado.

»Ya aparece Ran-Ha. ¡Qué hermosísima es! Su piel es de hermoso color negro que tira a rojo: tal es la madera del árbol gigante y real del que se hacen las piraguas; sus gruesos labios son un encanto, tan anchos como dos dedos, y su nariz se dilata coquetamente cubriendo una parte de sus mejillas.

»¿Y sus ojos? ¿Qué decir de sus ojos? Pequeñitos, pequeñitos, tan pequeñitos que apenas se le ven, y todos preguntan cómo puede ver con ellos. Anda la encantadora con la gracia de una hija de los Toupapahotes, genios azules de la noche. Camina con un balanceo parecido al de los patos del pantano.

»Todos los tesoros de la belleza los posee Ran-Ha. Sus brazos y sus piernas conservan los granos de la viruela; su torso es corto y gordo, gordo; pero la maravilla de esta maravilla son los pies anchos y largos, doble más largos y más anchos que los del más grande de los guerreros. A cada paso que da, aplasta medio metro de hierba o de musgo.

»Pero ya los tímpanos y las planchas metálicas suenan estridentes en señal de inmenso júbilo. Empieza el grandioso festín. ¡Traed las viandas y las bebidas! ¡Los guerreros van a comer y beber en honor de los esposos hasta no poder más!»

El Capitán había levantado la cabeza y escuchaba. Sus ojos brillaban como los de un lobo hambriento al oír a su guía hablar de viandas. Mora-Mora calló. Un momento el Capitán pareció esperar, y luego con acento apenas inteligible, dijo:

—¡Comer! ¡No, no; pero siquiera una gota de agua!

El desgraciado miró en derredor, y de pronto, como si se animara, profirió:

—¡Agua! ¡Agua! ¡Ya hay agua! ¡Vierte en cascadas sobre las rocas! ¡Ah! ¡Qué agua tan buena!

Y hacía como si bebiera.

—¡Pura, límpida, exquisita! —dijo con aire de satisfacción; y bajó otra vez la

cabeza. La soñada alimentación había calmado una vez más su sufrimiento.

¿Dormía, o, agotadas todas sus fuerzas, iba a entrar ya dulcemente en la nada?

Bob Sammy le miraba con inenarrable tristeza. Sólo el gigante, servido por su constitución atlética, conservaba un poco de lucidez.

Movió la cabeza con desaliento. No había remedio para ninguno.

—¡Esta noche —dijo— todo habrá concluido! —Y amenazaba al Cielo con el puño—. ¡Nadie vendrá a socorrernos! ¡Vamos a perecer como perros abandonados!

El minero calló un momento, y luego se tendió en el suelo cerca de su querido Capitán.

El Sol llegaba al cénit. Sus rayos ardientes caían sobre el terraplén; pero los compañeros del gigante no eran ya sensibles al calor, que no podía en manera alguna templar el frío interior de que estaban invadidos.

Su sangre bajaba de temperatura, y las pulsaciones del corazón eran cada vez más lentas. Pronto cesarían completamente y el líquido sanguíneo se paralizaría en las venas.

De pronto Bob se incorporó sobresaltado. Había creído oír un ruido lejano, diferente de todos los que hacía días había percibido.

—¡Caballos! —dijo lentamente. Pero en vano quiso reunir todo lo que le restaba de fuerzas para oír. El ruido no se oyó más.

—¡Sueño! —dijo— ¡Es el hambre!

Y otra vez se dejó caer en el suelo con más intenso desaliento. Una luz de esperanza había brillado en su espíritu, y la desilusión no podía ser más profunda.

—¡Anda, bestia! —exclamó—. ¡Estás condenado, y no tienes remedio! ¡Estás perdido, y arrastras en tu perdición al que impidió el crimen! ¡El mal pensamiento siempre nos persigue, aunque no se haya realizado!

Continuos estremecimientos agitaban su cuerpo.

—¡Tengo frío, mucho frío! —dijo—. ¡Y sin embargo, el Sol me abrasa! ¡Es en el corazón donde tengo frío! ¡Hija separada de tu madre por mí! ¿No podré devolverte a ella? ¡Ah! ¿Qué es lo que veo? ¡El mismo milord Green!

Con los brazos extendidos, el desgraciado miraba el vacío con espanto, y recordaba en un postrer esfuerzo el horroroso sueño que perduraba en su conciencia.

—¡Yo era un bruto, milord Green! El *whiskey* y los naipes habían reducido mis bolsillos al estado del vacío absoluto. Estaba perseguido por los acreedores. Me ofrecieron guineas, muchas guineas. Por orden de él fui a la casita de la orilla del río Schaim, y me apoderé de la pequeña Maudlin; pero no la arrojé en las aguas como me habían dicho. ¡No; ella vive, vive! Pero, eso sí... tienes razón, ¡no ha conocido a su madre! Ésta se ha casado con el asesino, con el que mató al Lord. ¡Perdón, mi buen lord, perdón! ¡Tengo horror de mí mismo! ¡He vivido extrayendo el oro con las uñas, el oro que abomino; pero el Capitán me mandaba, y yo tenía que obedecer! ¡Yo quería borrar todo lo pasado, y el volcán, el fuego que vomita la Tierra me lo impide! ¡Milord, perdón, perdón!

El atleta parecía estar poseído de un terror espantoso. Se retorció las manos castañeteaban sus dientes, y sus ojos parecía que iban a saltar.

De pronto cesó esta manifestación de espanto. En sus descompuestas facciones aún se vio una expresión de sorpresa. Se arrastró, y pegó el oído a la roca.

—¿Es imaginación? ¿Es realidad? ¡Oigo trote de caballos!

Un momento más guardó silencio, escuchando, crispado, ansioso, desesperado. Luego, sacando fuerzas de flaqueza, gritó:

—¡No, no me equivoco! Allá abajo, lejos todavía, caballos, caballos... ¡Arriba, camaradas! ¡Vienen a salvarnos! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Es preciso que nos vean!

El gigante se había puesto en pie. Sus piernas vacilaban y no le sostenían. Su cabeza estaba enteramente hueca, y todo se movía en su derredor.

Pero creía en la posible salvación, y titubeando, yendo adelante y atrás, andando en zig-zag como un hombre ebrio, se dirigió hacia la cabaña. Necesitó largo tiempo y esfuerzos increíbles para llegar a ella. Sus pasos resonaban dolorosamente en su cabeza, en su pecho, en todo su cuerpo: iba, sin embargo, galvanizado por la idea de que acaso podría salvar de la muerte a sus compañeros.

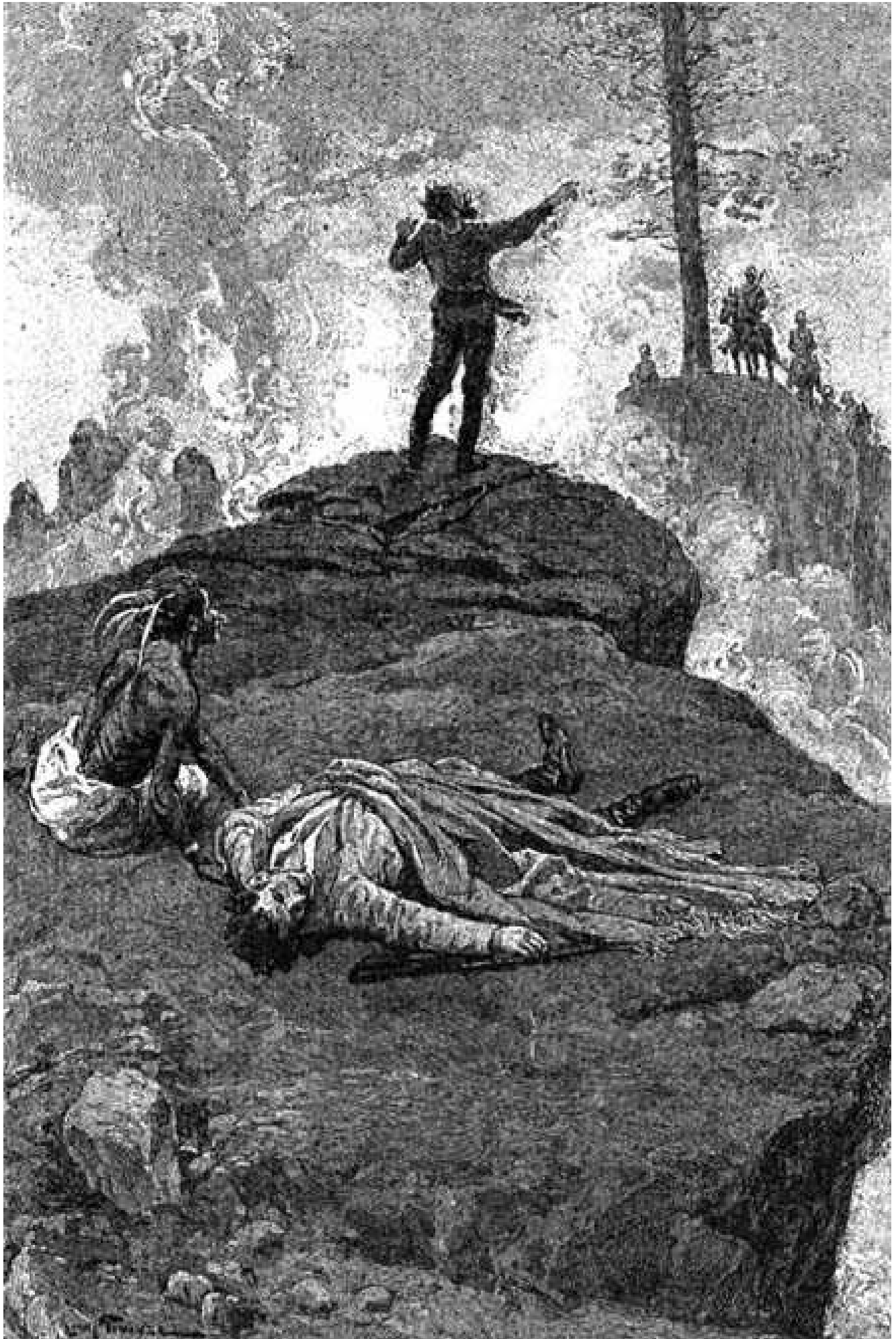
Con gran trabajo descargó su carabina. ¡Qué pesada le parecía el arma, antes tan ligera! Metió en los bolsillos algunos cartuchos, y arrastrando las piernas y encorvado, bajó el fusil, que le pesaba y le hería en la espalda; volvió al borde de la roca enfrente del árbol que en vano había intentado cortar y derribar.

Se sentó en un bloque de basalto. Su angustiada respiración se manifestaba por una especie de silbido; su corazón se agitaba violento en el pecho: nunca, seguramente, se vio hombre alguno en más horrible y desesperada situación.

Poco a poco, milagrosamente, se calmó su agitación febril. Bob Sammy había metido un cartucho en la carabina, y disparó.

El eco repercutió la detonación multiplicada por las montañas, por el valle, por las trincheras laterales. El gigante aplicó el oído: luego volvió a cargar la carabina, y la detonación rodó otra vez de roca en roca.

Esta vez hubo respuesta. Un rumor lejano llegó hasta Sammy.





Los que se acercaban le habían oído y contestado descargando sus armas. Pero era preciso que apresurasen la marcha, y que se dirigieran al punto desde donde pudieran ver a los prisioneros del volcán, porque en las alturas que forman la cordillera de Brimstone-Mounts es fácil extraviarse, y el más leve retraso lo haría inútil todo, porque la existencia del Capitán y de Mora-Mora se extinguía por momentos.

De pie en el mismo sitio, Bob, a pesar de su debilidad, se limitaba a hacer un disparo cada cinco minutos. Era maravilloso ver a aquel hombre de mejillas hundidas, espalda encorvada, manos huesudas, y aspecto de espectro hacer gestos automáticos, disparando su arma sin fuerzas para sostenerse.

Los que llegaban contestaban de lejos, y la amplitud del sonido permitía calcular el camino que habían recorrido.

En fin, se oyó tan próxima una detonación, que Bob comprendió que ya no tendría que disparar más. Descargó por última vez su carabina, la dejó caer en el suelo, porque ya no podía sostenerla, miró a todas las cumbres y crestas que podían divisar sus ojos mortecinos, y esperó a los desconocidos salvadores. ¿Cuánto tiempo duró esta situación? Algunos minutos solamente; pero para Bob los minutos eran siglos. Acababa de perder las últimas energías, y apoyado con las dos manos en la roca, centraba toda su voluntad en el esfuerzo que hacía para no caer. Por último oyéronse voces humanas. Enfrente aparecieron hombres a caballo. Entonces el gigante se irguió, extendió los brazos hacia la enorme acacia con un gesto trágico, y lanzó un grito sobrehumano:

—¡Cortad el árbol, y os servirá de puente!

Y gritando esto cayó a tierra, vencido al fin aquel hombre prodigioso, el más grande ejemplo de firmeza de voluntad.

\* \* \*

El Corsario, Mora-Mora y Bob recobraron los sentidos en una tienda de campaña. Estaban tendidos sobre mantas. Una abertura en la tela embreada de la tienda les permitía ver lo exterior. A algunos pasos una roca saliente indicaba el borde de un abismo, y más allá columbrar el árbol formando puente, el islote de basalto y la cabaña de Bob.

—¿Habrán franqueado el río de lava? —les preguntó el Corsario.

—Sí —contestó una voz que no conocían.

Nerviosamente miraron al fondo de la tienda, de donde les pareció que había salido la voz. Un hombre estaba allí, sentado a la oriental, cubierto con el casco colonial, y que presentaba correcto aspecto militar.

—Sí —continuó éste—. Se cortó el árbol que lo estorbaba y os encontramos. ¡Buena suerte habéis tenido! ¡Ya era tiempo! ¡Un poco más, y estaríais a estas horas allá de donde no se vuelve! Pero, en fin, ya estáis mejor, ya aleteáis, y pronto el jefe

podrá hablaros.

El desconocido se puso en pie y salió de la tienda.

Pronto volvió acompañado por un personaje de elevada estatura, rostro colorado y barba rubia.

—Vucencia —le dijo respetuosamente— puede cerciorarse de que estos hombres están ya en disposición de ser interrogados.

—Sí.

El recién llegado miró a los tres hombres, y acercándose al gigante le dijo:

—Tú eres Bob Sammy; ¿no es verdad?

—Sí, señor —respondió confiadamente.

El otro movió la cabeza con satisfacción, y designó al australiano.

—¿Este es Mora-Mora, guía indígena?

—En efecto. ¿Quién le ha dado al señor estas noticias?

—Como ninguno estabais en situación de dárme las, he tenido que adquirirlas como he podido. Y así he logrado saber que vuestro compañero —y extendió la mano rozando el pecho del Capitán— no es otro que el famosísimo corsario Triplex.

No pudieron disimular Bob y Mora-Mora el efecto que les hizo tal afirmación.

—¡Ve que he descubierto la verdad!

Antes que ninguno pudiera responder, el hombre de la barba rubia aplicó a sus labios un silbato, con el cual produjo un ruido agudo.

Varios hombres entraron precipitadamente en la tienda, y fueron a colocarse cerca de los camastros en que se hallaban los tres prisioneros.

—¡Bravos guardias! —declamó el que había llamado a aquellos hombres—. ¡Habéis pasado muy malas noches y realizado innumerables marchas y contramarchas y una larga travesía! ¡Os han burlado, insultado y vilipendiado descarada y torpemente! ¡Pero el que tanto os ha hecho sufrir, y que se llama orgullosamente el corsario Triplex, está en nuestro poder! ¡Aquí le tenéis!

Y mientras los guardias, a una señal del jefe, cogían a los prisioneros, demasiado débiles no ya para resistir, ni siquiera para andar, el hombre de la barba rubia se inclinó ante el Capitán, y le dijo con irónica e irritante flema:

—¡Me reconocerá ya el señor Triplex! ¡Es imposible que sin conocerme me haya declarado la guerra! ¡Yo le aseguro que seré correcto y caballeroso hasta el fin! Esto es lo conveniente enfrente de un adversario; y para que pueda juzgar con exactitud de la situación respectiva, le diré: ¡Yo soy *sir* Toby Allsmine, director de la policía general inglesa del Pacífico!

Y añadió con una sonrisa infernal:

—¡Al fin, el Corsario invisible está en mi presencia... y en mi poder!

Una vez más la policía, que no coopera siempre al triunfo del derecho y de la justicia, había vencido con la razón del más fuerte.

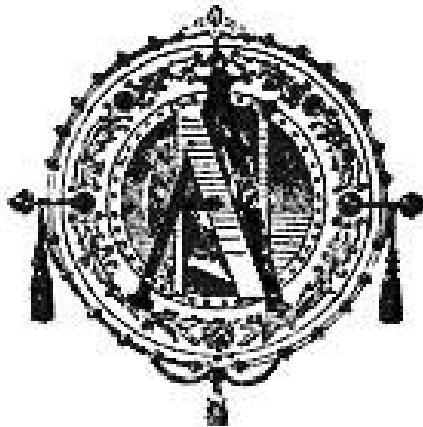
*La acción de esta novela continúa en la titulada Triplex, que formará el número siguiente de La Novela de Ahora.*

PAUL D'IVOI

# TRIPLEX

(SEGUNDA PARTE DE «EL CORSARIO INVISIBLE»)

— o —  
VERSIÓN CASTELLANA



MADRID

LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA, Editor

Calle de Valencia, núm. 28

CASA FUNDADA EN 1876



*CORSARIO*

*TRIPLEX*

- II -

*Triplex*

# Capítulo Primero

## Cautivos

Hacía muchos meses que la prensa de los dos hemisferios, en artículos de fondo, crónicas, variedades, ecos, noticias, etc., etc., refería las hazañas, los hechos prodigiosos de un ser incomprensible, ubicuista, que en todas partes hacía de las suyas y en ninguna se le encontraba.

¿Quién era?

¡Misterio!

Y la multitud, el vulgo, cada vez más ávidos de lo maravilloso desde que la política y la ciencia han quebrantado las antiguas creencias en lo sobrenatural, se había enamorado, digámoslo así, del ser desconocido que, duende moderno, evolucionaba a través de la sociedad actual; se servía del telégrafo y del teléfono y utilizaba la electricidad con la misma facilidad con que las hadas o los genios de otros tiempos empleaban los polvos de la madre Celestina<sup>[3]</sup> o las píldoras del Diablo.

Los pueblos aplaudían, y a la policía se le llevaban los demonios.

Y el misterioso personaje, que de común acuerdo el vulgo y la policía designaban con el nombre de corsario Triplex, continuaba riéndose grandemente de sus enemigos.

Éstos eran muchos.

El Corsario, en efecto, había anunciado la intención de hacer destituir y ahorcar luego al Director general de la policía inglesa en el Pacífico, residente en Sidney (Australia), en su hotel de Paramata Street, el cual, al decir de su extraño adversario, se había hecho culpable de varios crímenes para obtener y conservar el elevado cargo oficial que desempeñaba.

Júzguese qué efecto produciría este reto contra *sir* Toby Allsmine, el Director general aludido, que tenía en su favor a Inglaterra entera.

Pero sucedió que una buena mañana, cuando todavía se ocupaban los periódicos en recordar hazañas del misterioso personaje, varios de aquéllos lanzaron la noticia siguiente:

«Habiendo sabido que el Corsario invisible estaba cercado por una erupción volcánica en las tierras de oro de Brimstone Mounts, en medio del desierto de Sandy (Australia occidental), adonde había ido a reunirse con un

cómplice, llamado Bob Sammy, sirviéndole de guía un indígena australiano llamado Mora-Mora, el Director general de la policía, *sir* Toby Allsmine, se dirigió sin perder tiempo al sitio indicado, teniendo la satisfacción de capturar al individuo que durante algún tiempo ha pretendido burlarse de la justicia».

Al público le entristeció esta noticia, porque el Corsario le era muy simpático. Hubo muchos incrédulos respecto de la exactitud de la noticia.

Pero pronto hubo de acabar la duda, porque se comprobó que la noticia era cierta.

Allsmine, en efecto, gracias a la complicidad imprevista de la erupción volcánica, se había apoderado del enemigo, hasta entonces inútilmente perseguido.

—¡Mejor hubiera sido morir prisioneros del fuego que cautivos del Director de la policía! —había dicho el Corsario.

Cautivos: la frase era exacta, y *sir* Toby se encargó de demostrarlo. Obedeciendo sus órdenes, dos hombres fueron destinados a la custodia de cada uno de los europeos. Mora-Mora, considerándolo ajeno a los crímenes de que se acusaba al Corsario, fue puesto en libertad, devolviéndole sus armas y facilitándole algunas provisiones. Se le invitó a salir del campamento y a marchar, con formal intimación de no volver la cabeza.

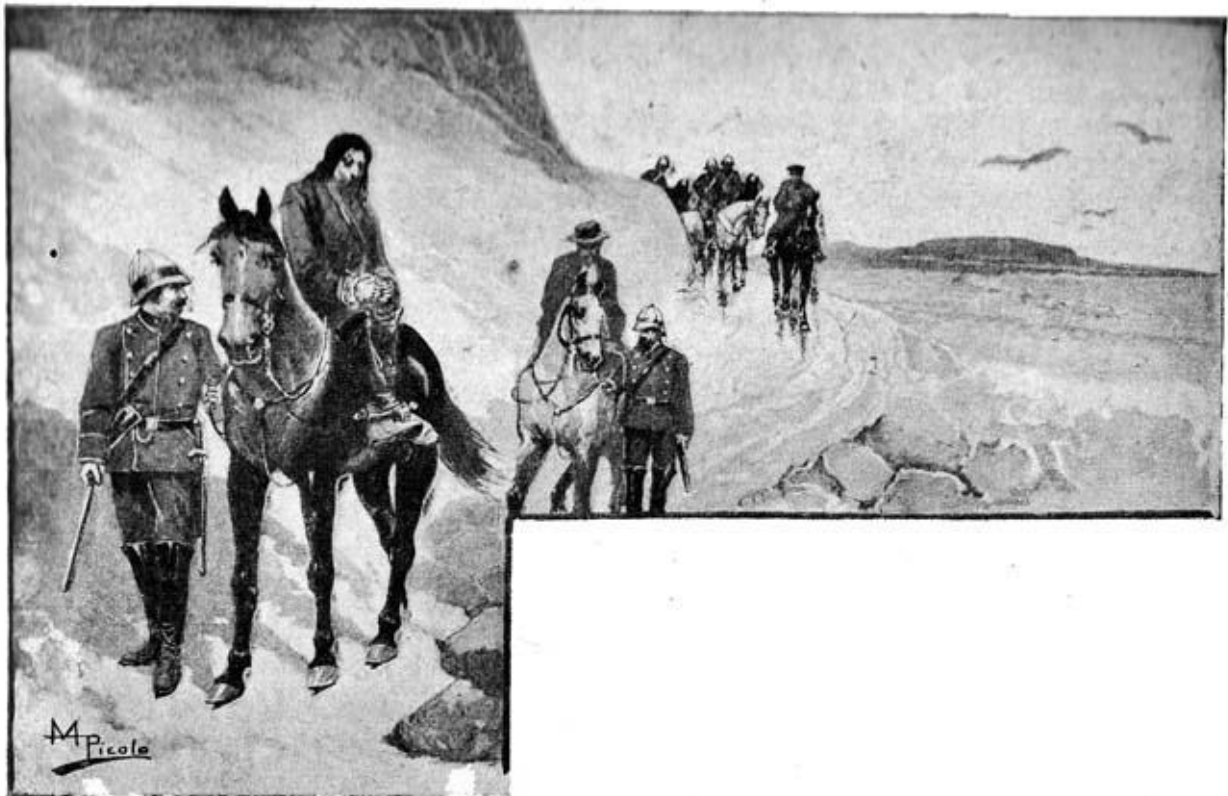
Sabiendo los guardianes la importancia que su jefe daba a la captura del Corsario, a quien no quería permitir ni siquiera la ilusión de poder evadirse, exageraron las precauciones. El Capitán y Bob fueron atados de manera complicada, que hacía muy difíciles sus movimientos; y como si esto fuera poco, todavía les pusieron esposas y grillos.

Para escaparse en estas condiciones hubiera sido preciso tener un poder mágico, y los más eficaces sortilegios hubieran sido vanos, inútiles, ante aquellas cadenillas de acero, procedentes directamente de las inimitables manufacturas Sheffield.

Así atados y encadenados los dos prisioneros, experimentaron las diversas fases de la convalecencia.

Habiendo recobrado las fuerzas por medio del alimento, que no se les escatimó, al tercer día los subieron a dos caballos que sus guardianes llevaban a mano, y toda la gente se alejó del campo del oro y del sulfuro.





Muy penosa fue la travesía del desierto: el Sol lanzaba sobre la Tierra implacables rayos, y los prisioneros, atados a los caballos, sufrieron un martirio cruel.

Por la noche los desgraciados podían a lo menos respirar; pero el día era atroz. Sin embargo, el Capitán, sombrío y aplanado al principio, parecía recobrar ánimo poco a poco.

Al fin de la tercera etapa Bob Sammy notó que su compañero le miraba con suma fijeza. Adivinó que el Corsario quería decirle algo. Cuando hicieron alto, el gigante, pretextando estar muy fatigado, se tendió en tierra a dos pasos del sitio en que Triplex se había acostado.

Nadie sospechó nada. Ciertamente que los cautivos, atados, sujetos de la manera sabia cuyo secreto posee la policía de ambos hemisferios, no era posible que se fugaran, y, por consiguiente, no era muy extremada la vigilancia de los hombres de la escolta. Bien seguros los tenían.

El Capitán había notado esta circunstancia, y por eso había dirigido expresivas miradas al gigante, seguro de que éste le comprendería.

Mientras Allsmine se retiraba a su tienda de campaña y los policías, dejando centinelas, se dirigían a preparar la cena, los prisioneros parecían dormidos.

De pronto, el Corsario abrió los ojos, se aseguró de que no los espiaban y de que ninguno de los guardianes podía oírle, y sin hacer movimiento alguno, con una voz tenue como un suspiro, llamó:

—¡Bob!

Demasiado habituado a la vida del desierto para hacer un gesto imprudente, Bob murmuró:

—¡Oigo, señor!

—¡Oye! Mañana llegaremos a la posada de Cawson, donde me detuve al venir a buscarte.

—Bueno.

—Es preciso que te escapes, Bob.

—Lo haré, porque me lo mandas. He recobrado las fuerzas, y romperé las ligaduras y los hierros como si fueran de papel.

—No; no quiero *separarme* contigo.

—¡Bien! ¡Callemos! ¡Alguien viene!



Se acercaba uno de los polizontes. Acaso había oído algún ruido, y con la desconfianza inherente a su profesión, iba a dar un vistazo a los prisioneros. Los vio inmóviles, con los ojos cerrados, y durmiendo como si fueran felices.

—¡Vamos; estaría yo soñando! ¡Estos tunantes están dormidos como unos benditos!

Y encogiéndose de hombros fue a reunirse con sus compañeros.

Después de unos momentos el Capitán volvió a llamar.

—¡Bob!

—¡Señor!

—Es preciso que huyas. No me interrumpas: el tiempo es corto. Evadirnos los dos es imposible, porque a mí me vigilan particularmente. Tú te fugarás. Conoces el país: llegarás al río Schaim, cerca de las Tres Agujas; amigos míos están ocultos allí con una barca. Les dirás: «Yo soy el que el Capitán vino a buscar. Le ha cogido el

Director de la policía, y le lleva a Sidney. Volvamos nosotros también, y *miss* Maudlin decidirá lo que ha de hacerse».

—Lo haré todo; pero ¡silencio!

Era que volvía el mismo hombre que antes los había interrumpido.

—¡Por el zancarrón del Demonio! —exclamó—. ¡Yo tengo unas orejas que oyen hasta lo que no se habla, hasta lo que se piensa! ¡Bah; separemos a este par de filibusteros, y así no volveré a molestarme aunque oiga lo que oiga!

Evidentemente, el individuo estaba dotado de un órgano auditivo privilegiado, y le había sorprendido el murmullo de los prisioneros. Llegóse a Sammy y le dio un puntapié.

—¡Hola! —exclamó el minero, abriendo los ojos como un hombre que se despierta sobresaltado—. ¿Qué pasa? ¡No es muy cortés, que digamos, pisar a las personas que no se mueven!

El polizante soltó una carcajada.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Pues levanta!

—¿Por qué?

—¡Porque a mí me da la gana! Seguirás durmiendo; pero más lejos, más lejos. ¡Levanta, o te sacudo!

—¡No está bien molestar a un preso!

—¡Bah! ¡Bah! ¡No te quejes, hombre! ¡Un puntapié se puede sufrir mejor que ser colgado de la horca que te espera a ti y al otro!

Bob tuvo que dominarse mucho para no protestar; pero se levantó, y siguió dócilmente a su guardián. A veinte metros el agente de *sir* Toby designó un sitio cubierto de musgo a la sombra de un árbol frondoso.

—¡Anda, échate ahí! Y confiesa que te quejas injustamente, porque te he proporcionado mejor sitio para descansar y dormir a pierna suelta. ¡Ya puedes darme las gracias!

El gigante se acostó sin responder, y el polizante fue a sentarse a poca distancia, cerca del fuego donde se condimentaba la cena de la caravana.

El Capitán no se había movido, como si nada hubiera oído ni entendido.

Fue preciso sacudirle y empujarle para despertarle cuando le llevaron su ración.

Comió pronto, bebió un vaso de agua con unas gotas de *whiskey*, y otra vez se durmió.

## Capítulo II

### *La puñada de evasión*

La noche pasó sin incidente. De mañana la caravana volvió a emprender la marcha para llegar al caer la tarde a la posada de Cawson.

Éste, aleccionado por una larga experiencia en las costumbres de los *placeres*, no manifestó la más leve sorpresa al reconocer a los prisioneros. No se cuidó de ellos, ni por ningún modo dio a entender que ya los había visto.

Pero la prudencia no excluye la curiosidad, y, además, Bob Sammy era uno de esos clientes que no tienen nada de avaros del oro arrancado a la Tierra: el posadero lo sabía mejor que nadie. Aprovechó, pues, un momento en que la escolta estaba ocupada en la degustación de una comida muy copiosa, para acercarse a la ventana de la estancia destartalada en que estaba encerrado Bob.

La ventana estaba entreabierta.

—¡Eh, Bob Sammy! ¿Cómo aquí? —le preguntó con interés.

—Ya lo ves, y me alegro de verte.

—Yo también me alegraría de verte, pero en mejor situación.

Sonrió el gigante.

—Te creo, Cawson; y tengo que decirte que de ti espero cambiar pronto de situación.

—¿De mí? —murmuró el posadero en tono grave—. Supongo que no te ocurrirá que pueda ayudarte a escapar de la policía. Has de pensar que tengo una casa, un establecimiento acreditado por muchos años de honrado trabajo.

Bob le interrumpió:

—No, no; no pretendo nada de lo que te figuras. Tú no me ayudarás, amigo Cawson; lo que harás será no oponerte a mi fuga.

El posadero abrió los ojos.

—¿No oponerme?

—Sí: bastará con que esta noche no sueltes los perros. Nada puedes temer porque los perros estén atados dentro, puesto que, habiendo tan fuerte golpe de policía en tu casa, nadie ha de venir a acometerte.

—Es verdad; pero ¿y si me acusan de complicidad?

—Nadie lo sabrá, amigo Cawson, y, además, voy a decirte dónde tengo escondidos dos sacos que contienen cerca de cuarenta libras de polvo de oro.

Estas palabras mágicas hicieron el milagro de cambiar en un segundo la

fisonomía del posadero. Era grave y recelosa, y tornóse risueña y expansiva.

—¡Cuarenta libras! —repitió.

—Ya lo he dicho.

—¿Y me las das?

—Te indicaré dónde está el escondite, y tú mismo irás a coger el metal.

—Si haces lo que dices, no desataré los perros esta noche.

—Pues bien; el escondite está en mi cabaña, en Brimstone Mounts. Entrás, cuentas cuatro pasos, y registras el suelo allí donde hayas puesto el pie. Tienes que arrancar cuarenta centímetros de tierra. Debajo hay una plancha de hierro, y bajo la plancha, el escondite.

Cawson oía atentamente, sofocado de alegría y de codicia.

—¿No te burlas de mí?

—Te doy mi palabra de caballero.

—¡Te creo, Bob Sammy, te creo! ¡Ya sabía yo que no te seducen las riquezas! Iré a Brimstone Mounts, y tomaré las cuarenta libras de oro en memoria de mi mejor amigo, que eres tú.

—¡Bien; pero ojo con los perros!

—¡No tengas cuidado! Cawson es un hombre formal y cumplidor de su palabra. Vete tranquilo, y que la escapatoria te haga feliz.

Los polizontes llamaron al posadero. Éste se fue, después de cambiar una postrera mirada de inteligencia con el prisionero.

Bob quedó solo. Oyó hasta muy tarde las risas y la charla de los hombres de la escolta. Después reinó el silencio, interrumpido solamente por el ruido regular de los pasos del vigilante, que se paseaba en el patio delante de la ventana de la estancia desmantelada en que le habían encerrado.

Entonces, lentamente, el hércules extendió los músculos, rompió las ligaduras, y se soltó los nudos que le oprimían las manos y los tobillos.

—¡Estas ligaduras son buenas para mujercillas! —dijo—. ¡Tiene que ser muy poco robusta la humanidad para que se la sujete con tales cosas!

Después bajó del camastro, y arrastrándose sobre las manos y las rodillas se dirigió a la ventana.

El vigilante estaba de espaldas.

—¡Oh; reconozco a ese tunante! Es el mismo que me dio el puntapié cuando creyó que hablábamos el Capitán y yo. ¡Mejor es que sea ése que otro!

Súbitamente saltó por la ventana. El vigilante se volvió al oír el ruido: le vio, abrió la boca para gritar; pero el grito quedó dentro de su garganta, porque Bob le aplicó una terrible puñada. El infeliz cayó como un buey bajo la terrible maza del matarife.

El gigante se inclinó sobre él y le palpó el cráneo.

—¡Me parece —dijo entre dientes— que le he pegado demasiado fuerte! ¡Me parece que le he destrozado la cabeza! —E irguiéndose murmuró—: ¡Tanto peor para

él! ¡Después de todo, la vida no es muy cómoda para estos pobres guardias!

Pronunciada esta lacónica oración fúnebre, Bob se apoderó de las armas del muerto, fue a la cuadra, sacó uno de los caballos ya ensillado, y llevándole de la brida, le hizo salir silenciosamente a la parte posterior de la posada.

A poca distancia cabalgó, y apretando la barriga del caballo con sus robustas piernas, le lanzó a escape hacia el Este.

El Capitán, encerrado con centinelas de vista en otra parte del dominio de Cawson, no podía conciliar el sueño. Atento el oído, temblaba de oír algún rumor, porque sabiendo que Bob había de aprovechar la noche para escapar, temía que fracasara en su empresa.

En este caso los dos estaban perdidos. La esperanza que tenía en la reunión de Bob con los marineros que formaban la tripulación de la barca, se desvanecería, y esto sería una desgracia irreparable.



Pasaron las horas, y nada alteró el silencio de la noche.

Al fin, por las junturas de las maderas de su prisión el Corsario vio la primera débil claridad del día, y pronto oyó pasos que sonaban fuertemente en el piso. La escolta se preparaba, y pronto continuarían el viaje.

Ansioso, saltándole el corazón en el pecho, el Capitán se acercó a la puerta. Si

Bob había cumplido sus órdenes, si había tenido la habilidad de burlar a sus guardianes, pronto llegaría el momento en que se descubriera su fuga. Aquella fuga no podría menos de provocar voces, gritos, y el eco llegaría a sus oídos y colmaría sus esperanzas.

Diez minutos pasaron en una inquietud febril. ¿Cómo no se oía nada? ¿Le habría desobedecido Bob? ¿Habría tropezado con obstáculos insuperables? No es posible describir la emoción con que el Capitán se hacía estas angustiosas preguntas. En su rostro se veía la expresión más terrible de la duda, del temor; un martirio indescriptible.

Súbitamente se cambió todo este tormento en satisfacción. Acababa de oírse un grito de sorpresa y de cólera, seguido de vociferaciones, de verdaderos aullidos. Entre todas las voces el Capitán reconoció la de *sir* Allsmine.

—¡Muerto! —gritaba el Director. —¡Asesinado! ¡Rota la cabeza! ¡Y falta un caballo! ¡Voto a los cuernos del Demonio! ¿Habría escapado el infame Triplex? ¡Corred a ver!

Y siguió el vocerío, el correr desenfrenado, una carrera de jauría persiguiendo a una fiera, y toda la escolta cayó sobre la puerta de la estancia de Triplex, y la invadió brutalmente.

Viéndole tranquilo en su camastro, al que había vuelto al convencerse de la fuga de Bob, los vigilantes se detuvieron sorprendidos.

—¿Qué hay? —preguntó *sir* Toby desde fuera.

—¡El Corsario está aquí! —le respondieron.

—Entonces, ¿qué ha sucedido? Bajad al prisionero, y vamos a aclarar esto.

Agarrado de los brazos Triplex salió, bajó la escalera sin saber cómo, y se encontró por fin en el patio, en presencia de *sir* Toby, inmóvil cerca del cadáver del centinela muerto por efecto de la puñada de Bob Sammy.

*Sir* Toby lo comprendió todo. La ventana abierta por la cual Bob saltó había llamado su atención, y acercándose, había visto que la estancia estaba vacía.

—¡Es el otro canalla el que ha escapado! —pensó—. ¡Bah! ¡Ese preso era una captura de importancia secundaria! ¡Así podremos vigilar mejor al principal culpable!

Y mirando al Corsario con expresión cruel, dijo:

—¡Sí, señor Triplex; vamos a cuidar de ti, y a velar por ti como no lo haría una madre por su hijo!

Y luego, dirigiéndose a sus guardias, gritó:

—¡A caballo, mis valientes! ¡Esta noche estaremos en las Tres Agujas, y la navegación nos proporcionará el descanso que tanto necesitamos después de tantas fatigas!

Con la mayor rapidez estuvo dispuesta la tropa, y todos a caballo, salieron de la posada acompañados de los saludos más respetuosos del honorable Cawson, encantado de la excelente operación convenida con su amigo Bob Sammy.

El descanso del mediodía fue abreviado todo lo posible, y hacia las cuatro de la

tarde hombres y caballos, bien fatigados, llegaron a los bosques de la orilla del río Schaim, al pie de las Tres Agujas.

Los marineros acampaban enfrente de una chalupa de vapor amarrada a las nudosas raíces de un árbol.

Eran la tripulación y la embarcación que habían llevado a aquel sitio a *sir* Toby Allsmine.



## Capítulo III

### El «Destroyer»

Era muy tarde para continuar la marcha por agua. Los ríos australianos, que en estío se quedan en seco y en comenzando las lluvias son torrentes desencadenados, están llenos de escollos y tropiezos, y es muy imprudente aventurarse en ellos de noche.

Después de una ligera refacción toda la caravana se entregó al descanso. El Capitán había sido trasladado a bordo, encerrado en un camarote, y dos hombres le vigilaban revólver en mano.

Parecía no preocuparse de aquel lujo de precauciones, y se acostó con la misma complacencia que si estuviera rodeado de amigos fieles.

Nada hubiese perturbado la calma de la noche tibia, serena, de perfumado ambiente y de cielo rebosante de astros hermosos, si a cosa de la una no se hubiera oído una detonación. Un centinela había hecho fuego.

Toda la tropa se alarmó; pero la alarma no había sido motivada. El centinela se figuró haber visto una gran masa negra deslizarse por el río, y lo sostenía enérgicamente; pero ante las observaciones y las bromas de sus camaradas acabó por dudar él mismo del testimonio de sus sentidos. Y lo cierto era que, en efecto, había visto la masa negra, que no era otra cosa que la embarcación del Corsario llevando hacia el mar su tripulación, aumentada con Bob Sammy.

Persuadidos de que el centinela estaba malo de la cabeza y había visto visiones, volvieron todos a dormir con la mayor tranquilidad.

Al ser de día se dispuso el embarco. La chalupa tenía la caldera encendida, y a una señal del Jefe supremo Allsmine marchó a todo vapor entre las orillas verdes del río.

Durante tres veces en las veinticuatro horas recorrió la embarcación las aguas dulces. Al llegar la noche saltaban a tierra, se establecía el campamento, y por la mañana continuaban el viaje.

Sólo el cuarto día, último de navegación fluvial, se modificaron estas prudentes disposiciones. Al crepúsculo la embarcación había llegado al golfo por donde el Schaim vierte en el Océano indio. En aquel sitio el cauce es ancho y profundo, y *sir* Toby mandó que se navegara a pesar de la obscuridad, a fin de abordar al *Destroyer* la noche misma.

A las dos de la madrugada la chalupa estaba junto al crucero, y sólo con el auxilio

de los marineros de servicio, a tal hora la tripulación de la chalupa y los guardias y el Director general y el prisionero trasbordaron sin novedad,

El Corsario fue llevado a un camarote en la parte posterior del barco, cuya puerta sólida y con una abertura ovalada en la parte superior, provista de un cristal grueso, permitía a sus guardianes observar todos sus movimientos. Allí encerrado le dejaron entregado a sus reflexiones. El Director de la policía estaba ya completamente tranquilo: su prisionero no se le escaparía, porque el Océano, con su agitada inmensidad verde, le guardaba mejor que un ejército.

Encerrado Allsmine en su espléndido dormitorio, descansó como hacía mucho tiempo no le era permitido descansar. Durmió con la tranquilidad del que no tiene conciencia.

Todos sus terrores habían desaparecido: el enemigo que tantas veces se le había escapado, ya estaba en su poder. Pronto haría ejecutar en la horca como adversario de la Gran Bretaña al Corsario que había osado chocar principalmente con él; pronto quedaría reducido a la nada su acusador, y él continuaría viviendo poderoso y respetado. Había, sin embargo, una sombra en este cuadro: su mujer, cuya ternura maternal cada día era más intensa. Pero el Director, optimista, no se dignaba fijarse en ese detalle. Su mujer se conformaría ante el brillante triunfo del alto funcionario, y él sabría encerrarla en un circuito tan estrecho, que a su hija Maudlin, si era cierto que vivía, no le sería fácil llegar hasta su madre.

Sir Toby se levantó tarde. El balanceo del barco le hizo saber que éste se había puesto en marcha, y se restregaba las manos contentísimo, pensando que llevaba a Sidney al Corsario, cuya audacia tanto había divertido al público, con detrimento notorio del prestigio del principio de autoridad.

Sonriente, colorado, flamante, subió al puente.

Una mirada le bastó para comprender que mientras descansaba habían hecho bastante camino. La costa aparecía al Este como una niebla que a cada momento se aclaraba.

Voces alegres le interrumpieron en sus agradables reflexiones.

Armando Lavarède, su mujer y la egipcia, encantadoras con sus vestidos claros, le rodeaban.

—¡Buenos días, mi querido director! —exclamó el periodista—. ¡Al fin le vemos a usted! ¿Qué tal ha hecho usted su viaje?

—Perfectamente bien. Pero ¿y usted? ¿Y estas damas, flores delicadas en el desierto de la vida?

—¡Hola! ¡hola! ¿Está usted en vena de madrigales? Yo creía que sólo en Francia se usaba el lenguaje poético.

—¡Error, señor Lavarède! La Australia goza de un excelente clima, y los rayos de los ojos femeninos excitan poderosamente a canciones de amor.

—Parece, señor Allsmine, que la expedición de usted ha sido feliz. ¿Me equivoco?

Al oír esta pregunta, hecha por el parisiense con evidente curiosidad, Allsmine, con aire satisfechísimo y con impertinente suficiencia, contestó:

—¡Mis medidas estaban perfectamente dispuestas! ¡Estaba segurísimo del resultado!

—¿De suerte que el corsario Triplex...?

—Es un triple prisionero; prisionero del mar, de la tripulación de este crucero, y del Director de la policía, humilde servidor de ustedes.

Un observador suspicaz habría advertido en la fisonomía de Armando y de las dos mujeres una impresión que no era precisamente de satisfacción, y, habiendo podido leer en el corazón de la egipcia, habría visto claramente este pensamiento:

—¡Qué lástima! ¡Preso el Corsario, protector de Roberto!

Pero el Director estaba demasiado ufano de su triunfo para tener la más íntima dosis de perspicacia, y añadió:

—¡Sí, sí; el tunante me ha dado mucho que hacer! Es muy listo: yo soy justo, y lo reconozco. Y hombre sereno. Ha perdido la partida, y no se ha quejado ni ha recriminado a nadie, ni a su mala suerte siquiera. Le he traído del desierto de Sandy al camarote que ocupa ahora, sin que haya dado el más leve motivo de queja. ¡Así deben conducirse los hombres!

—¡Ah! ¿Está encerrado en un camarote?

—¡Ya lo creo! ¡Y bajo llave!

—¿Será un hombre de terrible aspecto? —preguntó Aurelia.

—¡Nada de terrible!

—¿Es posible?

—Así es, bella señora. El tunante es todo un buen mozo. Sus ojos son muy expresivos, lo que me ha sorprendido mucho en hombre tan osado. Es una persona simpática, y casi, casi parece tímido. ¡Digo! ¡Tímido un hombre de su genio! Si me atreviera a emplear otra comparación poética, diría que es un tigre con piel de oveja.

—¡Es singular! —murmuró la rubia Aurelia—. Lo que dice usted me hace entrar en deseos de verle.

—Nada más fácil.

—Qué, ¿lo permitiría usted? ¿No es ninguna imprudencia mi deseo...?

—¡De ningún modo! Está allá abajo, en un camarote de tres cristales, en la parte posterior. En la puerta hay un círculo de cristal, por donde se lo puede ver.

—¿Se le puede ver sin que él vea? ¡Vamos, vamos a verle, Armando! ¿Quieres venir tú también, Lucía?

*Sir Toby*, muy galante, ofreció el brazo a la joven.

—Permita usted que la acompañe —dijo.

—¡Oh! ¡De muy buena gana, y muchas gracias!

Ya Aurelia ponía el pie en el primer peldaño de la escalera, cuando el capitán del *Destroyer* fue a suplicar al Director que le concediera algunos minutos para un asunto del servicio.

Se trataba de la redacción de un informe sobre la conducta de la tripulación de la chalupa de vapor puesta a las órdenes de *sir* Toby durante su expedición.

Toby se excusó de no acompañar a sus amigos, y los invitó a ir sin él.

Las señoras no se lo hicieron repetir, y bajaron la escalera con un apresuramiento que claramente demostraba cuánto las interesaba conocer al Corsario.

El mismo Armando las seguía con dificultad. Ya no reían. Sus graciosos semblantes aparecían graves. No; no era una trivial curiosidad lo que las llevaba a la prisión de Triplex: era la viva simpatía que les había inspirado la afirmación escrita de Roberto.

El Corsario era el que había tendido una mano protectora al francés desalentado, el que, sin duda alguna, había libertado a Niari, testigo indispensable para la felicidad del primo de Lavarède, para la felicidad de la bella egipcia.

Sin embargo, al ir a llegar a los camarotes señalados no eran sus pasos tan presurosos. Una vaga ansiedad las emocionaba.

—¡Vamos! —dijo suavemente el periodista—. ¿No queréis ya ver a nuestro misterioso aliado?

Estas palabras parecía que galvanizaban a la bella egipcia.

Enfrente se veían las puertas de los tres camarotes de ínfima clase; los tres de madera vieja, y cada uno con una abertura circular cerrada con un vidrio grueso.

De puntillas, la joven miró a la primera. No había nadie. Sin vacilar ya, pasó a la segunda. Allí había un hombre inmóvil, mirando por el vidrio que daba al mar. Volvía la espalda a la gentil curiosa, y, sin embargo, ésta sintió al verle una extraña conmoción.

Aquella figura no le era desconocida; aquella actitud de reflexión y ensueño la había visto en otra parte.

Lucía exhaló un profundo suspiro.

En el mismo instante, como si se hubiese establecido una comunicación magnética, el prisionero se volvió. La egipcia le vio, y llevándose las manos al corazón, retrocedió y exclamó, sin poder contener aquel grito del alma:

—¡Roberto!

—¡Eh! ¿Qué dice usted? —preguntó Lavarède sorprendido.

La egipcia, sin aliento para contestar, señaló con la mano el vidrio. Armando se precipitó, miró, y murmuró a su vez:

—¡Mi primo!

—¿Cómo? —preguntó Aurelia—. ¿El Corsario es nuestro primo?

—¡El mismo!

—¡Os habréis engañado!

—¡Vamos a saberlo!



Con la prontitud de resolución que le caracterizaba, el periodista salió a la entrada del corredor, se aseguró de que no había por allí ningún importuno, y volviendo a la puerta de la prisión, dio un golpe en el cristal. Al ruido el cautivo se estremeció. Se acercó, reconoció a Armando, sonrió, palideció, enrojeció, todo en un instante, y le hizo seña de esperar.

Sacando un carnet del bolsillo, trazó nerviosamente algunas líneas, arrancó la hoja, se bajó, y deslizó el papel por debajo de la puerta, que, por suerte para nuestros amigos, no cerraba herméticamente.

Armando cogió el papel; y mirándole Roberto, porque, en efecto, él era el prisionero, leyó lo que éste había escrito. Era lo siguiente: «¡Silencio! Nadie debe saber quién soy yo. En Sidney, procurad saber a qué cárcel voy a ser llevado, y advertid a James Pack, secretario del Director de policía. Así podremos reunirnos otra vez».

Y como después de haber leído Armando le interrogaba con la mirada, y era imposible toda conversación, Roberto inclinó muchas veces la cabeza como afirmando y corroborando lo que había escrito, y le sonrió tiernamente cuando su primo le aseguró con el gesto que seguiría sus instrucciones.

Oyóse ruido de pasos. Alguien iba a interrumpir la conferencia muda del prisionero con quienes tanto se interesaban por él.

La egipcia se aproximó al círculo de cristal y apoyó en él la frente; Roberto, adivinando el pensamiento de su prometida, pegó los labios al otro lado, y en la transparencia del cristal quedó un momento la huella de aquel beso casto y puro de un amante cautivo.

Allsmine llegó, y se excusó nuevamente de no haber acompañado a sus amigos, sin sospechar qué útil había sido para éstos su ausencia. Y notando la contrariedad que se revelaba en el semblante de todos, exclamó estúpidamente:

—¡Me parece que la presencia de semejante criminal no ha complacido a ustedes!

—¡Sin duda! —se apresuró a decir Armando—. No se mira uno frente a frente con un bandido tan célebre sin pensar que el encuentro sería mucho más desagradable si tal sujeto estuviera libre, y no como está, bien encerrado.

*Sir Toby* se rió ruidosamente.

—¿Cómo? ¿Estas señoras tiemblan sólo de pensar si estuviera libre?

—Tiemblan. Es muy natural, señor director: ya puede usted suponer que no tienen costumbre de frecuentar el trato de corsarios y otros bandoleros.

—Ya lo supongo; pero pueden estar absolutamente tranquilas.

—Así lo creemos.

—El señor Triplex no dará ya miedo a nadie.

—Difícil es su situación.

—Su situación cambiará pronto.

—¿Cree usted...?

—Estoy seguro. Ese bandolero comparecerá ante una jurisdicción excepcional,

como reo de haber atentado a la seguridad de las posesiones inglesas, y una semana después de nuestro arribo a Sidney podréis verle balanceándose en la horca, donde ya no parecerá temible a nadie.

Oyendo estas crueles palabras, la egipcia no pudo reprimir un doloroso movimiento nervioso. El Director, ¡es claro!, no comprendió el sentido de la emoción de la joven, y continuó:

—Quiero que tengan ustedes un recuerdo de la aventura. En Francia es creencia muy extendida que la cuerda del ahorcado proporciona la felicidad. Pondré aparte unos cuantos centímetros de la que sirva para enviar al buen mozo a otro mundo mejor. Ese pedazo de cáñamo os recordará siempre mi buena amistad.

Muy satisfecho de su amabilidad, Allsmine acompañó a sus amigos hasta el puente; pero pronto éstos, a quienes no seducía tan desagradable compañía, se retiraron con diversos pretextos. Se reunieron en el camarote de la egipcia, y allí la triste dejó correr libremente el torrente de sus lágrimas, mientras Armando repetía:

—¡También James Pack es enemigo de este rinoceronte Director de la policía! La nota de Roberto lo prueba. ¡Tengamos confianza, Lucía; tengamos confianza, que todo irá bien!

## Capítulo IV

### *Un periodista asombrado*

La travesía duró once días; pero, a pesar de todos sus esfuerzos, Lavarède no pudo acercarse otra vez a su primo.

Le veía, porque el cautivo subía todos los días al puente, y allí le era permitido pasear durante dos horas —delicada atención de *sir* Allsmine—; pero como le escoltaban dos guardias que espiaban todos sus movimientos, todo lo más que podía hacer era cambiar alguna mirada con su primo y las dos mujeres.

Seguramente, aquellas miradas expresaban mudos sentimientos, sobre todo cuando se fijaban en la dulce y melancólica fisonomía de la egipcia; pero, por más que digan los poetas, los ojos, esos espejos del alma, necesitan el auxilio de la lengua para hablar claramente y que se entienda lo que dicen.

No pudiendo hablar con su primo Armando, quiso hablar con *sir* Allsmine; y después de varias preguntas, motivadas, al parecer, por su deseo de instruirse del estado social, judicial y administrativo de Australia, adquirió la certidumbre de que Roberto, considerado como reo político, detenido bajo la inculpación de haber atentado a la seguridad del país, sería encerrado en la prisión especialmente destinada a los acusados de delitos políticos.

Al capitán del *Destroyer* le preguntó dónde se encerraba a los presos políticos, y así supo que los reclusos en la prisión Macquerie.

—Esa prisión —le dijo el Capitán— es una antigua fortaleza, ya inútil porque los progresos de la balística han obligado a los *Vaubans*<sup>[4]</sup> modernos a modificar grandemente las obras de defensa.

»Impotente contra los obuses de melinita, la fortaleza se ha convertido en cárcel, y sus muros de cuatro metros de espesor, sus celdas estrechísimas, antiguas casamatas abiertas en tubos de piedra, hacen imposible toda tentativa de evasión.

Estos detalles, recogidos aquí y allá, no eran los más apropiados para satisfacer y tranquilizar al periodista. Estaba persuadido de que obtener la libertad de Roberto era, si no imposible, muy problemático.

Así, cuando, el *Destroyer* ancló en Puerto Jackson, Armando desembarcó muy preocupado, y después de dejar instaladas a su mujer y a la egipcia en el Centennial-Park-Hotel, tomó el camino de Paramata Street. Según los deseos del prisionero, lo era urgente hablar con James Pack, aunque, a la verdad, no tenía gran confianza en la



intervención del secretario de Allsmine.

Pero no tuvo necesidad de entrar en el hotel de éste. Cuando estaba pensando cómo podría sin excitar sospechas de Toby visitar al secretario, éste mismo, sonriente, amable como siempre, se acercó a él y se detuvo a saludarle.

—¡Bienvenido, señor Lavarède! —le dijo—. No hay que preguntar a usted por la salud, porque ya se ve en su aspecto que la disfruta completa.

—Sí, en verdad; estoy bien de salud. ¿Y usted?

—Yo, perfectamente.

—Lo celebro. Pues yo tengo buena salud material; pero un humor de los mismos diablos.

—¡Hombre! ¿Cómo eso?

—Si usted puede y quiere perder unos minutos, creo que le haré conocer la afección que padezco.

—Estoy a la disposición de usted.

—Pues vamos un poco más allá. ¡Temo que pueda sorprendernos algún indiscreto!

El secretario se sonrió, y sin hacer ninguna observación se alejó del hotel de Allsmine, siguiendo a Armando.

Éste entró en la primera calle lateral que encontró, y seguro de que no los verían desde las ventanas del hotel, dijo al secretario:

—Señor Pack, tengo un encargo para usted.

—¿Un encargo? ¿Qué es ello? ¿De quién?

—Del corsario Triplex.

Al oír este nombre Pack se echó a reír.

—¡Ah, sí! ¡El Corsario capturado por mi hábil principal en Brimstone Mounts!

—Justamente.

—¿Y qué? ¿Tiene usted dudas acerca de su identidad? Míreme usted bien, señor Lavarède. Le agradezco su interés por el prisionero; pero le advierto sinceramente que estoy informado de todo.

—¿De todo?

—Absolutamente. Sé hasta lo que usted viene a decirme.

—¿También eso?

—Seguramente.

—Permítame usted que lo dude.

—Pues oiga usted...

Y acercándose al periodista, le dijo lentamente al oído:

—Fuerte Macquerie.

—Tiene usted, señor Pack, un servicio admirable de información. Eso es precisamente lo que quería decir a usted. He cumplido el encargo del prisionero.

—En parte; porque él tiene otro deseo.

—¿Usted lo sabe?

—Sí; tiene el deseo de salir de la prisión.

—¡Oh! Seguramente; pero eso me parece difícil, Pack volvió a sonreír plácidamente.

—Pues, señor Lavarède, su primo Roberto no cree lo mismo que usted.

—¿Cómo? ¿Está usted enterado...?

—¡De todo, hombre, de todo! Y sabe que pasado mañana estará fuera de la fortaleza.

—¿Pasado mañana? —repitió Armando en el colmo del asombro.

—Sí. Y ahora váyase usted a su hotel. Estese allí sin salir, dispuesto a seguir al mensajero que se le presentará.

Y sin esperar respuesta de su interlocutor sofocado y aturdido, James Pack echó a andar apresuradamente, dirigiéndose hacia Paramata Street.

—¡No —murmuró Lavarède, sin volver todavía de su asombro—, nunca en mi vida he visto tal acumulación de impenetrables misterios! En fin, hasta ahora no hay indicio alguno de próxima desgracia. Por el contrario, este señor Pack todo se lo encuentra hecho. ¡No he visto optimismo semejante! En fin, seguiré su consejo. Vamos al hotel, y esperemos allí los acontecimientos. Aurelia y nuestra amiga se alegrarán cuando les cuente mi entrevista con Pack.

Y más que de prisa se dirigió al Centennial-Park-Hotel.

## Capítulo V

### *El juego del ácido prúsico*

Mientras su primo hacía las diligencias precisas cerca de Pack, Roberto, sacado del camarote del *Destroyer*, ocupaba un carruaje acompañado de dos guardias.

El carruaje rodaba por las estrechas calles de la ciudad vieja; luego entraba en las grandes avenidas del Sidney nuevo, y finalmente se detenía extramuros, ante la puerta férrea de la fortaleza nombrada.

Carceleros con su uniforme gris recibían al preso de manos de los agentes de policía. Las puertas se cerraban tras él, y era conducido a una salita donde un comisario esperaba, pluma en mano, el momento de consignar el nombre de una nueva víctima en el siniestro libro de registro.

Roberto iba a saber por medio de aquel empleado carcelario hasta qué punto los anglosajones de Australia son respetuosos entusiastas de la libertad individual. Viéndole entrar acompañado por dos carceleros, el Comisario consultó una ficha que tenía sobre la mesa, y muy cortésmente le preguntó:

—¿Es usted el corsario Triplex?

Roberto inclinó la cabeza.

—¡Bien! En Europa hay la desdichada idea de sustituir con un número el nombre de la persona encarcelada. Es un atentado a la libertad, que nosotros, hijos de la libre Australia, nunca nos atreveríamos a cometer. Ahora bien; ¿quiere usted conservar su nombre, o adoptar un pseudónimo silábico o cifrado?

Roberto abrió enormemente los ojos asombrado de lo que había oído, y luego, con su buen humor, sorprendente en la situación en que se hallaba, dijo:

—Puesto que son ustedes tan respetuosos de la libertad, lo mejor que podían hacer es dejarme marchar.

La idea pareció muy graciosa al Comisario, que rió de buena gana; pero contestó jovialmente:

—¡Todo, excepto eso! No somos nosotros, es la sociedad la que le encierra. En este recinto podemos hacer lo que queramos; pero nuestra autoridad no pasa de las puertas de la prisión. Va usted a ver cómo en el interior concedemos la mayor suma posible de libertad.

Y añadió amablemente:

—¿El señor Corsario deseará ocupar un calabozo confortable?

—Todo lo mejor que haya.

—Probablemente, también la alimentación reglamentaria de la casa le parecerá deficiente y poco delicada, y preferirá que le traigan la comida del exterior.

—Seguramente.

—Tengo una satisfacción en poder servir a usted en cuanto desee. Ahora he de añadir que, mediante la debida retribución, está usted en libertad —y acentuó esta palabra— de proporcionarse y pedir todo lo que apetezca. Si repugnare a usted sufrir la severa pena a que le condenará seguramente el tribunal, nada se opone, ni nadie, a que apele a un veneno libertador. No insisto en este punto: pero si se decidiera usted en tal sentido, la farmacia de la casa puede servirle a su satisfacción; advirtiéndole que los precios son más económicos que en las boticas de la ciudad.

Roberto no pudo contener más tiempo la risa ante semejante proposición. Su buen humor complacía mucho al Comisario.

—Pero ya veo —le dijo— que no es usted un novicio, señor Corsario. Un hombre de su experiencia todo lo habrá previsto, y casi apostarí a que ya tiene usted en el bolsillo el medio de no ir a la horca.

Roberto hizo un gesto negativo.

—No tendría nada de particular, y nadie puede censurarle que haga uso de su derecho. Un hombre libre puede preferir el veneno a la cuerda. Nadie le registrará a usted, según el uso bárbaro del antiguo continente. En fin, para no cansar, la nota referente a usted en el libro registro será la siguiente: Corsario Triplex, calabozo confortable, 3 chelines diarios; comida del exterior, 8 chelines. ¿Está bien?

—¡Perfectamente! ¡Todo aceptado!

—¡Señor Corsario, es usted una gran persona!

Y dirigiéndose a un carcelero, le mandó:

—Acompañe a este caballero al calabozo número 2. Encargo a usted muy especialmente que le sirva con la mayor solicitud. Así lo tendrá usted entendido señor Grosby.

El Comisario hizo al cautivo una profunda y cortés reverencia, y siguió su trabajo burocrático.

Siguiendo al llamado Grosby, Roberto salió de la Comisaría de entradas, atravesó patios y corredores sombríos, y al fin penetró en una estancia bastante espaciosa, provista de una cama, un urinario de espejo, un lavabo, una mesa y varias sillas, todo de caoba. Parecía una habitación de hotel de segundo orden.

En la ventana enrejada había cortinas de tela de flores, y en el piso, una moqueta de mediano uso.

—¡No está mal el calabozo! —dijo el pseudocorsario...

Esta observación complació visiblemente al carcelero.

—¡Oh; es lo mejor de la casa! —dijo—. Si se sube usted en una silla, ve usted por encima del camino de ronda y la muralla exterior toda la parte baja de la ciudad y el puerto. ¡Hermosa perspectiva y aire muy sano! Es muy de sentir, señor, que las cuentas que tiene que ajustarle la justicia no le permitan residir aquí tanto tiempo

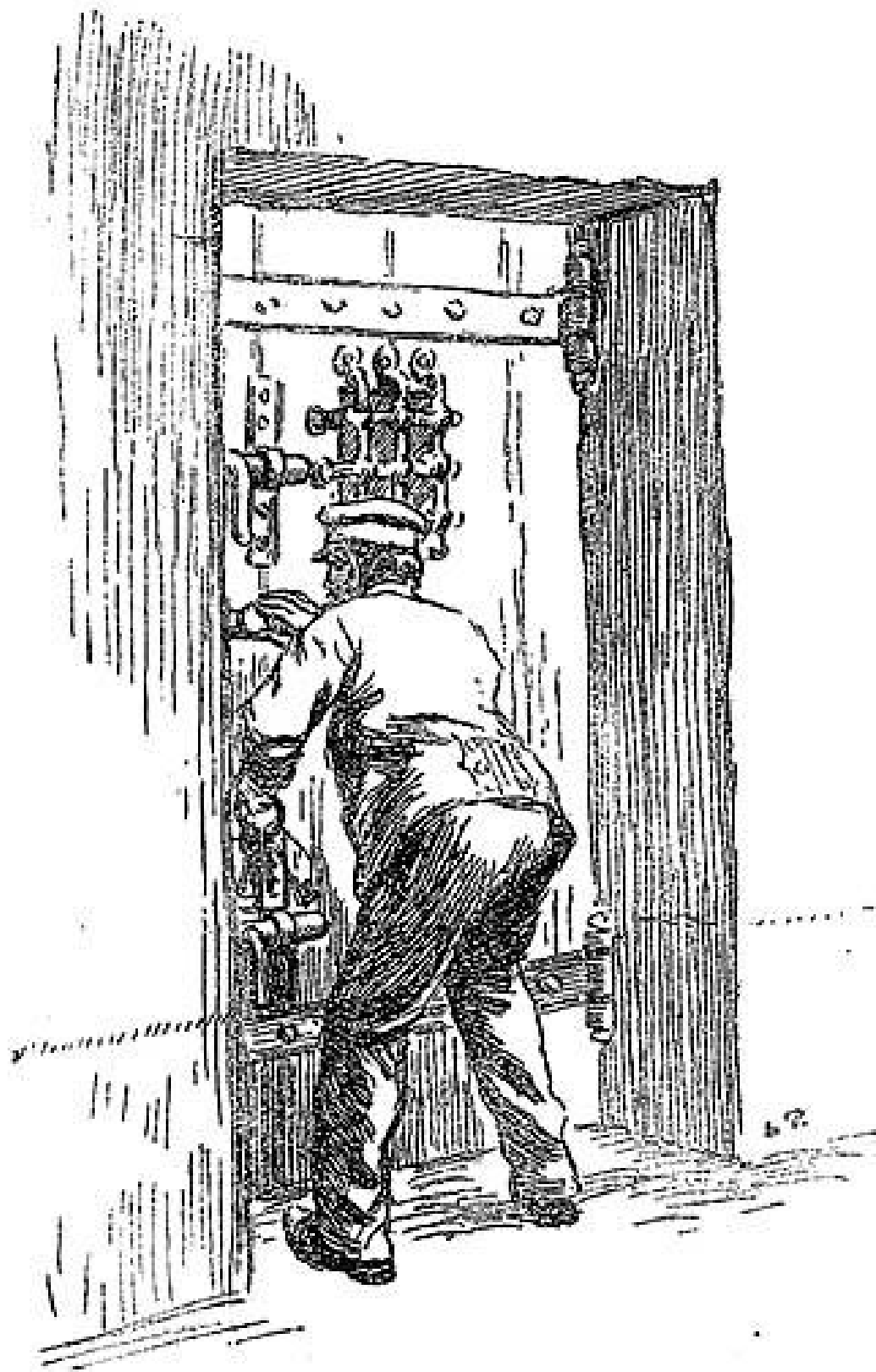
como yo quisiera.

Pero dándose una puñada en la cabeza, el buen hombre murmuró:

—Pero ¡qué bruto soy! ¿Para qué he de hablar a usted de cosas desagradables? Perdone usted, y vamos a hacer la lista de la comida. Conozco cerca de la prisión un *restaurant* cuyos guisos resucitarían a un muerto.

Y servicial, obsequioso, adivinando antes que las formulase el preso las objeciones y observaciones de éste, el carcelero no se separó de su prisionero hasta después de haber anotado una sucesión de manjares suficientes para satisfacer a diez personas.

Evidentemente, contaba con los restos de la comida, y con esto se le desarrollaba enormemente el apetito.



Su visible afecto al Corsario no fue parte a que dejara de cerrar la puerta con toda clase de cerrojos, llaves y candados, lo que hizo comprender al cautivo que si lisonjeaban y estimulaban sus gustos gastronómicos, no tenían igual debilidad respecto de sus ganas de marcharse.

Al verse solo se entristeció su semblante, y empezó a pasear por la habitación sin ocultar ya la agitación de sus dudas y temores.

—¡Con tal que Armando haya podido avisar a Pack! ¡Con tal que Pack se halle ahora en Sidney! ¡Oh; si estuviera ausente...! ¡Pobre Lucía encantadora, y *pobre* también, como dicen los ingleses!

Ciertamente, la eventualidad que evocaba no tenía nada de lisonjera. No se le había ocultado que su proceso sería tramitado con toda celeridad, y la perspectiva de ser colgado y de dirigir un adiós eterno entre cielo y tierra a su prometida, hubiera preocupado a cualquiera más alegre que él.

Felizmente, la vuelta del carcelero Grosby le interrumpió en sus reflexiones.

El amabilísimo guardián llevaba un gran cesto en el cual se agitaban platos, vasos y botellas.

Activamente puso la mesa. No hacía más que dirigir miradas tristes a su prisionero. Sus labios movíanse como para decir algo; pero no decía nada.

Sin embargo, cuando alineó sobre la mesa con plausible simetría platos, frascos, vasos y demás, Grosby se decidió a hablar.

—¡Señor Corsario! —murmuro.

Roberto le miró curiosamente, como preguntando qué quería decirle.

—Un caballero me ha dado en la calle una comisión para usted.

—¿Qué comisión? ¡Deme, deme!

—¡Oh! Yo la cumpliré fielmente. Usted disfruta aquí la libertad de recibir todos los objetos que le convengan. Me ha dado el caballero una cajita cerrada y lacrada. Pero antes de entregársela a usted quisiera hacerle un ruego.

—¿Un ruego? ¡Diga pronto!

—Pues bien; esa cajita me ha dado en la nariz que puede contener el veneno de que hablaba esta mañana el Comisario de entradas. Ya sé que tiene usted el derecho de tomar el veneno cuando le apetezca; pero me haría usted un gran favor si lo aplazase para lo más tarde posible. Soy padre de familia, tengo siete hijos, y el servicio de las prisiones constituye mi principal beneficio.

La sencillez y buena fe de la súplica desarrugó el ceño de Roberto. Verdaderamente, el Comisario no había faltado a la verdad: todas las libertades compatibles con el régimen celular, incluso la del suicidio, estaban concedidas a los presos.

Pero el carcelero esperaba su respuesta; tranquilamente le preguntó:

—Según mis cálculos, tendré todavía ocho días de vida antes de la ejecución de la sentencia.

—Sí, señor Corsario; poco más o menos.

—¿Qué ganará usted en servicio mío durante ese tiempo?

El guardián reflexionó un momento, y luego vacilando contestó:

—¿Es demasiado dos chelines cada día?

—¡Oh; de ninguna manera! En total, diez y seis chelines.

—Exactamente, si así le parece bien señor.

—Muy bien me parece.

Y buscando en el bolsillo, Roberto sacó un cheque de cinco libras esterlinas y se lo entregó al guardián, diciéndole:

—¡Vaya; no andemos en regateos! ¡Ahí tiene usted cien chelines!

Grosby se quitó el gorro y cogió el papel con las manos temblorosas, murmurando:

—¡Ciento! ¡Ciento! ¡Pero, señor, si no tengo para cambiar!

—Guárdelo todo, y deme a cambio la cajita que le han entregado en la calle para mí.

Con respeto profundo y visible tristeza, bien justificados ambos sentimientos por la generosidad del preso, el guardián lo entregó una cajita de veinticinco centímetros de largo y tres de ancho, perfectamente cerrada y lacrada.

Roberto la cogió con un movimiento de indefinible de terror.

—¡No se dé usted prisa, señor Corsario! —murmuró el guardián, realmente conmovido—. ¡Mientras hay vida, hay esperanza! ¿Quién sabe lo que puede suceder?

El prisionero despidió al hombre. Tenía ansia de quedarse solo y de conocer el origen y el objeto del misterioso envío.

Cerrada la puerta, oyó el ruido de los pasos del carcelero que se alejaba, y luego corrió a la ventana, cortó hilos, rompió sellos, arrancó la tapa de la caja y quedó estupefacto.

Sobre algodón en rama había en la caja una minúscula botellita de cristal llena de un líquido incoloro y cubierta con un rótulo en que se leían estas palabras: *Ácido cianhídrico*.

El cautivo contempló horrorizado el frasquito. No ignoraba que el nombre científico que acababa de leer era el del fulminante y terrible ácido prúsico, del cual basta una sola gota para producir la muerte súbitamente.

En su mano tenía bastante para acabar con un regimiento. ¿Qué significaba aquel mensaje de muerte? ¿Sus amigos le consideraban perdido, y la macabra broma que le perseguía desde su entrada en la fortaleza Macquerie iba a ser una horrible realidad?

¿Debería usar de la libertad de preferir el veneno a la horca?

Delicadamente, con minuciosas precauciones, sacó la minúscula botellita de la caja. Apareció en ésta un papelito.

Roberto tuvo la intuición de que aquella hojita de papel contenía la apetecida explicación. Temblando sacó el papelito, lo desdobló, latiéndole con inusitada violencia el corazón, y leyó estas dos líneas:



«¡Confianza! ¡Bebe hasta la última gota, y quema este papel!»

—¡Es su letra! —exclamó—. ¡Sí, es su letra! ¡Tendré confianza en ti, ser singular! ¡He subordinado mi voluntad a la tuya! ¡He puesto mi suerte en tus manos! ¡Serás obedecido!

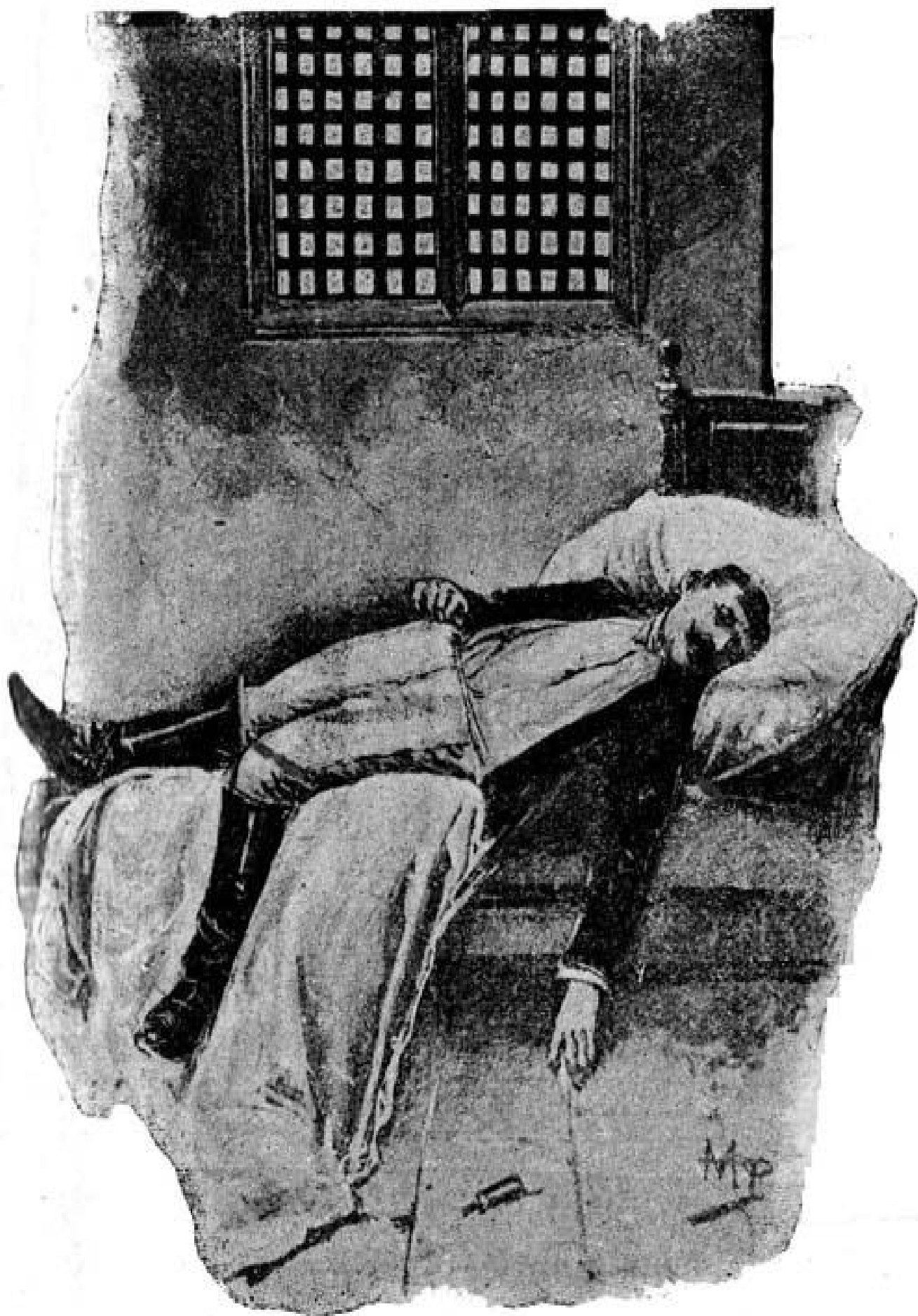
Pálido por efecto de la fuerte conmoción, encendió una cerilla y quemó el lacónico aviso, reduciéndolo a polvo impalpable.

—¡Ya no queda rastro! —pensó—. ¡Ahora preparemos la escena de mi muerte!

Con una tranquilidad asombrosa, Roberto se sentó delante de la mesa, arrancó una hoja de su cartera, y trazó rápidamente esta declaración:

«Muero por mi voluntad, y a nadie se ha de culpar de mi muerte».

Colocó bien a la vista la hoja en que había escrito, y cogió el frasquito.



—¡Vamos —dijo—; es tiempo de que dé una prueba de mi confianza!

Se tendió en la cama, y exclamó con una dolorosa sonrisa:

—¡Suceda lo que quiera, oh Lucía de mi alma! ¡Si muero, muero con tu nombre en los labios!

Arrancó el taponcito del frasco. Un fuerte olor a almendras amargas se esparció por la habitación. Cerró los ojos, se llevó el frasquito a la boca, y tragó su contenido.

Una sacudida galvánica agitó todo su cuerpo: se incorporó un momento, y luego cayó pesadamente en el lecho.

Abriéronse sus dedos, y el frasquito cayó en el suelo. El prisionero quedó inmóvil, con la fisonomía violácea y cadavérica, las manos terrosas y los ojos sin luz.

## Capítulo VI

### *El Corsario ha muerto*

Una hora antes de la señalada para la comida, el carcelero Grosby entró en la celda con el propósito de tomar las órdenes de su huésped forzoso.

Lanzó un grito, al verle tendido en la cama. Corrió a sacudirle o empujarle; pero le tocó, y el hombre sintió en las manos el frío de la muerte.

El guardián recibió una impresión dolorosa. Se había encariñado con su prisionero.

—¡Ha preferido el veneno a la cuerda! —pensó afligido—. ¡Qué lástima! ¡Él sería todo lo corsario que se quiera; pero en mi vida he visto un hombre más generoso! ¡Y no hacía daño a nadie; no quería mal a nadie más que a la policía! ¡En fin, ya esto no tiene remedio! ¡De veras que lo siento como si se me hubiera muerto un hermano! ¡Hay que avisar a la Administración! ¡Voy a dar parte en seguida!

Y cerrando la puerta como de costumbre, el guardián se fue a avisar al jefe de los carceleros, el señor Delvoche, que, después de convencerse de la muerte del preso, fue a dar cuenta del suceso al contable Boysar y al comisario Boyvin. De éste la noticia fue elevada al superior conocimiento de *sir* Dallbass, director de la fortaleza-prisión, pasando antes por el subdirector, el honorable Caumbey.

En un momento se notó gran movimiento en la prisión. El subdirector Caumbey fue enviado a *sir* Toby Allsmine para informarle del trágico acontecimiento.

Grande, gordo, alto, grave, el Subdirector fue al hotel de Paramata Street. Un personaje de su importancia no podía hacer antesala, y fue inmediatamente introducido en el gabinete donde el Director trabajaba con James Pack.

Allsmine le recibió graciosamente.

—Mister Caumbey —le dijo—, no tenía el gusto de conocer a usted personalmente, y celebro la ocasión que me lo permite ahora. He leído un libro que ha compuesto usted durante las horas en que no está de servicio, y en cuya curiosa obra ha catalogado con rara y singular competencia las ochocientas y pico de especies de monos, próximamente, que existen en la superficie del globo.

—¡Oh señor! —contestó modestamente el autor—. Un gran sabio lo ha dicho: «El hombre desciende del mono». Catalogar las especies cuadrumanas, es sencillamente practicar el culto de los ascendientes. Pero permítame V. E. que desaparezca el autor para presentarse el funcionario, el subdirector de la prisión del fuerte Macquerie.

—¡Ah! ¿Viene usted como funcionario de esa prisión?

—Exactamente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un incidente desgraciado, señor. El corsario Triplex...

—¿Se ha escapado?

No fue un grito, fue un aullido lo que lanzó el Jefe de la policía poniéndose en pie de un salto; pero su interlocutor se apresuró a calmarle.

—Se ha escapado de la vida, señor Director. Es el único género de evasión que permiten nuestras sólidas murallas.

—¡Muerto!

—Totalmente muerto, señor.

—¿Y cómo ha sucedido eso?

—El Corsario ha tomado ácido prúsico. Ya sabe el señor Director que no registramos a los prisioneros. Hay la costumbre de dejarlos íntegra la facultad de escapar de la vindicta pública, haciéndose ellos justicia.

Allsmine no le oía: paseaba por el despacho como una fiera enjaulada. De pronto pareció tomar una resolución.

—Señor Caumbey —dijo—, va usted acompañarme a la prisión. Usted, señor Pack, quédese aquí esperándome. Dentro de tres cuartos de hora estaré de vuelta, y le necesitaré a usted, seguramente.

Entró a coger el sombrero, salió decididamente, y otra vez dijo a su secretario:

—¡No se mueva usted de aquí!

Al salir a la calle, seguido por el señor Caumbey, llamó a un cochero, hizo a su acompañante que entrara en el carruaje, empujándole de modo que le faltó poco para salir por la otra portezuela, y entró él después impetuosamente, con lo que aplastó el sombrero al Subdirector.

—¡A la fortaleza Macquerie! —gritó al cochero—. ¡A escape! ¡Habrà buena propina!

Estimulado por esta promesa, el *automedonte*<sup>[5]</sup> sacudió al caballo, que emprendió una carrera a que no estaba acostumbrado, y al cabo de un cuarto de hora los dos funcionarios llegaron a la prisión.

La visita del Jefe superior de la policía puso en movimiento a todo el personal de la cárcel; pero Allsmine recomendó al Director que calmara a sus empleados, y se hizo conducir a la celda de Roberto. Miró y tocó el cadáver, se persuadió con evidente satisfacción de que su enemigo estaba reducido para siempre a la impotencia, y no ocultó ni disimuló su alegría. Felicitó calurosamente al personal por su celo e inteligencia, y prometió ocuparse en mejorar la situación administrativa de cada uno, según su categoría.

Después, dejando allí al señor Caumbey, volvió en el coche a su hotel.

Nunca había estado tan contento y satisfecho *sir* Toby; de tal suerte, que; siendo avaro hasta la exageración, dio al cochero espléndida propina.

La terrible inquietud que tanto tiempo hacía le amargaba la vida acababa para

siempre.

Sentíase dichoso; y como la felicidad, aun en los caracteres más duros y aviesos, se traduce en momentánea bondad, *sir* Toby estaba en vena de ser agradable a todo el mundo.

Sin contar con que el suicidio del Corsario era la solución que él mismo hubiera indicado, a ser posible.

Gracias al suicidio, ya no había necesidad de que el reo compareciera ante el Tribunal.

Pudiera el acusado haber hecho declaraciones mortificantes para su enemigo. Seguramente, el asunto se había resuelto de la manera más satisfactoria para *sir* Toby.

Si éste hubiera sabido algo de Historia podría haber repetido aquella frase profunda y terrible de un antiguo monarca:

«El cadáver de un enemigo siempre huele bien».

En tan buenas disposiciones volvió a su despacho, donde le esperaba el activo secretario.

—Tuve una buena idea —dijo entrando— rogando a usted que me esperase, señor Pack. —Y lo dijo con una cordialidad que hacía mucho tiempo no se advertía en él—. Tenemos que hacer en seguida las precisas diligencias para la inhumación del corsario Triplex, que una vez en su vida ha estado prudente y formal.

En los ojos de Pack brilló una ráfaga de satisfacción, y preguntó como sorprendido:

—¿Con que es cierto el suicidio?

—¡Y tan cierto, amigo mío! Acabo de contemplar sus restos mortales en la cama de su celda. El digno Subdirector de la prisión no se había equivocado... el Corsario conoció que había perdido la partida, y como recurso óptimo se tomó un frasco de ácido prúsico. ¡Es asombroso el miedo que tienen los criminales a la horca! ¡En fin, ya estamos libres de él! No hay duda alguna sobre la causa de la muerte, y, por consiguiente, no es precisa la autopsia. Usted, señor Pack, me hará el favor de ir a la Facultad de Medicina, y decir a los doctores Tormentine y Cowinet que no hay necesidad de que se molesten. Así, sin demora podremos llevar al cementerio al gran culpable.

James Pack se dispuso a obedecer la orden; pero el señor Allsmine le detuvo.

—Vea usted también al médico forense, envíe usted un aviso a la cárcel para que el Director tome las disposiciones oportunas y nada más. ¡Corra usted, y muchas gracias!

El secretario salió del despacho, fue a la oficina de los dactilógrafos, envió uno de los empleados a la prisión, y tomó el camino de la Escuela de Medicina.

Iba presuroso. Su fisonomía expresaba una satisfacción interior. Un *reporter* de uno de los periódicos de Sidney le detuvo al paso.

—¿Cómo va, señor Pack? ¡Ya se ve que su fisonomía rebosa salud! ¿No me da usted alguna noticia para el periódico?

—¡Hombre, sí, una noticia de gran importancia!

—¿Cuál?

—La trágica muerte del corsario Triplex.

—¿Cómo? ¿Ha muerto el Corsario?

—Esta misma mañana. Para más detalles, diríjase usted a la cárcel, en la fortaleza Macquerie.

—¡Corro, corro! ¡Muchas gracias! ¡Pues floja noticia llevo hoy al periódico!

James Pack siguió con la vista un momento al periodista, y luego continuó su camino.

En la Escuela de Medicina los profesores a quienes había transmitido las órdenes de su jefe expresaron el sentimiento de verse privados de un cadáver de anfiteatro; pero después de todo convinieron en que no perdían gran cosa, por la condición del veneno absorbido. El ácido prúsico tiene, en efecto, la propiedad de corroer los tejidos de tal suerte, que los inutiliza para la anatomía.

Terminada su misión, el secretario no volvió directamente al hotel de Paramata Street. Fué al puerto mercantil y se paseó mirando con indiferencia a los marineros, a los cargadores y demás gente que por allí pululaba. Hubiérase creído que buscaba a alguien y lo disimulaba.

Súbitamente fijáronse sus ojos en un grupo de tres marinos que por medio de una red pescaban esos minúsculos peces plateados que en grupos muy copiosos frecuentan las aguas de los puertos.

Los tres hombres no se fijaban en el secretario. Ni siquiera pareció que reparaban en él cuando se detuvo a dos pasos de ellos. Lentamente volvió la cabeza a derecha é izquierda. Nadie le observaba. Entonces con voz indiferente pronunció estas palabras:

—¡Mañana por la noche, diez hombres! ¡El niño al Centennial! ¡No faltéis allá abajo!

—¡*Well!* —dijeron los pescadores, y continuaron entretenidos con su red.

James Pack se fue despacito, como paseando tranquilamente.

## *Capítulo VII*

### *El difunto sigue bien*

Por la tarde la tirada de los periódicos aumentó de un modo extraordinario. Todos ostentaban una línea titular de caracteres muy grandes; los vendedores gritaban con ensordecedoras voces:

«¡Suicidio sensacional!  
¡El corsario Triplex envenenado!»

Todo el mundo se apresuraba a comprar los periódicos, y todo el mundo iba leyendo los detalles del suceso. Sidney tenía el aspecto de un pueblo en que todos los habitantes hubieran dado en la monomanía de la lectura.

Conforme con las instrucciones de James Pack, Armando había vuelto al Centennial-Park-Hotel; había contado a sus compañeras su encuentro con el secretario, y no había vuelto a salir.

Se hallaba en el salón de conversación con Aurelia y Lucía, que para entretenerse jugaban a las damas, cuando llegaron a sus oídos las voces de los vendedores de periódicos.

Armando escuchó, oyó la terrible noticia, y súbitamente pálido y descompuesto, miró ansiosamente a la egipcia. Ésta había oído también. Con la cabeza alta, los ojos desmesuradamente abiertos, los dedos crispados, apretando todavía la ficha que iba a poner sobre el tablero del juego, parecía haber perdido el conocimiento. El pregón fatal parecía haberla petrificado.

Armando le cogió las manos.

—¡Lucía —le dijo—, vamos a la habitación!

Pero ella le rechazó, y exclamó:

—¡No, no; que me traigan ese periódico! ¡Yo quiero verlo!

Y como Armando no le contestaba, la egipcia se levantó, fue a la puerta como un autómatas y bajó al vestíbulo. Armando la siguió, no atreviéndose a detenerla, terriblemente impresionado por el inmenso dolor que adivinaba en su amiga.

En la acera se detuvo, miró en derredor, vio a un chico que llevaba periódicos, le llamó, le cogió uno, lo pagó, y mecánicamente entró en el hotel y subió la escalera. Sin detenerse en el salón se dirigió a su habitación, y encendió la luz. La cuitada



desdobló el periódico, y sus ojos se fijaron en la funesta noticia. Lívida devoró el artículo en que se refería el suicidio. Ni una lágrima vertió. Solamente el temblor de sus labios indicaba la vibración espantosa de todo su organismo.

—¡Muerto! —exclamó.

Y como herida por el rayo cayó inanimada en brazos de Aurelia, que acababa de entrar.

Cuando la pobre niña abrió los ojos se halló tendida en una *chaise longue*. Ante ella estaban Armando y su mujer, procurando dar calor con las suyas a las manos heladas de la víctima.

Súbitamente recordó. Era penosísimo de ver el extravío de sus miradas.

Y volvió a exclamar:

—¡Muerto! ¡Muerto! ¡Todo acabó para mí!

La inmensidad de su desesperación había enmudecido a sus amigos. ¿Qué podían hacer ni decir para consolarla?

Y recordando las angustias que ellos mismos habían padecido durante su viaje alrededor del mundo, entonces que, sin decírselo, habían unido sus almas, medían el abismo de dolor en que caía su bella compañera, y comprendían que no existía bálsamo capaz de curar la herida mortal que acababa de recibir.

La egipcia seguía repitiendo:



—¡Muerto! ¡Muerto!

Parecía que sufría despierta una de esas horrendas pesadillas que martirizan el cerebro durante el sueño.

—¡Muerto! ¡Muerto!

El monosílabo<sup>[6]</sup> angustioso volvía incesantemente a sus labios, expresión de la más dolorosa agonía moral. De pronto, Armando y su mujer se estremecieron. Un golpe discreto había sonado en la puerta, que antes que pudieran reponerse de la sorpresa, abrióse y el mismo James Pack apareció.

Se manifestó dolorosamente impresionado.

—¡He venido muy tarde! —dijo—. Muy ocupado en cosas del porvenir, he descuidado venir a informar a ustedes.

Efecto singular de su venida, la egipcia pareció volver a recobrar el sentido; sus grandes ojos negros se fijaron en el jorobado con una expresión de ansiosa curiosidad.

—Hubiera debido venir antes —añadió el secretario—; pero estaba tan ocupado, tan seriamente ocupado...

Calló un momento, y luego continuó:

—En fin, Lucía, óigame y créame. Siempre se resucita cuando un hombre tiene la dicha de ser el prometido una mujer tan encantadora. ¡No me pidan ustedes explicaciones! Ahora he de ser mudo; pero mañana por la noche sigan ustedes a la persona que venga y diga: «Yo soy el enviado de *sir* James Pack». Síganle, y tendrán la prueba de...

—¿De qué? —preguntó vivamente la egipcia.

—De que, a pesar de las apariencias, a pesar de las sensacionales noticias de los periódicos, aunque el Corsario está inmóvil y frío en su cama de la Cárcel, y aunque se esté preparando su sepelio...

—¡Acabe usted, por Dios!

—Obedezco, jurando por mi honor a *miss* Lucía y al señor Lavarède y a su señora...

—¡Lo creemos, lo creemos todo! ¡Acabe, acabe!

—Pues bien; que el difunto Roberto Lavarède, falsamente registrado en el libro de defunciones bajo el nombre de corsario Triplex, sigue tan bien de salud como es posible...

—Pero ese suicidio... esa muerte...



—Son el secreto de quien ha consagrado su vida a reparar el mal cometido por otros. No insistan ustedes más: me está prohibido hablar; pero quiero que se me crea lo que puedo repetir. El difunto sigue bien,

Y rozando con sus labios la mano que le tendía la egipcia transfigurada, se dirigió a la puerta, sin que ninguno de los tres se atreviera a detenerle. En el momento de salir, con el dedo sobre los labios, dijo:

—¡Silencio, mucho silencio! ¡Mañana todo se sabrá!

Y salió dejando a los tres relativamente tranquilos, pero prodigiosamente sorprendidos.

## Capítulo VIII

### Alegre cena

Veinticuatro horas más tarde la casa del conserje guardián del cementerio de Killed-Town estaba muy concurrida.

Había motivo. Al mediodía un cortejo fúnebre procedente de la fortaleza Macquerie había penetrado en la necrópolis. Era el convoy del que en vida había sido para la Administración el corsario Triplex, y para sí mismo Roberto Lavarède.

Guardias, empleados de la prisión, polizontes, el mismo *sir* Toby Allsmine en persona, acompañado de su secretario Pack, seguían al féretro.

Rápidamente, con la poca atención usada con los clientes de las cárceles, la caja había sido bajada a la fosa abierta y después, dejando a los enterradores el cuidado de llenar de tierra la excavación, cada cual se había ido por su lado.

Solamente el Director de la policía, más contento, más triunfante que nunca, había querido que participara de su satisfacción el conserje guardián, y al efecto le había gratificado con una doble guinea (52 francos). Y como, según le hizo notar jovialmente el agraciado, *los servidores está bien que sigan el ejemplo de sus principales*, James Pack también se creyó obligado a darle otra gratificación igual.

¡Cuatro guineas! No son muchos los días que un guarda de cementerio encuentra semejante ganga.

Por esta razón poderosa el digno Jeremías Tomy Looker tuvo la feliz idea de celebrar el lucrativo enterramiento del Corsario con una cena fúnebre hasta cierto punto; es decir, por el origen. Mistrees Looker, la esposa rubia, soñadora australiana dotada de un corazón romántico y de un apetito más que regular, había dispuesto los necesarios guisos, mientras el conserje iba a invitar a otros empleados funerarios y al marmolista principal del cementerio.

Todas esas gentes que mantiene la muerte son alegres vividores. Copiosa la cena, rociada con vinos y licores escogidos, hizo subir la alegría a un diapasón tal, que uno de los convidados, sujeto bromista, si los hay, expresó el temor de que los gritos y las canciones báquicas perturbasen gravemente el sueño de los que dormían para siempre en el recinto de la necrópolis.

Una risa general acogió la peregrina observación. El conserje, para sobrepajar en lo chistoso a su convidado, exclamó:

—¡Bah! ¡Si el corsario Triplex, enterrado hoy, viene a pedirnos que nos callemos y tengamos formalidad, le ofreceremos un vaso de *brandy*, y de fijo que cantará con

nosotros!

—¡Sí, sí! —articuló otro de voz aguardentosa—. ¡Él cantaría; pero nosotros, no!

—¿Por qué?

—Porque la visita de un resucitado no debe de ser muy agradable.

Todos se rieron burlándose del medroso. Tenía que estar muy borracho para hablar de aparecidos a gentes que saben mejor que nadie que no se vuelve del último viaje.

Sin embargo, a pesar de que las botellas de licores seguían circulando, una sombra cayó sobre la alegre concurrencia, disipando el buen humor. La conversación tomó un carácter macabro, trayendo cada uno a colación historias maravillosas de trasgos, apariciones, resurrecciones, etc., etc., y se referían los cuentos más sombríos con que se duerme a los chicos.

En tanto las botellas iban y venían continuamente y los vasos subían de la mesa a los labios con admirable regularidad.

Agotado el *brandy*, la concurrencia echó de ver que era la media noche, y con grandes apretones de manos, afectuosos saludos y demostraciones de agradecimiento, los invitados se fueron a sus respectivos domicilios.

Jeremías Looker quedó solo con su graciosa señora.

—¡Me voy a acostar! —dijo ésta—. He comido demasiado, y temo ponerme mala.

—¡No temas tal cosa, tesoro! Lo que te pasa es que has bebido demasiado en honor de nuestros amigos, y tienes pesada la cabeza. En durmiendo ocho horas de un tirón, estarás luego tan buena y tan sana como siempre, para alegría de tu maridito.

Y mientras la mujer del conserje fue a acostarse el tierno esposo se propuso hacer su acostumbrada ronda nocturna, porque para él lo primero era la obligación. Cogió su linterna, y quiso encender la luz interior; pero su mano temblaba de tal manera, que no pudo.

—¡Bah! —exclamó—. Hay Luna, y basta para ver claro.

Y añadió:

—¡Rico de veras el *brandy*! ¡No lo he bebido nunca mejor! ¡Pues señor, parece que todo lo que veo da vueltas! ¡Tengo la cabeza un poco pesada, y me conviene un paseíto ahora!

Titubeando y vacilando pudo llegar al sitio donde estaban las llaves de las puertas y poternas de la necrópolis.

—¡Hombre! —murmuró—. ¡No veo las llaves de la poterna número 4! ¿Dónde estará? Algunos ven dobles las cosas cuando han bebido un poquito más de lo acostumbrado. De manera que yo debería ver ahora dos llaves del número 4. ¡Y no veo ninguna!

Restregándose los ojos volvió a mirar, y nada: no vio la llave que buscaba.

—¡No, no está! La llave se ha ido, y puede ser que no esté lejos. Acaso se habrá caído. ¿Quién sabe? ¡Tanta gente entró hoy en el cementerio y luego en mis

habitaciones, que no es extraño que se haya perdido una llave! ¡Ea! ¡Ya parecerá!  
¡Vamos a hacer la ronda, Jeremías!

Y el conserje abrió la puerta de su casa y salió al cementerio.

## Capítulo IX

### *Visión en la ciudad muerta*

Como había dicho el conserje, lucía la Luna. Brillaba esplendente el astro; después de un día cálido por demás, subía de la Tierra una niebla densa, que la Luna disipaba.

—¡Pues, señor —murmuraba el borracho conserje—, sí que hay Luna; pero está nublado..., o por lo menos yo veo nublado!

Murmurando y tropezando entró por las calles del cementerio, y con paso mal seguro, por lo que le pesaba la cabeza, pasaba entre los sarcófagos, con riesgo de caer y romperse la crisma contra el mármol.

—¡Vaya un caminito! —decía—. ¡Todo lleno de tropiezos! ¡A cada paso teme uno caerse!

El hombre no sospechaba siquiera que las dificultades que hallaba al cruzar las calles y avenidas del cementerio las producía únicamente el exceso de la bebida; pero si su cuerpo vacilaba y tropezaba, el sentimiento del deber conservaba en su espíritu un equilibrio perfecto.

—¡Qué efecto —decía— hacen todos estos monumentos en la niebla! ¡Parecen un ejército en formación, y yo el general al frente de la tropa!

Y luego, más allá, añadía:

—¡La verdad es que aquí hay un ejército! ¡Ya lo creo; y bien grande!

Andaba otros dos pasos y continuaba, dando una fuerte patada en el suelo:

—¡La verdal es que si todos los que están debajo se pusieran en pie, formarían regimientos, un ejército de muchos miles! Pero ¡quiá, no hay cuidado! ¡Los que están debajo no vuelven arriba!

Y dio un tropezón, que por poco le hace caer de hocicos.

—¡Vaya un caminito! —volvió a decir. —Tengo que dar una queja al ingeniero jefe para que se arreglen estos caminos. Pero, como decía, ¡vaya una idea la del compañero Tock, que esta noche en la cena empezó a hablar de aparecidos y resucitados! ¡Ja! ¡ja! ¡Qué majadero! ¡Ja! ¡ja!

Una carcajada del borracho despertó un eco sonoro en el silencio de la noche, entre las tumbas. Looker se detuvo y miró en derredor estúpidamente.

—¡Juraría —dijo— que he oído algo!

Un momento estuvo con el oído atento, y luego volvió a seguir su ronda,

—¡Me he equivocado! ¡No he oído nada! ¡Es el vinillo que se me ha subido a la



cabeza! ¡Vaya, que es grande de veras este camposanto! Llevo andando no sé cuánto, y todavía no llego a la mitad. ¡A no ser que lo hayan ensanchado sin decírmelo! ¡La Administración es capaz de eso y de mucho más!

En aquel momento sintió el borracho una bocanada de viento fresco acariciarle la cara. El hombre levantó la mano.

—¡Hola! ¿Qué franqueza es ésta? ¿Quién se permite tocarme las narices?

Con la otra mano se cogió la que había levantado al sentir el aire fresco en su rostro.

—¡Una mano! —exclamó—. ¡Ya la cogí! ¿Qué es esto? ¡Una mano que vuela sola por el cementerio! ¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo los guardas no han visto esta mano?

Y se la apretaba fuertemente, sin advertir que la mano formaba parte integrante de su individuo. Doblemente aturdido por la borrachera y por el miedo, se agitaba el hombro y no se soltaba la mano.

—¿Conque resistes? ¡No importa; te detengo porque así lo exige mi deber!

En medio de esta homérica y ridícula lucha, un falso movimiento puso el codo del conserje en contacto con una columna funeraria. Sintió el hombre un dolor muy vivo, y se soltó la mano.

—¿Y ahora me pega? —gritó—. ¿Dónde estás? ¡Que yo te coja! ¿Y la mano? ¡Anda; se me escapó! ¡Es claro; para que la soltara me pegaron en el codo! ¡Y estoy viendo las estrellas! ¡Vaya una nohecita! ¡Pues señor, esto no volverá a suceder! ¡Mañana pediré a la Administración que ponga a mi disposición un perro, o dos, o tres que me acompañen al hacer la ronda! ¡No hay como los perros para acometer a la gente mala!



La borrachera del conserje se agravaba por momentos.

—¡Y yo —continuó— me reía del maestro de escuela cuando nos decía a los chicos que la Tierra daba vueltas! Ahora me convenzo de que el maestro tenía razón. Positivamente que da vueltas la Tierra. ¡Ya lo creo! ¡Anda, anda! ¡Y que no va poco deprisa!

Seguramente, el borracho sentía que el suelo se movía. La superficie de la Tierra adornada de monumentos que el amor y la gratitud elevan sobre las tumbas, las cruces, las columnas rotas, los bustos, le parecían que daban vueltas en un sentido, en tanto que el cielo, cuajado de estrellas, ejecutaba su rotación en sentido inverso.

Para no caer el conserje se asió a un pequeño monumento que estaba al alcance de su mano.

—¡Pobre hombre! —exclamó dirigiéndose al difunto sobre cuyo sepulcro se apoyaba—. ¡Por fortuna estabas tú aquí, porque si llegas a no estar, caigo y me rompo algo! ¡Pues, señor, es demasiado lo que esta noche corre la Tierra, y o se para, o yo no puedo andar más!

Las piernas ya no le sostenían; dobláronse, y el hombre quedó sentado, apoyando la espalda en el monumento funerario.

En esta posición experimentó un momentáneo consuelo.

—¡Ahora estoy mejor! —dijo—. ¡Anda, Tierra; ahora puedes andar, que ya no me caigo! ¡Corre todo lo que quieras! ¡Parecerá que voy en coche!

Pero de pronto el miedo sofocó su voz en la garganta, y sus ojos se dilataron.

—¿Qué es esto? ¿Quién anda por el cementerio? ¡Esta vez no es una mano; son muchos pies!

Inclinándose hacia delante, intentó distinguir los misteriosos paseantes, y decía muy bajito:

—¡Estos deben de ser unos infelices extraviados que han entrado aquí sin pensar dónde se meten, porque aquí se no viene a celebrar un mitin de elecciones ni un baile! ¡Sí; en la manera como andan se conoce que están un poco alumbrados! ¡Vamos; como yo! ¡También han tragado mucho vino!

Inclinóse hacia adelante intentando distinguir los misteriosos paseantes.

Rióse el hombre, y luego le entró un deseo inexplicable de servir y complacer a las personas a quienes suponía tan borrachos como él.

—Voy —dijo— a enseñarles el camino por donde se sale, ya que han entrado aquí por equivocación. Pero ¿cómo han entrado? Puede ser que se haya derribado la cerca de mampostería. ¡Sí; eso es, se ha derribado la cerca sin avisarme! ¡Veamos; orientémonos! ¡Sí; allí está la tumba del corsario Triplex! ¡Ese simpatiquísimo Corsario! ¡Gracias a él, hemos tenido hoy una cena que no la olvidaré en mi vida, ni al Corsario tampoco! ¡Pobre mozo! ¡Cuánto mejor hubiera sido para él que, en vez de dejarse enterrar, hubiese cenado y trincado conmigo! ¡En fin, él prefirió morir! Estaba en su derecho; pero yo, recordando este día, y sobre todo esta noche, he de llorarle toda mi vida. ¡Ahora mismo no puedo contener las lágrimas!

La repentina aparición de varias personas en el sitio que había designado como el de la sepultura del Corsario cambió otra vez el curso de sus divagaciones.

En medio de las sombras, los individuos parecían tener extrañas figuras, confusas y borrosas; pero el conserje creyó distinguir hombres y mujeres.

¡Ah! —exclamó medrosamente—. ¿Qué os esto? ¿Qué vienen a hacer aquí?

Uno de los fúnebres personajes se había inclinado sobre la fosa.

—¡Está sacando tierra! —dijo con un miedo cerval.

El ruido de una paletada de tierra extraída y lanzada en el suelo demostró que el borracho no se había equivocado.

—Pero, señor, ¿querrán desenterrar al amigo Corsario? ¡Eh, eh! ¡Poco a poco! ¡Aquí estoy yo, y si él no quiere, yo tampoco lo consiento!

Agarrándose al mausoleo donde estaba apoyado, Jeremías trató de recobrar la posición vertical; pero antes de que pudiera hacerlo una voz, a la vez firme e irónica, pronunció estas palabras:

—¡No tema usted nada, señorita mía! ¡Nuestro amigo Triplex va a levantarse de su sepultura para besar la bella mano de su prometida!

—¡Va a levantarse! —exclamó el conserje, erizándosele los pelos—. ¿Va a levantarse el muerto?

Le rechinaban los dientes, sus piernas seguían negándose a sostenerle, y otra vez cayó; pero con tan mala postura, que la parte posterior de su individuo fue a dar contra un ángulo de la piedra del sarcófago.



Lanzó un gemido. Se había hecho bastante daño: con la mano derecha se oprimía el pecho, y con la izquierda puesta en la parte dolorida asistía aterrado, mudo, a una escena extraordinaria.

Los intrusos abrían el suelo. Eran varios los que trabajaban. Se oía el choque del hierro con los guijarros, y a un lado se levantaba rápidamente un gran montón de tierra.

Mujeres elegantes, a lo que el conserje podía juzgar en la niebla, asistían a aquella obra misteriosa. Eran tres, una en actitud tristísima: las otras parecía que la consolaban.

Y continuaba la singular labor. Pronto se oyó un sonido metálico, producido, sin duda, por el choque de los instrumentos de trabajo.

—¡Ahí está ya el ataúd! —dijo la misma voz de antes—. ¡Bajad a atar las cuerdas!

Dos sombras parecieron hundirse en la tierra. Aquello era demasiado para el perturbado cerebro del conserje, que se tapó los ojos con la mano.

—¡No, no quiero ver este abuso! ¡Positivamente, el muerto va a levantarse! ¡Si yo pudiera hacer lo mismo, y echar a correr...!

Temblando como un azogado, borracho y horrorizado, el conserje era incapaz de hacer todo movimiento.

No veía; pero el oído le indicaba claramente todo lo que pasaba. Así, conoció el ruido de las cuerdas sujetando con los garfios las abrazaderas de la caja, el roce de ésta con las gruesas paredes de la fosa y, al fin, el ruido seco del ataúd al ponerlo en el suelo.

Después oyó también cómo se levantaba la tapa de la caja en que el apreciable corsario Triplex reposaba.

Una voz de mujer murmuró:

—¡Oh; qué palidez!

Y la voz masculina que ya se había oído dos veces respondió:

—¡Ahora le volverá su color natural! ¡No se asuste usted ni nos asuste, señorita, que no hay motivo! Felizmente, la prisión ha seguido la costumbre de inhumar a los presos difuntos con el mismo traje que usaban en la celda. A no ser por esta sabia precaución, nuestro amigo, si no hubiera tenido su propio traje, podía coger ahora un catarro muy grave.

¡Un muerto acatarrado! Esta idea fantástica arrebató a Looker sus últimas fuerzas. Cayeron sus manos de delante de sus ojos, y miró con avidez:



Vio al personaje que acababa de hablar que levantaba el brazo. En su mano brillaba un objeto que le pareció un frasquito de cristal tallado.

—¡He aquí el antídoto! —dijo—. El soporífico perfumado con esencia de almendras amargas va a ser prontamente eliminado.

Luego la sombra humana —porque al conserje aquel hombre no le parecía un hombre— se inclinó sobre la caja mortuoria, introdujo el cuellecillo del frasquito entre los apretados dientes del muerto, y vació el contenido de la minúscula botellita.

Luego el ser prodigioso se incorporó diciendo:

—¡Dentro de un minuto vivirá el difunto!

¡Oh; que interminable minuto! Looker ya no pudo separar la vista de aquella escena singularísima.

Con una curiosidad que rayaba en espanto y horror, esperaba la realización del prodigio anunciado por el hombre del frasquito.

Súbitamente se produjo un movimiento en la caja rectangular. Se oyó como un roce de pies calzados, de telas, y apareció, lentamente la cabeza y luego el busto del muerto.

El Corsario se sentó en su ataúd.

Oyéronse gritos:

—¡Vivo!

—¡Qué prodigio! ¡Vivo! ¡Vivo!

—¡Y tan vivo!

—¡Vivo, para volver a verte, mi linda prometida! ¡Vivo, para no separarnos más!

A aquella joven tristísima era a la que se dirige el joven preferentemente.

Salía de la caja el Corsario, anduvo, y cogió las manos a la preciosa joven.

Era verdaderamente un suceso extraordinario. Los espíritus, las sombras, las almas errantes en la necrópolis en aquel momento presentaban los gestos, las actitudes de seres felices que se regocijaban de encontrarse después de una penosa separación.

El que lo había dirigido todo levantó la voz y dijo:

—Ofrezca usted el brazo, señor difunto, a su futura esposa y vámonos.

—¿Por dónde saldremos?

—Por la poterna número 4.

Justamente la de la llave que faltaba entre las confiadas al celo del conserje.

Looker creyó que los espíritus le habían robado aquella llave.

El grupo marchó. El Corsario dio el brazo a la linda joven a quien llamaba su prometida, y procesionalmente, como un cortejo de boda, todos se alejaron, todos desaparecieron entre las tumbas, mientras el conserje, sin fuerzas ya para resistir se extendió sobre el suelo, sin conciencia de lo que había visto.



## Capítulo X

### *Un bofetón merecido*

La Luna, modesto vigilante de la noche, eclipsábase ante las primeras claridades del día cuando el digno Looker volvió a abrir los ojos. Insensiblemente había caído del síncope en el sueño, y los vapores de la embriaguez se habían disipado.

Grandemente se sorprendió de verse tendido en una avenida de Killed-Town: luego hizo memoria.

Se cogió la cabeza con ambas manos.

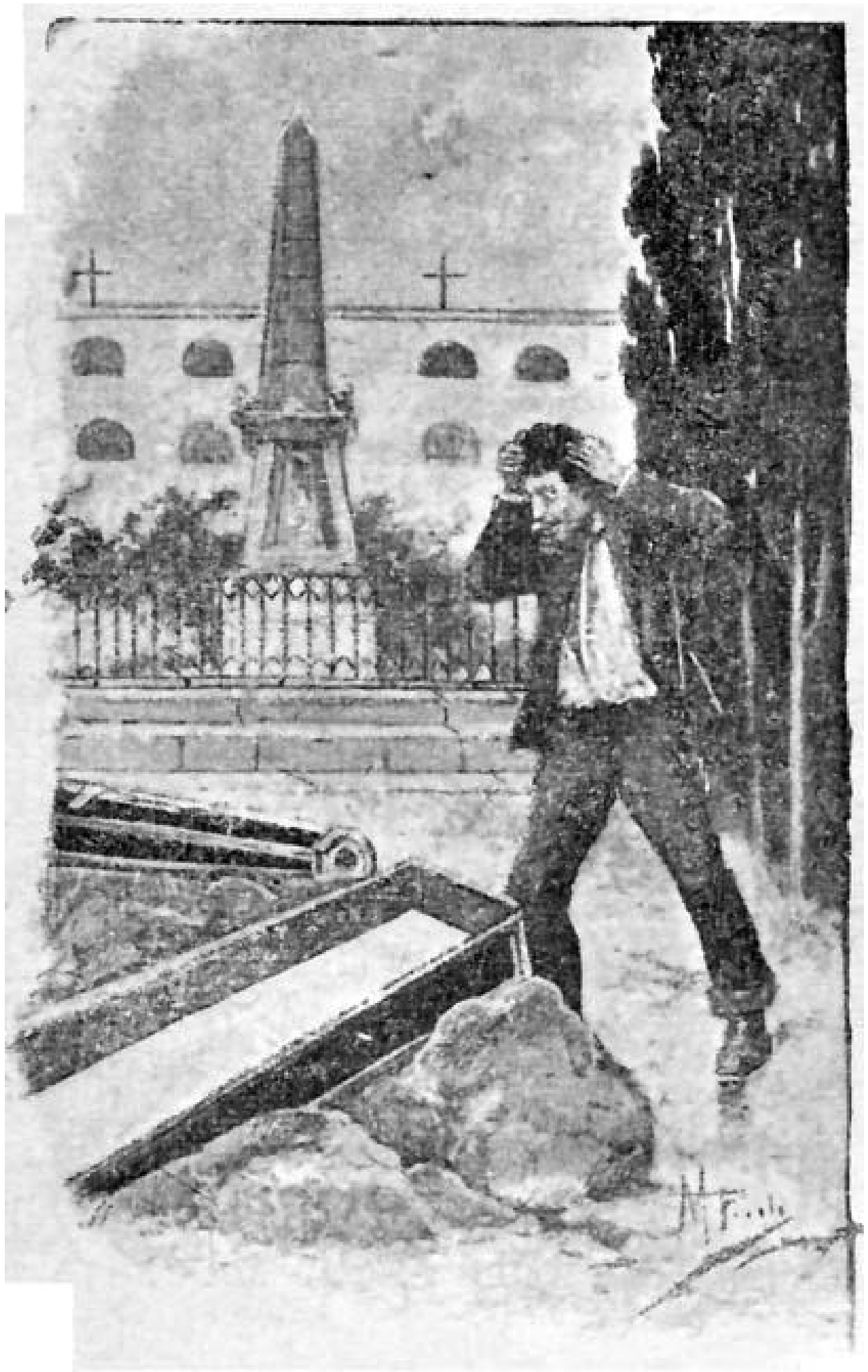
—¡Por vida del Demonio! ¡Yo he pasado aquí la noche! ¡Mi tierna esposa va a regañarme! ¡Haberla dejado sola en una noche como ésta! ¡Lo que hace el vicio! ¡Lo que es otra vez no beberé yo *brandy*! ¡Beberé aguardiente, bala rasa...; pero *brandy*..., eso no! ¡Y vaya una pesadilla! ¡Pues no he soñado que el Corsario salía de la sepultura tan tieso como si no se hubiera muerto nunca! Pero ¡qué ideas le da a uno el vino! ¡Parece mentira!

El buen hombre se echó a reír estúpidamente; pero su alegría duró poco, porque otra vez recordó que debía volver a su domicilio, y que no le recibiría su mujer con mucha amabilidad.

Pero una reflexión le animó:

—Mi mujer habrá dormido como yo, pues bebió tanto como yo, o más. ¡Si estuviese dormida todavía...! ¡Si no me hubiese echado de menos...!

En este caso le importaba volver cuanto antes mejor. Se levantó, y ya iba camino de su casa cuando pensó:



—Antes es preciso que vaya a ver la sepultura del Corsario. No puedo olvidar la pesadilla, y tengo que convencerme de que ha sido pesadilla, y no verdad, como parecía. No tengo duda, por que ya sé que la gente que tengo yo aquí dentro no se levanta nunca; pero, en fin, viendo la sepultura, estaré más tranquilo.

Dando la vuelta por delante de otros sarcófagos y monumentos que ocultaban el enterramiento de Triplex, salió precisamente enfrente de éste último.

Pero allí se detuvo aterrado.

Cerca de un montón de tierra la sepultura estaba abierta; al otro lado estaba el féretro en dos trozos, desclavada la cubierta.

El conserje abrió la boca, extendió los brazos y se cogió la cabeza con las dos manos, mímica expresiva de la estupefacción. ¡No había soñado, no! ¿Era posible levantarse de entre los muertos otro muerto y marcharse del cementerio?

Resistiéndose a creer semejante acto inconcebible, Looker se acercó a la fosa, palpó el ataúd... ¡Y nada; era verdad! ¡El difunto había volado!

Otro horrible pensamiento le aterró más y más.

—¡Van a quitarme el empleo! ¡Un conserje no debe dejar salir a los muertos que están bajo su guarda! ¡Qué situación la mía! ¡Estoy perdido, perdido! ¡Me echarán a puntapiés!

Después de haber repetido las mismas reflexiones durante un cuarto de hora, el pobre diablo tuvo una inspiración consoladora.

—Mi esposa dice siempre que las mujeres tienen en casos de apuro mejores ideas que los hombres, y puede que tenga razón. ¡Voy a consultarla!

Y corrió a su caseta, situada en la entrada de la necrópolis. Entró, y no sintió ningún ruido; prueba de que su mujer dormía aún.

—¡Pobrecilla! ¡Siento mucho despertarla; pero las circunstancias lo exigen!

Se acercó a la cama y llamó:

—¡Querida! ¡Despierta!

La señora Looker se revolvió furiosa.

—¿Eres tú? ¿Qué quieres? ¿Qué tripa se te ha roto?

—¡Sucede una cosa grave, querida!

—¡Déjame en paz!

—¡Hija mía, permite que...!

—¡No permito nada! ¡Déjame en paz, te digo! ¡No seas salvaje!

—¡Hija, es que el corsario Triplex...!

—¡Que se vaya al Infierno! ¡Tengo una jaqueca que no puedo abrir los ojos!

—¡Se ha ido!

—¿Y para contarme eso me despiertas? ¡Estás loco!

—¡No, querida!

—¡No me vengas con bromas ahora!

—¡No, si no es broma, amiga querida!

—¡Yo no soy tu amiga! ¡Soy tu mujer, y no te puedo ver!

—¡Pero mujer!

—¡Voto! ¡No me muelas!

—¡Tengo que decirte...!

—¡No quiero oírte, borracho!

—¡Mujer, por Dios, óyeme!

Y la mujer, ya en el paroxismo de la cólera, sacudió a su marido una sonora bofetada.

Aturdido por el golpe, Looker abría la boca para explicarse; pero la amable esposa rugió:

—¡Que voy a pegarte más! ¡Vete de mi vista!

El terrible conserje juzgó prudente no insistir y salió de la alcoba conyugal, cerrando la puerta.

En la salida Looker se detuvo.

—¿Qué hago? —se preguntó—. Consultar a mi mujer es exponerme a recibir bofetadas. ¿Qué voy a hacer?

Y se dio una palmada en la frente.

—¡Hombre, ya sé lo que he de hacer! La policía suele encontrar las cosas perdidas... Con que a la policía debo dirigirme. Lo derecho es presentarme al Director, que bien manifestó en el entierro cuánto le interesaba el difunto. ¡No hay mejor cosa que ir a contárselo todo!

Y dicho y hecho: Looker se arregló, se cepilló, y se fue rápidamente al hotel de Paramata Street.

—¿El señor Director? —preguntó al ordenanza.

Éste le miró con aire de importancia.

—A las siete de la mañana no recibe el señor. ¡Vuelva usted más tarde!

—Tengo que verle ahora mismo —insistió el conserje—. Sepa usted que si no le pasa el recado ha de incomodarse mucho. Conque avísele sin tardar, o va usted a tener que sentir.

El tono del conserje impuso al fin al ordenanza, que se decidió a pasar al despacho del Jefe superior.

Éste acababa de levantarse. Sabiendo que un dependiente funerario, principal de la necrópolis, solicitaba ser recibido, pensó:

—¿Qué demonios querrá ese hombre? ¿A qué diablos puede venir a esta hora?

El medio más expedito de saber lo que le ocurría al conserje era recibirle, y dio orden de que pasara el importuno.

—¡Muy temprano viene usted! —le dijo—. Será muy interesante lo que tiene usted que decirme, porque si no fuera así, no podría perdonarle el atrevimiento.

—Su Excelencia me perdonará, me parece...

—¡Bueno! ¿De qué se trata?

—Del señor corsario Triplex.

Allsmine se estremeció; pero se calmó instantáneamente.

—¡Bueno, bueno; ya le enterramos ayer! ¿Qué hay ahora?

—Nada, señor: no hay más sino que esta noche se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir? —interrumpió el Director, más blanco que la pared.

—Lo que digo a V. E. Esta noche el señor Corsario se ha salido de la caja y se ha marchado tranquilamente.

—¡Este hombre está borracho! ¿Qué historia trae usted?

—¡La verdad. Excelencia! Yo lo he visto.

—¿Usted?

—Sí, señor. Yo hacía la ronda reglamentaria de todas las noches, y a eso de la media noche, tuve el gusto..., digo, no, señor, el honor..., tampoco el honor..., la sorpresa de asistir a la resurrección del difunto.

Un instante el Director miró atentamente al conserje. Preguntábase si aquel hombre estaba loco de remate.

Looker adivinó su pensamiento.

—Si V. E. —dijo— no me cree, puede acompañarme, y verá que estoy en mi juicio.

No había que dudar. El Director acabó de vestirse temblando febrilmente y se dispuso a seguir al conserje de la necrópolis.

Veinte minutos después deteníanse los dos al borde de la fosa donde el día anterior, en presencia del mismo *sir* Toby, había sido sepultado el corsario Triplex.

El alto funcionario temblaba de espanto, de ira, de rabia. Ávidamente interrogaba al guardián y le hacía repetir todos los detalles de la extraña escena que decía haber presenciado.

¿Es decir, que el muerto estaba vivo, que el Corsario iba a volver a empezar la serie de sus odiosas hazañas? El enemigo que se creía que estaba destruido se levantaba más terrible y más peligroso que nunca. Por lo demás, la maravillosa aventura daría al fugitivo un enorme prestigio en la opinión pública. En tiempos tan prosaicos muchas gentes desearían que tan prodigioso personaje renovara los milagros de épocas antiguas.

La vista de la fosa abierta produjo al Toby una impresión inenarrable. Salió de la necrópolis sin responder a los saludos y reverencias de los funerarios.

¿Qué haría? ¿Dónde volvería a coger al adversario que tan guapamente se le había ido, no de las manos, sino del mismo reino de la muerte?

Le interrumpieron en sus reflexiones los gritos de los vendedores de periódicos, que voceaban:

«¡Resurrección del corsario Triplex!

¡Despachos a la prensa!

¡Importantes declaraciones!»

Al paso detuvo a un vendedor, le compró el periódico, y leyó:

«Ayer anunciábamos los funerales del corsario Triplex. Mal hicimos en creer que persona tan notable desapareciera como los demás mortales. Para evadirse de la cárcel había absorbido un narcótico que le daba la apariencia de la muerte. Esta noche pasada ha salido de su sepultura, como se expresa en la nota remitida por él mismo a la redacción de este periódico. La publicamos sin comentarios, porque no los necesita.

»—Esta noche el corsario Triplex, no muerto, sino sencillamente dormido, ha salido del cementerio Killed-Town. Dirigí la misma comunicación al Almirantazgo y a la prensa europea. Dicha nota tiene por objeto dar cita a la flota inglesa del Pacífico. Dentro de dos meses, a partir del día de la fecha, la esperaré en la isla Goldland (archipiélago de Cook) y esta vez pienso al fin obtener justicia contra el señor Toby Allsmine, puesto, por no sé qué aberración, a la cabeza de los servicios de policía del Gran Océano».

Leídas estas líneas aplastantes, el Director bajó la cabeza. Sentíase impotente ante la prodigiosa actividad de su enemigo.

¿Qué demonio de hombre era aquél, bastante osado para prestarse a ser enterrado vivo, y que apenas fuera de la sepultura volvía a hostilizarle con más saña que antes?

El desaliento más profundo pesaba sobre el Director. Sentía la necesidad de confiar sus penas a alguien, de pedir consejo a algún amigo verdadero, y se dirigió al Centennial-hotel. Quería ver al noble Armando y solicitar su consejo. Era un hombre bueno, un periodista ingenioso, y acaso obtendría de él alguna observación acertada.

Por lo esperaba una desilusión. En el despacho del hotel le dijeron que la noche anterior un oficial de marina había visitado al parisiense, y que éste había pagado seguidamente su cuenta y había partido con sus dos compañeras y el marino, sin querer que los mozos del hotel les llevaran las maletas.

La desaparición de Lavarède aumentó la inquietud del gran polizonte mayor.

Volvió rápidamente a su casa. A falta del marido de Aurelia, tomaría a James Pack por confidente. Después de todo, conocía que no había hecho bien en tener a su secretario un tanto alejado de su lado tratándole con cierta rigidez, porque James Pack era un hombre ilustrado, activo y siempre se había mostrado servidor fiel y atento a las órdenes del superior.

Pero estaba de Dios que *sir* Toby buscara en vano un amigo, un auxiliar en su tribulación. Pack no había parecido por la oficina. Contrariadísimo el Director, expidió un agente al domicilio del jorobado con orden expresa de llevarlo a su presencia.

Al cabo de una hora volvió el agente; pero solo. El señor Pack había salido de su casa la víspera por la noche, y no había vuelto.

Allsmine estaba anonadado.

La desaparición de Lavarède y la ausencia de James, coincidiendo con la evasión del Corsario, le hicieron sospechar la existencia de un complot.

Triplex habría querido privarle de los únicos seres con quienes podía contar.

Pero aquel odioso personaje ¿estaba en todas partes, y en todas partes realizando una obra inicua de venganza contra él? ¡Ah! ¿Por qué no le había matado por su propia mano cuando lo tuvo en su poder?

Otra vez libre el enemigo, no sería fácil que se dejara sorprender.

Allsmine, el poderoso funcionario, estaba enteramente aislado, a merced de Triplex, incapaz de parar los golpes que ni siquiera podía prever. Fatalmente, dentro de dos meses, en el día fijado por el Corsario, el Gobierno inglés, convencido o no por sus explicaciones, sacrificaría al Director de policía, puesto que su continuación en el alto cargo era origen de perturbaciones, escándalos y dificultades.

Todo lo había previsto el formidable vengador. Había separado de *sir* Toby a todos los fieles de otro tiempo: hasta le había privado del afecto de su mujer.

¡Su mujer! El nombre de su mujer en aquel momento era para el pobre gran funcionario como un faro para el navegante perdido en medio de la noche. Había sido brutal con ella; pero enfrente del peligro, tanto más terrible cuanto que no era posible definirlo, la buena señora acaso olvidaría los agravios si apelaba a su generosidad.

Ella era, en verdad, impotente para proteger a su marido; pero éste ya no pedía un defensor: lo que esperaba, lo que deseaba, era hallar una persona con quien pudiera hablar de su pena, de sus temores, de su horrible situación.

Se veía enteramente solo, y tenía miedo de la soledad. Su anhelo, su ansia era no estar solo: el aislamiento era para él un suplicio insufrible.

Iría a ver a su mujer, le suplicaría, se humillaría ante ella. Se dirigió a las habitaciones que la señora ocupaba en el hotel. Al penetrar en la primera estancia agitábase violentamente su corazón. Todo era silencio. En los muebles, en los varios objetos se adivinaba la tristeza de las cosas abandonadas.

Avanzó con el oído atento, deseando percibir un sonido, una palabra, un indicio de existencia; pero nada: seguía el silencio abrumador, espantoso.

Recorrió las diversas habitaciones. A la entrada de la alcoba se detuvo; pero de pronto empujó violentamente la puerta, entró, y miró en torno.

La alcoba estaba solitaria, como las demás habitaciones. La cama indicaba que nadie había reposado en ella.

Allsmine lanzó un grito: sus ojos, inyectados de sangre miraban todos los objetos de la habitación, y súbitamente se fijaron en una carta puesta, sin duda, intencionadamente en un velador. Cogió la carta, en cuyo sobre se leía:

«Para *sir* Toby Allsmine». La abrió: sacó la hoja de papel, y leyó ansiosamente:

«A la hora en que veas esta carta, estaré cerca de mi hija Maudlin Green. Yo no quiero acusar; pero junto a mi hija querida, espero en nuestro retiro que

la justicia castigue a los culpables».

—¡Mi mujer huida! —murmuró *sir* Toby, ya sin fuerzas—. ¡Su hija viva! ¡El corsario Triplex! ¡El Infierno, el Infierno mismo se conjura contra mí!

Y cayó sobre una silla enteramente vencido, anonadado.





## Capítulo XI

### *A través de la espesura*

Seis meses antes de los sucesos de que fue teatro Killed-Town, o sea la necrópolis de Sidney, un *paquebot* inglés, el *Botany*, llegaba a Port-Jackson, y desembarcaba en los muelles buen golpe de pasajeros.

Entre éstos hallábase un hombre joven de aspecto profundamente triste.

Era Roberto Lavarède que, desesperando de recobrar su nombre y su calidad de francés, huía de Lucía, y volvía a aquella tierra de Australia donde había sido antes internado bajo el apelativo de Thanis.

¿Por qué había elegido aquel país con preferencia a otro?

Porque por mucho que sufra un hombre, por irremediablemente vencido que se crea, la flor de la esperanza siempre está lozana en el corazón.

Roberto esperaba todavía. La idea que había concebido un poco más tarde su primo Armando animaba su espíritu. Fue a Australia para procurar encontrar a Niari, para obtener del egipcio patriota y fanático una declaración que le permitiera recobrar su personalidad.

Desembarcó en Sidney, se encerró en una habitación del hotel con los mejores mapas del continente australiano que pudo proporcionarse, y estudió concienzudamente la topografía de la gran isla del Pacífico.

Habíase internado en otro tiempo en la provincia de la Australia occidental, cerca del monte Youle, en una explotación agrícola dirigida por cierto individuo llamado *sir* Parker; de allí se había escapado, dejando a Niari en poder de su guardián. Allí era preciso hallar la huella del egipcio.

Las dos terceras partes de la Nueva Holanda son desiertos y bosques. Caminos no existen; así, lo que convenía al viajero era llegar al punto de la costa más cercano al monte Youle, a fin de abreviar todo lo posible el viaje por Tierra.



Después de muchas reflexiones Roberto —o Cero, como él mismo se nombraba melancólicamente— decidió que iría por mar hasta Sandy-Bay, situado en la embocadura del río Russel, río extraño cuyo curso lo forman lagos y pantanos unidos entre sí por medio de canales subterráneos, y cuyo origen se encuentra a unos 490 kilómetros al Norte del monte Youle.

Tomada esta resolución, el enamorado de Lucía no perdió tiempo para realizar su proyecto.

Un vapor de servicio regular de Sidney a Adelaida lo transportó a esta última ciudad, desde la cual una goleta de vela lo llevó hasta la bahía de Sandy. El vigésimo día después de su llegada a Australia el viajero se hallaba en las orillas del río Russel.

Al día siguiente, con la carabina a la espalda y un talego de provisiones entraba en el interior de las tierras, y marchando en derechura hacia el Norte, atravesaba la línea telegráfica establecida a lo largo de la costa y penetraba en los bosques.

Era preciso haber llegado, como Roberto, a los confines de la desesperación para aventurarse de aquella manera en la soledad australiana. No hay nada más triste, más lúgubre que aquellos inmensos espacios, donde, por consecuencia de la escasez de agua durante la mayor parte del año, la vegetación se reduce a algunas especies de acacias y plantas espinosas, donde la caza aparece raramente, y donde, por fin, tribus de indígenas miserables vagan huyendo el contacto con los blancos.

Estos seres salvajes cuyo lamentable destino es, como el de los indios pieles-rojas de la América del Norte, retirarse siempre delante del invasor hasta el minuto fúnebre

en el que el último superviviente de la raza se extinga en un lugar desierto; no tienen piedad para el viajero aislado. Parece que enloquecen a la vista del europeo aborrecido, y que en algunos instantes pretenden vengarse de muchos años de opresión.

¿Sabía el francés todo esto? Acaso. El hombre andaba ligeramente, aspirando el aire tibio de aquellos campos.

—¡Qué rareza! —exclamó—. La Naturaleza me ha dado un temperamento pacífico y sedentario: la idea de viajes y traslaciones de domicilio me era insoportable, y las circunstancias, esas irónicas servidoras de la fatalidad, hacen de mi vida un viaje que no tiene fin.

Suspiró y exclamó:

—¿Será este el destino de los Lavarède? ¡Sin duda, hemos sido designados para hacer la competencia al Judío errante! ¡Hay que creerlo! No me pesa viajar; pero es penoso viajar sin fruto. Mi primo, a lo menos, ha ganado en su viaje de la vuelta al mundo una mujer encantadora y una fortuna: yo he perdido el nombre de mi padre, mi patria y mi prometida. ¡Todas las dichas para él; todas las desgracias para mí! ¡Cuando pienso que un majadero llamado Azais, a quien los babiecas califican de filósofo, llama a esto la teoría de las compensaciones! ¡Qué absurdo! Uno está bueno y sano; otro siempre está malo. ¡Compensación! Éste es rico, y aquél miserable. ¡Compensación! Este otro es dichoso y siempre está divertido, y su vecino pasa la vida gimiendo y llorando. ¡Compensación! ¡Todo compensación! ¡Ah, estúpidos filósofos! ¡Ridículo Azais! Aquí querría yo tenerle, y poder enviarle una bala que no pudiera devolverme para decirle: ¡Compensación, compensación!

Para explicar el mal humor de Roberto hay que decir que el camino que seguía era horrible. Camino no es la palabra propia, porque no había tal camino, y el viajero, para conservar su dirección hacia el Norte, no tenía otro recurso que consultar a menudo una pequeña brújula que llevaba consigo.

Por todas partes tierra baja y húmeda, en la cual se elevaban montículos cubiertos de impenetrables ramajes espinosos. Las ramas agudas se extendían amenazadoramente, como para arañar al que penetrara en aquellos sitios.

Más triste que el áspero paisaje era el silencio. Nada de canto de pájaros; nada de palpitación de alas fugaces; nada de carreras de animalitos entre la espesura: solamente a raros intervalos la rana gigante de Australia indicaba su presencia con una especie de bramido de ternera.

Obligado a dar continuos rodeos para evitar los obstáculos del camino, Roberto adelantaba poquísimo terreno.

A mediodía había recorrido veinte kilómetros, para ganar solamente cinco o seis hacia el Norte.

Se sentó en un montón de tierra endurecida, sacó algunas provisiones del saco, y comió sin placer, con el apresuramiento propio de quien viaja solo.

—Tengo exactamente —dijo cerrando otra vez el saco— trescientos setenta y seis

kilómetros que recorrer. Si continúo a este paso, necesitaré más de un mes. ¡Vamos, Roberto, vamos, valiente Cero; valor para recobrar tu ciudadanía francesa! ¡Adelante!



Y siguió andando.

A medida que se alejaba de la orilla del mar, el suelo se elevaba insensiblemente. A las malezas seguían montículos. Los eucaliptus, cuya familia no contiene menos de trescientas especies, se elevaban con su esbelto tronco y sus ramas guarnecidas de hojas, árboles exigimos de raro porte que niegan sombra al cansado viajero.

Pr la tarde Roberto se detuvo en medio de un bosquecillo de acacias rosas. Nada perturbó su descanso. Al asomar el alba siguió andando, y así siguió durante ocho días. A medida que avanzaba en su viaje, Roberto olvidaba su mal humor del principio de la caminata. Otras cosas le preocupaban. Ciertamente, la explotación agrícola de *sir* Parker, su antiguo vigilante, era objeto de su viaje; pero era también un peligro.

Evidentemente, si *sir* Parker sospechaba la presencia de su ex-prisionero, se apresuraría a detenerle, y entonces caería más sujeto que nunca bajo el yugo de la política inglesa. Volvería a ser Thanis, súbdito egipcio, él, que a esta alternativa había preferido la anulación de su «yo». ¡Cero podía ser; pero Thanis, nunca!

Era, pues, indispensable obrar con astucia y reconocer la explotación sin ser visto, para asegurarse de que Niari seguía residiendo allí. Y si el patriota del Nilo había salido de la explotación *sir* Parker, importaba saber hacia qué punto del globo había dirigido sus pasos.

Todo esto era muy difícil, porque el numeroso personal de Parker no dejaría de avisar al amo cuanto ocurriera.

Mientras Roberto se calentaba la cabeza pensando en un peligro lejano, amenazábale otro inmediato.

Hacía diez días que había llegado a la embocadura del río Russel. Había emprendido por la mañana su caminata, y cruzaba algo más animado un bosque de acacias. Bajo los árboles de poco ramaje, una hierba corta y dura rechinaba al pisarla. La marcha era, pues, más fácil, y el francés calculaba que si el terreno continuaba siendo tan favorable, recorrería muy pronto cerca de cuarenta kilómetros en dirección al Norte.

Apresuraba el paso tarareando, cuando de pronto le interrumpió un ruido insólito, con lo cual se detuvo e interrumpió su canción.

Lejos todavía se elevaba un rumor confuso, cuyo origen no podía en manera alguna adivinar. Instintivamente se puso detrás de un árbol, alrededor del cual se entrelazaban grandes hojas verdes y amarillentas, como de chumberas, y esperó con la carabina en la mano.

El alboroto crecía de minuto en minuto. Distinguía alaridos, voces estridentes, rugidos.

—¡Diablo, Diablo! —murmuró Roberto—. ¡Son indígenas! ¡Éste es un malísimo encuentro! Pero ¿qué es lo que hacen esos salvajes? —se preguntó lleno de curiosidad.

En efecto; formando una especie de acompañamiento a los clamores y a los

rugidos, sonaban pisadas formidables bajo la bóveda de los árboles.

De pronto, abriendo una gran masa de maleza, apareció a cincuenta metros del viajero un tropel de kanguros.

Disparados iban los animales, que sin detenerse, pasaron dando unos saltos enormes. El golpear de sus miembros posteriores en el suelo producía el ruido que había oído Roberto.

Una flecha que fue a clavarse en el tronco del árbol tras el cual se había ocultado Roberto le indicó el motivo del terror de los animales. Los indígenas cazaban.

Se levantó para ocultarse mejor; pero en el mismo instante un golpe de extrema violencia lo arrojó al suelo, con lo cual la carabina se le escapó de la mano: le había atropellado uno de aquellos animales, que huía loco de terror.

Ya en el suelo, el poco afortunado viajero vio pasar infinidad de aquellos animales, y a los indígenas que los perseguían.

Pronto los perseguidos y los perseguidores desaparecieron, y fue alejándose el ruido de aquella cacería salvaje, hasta que quedó todo en silencio.

Roberto se levantó. Se palpó, temeroso de tener algo roto. Tan violenta había sido la caída, que verdaderamente fue milagro que no resultara con grave detrimento en su organismo. Alguna ligera contusión sentía, y para luego algo de agujetas y quebrantamiento de huesos serían las consecuencias del inesperado lance.

—¡Vamos! ¡No puedo quejarme! —pensó.

Intempestiva satisfacción, como pudo advertir muy pronto.

Casi tranquilo respecto del estado de sus miembros, Roberto se puso a buscar su carabina y su saco de provisiones, que no había podido sostener en el momento de la caída. Pronto encontró una y otro. Pero ¡en qué estado!

El saco estaba enteramente vacío; las provisiones, en el suelo, pisadas por los animales y por los indígenas; rotas las latas de conserva y los frascos de *cognac*, y, en fin, todo inservible. En cuanto al arma, el cañón estaba aplastado, y la carabina no podía servir más que como maza.

El desastre era irreparable. Perdido, sin medios para defenderse y renovar sus provisiones, en medio de la soledad australiana, el francés parecía condenado a morir, y a morir muy pronto.

## *Capítulo XII*

### *Mora-Mora*

Durante más de una hora el desgraciado estuvo aturdido y aterrado ante la dolorosa realidad. Cogía maquinalmente la carabina y miraba el cañón de la misma inutilizado, con la ilusoria esperanza de hallar un procedimiento que le permitiera reparar el daño.

La situación era crítica en extremo. A doce días de camino desde la costa y a igual distancia del monte Youle, sin víveres y desarmado, ¿qué iba a hacer el desventurado viajero?

En medio de su anormal estado de alma tuvo una inspiración. La explotación Parker no era la única de la región; fácil era que encontrase otra estación habitada, y si llegaba a dar con alguna alquería, le sería posible proporcionarse una carabina o un fusil y municiones.

Y si no encontraba esta solución, sólo había otra: morir de inanición en el bosque.

Recogiendo ansiosamente los restos de sus provisiones, para hacer siquiera una frugal merienda, el infeliz Roberto se puso en marcha.

Habría recorrido un kilómetro cuando quiso consultar su brújula, y un grito de angustia exhaló su pecho dolorido. El cristalito que cubría el cuadrante estaba roto, y la aguja imantada, desprendida de su eje, había desaparecido.

La desgracia le abrumaba cruelmente, negándole hasta la facultad de orientarse.

Sin embargo, no perdió por completo la fortaleza de espíritu. Los pantanos que indican el curso del Russel siguen sensiblemente la dirección Norte. Por esta indicación Roberto creía que había de continuar acercándose al término de su viaje.

Pero pronto pudo persuadirse de que semejante idea, buena en teoría, era detestable en la práctica. Los pantanos, regularmente muy extensos, están separados por varios espacios, bajo los cuales el río invisible recorre cauces subterráneos. Así que bordeando uno de aquellos lodazales que serpenteaba en incesantes sinuosidades, el viajero dio una vuelta completa, y no advirtió su error hasta que después de una etapa fatigosísima de muchas horas se encontró exactamente en el mismo punto de partida.

Entonces le abandonó el valor. ¿A qué luchar, cuando todos sus esfuerzos eran inútiles? Lo mismo que el gladiador vencido se tendía en la arena esperando el golpe mortal, Roberto se tendió al pie de un árbol.

Caía la tarde; el Sol se ocultaba en el



horizonte con resplandores de incendio que teñían de sangrientos matices el agua de las marismas y de los pantanos.

Tristemente devoró el último resto de sus averiadas provisiones. Aquellos restos, empapados en lodo y aplastados bajo las patas de los kanguros, aplacaron momentáneamente su hambre, y todavía sintió alguna leve ráfaga de esperanza.

—¡Durmamos! —murmuró—. ¡Puede que luego me inspire Dios alguna idea salvadora!

Cerró los ojos, y a pesar de su extrema situación, durmió pesadamente. El sueño le era más necesario que el alimento.

Por la mañana despertó. El descanso le había aclarado un tanto el cerebro: pudo considerar su situación con alguna serenidad, y se le ocurrió una idea Ingeniosa.

—La línea de los pantanos del Russel me indica la dirección del Norte. Lo que necesito es marchar paralelamente siguiendo esta línea. De cuando en cuando subiré a un montículo, o a un árbol, a fin de dominar la llanura y asegurarme de que no me desvíe del camino.

Confortado con este pensamiento, siguió meditando.

—Así aseguro el camino. Queda ahora el problema de la manutención. La caza me está vedada, puesto que no tengo con qué cazar; necesito, pues, acudir al reino vegetal. En este país tan húmedo no será imposible que encuentre alguna planta comestible.

Poniendo en ejecución su pensamiento, Roberto se subió a un árbol cuyas ramas hacían posible la ascensión, y desde lo alto de aquel observatorio natural recorrió con la vista el espacio que consideraba el camino más derecho.

Saltó al suelo y siguió gallardamente la penosa caminata, examinando con la mayor atención los arbustos y las malezas que encontraba.

Buscaba el desayuno.

Estaba escrito que aquel día todo le saldría bien. Llegó a un campo donde encontró unos arbustos que le ofrecían una especie de albaricoques silvestres de los pantanos, que probó y le parecieron deliciosos. La adversidad le había hecho previsor, y se apresuró a hacer acopio de aquel fruto natural. En los restos de su saco y en los bolsillos guardó todo lo que pudo, y más animado siguió su ruta.

De hora en hora subía a una eminencia o a un árbol para asegurarse de que no se desviaba de la dirección útil; pero avanzaba muy lentamente, y a cosa de las cuatro tuvo que detenerse completamente extenuado.

Por muy alimenticio que fuera aquel fruto, no lo era tanto como unas chuletas



para sostener las fuerzas de un hombre que hacía tal derrocho de vigor físico. Sin embargo, casi le daba la seguridad de no morir de hambre —suerte común de tantos exploradores del país australiano—, y después de sentarse voluptuosamente en el suelo Roberto tomó algo más de su único alimento.

Se había entregado a una dulce somnolencia, cuando cierto ruido de ramas que crujían le sacó del agradable sopor.

El rumor se había producido a poca distancia, en la compacta maleza próxima a la orilla de un depósito de agua estancada que las anchas hojas de plantas acuáticas cubrían con un color de esmeralda.

Allí estaba un ser, hombre o animal. Roberto le vio.

Instintivamente cogió por el cañón la carabina y esperó.

Pasaron algunos instantes en silencio, y luego el ser, que espiaba sin duda al viajero, pareció impacientarse. Penetró violentamente por entre la maleza, y apareció un indígena con los pelos enmarañados sobre una fisonomía espantosa.

De un salto se puso en pie Roberto; pero el indígena no parecía tener intenciones hostiles contra el europeo.

Tranquilamente se echó el fusil a la espalda, cruzó los brazos sobre el pecho para saludar a la moda del país, y avanzó lentamente al encuentro del primo de Lavarède.

Éste le vio acercarse, no sabiendo si había de recibirle como amigo o como enemigo.

Pronto pudo tranquilizarse.

A diez pasos el australiano se detuvo, y con voz gutural pronunció en correcto inglés estas palabras:

—Mora-Mora, jefe de los *faho-bongs*, saluda al blanco extraviado en el bosque.

Y como Roberto, asombrado, no respondía, continuó:

—Desde el alba estoy buscando al blanco. Si hubiese tenido malas intenciones, fácil me hubiera sido meter una bala en la cabeza, porque Mora-Mora tiene la puntería fija y la mano segura. Yo no tenía nada que temer porque el blanco trae el arma inútil, pero soy un amigo que seguía los movimientos del hombre blanco, y no le quiero mal.

—¿Un amigo? —murmuró Roberto con desconfianza—. ¿Cómo es mi amigo quien ni siquiera me conoce?

El indígena abrió la boca, riendo de buena gana.

—Mora-Mora —dijo— es el amigo de los blancos. Es su guía, y en este mismo instante lleva a la costa a dos hombres que, como tú, tienen el color pálido del astro de la noche.

—¿Europeos? —exclamó Roberto avanzando—. ¿Dices que hay dos europeos a poca distancia?

—Sí. Ya les he avisado tu presencia y también les he dicho que, sin duda, te has perdido sin armas y sin provisiones. Ellos mismos me han encargado que te lleve a donde están.



Oyendo estas sinceras palabras, Roberto ya no dudó de la buena fe del indígena, y acercándose a él le estrechó afectuosamente las manos, diciéndole:

—Estoy rendido; pero recobraré fuerzas para acompañarte. ¿Están muy lejos los que dices que te han enviado a mí?

Con la mano señaló Mora-Mora un sitio. Roberto miró en la misma dirección, pero no vio nada.

—No distingo a los europeos.

El indígena volvió a reírse.

—¡Claro es que no puedes verlos! Los blancos son más pequeños que los árboles.

—¿Pues qué es lo que señalas con la mano, amigo?

—El humo del campamento.

—¡Ah, ya entiendo! ¿El humo de alguna hoguera que han hecho?

Pero por más que abrió los ojos, Roberto no alcanzaba a ver nada parecido al humo, y volvió a mirar al guía interrogándole. El guía se encogió de hombros lo mismo que un blanco.

—Los ojos de los blancos —dijo después de un momento— saben leer en los libros; pero en frente de la Naturaleza son menos perspicaces que los de los australianos. Voy a ayudarte, blanco amigo. Mira allá abajo aquel cedro rojo, cuya cima sobresale entre los demás.

—¡Ya lo veo!

—Bueno; ahora dirige la vista a la derecha. ¿No ves nada?

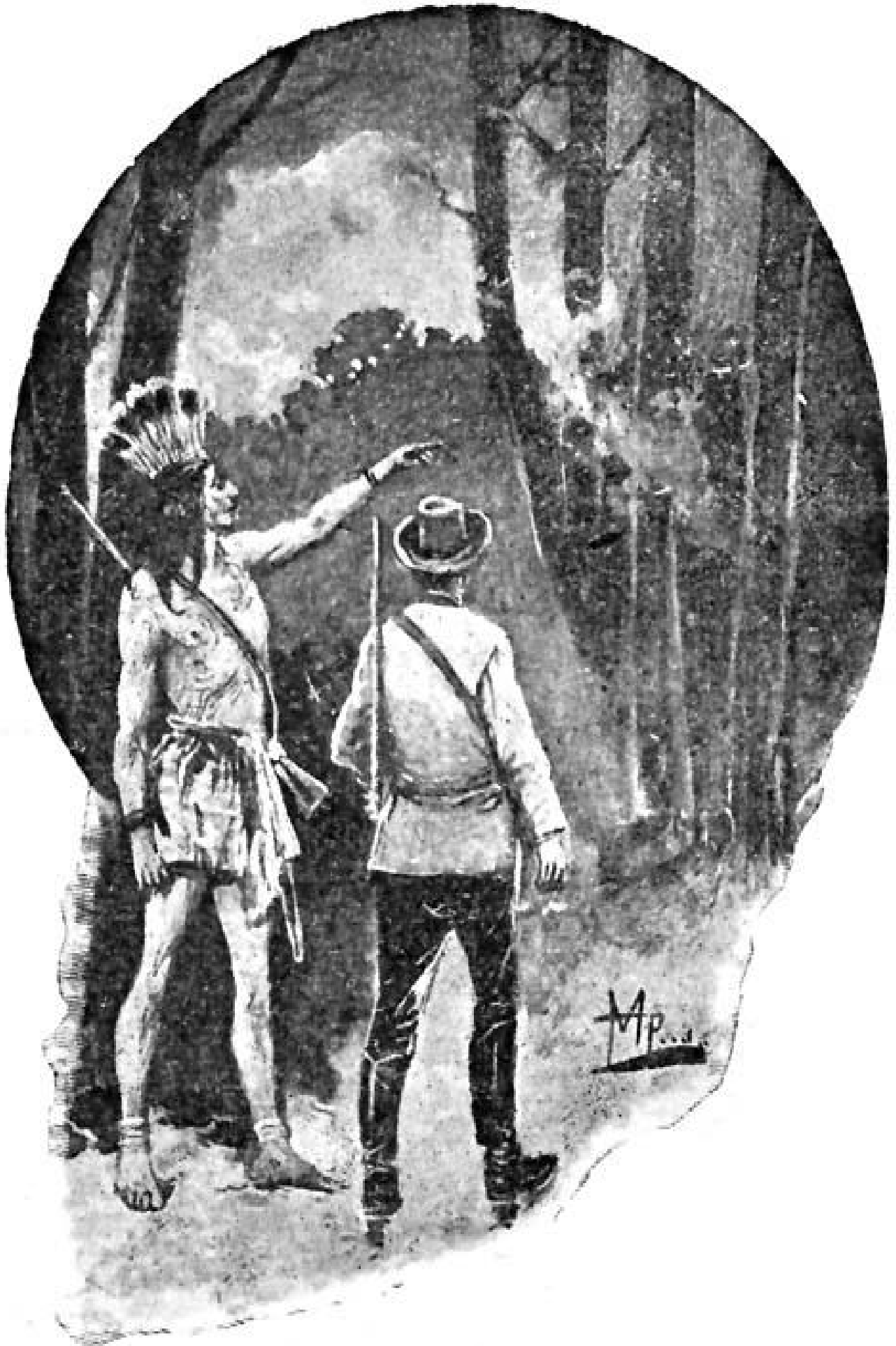
Fijando atentamente la mirada, Roberto distinguió una leve columna de humo que salía por entre los árboles. Era como una ligerísima niebla casi imperceptible, y hubo de confesar que, si no se le hubiera indicado, no habría podido verla.

—Fuego de australiano —dijo orgullosamente Mora-Mora—. Fuego de leña seca, no de ramas húmedas.

—¡Sí, sí; ya comprendo! Quieres decir que un europeo como yo quemaría las ramas húmedas, y el vapor de agua haría más espeso el humo.

—Y más peligroso.

—¿Más peligroso?



—Sí; el humo espeso descubre al blanco y avisa a los indígenas salvajes ansiosos de venganza, mientras que el fuego como yo lo dispongo los tranquiliza y lo creen de hombre negro, al cual no quieren hacer daño.

Y cambiando de tono, Mora-Mora preguntó:

—¿Está pronto el viajero a seguir su camino? Hay que llegar al campamento antes que sea de noche.

—¡Pues anda delante, que ya te sigo!

El australiano echó a andar, precediendo a su compañero. Éste le seguía, admirado de las formas hercúleas de su guía. Ciertamente, Mora-Mora debía de excitar entre sus congéneres un respeto perfectamente justificado por sus músculos atléticos.

## *Capítulo XIII*

### *Tres Ceros*

Roberto y Mora-Mora entraron en un valle estrecho que en la época de las crecidas se transformaría en lago. Durante cerca de media hora los dos hombres pisaron un suelo húmedo, en el que se hundían sus pies en lodo y agua.

Roberto distinguió una columna de humo que salía de entre los árboles...

Después elevábase el terreno en pendiente suave y rocosa, desaparecía la maleza, y se espaciaban los árboles, descubriéndose una planicie que dominaban las ruinas de una residencia abandonada.

Mora-Mora señaló los resquebrajados muros.

—¡Allí están! —dijo—. ¡Buen refugio, fácil de defender contra una agresión!

Se dirigieron hacia una brecha abierta en medio de las piedras. Subiéndose a una de las piedras derruidas, el indígena y el europeo penetraron en el recinto de la explotación ruinoso.

Ante ellos se abría un extenso patio. Al fondo, bajo un cobertizo de agrietada techumbre, dos personajes estaban sentados cerca de una hoguera cuya llama lamía varios pichones atravesados por una vara de hierro.

Por poco buen comedor que fuera Roberto, no pudo menos de mirar con cierta ternura aquellos preparativos de banquete. Su guía dio un silbido. Los dos que cuidaban de los pichones reconocieron a su compañero indígena, y salieron al encuentro de Mora-Mora y del francés.



Roberto los miraba curiosamente. Los dos blancos eran jóvenes: uno, rubio, de porte distinguido, bien que afectado de una ligera gibosidad, podía tener de treinta a treinta y cinco años; el otro era un gracioso adolescente que, ciertamente, no habría cumplido los diez y seis años.

Los dos saludaron con una distinción y desembarazo que probaban que más que a viajar entre malezas y pantanos estaban habituados a los salones de la sociedad. El mayor tomó la palabra:

—Caballero —dijo—, sea usted muy bien venido. Espero que tendrá usted la bondad de acompañarnos a comer.

Tan singulares eran estos modales en medio del desierto, que el francés se quedó suspenso con la boca abierta y sin saber qué responder.

Sin embargo, pronto se repuso de la sorpresa, y replicó en igual tono de cortesía:

—Son ustedes muy amables, y me conmueve profundamente la bondad con que reciben a un desconocido.

—¡Desconocido! —interrumpió vivamente el cargado de espaldas—. ¡Desconocido no diga usted! El viajero errante en estas soledades es, seguramente, un desgraciado. Nosotros también nos consideramos tales, y la desgracia común produce una especie de fraternidad.

La voz del jorobadito era dulce, casi tierna, insinuante, al pronunciar tan discretas palabras.

Roberto se inclinó, cada vez más sorprendido, porque en aquellas latitudes los feroces indígenas que recorren el desierto australiano no acostumbran demostrar tal sensibilidad.

—¡Vaya, señor —dijo el rubio—; venga usted a sentarse con nosotros sin reparo



alguno! Descanse usted, coma, y no nos dé gracias: somos hermanos que recibimos a otro hermano.

—¡Sea como ustedes quieran! No les daré gracias; pero me permitirán que exprese mi asombro al encontrar tanta amabilidad, tanta caridad, debo decir, para una persona a quien desconocen completamente.

—Repito que no es usted un desconocido para nosotros. Hemos sabido que estaba perdido en estos parajes, sin armas y sin víveres, y que se dirigía al Norte, sin duda por un asunto de la mayor importancia, porque si no no habría venido escalando fatigosamente los árboles más altos para orientarse en su camino. En su acento hemos adivinado que es francés; y en sus maneras, que estamos hablando con un *gentleman*.

Y como Roberto, asombrado de este rápido análisis de que era objeto, hiciera un gesto de satisfacción, el singular personaje continuó, con una delicada sonrisa:

—Un solo detalle falta; pero en este lugar no es necesario.

—¿Qué detalle?

— Que le pregunte su nombre.

Roberto rió francamente, y con la mayor confianza contestó:

—A esa pregunta no puedo responder.

—Pues no insisto.

—Pero debo explicarme. Yo no tengo nombre.

—¿De veras? —murmuró su interlocutor; y éste y el jovencito cambiaron una mirada.

El viajero no entendió el significado de aquella mirada, que no dejó de sorprenderle, y repuso vivamente:

—Quiero decir que he perdido el nombre a que estaba habituado y que me ofrecen otro que no puedo ni quiero llevar. Ustedes no pueden comprender esta anomalía.

El jorobado movió la cabeza.

—Perdone usted —dijo—: la comprendo perfectamente, porque yo también estoy por la presente desprovisto de nombre.

—Lo mismo que yo —murmuró el adolescente, que no había hablado todavía.

La coincidencia era extraordinaria, y Roberto no pudo menos de exclamar con espontaneidad grandilocuente:

—Entonces, el nombre propio que he adoptado viene a ser un nombre común,

—¿Cómo?

—He adoptado por nombre la palabra melancólica «Cero». La casualidad me pone frente a frente de otros dos «Ceros».

Los otros se echaron a reír.

—Supongo —dijo el mayor— que tomando por nombre el signo aritmético cero no habrá querido usted significar que es un hombre sin valor alguno.

Moviendo la cabeza, Roberto murmuró:

—No; pero, rota mi carabina, bien puede suponerse que no valgo gran cosa.

—¿No es más que eso lo que usted lamenta haber perdido? Nosotros tenemos un fusil de más que ofrecerle.

Conmovido por esta generosidad, más de estimar en país salvaje que el ofrecimiento de una fortuna en una comarca civilizada, Roberto musitó con voz temblorosa una frase de intensa gratitud; pero el jorobado le interrumpió diciendo:

—¡No hablemos más de eso! El fusil es la unidad que da valor al cero; y digo esto continuando la bromita matemática con que nos demuestra usted su ingenio. Ahora, si me permite que hablemos seriamente, debo decir que nuestro dichoso encuentro debe engendrar algo provechoso para todos. Solamente es necesario que tengamos completa confianza y que con la mayor franqueza nos tratemos.

Y añadió, sonriendo amablemente:

—Yo no tengo ningún mérito en hacer lo que hago, puesto que represento tres hombres armados contra otro sin defensa, y a mí me corresponde empezar a establecer entre nosotros la mayor cordialidad.

Y llamando a Mora-Mora, le dijo algunas palabras al oído. El indígena corrió al interior de la derruida instalación, y volvió a poco presentando a Roberto una preciosa carabina de fabricación Inglesa.

—Ahora —le dijo— ya está usted más cómodo, sus ojos brillan con emoción; casi, casi la alegría de vivir. La actitud de usted es ya la del hombre valiente; su fisonomía, la del hombre seguro de sí mismo. ¿Se cree usted ya otro hombre?

El francés tomó el arma con arrobamiento.

—¡Bueno! —añadió el otro—. Ahora lo que necesitamos es comer. El asado está a punto, y nos espera. Comamos, tomemos fuerzas, y hablemos al mismo tiempo que damos la imprescindible satisfacción a nuestro estómago.

Sentados al fuego Roberto y sus amabilísimos amigos dejaron el apetito satisfecho gustando aquellos ricos pichones salvajes, cuya carne ternísima se parece a la de los faisanes de los Vosgos.

Unas tazas llenas de té perfumado aplacaron la sed de los tres amigos.

—¡Por vida mía! —exclamó el francés con muy buen humor—. ¡Esto es un ordinario bastante extraordinario en plena soledad!

Y el jorobado replicó:

—Sería una tontería privarse de lo que se puede tener. Tal es mi doctrina física, y también moral, como va usted a juzgar por una pregunta que voy a hacerle, y a la cual puede no responder si le parece indiscreta. La pregunta es la siguiente: ¿Puede usted y quiere decirnos qué es lo que busca en este desierto?

Roberto, que había adivinado lo que el otro iba a preguntar, contestó vivamente:

—Con mucho gusto lo diré, amigo mío.

—¡Veamos!

—Busco el nombre que he perdido.

Oyéndole los otros, cesaron de comer. En su fisonomía se revelaba una intensa sorpresa.

—¿Extraña a ustedes lo que digo?

—Sí —replicó el jorobado—; y nuestra extrañeza proviene de la perfecta semejanza de la situación de usted con la nuestra.

—¿Ustedes también buscan...?

—Nuestros nombres, sencillamente.

La identidad de la aspiración de los tres hombres asombraba a Roberto, que todavía recelaba.

—Prosigo mi interrogatorio —añadió cortésmente el hombre rubio—. ¿Conoce usted ese nombre que anhela encontrar?

—Perfectamente. Lo he llevado mucho tiempo, y, naturalmente, no puedo olvidarlo nunca.

—¿Y ese nombre...?

Antes de contestar el francés pensó un minuto. ¿No sería una imprudencia confiar su secreto a aquellos compañeros, de quienes no sabía más sino que eran muy amables y obsequiosos? La franqueza y la bondad retratadas en su semblante le decidieron.

—Es el secreto de mi vida —dijo gravemente—, quizás mi felicidad de mañana, lo que voy a confiar a ustedes; pero me inspiran absoluta confianza.

El jorobado le escuchaba con la mayor atención.

—Ese nombre, que fue el de un soldado de Francia hoy borrado de los cuadros del ejército sin haber cometido ninguna falta; ese nombre, que hubiera querido ofrecer a una dulcísima mujer amada, es Roberto Lavarède.

—¡Lavarède! —repitieron el jorobado y el adolescente.

—¿Qué? ¿Han oído ustedes alguna vez ese nombre?

—Sí.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

En pie y gesticulando como loco, Roberto repetía con ansia la pregunta.

—¡Calma, calma, señor! —aconsejaba el amable jorobado—. Ya le contestaré; pero antes dígame...

—¿Qué?

—¿Ha estado usted complicado en una conspiración egipcia bajo el nombre de Thanis?

—Cierto; pero ¿por dónde ha sabido usted...?

—¡Espere usted, hombre de Dios! La mujer amada de quien hablaba usted antes, ¿se llama *miss* Lucía Hador?

—¡Sí, sí; ella es!

—¿Y no fue usted prisionero de un tal Parker en el monte Youle?

—¡Exacto!

—¡Pues, hijo, yo le conozco a usted mucho; pero mucho, y adivino el objeto de su viaje! Usted se dirige al monte Youle en busca de cierto Niari que está al corriente de todas sus aventuras...

—¡Es verdad!

—Pues bien; ya ve usted el primer resultado de nuestro encuentro. Este resultado ventajoso consiste en evitar a usted un viaje inútil.

—¿Cómo inútil?

—Y tanto; porque Niari no está en el monte Youle.

—¿No está? —gritó Roberto desesperado.

—¡No se altere usted, hombre! Niari ha sabido que, de regreso en Francia, ha afirmado usted haber dado muerte en un duelo regular al verdadero Thanis.

—¡Es verdad!

—Ha sabido también que el Gobierno inglés, deseoso de conservaren su poder un Thanis a fin de decapitar al partido independiente egipcio, había conseguido hacer pasar a usted por falsario y estampar sobre esa noble frente el nombre del adversario de usted.

—¡Sí, sí; todo, todo es verdad!

—Su objeto era impedir a los rebeldes conspiradores elegir nuevo jefe.

—¡Ay de mi!

—¡No se queje usted! Niari, que callaba por efecto de una adhesión ciega al triste personaje a quien usted mató, no quiso callar más al recibir la noticia de su muerte. No admitía él, egipcio fanático, que un francés llevara «el nombre de su señor», y contó la verdad a *sir* Parker. Hallábame yo precisamente en aquella explotación en aquel momento. Por consejo mío, Parker condujo a su prisionero a la corte, a fin de embarcarlo y expedirle a Sidney, a *sir* Toby Allsmine, director general de la policía del Pacífico, que recibirá su declaración.

Esta vez Roberto pareció fuera de sí.

—¿A Sidney? —exclamó—. En ese caso, no tengo más que volver y presentarme a *sir* Toby Allsmine.

—¡Líbrese usted bien de hacer tal cosa! El Director le encerraría a usted, como, seguramente, hará internar a ese pobre diablo de Niari.

—Pero, entonces —gritó el francés exasperado—, estoy más perdido que nunca, y usted mismo es quien ha agravado mi situación. ¡Y viene usted a contármelo como si tal cosa!

El jorobado no se alteró lo más mínimo.

—No se amontone usted —le dijo—, y procure tener calma. La situación de usted no es peor que antes. En la explotación agrícola de Youle, ocupada militarmente desde la evasión de usted, hubiera sido infaliblemente apresado y enviado a Sidney, mientras que ahora está libre y conmigo.

Habíase erguido el hombre al pronunciar estas palabras, y toda su persona parecía revestida de un carácter de grandeza que impuso a Roberto.

—¿Con usted? —murmuró éste—. ¿Y quién es usted?

—Yo soy un inglés que ama apasionadamente a su patria, pero que cree que es muy débil el poderío basado únicamente en la iniquidad y la mentira. Yo quiero a la

Gran Bretaña dueña del mundo, pero amada de todos. Repruebo las injusticias que cometen algunos de sus agentes, y sufro oyendo los gemidos de las víctimas.

Y añadió con verdadero dolor:

—Yo mismo he sido víctima, y en este momento prosigo una obra de reparación. También a usted le protegeré; a usted que ha tenido bastante valor y fe para osar emprender la travesía de las soledades australianas. No son Hador ni Thanis los que arrebataron el Egipto a mi país: es Inglaterra misma la que se ha desterrado de las orillas del Nilo el día en que las ha ocupado traidoramente: todo buen ciudadano debe reconocer las faltas de sus compatriotas, y es deber de todos enmendarlas, repararlas. Cada injusticia reparada es un laurel para una nación, es un rayo de apoteosis que brilla sobre un pueblo. Por eso, señor francés, recobraré usted su nombre, se casará con la mujer de su ilusión, y volverá a ser ciudadano francés, porque ama la bandera de su patria como yo la de la mía.

A medida que hablaba el desconocido le parecía a Roberto como revestido de una majestad soberana. Con evidente respeto le preguntó otra vez:

—¿Y quién es usted?



El jorobado contestó con un gesto de compasión:

—¿Le hace a usted falta mi nombre para tener confianza en mí? Pues sepa usted que tengo varios, y ninguno es mío. En Sidney, adonde vamos a ir, me llaman *sir* James Pack, secretario particular del Director de la policía del Pacífico.

—¿De *sir* Toby Allsmine? —preguntó el primo de Lavarède espantado.

Pero con un gesto le calmó el jorobado.

—¡No tenga usted miedo; mis palabras no contienen amenaza alguna! He dicho a

usted lo que, excepto este joven que me acompaña, no sabe nadie. ¿Quiere usted más explicaciones? Pues sepa que el verdadero James Pack, enviado de Inglaterra a *sir* Toby, fue interceptado por mí, y gracias a medios de que dispongo, le he decidido a dedicarse a mi servicio: todo esto para ocupar yo su lugar, viviendo cerca de *sir* Allsmine y conocer sus sentimientos y sus procedimientos, lo que era muy necesario para mis proyectos.

Y cambiando de tono, el misterioso personaje preguntó al francés:

—Ahora que sabe usted todo lo que quería saber, ¿está dispuesto a obedecerme y entregarse enteramente a mi voluntad?

—¡Sí! —respondió Roberto con firmeza.

La fisonomía del llamado Pack expresó viva satisfacción.

—*All right!* En ese caso, mañana nos pondremos en camino hacia la costa. Ya sabe usted por experiencia que el camino no es cómodo. Conque hay que descansar. Ya es de noche, y hemos de partir muy temprano por la mañana. Duerma usted sin cuidado, que nosotros velaremos su sueño.

No podía recomendársele al francés cosa más agradable que dormir después de tanta fatiga, de tanta sorpresa, de tanto misterio, de tantos temores, de tantas dudas, de tantas satisfacciones y de tanta conversación. Se envolvió en su manta, y en un buen montón de hojas secas dispuesto en sitio resguardado de los vientos se acostó, cayendo pronto en un profundo sueño bajo la guardia de los buenos amigos que la casualidad le había hecho encontrar en medio de la soledad.

Y como el soñar dormido no es, después de todo, más que una continuación del soñar despierto, el francés, asistido ya de aliados y de armas, tuvo un sueño felicísimo: ¡como que soñó haber recobrado su nacionalidad, que nada se oponía ya a su enlace con la mujer amada, y que ésta llegaba al colmo de la ventura llamándose esposa de Roberto Lavarède!

Naturalmente, después de ese sueño Roberto se despertó de excelente humor. Ya sus compañeros estaban en pie, y el pseudo James Pack le saludó jovialmente.

—¿Supongo que estará usted repuesto de sus fatigas, señor Roberto Cero?

—Completamente repuesto, gracias a mis buenos amigos; pero temo haber hecho a ustedes retrasar su viaje.

—¡De ninguna manera! Partimos precisamente cuando pensábamos partir. Ahora el señor Mora-Mora, nuestro guía, preparará el té con su destreza acostumbrada. Esta bebida caliente y aromática es el mejor antídoto para evitar el paludismo que producen las nieblas de la mañana en los países pantanosos<sup>[8]</sup>.



Antes del desayuno el francés pudo proceder a su tocado. Una hora más tarde, bañado, limpio, confortado el estómago con un buen trozo de carne fiambre y un bol<sup>[9]</sup> de líquido perfumado, alejábese con sus amigos y aliados del sitio en que había pasado la noche deliciosa.



## Capítulo XIV

### *El torpedero submarino*

No sin emoción recorrió Roberto en sentido inverso el camino que había seguido el día anterior. ¡Qué cambio tan radical en su situación! Antes iba solo, sin aliento, sin medios de vida ni de defensa, y volvía acompañado de amigos sinceros, lleno de esperanzas, vigoroso y, en fin, alegre de vivir.

Todos los días declaraba a sus amigos, a la vez que no cesaba en las demostraciones de agradecimiento, que la vuelta hacia la costa era infinitamente más agradable que el viaje que él había hecho para alojarse.

Comida abundante, interesante conversación, descanso en sitios admirablemente elegidos; todo contribuía a aumentar su satisfacción. Verdaderamente, el desconocido que había declarado llamarse por el momento James Pack era un viajero de gran experiencia y de indudables méritos. Conocía perfectamente el camino en todos sus detalles, y había estudiado su itinerario con la mayor exactitud, no dejando nada a la casualidad.

El jorobado parecía encantado de su nuevo compañero; y como éste no cesaba de repetirle cuánta era su gratitud, acabó por decirle:

—Repito a usted que me hastía tanto darme las gracias. Cese, pues, en esa cantata de la gratitud. Yo le he servido a usted ahora; pero usted también me servirá.

—¡Oh; con toda mi alma! —exclamó Roberto—. ¡Deseo vivamente que me dé usted ocasión de serle útil!

—Pues pronto será usted servido, pues que tanto lo desea.

—¡Lo celebro muchísimo! Usted, que parece lo prevé todo, tendrá ya sabido en qué momento he de servirle de algo.

—¡Acaso!

—¿Y no podría usted decirme desde luego...?

—No, todavía no. Todo depende de una circunstancia... Me ha ocurrido una idea; pero no es seguro que la realice.

—¿Y cuándo podrá usted saber...?

—Al día siguiente de llegar a la costa.

—¿Que será...?

—Pasado mañana.

Roberto no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—¿Espera usted llegar mañana a la orilla del mar? —dijo.

—¡Ya lo creo! ¿Y a usted le asombra?

—¡No ha de asombrarme! He necesitado yo once días de marcha para llegar al sitio en que tuve la fortuna de encontrar a ustedes; hace cuatro que hemos salido de ese sitio, y dice usted que mañana...

—Las olas vendrán a estrellarse a nuestros pies. No tenga usted duda; y crea, además, que en todo esto no hay nada de extraordinario, ni siquiera de magia blanca ni negra. No he hecho otra cosa en este viaje que evitar los rodeos y los obstáculos a que estaba usted fatalmente condenado por su completa ignorancia del país.

—¿Rodeos y obstáculos, llevando mi brújula?

El llamado Pack no contuvo la risa mirando la asombrada fisonomía del francés.

—Rodeos continuos, producidos por los obstáculos naturales; de tal suerte, que ha seguido usted una línea interrumpida constantemente, y ha hecho, por lo menos, dos veces más camino que el preciso. Eso no tiene nada de particular, y acredita el valor y la resistencia de un viajero desconocedor de esta zona australiana.

Hasta aquí llegó la conversación; pero, por mucha confianza que el primo de Lavarède tuviera en su nuevo amigo, esperó el día siguiente con verdadera impaciencia. ¿Se realizarían las previsiones del jorobado y tendría que confesar que, con brújula y todo, era muy difícil conservar la dirección del Norte en aquellos parajes?

Esta impresión, penosa para su amor propio de turista, le importunó al día siguiente. A cosa de las cuatro de la tarde los cuatro hombres escalaron una serie de colinas de arena, y contemplaron a sus pies una playa de arena dorada, sobre la cual las olas iban perezosamente a romperse.

Roberto bajó la cabeza avergonzado, pero pronto se repuso de este injustificado despecho, y preguntó naturalmente a James Pack.

—¿Y dónde nos hallamos ahora?

—A diez kilómetros al Oeste de la embocadura del río Russel.

—¿Iremos a Sidney por tierra?

—¡Bonito viaje haríamos! Emplearíamos semanas.

—Entonces...

—¿Querrá usted saber qué embarcación va a llevarnos?

—Sí quisiera.

—Vendrá a buscarnos a la noche.

Y añadió con una maliciosa sonrisa, viendo la sorpresa en la cara embobada del francés:

—Voy a avisar que la esperamos.

Un momento antes se habían separado el jovencito compañero de Pack y Mora-Mora; volvieron a poco llevando grandes brazadas de hierbas secas y duras, y en presencia de Roberto hicieron tres montones formando un triángulo que ocupaba unos veinte metros.

—Ya va a obscurecer —dijo James Pack, a quien divertía la curiosidad del

francés—, y habrá que hacer la señal del fuego.

—¿La señal a quién? —preguntó Roberto—. Por más que miro la superficie del mar, no veo nada que se parezca a una embarcación.

James Pack rió grandemente, y lo mismo sus compañeros; pero notando en Roberto algún signo de despecho, le dijo amablemente:

—No le ofenda a usted mi risa. Es que le reservo una sorpresa. Los marineros nos ven perfectamente.

—En ese caso, será un barco fantasma —dijo Roberto después de contemplar la extensión del mar.

—Casi casi, aunque cuenta con una sólida envoltura de metal.

Para cortar de una vez las preguntas del joven, James se alejó algunos pasos diciendo:

—Comamos, que ya el sol descende el horizonte.

Dominando, aunque de mala gana, su curiosidad, Roberto ayudó a sus amigos a preparar la comida, consistente en caza elegida por Mora-Mora, que era un cazador meritísimo y no cazaba nunca más que piezas sabrosas de comer.

El astro luminoso continuaba su curso. Tocaba la línea del horizonte, y luego cesaba de ser visible, no dejando como huella de su paso en el cielo más que el matiz rojo del incendio.

Luego palidecían estos mismos colores, convirtiéndose en rosados, violáceos y grises. Todos revestían tonos relucientes, que se obscurecían de momento en momento, y la noche extendía su manto de sombra sobre la tierra y sobre las aguas del mar.

James Pack se levantó y mandó:

—¡A encender las hogueras!

Esta orden la esperaba ya Mora-Mora, porque sin otra explicación el indígena y el adolescente corrieron cada uno a uno de los montones de hierba seca, mientras que James Pack se colocaba cerca del tercero.

Encendieron tres cerillas: primero crujieron las hierbas, y luego tres llamas iguales se elevaron sobre la playa.

Consumiéronse las hierbas en cinco minutos, dejando en el suelo manchas negras sobre las cuales palpitaban todavía las chispas como insectos luminosos.

El jovencito se había acercado al jorobado.

—¿Estarán aquí dentro de veinte minutos? —le preguntó.

—Sí, poco más o menos.

—Será tiempo de que dé usted sus instrucciones a Mora-Mora.

—Tienes razón, como siempre.

La voz de Pack era dulce, casi respetuosa, al pronunciar estas palabras. Roberto lo advirtió; pero distrájole el diálogo entre el jorobado y el indígena.

—Mora-Mora, te doy gracias. Has sido bueno, fiel y leal, y siento mucho separarme de ti.

—Yo —contestó el australiano— amo la tierra donde duermen mis ascendientes. Mi vida pertenece a mis bosques, a mis desiertos. Si no fuera porque no puedo separarme de mi tierra, te seguiría.

—Volveremos a vernos, noble guerrero, porque yo todavía necesitaré de ti.

—Habla, y Mora-Mora te obedecerá, hará lo que le mandes.



—Ya lo sé. Irás a Brimstone Mounts para decir al que aguarda allá abajo que la hora esperada llegará pronto. Largo es el camino.

El australiano le interrumpió con una sonrisa de salvaje:

—Todo camino es corto para el que marcha bien.

—Una vez hecho lo que te ordeno —continuó James—, esperarás cerca de las Tres Agujas a lo largo del río Schaim, al que será yo sin ser yo.

—Le esperaré.

—¿Y le guiarás?

—Le guiaré.

—¿No has olvidado dónde te esperaré más tarde?

—Mora-Mora no olvida nunca. La memoria es la primera virtud del guerrero. A toda hora debe saber dónde viven sus amigos y dónde se ocultan sus enemigos. Olvidar sólo conviene a las mujeres.

El indígena mostró en su fisonomía una expresión de malestar, y mirando alternativamente al jorobado y al joven añadió con voz insegura:

—Mora-Mora ha repetido un dicho de su tribu; pero ha hecho mal, porque sabe que hay mujeres que se acuerdan.

—¡No hablemos de eso! —dijo vivamente James—. Después de nuestra partida esperarás la señal.

—Sí.

—¿Y la reconocerás?

—Sí; la tengo grabada aquí.

Y señaló a la frente.

—¡Bien! Valiente guerrero, déjame estrechar tu mano antes de embarcar.

Los dos hombres, el europeo y el salvaje, cambiaron afectuosísimo apretón de manos, mientras Roberto, cada vez más picada su curiosidad, murmuraba:

—¡Pues, señor, no entiendo cómo se embarca uno sin embarcación!

Pero apenas acababa de formular esta reflexión se estremeció oyendo el ruido lejano todavía de remos en el agua.

—¡Yo estoy soñando! —pensó.

No soñaba, no. Sus compañeros habían oído el mismo rumor de remos y Pack dijo lentamente:

—¡Ya vienen! ¡Hasta la vista, Mora-Mora!

—¡Hasta la vista, señor! —repitió el salvaje, que no podía contener su emoción. La separación le parecía, evidentemente, penosa; pero, con el orgullo de las razas primitivas, hacía poderosos esfuerzos para no demostrarlo.

Ya los remos batían el agua a poca distancia. Roberto, que no separaba la vista de la superficie del mar, distinguió una forma negra que avanzaba hacia la orilla. Pronto se dibujó netamente la forma, y vio Roberto una chalupa servida por sus remeros.

—¡Ah de la chalupa! —gritó el jorobado.

—¡Quién llama! —gritó una voz bronca desde el mar.

—¡El que encendió las tres hogueras!

Después de un momento una voz de mando, dijo:

—¡Atraca!

Un postrer golpe de remos, y la embarcación llegó a diez metros de la playa, arrastrando la quilla sobre el fondo de arena.

Los hombres que la tripulaban saltaron al agua y luego a la arena seca, y se dispusieron a llevar los pasajeros a la barca. Al ver a Roberto no manifestaron ninguna extrañeza. Cogido, como sus compañeros, por los brazos vigorosos de los remeros, en un abrir y cerrar de ojos se encontró sentado en el banco de la chalupa entre sus dos amigos.

La tripulación volvió a sus puestos. Los remos levantados eran señal de que iban a partir.

—¡Hasta la vista, Mora-Mora! —volvió a gritar el jorobado; y luego, en el tono propio de un hombre acostumbrado al mando, dijo:

—¡Boga!

Los remos cortaron el agua. La chalupa evolucionó lentamente, y se apartó de la costa enfilando hacia alta mar.

Una ancha huella levantaba lentamente la superficie del Océano, meciendo fluidamente la barca que avanzaba con rapidez. Al cabo de un instante la costa y la

elevada figura del australiano inmóvil sobre la arena se perdieron en la sombra.

—¿Adónde irán ahora estos marineros —pensaba Roberto—, sin buque donde abordar? —Y no sabiendo qué responder, se inclinó al oído de Pack, y le dijo misteriosamente:

—¿Dónde está el buque?

—Ante nosotros —replicó el jorobado—. Vea usted: ahora mismo enciende un farol para guiarnos.

—¿Un farol? ¿Esa luz es un farol de un buque?

—Sí, señor; es una luz, y eléctrica.

Estaba justificada la exclamación del primo de Armando. A una milla aparecía una claridad; pero en vez de brillar a cierta altura, como los fuegos de a bordo en los barcos, se extendía como una tela de plata en la superficie misma del agua.

Al acercarse más se persuadió de no haberse equivocado. Era un farol dotado de extrema potencia luminosa, que deslumbraba a algunos pies de profundidad; pero un nuevo objeto excitó la atención del francés.

Del mar salía una especie de cúpula, que en medio de la claridad aparecía como de oro pálido. Parecía el caparazón de una tortuga enorme, y sobre aquella cúpula movíanse formas humanas.

Tan fantástica era la visión, que Roberto temió padecer alucinaciones. Con un alfiler gordo se pinchó, y el dolor le hizo comprender que estaba bien despierto. Se restregó los ojos y volvió a mirar. El mismo cuadro fantástico se presentó a sus ojos.

Con voz entrecortada, con emoción profunda, preguntó:

—Pero ¿qué es esto?

James Pack le respondió.

—El buque de que hablé a usted.

—¿Eso es un buque?

—Sí, señor; un submarino, en el que vamos a embarcar ahora mismo. ¡Pero silencio ahora! Le bastará a usted oír para comprender.

En efecto; la chalupa llegó a la parte del submarino que llamaremos la cúpula, la cual formaba una superficie redondeada de forma elíptica, que en su parto culminante se elevaba cuatro o cinco pies por encima de las olas. Podía tener veinte metros de largo por diez de ancho. En el centro tenía una abertura rectangular cerca la escotilla.

—¡La entrada de mi barco! —anunció jovialmente el jorobado.

Grandemente aturdido por tan extraordinaria aventura, Roberto puso el pie en el extraño navío, y al hacerlo produjo una resonancia metálica.

En pos de su guía se aproximó a la abertura, bajó por una escalera de metal, y se halló en una sala espaciosa, alumbrada por lámparas eléctricas de diversos colores colocadas en forma de guirnalda. A derecha e izquierda se abría una galería.

—¡Esto es extraordinario! ¡Esto es maravilloso! —gritó Roberto.

A lo que el jorobado replicó irónicamente:

—¡Francés! ¡Francés! ¡Siempre los mismos! ¡Se asombran de ver que los

extranjeros se sirven de invenciones producto del cerebro de sus compatriotas!

## Capítulo XV

### *Fracción de corsario a corsario*

Roberto abrió la boca para preguntar; pero James Pack no le dio tiempo. Le cogió del brazo, abrió una puerta y le llevó consigo, después de haber dicho al adolescente, que estaba allí, esta frase, inexplicable para el francés:

—Puedes ir, y volver a ser tú mismo.

Con lo que el adolescente se eclipsó.

La estancia donde habían introducido a Roberto era un salón lujoso. Muebles preciosos, ricas estatuas, telas suntuosas, cuadros de valor, todo en el más pintoresco desorden, alternaban con vitrinas que ostentaban tesoros cogidos en el fondo del Océano: perlas maravillosas, corales sangrientos, plantas marinas rarísimas... Pero lo que más le llamó la atención fue la extraña decoración de dos de las paredes.

Estaban adornadas con aberturas circulares, cerradas por cristales gruesos pero transparentes, sólidamente sujetos en marcos de bronce. Parecía como un depósito de botellas fabricadas para una bodega de gigantes.

James Pack había seguido la dirección de la mirada de su huésped.

—Ésas son mis ventanas —dijo—. Actualmente, no; pero pronto podrá usted apreciar la utilidad de esas ventanas. Por ahora enseñaré a usted otras cosas.

Y le llevó junto a un piano de palosanto adosado a la pared, encima del cual había dos lienzos suspendidos, uno junto al otro. El uno representaba un joven rubio, elegante y distinguido; el otro, una mujer en todo el esplendor de la juventud y la belleza.

El jorobado los miró con arrobamiento; y luego, con voz dulce, acariciadora, que revelaba profunda emoción, exclamó:

—¡Lord Green, *milady* Juana, pronto habré cumplido mi misión, y habré de separarme de uno y otra, sin más recompensa que un recuerdo! ¡Por eso he tenido compasión de otro ser que sufre, y aquí le traigo para asociarle a mi obra y asociarme yo a la suya!

Había cogido de la mano a Roberto, y parecía presentarlo a los impasibles retratos. Súbitamente movió la cabeza, como queriendo lanzar del cerebro un pensamiento inoportuno, y con un gesto rápido abrió el piano.

Apareció el teclado; un teclado extraño, singular, compuesto de teclas blancas y rojas alternadas, cada una con un signo incomprensible para el francés, que nunca había visto cosa igual.



En el rostro de éste fijó el jorobado su perspicaz mirada.

—Esto —dijo— es un teclado de dirección. Apoyando el dedo en cada una de estas teclas, transmito mis órdenes al hombre del timón. Él tiene otro teclado semejante. Los signos que ve usted en las teclas son doce, y significan de izquierda a derecha: ¡Avante! — ¡*Stop!* (¡Para!) — ¡A estribor! — ¡A babor! — ¡Arriba! — ¡Abajo! — ¡Navegad a 10, 20, 30, 40, 50 o 60 nudos...!

—¡Nada más sencillo! —dijo Roberto—. Un niño podría manejar este aparato. Pero sólo ha designado usted las teclas blancas. ¿Y las rojas? ¿No sirven?

—La observación es oportuna —dijo el jorobado—. Sepa usted que los aparatos eléctricos que iluminan mi barco y le dan calor y movimiento pueden deteriorarse, y necesitar, por consiguiente, reparaciones. En la vida, sobre todo en la mía, los minutos son preciosos, y no puedo exponerme a quedar detenido por una avería. Así, pues, he establecido un motor suplementario, utilizando las propiedades volátiles del nadol, especie de bencina, inflamándola. Están en suspenso las corrientes: pues funciona la substancia que le digo, y es el caso de utilizar las teclas rojas, cada una de las cuales tiene la misma significación que la blanca que le precede.

—¡Ya, ya comprendo!

—Aún hay más que ver. Las máquinas las verá usted durante la travesía. Quiero que conozca usted el principio de mi submarino. Hasta ahora los hombres han procurado flotar en la superficie del agua; han imaginado el barco-cisne, si así puede decirse: remos, velas, hélices, son derivados de la manera de nadar de los palmípedos. Aquí nos hemos inspirado en el pez.

—¿En el pez, dice usted?

—Absolutamente, y va usted a juzgar. La particularidad de la gran familia pisciforme es que nada completamente sumergida en el elemento líquido. Para mantenerse a mayor o menor profundidad, el pescado tiene una vejiga natatoria que llena de aire. Ahí establece el equilibrio con el medio ambiente; es decir, que llega a pesar exactamente lo mismo que el agua en que se sostiene, y no necesita subir ni bajar; es el equilibrio al mismo nivel. Aquí la vejiga del pescado está suplida por depósitos de agua. Vacíos los depósitos, el barco flota, como en el momento de nuestra llegada. El movimiento de una sencilla manivela abre los grifos que permiten al agua penetrar en los depósitos: entonces el barco baja, y cuadrantes graduados indican que la cantidad de agua admitida corresponde al estado de equilibrio a diez, ciento, mil metros bajo la superficie del Océano.

—¡Mil metros! Pero ¿puede usted alcanzar semejante profundidad?

—Puedo bajar sin peligro hasta seis mil metros. El submarino, dividido en tres departamentos, resiste a las más fuertes presiones.

Roberto murmuraba.

—¡Qué descubrimiento tan prodigioso! ¿Quién podría suponer tal maravilla?

El jorobado sonreía.

—¿Eso cree usted? Sin embargo, el principio que acabo de exponer ha sido

descubierto y probado experimentalmente por un compatriota de usted.

—¿Un francés?

—Exactamente. Un hombre de genio que hoy mismo lucha todavía penosamente por hacer creer en su invención, cuando gracias a ella recorro yo el fondo de los mares; un hombre desconocido de sus contemporáneos y a quien la posteridad levantará un monumento.

—¿Y cómo se llama?

—Goubet: tiene su residencia en París, en el número 85 del bulevar Hansmann, y ha hecho sus experiencias en el puerto de Cherburgo, en los Docks de Saint-Ouen.

—¿De suerte que lo que parecía un sueño es...?

—Una realidad. Ya lo ve usted; y ahora lo verá mejor por medio de una rápida ojeada al interior de la nave.

En un cuarto de hora le hizo visitar la cámara de la tripulación, situada en la parte posterior, el lugar de las máquinas, donde las bobinas, los electro-imanés, las pilas, unidas por innumerables hilos de hierro recubiertos de cáñamo y de gutapercha, daban a todo aquello el aspecto de un gigantesco instrumento de cuerda. Luego hubo que ver la doble hélice, las cadenas, la bodega de las provisiones, el timón, los pañoles, etcétera, etc.

Y poco después volvieron a encontrarse los dos amigos en el salón, ante el piano de las teclas blancas y rojas.

Todavía maravillado por las nuevas sensaciones que acababa de experimentar, Roberto reflexionaba procurando coordinar sus ideas.

El jorobado le puso la mano en el hombro.

—¿Ha visto usted bien? —le preguntó.

—Sí que he visto.

—Y después de haber visto, ¿cree usted que el hombre que poseyera tres barcos iguales a éste sería dueño del mundo?

—¡Desafiaría al Universo entero!

—Pues ese hombre existe, y está usted en su presencia.

—¿Cómo? ¿Usted?

—Yo mismo. Son tres mis submarinos. Mi joven compañero, a quien usted conoce, es mi segundo, y dirige uno de los tres. ¿Quiere usted ser capitán del tercero?

Roberto vacilaba ante proposición tan extraña.

—Ya no sería usted un ciudadano desarmado, juguete de miserables y traicioneras combinaciones de una política astuta de mala fe, sino un adversario terrible con quien habría que contar.

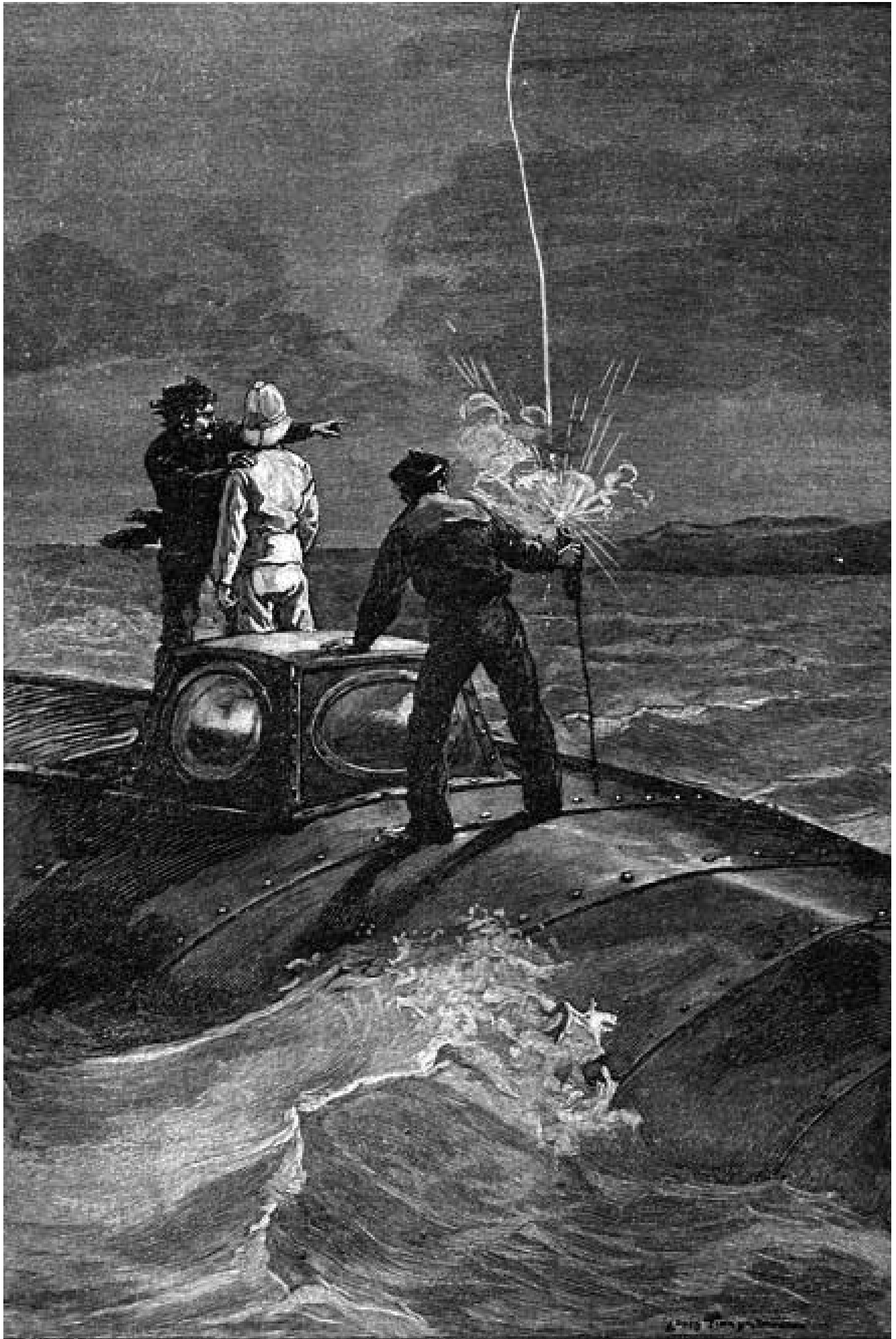
Sin salir de su asombro, Roberto dijo al grande hombre de los submarinos:

—¿Y me daría usted con ese empleo un nombre nuevo, un nombre de hombre de mar?

—¿Un nombre? No lo había pensado; pero me ocurre una idea. Usted, mi segundo y yo mismo usaremos en lo sucesivo un nombre único, tendremos una

voluntad en tres cerebros, seremos tres a realizar un mismo pensamiento, y el mundo habrá de admirar los hechos de...

—¿De quién?



—Del corsario Triplex.

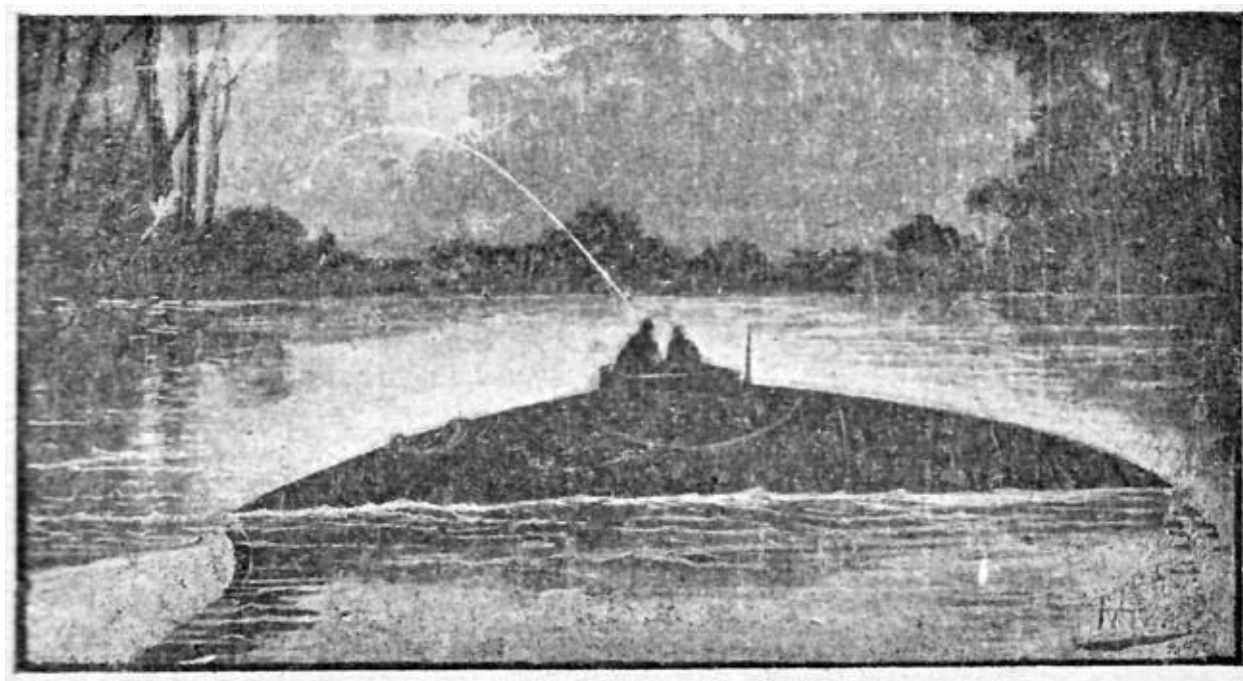
—¡Ah, ya comprendo; el corsario Triplex! ¡Sí, sí, en efecto; tres barcos, tres capitanes, y único el nombre de Triplex!

—Es decir, el don de ubicuidad, la ciencia sobrepujando a la fantasía. El enemigo invisible en todas partes al mismo tiempo. Pero para que este plan obtenga éxito feliz es preciso de parte de usted una obediencia ciega, una abnegación constante.

Roberto extendió la mano y dijo con voz grave:

—Desde ahora soy de usted en absoluto.

James Pack mostró viva satisfacción.



—Así, cuento con usted en absoluto, como usted ha dicho. Acompañeme ahora al puente.

Un instante después los dos compañeros estaban cerca de la escotilla, y por orden del jorobado un marinero soltaba un cohete, que en medio de la obscuridad de la noche describió una parábola de chispas brillantes.

A lo lejos brilló también una exhalación rápida, seguida al cabo de algunos segundos por una detonación.

—¡Bien! —murmuró el Corsario—. Mora-Mora ha visto la señal, y ha contestado disparando su carabina. ¡Entremos; el barco va a navegar!

Roberto quiso dirigir una pregunta a su misterioso compañero; pero éste le hizo un gesto de silencio, y aquél, acordándose de su promesa de obediencia absoluta, no insistió

## Capítulo XVI

### *El heredero de la Isla de Oro*

De vuelta en el salón, James se acercó al teclado de dirección. Sus dedos recorrieron las teclas, e instantáneamente sintióse una trepidación casi imperceptible.

—¡Partimos! —exclamó el francés.

Un efecto; la navegación submarina comenzaba.

Poseído de una emoción bien justificada, y bajo la impresión de que se hundía en lo desconocido, el bueno de Roberto estaba inmóvil, como si lo hubieran clavado los pies en el pavimento. La puerta del saloncito se abrió, y el francés tuvo ocasión de mayor asombro viendo aparecer una encantadora señorita, que se parecía prodigiosamente al simpático adolescente que acompañaba en el bosque a James Pack.

Éste comprendió el pensamiento su nuevo subordinado, y con la sonrisa en los labios, con el mismo desembarazo que si se hallase en un sarao de la buena sociedad, hizo la presentación sencillamente.

—*Miss* —dijo—, tengo el honor de presentar a usted al señor Roberto Lavarède. Señor Roberto Lavarède, me honro presentando a usted a la señorita Maudlin Green, cuya historia contaré a usted.

Y con acento melancólico prosiguió:

—Está usted desde hoy asociado a nuestra obra, y no debemos tener secretos para usted.

En frases rápidas y claras recordó la acusación terrible del tribunal de los máscaras verdes contra *sir* Toby Allsmine<sup>[10]</sup>. Refirió cómo el Director de la policía, después de haber matado a lord Green, había encargado a un infeliz acosado por acreedores, llamado Bob Sammy, que se dirigiera a la granja del río Schaim, y ahogara en él a la niña Maudlin.

—Yo lo supe todo —continuó—. ¿Cómo? Eso importa poco. Pero pude salvar a la criatura. Yo era joven, no tenía apoyo ni protección alguna. Nadie podía ayudarme; de nadie podía esperar favor. Nadie se atrevía a luchar con *sir* Toby Allsmine, sostenido por poderosas influencias. Hubiera podido devolver la hija a la madre; pero tuve miedo, si lo hacía, de que cayera de nuevo en poder del infame que había mandado matarla. Además, no tenía pruebas suficientes. Las afirmaciones del aventurero Bob Sammy no habrían merecido fe ante el testimonio del Jefe de la

policía. Mientras sucedía todo esto, mientras yo vacilaba y dudaba, falto de fuerzas, el miserable Allsmine tuvo habilidad bastante para lograr la mano de *lady* Juana Green, viuda de su primera víctima. Entonces, en medio de mi indignación, me propuse llegar a ser tan fuerte, que todas las resistencias se estrellasen en mi fortaleza. Eduqué a la niña, que ha llegado a ser bajo todos los aspectos una joven encantadora; me impuse constantes sacrificios, porque no era rico, y mi título de ingeniero no me proporcionaba otro beneficio que mi agregación a una explotación minera, con tan escasos emolumentos, que ni para lo más preciso me bastaban. Pero la justicia de la Naturaleza velaba por mí.

*Miss* Maudlin había cogido la mano del jorobado, y le miraba con los ojos preñados de lágrimas.

Pack sonreía.

—Estos recuerdos me son muy agradables —dijo—, y creo que nuestro nuevo socio debe conocer todo lo que a nosotros dos se refiere, mi querida Maudlin.

Y continuó con voz segura y firme.

—Un día se produjo un fatal hundimiento en las galerías de la mina. Varios mineros fueron enterrados entre los escombros. Con grandes esfuerzos pudieron algunos ser retirados todavía con vida, pero para morir pronto los infelices. Entre los heridos había un antiguo marino, un ser muy singular. No iba nunca a la taberna, como los otros; vivía con muy poca cosa, ahorrando la mayor parte de su salario. Le llamaban el avaro. Yo fui a verle al hospital. El hombre luchaba desesperadamente con la muerte. En medio de sus dolores, deliraba y repetía sin cesar: «¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir! ¡La fortuna! ¡La fortuna!» En fin, el pobre diablo comprendió que no había para él remedio en lo humano, y un día me hizo llamar, y recuerdo perfectamente nuestra conversación:

»Él: —¡Ingeniero, voy a morir!

»Yo: —¡No diga usted eso! ¡Hay que tener confianza!

»Él: —¡Sí, sí, voy a morir! Usted quiere darme esperanzas, porque es usted una buena persona; pero un calentador no impide que un difunto tenga sabañones. ¡No nos forjemos ilusiones! Usted siempre ha sido bueno para mí, y voy a confiarle un descubrimiento de que ya no puedo aprovecharme —Y añadió tristemente—: La ensalada que nace y crece, alguien se la ha de comer.

»Yo: —Pues ya le escucho.

»Él: —Antes de tomar este oficio era yo marinero a bordo de una goleta que hacía el comercio de cocos en las islas de la Polinesia. Un día, en un islote desierto, descubrí partículas de oro. Sin decir nada a nadie registré las rocas, y adquirí la evidencia de que había allí un yacimiento de oro de una riqueza inmensa. Si hubiera sido un hombre inteligente, me habría asociado con un banquero, hubiese obtenido la concesión del islote, instalado una explotación, y sería riquísimo ahora, acaso miembro del Parlamento, tal vez ministro. Pero, ¡ah!, me volví loco. Quise guardar para mí sólo el tesoro que la Naturaleza me había descubierto. Hace veinte años que

trabajo, privándome de todo lo más preciso, para reunir bastante dinero con que poder fletar un barco e irme allá para traerlo lleno de oro. Pero mi sueño de fortuna se desvanece en la muerte, y, sin embargo, no quiero haber sufrido tanto sin provecho para mí ni para nadie. No tengo amigos ni parientes. Usted, señor, será mi único heredero universal.

»Oyéndole, pensaba yo que aquello era la voz febril del delirio: sin duda, el moribundo adivinó mi pensamiento, porque se apresuró a decirme:

»Él: —¡No, no crea usted que deliro! Por suerte, tengo todo mi conocimiento, gracias a Dios. Usted hará lo que yo le diga. Irá usted a la cabaña donde junto a la mina tenía mi vivienda; levantará la piedra del hogar, y debajo encontrará una caja de hierro que contiene mis economías en buenos billetes, y el plano del yacimiento exacto de la Isla de Oro. ¡Todo es para usted! ¡Adiós! ¡Sea usted feliz!

»El enfermo cerró los ojos y calló. Quise hacerle hablar; pero no pude conseguirlo. Evidentemente, su confianza había agotado sus postreras fuerzas. Aquella misma noche murió.

»Seguí sus instrucciones al pie de la letra. Descubrí la caja de hierro en su cabaña. Contenía ochocientas libras (20 000 francos) y un mapa del archipiélago de Cook, uno de cuyos islotes estaba señalado con una cruz. Un la carta había un papel sujeto con un alfiler. En el papel decía:

«La cruz señala la Isla de Oro. Es un pico cubierto de crecidas hierbas, y donde se encuentran algunos raros cocoteros. En lo más alto, un enorme árbol muerto y rocas que semejan un navío desmantelado harán reconocer fácilmente el sitio».

»Después de asegurarme de que el minero no tenía ningún pariente a quien correspondiera su herencia, resolví intentar la aventura. Coloqué a *miss* Maudlin en un excelente colegio, y partí para Australia. Allí fleté un barco y me dirigí al archipiélago de Cook. Poquísimos trabajo me costó encontrar la Isla de Oro, y después de ocho días de estudios pude considerarme uno de los más ricos entre los más ricos de la Tierra. Aquella enorme roca estaba compuesta casi únicamente de cuarzo aurífero. Y vea usted cómo al mismo tiempo adquirí los medios de emprender la lucha con el poderoso *sir* Toby Allsmine.

»Mis submarinos han sido contruidos a trozos; unos de éstos en Inglaterra, otros en Francia, en Alemania, en Austria, en los Estados Unidos. En barcos a mi disposición y con tripulación mía, transportaron todo el inmenso material a la Isla de Oro, donde fueron montados los submarinos por hombres en quienes tengo absoluta confianza; y comprenderá usted que puedo tenerla cuando sepa que mis tripulaciones están formadas por víctimas de la tiranía del Director de la policía del Pacífico».

Y Pack terminó su relato, diciendo a Roberto:

—Ahora no ignora usted nada de mi historia.



—Perdone usted —le interrumpió Roberto—; aún ignoro algo.

—¿Qué?

—El verdadero nombre de usted.

La fisonomía del jorobado se nubló un momento.

—Aún no puede conocerse mi nombre. La misma señorita Maudlin no lo sabe todavía. Sea usted prudente y discreto como ella; vea en mí el representante de la justicia y del derecho, y comprenda que soy un hombre que, no pudiendo ser feliz, ha consagrado su vida a procurar la felicidad de los demás.

Estas palabras, pronunciadas con sencillez, revelaban, sin embargo, una mortificación violenta. La fisonomía del Corsario palidecía, y en sus ojos brillaba la exaltación de los mártires.

Roberto le miraba con respetuosa admiración.

—Reitero a usted —le dijo—, mi absoluta obediencia. Mándeme lo que quiera ahora y siempre.

El misterioso personaje le tendió la mano y exclamó:

—¡Pues a la obra! ¡La lucha va a comenzar!

\* \* \*

Y así como se ha referido, Roberto vino a ser el núm. 3 del corsario Triplex, el que llevó la voz presidencial en el tribunal de los Máscaras verdes, el que colaboró en el rapto de Niari y aterró al digno conserje de la necrópolis de Killed-Town.





## Capítulo XVII

### *El salón del torpedero*

Avisados por encargo de James Pack, habían asistido a la resurrección de Roberto su primo Armando Lavarède, Aurelia, su mujer, la egipcia amada del difunto, y la señora de *sir* Toby Allsmine. Todos salieron del cementerio por la poterna núm. 4, y dirigiéndose al puerto de Sidney, ocuparon una chalupa que a alguna distancia había abordado a uno de los barcos submarinos, como la embarcación de que el Corsario se había servido en la embocadura del río Russel.

Todos reunidos en el salón de la nave, oían la relación del encuentro de Roberto con el jorobado James Pack.

Éste había desaparecido; pero nadie parecía haberlo notado. La egipcia y su enamorado se miraban tiernamente, con los ojos húmedos y la sonrisa en los labios. Su felicidad alegraba a Armando y a su mujer.

Solamente la mujer de Allsmine, *mistress* Juana, estaba entristecida, preocupada. El Corsario había prometido devolverle su hija, y la amante madre esperaba.

—¡Ah —exclamaba Lucía—; ya no nos separaremos, Roberto! Me entristecía tu lucha con Inglaterra; pero esto no era nada en comparación con la desesperación que me produjo tu partida. Nuestros amigos procuraban consolarme: pero no podían impedir que por las noches especialmente sufriera horriblemente. Mis sueños eran espantosos. Siguiendo anhelante la huella de un ser vivo, temía que al fin del camino sólo encontraría un muerto.

—Y así ha sido —replicó jovialmente el francés—; sólo que en este país excéntrico los muertos salen a lo mejor del sepulcro.

—¡Oh; no te rías, que todavía estoy temblando!

—Mira, querida mía: no me pidas que no me ría, porque después de tanto tiempo como estuve privado de tu presencia, después de tantas andanzas, no tiene nada de particular que esté contento y alegre, como debieras estarlo tú misma. ¿No has advertido que los pájaros pían regocijados cuando sale el Sol espléndido, y eso que para ellos no hay más que un Sol? ¿Cómo no he de estar alegre yo, que tengo dos soles? ¡Dos soles, que son tus ojos!

Armando interrumpió a su primo.

—¡Te felicito, primo! Temía que la prolongada vida de a bordo te hubiera convertido en lobo de mar; pero veo que nada tienes de lobo de mar ni de tierra. Acabas de hacer una galantería... astronómica, digna del Observatorio de París.

—Búrlate lo que quieras, y pide al Observatorio de París que te haga una estrella parecida a Lucía.

—¡Ah; esa galantería ya no es como la otra!

—¿Qué quieres decir?

—Que también está aquí mi buena y querida Aurelia.

—¿Y qué?

—Que la estrella parecida a la tuya la tienes aquí mismo, sin pedirla al Observatorio.

Todos reían contentos, cuando sonó mi ligero golpe en la puerta del salón.

—¡Adelante! —dijo Roberto.

Y apareció James Pack.

—¡Hola! —exclamó Roberto. —¿Es usted, el dueño de todo, el que tan discretamente avisa su llegada?

El Corsario movió la cabeza.

—Amigo, es que tengo memoria.

—No comprendo...

—Satisfechos y alegres, ustedes cuatro han olvidado a la pobre madre, que espora al ser querido que le fue arrebatado.

Todas las miradas se fijaron en la angustiada madre, que se había levantado de su asiento.

Sus ojos expresaban una ardiente interrogación.

—Todo lo comprendo, señora —dijo amablemente el Corsario—. Si salí antes, fue, sencillamente, para avisar a *miss* Maudlin la llegada de usted a bordo.

—¡Mi hija! —clamó la buena señora—. ¡Mi hija sabe que estoy aquí, y no viene a mis brazos...!

James Pack fue otra vez a la puerta, la abrió<sup>[11]</sup>, y dijo con profundo respeto a la joven:

—Entre usted, señorita, y abrace a su madre.

Madre e hija se abrazaron estrechamente, besándose, llorando, sollozando, riendo con dolorosa alegría.

—¡Déjame que te vea, hija de mi alma! —suspiró la madre—. ¡Piensa que puedo decir que no te he visto nunca!

Maudlin miraba a su madre con arrobamiento, y la madre la devoraba también con sus ardientes miradas.

Pero, viéndola a plena luz, exclamó súbitamente:

—¡Silly! ¡Tú eres Silly!

En efecto; no había error. Los rasgos fisonómicos de la jovencita eran los mismos que los del pobre niño que vagaba por las calles de Sidney; pero su mirada lánguida, clara, profunda, inteligente, no era la triste y apagada del idiota Silly.

—¿Conque tú eres Silly? ¿Conque Silly era mi Maudlin? ¿Era mi hija la que tantas veces he visto, y alguna he abrazado tiernamente?

—¡Sí, madre! —musitó Maudlin.

—¿Y has tenido valor para callar cuantas veces me has visto y no decirme: «Madre, yo soy la que lloras sin consuelo»? ¿Cómo has podido?

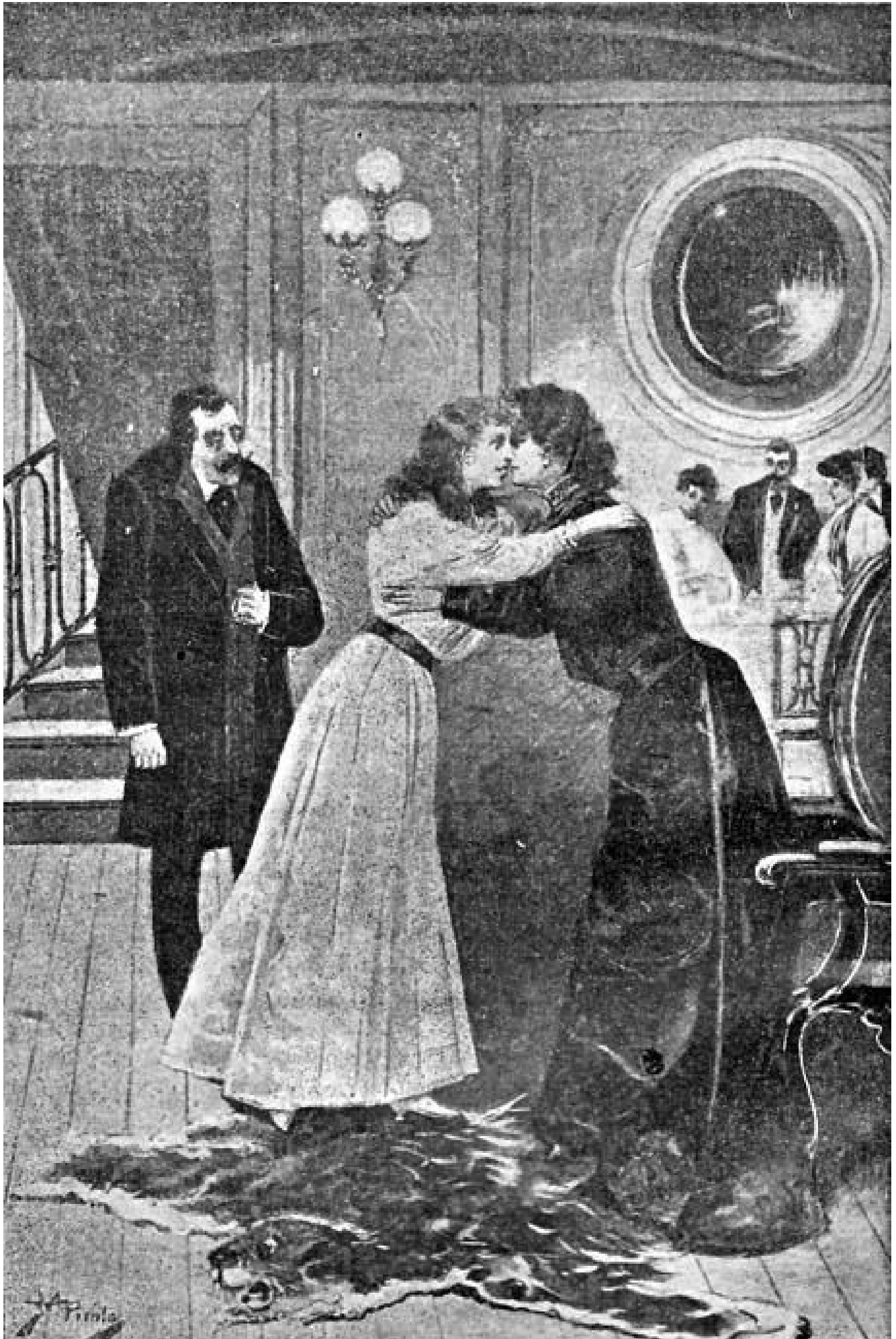
La joven señaló a James Pack, y contestó:

—Si hubiera hablado, habría perdido al que ha consagrado su existencia a protegernos.

—¡Ah, sí; es verdad! ¡Lo sé! ¡Su vida peligraba! ¡Y por mí, por mí, infeliz mujer, que he dado mi mano a nuestro airado enemigo!

—El mismo, señora —dijo el Corsario—, que usted consideraba el más generoso y abnegado de los amigos; pero no se culpe usted. Fue la víctima de una odiosa maquinación; la víctima, no puedo usted dudarlo.

Y con ternura, con una dolorosa pero afectuosa ironía, continuó:



—Entrego a usted, señora, a *miss* Maudlin, que le contará toda su existencia. Se asombra usted de que haya sido Silly: más se asombrará cuando sepa que ha sido capitán de uno de mis submarinos; que ha sido, en fin, corsario Triplex como Roberto y como yo.

—¿Mi hija todo eso?

—Ella lo quiso. Yo tenía intención de haberla dejado en Europa; pero no quiso: «—Usted —me dijo— va a trabajar para devolverme a mi madre, y yo quiero acompañarle en esta labor; quiero participar de los mismos peligros. Mi madre misma me culparía si le dejara exponerse solo por el bien común».

—Pero hoy, señora, relevo del mando a mi intrépido capitán. Esta señorita quedará al lado de su madre, y en la dirección del barco la reemplazará el segundo de a bordo. ¿No es esto lo que desea mi respetable señora?

—¡Sí, sí, admirable hombre de bien! ¡Doy a usted gracias de todo corazón, con toda la efusión de mi alma: pero dígame ahora quién es el hombre generoso que nos saca del abismo, el que ama la justicia de tal suerte que se consagra enteramente a su triunfo!

—Señora, soy James Pack, o el corsario Triplex, como usted quiera.

—Quiere usted ocultar su verdadero nombre, y no tengo el derecho de torcer su voluntad. Para mí, siempre será usted el salvador de mi hija. ¿Qué nombre más hermoso que ése...?

El Corsario se inclinó, y como si quisiera acabar la tierna escena, declaró dirigiéndose a todos los presentes:

—Por medio de la prensa he invitado a la flota británica a reunirse dentro de dos meses en la Isla de Oro. De aquí a esa fecha tenemos que trabajar para obtener el triunfo definitivo.

Estas palabras sorprendieron a todos, que, como si se hubieran puesto de acuerdo, le preguntaron a la vez:

—¿Y triunfará usted?

—¡Sí: triunfaré —contestó con inexplicable tristeza—, y serán ustedes dichosos!

Contrajéronse sus cejas, y pareció querer arrancarse del cerebro una triste idea. Pero recobrando instantáneamente su serenidad, se dirigió a Roberto:

—Amigo Roberto, entrego a usted este pliego. Contiene mis instrucciones. Me reuniré con usted en aguas de Borneo, en la bahía de Gaya, puesto donde se halla el estacionario británico.

—¿Se separa usted de nosotros?

—Es preciso.

*Miss* Maudlin se acercó ruborosa y le preguntó:

—¿Es indispensable?

En los ojos de James pudo verse una expresión indefinible, y respondió gravemente:

—He dicho que es preciso. El corsario Triplex tiene que estar en todas partes para



vencer las postreras vacilaciones del Almirantazgo.

—Sin embargo...

—¡Déjenme terminar mi obra! Mi presencia aquí sería inútil. Usted, señorita Maudlin, está ya al lado de su madre, y su unión con ella, tan deseada le hará olvidar al amigo cuya presencia sólo puede recordarle los días tristes.

La jovencita temblaba y sus mejillas se teñían de púrpura.

—¡Es usted injusto! —dijo—. ¡No merezco que me culpe usted de ingratitud!

—¡No he hablado de ingratitud, por vida mía!

—Perdone usted; pero ¿no sería ingratitud olvidar a quien me salvó de la muerte, y que luego siempre ha cuidado de mí con la solicitud...?

—De un fiel servidor —murmuró Pack con singular amargura.

Esta réplica produjo un efecto extraño. Maudlin se calmó instantáneamente; sus labios se entreabrieron con una dulcísima sonrisa.

—La solicitud, el cuidado, la abnegación —dijo— no necesitan epítetos. Solamente, debo declarar que mi madre y yo tenemos para usted constante, eterno agradecimiento. Usted puede ser injusto y cruel, pero no mandar en nuestros corazones ni borrar nuestros sentimientos de profundísima e inextinguible gratitud.

James Pack, cuyas miradas parecían de alucinado, no contestó: saludó con una reverencia y se retiró.

## Capítulo XVIII

### Madre e hija

Cerróse la puerta tras el jorobado. Un momento se oyó el ruido de sus pasos, y luego reinó el silencio.

Roberto, que acababa de abrir el pliego que contenía las instrucciones, leyó en alta voz:

«Dirigirse a Poulo-Tantalam (Malacca). Depositar una tarjeta mía, y luego a la bahía Gaya».

—¿Eso es hebreo? —preguntó Armando.

—Para ti, sí; pero para mí son instrucciones claras y precisas.

—Pues explícame.

—No debo explicar nada. El jefe me ha mandado obedecer, pero no explicar lo que me manda.

Y para evitar las preguntas de su demasiado curioso primo, fue a los cuadros de dirección y tocó sucesivamente varias teclas.

Al cabo de diez segundos se produjo un ligero movimiento.

—¿Qué es esto? —preguntó Aurelia.

—Que el buque navega, sencillamente prima mía, y que me voy a dar órdenes a la tripulación.

Y salió del salón.

Como todos le miraban sorprendidos, Maudlin se acercó a la egipcia.

—Permítanme —dijo— que les haga los honores de la casa. ¿Quieren ustedes acercarse a ver desde la ventana?

—No comprendo —murmuró la egipcia.

Maudlin señaló los cristales ovalados que adornaban las paredes. Y moviendo una manivela, añadió:

—Hago desaparecer los obturadores y ahora pueden ustedes ver lo que pasa fuera.

A través de los cristales los pasajeros vieron el mar que el fanal del barco iluminaba con sus rayos fosforescentes.

Cruzaban sombras extrañas en la zona luminosa con movimientos y contorsiones nunca vistos: eran pescados, rayas, delfines, tiburones perturbados en su tranquilidad

por aquella extraordinaria irradiación.

—¿Podrán vernos desde la costa? —preguntó Armando.

—En absoluto —replicó Maudlin—. Consulte usted el barómetro. Estamos ahora a treinta brazas de profundidad, y un buque colocado perpendicularmente encima de nosotros, es decir, en las mejores condiciones de observación, no podría distinguirnos.

Siguieron algunos minutos de silencio. Todos se habían colocado detrás de los cristales y estaban absortos en la contemplación del singular espectáculo que presenciaban.

Súbitamente impresionaron a la egipcia varias sombras que pasaban por dentro del espacio iluminado con una extrema rapidez y en sentido inverso de la marcha del barco.

—¿Qué es esto? —preguntó alarmada. —Son rocas.

Armando se asustó.

—¡Son arrecifes! —exclamó—. ¡No contaba yo con esto!

La gentil guía de los pasajeros preguntó a Armando:

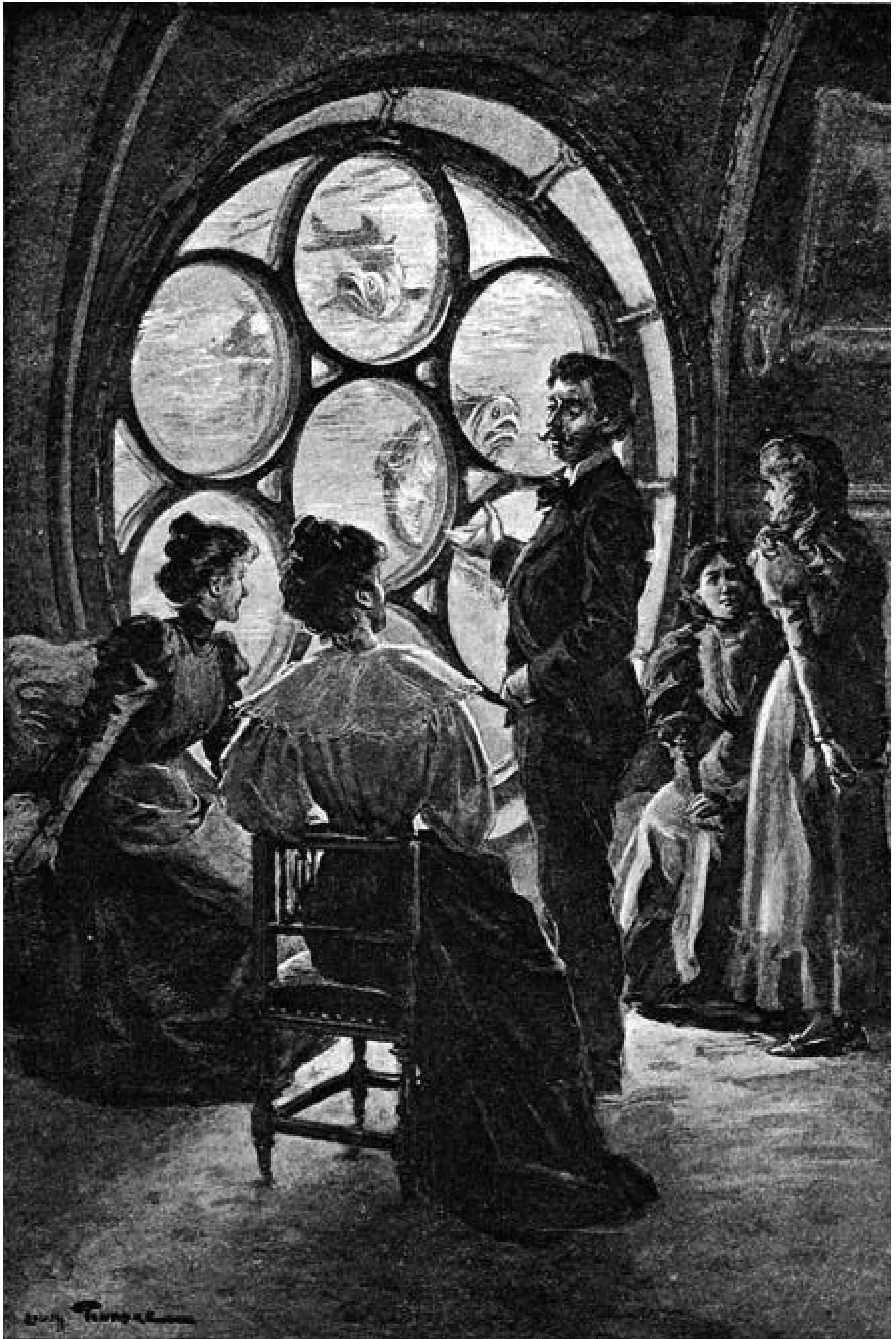
—¿Qué le ocurre a usted, señor?

—Me ocurre una reflexión desagradable.

—¿Cuál?

—Ésta: que la luz alumbra un espacio mucho más reducido, y si damos contra un arrecife...

Maudlin rió de bonísima gana oyendo esta observación:



—No hay peligro —dijo—. El número 2 (porque este barco es el número 2, siendo el 1 el que manda *sir* James, y el 3 el que dirigía su primo de usted), el número 2 obedece al timón con una fatalidad sorprendente, y, si es preciso, puede virar sobre sí mismo como un peón, si vale la comparación.

—Roberto me ha contado que este barco podía navegar a veinte millas por hora.

—Y no ha dicho más que la verdad.

—Lo creo; pero lo que quisiera saber es la fuerza necesaria para producir una marcha tan rápida.

—¡Oh! En cuanto a eso puedo contestarle exactamente. Se trata de cifras, y mi memoria es muy buena.

Y graciosamente continuó después de un momento:

El barco desplaza exactamente 1800 toneladas (1 800 000 kilogramos). En la superficie del agua, para poner en movimiento semejante masa e imprimirle la velocidad de que se trata, sería precisa la fuerza de dos mil caballos de vapor.

—Y, por consiguiente —añadió Lavarède—, tener a bordo máquinas enormes ocupando gran espacio.

—Precisamente. Pues enteramente sumergido en el mar, nuestro submarino sólo necesita cincuenta caballos.

—¿Cincuenta?

—Cincuenta he dicho.

—¡Cincuenta! Entonces, aquí tenemos aquella divisa de algunos industriales: «Instalación fácil, economía y prontitud».

—Y discreción —añadió Maudlin—, porque nadie en la superficie del globo conoce la disposición de nuestros aparatos.

Una exclamación de la madre de Maudlin interrumpió el diálogo científico.

Detrás de uno de los óvalos había continuado mirando al mar, y de pronto volvió la cabeza y llamó a su hija.

—¡Ven, hija mía, ven! Estoy viendo una cosa enorme y quiero que me expliques... ¿Qué monstruo es ése que se echa encima de nosotros?

Maudlin se acercó a su madre.

—¡Mira, mira! —le dijo ésta asustadísima—. ¡Parece un cetáceo gigantesco!



—¡Si es otro submarino, madre!

—¿Otro? ¿Otro como éste?

—Sí; es, probablemente, el de nuestro salvador. Y en efecto; el suyo es. Ahora hace señales.

El fanal del barco acababa de iluminarse, pasando sucesivamente la luz de blanca a verde, de verde a amarilla, y acabando por rosa brillantísimo.

—Interposición de cristales de colores —dijo Maudlin—. Señal sencilla que puedo descifrar.

—¿Y qué significa? ¿Qué dice?

—«Obediencia absoluta. Ya parto. Hasta la vista».

Sin duda, la joven había interpretado bien las señales, porque apenas las hubo explicado el fanal recobró su color blanco, y el submarino del Corsario evolucionó alejándose rápidamente hasta desaparecer en la masa oscura de las aguas.

Antes de partir para consagrarse a su misterioso trabajo, James Pack había querido despedirse otra vez de sus protegidos.

Al mismo tiempo Roberto volvía al salón.

—Ya tengo —dijo— dispuesto el servicio, y vuelvo con ustedes. Ante todo he de transmitirles una comunicación...

—¿Del corsario Triplex? —dijo la egipcia—. Ya lo sabemos. Hemos interceptado el despacho.

Y repitió gravemente:

—«Obediencia absoluta. Ya parto. Hasta la vista».

Roberto quedó `pensativo; pero miró a Maudlin y comprendió:

—Ya entiendo —dijo—: ésta señorita ha violado el secreto de mis correspondencias luminosas. A mí ya no me resta por esta noche otro servicio que hacer que guiar a ustedes a sus camarotes, porque después de las fatigas y emociones que han sufrido, deben de tener gran necesidad de reposo.

La proposición pareció sorprender a todos. Bajo la impresión de la situación excepcional en que se encontraban, no se preocupaban de otra cosa. Sin embargo, no protestaron, recordándoles Roberto que después de la escena del cementerio de Killed-Town y de su embarque en aquel fantástico navío, era lo más razonable meterse en la cama.





Algunos minutos después los viajeros ocupaban los camarotes abiertos en la parte posterior, y bajo la guarda del piloto, que con las manos crispadas sobre la rueda del timón escrutaba con su mirada perspicaz los límites de la claridad proyectada por el fanal, el submarino núm. 2, con su tripulación dormida, se deslizaba a toda máquina en la soledad apacible de las aguas.

Tal era la fatiga de todos, que a pesar del sentimiento de curiosidad inseparable de una iniciación en la existencia submarina, despertaron muy tarde por la mañana.

A mediodía se reunieron en el comedor, junto al salón.

Les esperaba un almuerzo copioso y delicado. Con los productos de la tierra frutas, legumbres, carnes, y caza, alternaban los pescados más exquisitos, de formas desconocidas. Cierta conserva de plantas rojas marinas, análoga a la de grosella, obtuvo grandes elogios así como todos los platos dispuestos por el experto cocinero del barco.

Y como si no bastase para satisfacción de los pasajeros la selecta oficina culinaria del corsario Triplex, al término del almuerzo una corriente de aire fresco, saturado del delicado olor de algas y otras plantas marinas, embalsamó el ambiente del comedor.

—¡Oh; qué hermosura! —exclamó Armando.

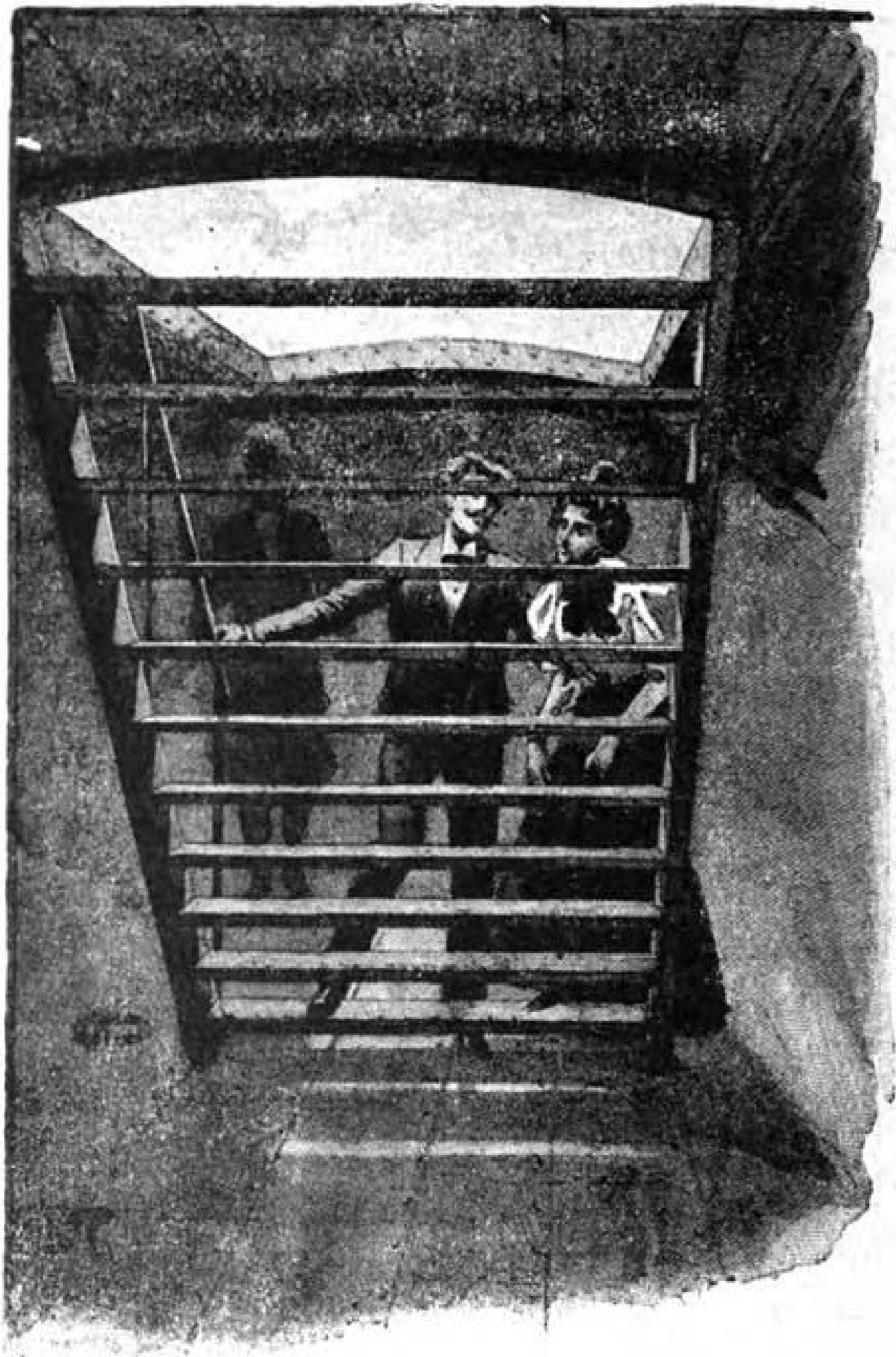
Y, siempre curioso, preguntó:

—¿De dónde procede esta brisa deliciosa?

—De los ventiladores —respondió Roberto—. Gracias a los balones de oxígeno y a recipientes llenos de potasa cáustica, podemos renovar el aire; pero cuando no hay inconveniente, preferimos subir a la superficie del Océano. Se abre entonces un lado del barco, y poderosos ventiladores renuevan la densa atmósfera del interior.

Propuso a la egipcia salir al puente. Lucía no se lo hizo repetir, y los dos, siguiendo la pequeña galería, llegaron al pie de la escala que daba acceso al exterior.

El barco estaba abierto por la cubierta, dejando ver un rectángulo de cielo azul. Los novios subieron los escalones, y salieron a la cúpula de metal, que resplandecía brillantemente al sol. Un instante permanecieron inmóviles, cegados por la transición rápida de la semiobscuridad a la luz espléndida del día. Luego miraron en torno y a lo lejos. El horizonte formaba un círculo perfecto. Ni un islote, ni un arrecife interrumpían la verde monotonía del Océano.



No se divisaba ni una vela, y el submarino núm. 2 parecía un punto perdido en medio del desierto líquido. En aquel momento ni a la egipcia ni a Roberto los preocupaban pensamientos tristes. Estaban juntos, ellos que se habían creído separados para siempre, y el cielo azul y el mar de esmeralda regocijaban sus ojos y les infundían la alegría de vivir. La inmensa extensión de agua evoca en los marinos, en los viajeros ordinarios, la idea de los naufragios, de los siniestros terribles, de barcos hundidos y desaparecidos, de choques entre vapores transatlánticos, de incendios horribles; pero para los jóvenes Roberto y Lucía la mar era la gran amiga verde. En el mar estaba su defensor, el que los protegía contra sus enemigos. La mar, que los ingleses proclaman soberbios que les pertenece, se rebelaba contra sus pretendidos dueños, abriendo sus abismos para que en éstos se refugiaran las víctimas de *sir Allsmine*.

Y miraban con embeleso los dos enamorados las olas que acariciaban armoniosamente los costados de la nave.

Súbitamente los volvió de su éxtasis en medio del mar el leve ruido de unos pasos alrededor de la cúpula del submarino. Volvieron la cabeza al mismo tiempo y se miraron complacidos. El egipcio Niari estaba delante de los dos enamorados.

## Capítulo XIX

### *Patria*

El antiguo confidente de Thanis se adelantó, y a tres pasos de la egipcia se detuvo, puso una rodilla en tierra, y levantando por encima de la cabeza sus manos unidas, semejante a los adoradores de los bajorrelieves de los templos del valle del Nilo, exclamó:

—¡Hija de reyes, Niari te saluda; tú apareces a sus ojos como la estrella de la noche!

—¡Levántate, Niari! —musitó dulcemente la amada de Roberto—. No es la poderosa hija de los Faraones la que te tiende la mano: es una pobre mujer víctima de una maquinación odiosa, y que espera que tu boca se abrirá para proclamar la verdad y poner término a sus tristezas y sus penas.

—¿Está triste la gacela de los ojos de terciopelo que Jacoub Hador, su padre, destinaba como esposa al vencedor de los vestidos rojos (ingleses)? Entonces, he faltado a mi deber. Hubiera debido ser el primero que la saludara; pero yo ignoraba su venida. Hace poco he sabido que se había dignado tomar pasaje en esta nave extraordinaria.

—¡No te disculpes, Niari! Ya sé por qué has obrado en lo pasado como lo hiciste. Ya sé que, adherido al engañador Thanis, habías escogido con él un francés para representar su papel, para que cayera bajo los golpes de los conquistadores rojos en la tierra de nuestros antepasados.

El egipcio bajó la cabeza murmurando en voz baja:

—Los míos prestaron siempre juramento de ser fieles a aquellos de quienes procede Thanis.

—Es verdad; pero hoy Thanis no existe.

—¡Muerto! ¡Sí, muerto sin haber arrojado a nuestros enemigos, como se lo imponía su ilustre nacimiento!

La egipcia dijo al oído a Roberto:

—Es un pobre diablo, un patriota exaltado, un alma generosa. ¿Por qué se unió a un traidor...?

Y alzando la voz, se dirigió a Niari:

—Olvidemos todo, Niari. Escucha. Me dijeron que tenías intención de decir la verdad, de explicar de qué manera *sir* Roberto Lavarède había sustituido a Thanis.

El rostro bronceado del egipcio se contrajo; fijó su mirada torva en el primo de

Armando, y exclamó con salvaje energía:

—¡Un europeo no debe llevar ese nombre, que tantos guerreros han igualado al de los dioses!

Roberto iba a responder: pero la egipcia le detuvo con una sonrisa.

—Niari tiene razón —dijo—. El nombre de Thanis no puede prestarse a un extranjero como se presta un objeto cualquiera. Cuando volvamos a Europa, Niari, fiel servidor, harás la declaración que...

—Declararé lo mismo que acabo de decir, hija de Hador.

—¡Ah! —exclamó Roberto, que no podía contenerse más tiempo—. Ya me has hecho esa promesa, digno Niari, y ya te he dicho que lo que deseo es únicamente esa declaración que tanto me importa.

Y cogiendo las manos de su amada, dijo a ésta tiernamente:

—Recobrar mi nombre, mi nacionalidad, para ofrecerte mi nombre y mi mano; ser tu marido, vivir a tu lado; vivir en la luz de tus ojos y de tu sonrisa... ¡Ah; qué tierna ilusión, qué dulce sueño, qué risueña esperanza! ¡Y dejar abandonado para siempre este odioso nombre de Thanis, sinónimo de falsía y de traición!

Ya en este terreno, Roberto hubiera seguido renegando de Thanis; pero de pronto una mano nervuda y crispada le agarró fuertemente del brazo. Era Niari que inclinado sobre él, le devoraba con los ojos.

—¿Qué es esto? —exclamó el francés rechazándole.

—¿Habré entendido mal? —dijo el egipcio—. ¡Mis oídos me han engañado!

—¿Qué quieres decir?

—¿He oído que, restituyéndote tu nombre, serías el esposo de la hija de Hador?

—¡Ya lo creo! ¡Y así será!

—¿Y para eso me sacaste de la prisión, me libraste de mis carceleros?

—Para eso precisamente.

—¡Pues haz que vuelvan a llevarme al calabozo, que me arranquen la lengua! ¡Prefiero el tormento al odioso papel que me has destinado!

—Pero ¿es que te vuelves loco?

—¡Yo! ¡Yo hablar para que un hombre de Europa se case con la flor del Nilo! ¡No, no lo creas! La hija de Hador será la esposa del jefe que venza a los invasores. ¡No pienses, no, que pueda favorecerte en tus malos deseos! ¡Siempre serás Thanis, y siempre juraré que eres Thanis! ¿No te gusta el nombre? ¡Ese nombre impide la vergonzosa unión de la hija de Hador contigo! ¡Pues bien! ¡Ése, ése es tu nombre, y no otro! ¡Tú eres Thanis, Thanis, Thanis; y a quien diga que no eres Thanis, le diré delante del mundo entero que miente!

El egipcio estaba furioso, presa de un delirio de loco.

Roberto y Lucía le miraban con hartazgo de corazón, aterrados por excitación tan horrible.

—¡Niari! —murmuró la hermosa egipcia—. ¡Vuelve en ti! ¡Soy yo quien te suplica! ¡No querrás condenarme al mayor de los infortunios! ¿Verdad que no?

Niari contestó con voz dura:

—El infortunio está en la deshonra, y la deshonra es tu matrimonio con ese hombre. Tu deber, hija del Nilo, has de cumplirlo allá abajo, en las orillas del gran río, llevando allí el prestigio de tu nombre y el premio de tu belleza para los valientes que viertan su sangre por la independencia.

—¡No, Niari! ¡Yo no estoy acostumbrada a los tumultos, a los siniestros combates de los campos! ¡Yo no quiero encontrar cadáveres en mi camino, agonías de seres abandonados, heridas sangrando! ¡Yo no quiero que la tierra se empape en sangre, que las arenas del desierto se conviertan en lodo rojo, que las lágrimas de las madres, de las hijas, de las amantes y de los niños sean el único rocío que abraza la tierra!

Y tendía las manos suplicantes al terrible egipcio, y éste la rechazaba con un gesto de sin igual dureza.

—¡Jamás —gritaba—, jamás Niari faltará a su deber. Por Osiris te juro que ese hombre no tiene más nombre que el que lo separa de ti! ¡Es Thanis, Thanis, Thanis!



Y volviendo la espalda, el egipcio se introdujo por la abertura superior del barco y desapareció.

La atribulada joven no hizo el más leve movimiento para detenerle: una palidez lívida cubría su rostro; ardientes lágrimas en gotas transparentes humedecían sus mejillas, lágrimas de las que el poeta dinamarqués Rijne llama «los diamantes del dolor».

—¡Alma mía! —exclamó Roberto, bajo la dolorosa impresión de aquel dolor mudo—. ¡No llores, no llores más!

Ella miró a su enamorado, y musitó tristemente:

—¡Sí, amigo mío! ¿Qué he de hacer más que llorar? ¡Nos habíamos olvidado de todo demasiado pronto! Viéndonos reunidos, nos forjábamos la ilusión de la ventura. ¡Y, ya lo ves, el obstáculo que nos había separado vuelve a presentarlo ante nosotros más imponente que nunca!

—¡Oh, no; yo obligaré a Niari!

—¡No, Roberto; no le obligarás! Podrás matarle; pero no conseguirás que ceda.

Y añadió con una energía insuperable:

—Además, amigo mío, su resolución que tanto nos daña, merece respeto. Esta es la dolorosa verdad. Niari nos sacrifica a la patria egipcia, a la patria que quiere libre, enteramente libre. Yo le maldigo y le venero. Solamente el nombre de Hador puede juntar a todos los patriotas. Borrado este nombre del ejército de los vengadores, comenzarían las divisiones intestinas, y con ellas vendría la derrota. Tiene razón Niari. ¡Destroza mi corazón, Roberto amado; pero salva mi honor de hija de Egipto!

Roberto la cogió las manos.

—¡Mi dulce amiga, mi único bien, vuelve en ti! ¡No oiga yo de tus labios esas palabras, que me arrebatan la esperanza!

La egipcia movió la hermosa cabeza con un gesto de desaliento.

—Ya ves —le dijo— que lloro sin consuelo por mi amor. Pero ¡ay; yo estaba loca, había soñado la ventura apacible de las mujeres que no tienen las responsabilidades de que yo no puedo prescindir! La verdad resplandece, y la confieso. ¿Qué importa mi vida? ¿Qué importa mi amor mismo? ¡Habla el honor, y el honor me impone todos los sacrificios!

Roberto retrocedió horrorizado.

—¡Oh Roberto; comprendo la realidad! ¡Por nuestro amor te lo ruego!

Roberto la apartó con un gesto de supremo dolor.

—¡Ah, mujer —dijo—; tú no me has querido como yo to quiero!

—¡Que eso digas!

—¡Tu amor es mentira!

—¡Ah, no; mentira no! ¡Es verdad!

La egipcia se llegó a él impetuosamente y poniéndole las manos en los hombros exclamó:

—¡No repitas esas palabras! ¡Yo doy mi vida a cambio de mi honor! ¡Pero tú, condenado a ser Thanis, acepta este nombre! ¡Puedes ser el Thanis valiente y patriota, el libertador de un pueblo, el terror de los conquistadores enemigos! ¡Puedes ser el vencedor que ha de obtener el premio de mi mano! Dime, Roberto: ¿quieres?

Roberto bajó los ojos como avergonzado.

—¿Quieres lo que te propongo? —le preguntó con ansiedad.

Roberto, lentamente, con la mano en el pecho, donde palpitaba su corazón con inusitada violencia, contestó:

—¡No!

La egipcia exhaló un grito dolorosísimo.

—¡Libre —dijo él—, Roberto Lavarède, soldado de Francia, arrostraría impávido y con júbilo todos los peligros por ti, por tu amor! ¡Pero el hombre sin nombre, a quien se ha privado de su patria, a quien se ha impuesto un nombre aborrecido, no puede hacer lo que pretendes que haga! ¡Obedecerte, sería renunciar al nombre y a la patria, y esa renuncia sería la pérdida definitiva de lo que tú misma has invocado; sería la pérdida, la muerte del honor!

La egipcia, retorciéndose las manos, murmuró con desgarrador acento:

—¡Es verdad, es verdad! ¡Es el honor lo que te pido, Roberto! ¡Estamos perdidos, perdidos sin remisión!

Roberto se separaba con la cabeza inclinada sobre el pecho. Ella le siguió. Los dos bajaron al interior del submarino, y cada cual se retiró a su camarote. Los dos querían estar solos ante el horror de su situación.

Reunidos después de tantas pruebas, de tantas angustias, veíanse más separados que nunca.



## Capítulo XX

### *Las escafandras*

Cuando Armando, asombrado de la reclusión de su primo en el camarote, lo interrogó, experimentó un movimiento de cólera al saber la resolución del fanático Niari.

Y no le faltaba razón para irritarse. En los momentos en que parecían vencidos todos los obstáculos, en que la felicidad de su primo y de la bella egipcia era sólo cuestión de días, surgía una nueva complicación más terrible que todas, porque destruía todas las esperanzas de los desventurados y simpáticos enamorados.

Llamaron a Niari, Armando y su mujer; pero en vano Aurelia suplicó, en vano Armando amenazó: el antiguo servidor de Thanis se mostró irreductible en su resolución.

A todos los argumentos que le hicieron contestó:

—Quito la esperanza a la hija del Nilo, porque sobre ella está la patria. Aunque ella hubiera de morir, aunque yo hubiera de perecer en medio de los mayores tormentos, no podría retroceder en mi resolución. El sacrificio de los dos serviría de ejemplo y aprovecharía a la libertad de la tierra de Egipto.

Hubo, pues, que renunciar a convencer a Niari.

Todos se habían reunido en el salón. Desalentados y tristes contemplaban a la egipcia, en cuyos ojos apagados y en cuya fisonomía lívida se manifestaba el más profundo abatimiento.

Aquel último golpe era mortal para ella. Parecía que iba a sucumbir, muerta ya todas sus esperanzas. A los consuelos de sus amigos contestaba con voz opaca, dolorosa, monótona, como si delirase vencida por la fiebre.

Maudlin, entristecida ante el infortunio de la hija de Hador, intentaba distraerla. Parecía que la bella enamorada la escuchaba; pero no: en su pensamiento no había más que el dolor del sueño de ventura desvanecido.

Inútilmente Maudlin había separado los obturadores de los ovalados cristales; inútilmente la hija y la madre discutían contemplando los paisajes marinos que cruzaban ante sus ojos, señalando el paso de pescados multicolores que huían espantados por la enormidad de la nave submarina, monstruo desconocido que turbaba la tranquilidad del mar. Nada de esto interesaba a la egipcia.

Los días siguieron a los días sin que en sus labios volviera a verse la encantadora sonrisa. Su palidez era cada vez más densa. ¿Qué le importaban los corales del

Estrecho de Farrés, las floraciones extrañas del mar de Bande, encerrada entre las islas en Timor, de la nueva Guinea, de las Célebes, las aguas volcánicas de temperaturas diversas de la mar de Java, gran Estrecho que separa la gran tierra malasca de Borneo? Habían pasado el canal de Kassinato, y penetraban en la mar de China, sin que los esfuerzos de los demás pudieran sacar a la hermosa joven del abatimiento a que se había entregado.

Una tarde que se había retirado la egipcia a su camarote después de la sobria comida, dijo la madre de Maudlin:

—En esta prisión flotante es imposible que vencamos la tristeza de esa infeliz. Si estuviéramos en tierra, la obligaríamos a salir, a pasearse, a ver lo que pudiera distraerla, aun contra su voluntad. El paisaje, el movimiento de la vida, la variedad, la diversidad de gentes y de cosas; todo podría ser lenitivo de su dolor.

—Tienes razón, madre —dijo vivamente Maudlin—: es preciso que la hagamos salir del camarote y del barco.

Todos se miraron asombrados oyendo a la gentil muchacha.

—Sí; no hay que espantarse. ¿Creen ustedes que estamos cautivos, que no podemos salir de aquí? Pues se equivocan. Las excursiones al fondo del mar son facilísimas. Podemos cazar con la carabina en la mano en los bosques submarinos.

Y prosiguió, muy regocijada, pensando que había dado con el medio óptimo de distraer a la egipcia.

—¿Quieren ustedes más explicaciones? —preguntó.

—Sí —contestaron todos.

—Pues ahí van —repuso con acento cómicamente doctoral—. Sabrán ustedes que tenemos a bordo escafandras recubiertas de hojas de acero cruzadas, que tienen una resistencia poderosa y nos permiten pasearnos por las profundidades del mar, allí donde la presión del agua es tal, que parece imposible que el hombre pueda resistirla.

Y dirigiéndose a Aurelia, con su dulce sonrisa continuó:

—Voy a exponer algunas cifras, y no crean ustedes que lo hago por pedantería. Todo menos eso, porque confieso que las ignoraría si las circunstancias no hubiesen hecho de mí un corsario Triplex. Pero veo en la fisonomía de todos que la idea de andar bajo las olas los intranquiliza un poco, y quiero que tengan absoluta confianza. Sepan ustedes que la presión de la atmósfera al nivel del suelo, como lo ha establecido Torricelli, corresponde a la presión de una columna de agua de cerca de 10 metros, exactamente 10 metros 40 centímetros es decir, a 103 kilogramos 36 por decímetro cuadrado de superficie, y 10 336 kilogramos por metro cuadrado. Es, pues, evidente que soportaremos esta presión multiplicada por 2, por 10, por 100 si bajamos en el agua dos veces, diez veces, cien veces 10 metros. En una palabra, si alcanzamos la profundidad de 1000 metros, estaremos sometidos a una presión de un millón treinta y tres mil seiscientos kilogramos (siendo nuestra superficie total de cerca de un metro cuadrado), suficiente para aplastarnos como una hoja de papel. Pues bien; nuestras escafandras están dispuestas de tal manera, que hemos podido sin

dificultad alcanzar profundidades de 3000 metros; y como ahora sólo propongo a ustedes una excursión a 30 o 40 metros de fondo, pueden ustedes comprender que no hay peligro alguno.

—Pero los monstruos feroces que hay en el mar, los tiburones... —dijo la madre de Maudlin, que veía con asombro y temor la tranquilidad con que su hija hablaba de cosas tan graves.

—¿Los tiburones? Madre mía, el encuentro con esos pobres y audaces animalitos es peligroso para ellos no más. Ya podrás convencerte. Conque vamos a ver —añadió alegremente—, ¿quién quiere ser de la partida? ¿Quién quiere dar un paseíto por el campo del mar? Para transigir con el miedo que pueda infundirles el primer paseo submarino, éste nos seguirá como un perro fiel. ¡Vamos; sepamos quién se atreve!

Aurelia fue la primera en contestar,

—Por mí, francamente digo que estoy casi dispuesta a aceptar.

—Pues yo también —dijo Armando.

La madre de la gentil capitana del barco y Roberto se mostraron también conformes, y la egipcia, por todos solicitada cariñosamente, acabó por consentir en bajar a la profundidad del mar.

—Por supuesto —dijo Aurelia—, que hemos de sufrir una contrariedad imposible de evitar.

—¿Cuál?

—Que dentro del agua, debajo del agua, no será posible hablar. Será cosa imposible una conversación.

—¡Es un error, un error! —repitió alegremente Maudlin—. Se puede charlar cuanto se quiera.

Hubo un movimiento de sorpresa en los oyentes, y Armando, haciéndose intérprete del pensamiento de todos, murmuró:

—Quisiera yo que esta señorita me demostrara cómo puede ser eso.

—Muy sencillamente.

—Ya oímos con la mayor atención.

—Pues se trata de una sencilla aplicación del teléfono.

—Pero, señorita, ¿cómo el teléfono?

—Lo que digo es la verdad. Y ahora, si quieren ustedes seguirme, voy a presentarles los aparatos.

Se dirigió a la puerta. Todos se levantaron y la siguieron, y por la galería llegaron con ella a una escalerilla que conducía a la cala del submarino número 2.

Allí la graciosísima muchacha abrió una puerta, dio luz a las lámparas eléctricas fijadas en la pared, y todos vieron una sala espaciosa que afectaba una forma curva en uno de sus lados indicando que correspondía a uno de los costados de la nave.

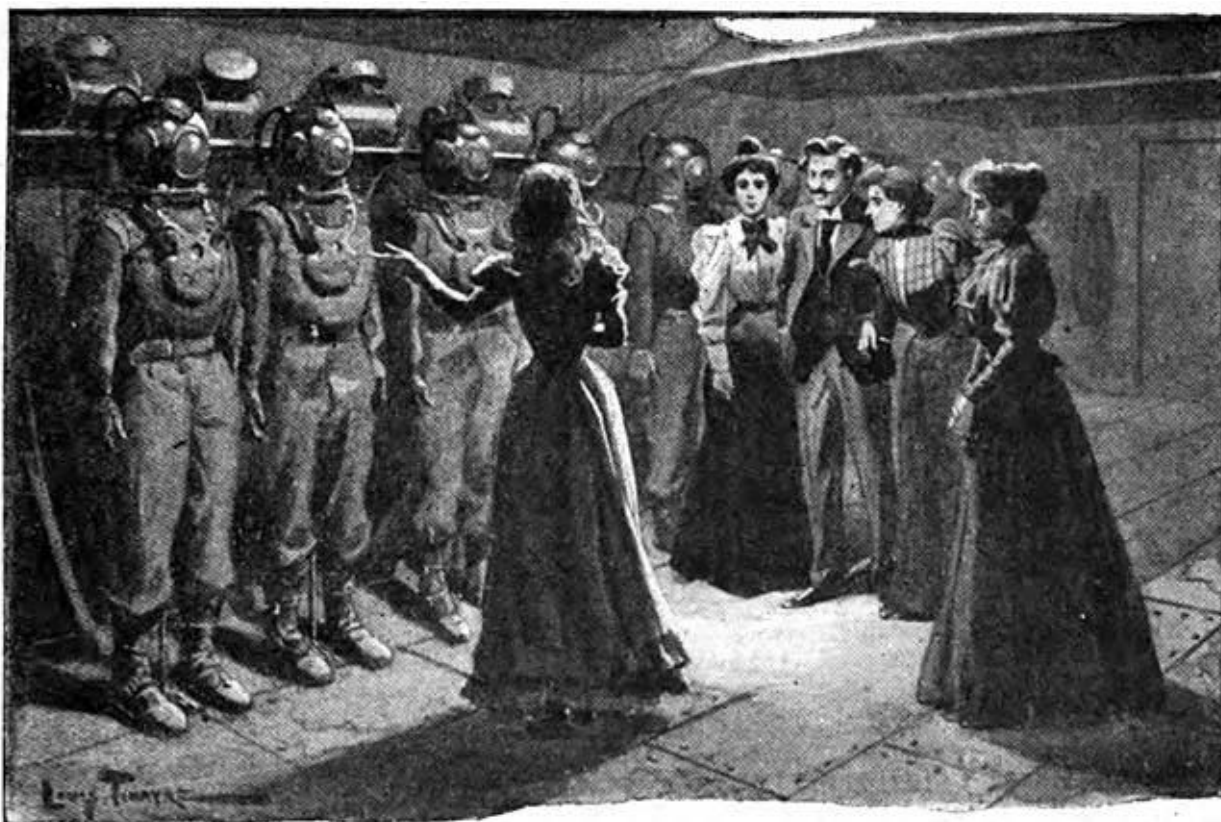
En aquel sitio, sobre zócalos como si fueran maniqués, se hallaban las escafandras.

Producían una impresión singularísima aquellos trajes de caucho reforzados con

telas metálicas, y coronados por las cabezas de cobre con aberturas de grandes cristales. Parecían individuos pertenecientes a una especie desconocida,

—Éste es el cuerpo de guardia del castillo submarino —dijo Armando.

—Sí —repuso Maudlin—; eso parecen.



—Pero estas armaduras del siglo XIX son infinitamente más cómodas que las de los paladines de la Edad Media.

Y cogiendo uno de los cascos de aquellas extrañas figuras, lo abrió rápidamente.

—Vean ustedes —dijo—. En la parte anterior de este casco esférico, al alcance de los labios del que se cubre con él la cabeza, se encuentra una placa vibrante análoga a la de los teléfonos ordinarios. A la altura de la oreja hay una orejera fija, y en la parte posterior de la bola de metal, un anillo. ¿Quiere usted cambiar algunas observaciones con un compañero de paseo? Pues descuelga un hilo conductor recubierto de un cuerpo aislador que se adhiere al pecho como una trencilla de un oficial de Estado Mayor o de Artillería; introduce usted el ganchito en que termina la trencilla en el anillo colocado en la bola metálica del compañero, queda establecida la comunicación, y pueden ustedes discutir cómodamente como los negociantes que desde su gabinete de trabajo en París, en Londres, o en otra parte, transmiten órdenes a sus corresponsales.

Un murmullo de aprobación siguió a la exposición ingeniosa que hizo la inteligente Maudlin.

—Aún no he terminado —dijo ésta—. *Sir James Pack* es un ingeniero de muchísimo mérito, y ha hecho de sus escafandras verdaderas joyas científicas.

Y con cierto orgullo, muy disculpable ciertamente, añadió:

—Respirar, es la primera preocupación de la persona que viste la escafandra. Primitivamente se estaba en comunicación con tierra firme por medio de tubos de caucho que atravesaban la cápsula metálica, fijos sobre una especie de bozal aplicado a los labios del sujeto. Éste, abriendo y cerrando alternativamente cada agujero con la lengua, aspiraba por uno el aire puro que le enviaba una bomba colocada y manipulada arriba, y evacuaba por el otro el aire viciado en sus pulmones. Así el hombre apenas podía moverse, y la acción respiratoria era difícil y penosa.

—Permítame la señorita Maudlin que la felicite —dijo Armando—. Habla como un sabio de estas cosas tan interesantes.

—*Sir James Pack* es quien me ha enseñado todo lo que sé. Todos los elogios a él únicamente son debidos —dijo Maudlin con un gesto delicioso de rubor.

Y, como para variar de conversación, añadió:

—Continúo mi explicación. Luego se sustituyó la bomba con depósitos de aire comprimido, que los buzos llevaban a la espalda, y que estaban en contacto con su boca por medio de tubos. Así el buzo adquiría alguna más libertad de movimientos, pero siempre le era difícil respirar. *Sir James* ha modificado el procedimiento. Un balón fijo en la espalda contiene aire para doce horas. El oxígeno llega directamente al casco esférico, dosificado por una llave o espita que se coloca al partir para la expedición. Se respira como al aire libre. El aire espirado, cargado de ácido carbónico, tiende a bajar a los pies. En el interior de la escafandra, a la altura del pecho, a lo largo de las piernas, están dispuestos recipientes con agujeritos imperceptibles, llenos de potasa cáustica. Las aberturas son muy pequeñas para dejar filtrar el líquido; pero dejan pasar el gas. Ya saben ustedes: la potasa, como se dice en química, es muy ávida de ácido carbónico, y se forman incesantemente carbonatos de potasa que desembarazan de toda impureza el aparato, el cual ha venido a convertirse en una cámara respiratoria ideal.

—¡Bravo! ¡Bravo! —palmotearon los oyentes.

Pero Maudlin les impuso silencio con un gracioso gesto.

—¡Un instante todavía! —dijo—. Están ustedes persuadidos de que se puede pasear por las praderas submarinas, cien veces más bellas que los prados terrestres, y ya comprenderán que se respire un aire fresco y puro. Pero se necesita otra cosa: es preciso estar en situación de defenderse contra los tiburones y otros animales dañinos de que antes hablaba mi señora madre.

Armando no pudo contenerse.

—¡Y qué! ¿También ha resuelto el problema el señor James?

—En efecto; también lo ha resuelto.

—¿Por qué medio? Sería curioso saber...

—Por un medio muy sencillo.

—Lo creo. ¡Pero a ver; sepamos cuál!

—Muy sencillo.

—¡Aquí todo es sencillo!

—¡Verá usted! Bajo el balón de aire se halla un acumulador eléctrico muy poderoso: tanto, que puede lanzar quinientas chispas, capaces de matar al animal más fuerte y robusto. Un conductor le pone en relación con un cordón hueco, largo de 75 centímetros, adherido al costado del viajero bajo el agua como un espadín. Se presenta un tiburón, o un cachalote, o un pez-espada: al punto se requiere el arma, y apoyando la mano sobre tres botones que establecen el contacto, se destruye al adversario sin peligro alguno personal. Ahora ya conocen ustedes el traje y todo lo que se relaciona con la visita a las profundidades del mar. ¿Hay quien quiera formular alguna objeción?

—Sí —dijo Aurelia, que estaba preparando una de las escafandras—. Digo que todo esto debe de pesar horrorosamente.

—Pesa tanto —respondió Maudlin—, que vestida aquí con ese traje, le sería a usted imposible dar un paso; pero una vez dentro del mar, el aparato, perdiendo un peso igual al del volumen del líquido desplazado, según el principio de Arquímedes —añadió mirando con un mohín delicioso a Armando—, podrá usted moverse con la mayor facilidad.

—Bueno, ¿cuándo es el paseo?

—Hoy mismo —dijo Roberto—. Podremos visitar las pesquerías de perlas de las islas Anambas. Así nuestro paseo tendrá un objeto.

—¿Perlas? ¿Y se puede cogerlas?

—Si quieren las señoras. Hay bancos inagotables de ostras con perlas. La perla tiene menos valor que su congénere blanca de Ceylán; pero también es muy apreciada con su matiz azulado de maravilloso efecto.

—¡Perlas azules! —interrumpió Aurelia riendo—. ¡Con esas perlas adornaremos nuestras escafandras, que, en verdad, no son de lo más elegante y atractivo!

—Y ahora —dijo Maudlin— vamos a almorzar, con lo cual tomaremos fuerzas para emprender la expedición al fondo del mar.

## Capítulo XXI

### *Paseo por el fondo del mar*

Los pasajeros se dirigieron al corredor muy animados, excepción hecha de la egipcia, a quien todo le parecía indiferente. Su hermoso semblante conservaba la impresión de la melancolía en que la infeliz había caído después de la escena con Niari. Roberto la contemplaba con emoción bien natural, comprendiendo por su propia pena el dolor infinito de su prometida.

Insignificante distracción era la visita a una pesquería para seres que se adoraban y estaban condenados a eterna separación.

Comieron con un apresuramiento que explicaba la impaciencia de los turistas por hallarse en el fondo del mar. La egipcia y su adorador también siguieron a los demás al saloncillo de las escafandras.

Cada cual eligió la que le convenía. Mediante un aviso eléctrico entraron varios marineros, cargaron con los aparatos que les designaron, y detrás de los hombres de mar los viajeros bajaron a las profundidades del barco, antesala de las del mar.

—¿Dónde estamos? —preguntó Armando penetrando en un reducido espacio únicamente alumbrado por linternas que los marinos habían encendido.

—En uno de los depósitos de agua —dijo Maudlin—. Cuando estén ustedes vestidos con sus escafandras, se abrirán los grifos en comunicación con el mar; el agua llenará el compartimento, y tendrán completa libertad de movimientos para salir. Una trampa se abrirá como una puerta, y adelante. ¡Pero no perdamos el tiempo!

Los marineros acababan de colocar una especie de mampara o biombo y Maudlin hizo pasar entonces a su madre, a Aurelia y a la egipcia.

—Voy —dijo— a ayudar a ustedes a vestirse. Soy la camarista de mis compañeras de viaje.

Y desde aquel improvisado camarín gritó jovialmente, simulando la voz de mando:

—¡Los marineros servirán a los caballeros de ayudas de cámara!

Los marineros acercáronse a los dos primos, y comenzaron a vestirles el pesado traje de los turistas submarinos.

—¡Esto es admirable! —decía Armando, que ya tenía el torso, las piernas y los brazos cubiertos con el caparazón de cuero y la tela metálica—. ¡No puedo moverme, sin contar con que las plantillas que me han puesto en los pies, parece que me clavan al piso!

—¡Plantillas de plomo, lastre del viajero! —replicó desde el camarín la jovencita, que había oído la observación.

—¡Ya, ya lo veo! Pero —añadió deteniendo al marinero, que se disponía a ponerle el casco esférico en la cabeza—, me conviene saber otra cosa.

—Diga lo que le ocurra.

—Comprendo perfectamente que el agua entre en el compartimiento, por medio de la presión exterior; pero ¿cómo sale? Por ejemplo, cuando el barco está a 3000 metros de profundidad, para expeler el líquido tenemos que vencer una presión de 300 atmósferas, y no sé que haya bomba de compresión bastante poderosa para vencer semejante resistencia.

Otra vez Maudlin habló desde su escondite.

—Aquí no tenemos bombas de compresión propiamente dichas.

—¿Pues qué tenemos?

—Tenemos una sencilla aplicación de la prensa hidráulica.

—Pero si todo esto se descompone si ocurre una avería, ¿no quedaría el barco en el fondo del mar?

—¡No tenga usted cuidado! Hemos utilizado el peso de seguridad de *Mr. Goubet*. Es una quilla móvil de fundición, enganchada a la quilla fija del barco. En caso de avería, señor incrédulo, bastaría levantar los garfios que la sujetan, como se levanta un picaporte. Caería, y, aligerado el peso por el abandono de ese lastre, volvería el barco a la superficie.

Armando no tuvo más observaciones que hacer, y el marinero le cubrió la cabeza con el casco metálico, terminando así su tocado





El depósito de oxígeno funcionó instantáneamente, y Armando sintió con satisfacción que respiraba sin dificultad. Ya más tranquilo, miró por las aberturas de cristal dispuestas alrededor del casco que cubría su cabeza.

Vio a los marineros separar el biombo, salir y cerrar la puerta, y rió de buenísima gana viendo a la madre de Maudlin, a ésta, a Aurelia y a la egipcia vestidas con las escafandras. Parecían espantables guerreros grotescos, caballeros fenomenales inventados por la loca imaginación de un cuentista de leyendas extraordinarias.

Nadie hubiera podido reconocer en aquellos extraños figurones a las delicadas, esbeltas y elegantes mujeres.

Una impresión de humedad en los pies le interrumpió en sus humorísticas reflexiones. Bajó la vista: el piso del barco había desaparecido bajo el agua, que subía de momento en momento.

Comprendió que los grifos, comunicando con el exterior, habían sido abiertos y que se inundaba el depósito, y experimentó la emocionante impresión natural en quien no se había visto nunca en la situación de anfibio en el fondo del mar. Le pareció soñar. Pensó que el agua iba a cubrirle y a cubrir a Aurelia, y que ella y él estaban expuestos a un accidente, a la rotura, por ejemplo, de las escafandras, y se oprimió su corazón angustiado.

Pero esta impresión fue muy fugaz. Con la curiosidad de impresiones nuevas, pronto se repuso y empezó a observar.

El agua le llegaba a la cintura y seguía subiendo.

Ya le subía al cuello, inmediatamente el líquido llegó a sus labios, a su nariz, a sus ojos, y cubrió al fin la esfera metálica que encerraba su cabeza.

Experimentó una sensación de bienestar. La escafandra ya no le pesaba. Como un hombre largo tiempo reducido a la inmovilidad por una camisa de fuerza que súbitamente se ve libre de esta opresión, extendió los brazos y movió las piernas, acaso con más facilidad que cuando se hallaba en tierra.

Sonó en su oído una voz.

—¿Qué tal? —le preguntó—. ¿Cómo te encuentras?

Armando se asustó. ¿Quién le hablaba? Pero se acordó del aparato telefónico que había explicado Maudlin en el casco y puesto en acción por el acumulador eléctrico suspendido bajo el depósito de oxígeno.

Le hablaba Roberto que se había puesto en comunicación con él. Acercó los labios a la placa vibrante, y respondió:

—¡Muy bien, muy bien. Solamente que está oscuro como en un horno apagado!

—¡Espera, que pronto verás claro! Interrumpe la comunicación, porque ya vamos a caminar.

Un instante de silencio, y se abrió una compuerta lentamente, dejando ver una abertura rectangular. Penetró en el compartimento la luz del Sol, en medio de las ondas del mar. ¡Asombroso, maravilloso espectáculo!

Ya estaba fuera Maudlin. Sostenía la extremidad de una cuerda que su madre,

Aurelia y la egipcia sostenían a su vez

Armando comprendió que aquello en una precaución muy conveniente para evitar la eventualidad de que los viajeros pudieran separarse y extraviarse, y siguió detrás de las mujeres, cerrando la fila el entristecido Roberto.

Una vez fuera del barco, experimentaron una especie de estupor. A treinta metros la luz solar iluminaba perfectamente las aguas: veían en derredor en un radio de un centenar de metros tan clara y distintamente como si estuvieran en la superficie.

Hallábanse en un terreno formado por arena fina en la cual sus pasos dejaban ligerísimas huellas. Conchas, extraños animalillos, pululaban a sus pies y cuando pasaban cerca de un haz de algas adheridas por las raíces a una roca, multitud de mariscos huían a toda velocidad, como si fueran pajarillos volando.

Al volver la cabeza, observó Armando que el barco se ponía también en movimiento. Arreglando su marcha a la de los turistas, se deslizaba lentamente siguiendo las subidas y bajadas del interior del mar, semejante a un gigantesco ballenato.

Libre ya de sus temores, y familiarizado con la situación de explorador submarino, Armando, enganchó el garfillo del teléfono al anillo de la espalda de su primo para decirle que el barco que los escoltaba sugería la idea de ser él un Jonás que había salido de la ballena y se la llevaba detrás.

Había recobrado su habitual buen humor.



Pronto cambió la naturaleza del terreno; a la arena fina sucedió una especie de meseta rocosa cubierta de algas que presentaban toda la gama de tonos, desde el amarillo claro hasta el rojo oscuro, pasando por infinita variedad de los verdes. Y había muchas ostras, aisladas o agrupadas.

Roberto telefoneó a su primo:

—¡Llegamos a las pesquerías! Como todavía no es la estación oportuna, la *saison*, que decimos los franceses, no nos estorba nadie.

Y satisfecho de hacer los honores de este nuevo dominio, contaba a Armando, que lo sabía lo mismo que él, cómo se pesca la perla.

—La pesca —decía— está contratada con un empresario. Éste fleta barcos y recibe a su servicio buzos. Éstos se atan a una cuerda sujeta al barco, la cual lleva a la extremidad opuesta una gruesa piedra o un gran trozo de fundición que los baja al fondo. Allí el pescador se esfuerza por juntar la mayor cantidad de ostras que puede: las mete en un saco que rodea su cintura, y sube; descansa unos momentos, y vuelta a bajar.

Encantado de hablar sin que le interrumpieran porque Lavarède miraba, pero no prestaba gran atención a su primo, éste continuaba sus explicaciones que le distraían de sus penas. Decía que las ostras extraídas son abandonadas a la orilla del mar, donde se pudren, y solamente entonces pueden recogerse las perlas. Contaba que en Ceylán es donde se producen las más blancas; en las islas Anambas, las más azules, y en las islas Batanas, al Norte de Filipinas, las perlas rosa. Luego hacía las más variadas consideraciones sobre la perla en general; encarecía los méritos de las almejas que contienen perlas negras, de los bivalvos de agua dulce de los ríos chinos fabricantes de nácar, con los cuales los hijos del Celeste Imperio colaboran activamente.

—Sí, primo —decía—; los explotadores de los bancos de estas conchas cortan menudas hojas de estaño en forma de flores, de animalillos, de figuritas minúsculas, y estos recortes los meten en el interior de las conchas. Los pobres mariscos, cuya carne es ternísima, son cruelmente heridos por esos cuerpos extraños de aretes vivos, y para evitar el dolor los cubren de nácar, redondeando los ángulos y puliendo la superficie. En seis meses producen sobre el modelo que se les ha impuesto florecillas o animalillos. Tal es el origen de las bonitas incrustaciones de nácar chino, que tanto admiramos, sin pensar, ciertamente, que son obra de modestas almejas de la especie *unio dipsas pliectus*.

—¡A propósito! —interrumpió Armando a su primo—. ¿Sabes qué nombre da el comercio a las perlas según su belleza y, por consiguiente, según su precio?

—Eso sí que no lo sé.

—Pues bien; añade esto a tu catálogo científico. Hay diez especies comerciales, que, empezando por las más caras, son: la Ania, la Anathoria, la Masengoe, la Kalippo, la Korawell, la Persal, la Ordewe, la Mandanga, la Kural y la Thool<sup>[12]</sup>. Y no hablemos más de perlas, y déjame admirar el paisaje.

Tenía razón Armando: su admiración estaba justificada. La caravana acababa de penetrar en un valle rocoso, de suaves pendientes; las algas se elevaban derechas y cubrían las rocas, y miríadas de ostras se amontonaban en grandes bloques, presentando las formas más raras y caprichosas.

Súbitamente se detuvo Maudlin, que marchaba la primera. Todos la rodearon al borde de una especie de cueva abierta a sus pies.

La linda muchacha telefoneó:

—Esta abertura está más baja que la zona explorada por los buzos. Si queréis, intentaremos bajar. Debe de haber *pintalinas*, que, no habiendo sido explotadas nunca, han podido engordar y producir perlas dignas de ser ofrecidas a nuestras compañeras de viaje.

Todos contestaron afirmativamente, y comenzó el descenso. Emplearon más de una hora en bajar. La penumbra había reemplazado a la luz. Sin embargo, los turistas se acostumbraron pronto a aquella vaga claridad, y distinguían los objetos que los rodeaban.

No se había equivocado la directora de la expedición: ostras enormes, adheridas a la roca llenaban la excavación; muchas conchas pasaban de treinta centímetros de diámetro. Por unanimidad se resolvió emprender la pesca. Los bivalvos, acostumbrados a vivir con toda tranquilidad en aquellas profundidades, hallábanse tan descuidados como puede suponerse. La mayor parte estaban abiertos, y moviendo su tela membranosa para separar los corpúsculos de que se alimentan del agua que los invadía. Nada más fácil que aligerarlas de las perlas que contenían. Fragmentos de piedrecillas introducidas entre las dos conchas les impedían cerrarse, y permitían a los dedos invasores asegurarse de si el animal tenía el precioso glóbulo. Terminada la exploración, se retiraba la piedrecilla, y la ostra se cerraba con una celeridad que demostraba claramente cuánto le había impresionado la violación de su domicilio.

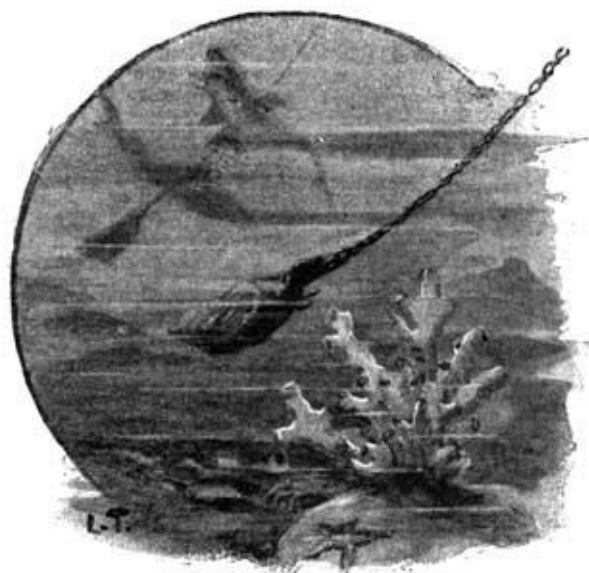
Los expedicionarios recogieron cerca de trescientas perlas: algunas de ellas tenían el tamaño de avellanas, y una docena eran grandes como nueces. Era una verdadera fortuna. Para adquirirla no habían tenido que hacer, según la expresión vulgar, más que bajarse y cogerlas.

Muy satisfechos todos, subió la caravana de aquella cueva, y Maudlin preguntó si estaban todos en disposición de continuar el viaje.

Nadie habló de volver al barco; nadie se sentía fatigado, y los exploradores se movían en el agua con tanta comodidad, con tanta seguridad, que estaban verdaderamente encantados.

Volvieron, pues, a emprender la marcha.

Durante algún tiempo la caravana recorrió el banco de ostras sin incidente; pero súbitamente todos se detuvieron sorprendidos: la sombra de un barco en el fondo del agua se reflejó, y un objeto, cuya forma no pudieron apreciar, suspendido al extremo de una cadena, los rozó rápidamente. Luego, para más admiración, aparecieron una, dos, cuatro, ocho, hasta diez sombras semejantes.



En el acto Maudlin y Roberto establecieron la comunicación telefónica con sus compañeros.

—Ya sabéis —dijo la primera— que la aleta dorsal del tiburón es un bocado exquisito, muy apreciado por los gastrónomos de China y de Indo China. Estas aletas, curadas, divididas en filamentos que se parecen a fideos transparentes, entran en la composición de las sopas que saborean los celestes<sup>[13]</sup>. El consumo es muy considerable. Así, en toda la extensión del mar de la China, del Océano Indio, hay muchas naves ocupadas en la pesca del tiburón. Lo que acaban ustedes de ver es una de esas flotillas pescadoras del tiburón. Los barcos llevan un anzuelo con su cebo. Pronto veréis aparecer los tiburones. Reunámonos en grupo compacto a fin de evitar todo accidente; y como *sir* Roberto y yo tenemos la costumbre de manejar nuestro aparato eléctrico, cuidaremos de que ninguno de los escualos llegue cerca de nosotros.

Estas palabras no produjeron, en verdad, una impresión agradable en los turistas. Y se comprende. Todo habitante de nuestros climas templados súbitamente trasladado a los bosques de Asia<sup>[14]</sup>, sentiría un malestar muy acentuado cuando se percatara de la voracidad del tigre: pues la del tigre de mar, del tiburón feroz, con las mandíbulas armadas con tres carreras de dientes triangulares, es todavía más espantosa teniendo cien pies de agua sobre la cabeza.

Juntáronse todos, como se ha dicho, en un grupo compacto, y la hija de la viuda de lord Green y Roberto se dispusieron a emplear el aparato de las chispas eléctricas.

Transcurrieron pocos segundos, y al cabo de ellos, al límite del círculo de visualidad, aparecieron unas sombras verdosas y fosforescentes.

—¡Los ojos de los escualos! —murmuró Maudlin—. Como los de los gatos, las pupilas de los tiburones son luminosas.

Luego viéronse algunos cuerpos negros, y largos. De pronto uno de ellos se estremeció, se retorció rabiosamente batiendo el agua con formidables aletazos: el animal se había tragado el anzuelo y el garfio de hierro de uno de los barcos

pesqueros. La punta acerada rompía sus vísceras. Alrededor del monstruo se formó un círculo rojo de sangre, y lentamente sujeto y levantado por la cadena, el animal subió a la superficie.



Los espectadores vieron ya sin emoción lo extraño del espectáculo, pero sí con curiosidad los detalles de esta pesca, considerada desde las profundidades del Océano. Pero la tranquilidad de la caravana no fue de larga duración.

Otros tiburones se presentaron. Curiosos, sin duda, por la visita de aquellos seres extraños en sus dominios, empezaron a describir círculos en derredor de los turistas, estrechándolos cada vez más.

Sus ojos brillantes pesaban sobre el grupo con una fijeza molesta, ejerciendo sobre los viajeros una verdadera fascinación<sup>[15]</sup>.

En fin, uno de los monstruos, más hambriento o más atrevido que los otros, llegó hasta una distancia de dos metros de Maudlin. Era una bestia enorme, de cuatro



metros de longitud, con la cabezota ancha, espantosa. Tenían delante un ejemplar del más terrible de los monstruos marinos, el tiburón martillo o tygrena malayo.

Bajo las esferas metálicas que les cubrían la cabeza, todos exhalaban un suspiro de angustia, al que siguió un murmullo de admiración.

Maudlin había tendido el brazo armado con la lanza eléctrica. Brillaron las chispas, el escualo se retorció, juntó en una convulsión la cabeza con la cola, luego, giró sobre sí mismo, y subió lentamente a la superficie. En su piel verdosa, un disco negro, una gran quemadura, indicaba el punto en que las chispas eléctricas lo habían abrasado.

Y la gentilísima Maudlin, enlazando el aparato telefónico a la espalda de su madre, le dijo:

—¡Ya ves, madre, que un tiburón no es tan temible como parece!

Y cambiando de tono, añadió:

—¡Me parece que ya basta de paseo por esta vez!

Todos asintieron.

A algunos metros se dibujaba la negra sombra del submarino. Todos obedecieron la invitación de la directora de la expedición y volvieron al barco satisfechos de haberla realizado.

## Capítulo XXII

### *Los baños sagrados de Poulo-Tantalam*

Diez minutos después estaban encerrados en el compartimiento de agua, cuya trampa móvil obstruía la entrada. La sala estaba en seco, y los viajeros, después de despojarse de las escafandras, volvieron al salón.

Ninguno hablaba: todos se hallaban bajo la impresión de la excursión hecha tan felizmente, y se preguntaban si había sido un sueño. Pero cuando la hija de la señora de Allsmine puso en un velador la copiosa cosecha de perlas recogida en el banco de ostras, Aurelia y la señora se maravillaron contemplando tan rico botín.

Solamente la egipcia permaneció indiferente y con los ojos medio cerrados, pálida, sentada en un sillón como si estuviera muy fatigada.

Para ella el paseo no había sido una distracción, y la tristeza moraba en su corazón lo mismo a la partida que al regreso. ¿Qué le importaban las conchas, las perlas, los tiburones, los horizontes maravillosos de los valles submarinos? ¿Qué hermosa realidad podía consolarla de la pérdida irreparable de la felicidad soñada?

En vano Aurelia y la madre de Maudlin, por ésta aconsejadas, perforaron las perlas, e hicieron collares regios, que probaron en el cuello de la egipcia, esperando con su delicado instinto de mujeres despertar en ella el sentimiento de la coquetería, esencia misma del eterno femenino.

La egipcia no prestó la menor atención.

Ya no la interesaba su belleza, puesto que no podía ofrecerla como una flor perfumada al hombre que entre todos había elegido su corazón.

Los días siguientes el submarino cruzó por los mismos mares, subiendo hasta la entrada del golfo de Siam, ese ancho y profundo golfo que separa el Cambodge y la Cochinchina de la península de Malacca.

A las preguntas de Armando contestaba Roberto invariablemente:

—Ejecuto las órdenes de James Pack. Dentro de dos días, o de cuatro o cinco a lo más, llegaremos a la playa de Poulo-Tantalam: luego bogaremos hacia Borneo, donde nuestro amigo se reunirá con nosotros en la bahía de Gaya.

En fin, llegó el día fijado para la ejecución de la misión misteriosa de que estaba encargado. El submarino se acercó a la costa de Malacca, y el primo de Armando dijo a éste:

—¿Tienes curiosidad por saber lo que me ha traído aquí?

—Bien lo sabes: hace una semana que espero que satisfagas mi curiosidad.

—Pues acompáñame.

—¿Adónde?

—A los baños sagrados de Poulo-Tantalam.

Armando se echó a reír.

—¿Cómo? ¿Hemos hecho este viaje para ir a unos baños sagrados?

Roberto le replicó gravemente:

—La cosa vale la pena. Estos baños sagrados, establecidos en una costa arenosa, se componen de un inmenso cobertizo, con escalones que bajan hasta el mar. Los fieles se reúnen allí vestidos de blanco, con telas enteramente nuevas. Se colocan en el escalón más elevado, y obedeciendo a las reglas de un ritual bastante complicado, bajan lentamente hasta el escalón inferior; vestidos como están entran en el agua, que les cubre hasta los hombros.

—Ya conozco eso: yo he visto los baños sagrados del Ganges.

—Pues bien; ¿crees que la venida del corsario Triplex a una ceremonia de ese género no ha de fijar poderosamente la atención del mundo entero? Ahora te diré que el submarino núm. 1 entrará hoy en comunicación con la flota inglesa reunida en el golfo de Petehali, y el núm. 3, con la estacionaria británica de las islas Hawai, que los americanos acaban de anexionarse: comprenderás que el Almirantazgo no podrá olvidar la cita que le hemos dado para la Isla de Oro. El mundo entero reclamará el comienzo de negociaciones con ese corsario Triplex, que con su facultad prodigiosa de ubicuidad puede ser un enemigo terrible, si le descontentan y pretenden contrariarle en sus propósitos.

Lavarède soltó el trapo a reír.

—¿Y quieres que yo figure como corsario Triplex en Tantalam?

—Precisamente. Me parece que no te pido ninguna cosa extraordinaria.

—Sin duda<sup>[16]</sup>.

—En efecto, *sir* James Pack es un hombre de corazón, que ha hecho cuanto ha podido en mi favor. Si no ha logrado lo que deseábamos, no es por falta suya. Sin la obstinación de ese miserable Niari...

—¡No le acuses! Ese hombre es un patriota. Y tampoco hay que desesperar: las circunstancias podrán cambiar en tu favor. Lo que yo quisiera que al fin me descubrieses es quién es, en realidad *sir* James Pack. El misterio de que se rodea excita poderosamente mi curiosidad.

—Yo no puedo satisfacerla.

—¿Ni a mí puedes confiarme el secreto?

—Ignoro completamente lo que quieres saber: no lo sé tampoco.

—¿Cómo es posible que tú, su compañero, su hombre de confianza, no sepas...?

—¿Su verdadero nombre? Debo decirte que *sir* James Pack es un ser extraño, originalísimo: a no dudarlo un ser superior; pero nunca hemos hablado de él mismo, nunca me ha dado explicaciones sobre su personalidad. *Miss* Maudlin, su protegida, casi su hermana de adopción, no conoce su secreto.

Armando se impacientaba.

—¡Es fuerte cosa lo que me sucede! ¡Mi curiosidad de periodista ha triunfado en ocasiones difíciles, y sólo ante ese hombre impenetrable tengo que considerarme vencido!

Volviendo al principal objeto de la conversación, añadió:

—¿Y qué vamos a hacer en Tantalum?

—Depositaremos una tarjeta.

—¡Ah, ya entiendo; una tarjeta sujeta con un alfiler o con un puñal! ¿No es eso?

—Si te parece...

—¿Y subiremos en medio de la muchedumbre que frecuenta los baños sagrados?

—Tales son mis instrucciones.

—¿Y si te detienen?

—¡No hay peligro!

—¿Por qué?

—Ya lo verás, si me sigues.

Armando, cada vez más impaciente, exclamó:

—¡Es desesperante esta vida! ¡Nunca una respuesta clara y precisa! ¡Es el misterio por partida doble, por partida triple! ¡Qué aburrimiento!

—En fin, ¿vienes conmigo?

—¡No hay más remedio, puesto que será el único modo de que sepa algo!

En el mismo instante el submarino número 2 se detenía, y con gran sorpresa del curioso Armando, su primo le llevó a la cámara de las escafandras.

—¡Qué! ¿Vamos a meternos otra vez en esos aparatos?

—Sí —contestó lacónicamente Roberto.

—¿Por qué?

—¡Ya lo verás!

El periodista Armando tuvo que contentarse con esta vaga promesa. Dócilmente se dejó colocar la escafandra por un marinero, y al cabo de pocos minutos salía del barco y marchaba gallardamente detrás del enamorado de la egipcia.

El suelo era liso y llano: una arena fina de color grisáceo, residuo de rocas pulverizadas por las ondas, formaba un piso suavísimo.

Una leve pendiente llevó poco a poco a los dos primos hacia la superficie del mar. Roberto se detuvo, aplicó su conductor telefónico a la parte de la escafandra que caía sobre la espalda de Armando, y pronunció estas palabras:

—Sólo estamos a tres metros de profundidad. Por medio del tubo óptico vas a ver los baños de Tantalum.

—¿Del tubo óptico, dices?

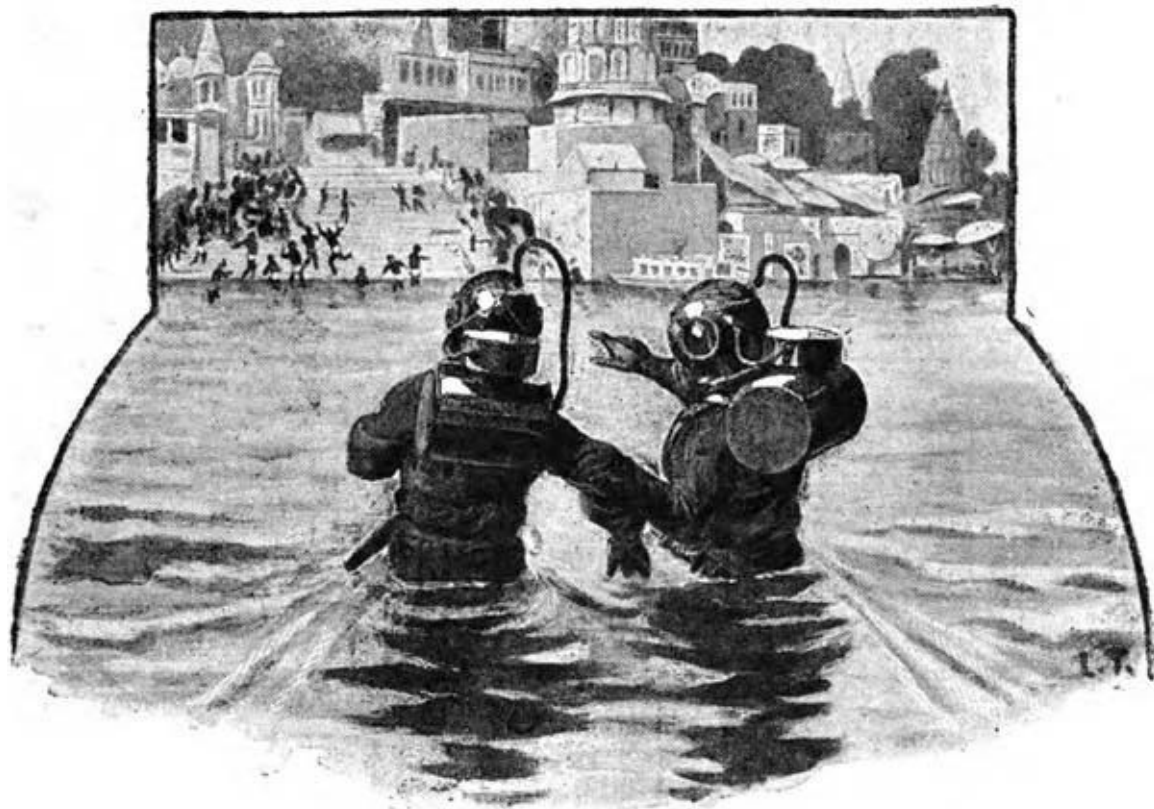
—Sí: lo mismo que en mi barco, caminando a cuatro metros bajo el agua podría por medio del tubo óptico contemplar la superficie tan claramente como si estuviera sobre ella, disfruto aquí de la misma facultad.

Cogió lo que llamaba tubo óptico, que llevaba colgado a la cintura, y que no era

otra cosa que un anteojo formado por varios trozos que se introducían unos en otros. Extendió perpendicularmente el aparato, aplicó la parte inferior a uno de los agujeros de cristal de su casco, y dijo seguidamente:

—¡Perfectamente; los negrillos pululan allá abajo! Nuestra visita va a producir gran sensación.

Armando miró a su vez.



La playa de Tantalum ofrecía el más animado aspecto. Alrededor del gran cobertizo, en las gradas, y en el agua también, se amontonaban los indígenas vestidos de blanco. Sobre la arena obscura aquellas túnicas parecían montones de nieve.

Pero no había que detenerse mucho. Roberto siguió andando y su primo le siguió.

Poco a poco fueron acercándose a los extraños bañistas, y disminuyendo la profundidad, los cascos esféricos de las escafandras sobresalían de la superficie tranquila del mar.

Al pronto no los vieron. Sin embargo, uno de los indígenas distinguió en el mar algo anormal, y con los gestos que hizo advirtió a Roberto y a Armando que habían sido descubiertos.

La noticia se propagó rápidamente entre aquella gente. Todos los fieles miraron con espanto aquellos objetos redondos y relucientes que se movían en el agua. Evidentemente, semejante fenómeno excitaba en gran manera su curiosidad, y no podían determinar qué seres eran los que parecían dirigirse a sus sagrados baños.

Inicióse un movimiento de retroceso; los bañistas se replegaban hacia la orilla. Las esferas de metal continuaban avanzando, y no tardaron en llegar al mismo sitio

donde estaban antes los que habían retrocedido.

Con inenarrable sorpresa vieron los indígenas emerger del Océano dos seres fantásticos parecidos a sacos de cuero coronados por una bola, en la cual reflejaban los rayos del Sol.

Se oyó un grito unánime.

—¡Budha! ¡Budha!

Para todos aquellos ignorantes, saturados de las leyendas maravillosas del budismo y del brahmanismo, era evidente la presentación de las divinidades del mar para santificar los baños sagrados de Tantalum.

Cruzábanse gritos, aullidos, rezos estrepitosos, palabras incomprensibles, voces agudas, y la multitud seguía retrocediendo ante los «genios».

Sin obstáculo alguno los dos primos llegaron a las gradas. Roberto clavó con un cuchillo en uno de los escalones una tarjeta del corsario Triplex, y después, levantando la lanza eléctrica de que iban armados en toda excursión submarina, la elevó lentamente.

Un grito estridente vibró en el espacio, y surgió una llamarada deslumbradora.



La multitud se prosternó, hundiendo el rostro en la arena. Cuando, pasado un cuarto de hora, los más osados se atrevieron a levantar la vista, los genios habían desaparecido; pero algunos trozos de la techumbre quemada, y la tarjeta clavada en un escalón de la grada, quedaban para atestiguar su visita a aquel sagrado lugar.

La misma noche las autoridades inglesas de Singapoor recibían un cablegrama en que se les noticiaba el extraordinario suceso. Y mientras que gobernadores, residentes, cónsules y altos empleados experimentaban el consiguiente asombro y telegrafiaban urgentemente a Londres, el submarino número 2 navegaba a gran velocidad hacía Borneo.

En el salón, Armando refería jovialmente la expedición, divirtiéndole en extremo haber pasado a los ojos de aquellos bárbaros nada menos que por un mensajero de Brahma.

En el Almirantazgo inglés volvíanse locos; y no era extraño. Como siempre, habían llegado tres despachos, los tres a la misma hora, señalando la presencia del corsario Triplex en Tantalum, en el fondo del golfo de Petehilí y en Honolulu, capital de las islas Hawai. Se celebró un Consejo extraordinario, del cual el *Times*, el *Telegraph* y el *Morning News* dieron noticia a la mañana siguiente.

Estos órganos importantes de la prensa se expresaban en estos términos:

«La voluntad manifiesta del corsario Triplex es llamar la atención sin causar perjuicio a Inglaterra. Nada se opone a que se satisfaga a ese enigmático personaje. Se han dado, pues, órdenes a la escuadra del Pacífico para que se dirija a la Isla de Oro (archipiélago de Cook), donde le ha dado cita el célebre Corsario. Pronto, a no dudar, nos hallaremos en disposición de aclarar el misterio que tan justificadamente conmueve a la opinión pública. Al efecto, hoy mismo enviamos un corresponsal especial al Pacífico, a fin de ser los primeros en informar de la manera más amplia y exacta a nuestros lectores».

*La acción de esta novela continúa en la titulada La Isla de Oro, que formará el número siguiente de La Novela de Ahora.*



PAUL D'IVOI

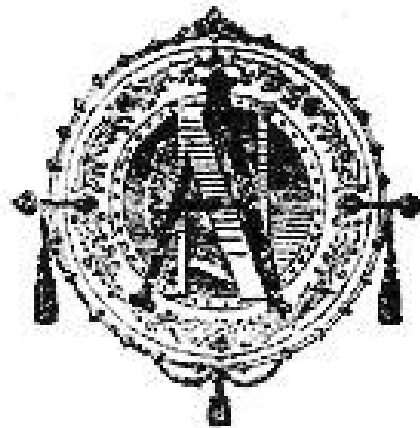
---

# LA ISLA DE ORO

(TERCERA PARTE DE «EL CORSARIO INVISIBLE»)

---

VERSION CASTELLANA



MADRID

LA NOVELA DE AHORA

SATURNINO CALLEJA, Editor

Calle de Valencia, num. 28

CASA FUNDADA EN 1876



*CORSARIO  
TRIPLEX*

— III —

*La Isla  
de Oro*

## Capítulo Primero

### El crucero «Shell»

En medio de la bahía de Gaya el crucero *Shell*, estacionario británico en Borneo, estaba sobre sus anclas muellemente mecido por las olas que venían de alta mar,

A bordo se fastidiaba la tripulación de lo lindo. El crucero del barco duraba ya seis meses sin registrar un incidente curioso, y amenazaba cumplir su tiempo de servicio en la misma enojosa monotonía.

En el puente el Capitán y el primer Teniente daban muestras del hastío que los abrumaba, y era evidente su mal humor.

—*Sir Bathuret* —decía el primero—, me parece que todo este tiempo es perdido para nuestra carrera personal, porque una comisión tan pesada, con tan escaso movimiento, no puede llevarnos a situación de obtener ascensos.

—En efecto, mi capitán; *no se puede andar con las piernas cortadas* —contestó sentenciosamente el Teniente.

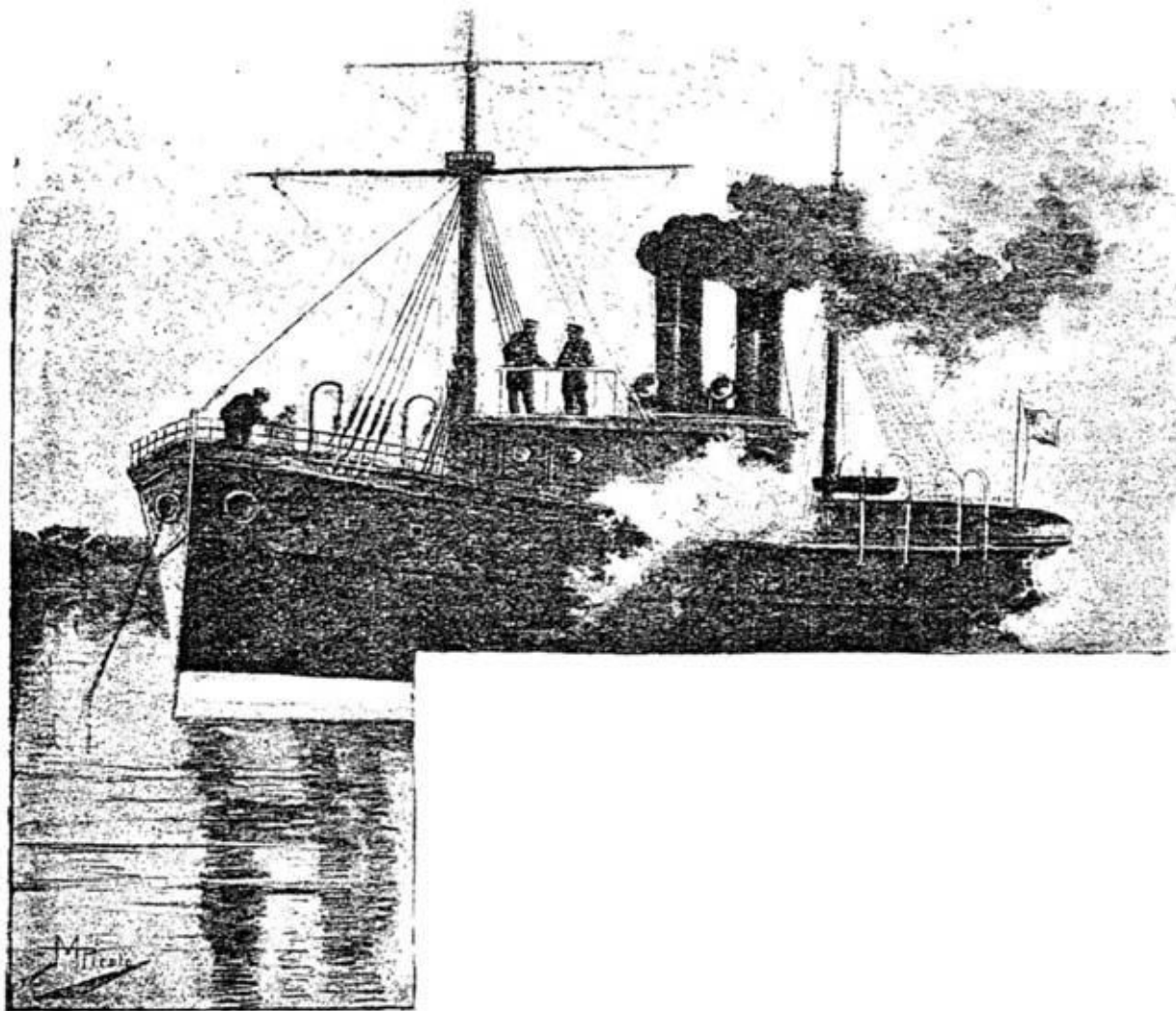
—Creo, capitán Murray, que nos hacemos cargo de nuestra situación.

—¡Ninguna distracción! ¡Esto es abrumador!

—Ninguna; y para que no podamos tenerla, nos está prohibido desembarcar más que lo estrictamente necesario para las atenciones del servicio.

—A causa de los malditos indígenas, los dayacos...

—Que tienen una afición desenfrenada a la carne de los blancos.



—¡Qué estúpidos! ¡Como si el *rosbif* no fuera un alimento más succulento que el filete de marinero!

—¡Odiosa, odiosa comisión!

—¡Odiosa e inútil! ¿Por qué y para qué estamos aquí? ¡Para impedir que la población malaya de la costa se divierta pirateando! ¡Son, por cierto, recomendables estos brutos, que se creerían deshonorados si manejaran otra arma que el puñal y se dedicaran a otra ocupación que a la piratería!

—Lo cierto es, capitán Murray, que es una raza de ladrones.



—Y se burlan de nosotros. Con sus rías llenas de escollos y de bancos de arena y légamo, no podemos perseguir a sus ligeras embarcaciones; a sus *praos*, como dicen esos malditos de cocer. Ya ha oído usted a ese canalla de comerciante que vino a bordo estos días. Para que lo admirase, le enseñé nuestro *Shell*, que es uno de los más grandiosos barcos de nuestra Graciosa Majestad...

El Capitán saludó militarmente, y continuó:

—Y se acordará usted de lo que respondió el tunante: «Bonito barco —dijo—; pero peligroso para ir por el agua. ¡Tiene mucha tripa! Tú, como capitán prudente, le tienes sobre las anclas. ¡Ya sabes bien que tu gran buque naufragaría si quisieras navegar!» ¿Qué le parece a usted, teniente Bathuret? ¡Esto es lo que esos sinvergüenzas piensan de la marina inglesa, la primera del mundo!

—¡Y que lo diga usted, mi capitán; la primera, la primerísima!

Como se ve, estaba muy justificado el descontento de los oficiales, y sólo su mal humor podía ser motivo para que fueran insensibles al espectáculo que tenían ante los ojos.

La bahía se desarrollaba en arco bordeada por un cinturón de alturas dispuestas en anfiteatro, cubiertas de bosque y que bajaban hasta el mar. Los *teks*, grandes árboles de la India que se utilizan para construir embarcaciones, los árboles de ébano, las palmeras, los cocoteros, los laureles salvajes cruzaban sus ramas y mezclaban sus hojas juntando el verde oscuro con el verde claro. Hacia el Norte, la costa se prolongaba hasta el horizonte, dominada a lo lejos por la gigantesca masa del monte Kinibabu, que eleva a más de 4000 metros su orgullosa y soberbia cumbre. Las ondas, sobre un fondo de coral, eran transparentes como el cristal, y el Sol ardiente, atenuado su calor por la brisa, esparcía sobre todas las cosas su claridad de oro. Era aquello una orgía de luz, a la cual el fondo oscuro del bosque prestaba intensidad extraordinaria.

Pero ni el Capitán ni el Teniente del *Shell* estaban en disposición de admirar el espléndido espectáculo de la Naturaleza. En pie sobre la pasarela del barco, cambiaban sus impresiones, que eran, como se ha dicho, bastante desagradables.

Súbitamente se alarmaron oyendo sonar el timbre que comunicaba con la pasarela la cámara del Capitán, lo que constituía un adelanto reciente. Los dos oficiales se miraron sorprendidos.

—¡Hombre! ¡Qué rareza! ¡No estoy en mi cámara, y suena el timbre! ¿Quién se habrá permitido entrar y llamar?

—¡Voy a ver! —dijo el Teniente.

—¡No, no; voy yo mismo! ¡Me gustaría sorprender al que se permite ese abuso!

Y el Capitán bajó rápidamente la escalerilla de la pasarela, atravesó el puente corriendo, lo que no dejó de chocar a la tripulación, entregada a enojosa ociosidad, y bajó al entrepuente. La cámara estaba situada detrás, y los tragaluces que le daban claridad se abrían a babor del buque.

Entró como una tromba, dispuesto a caer sobre el atrevido que había osado penetrar en su cámara; pero no pudo realizar su amenaza, porque allí no había absolutamente nadie.

Un poco aturdido, el Capitán se acercó al botón del timbre, y vio con gran sorpresa que el conmutador estaba sobre el contacto. No pudiendo sospechar que un hombre de la tripulación hubiera querido arrostrar «la barra» por la pueril satisfacción de hacer sonar el timbre, pensó:

—¡Vamos! Esto ha sido que el mismo conmutador se ha corrido. ¡Cerraré el tornillo de engarce!

Pero súbitamente se detuvo. En la mesilla colocada bajo uno de los tragaluces acababa de ver un paquete cuidadosamente atado, cerca del cual había un gran sobre, con esta inscripción en letra clara y gallarda:

«Al señor Murray, comandante del estacionarlo *Shell*».

No sólo habían llamado al timbre, sino que también habían llevado paquete con correspondencia a su cámara. ¿Qué significaba todo aquello? Sumamente inquieto el Capitán abrió el sobre, y con una sorpresa rayana en estupor leyó la carta que a continuación se copia:



«Comandante: Es probable que, como todos los jefes de la escuadra del Pacífico, reciba usted la orden de presentarse con su barco de aquí a pocas semanas en la Isla de Oro (archipiélago de Cook).

»El que subscribe, causa voluntaria de ese viaje, ha creído que estaba obligado a cumplir el deber de presentarse a usted por medio de esta carta.

»No siéndole posible pasar ahora personalmente a bordo del *Shell*, le envía, en sustitución de la tarjeta de visita (véase el paquete adjunto) algunas perlas y corales, flores de la mar, que espero han de ser agradables a la señora de Murray cuando se las ofrezca su esposo a su regreso a Inglaterra.

»Para usted mismo, y a fin de demostrarle la estimación en que el firmante tiene al digno capitán del *Shell*, desea ofrecerle algunos ejemplares de su pesca. Si se digna usted echar al mar esta noche un bote, tendrá el placer de llenárselo de pescados delicados y succulentos.

»A este primer envío añadirá dentro de poco algunos ejemplares escogidos de caza, porque, más libre que los oficiales de la marina real, no le está prohibido desembarcar.

»Soy de usted con la mayor consideración,

El CORSARIO TRIPLEX»

Imposible expresar el asombro del digno jefe después de leer la cortés misiva.

Como todo el mundo en el Pacífico y en todas partes, había oído hablar del Corsario; pero, con la incredulidad propia de los marinos, había pensado siempre que las proezas atribuidas al fantástico personaje debían de ser invenciones de periodistas para excitar la curiosidad de los lectores.

Y veía que de pronto, sin previo aviso, el corsario Triplex se dirigía a él, forzaba la puerta de su cámara, le escribía y le regalaba de la manera más incomprensible, pero con una delicadeza y una amabilidad extraordinarias.

Puesto que Triplex había logrado penetrar a bordo del *Shell*, era evidente que alguno o algunos de los hombres de la tripulación eran sus cómplices y le habían facilitado la entrada, porque no era posible pensar que él sólo se hubiera bastado para tan difícil empresa.

Así, el Capitán, muy satisfecho como marido del regalo principesco del corsario, pero descontento y casi ofendido como jefe de un buque de la marina real por la manera de proceder del misterioso personaje, subió perplejo y pensativo al puente.

El Teniente, a quien refirió lo sucedido, se indignó. Él no había recibido, como su superior, perlas y corales, y, por consiguiente, se hallaba menos inclinado a la indulgencia.

Declaró que el acto del Corsario era de todo en todo contrario a la disciplina. Los demás oficiales también quisieron demostrar su celo, y se manifestaron tanto más irritados cuanto era más inferior su graduación.



Se acordó hacer un ejemplar. Batieron los tambores, la tripulación se formó en el puente, y en una alocución brillante el Capitán invitó a todos a la persecución del corsario Triplex, advirtiéndole que aquel que se descubriera que estaba en inteligencia y tratos con semejante personaje, sería sometido a Consejo de guerra y juzgado sumariamente.

El primer efecto de la arenga fue volver casi locos a los marineros. Resultaba de las explicaciones del señor Murray que un desconocido, un corsario nada menos, se había introducido a bordo y penetrado en la cámara del Capitán.

Como nadie le había visto, como no se había notado la presencia de ninguna embarcación grande ni chica en el puerto, era preciso suponer que el Corsario tenía alas, y, además, que poseía la inverosímil facultad de hacerse invisible.

Nadie ignora la predisposición peculiar de los marinos a lo maravilloso, y puede suponerse el estado de ánimo de los bravos que formaban la tripulación del *Shell*.

Todos manifestaron tal asombro e inquietud, que los oficiales no pudieron menos de reconocer la completa inocencia de sus subordinados.

Y cambiaron de tono los oficiales.

El Corsario había ofrecido proveer de pescado al Capitán si por la noche echaba al mar una embarcación. Se haría lo que Triplex había propuesto. Para entregar el producto de su pesca no tenía más remedio que presentarse, y todos los temores y todas las aprensiones de los marinos reales se desvanecerían cuando se encontrasen enfrente de un adversario visible y tangible.

Esta resolución no bastó a tranquilizar los ánimos. Los hombres destinados a tripular la chalupa estuvieron casi a punto de negarse al servicio; pero no se atrevieron por disciplina; para animarlos, el mismo teniente Bathuret se prestó a tomar el mando de la expedición.

En el resto del día ya no se aburrió nadie a bordo como antes. Todo el mundo esperaba impaciente que llegara la noche, y a todo el mundo le parecían más lentas que nunca las horas que tardaba en ocultarse el Sol. Los marineros comparaban al astro rey con una oruga, con una tortuga, con todos los seres refractarios a la velocidad; lo que no pareció conmovérle, porque se ocultó a la misma hora que el día anterior.

Entonces, sin embargo, los marineros se calmaron un poco. En aquellas regiones intertropicales el crepúsculo es muy corto; la obscuridad sucede casi instantáneamente a la luz. La superficie del Océano tomó tonos de índigo, y en el cielo brillaron las estrellas.

Una chalupa se separó del buque; ocho marineros, el timonel y el teniente Bathuret la ocuparon, y lentamente alejóse del crucero.

Una luz roja colocada convenientemente permitía seguir todos sus movimientos desde el puente del buque. Oficiales, contra maestres, contadores, marineros y grumetes contemplaban ansiosamente la luz roja que se deslizaba sobre el agua, esperando todos el efecto que iba a producirse.

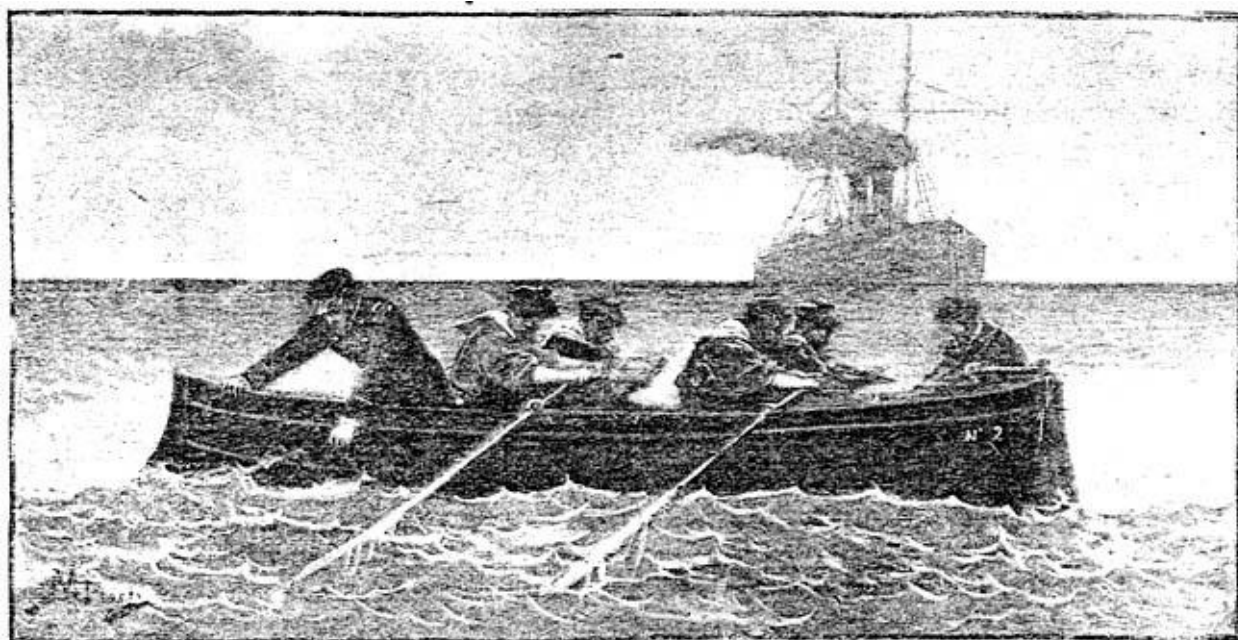
La chalupa se había detenido a algunas brazas. ¿Para qué remar...? El Corsario no había encargado que la chalupa se dirigiera a tal o cual sitio de la bahía, y lo mismo iría a encontrarla en una parte que en otra.

Los tripulantes, silenciosos, impresionados por la noche misteriosa, escrutaban con mirada profunda las tinieblas, que la misma luz roja hacía parecer más intensa.

Pero nada se veía, nada se oía, ni el más leve rumor denunciaba la llegada del Corsario.

Esta situación duró una hora.

—¡Me parece —dijo el Teniente— que ese Triplex o demonio se ha burlado de nosotros! Vamos a volver a bordo. Nuestra expedición demostrará a los hombres que el personaje no es un espíritu, porque un ser impalpable ya hubiera entrado en comunicación con nosotros. Ya hemos hecho todo lo que había que hacer...



Pero calló instantáneamente. Un ligero rechinar, semejante al que se produciría adhiriendo un garfio de hierro a un anillo de la misma materia, se había oído hacia la parte posterior en la chalupa. Todas las miradas se fijaron en aquella parte de la embarcación; pero no vieron más que la superficie oscura del agua.

Cuando estaban mirando todavía, prodújose un remolino a estribor, y pareció que un objeto saltaba del agua para caer con un golpe seco en el fondo de la chalupa.

Espantados los marineros, se habían echado atrás vivamente, y con tan poca precaución, que la chalupa estuvo a punto de zozobrar.

—¡Todo el mundo a su puesto! —mandó el Teniente.

Y los marineros, acostumbrados a obedecer siempre, ocuparon sus puestos.

—¡Que nadie se mueva! —mandó otra vez—. ¡Voy a ver lo que ha caído, aquí! ¡Sin duda, es algún pez volador que huía de que se lo tragara algún delfín!

La explicación no era desatinada. El pez volador puede, en efecto, gracias al desarrollo de sus aletas, lanzarse fuera del agua y recorrer volando veinte, treinta, y

hasta cincuenta metros. Todos los marineros lo saben, y por eso la tripulación se calmó, y algunos de los marineros se burlaron de su justificada sorpresa.

El señor Bathuret palpaba el fondo de la chalupa, y de pronto exclamó:

—¿Qué es esto?

Y tocó un cuerpo duro de forma ovoide.

Lo levantó, y después de rápido examen exclamó:

—Esto es un huevo de madera que se abre por en medio.

En efecto; el proyectil era igual a aquél de que se había servido el corsario Triplex para enviar a la señora de Allsmine el arlequín de oro en la rada de Sidney.

Separadas las dos partes, apareció un papelito. Acercándose a la luz roja, leyó el Teniente:

«Una fila de anzuelos múltiples está colgada de la parte posterior de la chalupa: contiene cerca de doscientos kilos de pescado, todo lo que he podido recoger hoy. Aceptadlo benévolamente, y pronto enviaré caza. —*Your Truly*. — Triplex».

Había leído bajito: pero no habían perdido una sílaba los marineros, que le devoraban con los ojos.

—¡Doscientos kilos de pescado! —dijo uno—. ¡Si eso es verdad, el Corsario deja tamañitos a todos los piratas de la costa!

El Teniente había levantado la cabeza. Si la obscuridad lo hubiera permitido, habría podido verse en su semblante la expresión del más profundo estupor. Lentamente se dirigió a la parte posterior de la chalupa. Sus manos recorrieron el borde exterior.

—¡Mil diablos del Infierno! —gritó—. ¡Aquí hay una cuerda! ¡Está sostenida por un garfio metido en uno de los anillos del timón! ¡Hay que ver lo que es esto! ¡Eh; dos hombres para izar a bordo lo que sea!

Nadie se movió. Los remeros parecían clavados en los bancos. Poseídos todos de un terror indecible, no tenían fuerza de voluntad para obedecer. Y se comprendía: era muy fuerte eso de tocar un cable mágico pendiente de una embarcación por obra y gracia de un espíritu. Porque para aquellos seres sencillos e ignorantes no había duda de que aquello era una aventura diabólica, enteramente fuera de lo natural. ¿Cómo explicarse, en efecto, sin el concurso de espíritus más o menos poderosos y sobrenaturales, un incidente tan inverosímil que ni viéndolo podía creerse?

Aquello era más extraordinario que todos los cuentos que solía referirles el timonel en sus muchos ratos de ocio. La aventura era más increíble que el viaje del *buque fantasma*, aquel buque errante que llevaba una tripulación de muertos, y estaba condenado a recorrer sin parar los Océanos, sin poder abordar a playa alguna. Era más increíble también que el Kraken, ese monstruo fantástico de las leyendas marítimas, a la vez serpiente y pulpo, que con sus tentáculos inmensos abraza a un

buque y lo hunde en las profundidades inexploradas de las ondas verdes. El *buque fantasma* y el *Kraken* se verán, a lo menos, si ha de creerse los relatos verídicos de los marineros, trovadores inconscientes de las tradiciones maravillosas, nacidas en las noches de las dunas y los peñascos, mientras que Triplex era en absoluto invisible, y dejaba huellas y señales evidentes de su presencia, sin que ojos humanos pudieran descubrir su sombra.

El Teniente comprendió el estado de ánimo de sus hombres en aquel momento: no insistió en que se tirase de la cuerda amarrada a la embarcación, y se contentó con mandar:

—¡Al buque! ¡Boga!

Los remos cayeron en el agua. Al volver al crucero los marineros experimentaban mucho contento. Figurábase, sin duda, más en seguridad en su gran barco de guerra, en medio de sus camaradas. Eran como niños miedosos que se amparan de las faldas de su madre.

Y sintieron que tenían que remar con más fuerza, porque la chalupa se movía con dificultad por efecto del peso.

—¡Los pescados del Demonio! —murmuró uno de los remeros—. ¡Tiran para atrás como si fueran de hierro o plomo, así como nuestros cañones de a bordo!

Acaso dominados por la fuerte emoción, no disponían de la plenitud de sus fuerzas.

En fin, sus angustias tuvieron término. La chalupa abordó al crucero, y en presencia del capitán Murray se izó sobre el puente el singular y espléndido regalo del corsario Triplex.

Era una barra a la que con separación estaban adheridos anzuelos en los cuales se hallaban presos pescados variadísimos, y hasta un tiburón de una familia especial, cuya piel escamosa es muy apreciada para hacer objetos de tafiote.

## Capítulo II

### Los dayacos

Durante este tiempo —ya se adivina— el submarino núm. 2 flotaba tranquilamente entre dos aguas a poca distancia del crucero de la marina real británica. Toda la comedia fantástica de que oficiales y marinos del *Shell* acababan de ser víctimas había sido organizada por Roberto a fin de distraer a la egipcia Lucía, cuya tristeza y abatimiento, cada vez más intensos, inquietaban vivamente a sus amigos.

Aurelia, el periodista, *mistress* Juana misma, se habían entretenido mucho con las travesuras de los marinos de la singular embarcación. Pero la egipcia seguía triste, silenciosa, como si nada viera, y por un efecto reflejo la misma *miss* Maudlin también parecía haber perdido la alegría.

Había llegado a decir;

—¡Más vale la muerte que la separación eterna!

Y como su madre había extrañado mucho esta reflexión, la gentil jovencita se había alejado con los ojos rebosantes de lágrimas.

Habíase encerrado en su camarote, y con fervor incomprensible había repetido diversas veces:

—¡James! ¡James!

Roberto estaba comprometido a cumplir su promesa. Bajo el nombre de corsario Triplex había ofrecido enviar un regalo de caza a bordo del crucero, y no se creía relevado en manera alguna de cumplir su ofrecimiento, hecho bajo aquella razón social.

Decidióse, pues, que los pasajeros bajarían a tierra y cazarían en los intrincados bosques de la extensa isla oceánica.

Pero, siempre con el intento de librar a la egipcia de los pensamientos que la consumían, se acordó que la partida duraría dos días. Primeramente recorrerían con las escafandras el fondo de la bahía de Gaya. El submarino esperaría a los exploradores lo más cerca posible de la costa, en una ensenada invisible para el crucero inglés, y al día siguiente recorrerían el bosque que cubría la tierra firme.

—Hay un bosque de árboles en la orilla —dijo Roberto—, y bajo las aguas, otro bosque de coral y de esponjas.

—¡Ah! —exclamó Armando con entusiasmo—. ¿Quiere decir que vamos a pasear en medio de los grandes facedores del Continente?

Y como sus amigos le miraban un poco sorprendidos, prosiguió con singular y creciente lirismo:

—La Naturaleza, poderosa y caprichosa con los pólipos coralíferos y otros, ha querido enseñar la humildad al hombre. Sí, la humildad; porque ¿qué son los trabajos de que estamos tan orgullosos? ¿Qué son las construcciones gigantescas de los egipcios y de los naturales de Cambodge, junto a estos cimientos de mundos edificadas por esos animaluchos, mitad plantas, mitad animales? ¿Habéis pensado alguna vez en el incalculable número de siglos y de generaciones que han necesitado esas conchas para formar esos bancos de creta de siete a ochocientos metros de espesor que han creado los continentes por encima de la superficie de los mares? Hoy misteriosos obreros, forman en medio del Pacífico la base de un inmenso continente destinado a las humanidades futuras.

Todos escuchaban embobados, y la misma egipcia, que se había animado un momento, murmuró dulcemente:

—¡Siga, siga, señor Lavarède! ¡Ya que lo presente es tan triste para mí, díganos usted algo de mañana!

El periodista miró a la egipcia con sonrisa cariñosa, y continuó.

—Sea como usted quiera. Puesto que esa serie de conocimientos submarinos la distrae, voy a contar lo que sé sobre los zoófitos coralíferos y sobre los espongiarios.

Se detuvo un momento, y continuó.

—En la masa inferior de la escala de los seres se encuentra la esponja, formada por una sustancia fibrosa, elástica y resistente, envuelta en una materia gelatinosa que se le arranca para entregarla al comercio. Esta materia es la parte viva. Se compone de bichos rudimentarios que tienen la forma de tubos. Como ser animado, es de lo más simple que se conoce. Luego que nacen los espongiarios, provistos de pestañas vibrátiles como los pólipos de coral, están dotados de movimiento. Fíjense en una roca, se adhieren a ella, y llegan a formar una colonia que da por resultado una esponja. Se pescan por medio de una draga o a la mano. Por eso se distinguen en el comercio con el nombre de *esponjas dragadas* y el de *esponjas sumergidas*: éstas tienen mayor valor porque no se desgarran. Ésos son los espongiarios, seres de una estructura tan rudimentaria, que a principio de este siglo todavía se les negaba la admisión en el reino animal.

Armando calló, tosió, y luego continuó con tono doctoral:

—Pasemos ahora a los coralíferos, que también son interesantes. El pólipo es un diminuto saco armado de ocho tentáculos destinados a coger su alimento. Estos tentáculos al abrirse se desarrollan en redondo, y dan la ilusión de una flor de ocho pétalos blancos estriados de rojo. Estos animaluchos se reúnen en número extraordinario y segregan una materia calcárea, blanca o roja, que es lo que se llama coral en joyería. En el fondo de las aguas esa materia de sales calcáreas está envuelta por una capa blanda, carnosa, semejante a una corteza tierna, en la cual están los pólipos, y en que circula una savia que conserva la vida de todos los animales. Estas

colonias coralíferas toman las más variadas formas; de árboles, arbustos, murallas y colinas. Unas veces simulan un bosque, con sus troncos rojos y blancos rodeados de mil flores abiertas, que no son otra cosa que los pólipos vivos; otras son florecillas enanas que parecen una pradera roja y cubierta de estrellitas blancas. Ocupan inmensos espacios. Desde la costa de África a Malacca, a las Islas Bajas, a la costa americana, los pólipos trabajan preparando el continente futuro, del cual muchas de las islas actuales son sencillamente la parte más adelantada. Los bancos crecen sin cesar; alcanzan ya muchos centenares de kilómetros, aumentando algunos milímetros cada año, de suerte que se puede calcular en doscientos mil años el tiempo necesario para la formación de algunas de esas aglomeraciones. Así rodean la costa con una cintura de arrecifes como en Nueva Caledonia; así como forman islas bajas circulares en el Archipiélago de Tuamotón, perteneciente a Francia. Llegados a la superficie del agua, termina su vida, mueren al contacto del aire. Entonces el Océano transforma esas rocas en islas de pródigo verdor. Las olas desgarran los fragmentos de coral, los arrollan y los reducen a polvo; también forman así playas de arena gorda, blanquecina, mezclada con guijarros. Restos de vegetales, de pescados, de crustáceos, de conchas, arrastran las corrientes. Se descomponen, se mezclan con la arena madreporica, y forman la primera capa de tierra vegetal. Desarróllanse semillas traídas por el Océano. Huevos de insectos se depositan en algún tronco de árbol.

»Las tortugas de mar se establecen en esta tierra nueva y desierta. Los pájaros, huyendo de la tempestad, encuentran allí su refugio. Y un buen día, una tribu lanzada de una isla vecina por la guerra o por la emigración aborda a la nueva, se instala en ella, la puebla, y viene a ser huésped de los pequeños zoófitos que en las profundidades misteriosas del Pacífico han trabajado hace millares de siglos en prepararle dónde vivir.

Armando pronunció estas últimas palabras con viva emoción. El semblante de la egipcia expresó admiración. Las vías de la Naturaleza incesantemente creadora se presentaban claramente a sus ojos. El periodista cambió de tono.

—Hay que reconocer que el estudio científico del coral es más bello, más poético que la leyenda mitológica que atribuía su formación a la sangre de Medusa, una de las tres Gorgonas, cuya presencia convertía en piedra a los que osaban afrontarla, hasta que Perseo libró de aquel monstruo a la Tierra.

Terminada la conferencia de Armando, nadie se hizo rogar para vestir la escafandra a fin de tomar parte en el paseo submarino propuesto por Roberto.

Era un encanto.

Los viajeros recorrían grandes espacios rocosos invadidos por esponjas enormes; unas rubias pálidas, otras morenas rojas. Aquella vegetación tenía la forma regular de un aeróstato. Más lejos, digitadas, cortadas en hojas simulando las más extrañas formas, ofrecían un espectáculo singular, extraño y curiosísimo. Las especies diversas se entremezclaban; el *guante de Neptuno* junto a los *halicondrios* fibrosos, las *hyaonemas*, las *trompetas*, los *manguetos*, los *abanicos*, las *bolas de pavo real*.

Continuando la marcha, la caravana entraba en una región coralífera. Aquello era una visión de ensueño: troncos blancos, rojos, florecidos de pólipos, estrellas, etc., y entre las ramas pasaban y repasaban semejando pajarillos miles y miles de peces multicolores.

Mezclados con los corales, otros pólipos rosados, azules, amarillos, verdes, naranjados, blancos, de todos colores, en fin, parecían flores de cristal: alfombraban el suelo, cubrían las rocas los *aleyons*, los *antipathas*, los *actinios*, los *tubíporos*, los *tubipóridos*, los *cornulares*, los *ammatheas*, los *napteas*, inmóviles y brillantes como la *isis nobilis* del coral.

Presentábase luego una pradera de pólipos libres, *peunatulos*, *veretilos* y otros variadísimos; y la admiración de los viajeros confinaba ya con el vértigo ante aquel campo animado y movible. De regreso a bordo hablaron poco. Todos sentían la cabeza pesada y aturdido el cerebro. El fantástico espectáculo submarino les producía como una indigestión moral. Las maravillas de la Naturaleza los deslumbraban: estaban, si así puede decirse, ebrios de lo imprevisto, lo increíble y lo sobrenatural.

Una larga noche de sueño disipó apenas aquella embriaguez de lo maravilloso. Los dominaba todavía el estupor. De común acuerdo aplazaron para el día siguiente la expedición a tierra.

Al segundo día ya había pasado para todos la fatiga de las excepcionales impresiones experimentadas dentro del mar, y se dispusieron a emprender la excursión de caza.

El submarino número 2, sumergido en una pequeña isleta que un promontorio de árboles ocultaba a la vista de la tripulación del crucero inglés, subió hasta la superficie del agua. Abrióse la escotilla, y los cazadores embarcaron en un bote desmontable que habían echado al mar.

Diez minutos después desembarcaban en tierra de Borneo, en una playa estrecha, cubierta de arena blanca y limitada por cuadros de verdura. A treinta o cuarenta pasos empezaba la prodigiosa umbría del bosque virgen.

Palmeras, cocoteros, laureles y árboles y arbustos nunca vistos entrelazaban sus ramas, unidas entre sí por plantas trepadoras, y en medio de tan exuberante vegetación abríanse flores gigantes figurando cálices de oro y de púrpura.

—No nos alejemos mucho de la orilla —dijo Roberto—. Aunque los tripulantes del crucero inglés no bajan a tierra, la proximidad del bosque nos protege en caso de necesidad, y los dayacos no se atreverían, probablemente, a acometernos.

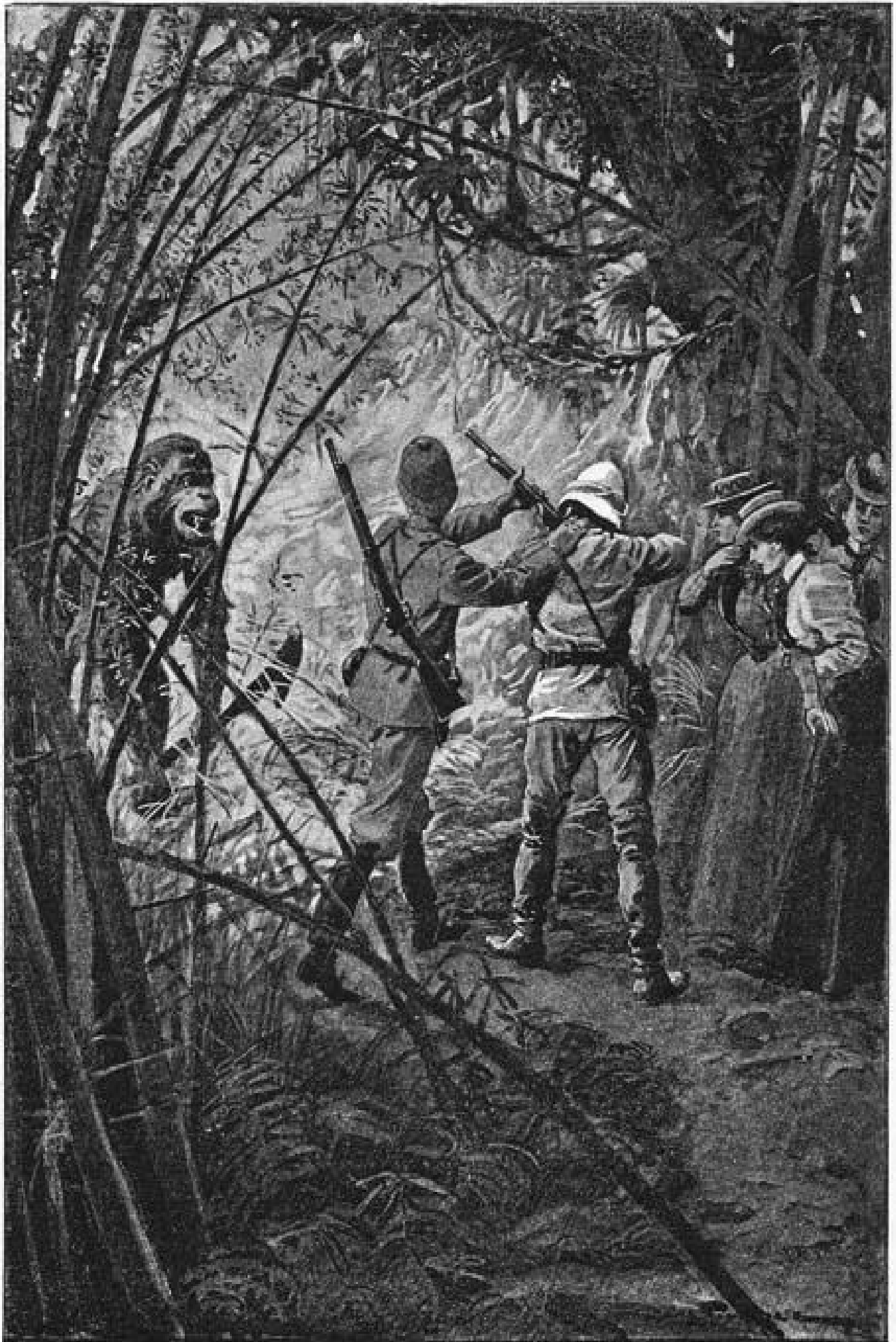
—¿Los dayacos?

—Sí; los habitantes salvajes de la isla: los autóctonos<sup>[17]</sup>, según los geógrafos.

—¿Y son peligrosos?







—Parece que sí. En la duda, lo mejor es marchar con prudencia.

Allí se abría una senda estrecha a través de la inmensa espesura. Era un paso de fieras. Los cazadores entraron en aquel camino único, y pronto se encontraron en una semiobscuridad. En aquella espesura sólo penetraba una tenue y vaga claridad. El ambiente era denso, pesado, húmedo, con un hedor muy pronunciado a moho. Era el ambiente pestilencial de los bosques ecuatoriales.

Bajo la bóveda formada por los grandes árboles se sentía un terror misterioso. El silencio era profundo, absoluto; pero de cuando en cuando, con frecuencia, un ruido estremecía a los expedicionarios; un grito de cuadrúmano, un chillido de animal desconocido, silbidos de pajarracos, charloteo de loros, y luego otra vez silencio angustioso, y la atmósfera más fétida, y la penumbra más negra.

De pronto Roberto se detuvo y preparó la carabina. A poca distancia había creído ver alzarse una sombra. Era algo monstruoso, una horrible caricatura de hombre, de anchos hombros y con unos brazos desmesuradamente largos. Estaba el monstruo sostenido en unas piernas torcidas, y al extremo de un brazo tenía una especie de garrote. Las mujeres temblaban de pavor.

—¿Qué es eso? —preguntó Aurelia a Roberto en voz baja.

—Un orangután.

Armando preparó el fusil; pero su primo le cogió instantáneamente el arma diciéndole:

—¡No tires, desgraciado! Si no le matas, tendríamos que habérmolas con el más formidable adversario que se puede encontrar. El orangután es más fiero que el tigre, y le vence.

—¿Y qué hacemos?

—Esperar. Se irá, seguramente, porque este animal raramente acomete si no se le hace frente.

Como para demostrar la verdad de esta afirmación, el terrible antropomorfo giró sobre sus enormes pies, y entró en la espesura apoyándose en su garrote.

—¿No sería mejor —se atrevió a decir la madre de Maudlin— que volviéramos a la playa?

La buena señora había sufrido terrible impresión ante aquel monstruo.

—Avancemos un poco más: hemos venido a cazar, y sería ridículo volver al submarino sin haber quemado siquiera un cartucho.

—Sin contar —añadió Roberto— que el corsario Triplex ha prometido caza al comandante del *Shell*, y el Corsario no puede faltar a su palabra.

Siguieron avanzando por el estrecho sendero. A unos quinientos metros los turistas se encontraron en una vasta planicie inundada de sol. En los árboles que la rodeaban numerosos grupos de monos se perseguían de rama en rama con agudos gritos, asustando a una nube de loros y cotorras que volaban pesadamente armando ensordecedora charlatanería, nunca oída por los expedicionarios.

Éstos no pudieron contenerse ante tal abundancia de pajarracos. Todos

descargaron sus armas, y pronto hubo un montón de volátiles en medio de la planicie. Al ruido de la fusilería los monos cesaron en sus saltos de rama en rama, los pajarracos en sus chillidos, y todos los que quedaron vivos huyeron de tan peligroso sitio, los unos volando, y los otros dando prodigiosos brincos. Los cazadores no se preocuparon de los que huían; veintidós piezas amontonadas sobre la hierba hubieran sido bastantes para satisfacer el amor propio de discípulos de San Huberto más exigentes que los amigos de Lavarède.

Además, todos, ellas y ellos, estaban cansados e impresionados fuertemente.

Resolvieron, pues, hacer alto en aquel mismo sitio, reparar un poco el estómago con modesta colación, y después volverían a la orilla.

Sacáronse los víveres de las mochilas en que los llevaban, y a pesar de las impresiones de la expedición, todos comieron con buen apetito. Por lo demás, en aquella risueña planicie luminosa y florida calmáronse un poco los terrores de las mujeres: tan cierto es que la obscuridad es el origen del miedo, y esto lo han traducido a todas las teogonías los filósofos, haciendo del espíritu del mal el espíritu de la noche.



Después de comer hubo una siesta no muy corta, justificada por el cansancio, y luego se dispusieron a volver a la costa. Nuevamente hubieron de penetrar en el estrecho y tortuoso sendero por donde habían ido, y marcharon decididamente en la obscuridad esparcida sobre la tierra por los gigantes del bosque.

Otra vez silencio profundo; inconscientemente apresuraban el paso con un ansia instintiva de llegar a la playa y hallarse en el submarino.

De pronto los sorprendió un rumor de saltos o brincos entre las ramas.

Detuviéronse aplicando el oído ansiosamente. Oyóse un grito de animal.

Los cazadores, inclinándose con toda precaución detrás de los arbustos, avanzaron y pudieron percatarse de qué clase de animal era el que los había sorprendido.

Era un pequeño antílope de piel oscura y cuernos cortos y retorcidos, que los naturales del país llaman *najuí*.

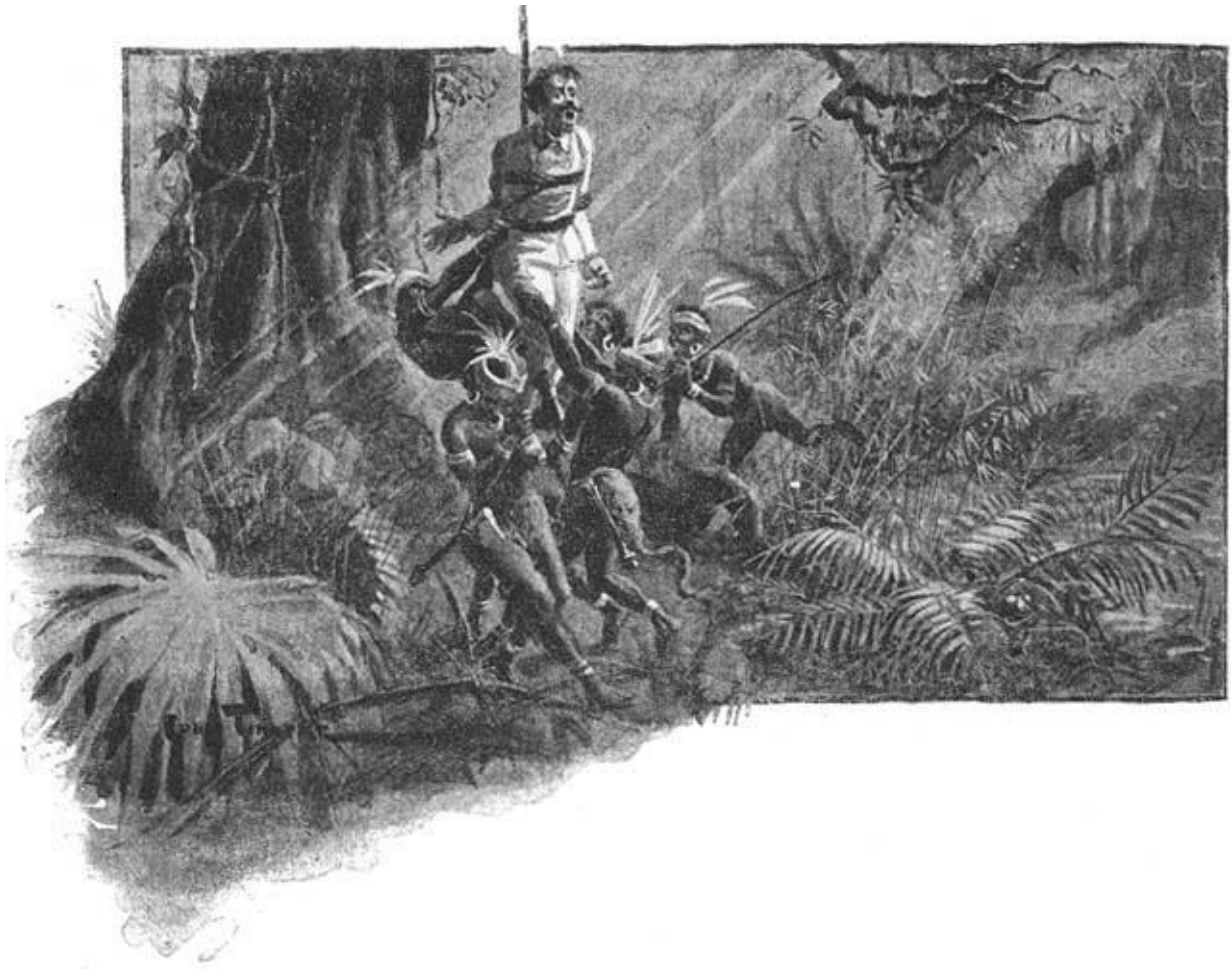
El gracioso animal, en pie junto a un charco, levantaba la cabeza olfateando. Sin duda, sospechaba la presencia de enemigos.

Sin hablar, prepararon los cazadores las armas: sonaron las detonaciones, y el antílope, dando un salto prodigioso, cayó sin movimiento, destrozado a balazos.

Roberto y Armando iban a lanzarse sobre su víctima, que completaba dignamente la cacería; pero al mismo tiempo todos lanzaron un grito supremo de angustia y estupor. De lo alto de los árboles acababan de lanzar sobre ellos unos nudos corredizos que les apretaron los brazos y el cuerpo, e irresistiblemente suspendidos en el aire, los elevaron a la altura de las primeras ramas: entre éstas vieron rostros humanos, tatuados, horribles, que rechinaban los dientes y hacían espantosos gestos. En el mismo instante oyeron gritos de socorro que procedían, a no dudar, del sitio donde habían quedado sus compañeras. Y luego, silencio otra vez.

Poco después las mujeres, con las manos atadas a la espalda, aparecieron rodeadas por los salvajes indígenas.

Eran espantosos aquellos hombres, cuyo semblante tatuado, cubierto de rayas de color, estaba coronado de cortezas que semejaban cuernos. Con el torso desnudo, la cintura ceñida de pieles de tigre, los tobillos y los puños adornados con pesados anillos de oro, aquellos indígenas presentaban un aspecto feroz y aterrador. Del cuello y sobre el pecho pendían collares hechos con dientes humanos.



Armando, estremecido, aterrado, exclamó:

—¡Los dayacos! —Y más bajo murmuró:

—¡Estamos perdidos! ¡Estos salvajes son antropófagos! ¡La prueba es que llevan esos collares de dientes de sus víctimas!

Era evidente la creencia del periodista parisiense. Sus amigos y él habían caído en poder de los dayacos, una de las razas más pérfidas y crueles de la Tierra.

## *Capítulo III*

### *Un orangután*

El inteligente Armando no tuvo tiempo de entregarse a minuciosas reflexiones. Los enemigos aflojaron el cable que le apretaba, y a unos veinte centímetros del suelo le rodearon con fragmentos flexibles de plantas trepadoras que le imposibilitaron todo movimiento.

De esta guisa fue tendido sobre la hierba al lado de Roberto, que había sufrido igual trato.

Los salvajes se repartieron rápidamente las armas y los diversos objetos encontrados a los europeos, sin olvidar el cadáver del antílope. Desataron luego los nudos que sujetaban las piernas de los prisioneros, y poniéndolos en pie, les intimaron con gestos tan horribles como expresivos la orden de echar a andar.

Armando no pudo contener un movimiento de rebeldía; pero uno de los indígenas le pinchó con la punta de su lanza, y le hizo comprender que era inútil toda resistencia.

No tuvo más remedio que resignarse; pero su imaginación, fértil en ideas, nunca estaba ociosa e inactiva, y murmuró al oído de su compañero Roberto.

—Procuremos dejar por donde vamos señales de nuestro paso. A bordo del submarino se alarmarán, seguramente, por nuestra ausencia, y nos buscarán. Cualquier indicio les será útil. Además, es nuestra única esperanza de salvación.

Procuraba aparentar serenidad para animar a las pobres mujeres, que, pálidas, temblorosas, andaban maquinalmente, casi sin poder sostenerse. Tal es la influencia comunicativa del valor, que oyéndole se sentían más fuertes, más esperanzadas, y obedecieron concienzudamente sus instrucciones.

Los salvajes los llevaban a través del bosque. Acostumbrados al país, marchaban, ligeramente y sin equivocarse. De cuando en cuando cambiaban entre sí algunas palabras en un idioma duro y gutural.

Los prisioneros rompían ramitas al pasar. Aurelia, lo mismo que la egipcia, la madre de Maudlin y ésta, habían sido desembarazadas de las ligaduras. Los salvajes habían pensado que las cuatro mujeres no se hallaban en estado de defenderse. Aurelia había roto su pañuelo en pequeños trozos, e iba arrojándolos al suelo. Veían esto los indígenas, y aparentaban no hacer caso, aunque su perspicacia de salvajes comprendiera el objeto. La tranquilidad de aquellos hombres espantaba a Roberto. Pronto comprendió la causa.



Los presos y sus guardianes llegaron al borde de un río. Algunas piraguas estaban amarradas a los árboles de la orilla. Iban a continuar el viaje por agua; es decir, que ya no había modo de que los prisioneros dejaran huella alguna. No había, pues, medio humano de hacer saber a los que pudieran intentar salvarlos en qué dirección los habían llevado sus raptos.

Armando abrazó en una mirada de amor y angustia a su mujer y a las demás, irremisiblemente condenadas a morir.

Los dayacos repartieron los cautivos en las embarcaciones, y ellos mismos las ocuparon; cogieron los remos cortos que usan los salvajes, y la flotilla, alejándose del bosque, remontó el curso del río, llevando al interior de la isla, aún inexplorada, a los que la mañana misma habían salido confiados y contentos del submarino número 2.

Con el mayor desaliento pensaba Armando en estas evoluciones. Y pensaba también que los tripulantes que habían quedado en el submarino procurarían buscar a los infortunados cazadores, y llegarían hasta el río. Antes registrarían el bosque a derecha e izquierda; no encontrarían ningún indicio, y habrían de volver al barco desconsolados por el fracaso de su bien intencionada empresa.

—¡Oh —pensó—; si hubiera modo de indicarles que hay que remontar el río! Y mirando los espesos arbustos, que con el tronco dentro del agua formaban en la orilla una impenetrable muralla sin solución de continuidad, una verdadera pradera acuática, donde los nenúfares, los azufaios y la quebradiza caña timpa unían sus hojas redondas, o en forma de lanza, o en forma de dientes, pensó:

—¡Aquí sí que sería preciso dejar fragmentos de nuestros trajes para ir señalando el camino!

Cuando le ocurría una idea, no tardaba en realizarla. Dos minutos habían pasado cuando Armando prorrumpió en una exclamación. Envolvía con la mirada a los salvajes remeros, que parecían no preocuparse de los prisioneros. El intrépido periodista se colocó junto a la tierna Maudlin, que ocupaba la misma piragua, y le dijo en voz baja:

— ¡Miss Maudlin!

La joven se asustó, absorta como estaba en los más tristes pensamientos.

—¿Qué me dice usted?

—Veo que tiene usted los brazos libres, mientras yo los tengo atados.

—¡Oh; sí!

—Y le será a usted más fácil que a mí dejar huella de nuestro paso, mientras yo he de renunciar a esa esperanza.

—¿Qué quiere usted decir, Armando?

—Lo siguiente. Los tripulantes del submarino nos buscarán, sin duda; y al llegar en sus pesquisas al río, no podrán decidir si han de continuar río abajo o río arriba.

—En eso mismo estaba yo pensando.

—Pues bien; ya sabemos lo que tenemos que hacer: indicarles el camino que han de seguir.

—¿Cómo?

—¿No le parece a usted que un objeto de nuestra pertenencia, mi sombrero, por ejemplo, puesto en un arbusto de la orilla constituiría un indicio?

—¡Sí, sí; me parece buena idea! Pero, ¡ay Dios mío!, ¿cómo se puede hacer? ¿Por qué medio?

—El medio es elemental. Navegamos a unos veinte pasos de la orilla. Nada más sencillo que lanzar mi sombrero con alguna fuerza para que caiga en algún arbusto. Como yo tengo las manos atadas y usted libres, he pensado que usted, mi simpática compañera de infortunio, se encargaría gustosa de hacernos a todos este favor.

Por la primera vez después del ataque de los horribles dayacos sonrieron los labios de la graciosa Maudlin.

—Tiene usted razón —dijo—, y voy...

Armando la detuvo.

—¡No hay que precipitarse! Esperemos un momento favorable, y entonces... ¡Allá va, y adiós mi sombrero!

La advertencia era oportuna, porque ya los indígenas vigilaban a los prisioneros, especialmente a Armando y a Maudlin, cuya conversación ininteligible para ellos los hacía recelosos.

Comprendiendo el motivo de las feroces miradas que les dirigían los salvajes, Armando y Maudlin callaron y aparentaron mirar curiosamente la opuesta orilla. Poco a poco su actitud tranquilizó a los guardianes, que acabaron por no mirar a los europeos.

—¡Ahora! —dijo Armando.

Rápida como el pensamiento, la jovencita cogió el sombrero de Armando, y con esfuerzo poderoso lo lanzó a las ramas, donde quedó colgado. Pero instantáneamente oyó un grito gutural lanzado por los salvajes remeros. Aquellos hombres, acostumbrados a todas las astucias, habían comprendido el objeto de la acción de la linda muchacha.

Uno de ellos increpó vivamente a Armando y a su compañera. Su lenguaje bárbaro no podía ser entendido; pero sus gestos vehementes y los rayos de ira que despedían sus ojos los hicieron comprender que profería terribles amenazas.

El indígena calló después de pronunciar algunas palabras, señalando con el dedo el sitio donde había caído el sombrero.

Era una orden, porque la piragua volvió dirigiéndose a la orilla.

La intención de los salvajes no era dudosa: se dirigían a la orilla para apoderarse del sombrero y destruir así la única esperanza de los prisioneros.

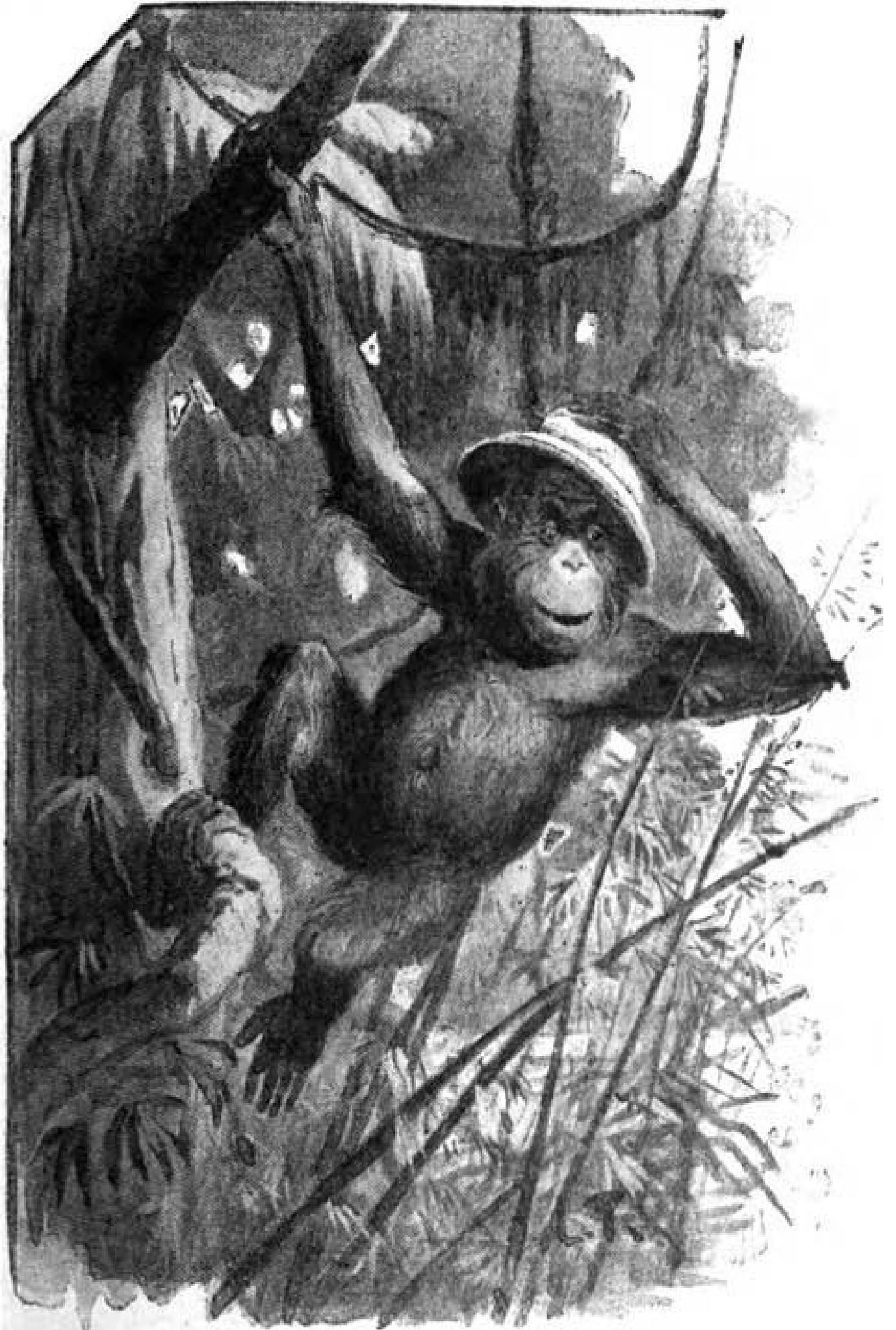
Cuando Armando contemplaba todo esto poseído de terror, se produjo un singular movimiento en los arbustos. Agitáronse las ramas como a impulso de un viento violentísimo, y apareció un mono, un orangután joven, a juzgar por su pelaje claro y fino.

Alargó el brazo, se apoderó del sombrero, y se lo puso haciendo graciosos gestos

de satisfacción.

Los indígenas rieron estúpidamente. Algunos dejaron el remo para coger sus armas; pero no tuvieron tiempo de utilizarlas.

Un enorme cuerpo velludo se desprendió de la cima de un árbol hasta llegar cerca del orangután jovencito: era la madre, que se había percatado, sin duda, del riesgo que corría su vástago.



Cogió a éste bajo sus brazos, y saltando de árbol en árbol desapareció a través de la espesura, sin que ningún indígena tuviera tiempo de acometerla. Los bárbaros no manifestaron ninguna contrariedad. El orangután se había llevado el sombrero, no dejando ninguna señal del paso de los cautivos. La piragua volvió al centro del río, y continuó su viaje rápidamente.

## Capítulo IV

### *Los viajeros son destinados a ser comidos*

Durante dos días los cazadores continuaron su viaje por agua. Siempre las orillas presentaban un aspecto grandioso y salvaje. Los bosques alternaban con lugares rocosos donde las ondas se precipitaban en espumosos remolinos; pero las ligeras embarcaciones, manejadas con extremada habilidad, se deslizaban en medio de las corrientes con tanta facilidad como sobre un lago.

Cerca de la noche se poblaba la ribera, desierta durante los ardores del día, Las fieras iban a beber. Grupos de búfalos blancos, jabalíes barbudos, tapires de movimientos torpes, se agitaban en las aguas bajas, amedrentados por los roncoss aullidos del tigre. Todas aquellas bestias huían con mugidos de terror para escapar, sin lograrlo a veces, del terrible carnívoro. Un cuerpo flexible y blando describía una trayectoria en el aire y caía sobre el dorso de uno de aquellos animales, que rodaba con la columna vertebral rota por los dientes del señor de los bosques malayos.

En la superficie del agua los cocodrilos flotaban como troncos de árboles, y los pajarracos nocturnos, los pegajosos murciélagos vampiros cortaban el aire con su torpe vuelo. Las piraguas abordaban de noche. Los dayacos encendían grandes hogueras, que cuidaban alternativamente de mantener y renovar, y los presos intentaban en vano dormir. Como si no bastara la angustia de sus pensamientos para mantenerlos desvelados, numerosas legiones de mosquitos y moscones, de *marinquinos*, innumerables en aquellas comarcas húmedas, los atacaban fieramente hasta el amanecer.

Tal era su sufrimiento físico, que los prisioneros, a pesar del temor natural al término de su situación, ansiaban llegar al fin de tan triste viaje.

—¡Después de todo —había dicho Aurelia—, no nos matarán esos brutos más que una vez, mientras que estos insectos nos hacen sufrir mil muertes!

Por lo demás, los indígenas no trataban brutalmente a sus cautivos. Los alimentaban bien, y Armando notó que entre los animales cazados por ellos reservaban a los europeos los trozos más tiernos y delicados.

El procedimiento parecía indicar todo lo contrario de una mala intención, y el mismo Armando llegó a pensar que no estaban muy en lo cierto los exploradores de la región de Borneo que habían osado publicar melodramáticos relatos acerca de la crueldad de los naturales.

Apareció, en fin, una ensenada. Todo alrededor habían sido cortados los árboles,

y se levantaban un centenar de cabañas de techos cónicos colocadas sin regularidad, y construida cada una en el sitio elegido por el propietario, sin cuidarse de formar calle o agrupación.

A la vista de la flota toda la población corrió a la orilla; y cuando los prisioneros desembarcaron fue cosa de oír los gritos, los cantos, y las exclamaciones de regocijo, incomprensibles para los que eran objeto de tanto entusiasmo. Mujeres y niños se aproximaban a los europeos, les cogían las manos, los tocaban con evidente placer pronunciando palabras enrevesadas, y se notaba que procuraban dulcificar su acento, bárbaramente gutural.

—¡Pues, señor —dijo Armando—, esta gentuza parece encantada de vernos!

Y añadió sonriendo:

—Parece que quieren tratarnos como buenos amigos: todo el problema se reduce ahora a engañarlos, a burlar su vigilancia, coger las piraguas y volver a la costa. ¡Lo intentaremos, queridos compañeros! Por lo pronto, inspirémosles confianza, y pongámosles la cara risueña, como ellos, ¡malditos sean!, nos la ponen a nosotros.

Y dando ejemplo, siguió a sus guías con aire de satisfacción y regocijo, repartiendo apretones de manos entre el público. Notó que los indígenas le apretaban las manos de una manera extraña: los dedos de los salvajes se incrustaban en los suyos como si quisieran cortarles los huesos; pero no le parecía que los salvajes de Borneo hubieran aprendido a probar las fuerzas como en Europa.

En fin, estaba de excelente humor cuando le encerraron, como a sus compañeros, en una casita especial situada en medio de la gran plaza. Pero no le duró mucho su buena disposición de ánimo. Acostumbrados a la semiobscuridad que reinaba en la gran cabaña, pronto sus ojos distinguieron una especie de guirnalda que colgaban a lo largo de las paredes.

Creyó primero que aquel caprichoso adorno estaba formado con nueces de coco como los granos o las cuentas de coral. Se aproximó a ver, y un grito de horror se escapó de sus labios.

Lo que le habían parecido frutos del cocotero era sencillamente cabezas humanas secas, momificadas, contraídas, endurecidas.

Había más de cincuenta colgadas en las cuatro paredes de la siniestra estancia. Ya el pobre Armando no culpó de mentirosos a los exploradores que habían publicado horrores con referencia a los salvajes de Borneo, y recordó las vibrantes notas de viaje de Mme. Ida Pfeiffer, aquella valerosa mujer que fue a estudiar a los dayacos hasta los más ocultos y peligrosos lugares del país.

»Las acciones más nobles a sus ojos —dice la eximia viajera— son las que demuestran más ferocidad. El objeto que les parece más imprescindible, es un cesto pendiente de la cintura destinado a recibir las cabelleras humanas arrancadas al enemigo. La cabeza de un hombre es el más noble y delicado presente que un guerrero puede ofrecer a su prometida.

»En ocasión de hacer una visita a un jefe dayaco encontré en mi catre una cabeza

recientemente cortada, depositada allí en prueba de gran distinción.

Era, pues, evidente; no podía caber duda: Armando tenía a la vista los odiosos trofeos de la crueldad de los indígenas.

Sus compañeros habían visto el mismo espectáculo, y las mujeres se habían abrazado temblando, no atreviéndose a levantar la vista para no ver la horrible ornamentación de aquel lugar.

Todos se estremecieron oyendo abrir la puerta.

En el umbral de ésta apareció un hombre con la nariz y las orejas atravesadas por anillos de diez centímetros de diámetro y los brazos rodeados por brazaletes de marfil. De sus hombros colgaba una piel de tigre cuya cola arrastraba tras él. Seguíanle otros guerreros; pero éstos quedaron fuera, mientras que él con paso lento y majestuoso se dirigió a los cautivos.





Los contempló largamente en silencio, yendo de uno a otro y moviendo la cabeza con visible satisfacción, y después, deteniéndose ante Armando, le dijo en mal inglés:

—¡Abre la boca!

Oyendo estas palabras, las primeras que entendía desde que estaba en poder de aquella gente, Armando exclamó animado:

—¿Hablas el inglés? ¡Me alegro! ¡Podremos entendernos!

—¡Más tarde! —le interrumpió gravemente el indígena, repitiendo: —¡Más tarde, más tarde! Hablo inglés porque he vivido en la costa, y como todos los blancos hablan inglés<sup>[18]</sup> lo he aprendido. Conque ¡abre la boca!

Un poco sorprendido, Armando obedeció. Su interlocutor le miró los dientes, y luego, sacando del cinturón una piedrecilla rojiza, la pasó sobre la frente del cautivo y dejó trazada una señal roja.

Sucesivamente hizo la misma operación en todos los prisioneros, y cada vez aparentaba estar más satisfecho.

Ya iba a retirarse, cuando Armando, que no pudo contenerse, le detuvo tirándole de la piel de tigre.

—¡Un momento, amigo! Me has prometido una explicación. Hazme el favor de decirme quién eres, si se puede saber.

—Soy el médico de la tribu.

—¡El médico! —exclamó Armando estupefacto—. ¡Ah, vamos; has querido saber si estamos sanos y no traemos ningún mal contagioso que pudiera infectar a tus compatriotas! ¡No está mal el precepto higiénico!

—Tienes razón —repuso el salvaje médico.

—Si estuviéramos enfermos nos habrías despedido; ¿verdad?

—No: os hubieran atado a cada uno a un poste, y nuestros guerreros habrían ejercido su destreza acribillándoos a flechazos; pero, felizmente.

—Pues ya has visto que estamos buenos y sanos.

—Felizmente: tú lo has dicho, porque así moriréis sin sufrimiento para servirnos en la mesa de nuestros jóvenes.

Estas palabras cayeron siniestramente en medio del fúnebre silencio. La verdad aparecía en todo su horror a los europeos. Prisioneros de los dayacos antropófagos, iban a ser comidos por sus aprehensores. Todavía Armando insistió:

—¿No querrás decir que vamos a servirles de alimentación?

—Sí, sí —replicó el médico—; eso quiero decir —Y con una admiración de conecedor práctico, añadió—: La carne de blanco es superior a la de todos los animales del bosque. Pero, lo repito, no sufriréis. El sufrimiento produce la fiebre, y la fiebre destruye el buen sabor, el aroma, la frescura de los manjares. No os dejaremos aquí, porque el miedo hace el mismo efecto que la fiebre. Van a llevaros a un campo de alcanfor salvaje. Su perfume os aturdirá, os quitará la facultad de pensar, y cuando se aproxime la hora del festín pasaréis de la vida a la muerte sin que sintáis el golpe fatal. Así estaréis muy buenos, muy ricos, muy sabrosos, y seréis el

regocijo del estómago de nuestros guerreros.

Es imposible describir el estado de alma de los prisioneros. El horror, el espanto de que estaban poseídos eran tales, que ya casi no tenían conciencia de lo que les pasaba. Estaban en esa situación particular de los alucinados que no es estar dormidos ni despiertos.

Señalados de rojo en la frente como los bueyes que entran en el matadero, destinados a alimentar a los salvajes, veían como en sueños al médico indígena, que detallaba con la mayor complacencia las precauciones imaginadas por sus compatriotas para asegurar a la carne de sus víctimas la plenitud del buen sabor y de la frescura.

Les parecía a los infelices que ya no pertenecían a la raza humana: se figuraban ser una especie de animales domésticos, ante los cuales un cocinero práctico discutiera qué salsa les convendría mejor.

Era aquello grotesco y horroroso. Parecía tratarse de uno de esos cuentos macabros tan magistralmente escritos por Edgardo Poe.

Tal era ya su abatimiento, que no advirtieron que el médico se había ido.

Fue preciso que otros salvajes penetraran en la estancia y los llevaran al aire libre, para que recobrarán la conciencia de su ser.

Aurelia, la egipcia, Maudlin y su madre lanzaron agudos gritos, protesta nerviosa y loca de la criatura enfrente del suplicio. Habían probado no ser cobardes; pero ante el fin espantoso que las esperaba, todo valor se extinguía en aquellas delicadas mujeres.



Lo mismo estaban aterrados Roberto y su primo. El ingenioso Armando, tan listo y despierto, parecía idiotizado. La prisión, la muerte, en otras circunstancias, no le hubieran abatido, no le habrían arrebatado su claridad de entendimiento; pero la perspectiva de servir de manjar, y sobre todo la angustia de saber que de lo mismo iba a servir su mujer, le anonadaba.

Sentía en el cerebro los ruidos más extraños; creía oír cómo crujían los huesos de su compañera, tan buena, tan amante, triturados por los horribles dientes de los caníbales, y se paralizaba su corazón, y se cubrían sus ojos de negras sombras.

Maquinalmente, como un rebaño llevado a la carnicería donde será degollado, marchaban las cuatro mujeres y los dos hombres en medio de sus verdugos.

Con ellos penetraron en el bosque de laureles, cuyas flores esparcían en el ambiente el perfume del alcanfor.

Fueron encerrados en un recinto circular formado por una valla de madera sobre la cual caían las ramas floridas, y las florecillas desprendidas cubrían el suelo.

El fuerte olor del alcanfor flotaba en la atmósfera, pesado, denso, asfixiante. Poco a poco se calmó la vibración excitante de los nervios de las víctimas; el sueño se apoderó de ellos, y sin conocimiento, sin insistencia, borrándose en las sombras la impresión del peligro inminente, envueltos en la niebla inmensa, todos cerraron los ojos.

El médico salvaje había dicho la verdad: no sentirían el golpe mortal. La muerte sería muy dulce en medio de las emanaciones del alcanfor.

Cuando despertaron clareaba el día. Habían estado dormidos diez y ocho horas. Esparcieron miradas vagas en derredor; las miradas de seres en quienes el espíritu duerme y no tienen ya más que la vida animal. Por encima de la valla que constituía su prisión asomaban curiosas cabezas de indígenas que iban a conocer y vigilar a los cautivos declarados comestibles por el médico titular de la tribu.

Muy aficionados a la carne humana, aquellos naturales abrían su boca de gastrónomos salvajes, enseñando sus agudos dientes, sus caninos reemplazados por puntas de oro, coquetería bestial que les daba aspecto de fieras. Todo en tan sanguinarios seres tiende, muy a su gusto, a dar les una extraña semejanza con el tigre, que es para ellos el prototipo de la belleza. Muchos descollaban en esta copia del terrible felino; y había allí mujeres de cara redonda, labios con agujeros en los que habían puesto, como bigotes de gato, largas espinas de mimosa que, ciertamente, semejaban más a los tigres hembras que a la mujer madre del hombre.

Pero aquellos espantosos espectadores no aterrorizaban ya a los prisioneros, embriagados de alcanfor, anonadados por un estupor tal, que no podían coordinar ideas en su cerebro aletargado.

Maquinalmente comieron los alimentos que sus guardianes habían llevado durante el sueño y puesto al lado de cada uno; pero no intentaron levantarse, y menos andar. Estaban perezosos, postrados, experimentando horror instintivo al movimiento.

Así pasaron cuatro días. Al fin del último el médico de la tribu penetró tan serio

como siempre en el vallado. Auscultó a todos y les tomó el pulso, sin que ninguno de los visitados se diera cuenta de lo que hacía. El jefe superior de la tribu, que se distinguía por una especie de venda de corteza cortada en puntas que ceñía su frente, le acompañaba.

Terminado el reconocimiento facultativo, el médico se dirigió al superior jefe:

—Puedes —le dijo— convidar a los guerreros al festín para mañana. Éstos ya están a punto.

El jefe se inclinó asintiendo, y saludándolos con una sonrisa de fiera, los dos salieron.

Comenzaba la postrera noche de los malaventurados cazadores, tibia, perfumada, magníficamente estrellada. De los bosques inmediatos llegaban sordos rumores.

Los animales carniceros, despertando después de la larga siesta del día, saludaban la vuelta de las tinieblas con alaridos, a los cuales contestaban desde las orillas los gritos llorones de los cocodrilos.

Y los europeos dormían inertes, mientras los verdugos se disponían a llegar muy pronto a cortarles el cuello, abrirlos en canal y dividirlos en pedazos como animales inmundos.

## Capítulo V

### Pesquisas

A bordo del submarino número 2 habían esperado con gran inquietud a los viajeros. Como Armando había previsto, el segundo de a bordo, viendo que no volvían por la noche, había desembarcado con algunos marineros bien armados, y seguido la pista hasta la orilla del río desde donde los salvajes los llevaron en las piraguas.

Allí se había detenido, y hubo de volver al barco, siéndole imposible lanzarse a la ventura en las soledades de la isla.

A su regreso le esperaba un hecho muy agradable para él, puesto que le libraba de una gravísima responsabilidad. Exacto a la cita fijada un mes antes, el submarino mandado por *sir* James Pack había llegado a la bahía de Gaya, y hallábase cerca del número 2, de donde faltaban los cazadores arrebatados por los salvajes.

James Pack, tan sereno y tan dueño de sí mismo siempre, hallábase en un estado indescriptible de excitación. Paseando agitadísimo en el salón como una fiera encerrada, esperaba al segundo de a bordo.

—¿Qué es lo que ha pasado, señor Paddy? —preguntó a éste al verle entrar.

El interpelado contestó confuso:

—¡Ah! Mi capitán, ¿sabe usted ya el terrible lance?

—¡Sí, sí; pero nada de frases inútiles! ¿Ha seguido usted la pista?

—Y la he encontrado. Mi capitán, las señoras y los dos primos han caído, a no dudar, en poder de los dayacos.

—¿De los dayacos? —clamó James Pack cogiéndose la cabeza con las manos y con gesto de desesperación.

Pero dominando con su fuerza de voluntad esta impresión, añadió:

—Para salvarlos no hay que perder un instante. ¿Ha reconocido usted la dirección?

—Sí, señor; y creo firmemente que han sido arrebatados hacia el Oeste.

—¡Bien! ¡Partamos inmediatamente! Nos acompañarán diez hombres. ¡Disponedlo todo al momento! ¡Que vayan provistos de balas explosivas! ¡Pronto, pronto!

Paddy hizo un gesto de desaliento.

—Mi capitán —dijo tristemente—, he seguido la pista, pero al llegar al borde del río se pierde todo rastro. Los indígenas se los han llevado por el río.

James oyó aterrado esta explicación, inmóvil, sin pronunciar una palabra. Su rostro lívido y sus cejas fruncidas reflejaban fielmente la intensidad de su impresión.

—¿Reconocerá usted —preguntó— el sitio de la ribera adonde ha llegado antes?

—Sí, mi capitán. A prevención he colgado en algunas ramas trozos de lienzo.

—Bien, Paddy; ha hecho usted lo que ha podido. ¡Que se dispongan a marchar los dos submarinos! Seguiremos la costa hasta la embocadura del primer río al Oeste. Hará usted armar los dos botes desmontables, embarcaremos, y seguiremos el curso del río. Así ganaremos algunas horas. ¡No pierda usted un minuto! ¡Los instantes son preciosos!

El Teniente salió, y poco después la trepidación de la hélice anunció a James que su orden estaba cumplida.

Entonces el jorobado se dejó caer en un diván, y con lágrimas en los ojos murmuró dolorosamente:

—¡Ah, Maudlin! ¡Pobrecita Maudlin!

¡Cosa extraña! Era el de la hija de *mistress* Juana el nombre que en aquel terrible momento pronunciaba, como días antes había pronunciado el de James Pack la gentil jovencita.

Una y otro revelaban el secreto más íntimo del corazón.

Los submarinos navegaban a toda electricidad. Salían de la bahía de Gaya, donde el crucero *Shell* se balanceaba sobre sus anclas, y seguían la costa hacia el Oeste. Una hora transcurrió: súbitamente pararon las hélices, y Paddy, penetrando en el salón, dijo a su jefe:

—¡Capitán, la embocadura del río!

James se levantó de un salto. Su semblante estaba rojo.

—¡Subamos a la superficie, y echad las chalupas al agua!

En tres minutos se cumplió la orden. Las chalupas, embarcaciones ligeras, puntiagudas y protegidas contra los choques por una cintura de celulosa, cayeron al río. Ocho marineros ocuparon cada una de ellas, uno más se había colocado en la barra, y otro, sentado delante, fijaba sobre su eje un cañoncito revólver, producto de los talleres de Saint-Etienne. Aquel juguete de acero era capaz de lanzar al minuto 300 proyectiles cilindro-cónicos de 45 milímetros, llenos de melinita, y cuya explosión podía cubrir con una lluvia de fuego un espacio de 380 metros cuadrados.

James saltó a una de las chalupas, Paddy a la otra, y puestos en acción los motores eléctricos, las embarcaciones se dirigieron hacia el fondo del golfo a la embocadura del río.

La chalupa de James Pack iba delante. Parecía el hombre haber recobrado toda su sangre fría. Con los ojos fijos en el agua, cuyos cambios de color le indicaban las variaciones del fondo, daba órdenes breves que el hombre del timón obedecía con una habilidad extrema, y la ligera embarcación evolucionaba como un pájaro, deslizándose por el agua en medio de los bancos de arena y de los escollos que obstruían la entrada del río.



Después de algunos momentos los botes encontraron un paso que atravesaron sin dificultad, y ya volaron entre las orillas bajas, que iban elevándose poco a poco, siguiendo una pendiente invisible. A los árboles tropicales, cuyas ramas caían en los pantanos inundados por el mar, sucedían las variables esencias del bosque vesánico.

Al cabo de dos horas Paddy llamó desde su chalupa, y señaló un punto de la orilla derecha donde en las ramas se veían pedazos de tela.

James comprendió que se hallaban precisamente en el punto donde sus amigos habían sido arrojados a las piraguas de sus raptos, y las chalupas abordaron a aquel sitio.

Un rápido examen del lugar convenció al Corsario de que Paddy no se había equivocado. En el mismo borde de la orilla las piraguas de los salvajes habían dejado su huella, y en el suelo húmedo veíase todavía la señal de los pies de los prisioneros. Creyó James reconocer la huella ligera y diminuta de los de Maudlin, y ante aquella forma graciosa que veía, o se forjaba la ilusión de ver, quedó un momento con la cabeza inclinada y sin poder disimular su emoción. Pero pronto recobró la serenidad. Ya lo había dicho: los instantes eran preciosos, y era preciso obrar y obrar rápidamente.

—¡Dos hombres —gritó— a guardar las chalupas! ¡Usted, Paddy, explore la orilla adelante con la mitad de los marineros! ¡Con el resto yo remontaré el curso del río! Observe usted atentamente los árboles de la orilla, y los entrecruzamientos de las plantas acuáticas. Si nuestros amigos han dejado señales de su paso, seguramente los encontraremos. Cuando nos hayamos fijado en la dirección seguida por los salvajes, los alcanzaremos, porque nuestras chalupas pueden desarrollar una velocidad cuatro veces más grande que los más hábiles remeros.

Los marineros se dividieron en dos grupos, y el uno, siguiendo a James, entró por entre los árboles remontando el surco del río hacia el Sur.

Pero, por mucho que se fijasen en todo y todo lo escudriñaran aquellos hombres, por más que James registrara, nada se veía; nada.

El desaliento parecía que iba a apoderarse del valeroso ex-secretario de *sir* Toby Allsmine. ¿Habríase perdido la pista definitivamente? ¿Permitiría el Cielo que sus amigos y Maudlin fueran víctimas de los dayacos antes de que él pudiera socorrerlos? Acaso en aquellos momentos en que los buscaba desesperado los ecos lejanos de los bosques repetirían los gritos de agonía de las débiles mujeres y de los dos bizarros y cumplidos caballeros.

Seguía su exploración febrilmente, presa de dolorosa agitación, partiendo con el hacha las ramas, las hojas, los espinos que se oponían a su paso.

Hacía cuatro horas que había comenzado la batida. El insoportable calor del mediodía abrumaba y postraba a los marineros: era preciso hacer un alto. A pesar de la impaciencia que le devoraba, James tuvo que permitir algún descanso a sus hombres, y todos se precipitaron a buscar algún sitio propicio para descansar.

Pronto se vio alguna claridad entre la espesura. Evidentemente, había alguna

planicie a poca distancia, puesto que los rayos del Sol penetraban a través de los árboles. James divisó entre los troncos un espacio de unos cien metros de superficie cubierto de musgo corto y ralo. Pero lo que le espantó y le estremeció, aunque era tan valeroso, fue la presencia de un animal que en medio de la planicie daba saltos sin cesar.

El animal era un mono joven, a juzgar por su pelaje y por la dificultad con que se tenía derecho sobre las patas. Indudablemente, pertenecía a la raza de los orangutanes; pero lo que más había sorprendido a James Pack era que jugaba con un objeto que no suele hallarse en las soledades de Borneo. El mono tenía un sombrero. Era un sombrero de tela blanca y con una cinta azul. El Corsario había visto o creía haber visto otra vez aquel sombrero. En todo caso, estaba casi seguro de que Armando Lavarède usaba un sombrero parecido.

Un marinero que estaba al lado de su jefe le dijo:

—Capitán, parece el sombrero del señor Lavarède.

—¿Lo crees así?

—Seguro, señor. Yo estaba en el bote que llevó a los cazadores a tierra, y oí al señor Lavarède decir a sus compañeros que su sombrero, comprado en Egipto, podía doblarse y guardarse en el bolsillo, y que era tan bueno contra el Sol como el casco colonial, y mucho más ligero. Estoy seguro, segurísimo, de que ese sombrero es el suyo.

—Pues bien; asegurémonos. Puesto que el sombrero está aquí, es evidente que el señor Lavarède ha querido indicarnos que iba con los demás hacia lo alto del río. Ese mono habrá cogido el sombrero donde Lavarède lo dejó o lo perdió. Lo interesante es que ese sombrero sea de uno de los prisioneros, porque así sabremos hacia adonde dirigirnos.

Sir James requirió el fusil y lo armó. El mono no se hacía cargo de lo que iba a sucederle. Cansado de brincar, andaba torpemente, poniéndose y quitándose el sombrero con visible satisfacción.

De pronto, oyendo armar el fusil, pareció inquieto, y luego lanzó un aullido, al que respondió un mugido espantoso.

Antes de que los europeos pudieran enterarse se produjo entre las ramas un estrépito sólo comparable al de un ciclón, y una enorme masa apareció en la rama de un árbol a diez pasos de James y de sus hombres.

—¡La madre! —murmuró el Corsario. ¡Tanto peor para ella! ¡Es un animal temible; pero no importa!

Los marinos habían requerido sus armas. Aquel movimiento pareció acrecentar el furor del monstruo. Sus ojos lanzaron rayos rojos, al tiempo que rechinaba los dientes amenazadores: saltó a tierra, y dándose golpes en la barriga avanzó hacia los hombres.

Pack, que había introducido una bala explosiva en su fusil, apuntó e hizo fuego. Herido a la altura de la tercera costilla, el animal vaciló; pero con un rugido terrible,

dio algunos pasos más, y luego cayó pesadamente, crispadas las manos sobre los arbustos, que rompió en un postrer esfuerzo.

Oyéronse gritos agudos. El joven orangután se arrojó sobre el cuerpo de la madre, poniéndole encima los largos brazos y frotando con su hocico el de la autora de sus días, gimiendo menos brutalmente. Parecía que el pobre animal huérfano la llamaba y quería despertarla de aquel sueño, cuya transcendencia no comprendía.

El sombrero había rodado a algunos pasos, y el mono ya no se preocupaba de jugar con él, dominado por su aflicción. Era una escena emocionante. El antropomorfo expresaba su desesperación con gritos y movimientos casi humanos.

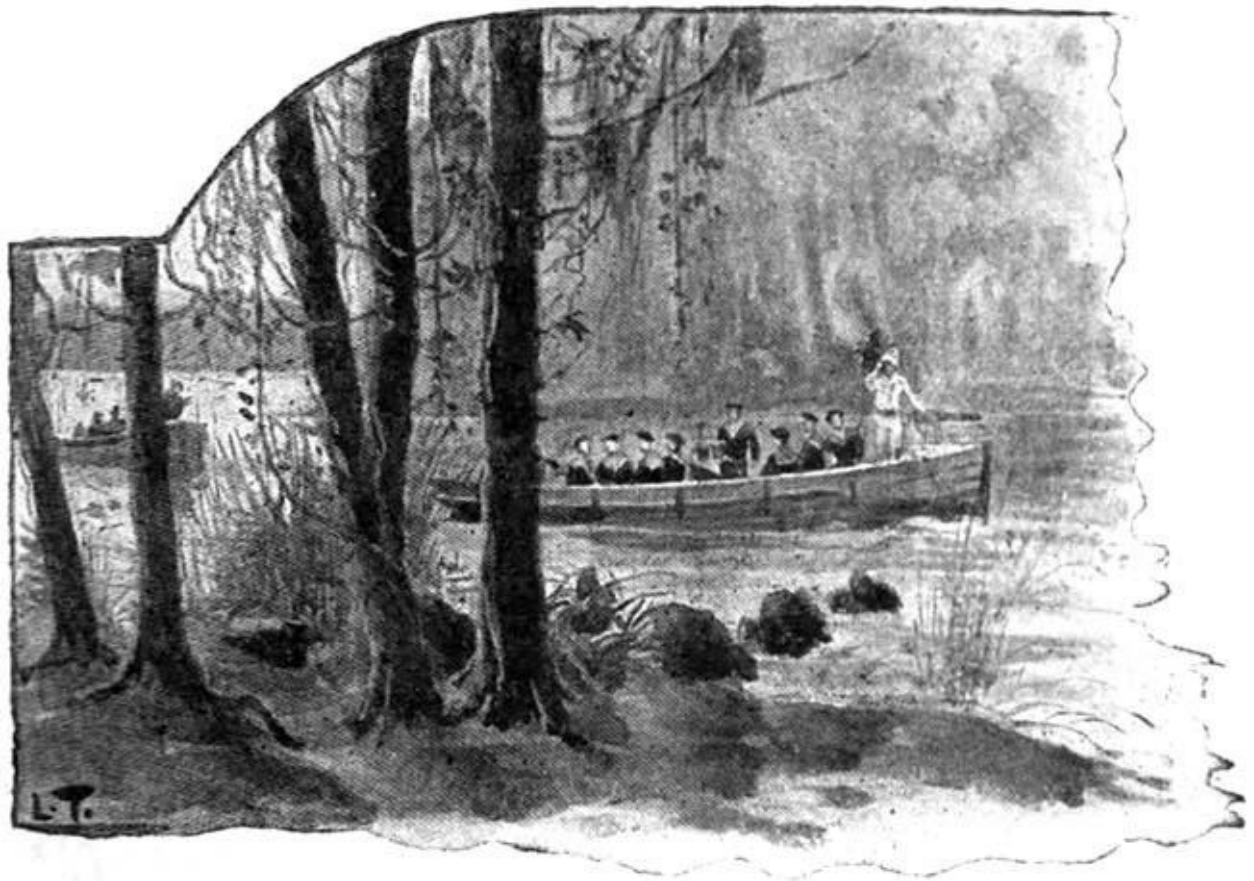
— ¡Pobre bestia! —exclamó James Pack con lástima—. No hemos tenido más remedio que matar a la madre; pero al hijo no quiero abandonarle en la soledad.

Al mismo tiempo un marinero le entregaba el sombrero blanco que había recogido.

No había duda: era el de Armando Lavarède. En el interior se veía en letras doradas la divisa de un sombrerero de Port-Said. Indudablemente, los prisioneros habían sido llevados río arriba, y urgía volver a las chalupas a fin de continuar el viaje de salvamento, si se llegaba a tiempo.

Por orden de *sir* James, y no sin trabajo, los marineros se apoderaron del orangután, que se agarraba fuertemente al cadáver de la madre. Tenía el animal la estatura de un niño de seis años, y ya su fuerza era casi como la de un hombre. Sin embargo, los marineros lo trincaron guapamente y alternaban en llevarlo en brazos.

El mono continuó lamentándose a grandes chillidos; luego fue bajando el diapasón, y al cabo de una hora, habiéndole devuelto James el sombrero, el animal se lo puso, y pareció más consolado.



Llegó sin dificultad al sitio donde habían quedado las chalupas. Paddy estaba también de vuelta con sus hombres. El descubrimiento de Pack alegró a todos, porque todos estimaban grandemente al Corsario.

Embarcaron, y las chalupas eléctricas se deslizaron gallardamente sobre la superficie del río.

Las pesquisas en las orillas habían invertido mucho tiempo, y llegó la noche antes de que hubieran adelantado mucho camino.

A pesar de la importancia que para todos tenía la celeridad con que había de procurarse dar cima a la empresa, hubiera sido una imprudencia navegar en medio de las tinieblas. Las chalupas abordaron a la orilla, y allí fueron amarradas. Al amanecer continuaron el viaje. Cada una de las chalupas seguía lo más cerca posible las orillas, y la tripulación escudriñaba atentamente los ribazos a fin de poder distinguir las huellas de los dayacos, y no pasar del sitio donde éstos hubieran operado su desembarco.

En todo el día no encontraron el más leve indicio. Pero la anchura del río iba disminuyendo. Como la mayor parte de los de la región septentrional de Borneo, no debía de ser mucha ya su longitud. Evidentemente, no estaban lejos del fin.

El Corsario no había dormido un momento desde que emprendió tan angustioso viaje. La incertidumbre, el ansia, la esperanza, el desaliento le tenían febrilmente despierto: temía volverse loco. Sus ojos, fijos obstinadamente en la orilla, parecían buscar el sitio desde donde Maudlin le llamaba. Su rostro aparecía descompuesto, flácido, sus órbitas, hundidas; y si su energía física no aparentaba estar agotada, era

debido a la tensión nerviosa de todo su organismo. Cuando abordaron a tierra aquella noche para establecer el campamento, Paddy se acercó a su jefe y le dijo:

—¡Mi capitán, nada todavía!

Y respondió con una calma aterradora:

—Si llegamos tarde, Paddy, me levantaré la tapa de los sesos; usted reunirá a toda la gente de a bordo, y repartirá con todos lo que juntos hemos adquirido.

El Teniente quedó mudo de emoción. En algunas palabras *sir* James acababa de formular su testamento, y Paddy, como todos los que navegaban a sus órdenes, le conocía bien para dudar un momento de que cumpliría su palabra. Las probabilidades de buen éxito de la expedición eran cada vez más inciertas. Más fácil sería encontrar una aguja en un tonel de heno —los rayos X harían fácil la operación ahora— que encontrar a los europeos en medio de los inmensos bosques de Borneo, territorios tan vastos como bravíos.

El entusiasmo decrecía: todos se daban perfecta cuenta de las dificultades de la empresa, y a no haber sido tan absoluta su adhesión al Corsario, ya los que tripulaban las chalupas hubieran dado la vuelta y regresado a los submarinos.

Al amanecer volvieron a seguir río arriba.

Sentado en la punta anterior de la chalupa *sir* James estaba pensativo, escudriñando nuevamente las orillas y queriendo adivinar en su terrible angustia dónde los raptores de Maudlin podían haber desembarcado.

Y con el corazón oprimido murmuraba:

—¿Habremos pasado ya del sitio? ¿No iremos inútilmente adelante mientras hemos dejado atrás a las víctimas y éstas habrán sucumbido? ¿No existirán ya mis amigos?

Decía amigos porque no quería admitir siquiera la suposición de que Maudlin hubiese muerto.

Comprendía en aquellos momentos de ansiedad que Maudlin era todo en el mundo para él. Todo lo que había hecho en su vida por el triunfo de la justicia entendía que lo había hecho por ella, por el amor que le había consagrado.

Recordaba todos los incidentes que habían producido la transformación del interés amistoso en amor. Recordaba sus alarmas cuando Maudlin, bajo la figura del inocente Silly, había querido vagar por las calles de Sidney, cooperando a su obra. Le parecía oírla cuando le decía:

—Eso me divertirá, y, además, no quiero que usted corra sólo todos los peligros. Por mi madre y por mí arriesga usted su libertad, y hasta la pérdida de la vida. Es justo que yo participe de los mismos peligros.

Y alguna vez le había citado el proverbio inglés:

«Cuando la casa es combatida, los amigos no deben estar solos encargados de defenderla».

Él había cedido. Había comenzado una vida de astucias. No solamente vigilaba a Toby Allsmine, sino que velaba incesantemente por el *niño*. ¡Qué ingenio tenía que emplear para no perder de vista a Silly, para dirigirle al paso algunas frases, algunos avisos, sin notarlo nadie, y qué placer tan doloroso experimentaba en aquellas entrevistas rápidas, a las cuales el misterio prestaba indefinible encanto!

Y todo aquello que la lejanía hacía más penetrante, más emocionante, vendría a tener por final la más horrible de las realidades.

Maudlin había caído en poder de los dayacos, los salvajes más crueles de la Tierra.

James seguía mirando desesperado las orillas. Y no aparecía ninguna traza de los indígenas. La espesura continuaba siendo monótona, invariable; el agua azul corría en remolinos bajo los golpes de la hélice de las chalupas; los monos y los pajarracos saludaban con sus voces chillonas el paso de las embarcaciones, y esto era todo.

Una hora, dos horas, pasaron en esta situación.

Las chalupas acababan de remontar un rápido paso encajonado entre espesa arboleda de cuya altura caían las hojas de grandes sauces, y el río continuaba su curso entre dos orillas bajas.

—¡Capitán! —gritó el marino encargado del cañón revólver. —¿Qué es eso de ahí delante? ¿Una estacada?

## Capítulo VI

### *El bosque del alcanfor*

El Corsario miró en la dirección que le indicaban.

A media milla próximamente una serie de objetos semejantes a troncos de árboles cerraba el paso del río de una a otra orilla.

No era fácil encontrar tales obstáculos en medio de bosques vírgenes, y al Capitán le produjo una sorpresa muy natural.

Las chalupas continuaban avanzando y reducían a cada minuto la distancia. Sólo estaban a unos cien metros de aquellos troncos, cuando éstos se hundieron y desaparecieron.

—¡Son cocodrilos! —exclamó el hombre del cañón—. ¡Parece que estaban haciendo el ejercicio!

—¡No, no, mi bravo Paterson! —dijo James—. Estaban pescando sencillamente. Sin duda, en la ribera hay mucho detritus, y ellos lo buscan. Debí acordarme de que he visto esto en África y en Asia. Los ribereños echan al agua todos los restos que no quieren conservar, y los cocodrilos lo saben. Así, no es raro verlos a alguna distancia de los poblados esperando que la corriente les lleve su inmundada alimentación.

—Pues, en ese caso —repuso el artillero—, sin duda estamos cerca de alguna tribu de dayacos.

James se estremeció. Su fiel subordinado decía la verdad. Un poblado tan lejano de la costa no podía tener otros habitantes que los dayacos.

Su mirada profunda siguió escudriñando el río. De cuando en cuando objetos negruzcos flotaban en la superficie del agua. La chalupa se acercó. Eran montones de hojas de arroz, fragmentos de piel sangrienta, basuras asquerosas.

No podía dudarse de que estaba próximo el campamento de una tribu. James Pack pareció transfigurado. Volvió a ser el hombre audaz y sereno que tantas pruebas tenía dadas de estas relevantes cualidades.

—¡*Stop!* —ordenó con voz vibrante; y las chalupas se detuvieron, yendo la segunda a unirse con la que él ocupaba.

Explicó la situación al teniente Paddy y añadió:

—Abordemos, y ocultemos las chalupas bajo los árboles de la orilla. Voy a hacer un reconocimiento con dos hombres. Si somos sorprendidos, un disparo de fusil os avisará. Entonces remontad rápidamente el río hasta el poblado, y ametrallad a los salvajes.

—Bien, capitán; lo haremos. ¿Pero a qué orilla piensa usted dirigirse?

—A la izquierda. Todo eso que flota en el río ha sido, a no dudar, arrojado desde la orilla izquierda.

Paddy inclinó la cabeza como satisfecho de la explicación. Poco después las chalupas se ocultaban cerca de un grupo de higueras sicomoras cuyas ramas avanzaban muchos metros bajo el agua, y James, seguido de dos hombres, saltó a tierra.

Con la mano se despidió del Teniente, y entró en la espesura con sus dos acompañantes.

A unos veinte pasos lo apretado de las ramas le ocultaba la vista del río.

Lentamente, tomando todas las precauciones útiles en la proximidad del enemigo, los tres hombres avanzaban con el hacha en la mano, y pronto encontraron una senda estrecha abierta a través de la exuberante hojarasca. Caminaron algo más fácilmente; pero hubieron de redoblar la atención, porque aquella senda indicaba la cercanía de la tribu.

En efecto; distinguieron entre los árboles el poblado. Habría un centenar de cabañas, alrededor de las cuales se movía una multitud de guerreros, de mujeres y de niños. James miró atentamente las chozas; pero no le pareció que había prisioneros en ninguna, porque en ninguna se veía guardia.

Este incidente le entristeció. ¿No serían aquellos salvajes los raptos de sus amigos, o se habría consumado ya el sacrificio de éstos?

—Sería preciso saberlo —murmuró—; y para saberlo, hallar uno de estos salvajes, interrogarle, obligarle a hablar. Paddy ha servido en otro tiempo, y sabe la lengua dayaca.

Pero no era posible ir a apoderarse de un salvaje en medio de ellos. James discurría de qué medio se valdría, cuando un dayaco, sin armas y con los hombros cubiertos por una piel de tigre cuya cola arrastraba, salió de una choza y se dirigió al bosque.

Era el singular médico que había certificado que los prisioneros estaban buenos para ser comidos.

Muy tranquilo y sin desconfianza entró el hombre en la senda por donde habían llegado antes el Corsario y los dos marineros. Había hecho ya su visita a la celda de los prisioneros, visita después de la cual se apresuró a decir al jefe de la tribu que el banquete de carne humana podía celebrarse al día siguiente. Los europeos serían degollados por la noche, y él mismo, siempre activo y diligente, iba a buscar plantas aromáticas destinadas a sazonar y dar buen sabor a los diferentes guisos que podían hacerse con tal abundancia de carne blanca.





Pasó por delante de James y de los dos marineros ocultos tras los arbustos; y los tres, con gran cautela, en silencio, se lanzaron detrás del salvaje.

Éste continuaba en su tarea, recogiendo pulcramente hojas de ciertos árboles, y guardándolas en un saco de piel que llevaba a prevención pendiente de la cintura. Cuando se bajaba para coger una hoja rojiza al pie de un ébano, un cuerpo pesado cayó sobre sus hombros: al mismo tiempo le aplicaron una tela a la boca, y con una cuerda sólida le ataron las manos a la espalda.

Aterrado el indígena se volvió, y vio a *sir* James sonriente entre los dos marineros. Atado como estaba le era imposible resistir: el celoso médico, aunque salvaje, lo conoció, y no lo intentó siquiera. Sin resistencia siguió a sus aprehensores a través del bosque. Ya era bien de noche cuando *sir* James y los demás llegaron a las chalupas.

Entonces le dejaron libre la boca, y Paddy le dijo lentamente en lengua dayaca:

—Hombre, nada tienes que temer si respondes francamente a nuestras preguntas; pero si pretendes engañarnos, sufrirás el suplicio de los que insultan al Sol.

Aterrado el indígena se volvió.

Y en inglés explicó el Teniente a su jefe:

—Le amenacé con el suplicio de los que blasfeman del Sol. Este suplicio, horrible entre todos, consiste en arrancar al paciente los dientes, las uñas y los pelos. Hecho esto, le hacen cortaduras en la piel y van arrancándole ésta a trocitos. La operación, hecha concienzudamente, dura unas diez horas, y el reo suele sobrevivir un día entero. Creo que nunca pueblo alguno ha inventado martirio más cruel.

El médico había palidecido; es decir, que su piel roja obscura tomaba un tinte ceniciento. El hombre exclamó en inglés:

—Entiendo el inglés. Hable, y responderé. Yo no soy guerrero de los que están dispuestos siempre a todos los combates y a todos los suplicios. Yo no soy más que un pobre médico de tribu...

Temblaba el hombre, se le doblaban las rodillas: se hallaba, sin duda, bajo la impresión de un terror invencible, y, seguramente, no se atrevería a mentir. James Pack le habló a su vez:

—Dime: ¿los guerreros de tu tribu han cogido unos blancos cerca del mar?

—Sí —murmuró el indígena—; pero yo no fui con ellos.

—¡No importa! ¡Toda la tribu será destruida por nosotros si han maltratado a los blancos!



—¡No, no; todavía viven! Hasta el amanecer no los sacrificarán.

Al oírle James recibió tal impresión, que por un momento pareció enloquecer de furor.

—Pero ¿no los tenéis en el poblado?

—No están.

—¿Dónde están?

—Están en el bosque *de los que esperan los dientes*<sup>[19]</sup>.

Todos los presentes se estremecieron oyendo esta horrible noticia.

—¿Los vigilan muchos guerreros?

—No; bastan dos.

—¿Dos? ¡Mientes! —gritó James—. ¡Entre los cautivos hay dos blancos que hubieran acabado con los guardianes si fueran dos solos!

—Esos blancos están embriagados por alcanfor.

—¿Qué dices?

—Digo que el bosque está formado de árboles que producen el alcanfor. Los blancos se hallan en tal estado de embriaguez, que no saben lo que les pasa. Los dos guardas son relevados cada dos horas, porque si no, se dormirían también.

—¿Y se puede ir a ese sitio sin pasar por el poblado?

—Sí; está a la orilla del Tairinwe.

—¿De este río?

—Sí.

No había que perder un momento. Los prisioneros serían muertos acaso antes de amanecer. James Pack y el médico discutieron unos instantes. El resultado de su conferencia fue que el dayaco sería embarcado en una de las chalupas, y seguirían el curso del río hasta el sitio que él designare.

Cargaron los hombres los cañones-revólver, cargaron igualmente los fusiles, y todos en sus puestos, las embarcaciones se apartaron de la orilla.

James hizo sentarse a su lado al médico bestial. Revólver en mano, le advertía que a la más leve sospecha de traición le haría polvo la cabeza. El salvaje no se atrevía a moverse.

No había Luna. Sin embargo, la noche tenía una agradable transparencia azulada que permitía dirigir bien las chalupas.

En media hora llegaron a la vista del espacio descubierto en que se hallaban las cabañas. Las embarcaciones fueron dirigidas a la opuesta orilla, y pasaron sin ser vistas. Poco más allá se notó el pronunciado olor del alcanfor, y el salvaje, señalando a la izquierda, murmuró:

—¡Ahí es!

Al punto le taparon convenientemente la boca; las barcas abordaron, y diez marineros saltaron a tierra. Dos de ellos fueron encargados de guardar al médico, que con aquella escolta que no le perdía de vista un momento entró por entre los árboles, marchando con paso seguro, como quien conoce bien el camino. Detrás, con el

corazón palpitante, iba James, delante de sus bravos marineros.

Súbitamente viéronse algunas luces a través de la arboleda, y a los oídos de los europeos llegó un pronunciado vocerío.

Hicieron alto, y luego avanzaron arrastrándose hasta el sitio iluminado... Pack pudo con gran esfuerzo reprimir un grito de horror ante el espectáculo que se ofreció a su vista.

La valla del recinto en que las víctimas habían sido encerradas estaba deshecha. Los prisioneros aparecían agrupados, postrados, inertes, en medio de una veintena de indígenas armados de cuchillos triangulares. Teas fijadas en la tierra iluminaban la horrible escena con llamaradas fuliginosas.

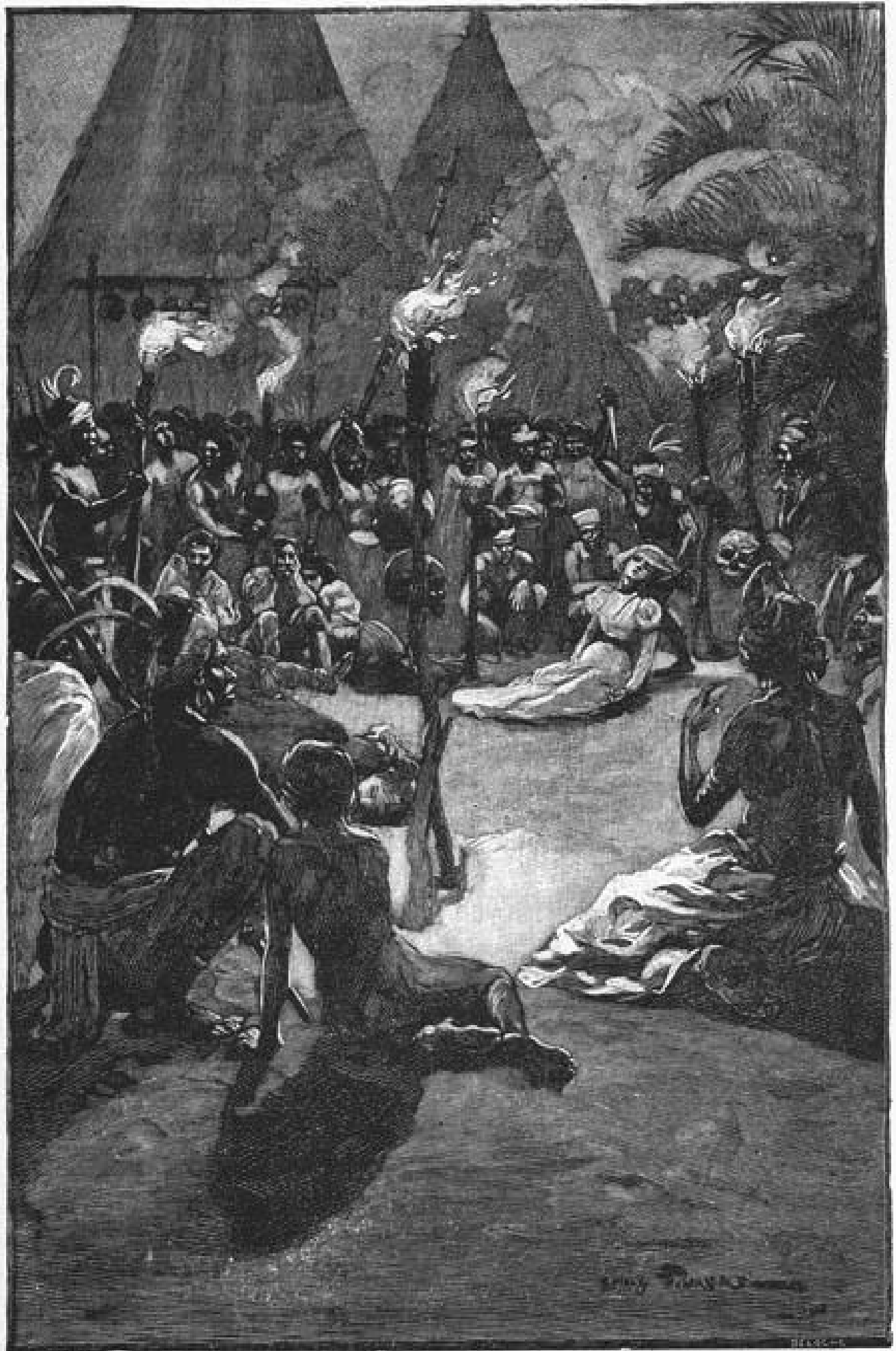
Uno de los verdugos avanzó, y cogiendo a Maudlin por los cabellos, le echó la cabeza atrás: parecía elegir el sitio donde herir a su víctima; pero súbitamente la soltó. Oyóse un rugido y una detonación. El verdugo cayó con el cráneo deshecho.

Antes que los demás pudieran volver de su sorpresa surgieron de entre los árboles sombras de hombres armados, ligeros como fieras. Eran Pack y sus marineros, que cayeron sobre los dayacos: en un abrir y cerrar de ojos diez salvajes rodaron por tierra, y los otros huyeron lanzando alaridos de terror.

Pack corrió adonde estaba Maudlin, la cogió en sus brazos y gritó con voz estentórea:

—¡Amigos, coged a los demás, y a las chalupas!

En un instante los robustos marineros levantaron a las otras mujeres y a los dos hombres, y algunos minutos después todos estaban en salvo en las chalupas.



Pero no podían esperar que pasarían por delante del poblado tan fácilmente como antes. Los dayacos que huyeron al ver caer muertos a sus compañeros habían llevado el espanto al poblado, y ya sabían todos que habían sido arrebatados de manos de sus verdugos los blancos destinados al gran banquete.

Los guerreros salvajes habían requerido sus armas; se veían cruzar las humeantes teas entre la espesura iluminando la superficie del río, y otros echaban las piraguas al agua.

Entre los indígenas era enorme la rabia por haber sido sorprendidos, y sobre todo, no podían avenirse al fracaso de la gran fiesta gastronómica que con tanto esmero habían preparado.

El combate no fue muy largo. Por orden de James las chalupas cayeron a toda velocidad sobre sus enemigos: dos piraguas partidas por la mitad se hundieron en el río con sus bárbaros tripulantes, mientras los cañones-revólver de James vomitaban con gran estrépito una lluvia de proyectiles sobre los salvajes.

Fue aquello más rápido que el pensamiento. Los aullidos de los salvajes ensordecían a los europeos; silbaron en sus oídos algunas balas; una flecha se clavó en el borde de la chalupa que mandaba James, y luego todo quedó en silencio. Las chalupas habían atravesado el espacio descubierto ante el poblado, y navegaban ya entre las orillas protegidas por la hojarasca del bosque.

James Pack mandó encender los faroles de las chalupas. Ya que no había que sorprender al enemigo, podían iluminar el camino. Las chalupas podrían navegar de noche, y llegar más pronto a los submarinos.

Tomadas prudente y previsoramente todas las disposiciones oportunas, James se ocupó en el cuidado de los prisioneros tan bizarramente puestos en salvo; pero transcurrieron más de doce horas antes de que recobraran el uso de sus facultades en la medida suficiente para comprender lo que había pasado.

Todavía aturdida por las emanaciones del alcanfor, Maudlin al recobrar el sentido miró con ternura infinita a su salvador, y cogiéndole la mano lo dijo dulcemente:

—¡Gracias, gracias! ¡Usted me ha salvado!

—¡No, no! —le interrumpió con un acento extraño, como si hablara a su pesar—. ¡Me he salvado yo mismo!

—¿Usted mismo?

—¡Porque si esos bestias hubieran muerto a Maudlin, yo no viviría!

—¿Por qué? —murmuró la jovencita con inocente rubor.

—¡Porque yo mismo me hubiera condenado a morir!

No queriendo continuar aquella conversación, James se levantó, y presentó a sus amigos el joven orangután cogido durante el viaje de ida hacia los dayacos. Refirió cómo el pobre animal, jugando con el sombrero de Armando, había indicado el camino que debían seguir.

Todos se interesaron en la breve historia del animal huérfano.

La egipcia seguía grave y pensativa como siempre. De pronto dijo:

—¿Le ha puesto usted nombre, señor Pack?

—Todavía no.

—Pues permítame usted que yo sea su madrina. Él ha reunido a los que esperaban verse juntos: puede ser que consuele a los que no esperan ya.

Nadie contestó. La melancólica reflexión de la egipcia había producido un triste silencio. Acariciaba la linda mujer al orangután, que la miraba curiosa y amablemente con sus ojillos vivos.

—Desde hoy —dijo la egipcia— te llamarás *Hope*.

—¡Esperanza! —tradujo Roberto.

—¡Sí! ¡Esperanza! ¡Esperanza!

El orangután, como si lo comprendiera, cogió las manos de la egipcia y las lamió suavemente, con un gemido cariñoso y dulce como el suspiro de un niño.



## Capítulo VII

### *El cable submarino de Sidney-Batavia*

Otra vez los viajeros que acababan de pasar por tan terribles pruebas y tan crueles emociones se encontraban reunidos en el salón del submarino número 2.

James estaba con ellos. Había confiado el mando del submarino número 1 al teniente Paddy, y no se separaba de sus amigos.

Había salido de Borneo después de haber colgado un centenar de libras de caza al timón del crucero *Shell* para cumplir la promesa de Roberto, y el navío eléctrico navegaba por el peligroso distrito de Macassar, entre la costa de Borneo y las riberas rocosas de las Célebes.

Es el país de predilección del coral, y por los ovalados cristales del barco, libres de los obturadores, los pasajeros podían admirar a su sabor las rocas cubiertas de bosquejo vivo formado por los pólipos del coral.

Maudlin no se separaba del Corsario. Siempre tenía algo que preguntarle, encontrando siempre motivos o pretextos para estar a su lado; y como su madre no quería perder un momento de vista a la hija querida, de quien había estado separada tantos años, también acompañaba al señor Pack.

Armando y Aurelia miraban por el mismo cristal, muy satisfechos de haber escapado de la horrorosa dentadura de los salvajes.

Solamente Roberto y la egipcia parecían evitar hallarse juntos, y cambiaban tristes miradas. Aunque salvados del horrible peligro de ser comidos, no experimentaban la alegría de vivir como los demás.

Un obstáculo moral separaba a los dos enamorados: si hubieran podido olvidar su situación, la sombría figura del egipcio Niari los hubiese traído pronto a la desoladora realidad.

El fanático patriota del valle del Nilo vigilaba incesantemente a sus víctimas. En todo momento, en el umbral de una puerta, en la cúpula de metal cuando el submarino subía a la superficie, aparecía siniestro, con los ojos negros como el carbón fijos en la hija de los Hador y en el primo de Lavarède. Pero si su mirada era triste y grave cuando la fijaba en ella, tomaba una expresión feroz de odio cuando veía a Roberto.

Evidentemente, Niari hacía responsable al francés de los sentimientos que alejaban del deber a la noble egipcia; el deber que él mismo, en su egoísta, pero sublime patriotismo, le había trazado con vigoroso y vibrante acento.

En cuanto al orangután *Hope*, que parecía distinguir con su afecto a los dos enamorados, enseñaba los dientes y miraba fieramente a Niari cuando éste se le acercaba. Hubiérase creído que el inteligente animal comprendía la situación. Otras veces estaba largo tiempo con la cabeza arrimada a un cristal, mirando con sus ojos vivos los paisajes submarinos donde se hallaba el número 2. En su mirada se reflejaba el asombro y la curiosidad: seguramente que todo lo que veía le parecía muy distinto de lo que había visto en el bosque donde nació.

El barco entrábase en el mar de Java. Había disminuido la velocidad; hacía frecuentes paradas, y bajaba a grandes profundidades. Parecía buscar algo importante. Armando lo hizo notar al señor Pack. Éste sonrió, e interrumpiendo la conversación con Maudlin le contestó:

—La observación de usted es muy oportuna. Mi barco está buscando algo.

—¿Y sería indiscreto preguntar a usted...?

—¡Oh; de ninguna manera!

—Entonces, me atrevo...

—Pues busco mi oficina de telégrafo.

Durante algunos minutos todos rieron, y al fin la gentilísima Maudlin, con seriedad y acento de orgullo dijo gravemente:

—James Pack es un verdadero sabio: otros más inteligentes que todos nosotros se asombrarían de lo que ha inventado.

—Perdonen ustedes —repuso Armando—; yo, en mi calidad de periodista, soy y tengo la obligación de ser muy curioso. Un periodista celoso, de temperamento como el mío, viviendo en medio de las cosas más admirables e incomprensibles, tiene forzosamente que devorar grandes angustias, persuadido de su incompetencia, de su impotencia, de su absoluta incapacidad. ¡Esto es para desesperarse y romperse la cabeza contra la pared!

Rectificó en seguida.

—¡No contra la pared! La expresión es impropia aquí, porque aquí no hay paredes en que estrellarse. Aquí estamos dentro de la cáscara de un barco extraordinario, donde todo es también extraordinario y no tienen aplicación las más usuales locuciones.

Esto era evidente; en un viaje tan admirable a través de lo maravilloso, los viajeros no hallaban frases adecuadas para expresar sus impresiones. Maudlin, muy ufana por la confesión de sus compañeros, que era un homenaje al hombre a quien todo lo debía, cogió la mano del Corsario y la estrechó entre las suyas.

—Me explicaré —dijo James después de un momento de silencio—. Lo que os sorprende, señor Lavarède, es una sencilla aplicación de la telegrafía sin hilos, que en Francia se atribuye al italiano Marconi.

Y añadió sonriendo:

—Y ahora debo realizar un acto de justicia. He dicho el telégrafo de Marconi únicamente para hacerme comprender, porque Marconi no ha inventado nada. Es

sencillamente un constructor de aparatos basados en los descubrimientos de dos sabios, el alemán Hertz y el francés Branly. Y diré también que en Francia existe un constructor, M. Ducretet, cuyas máquinas son tan buenas, a lo menos, como las de Marconi.

Armando y Roberto sonrieron satisfechos al oír hablar con elogio de sus compatriotas, y Pack prosiguió:

—Hertz hizo tangible lo que se llama, según él mismo, la electricidad hertziana. ¿Qué es esta electricidad? Lo que voy a procurar explicar lo más claramente posible.

Al oír esta respuesta, dicha con la mayor serenidad y con una calma superior a la empleada en ocasión alguna por el más flemático inglés, Armando quedó estupefacto y sin saber qué contestar. Al fin se atrevió a murmurar:

—Veo en la respuesta irónica de usted que no sabe contestarme. Dispense usted.

James, siempre sonriente, repuso:

—Se equivoca usted, señor Lavarède. Acabo de contestarle la pura verdad. Dígame usted: un sitio donde se reciben y registran los despachos telegráficos y donde pueden recogerse, ¿merece el nombre de oficina telegráfica?

—Sin duda alguna; pero ¡vamos, que en el fondo del Océano...!

—No había antes tal establecimiento; pero ya sabe usted que la necesidad hace al hombre aguzar el ingenio.

—Ya lo sabemos —murmuró Aurelia, mirando cariñosamente a su marido.

—Pues bien; yo tenía precisión —prosiguió el Corsario—, estando en lucha empeñada con el poderío inglés, de conocer todo lo que Inglaterra preparaba contra mí.

Armando le oía absorto.

—Y me he arreglado de modo que puedo recibir todos los telegramas transmitidos por los cables submarinos que unen a Sidney con el resto del mundo.

Armando abría los ojos enormemente.

—¿Es decir, mi querido y admirado señor Pack, que intercepta usted las comunicaciones con la Metrópoli y la Oceanía?

El Corsario le interrumpió.

—Perdone usted: no he dicho tal cosa. Interceptar no hubiera sido prudente, porque al cabo de ocho días, cuando más, se habría advertido que los telegramas se paraban. Se hubiera supuesto que el cable de Sidney-Batavia estaba averiado, hubieran enviado barcos para buscar el sitio de la avería, y toda mi combinación habría, naturalmente, fracasado.

—Todo eso es verdad, señor Pack. Pero lo cierto es que si usted recibe un cablegrama, no lo reciben las personas a quienes está dirigido. Esto es claro.

—No mucho. ¿No acabo de significar a usted que nadie debe notar irregularidad alguna?

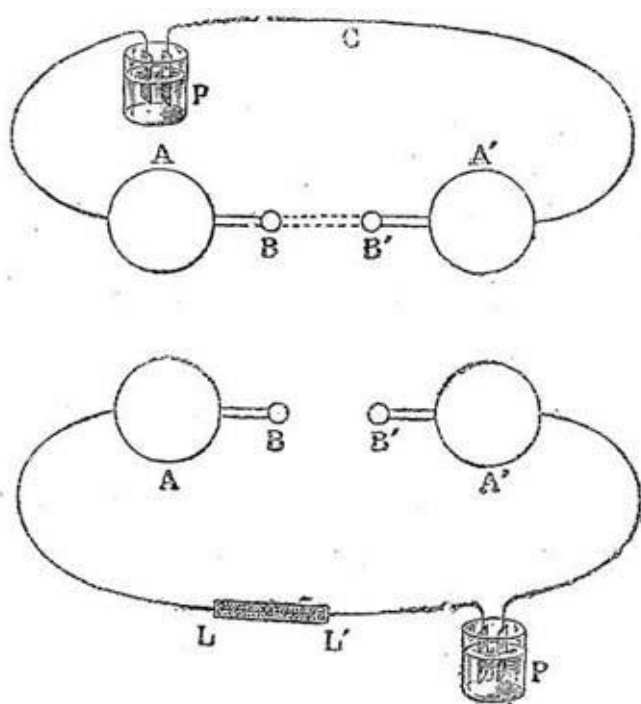
—Pues, en ese caso, no comprendo una palabra, y me declaro vencido. Esto no debe extrañarme, y ya debía estar acostumbrado, porque desde que usted nos honra

con su afecto y con su protección, estoy bajo la impresión de lo maravilloso y de lo incomprensible.

La confesión de Armando provocó en Maudlin un acceso de hilaridad de que se contagiaron los demás, y el mismo Armando.

Al mismo tiempo que hablaba dibujaba en una hoja de su cartera.

—Supongan ustedes dos bolas, A y A', electrizadas las dos, insuficientemente, sin embargo, para que sus electricidades se combinen; es decir, para que la chispa se produzca entre los puntos B y B'. Es evidente que juntando los dos puntos por medio de un conductor, la combinación se efectuará. Luego si se establece un circuito C, unido a las dos bolas y a una pila P, sucederá que la tensión eléctrica vendrá a ser bastante para producir la chispa entre B y B'. Pero mientras la chispa existe hace el efecto de conductor, y permite combinarse la electricidad de las dos bolas. De esta suerte se produce una serie de combinaciones cuya duración está limitada por la intermitencia de las chispas. Hertz había demostrado experimentalmente que este fenómeno producía en el aire una vibración sensible a distancia y sin hilos. En una palabra, el sabio alemán había hallado la electricidad hertziana.

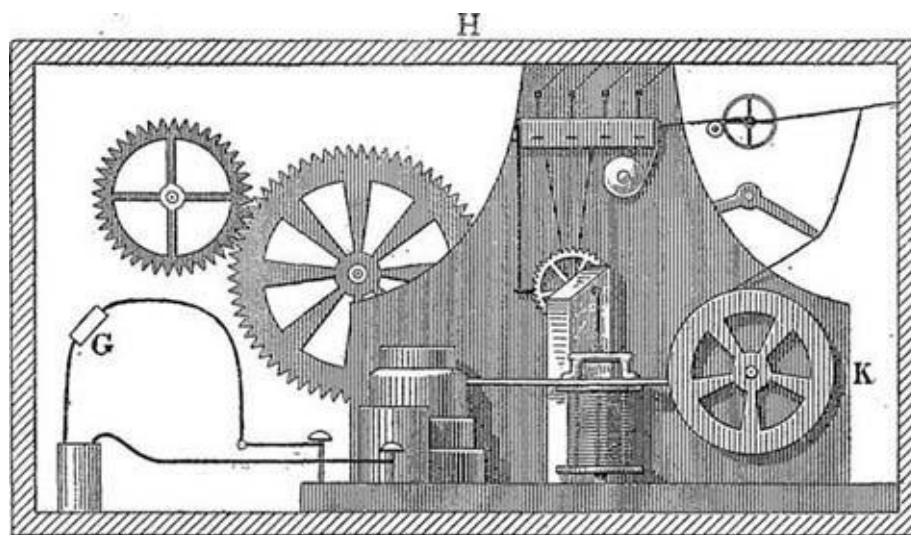


Teoría de la electricidad Hertziana

—¿Y el francés Branly? —preguntó Aurelia, tan interesada en la explicación como su marido.

—Ha encontrado el receptor —dijo Pack—. Van ustedes a ver cómo. M. Branly había advertido que las limaduras de hierro o de plata interpuestas en la corriente, como el tubo L L' «eran malas conductoras», y con gran sorpresa vino a descubrir que estas limaduras eran conductoras cuando una vibración hertziana se producía, y que seguían siéndolo siempre que se produjera un choque. Estaba, pues, inventado el

receptor. Un tubo de limaduras, colocado en medio de la corriente, la deja pasar cuando es impresionado por la electricidad hertziana; un martinete análogo al de un timbre le toca en el intervalo de las vibraciones. En estas condiciones, si el productor y el receptor están colocados a cierta distancia uno de otro, bastará poner el último en comunicación con un registrador Morse, por ejemplo, para recibir sin hilo el despacho expedido por el primero.



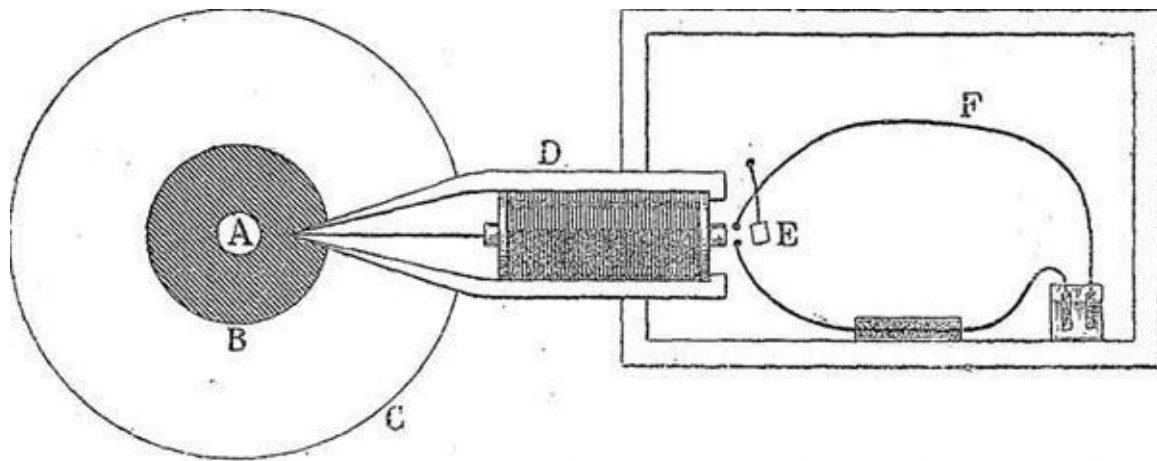
Aparato receptor

Con los ojos radiantes, Maudlin contemplaba a sus amigos, mostrando una gran satisfacción en oír tan arduas explicaciones; pero Armando no era hombre que abandonara una cuestión científica antes de enterarse completamente.

—En efecto, señor Pack; nos ha explicado usted la teoría de la telegrafía sin hilos. Sin embargo, todavía no entiendo qué relación puede haber entre ese prodigioso descubrimiento y la confiscación de los despachos transmitidos por los cables submarinos.

—¡Es que ése es el descubrimiento de *sir James*! —exclamó enérgicamente Maudlin.

Todos miraron sorprendidos a la joven. Ésta se puso colorada y bajó la cabeza tan visiblemente emocionada que el Corsario se apresuró a continuar su demostración, a fin de calmarla.



Sección de un cable submarino y el aparato de James Pack

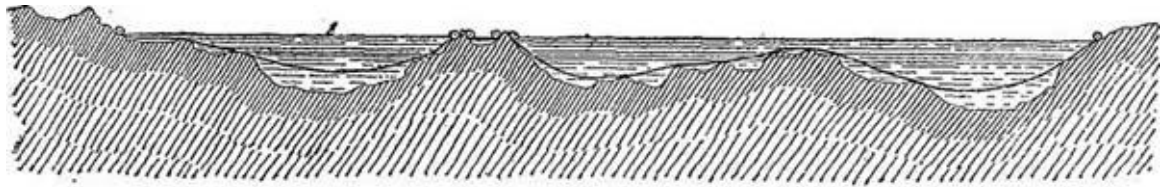
—A eso vamos, señor Lavarède. La cuestión era muy sencilla. Se trataba de impresionar una corriente hertziana al paso de la corriente eléctrica en el cable. Oiga usted cómo he resuelto el problema.

Trazando en la hoja de la cartera nuevas figuras, continuó:

—Ya sabe usted cómo se construye un cable. Es preciso que el hilo conductor esté aislado del agua del mar, conductora también, y que el aparato tenga una gran solidez, a fin de resistir a los rozamientos contra las rocas del fondo y a las múltiples causas de destrucción. Se compone de tres partes principales: el conductor, formado por siete hilos de cobre yuxtapuestos, una sólida envoltura aisladora de gutapercha o de mezclas de materias que tengan las mismas propiedades, y una armadura exterior de alambre de acero, trenzada con cáñamo.

—Exacto.

—¿Y qué hecho yo? He imaginado una especie de cuña hueca que tiene la forma de un obús cónico. La introduzco entre los alambres de acero de la armadura de manera que la punta atravesase los dos tercios de la envoltura de gutapercha. Esta cuña contiene una pequeña bobina. La corriente eléctrica, pasando por el cable, determina por acción refleja una corriente en la bobina, la cual pone en movimiento un martillito de contacto colocado, como la parte posterior de la cuña, en una caja absolutamente cerrada, hecha de vidrio fuerte. El martillito de contacto completa un circuito hertziano y determina la producción de vibraciones hertzianas, que, teniendo la propiedad de atravesar el vidrio, se propagan a través de la masa de las aguas, y vienen a dar en otra caja de vidrio, colocada a alguna distancia, que contiene un receptor Ducretet, algo modificado por mí. Desde luego, la corriente intermitente del cable produce una corriente hertziana con la misma intermitencia, y un registrador Morse anejo al receptor registra para mí el despacho, dejándolo llegar sin dificultad a su destino. He aquí todo el misterio. Ahora el submarino busca sencillamente el sitio donde están mis aparatos, para llevármelos.



Cable submarino

—¿Para llevarlos?

—Seguramente. La cita que he dado a la flota inglesa está aceptada en principio. Ya no son necesarios mis aparatos telegráficos.

En el momento de pronunciar el Corsario estas palabras el submarino número 2 se detuvo súbitamente.

—¿Qué pasa? —preguntaron.

James se acercó a uno de los óvalos de cristal.

—Pasa —dijo— que ya se ha encontrado el sitio. Si quieren ustedes ver cosa curiosa, acérquense a los cristales, y verán a mis bravos tripulantes recoger los aparatos.

Todos miraron. El fondo del mar estaba iluminado por los faroles de los dos submarinos. En el suelo rocoso el cable de Sidney a Batavia se extendía como una enorme serpiente, y muy cerca se veía una caja de hierro. Hombres con escafandras iban de un lado a otro, obedeciendo las órdenes que les daban sus jefes por medio de luces. Era un espectáculo extraño, que parecía diabólico.

Todos estaban absortos en la contemplación de aquella fantástica escena.

La madre de Maudlin aprovechó la ocasión de hablar a su hija.

—Hija mía —le dijo—, ¿quieres que te haga una pregunta...?

—¡Oh madre; con mil amores!

—Deseo tu conformidad con la pregunta que te haga. Ya sabes que por nada del mundo quiero disgustarte.

—De ninguna manera me disgustaría usted.

—Veo en tus ojos que me dices la verdad, Maudlin. Hija de mi alma, ¿te has comprometido con nuestro salvador *sir* James?

Coloreáronse las mejillas de la joven. Para los ingleses, la palabra comprometida corresponde a la española prometida. En voz suave contentó Maudlin:

—No, madre.

—Sin embargo, hija mía —insistió la madre afectuosamente—, no puedes disimular la admiración, la ternura que le consagras.

—Es verdad, madre. ¿Y cómo no...?

—No te reconvengo: no, alma mía; pero muchas veces te veo pensativa, melancólica. ¿Por qué?

Maudlin se arrojó en brazos de su madre, y muy deprisa y muy bajito le dijo:

—No tengo secretos para mi madre querida; pero él guarda uno que no conozco. Sé bien que soy su vida, que me ama sobre todo en el mundo, y, sin embargo, me

habla siempre como si terminada su obra de justicia, según dice, hubiéramos de separarnos para el resto de nuestra vida.

Y no pudo contener las lágrimas.

—¡Y yo no quiero, madre, no quiero esa separación!

Madre e hija siguieron hablando largo tiempo en voz baja; tanto tiempo, que se sorprendieron cuando James, después de haber contemplado la maniobra de la recogida de los aparatos, fue a decirles que la operación se había hecho admirablemente bien y que los submarinos iban al fin a tomar el camino del archipiélago de Cook, donde estaba la Isla de Oro, término del viaje.

¿Qué habían hablado hija y madre? ¡Misterio! Pero bien puede suponerse que Maudlin había convencido a su madre de las grandes cualidades de *sir* James, porque después de aquella larga conversación la excelente señora se complacía en interrogar a todos los hombres de la tripulación que encontraba a su paso.

¿Dónde habían conocido al misterioso Corsario? ¿Cómo los había contratado? Y de todos obtenía respuestas entusiásticas. Todos aquellos hombres debían la vida o el honor al que los mandaba. Cada uno era un testimonio vivo del indomable valor, de la magnífica generosidad del Corsario: todos le estaban obligados y se matarían por él. Los tripulantes le consideraban como un ser extraordinario, como su salvador en terribles lances de la vida, y con la discreción propia de hombres de corazón y agradecidos no se prestaban a descubrir los secretos de su jefe. Respetábanle, y se hacían una reflexión que acaso no se hubieran hecho hombres de una educación superior.

—«Ha dado tanto a los demás con la mayor generosidad, que bien puede usar el derecho de guardar su secreto».

Esto había dicho una vez uno de sus subalternos, y esto mismo se repetía muchas veces entre las tripulaciones.

La madre de Maudlin experimentaba las mismas impresiones; pero proseguía sus inútiles pesquisas. Y no era una vana curiosidad: madre amante, quería saber lo que se oponía a la felicidad de su hija.

Pasaban los días. Los submarinos, navegando en conserva, recorrían con rapidez vertiginosa los mares y los estrechos de la Oceanía.

Pasaban por aguas de Java, de Timor y de Nueva Guinea, recorriendo la mar de Banda, evolucionando en el Norte de Port-Darwin, entre los innumerables islotes que hay en aquellos parajes. Doblaban el Cabo York, la punta más septentrional de Australia, penetrando en el estrecho de Torres, tan fecundo en naufragios; atravesaban en toda su longitud el mar del Coral, que miliares de pólipos trabajan continuamente para enriquecerle; desfilaban entre las islas Lealtad y las Nuevas Hébridas, dejando lejos, al Sur, la isla francesa de Nueva Caledonia. Durante todo un día recorrieron los inmensos canales que separan los islotes de los archipiélagos Viti y Tonga. Entraban en la Polinesia, la región del «polvo de islas», como la llama con acierto el historiador chileno Pedro de Delme.



En fin, los ligeros barcos pasaron a lo largo de la isla Ativu, una de las más importantes del archipiélago de Cook.

En aquel momento los submarinos subieron a la superficie del Océano, y James Pack, reuniendo a los viajeros, les señaló a lo lejos un pico que se elevaba a cuatrocientos o quinientos metros sobre el nivel del mar, y les dijo:

—¡La Isla de Oro, amigos míos! ¡Dentro de una hora estarán ustedes en su casa!

## Capítulo VIII

### La Isla de Oro

Los pasajeros contemplaban curiosamente aquella tierra perdida en medio de la inmensidad del Pacífico, donde su misterioso guía había dado cita a los buques de guerra de la Gran Bretaña.

A medida que se acercaban los submarinos aparecían más claros y distintos los detalles de la isla. La isla, enorme masa rocosa, adornada, digámoslo así, con grandes grupos de palmeras, tenía la forma de media luna en la cual se abría una vasta bahía donde hubieran podido caber todas las marinas del mundo. Pero el acceso a la isla no era cómodo, ciertamente. Una sucesión de arrecifes formaba la costa, y por estrechos pasos se unían las aguas de la bahía con las del Océano.

James explicó esta curiosa particularidad.

—El cerco granítico es debido a los fuegos subterráneos; los arrecifes exteriores, a las plantas tropicales (polipodio) que rodean el golfo de un verdadero atolón<sup>[20]</sup>. Este nombre se da a las islas circulares madreporicas.

Los submarinos embocaban el paso central, ancho de doscientos metros con quince de fondo. A derecha e izquierda, sobre las rocas, a flor de agua, las olas se rompían en remolinos blancos de espuma.

El canal libre, diáfano como un espejo, se dibujaba claramente como un camino en medio del campo. Ningún escollo le hacía peligroso. De una a otra extremidad conservaba una anchura y una longitud regulares. Era un fenómeno frecuente; los grupos de pólipos establecen líneas tan perfectas como pudieran trazarlas los ingenieros de caminos. Los barcos estaban ya en la bahía.

—Amigos —dijo James Pack—, entremos dentro, porque el barco va a sumergirse otra vez.

—¿Otra vez? —preguntó Armando—. ¿Y para qué?

—Porque la entrada en mi casa, que es de ustedes, está bajo las aguas.

—¿La entrada?

—Sí, señor. La Isla de Oro, como la de Tenerife, es un volcán apagado. Forma una serie de cavernas donde la lava hirvió en otro tiempo. Un día se produjo una rotura, el agua del mar se precipitó, y hubo una lucha terrible entre los dos elementos. El fuego quedó vencido, y en el sitio donde ardían las materias en fusión se formó un lago interior. Así la Naturaleza me había proporcionado un refugio y preparado los

filones de oro cuyo yacimiento me había indicado un pobre minero. Así he logrado acumular un tesoro inagotable, que me permitirá llevar a feliz término una obra de justicia.

Y cambiando de tono dijo el Corsario:

—La puerta de mi casa es submarina. ¡Precedo a ustedes al salón!

Un instante después las señoras y los dos franceses estaban en el salón. El barco descendía rozando las plantas marinas. Luego una oscura entrada pareció abrirse en la roca y se oyó una vibración metálica.

—Anuncio mi llegada —dijo Pack— para que iluminen el camino.

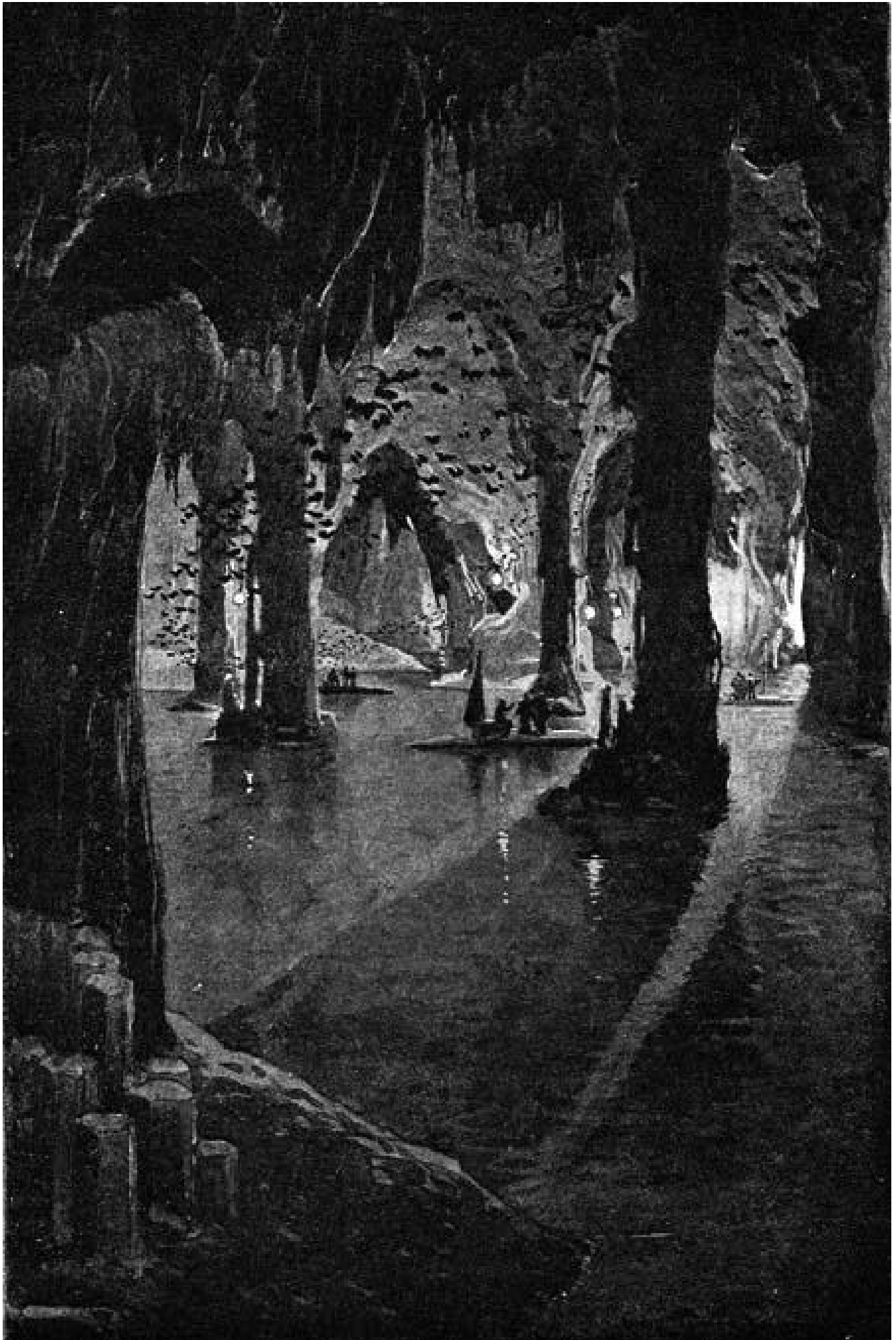
Súbitamente sucedió una claridad deslumbradora a la angustiosa oscuridad en que se movía el submarino.

En lo alto de la bóveda de las rocas, y pendientes de éstas, surgieron lámparas eléctricas dentro de globos de cristal, y el submarino número 2 entró en aquella especie de túnel.

—Esta Isla de Oro —dijo Armando—, es un palacio de las *Mil y una noches*.

—¡Sí —contestó gravemente *sir* James—; de las mil y una noches de sufrimiento, de tristeza y de trabajo! ¡Mil y una noches para llegar a un día de justicia!

Impresionados por las graves palabras del Corsario, todos callaban en aquel momento. El túnel se ensanchó súbitamente a derecha e izquierda. El submarino se detuvo, subió algunos metros, y luego quedó inmóvil.



—La salida está abierta —dijo Pack—. Pueden ustedes subir al puente.

Llenos de curiosidad, los pasajeros se precipitaron a la salida, subieron por la escalerilla metálica, y se encontraron en un momento en la cubierta del barco. Todos prorrumpieron en un grito de admiración.

La nave flotaba en el centro de una caverna inmensa que innumerables lámparas iluminaban eléctricamente. En las paredes de la caverna corrían deslumbrantes los reflejos amarillentos de las luces: parecían hiladas de oro entre las piedras graníticas.

—Esto es cuarzo aurífero —dijo Pack—, un filón o muchos filones riquísimos.

A poca distancia aparecían los otros dos submarinos del Corsario. En las orillas del lago interior se movían una veintena de hombres, tripulantes de la nave número 3, que había llegado a la isla antes que las otras dos. En las rocas se abrían galerías también iluminadas. Todo aquello era realmente inverosímil, maravilloso, sobrenatural.

De la orilla se destacaron unos botes que abordaron al submarino número 2.

—Si ustedes gustan —dijo Pack—, pueden embarcar en los botes, que los llevarán a tierra—; y —añadió con una melancólica sonrisa—, Triplex hará a ustedes los honores como amo de casa, a fin de que conozcan el palacio natural donde durante tres semanas van a estar condenados a esperar la llegada de la escuadra inglesa.

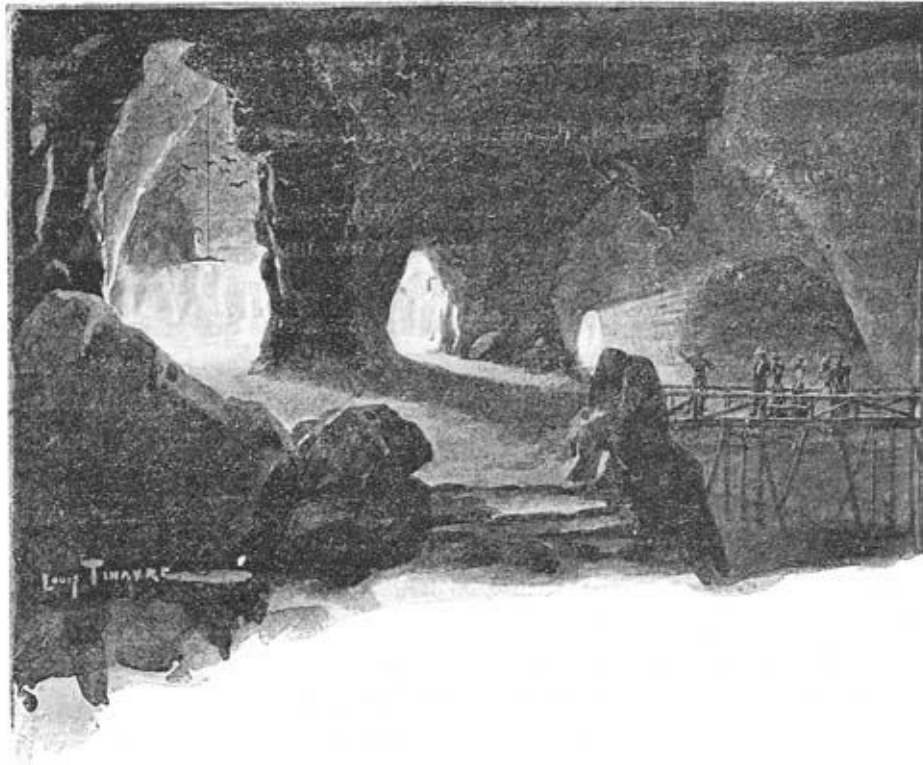
Todos embarcaron prontamente en los botes, y un momento después pisaban tierra en el arenal subterráneo de la Isla de Oro.

Precedidos por el Corsario, sus huéspedes entraron en el dédalo de las galerías abiertas en las orillas del lago interior. En todas había profusión de luces; unas estrechas y con caprichosas sinuosidades, y otras anchas y espaciosas, en todas brillaban hiladas de oro.

En todas partes deslumbraba el precioso metal en líneas y arabescos de mil formas. Aquí, columnas formadas en la masa rocosa brillaban a la luz como lingotes de oro puro; más allá, un trozo enorme de cuarzo despojado de su envoltura dejaba ver una pepita colosal incrustada en la roca, y cuyo valor sería mayor que el de un cuadro de Rafael o de Rembrandt.

Era aquello la realidad del sueño de oro que pierde a tantos desgraciados aventureros que van a morir miserablemente en lejanas tierras, como Australia, California, Guyana o Klondica, reputadas riquísimas en metal amarillo. Deslumbrados, fascinados, los huéspedes del Corsario no cesaban en sus exclamaciones de admiración.

—¡Pero es usted —dijo Armando— el hombre más rico y poderoso del mundo!



James se encogió de hombros Indiferente.

—Creo que sí —contestó.

—¿Y cómo le ha ocurrido la idea de citar aquí a la escuadra inglesa? Conocida que sea esta cita, pronto será invadida por infinitos buscadores de oro.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque la Isla de Oro me pertenece en propiedad. Yo se la he comprado al Gobierno británico, y nadie puede residir en ella sin mi consentimiento. Ya comprende usted que mis submarinos, susceptibles de convertirse en torpederos en caso necesario, me bastan para hacer respetar mis derechos.

—¡Lo creo, lo creo! —se apresuró a decir Armando, cada vez más aturdido—. ¿De suerte que es usted propietario...?

—De la Isla de Oro; sí, señor.

—¿Inglaterra ha consentido en venderla al corsario Triplex?

Pack contestó con una ligera sonrisa:

—Al corsario Triplex, no.

—¿Pues a quién?

—A mí antes de ser el corsario Triplex, a quien seré cuando deje de ser el Corsario.

—¿Y quién será?

Por toda respuesta *sir* James hizo un gesto que aumentó la impaciencia de su interlocutor.

—Verdaderamente, señor Lavarède —dijo James con un dejo de ironía—, es usted demasiado curioso. ¿Le contraría a usted mucho no saber mi nombre?

—¿Si me contraría? Para hacerme esa pregunta es preciso que usted, que tanto sabe, ignore lo que es un temperamento de periodista. Lo confieso, estoy rabiando de curiosidad. ¡Oh; sí yo hubiera tenido noticia en Sidney de los derechos de propiedad de usted sobre la Isla de Oro!

—¿Qué hubiese hecho?

—Habría telegrafiado a Londres, y pronto hubiera descubierto el nombre del comprador.

James Pack tocó amistosamente el hombro de Armando.

—Voy —le dijo— a hacer a usted una confesión. ¡Ya temía yo algo de eso!

—¿De veras?

—Sí; y por eso he esperado para hacer a usted mi confidencia a que estuviéramos lejos de todo cable.

Burlábase de Armando; pero instantáneamente recobró su grave acento habitual.

—No sea usted impaciente —le dijo—. Pronto habré terminado mi sagrada misión, y no tendré motivo alguno para conservar el incógnito.

Y diciendo estas palabras entraba por un paso estrecho que conducía a una extensa galería toda llena de máquinas.

Los huéspedes le seguían. Miraban, y no comprendían. Les parecía que se hallaban en una fábrica. Motores, volantes, correas de transmisión, tubería, cables, llaves; nada faltaba.

—¿Que es todo esto? —preguntó la madre de Maudlin.

—Esto es la fortaleza que defiende la Isla de Oro.

—¿La fortaleza?

—Sí, señora. Poniendo en acción estos aparatos, cierro y abro a voluntad el paso que une la alta mar con la bahía.

Y como todos parecía que le interrogaban con los ojos, añadió:

—No ha llegado el momento. Más tarde asistirán ustedes a ese espectáculo. Ahora, permítanme que los lleve a sus habitaciones.

No había modo de insistir con hombre tan singular. Los huéspedes le siguieron silenciosamente en el laberinto de las galerías. Al cabo de algunos minutos desembocaban en la playa del lago interior, al lado opuesto de la entrada.

La caverna tenía un aspecto maravilloso. La bóveda se elevaba unos doscientos pies, sostenida por poderosos contrafuertes cuya base de granito se hundía en el lago. En medio flotaban los tres submarinos con la cubierta fuera del agua, y las chalupas iban y venían incesantemente entre las naves y la orilla.

Unas casetas de madera desmontables aparecían cerca de los viajeros. James les dijo señalándolas.

—Estas son las habitaciones de ustedes, y creo que han de convenirles.

La vista de las ligeras construcciones fue un nuevo encanto. Provistas, como los hoteles de las playas de baños, de muebles claros de limoncillo, eran en su interior tan cómodas como elegantes.

Armando hizo notar que una temporada en la caverna equivalía a otra en una estación balnearia, y era todavía más conveniente y segura, porque un sólido techo de roca los libraba de la lluvia.

Cada cual eligió su casa, y James Pack, dejando a sus huéspedes que se instalaran a su gusto, fue a unirse con sus marineros, que se dedicaban a trabajos incomprensibles para aquéllos.

Desde aquel momento cada cual vivió enteramente a su capricho. A las horas de comer los marineros les llevaban en bandejas los manjares y el correspondiente servicio, y el Corsario se presentaba pocas veces. Sin duda, se preparaba a recibir a la escuadra inglesa, que, si era exacta, aparecería en la Isla de Oro ocho días después.

Los europeos estaban en absoluto entregados a sí mismos.

Armando, Aurelia y la madre y la hija, guiados por ésta, paseaban. Maudlin había descubierto un paso que conducía a los bajos de una casa construida, no en el interior, sino en el punto más elevado del terraplén de la cumbre de la isla.

Por aquel camino los exploradores habían podido salir al aire libre y recorrer el dominio del Corsario.

Era un promontorio rocoso cortado por estrechos valles, donde cocoteros y plantas trepadoras formaban minúsculos bosquecillos vírgenes.

Solamente estaba cultivado el terraplén superior, en el centro del cual se levantaba la casa cuya parte baja comunicaba con las cavernas.

Algunas sendas estaban trazadas en medio del césped, que las hojas de las palmeras protegían y sombreaban.

Sentíase allí la impresión de hallarse en un jardín inglés de Calcuta o de Madrás, porque los habitantes de la Gran Bretaña, aunque cambien de latitudes, de flores y de clima, siempre conservan en todas circunstancias y en todo lugar el carácter de su raza, no se acomodan al país donde residen, y no prescinden de sus costumbres en ninguna parte. La casa y el jardín de un anglosajón son tan ingleses en la India o en Australia como en Canadá, en China o en las orillas del Támesis.

Allí los huéspedes de James Pack olvidaban que estaban en un islote, punto imperceptible en medio de la inmensidad del Pacífico. En vano quisieron decidir a la egipcia a que los acompañara: la triste joven quería estar constantemente encerrada en la caseta que había elegido.

Allí permanecía durante largas horas sentada frente al agua, donde se reflejaban caprichosamente las lámparas eléctricas. ¿Veía lo que miraba? No era probable, porque parecía sorprenderse cuando Aurelia o Maudlin le ponían cariñosamente la mano en el hombro. Evidentemente, estaba absorta en el sueño de sus esperanzas perdidas.

Su dulce semblante palidecía, hundíanse sus mejillas poco a poco, y Roberto exclamaba desesperado:

—¡Se está matando a fuego lento!

Sí; la imaginación la mataba, y su enamorado no sabía ya cómo consolarla. La



presencia de Roberto ejercía sobre ella una influencia dolorosa. Le veía, y empezaba a temblar, palpitaban sus párpados, retorció las manos, y se encerraba en la caseta para no salir ya en todo el día.

Un ser odioso vagaba constantemente cerca de ella. Era Niari, que parecía afligirse viendo cómo desmejoraba la egipcia; pero, sin embargo, no por eso se quebrantaba la férrea voluntad del patriota. El odio que expresaban sus ojos cuando encontraba a Roberto declaraba que de todo hacía responsable al enamorado de su compatriota. Su aversión a Roberto era cada vez más intensa, y se manifestaba por breves frases que silbaban entre sus agudos dientes.

—¡Francés pérfido, le has robado el alma! ¡Osiris, da a tu servidor el espíritu de la venganza!

Pero prudente y disimulado, como todos los orientales, el egipcio se contenía cuando notaba que le observaban, y nadie podía adivinar los pensamientos de venganza que bullían en su cerebro. Aurelia, sin embargo, estaba muy inquieta. Un día comunicó sus impresiones a James Pack.

La confidencia sorprendió al Corsario.

—De aquí a poco —dijo— va a llegar la escuadra inglesa. Niari no es de los hombres que desisten de su resolución.

—¿Qué puedo hacer en favor de esa pobre egipcia?

—¿Le preocupan a usted tanto sus preparativos —dijo Aurelia— que no podría llevarnos otra vez al fondo del mar? Recuerde usted el efecto que el espectáculo del fondo del mar ha producido en el ánimo de nuestra pobre amiga. Primero resistió; pero luego se impresionó favorablemente con la grandeza de ese espectáculo desconocido. ¿Podríamos volver a ofrecérselo?

—Seguramente —respondió James Pack a la amable Aurelia—. No me atrevía a proponerlo, porque una excursión submarina me parece poco eficaz para disipar un dolor profundo; pero si usted piensa lo contrario, estoy siempre a sus órdenes.

—¡Muchas gracias! ¿Y cuándo podremos emprender la expedición?

—Mañana.

—Lo comunicaré a los demás.

—Al amanecer podrán llevar a ustedes los botes al submarino número 2, el cual los transportará fuera de la cintura de arrecifes que cierra la entrada de la bahía.

—¿Y luego?

—Luego iré yo también y les enseñaré las grandes profundidades, a fin de distraer todo lo posible a la enferma y obtener, si es posible, una reacción nerviosa favorable. Temo que esa mujer muera por consunción.

James se separó de Aurelia, y ésta, con la más profunda tristeza, previno a Armando de lo que había convenido con el Corsario. Roberto, la madre de Maudlin y ésta aceptaron con gusto ser de la partida. Era demasiado monótona la vida en la Isla de Oro.

La egipcia quiso resistir; pero le hicieron comprender que habían contado con su

conformidad ante el Corsario, y le fue imposible mantener su negativa.

## Capítulo IX

### Las flores del mar

Después de una noche de impaciencia todos se encontraron reunidos en la playa esperando que llegaran las chalupas que habían de llevarlos al submarino número 2.

Los sorprendió ver a Niari; pero éste pidió con tal insistencia ser de la partida, y al formular su deseo miraba con tanto interés a la hija de Jacob Hador, que consintieron en complacerle.

Pensaron que el corazón del egipcio se enternecía, que acaso estaba en camino de renunciar a su hostilidad, y animados todos por esta idea halagüeña, ninguno se fijó en el aspecto extraño, casi solemne, con que el ex-servidor de Thanis ocupó su puesto en la chalupa.

Sin embargo, Niari parecía menos un hombre dominado por la emoción y capaz de sentimientos generosos, que uno de los feroces sacerdotes de rostro marmóreo que realizaban en otro tiempo los sangrientos sacrificios exigidos por el rito de Apis vengador.

En la cubierta del submarino esperaba el Corsario a sus huéspedes. Los hizo bajar al salón, cerróse la compuerta exterior, y la nave descendió lentamente bajo el agua. Navegó, recorrió el túnel que unía el lago con la bahía de la Isla de Oro, y pronto la hélice batió las olas de la vasta cortadura, en torno de la cual crecían en semicírculo las plantas de la costa.

—¿Este golfo no tiene nombre? —preguntó Armando.

La pregunta pareció chocar al Corsario, que respondió vivamente:

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque si no lo tuviera, yo propondría el de usted.

—Desgraciadamente —repuso *sir* James—, la bahía tiene ya un nombre más justificado.

—¿Y ese nombre?

James Pack dudó un momento.

—¿Es también otro secreto? —preguntó Lavarède con cómica impaciencia.

—No.

—En ese caso, venga el nombre.

—El golfo tiene el nombre de uno de mis compañeros de lucha, del que ha demostrado más valor y que ha sostenido mi voluntad cuando estaba en peligro de rendirse. Es un homenaje de gratitud que le he consagrado sin consultarle, y ahora,

obligado a declararlo, me pregunto si habré hecho mal, y si no le parecerá culpable mi silencio.

Como, a su pesar, sus ojos dirigían tiernas miradas a Maudlin, ésta, toda ruborosa, hizo un esfuerzo para decir:

—Nada ha podido usted hacer, *sir* James, que no sea noble y generoso.

—¿Lo cree, así, Maudlin? En ese caso, ya no tengo por qué callar. Navegamos en este momento por la bahía Silly-Maudlin.

Todos aplaudieron, menos la madre de Maudlin, que bajaba confusa la cabeza; pero miró furtivamente al Corsario con infinita ternura.

Y continuó James.

—El promontorio Oeste es el cabo de Lord Green; el que está en frente es la punta James; los arrecifes que defienden la entrada del golfo tenían ya nombres que me son muy queridos. Son las rocas Lavarède, la piedra Roberto y las islas Lucía y Aurelia.

En todos produjo gran satisfacción la delicada idea del Corsario de perpetuar el recuerdo de la visita de sus amigos a la Isla de Oro.

Pero el Corsario había cometido una injusticia, y Aurelia interpretó el pensamiento de todos diciendo:

—Señor James, sólo falta un nombre entre los que ha puesto usted a sus dominios; falta el nombre más importante: el de usted.

—No falta, señora mía.

—¡Eso es otra cosa!

—El paso más profundo, el único por donde un navío de alguna importancia puede llegar a la bahía, ha sido ya designado para ser conocido por mi nombre.

—¿Y ese nombre...? —exclamó Armando, creyendo llegado el momento de saber el verdadero nombre del grande hombre, que cada vez les parecía más admirable.

Con una sonrisita irónica *Sir* James contestó en el tono más natural:

—El nombre es Triplex.

Y sin hacer caso de la expresión singular de la fisonomía de sus oyentes ante su sencilla declaración, continuó:

—Precisamente ahora llegamos al paso Triplex. Miren ustedes por los cristales, y les mostraré el sistema de defensa que pone a la bahía a cubierto de un ataque imprevisto.

Armando, que miraba atentamente, gritó:

—¡Ya veo, ya veo, señor Triplex! ¡Ha instalado usted un tranvía, o un ferrocarril submarino! ¡Veo perfectamente los rieles que atraviesan el paso en toda su latitud!

Era exacta la observación: el submarino se deslizaba por el paso citado.

En el fondo se distinguían claramente líneas semejantes a los rieles de una vía férrea.

—¡Aquí es donde yo querría ver a usted! —dijo James jovialmente a Armando.

—Pero ¿con qué fin ha puesto usted esos rieles en el fondo de las aguas?

—Me explicaré. El trabajo de colocar los rieles no es un gran esfuerzo para hombres provistos de escafandras, y no hay para qué insistir en ese punto. En cuanto al objeto, es puramente defensivo: he querido poder cerrar el paso en caso de necesidad.

—¿Cerrar el paso?

—Exactamente. Suponga usted que se presenta un barco sospechoso de mala intención. No puede abordar más que en la bahía, porque fuera la costa está formada por rocas escarpadas y abruptas a las cuales es más difícil acercarse para desembarcar por los arrecifes que se prolongan a lo largo.

—El barco buscará un paso... —interrumpió Armando con su habitual curiosidad.

—Sí, buscará; pero no encontrará —replicó James Pack.

— ¿Por qué?

—Porque sobre los rieles que están ustedes viendo correrán unos carretones o vagonetas de hierro que sostienen rocas movibles. Ya han visto ustedes mis talleres eléctricos en ocasión de la primera visita a las cavernas de la isla. Me basta establecer allí abajo algunos contactos, para que mis carretones marchen. Los arrecifes artificiales que llevan cierran el paso, y el barco sospechoso se va por donde ha venido, persuadido al ver la rompiente que corta las olas de que la bahía es como un lago interior de imposible acceso.

Y añadió con finísima ironía el admirable Triplex:

—Si fuera conocido mi sistema, defendería la entrada de un puerto con más seguridad que los torpederos. ¿No lo creen ustedes así?

No era fácil determinar lo que pensaban los oyentes. Estaban bajo la impresión del asombro más profundo. Sentíanse como anonadados ante la prodigiosa imaginación de aquel hombre de excepcional ingenio, que a cada momento les revelaba una invención maravillosa, capaz de producir una revolución en la vida social de los países civilizados.

El submarino había pasado el canal flanqueado de arrecifes, y sin disminuir la marcha bajaba al fondo del Océano. El manómetro señalaba una profundidad de dos kilómetros, cuando Roberto preguntó:

—¿Tocaremos el fondo?

—Sí —respondió Pack—. Dentro de diez minutos estaremos a dos mil ochocientos metros. Será, pues, llegado el momento de vestir las escafandras, a fin de salir en cuanto la nave dé fondo.

Todos se dispusieron al viaje. Pensaban ellas en la hermosa idea del Corsario de dar nombres a los diferentes puntos de la isla y hacer con este motivo un delicado homenaje a sus huéspedes, y ellos pensaban en la capacidad creadora de una persona que, como él, por la sola fuerza de su voluntad científica podía sobreponerse al inmenso poderío de una nación tan grande como Inglaterra.

James Pack había calculado bien el tiempo, porque sus huéspedes acababan de vestir las escafandras cuando cesó el movimiento de la hélice. El submarino número 2 se había detenido en un lecho arenoso en el fondo de la cavidad del foso que separa los archipiélagos de Cook y de Tonga.

Foso es el nombre que dan los geógrafos a las considerables depresiones que se encuentran en el Océano Pacífico. Ningún mar presenta diferencias de nivel tan acentuadas. Así, los fosos de Jeffrey's y de Thomson, al Sur y al Este de Australia; el de la Gazella, alrededor de la isla Norfolk; los de Nares, Challenger y Vetter Pizani, en las cercanías de los archipiélagos de las Carolinas y las Marianas; los de Animen y Belkuep, en la región de las islas Hawai, y el de Miller cerca del grupo Clarence, tienen de cuatro a siete mil metros de fondo, cuando los terrenos inmediatos, elevados por la inmensidad de colonias de pólipos, indican apenas en el sondeo profundidades de mil a dos mil metros. Además, en la Polinesia francesa (Tahití, Toubvay, Gambier y Marquesas) los corales, por efecto de una agitación volcánica progresiva, están solamente a cien metros de la superficie de las aguas, y si el movimiento geológico sigue, la bandera tricolor dominará allá abajo antes de un siglo un imperio más vasto que la Nueva Guinea y la isla de Borneo juntas; es decir, tres veces más grande que la Francia europea.

A una de aquellas cavidades del Pacífico era adonde *sir* James iba a llevar a sus huéspedes, protegidos por escafandras bastante sólidas para resistir a la enormísima presión de nueve mil pies de agua.

Llenóse el compartimiento, y, abierta la puerta, los expedicionarios salieron.

A tan gran profundidad no llegaba la luz del Sol. Pero todo estaba previsto. Lámparas eléctricas habían sido colocadas en las cápsulas esféricas que cubrían las cabezas, y estas lámparas, encendidas por medio del acumulador que formaba parte del equipo de cada uno, reemplazaba la falta de los rayos solares.

Los viajeros experimentaron una viva sorpresa. Habían oído decir a doctos personajes que en su gabinete de trabajo estudian las profundidades submarinas sin haber navegado nunca, que toda vegetación cesaba a los ochocientos metros. Ellos estaban a una profundidad cuádruple, y las rocas ostentaban inmensidad de espléndidas plantas lozanas y lujuriantes.

No eran algas y demás plantas marinas, ya conocidas de los huéspedes de *sir* James. Era otra cosa, otro espectáculo maravillosamente hermoso. Las vegetaciones, de consistencia gelatinosa y cortadas en finísimas hojas, transparentes y multicolores, parecían cubiertas de piedras preciosas.

Las hojas, a las cuales el movimiento del agua comunicaba un balanceo de serpentina, brillaban deslumbradoras bajo las lámparas eléctricas de los turistas.

Entre aquella vegetación veíanse pasar extrañas formas de animales desconocidos; unos de aspecto metálico, diáfanos, aparentemente del mismo matiz que los vegetales de que se nutrían; otros más parecidos a las especies conocidas, pero provistos de una fuerza centuplicada, indispensable a seres que viven bajo la

formidable presión de tres mil metros de agua.

Todos aquellos animales no reparaban siquiera en los visitantes, y Armando, estableciendo la comunicación telefónica con James Pack, le hizo notar esta circunstancia.

—¡Amigo —le dijo—, no hacemos efecto en todos estos animalillos!

—¿No sabe usted por qué?

—Seguramente que no.

—Pues nuestras lámparas eléctricas son las que motivan la indiferencia de esos seres. Nos toman por *sternoptychídeos*.

—¿Y quiénes son esos bichos?

—Son peces encargados de iluminar los fondos oceánicos.

—¿De iluminar dice usted?

—Sí, señor.

—¡Vamos; son los faroleros del gas de las profundidades marinas!

—Son más que eso; son los electricistas, porque las glándulas luminosas que llevan en la cabeza producen una verdadera luz eléctrica.

Armando no pudo contener la risa.

—¡Tiene usted gana de broma! ¿Ha visto usted esos singulares peces vivos?

—Ahora no, porque llevando nosotros luz, ellos huyen o no lucen.

—¿Y cómo puede usted afirmar su existencia y sus funciones?

—Su existencia, porque los he visto y los he cogido con mis manos; y sus funciones, por razonamiento. Haré que usted lo comprenda. Los animales destinados a vivir en la obscuridad, tales como los pescados de las cavernas, son ciegos, o, para decirlo con más exactitud están privados del órgano de la visión.

—Eso ya lo sé.

—¡Bien! Pues los habitantes del fondo todos tienen ojos, por donde se entiende que deben de conocer la luz. Como el sol no llega nunca hasta ellos, hay que admitir que pescados provistos de la glándula eléctrica están destinados a producir la luz. Advierta usted, además, que los sabios franceses que han hecho sondeos de tres y cuatro mil metros en el Atlántico y han recogido ejemplares de esos curiosos y extraordinarios animalitos, han emitido la misma opinión que acaba de oír.

Esta vez Armando no protestó; pero antes de interrumpir la comunicación *sir* James le oyó murmurar:

—¡Oh Naturaleza! ¡Maravillosa Naturaleza! ¡Tú has creado el alumbrado eléctrico antes que los ingenieros, y sin costosos aparatos y sin complicadas instalaciones! ¡Un pececillo insignificante puede alumbrar como una lámpara de diez bujías...!

Nuevos objetos llamaban la atención de todos. Cambiaba la naturaleza del fondo. El camino estaba lleno de rocas amontonadas. Allí habíase producido, sin duda, un cataclismo, un trastorno geológico. Unas piedras se elevaban en punta, otras, bloques enormes, parecían pedazos de muro, y el conjunto semejaba las ruinas de una ciudad

asaltada por el enemigo.

Todos quedaron estupefactos. En derredor estaba el agua roja, y las lámparas parecen alumbrar un enorme incendio. El Corsario les explicó el fenómeno mostrándoles en el suelo sobre el cual se movía cantidad innumerable de unos animalillos que tenían vaga semejanza con los caracoles de nuestros campos y jardines.

*Sir James* telefoneó esta palabra:

—¡Murex!

Todos sabían que el murex es el molusco ancho y aplanado, cuya concha produce la púrpura. Los viajeros habían llegado a un concurridísimo banco de aquellos bichos. A cada paso aplastaban centenares de ellos, con lo cual el agua era cada vez más roja.

Necesitaron más de media hora para franquear la zona ocupada por los moluscos. El suelo estaba más bajo: se hallaban en un valle abundante en bloques de piedra, y en cuyos flancos se veían algunas manchas negras, que eran la entrada de cavernas en que podían habitar animales muy peligrosos.

Roberto entró de pronto en el estrecho intervalo que separaba dos masas de piedras. Parecía allí el hombre como una hormiga en el intersticio de dos adoquines. Su movimiento imprudente lo había motivado una especie de arbusto azulado que estaba al pie de la roca. Era el coral azul de las profundidades, solamente conocido por los hombres científicos, y que, precisamente por la excesiva profundidad en que se desarrolla ha de tardar mucho tiempo en figurar en el arsenal de la coquetería femenil.

La rareza del pólipo explica el apresuramiento de Roberto para recogerlo. Quería ofrecer aquel rarísimo y valioso coral a la egipcia, con la esperanza de obtener de ella una dulce sonrisa.



## *Capítulo X*

### *Perdido bajo las aguas*

Se había inclinado, y ya su mano se crispaba sobre el pólipo de coral para arrancarlo de la roca, cuando quedó inmóvil. Un objeto blando le había rodeado, y le apretaba fuertemente contra uno de los bloques de granito entre los cuales imprudentemente se había metido.

Miró con miedo, y vio sorprendido, aterrado, que lo que le sujetaba a la roca era una cuerda.

¿Qué significaba aquel obstáculo?

No tardó mucho tiempo en comprenderlo: a su lado hallábase otra escafandra, y el teléfono le transmitió estas palabras:

—¡Tú eres el obstáculo a la libertad de Egipto! ¡Tú te has apoderado de la voluntad de la hija de Hador! ¡Has de morir aquí! ¡Niari te ha condenado!

Quiso contestar, suplicar al egipcio, que los había acompañado en la expedición para cumplir su cruel venganza; pero después de pronunciar la amenaza cortó la comunicación y se alejó de prisa para unirse a la caravana.

Un sudor frío invadió al desgraciado Roberto. Pensó que acaso los demás no notarían su falta, que iba a quedar allí perdido en el abismo con tres mil metros de agua sobre la cabeza.

¡Oh; no era posible! Muerte semejante sobrepujaba en horror a todo lo más espantoso. Hizo un esfuerzo poderoso para desasirse de sus ligaduras; pero la cuerda resistió.

Allá abajo las luces se alejaban: pronto no fueron más que débiles puntos luminosos, y luego pálido reflejo de claridad que no tardó en extinguirse. Todo quedó en la obscuridad.



Roberto estaba solo, cautivo bajo las olas. Gritó; le parecía que una convulsión espantosa hacía pedazos su cerebro, y perdió el conocimiento.

Pero quedó en pie, sostenido por la cuerda que le sujetaba a la roca.

¿Cuánto tiempo duró su desvanecimiento? Él mismo no hubiera podido determinarlo.

Volvió en sí, se dio cuenta de la situación, y miró en derredor con espanto. La lámpara eléctrica adherida al casco de la escafandra proyectaba un reducido círculo luminoso, pero no alumbraba más que rocas.

Sólo estaba el pobre Roberto en aquel desierto submarino.

Desesperado pensó:

—¿Cuánto tiempo viviré todavía? Al partir traía oxígeno para doce horas. ¡Antes de seis me faltará!

Pronto la asfixia le ahogaría; pero esta idea, en vez de aterrarle, le pareció consoladora.

—Seis horas de agonía —dijo—, no son muchas, y puesto que estoy perdido, puesto que nadie ha de poder encontrarme, mejor es sufrir poco tiempo.

A pesar de estas palabras de resignación, todavía el cautivo intentó romper sus ligaduras.

¿Esperaba algún auxilio? No; pero el instinto de conservación era más fuerte que la esperanza, y le impulsaba a luchar.

Respiró en el momento en que, después de grandes esfuerzos, sintió que se

aflojaba la cuerda. Había logrado romper los nudos hechos por Niari; pero todavía no había deshecho las ligaduras. De pronto hizo un movimiento cuyo resultado fue que la cuerda se enganchara en los picos de la roca, y al fin logró que cayera a sus pies.

Durante un minuto alentó el pobre, considerándose libre; pero pronto hubo de pensar en lo imposible de la lucha. ¡Libre! ¡Era una ironía del Destino, una ironía lúgubre! ¡Libre, extraviado en la inmensidad del Pacífico, bajo una montaña de agua de la altura del monte Blanco!

La libertad no le permitía otra cosa que sentarse para morir.

Sin embargo, todavía esperaba. Estaba solo, sus compañeros habían desaparecido; pero si él siguiera sus huellas, los encontraría. Y la huella la encontraría sobre la arena, entre las rocas.

Era preciso absolutamente seguir la pista.

Roberto salió de entre las dos rocas. Tal era su confianza, que cogió el coral azul. ¿Cómo había de abandonarlo, si casi estaba seguro de poder ofrecérmelo a su enamorada?

Pero cinco minutos de marcha le desalentaron dolorosamente.

No había reflexionado bien, y se culpaba amargamente de su aturdimiento. ¿Huellas? ¿Qué huellas podía haber bajo la formidable presión de 3000 metros de agua y de 3000 atmósferas, bajo aquella presión que haría estallar como si fueran de papel las calderas de las más poderosas máquinas de vapor? El suelo no presentaba señal alguna de pasos. Roberto pensó que Armando y *sir* James habrían advertido ya su ausencia, que le buscarían, pero que no podría dar con ellos.

¡Ah! Ciertamente, no era la muerte lo que le espantaba. ¡Era tan desgraciado hacía tanto tiempo! Pero le pareció desconsolador, tristísimo, horrible, exhalar el postrer suspiro en las profundidades del mar.

Otra vez anduvo, y volvió y tornó a andar mirando en derredor con suprema angustia, con la ansiedad de un condenado que no ve salvación posible.

En el límite del espacio iluminado vio moverse formas indistintas. ¡Oh! ¡No se engañaba! Pero no eran hombres, no eran escafandras. ¿Qué era? No lo sabía; pero lo que veía le parecía horrible. Le aterraba todo aquello, de forma imprecisa, de líneas extrañas y duras, que se movía, agitándose en los confines de la luz y de la sombra.

Instintivamente Roberto retrocedió a las rocas entre las cuales estuvo atado. Allí respiró un momento creyendo, ¡infeliz!, estar en seguridad. Su mano derecha se crispaba sobre su caja eléctrica, dispuesto a combatir a un enemigo que no conocía, pero que estaba seguro de que iba a acometerle.

A pesar de su resolución, sintió que un frío glacial invadía todo su cuerpo; sus dientes castañeteaban: no era posible que persona alguna haya sentido terror semejante.

No sabía quién era su enemigo; pero sí que era un monstruo implacable, un monstruo que iba a hacer presa en él.

Era preciso descubrir al animal. Roberto dirigió su lámpara eléctrica a las

tinieblas que le rodeaban. Lo que veía era lo más aterrador que pudiera imaginar.

No era un monstruo lo que tenía delante; era un ejército de bestias heteróclitas, grotescas y terribles. La Naturaleza, siempre superior al hombre, parecía haber querido probar que las invenciones de Callot<sup>[21]</sup> no eran más que pobres copias de su obra.

Lo que sus ojos inflamados contemplaban no era una visión de horror, de locura; era el horror mismo, la locura misma.

Allí tortugas gigantes, con pinchos formidables capaces de partir un caballo por la mitad, avanzaban arrastrando sus patas velludas; enormes arañas de mar se retorcían pendientes de las rocas.



Más allá, crustáceos asquerosos con cuerpo de langosta de las dimensiones de un barril, terminado por una cola delgada y móvil que se movía como una serpiente. Y más lejos, bestias sin forma y sin nombre, masas gelatinosas, enormes pulpos. Aquellos odiosos seres estaban a diez o doce metros de distancia. Parecían inmensos búhos con dos agujeros en que brillaban los ojos glaucos, y tenían una abertura más grande, que era la inmunda boca del animal. Aquellas masas se arrastraban hacia Roberto.

El asqueroso ejército se acercaba rodeando el sitio en que estaba Roberto en el estrecho espacio entre las rocas. Por suerte, los monstruos no podían penetrar en la hendidura donde el infeliz se había refugiado. Pero, cosa más horrible, las bestias escalaban las rocas. En lo alto, a la derecha y a la izquierda, no veía más que bocas curiosas y pinchos amenazadores.

La desesperación de Roberto llegó al colmo. Con su caja eléctrica lanzó chispas contra sus enemigos. A través de su casco metálico oyó ruidos extraños, rozamientos de patas sobre la piedra, movimientos de mandíbulas de bestias que devoraban a las que las chispas eléctricas habían destruido.

Lanzó chispas sin cesar en el delirio de la desesperación. Entregado a aquella obra de muerte, cesó un instante de observar la parte superior de la hendidura donde estaba refugiado. Un enorme tentáculo descendió lentamente sobre Roberto. Afortunadamente para él, hizo un movimiento, y el terrible tentáculo rompió la lámpara del casco de la escafandra.

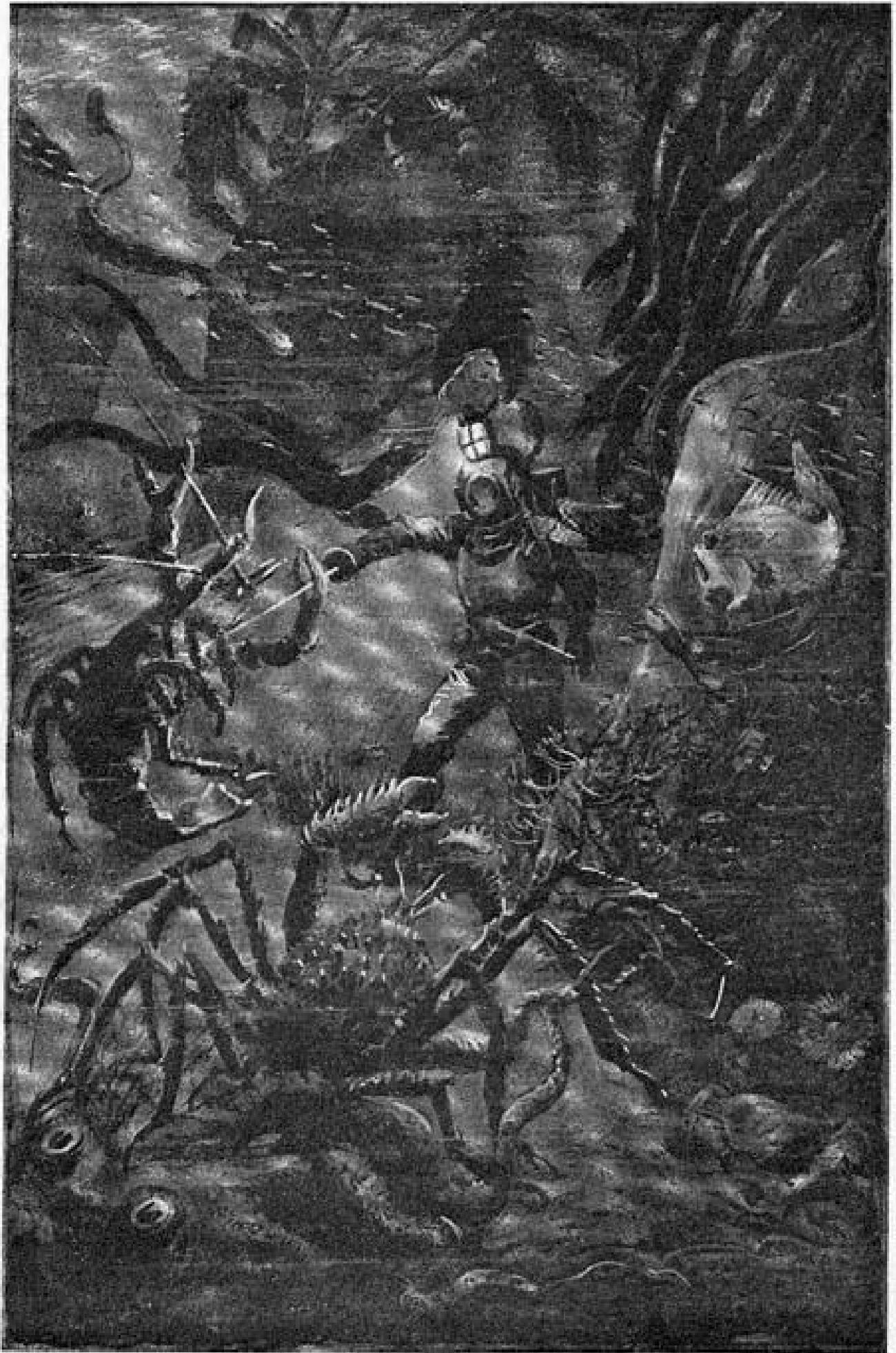
La noche rodeó a Roberto. No veía nada; pero oía el rumor de sus enemigos.

¿Iba a perecer sin poder defenderse, sin haber agotado su provisión de electricidad?

No; una lucecilla brilló en medio de las aguas, y luego otra, y otra luego. De toda la circunferencia de las tinieblas llegaban ráfagas de luz, que parecían fuegos fatuos. Las ráfagas de luz iban y venían, pasaban y repasaban con el incesante movimiento de los *sternoptychídeos*, que hacían su oficio. Los pececillos luminosos iban a alumbrar la agonía de Roberto.

Prodújose una confusión espantable. La lámpara eléctrica del pobre hombre lanzó infinidad de chispas abrasadoras. Pero todo lo había olvidado en el ardor de la lucha. Las chispas empezaron a disminuir y tenían cada vez menor alcance: era que la tensión eléctrica disminuía en el acumulador. Todavía mató algún monstruo; pero al fin el aparato dejó de funcionar. En vano Roberto apretaba los resortes: no saltaba ni una chispa. Las municiones se habían agotado.

—¡Todo ha concluido! —pensó Roberto.



Y los tentáculos eran cada vez más y más amenazadores. Roberto se encogió en dolorosas contorsiones lo poco que se lo permitía la escafandra, para evitar el contacto con los monstruos. Su suplicio era intolerable. Sentía que en el corto tiempo que le restaba de vida iba a perder la razón.

Cerró los ojos y se resignó a morir.

Súbitamente se escapó de su pecho un grito ronco. Le habían cogido, le habían levantado. Se creyó perdido: estaba como un idiota, loco, sin conciencia de sí mismo.

Pero los monstruos habían desaparecido. Rodeábanle las escafandras. Eran sus compañeros de viaje que le habían encontrado. *Sir James Pack* conocía perfectamente la región; muchas veces había recorrido aquel abismo en la intermediación de la Isla de Oro. Había discurrido dónde podía haberse extraviado el bueno de Roberto, y, como siempre, había acertado.

Roberto no tenía fuerzas. Se dejó llevar; entró con todos en el submarino número 2, y desembarazado del aparato de buzo penetró en el salón, donde le esperaban para felicitarle.

Una exclamación general saludó su presencia; un grito de admiración, de estupor: tan violentas habían sido sus emociones, que un círculo de sus cabellos, precisamente en medio de la frente, había blanqueado completamente.

Pero la penosa impresión se desvaneció pronto. Allí estaba el orangután *Hope*, que dando saltos y gritos de alegría se lanzó a abrazar a su amigo Roberto. Todos rieron, y Roberto, después de devolver al mono su caricia, presentó a la egipcia el coral azul, que en medio de sus terribles emociones no abandonó un momento.



## Capítulo XI

### Suplicio de un curioso

Hay que renunciar a expresar la indignación de todos cuando conocieron la criminal conducta de Niari.

Sir James Pack tuvo que intervenir para impedir que sus huéspedes castigaran al egipcio con la ley de Lynch. El Corsario salvó la vida del culpable, el cual —justo es decirlo— tan impasible y sereno se mantuvo ante las amenazas de muerte como si nada fuera con él; pero le obligó a quedar prisionero en las cavernas hasta el momento en que consintiera en facilitar el matrimonio de Roberto con la egipcia.

Aunque nadie esperaba que Niari desistiera de su obcecación patriótica, todos se conformaron con no verle más.

Se comprenderá que ya no emprendieran más excursiones submarinas: ya no se sentía la gente con fuerzas para arrostrar angustias, semejantes a las sufridas por Roberto mientras estuvo perdido, y por los demás mientras le buscaron.

Se limitaron a ocupar el tiempo en subir a la parte superior del promontorio de la isla y recorrer el parque. La egipcia se encerró como antes en su caseta, y no hubo quien pudiera decidirla a participar de las distracciones de los demás.

Hope seguía a Roberto en sus paseos por los sitios más abruptos de la isla, y se estableció una súbita amistad entre el francés y el simpático y amable orangután.

Armando había dado con un misterio nuevo, tan insoluble como los precedentes, y quería a toda costa descubrirlo.

—¿De quién es la quinta construida en el terraplén de arriba? —había preguntado a sir James.

—De un *gentleman* —contestó éste.

—Bueno; pero ¿quién es y dónde reside? Aunque perfectamente cuidada, parece estar deshabitada.

—Lo está por ahora.

—¿Y no veremos a ese propietario, por cuyo jardín paseamos curioseándolo todo sin su permiso?

—Él tendrá mucho gusto en ofrecerles su casa, su jardín, toda su propiedad, y en visitar a ustedes personalmente.

—¿Cuándo?

—Dentro de pocos días. Tomará posesión de su propiedad a la llegada de la flota inglesa.

Por más que hizo, Armando no pudo conseguir que Triplex dejara satisfecha su curiosidad.

Júzguese de la contrariedad del periodista. Ciertamente, si Dante Alighieri resucitara, podría añadir un octavo círculo a su infierno; el círculo del misterio en que los periodistas que durante su vida terrenal no hubieran sido prudentes sufrirían por toda la eternidad los terribles dolores de la curiosidad no satisfecha.

Armando lo olvidaba todo; la tristeza de la egipcia y la desesperación de suprimo Roberto. Pasaba los días en la plataforma superior de la Isla de Oro, mirando con su anteojo el círculo desierto del horizonte.

Esperaba con gran impaciencia divisar el primer barco de la flota inglesa, puesto que en llegando la poderosa escuadra había de conocer al propietario de la casa deshabitada.

Entretanto, constantemente buscaba indicios que calmaran su curiosidad; pero las precauciones estaban bien tomadas. De la cueva de la casa misteriosa, comunicante con las cavernas, una sucesión de corredores, llamémoslos así, conducían al vestíbulo de aquélla, abierto en el parque. En todo aquel recorrido no se hallaba mueble ni objeto alguno que pudiera servir de punto de partida a la más leve presunción. Las puertas estaban todas herméticamente cerradas. Armando no cesaba de hacer suposiciones disparatadas sobre el mobiliario que podía encontrarse dentro de aquella singular residencia. Para adquirir algunos detalles hubiera tenido que proceder por efracción; pero hemos de declarar que, por mucho que la curiosidad le aguijoneara, no llegó a emplear ese medio propio de los *caballeros* de la ganzúa y la palanqueta.

Hubo un momento en que creyó poseer la clave del enigma. Era una mañana que, impaciente como siempre, muy temprano había salido de la caseta en que habitaba en la caverna. Vagaba por el parque, agitado, nervioso, cuando sus ojos se fijaron maquinalmente en una canastilla de flores colocada en el ángulo de un cuadro.

Plantas y flores que en Europa vegetan difícilmente en estufas llenaban la canastilla, describiendo caprichosos arabescos. En el centro, trazadas con florecillas rojas, veíanse las letras J. P.

— ¡J. P.! —exclamó Armando—. ¡Pues ya he descifrado la charada! J. P. es lo mismo que James Pack. ¡Corro a decírselo al interesado!

Encantado ya de la sorpresa que había de causar al Corsario, bajó presuroso por las escaleras abiertas en la roca, y llegó jadeante a la caverna.

James Pack estaba allí.

—¡Buenos días! —le dijo Armando—. Vengo a dar a usted las gracias.

—¿A mí? —preguntó flemáticamente *sir* James.

—A usted mismo.

—¿A propósito de qué?

—A propósito de su obstinación en ocultar el nombre del propietario del palacete de arriba.

El Corsario sonrió amablemente.

—Crea usted —dijo— que he callado ese nombre por ser necesaria la discreción. No hay motivo para que usted se enoje.

—¿Qué es eso de enojarme? ¡Al contrario, puesto que al fin he podido descubrir el nombre!

—¿De veras? ¿Lo ha descubierto usted? —preguntó el Corsario con indiferencia.

—¡Ya lo creo! Arriba he visto una hermosa canastilla, y en ella, hábilmente dibujadas con florecillas rojas, dos iniciales.

—¿Dos iniciales?

—Sí, señor; J. P.



—¿Y de esas iniciales deduce usted el nombre? —preguntó impasible el admirable Corsario.

—Que el propietario de la casa misteriosa y *sir* James Pack son una sola persona —respondió Armando con la seguridad de quien sabe perfectamente lo que dice.

El Corsario se echó a reír.

—No extraño que los periodistas sean, después de todo, y con todas sus presunciones de perspicacia, los más crédulos de los hombres. Por eso usted entiende que J. P. no puede significar más que James Pack. Permítame usted que le diga que esas iniciales pueden significar otras muchas cosas u otros muchos nombres.

Armando, sorprendido, no tuvo qué contestar.

—Amigo mío —prosiguió Pack—, es preciso que tenga usted un poco de paciencia, y la seguridad de que he de satisfacer oportunamente su curiosidad. Cuando llegue la escuadra inglesa, sólo usted será recibido en la casa cuyo misterio le trae tan desasosegado. Será usted presentado a *sir* J. P., que no se parece absolutamente en nada a mí, y presenciará todo lo que suceda en la residencia. ¿Qué le parece a usted mi proposición?

—¡Me encanta! Pero ahora una sola palabra, mi respetable, señor Pack. Ese señor J. P. ¿es amigo de usted? ¿Es su aliado, su socio?

—Ya lo sabrá usted a su tiempo; y hágame usted el favor de no hacerme más preguntas.

Y riéndose de buena gana, el Corsario dio media vuelta y se alejó, dejando a Armando todavía más atormentado por la curiosidad.

La prueba era para él muy penosa. Estar delante de unos muros sin saber lo que pasa en el interior, es demasiado suplicio para un *reporter* celoso de su oficio.

El periodista Lavarède no podía tener tranquilidad.

Todo el día vagaba por la isla con el anteojo de larga vista en la mano, interrogando en vano al Océano desierto.

—¡Maldita escuadra! —gritaba—. ¿Cuándo vendrá? ¿Y si no viene? Porque bien puede ser que no llegue a venir... Lo que es si tarda mucho, seguramente que voy a ponerme malo.

Hallábase en la situación de esos servidores que deseando espiar a sus amos miran por el agujero de la cerradura y advierten que la llave está puesta por dentro. Todos los que tienen el vicio de ocuparse preferentemente en averiguar las cosas de sus vecinos, aunque no les importen, comprenderán el tormento del periodista, bien que no tengan como él las razones de curiosidad profesional.

Exploraba sin cesar el Océano; pero no aparecía ni sombra de barco alguno. Tuvo que volver a las casetas de abajo. Y allí se le vio entristecido, preocupado, sin ganas de hablar ni de comer, y sin poder conciliar el sueño.

Durante unos momentos que durmió, postrado por el cansancio, tuvo un sueño singular. Veíase en el centro de un vasto salón. En las paredes había muchas puertas, cerradas por medio de barras de hierro, cadenas, cerrojos y cerraduras revólvers, en

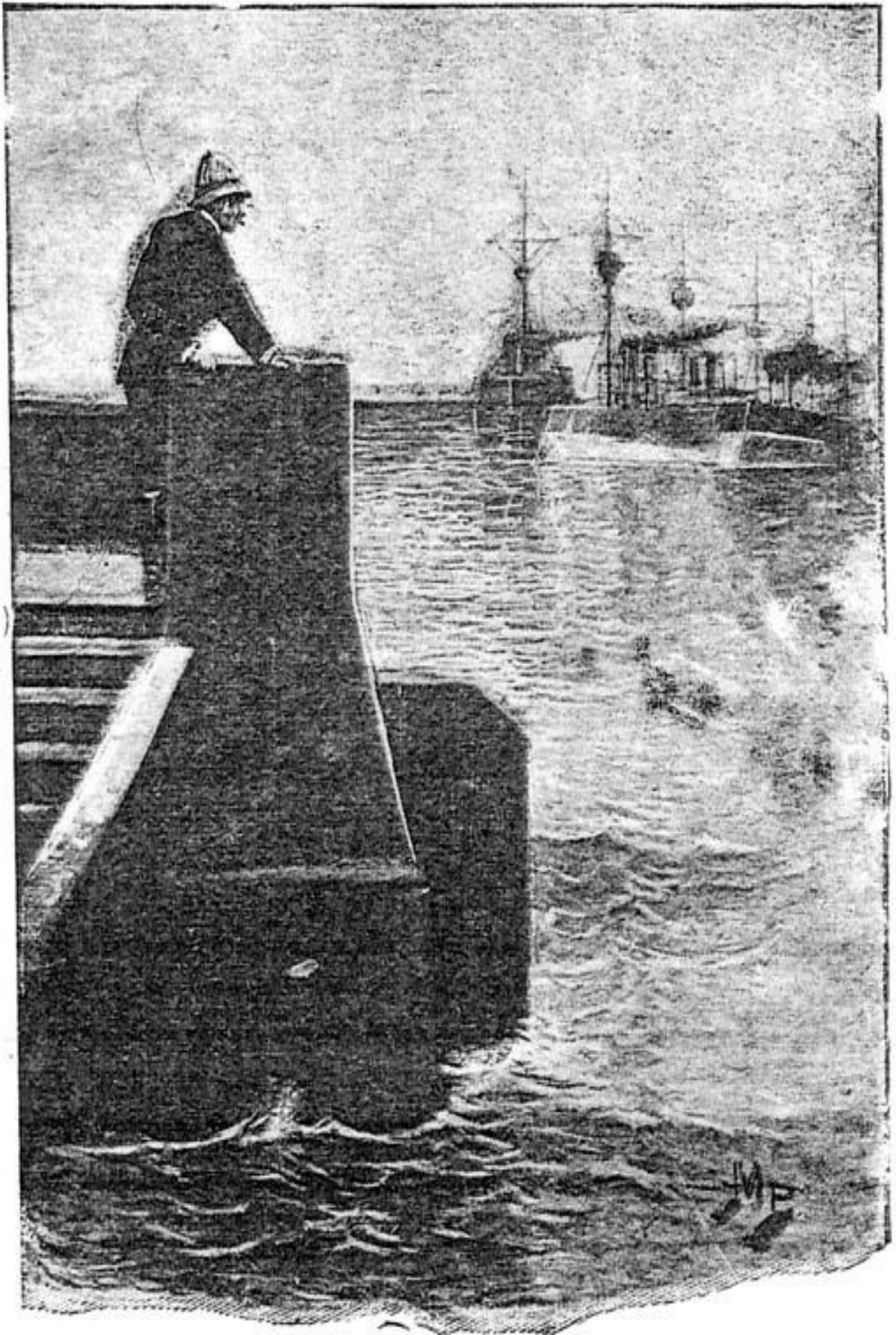
cada una de las cuales había un cartelito que decía: «Misterio núm. 1, misterio núm. 2, misterio núm. 3»; y así sucesivamente. Cuando se acercaba a cada una de aquellas puertas, desaparecía el cartelito y le reemplazaba la burlesca fisonomía de James Pack.

Aquello era intolerable. Despertó aturdido, se levantó, se vistió, y salió silenciosamente. Todo dormía en el subterráneo. Armando se lanzó a subir la interminable escalera de granito que conducía a la casa misteriosa. Jadeante llegó arriba, y se encontró en el parque.

Todavía era noche; pero las estrellas palidecían en el firmamento, y una cinta blanca en el horizonte oriental revelaba la aproximación del día.

El ambiente perfumado era tibio, apacible y dulce. Los pajarillos preludiaban bajito, misteriosamente, el canto con que luego saludarían a plena voz la aparición del Sol; también las plantas producían sonidos indefinibles, como si, despertando en unión de toda la Naturaleza, vibrasen al sentir la caricia de la luz del día; también los insectos despertaban y se movían perezosos. Súbitamente, como una flecha de oro, un rayo luminoso surgió en el horizonte. A esta señal del Sol, el gran director de orquesta, volvió a comenzar el concierto de la vida. Cantos de pájaros, estremecimientos de hojas y plantas, rumores de insectos, entonaron el himno universal al astro rey, bienhechora lumbre con que el infinito da calor al humilde planeta en que se agita la Humanidad.

Impresionado por la penetrante dulzura del radiante crepúsculo, Armando se había detenido en la extremidad del parque, en una plataforma rocosa que dominaba la espesura. Soñaba, y su alma de poeta vibraba como todo lo que le rodeaba.



De pronto, sintió un estremecimiento: avanzó y miró a lo lejos. Restregóse los ojos, y miró profundamente hacia el Norte. Estuvo inmóvil dos minutos, y luego levantó los brazos y exclamó con evidente satisfacción:

—¡Oh; no, no me engaño! ¡Allá abajo, lejos, lejos todavía, se ve humo! ¡Son barcos; sí, vapores! ¡Es la escuadra, la escuadra! ¡Voy a avisar a *sir* James! ¡Pero no; esperemos un poco! ¡Hay que tener seguridad! ¡Qué lástima; me he dejado abajo mi antejo! ¡Qué impaciencia!

Más de media hora estuvo observando. No era posible dudar. Los buques avanzaban hacia la Isla de Oro. Armando contó hasta quince. Ciertamente ya de que la escuadra inglesa llegaba, se precipitó escalera abajo.

Pero a mitad de camino tuvo que detenerse para dejar pasar un grupo de marineros que subían conduciendo paquetes.

Arrimóse a la roca, y luego que pasaron aquellos hombres continuó bajando.

Al llegar a la caverna vio dos marineros de centinela delante de los primeros escalones.

—¿Dónde está el capitán Triplex? —les preguntó.

—Está en el mar —contestó uno de los hombres—: ha ido al encuentro de la escuadra inglesa, señalada anoche.

—¿Añoche? —preguntó Armando estupefacto.

—Sí, señor. Nuestra consigna es no dejar salir de aquí ni subir a lo alto más que a usted.

El Corsario había cumplido su palabra. Armando se apresuró a avisar a su primo y a las señoras, y les prometió tenerlos al corriente de los incidentes del magno acontecimiento.

Roberto quiso acompañarle; pero los centinelas, fieles a su consigna, le impidieron pasar, y, bien a su pesar, tuvo que dejar subir solo al intrépido periodista. Éste llegó pronto arriba. Al acercarse al vestíbulo de la casa misteriosa, y cuando iba a volver a su observatorio, abrióse una puerta, y un mayordomo correctamente vestido de negro le interpeló:

—¿Es el señor Armando Lavarède a quien tengo el honor de saludar?

—El mismo —contestó asombrado.

—¡Muy bien! Tendrá usted la bondad de pasar, si gusta, al salón. Mi señor vendrá pronto, porque tiene vivos deseos de conocer a usted.

Armando sentíase grandemente satisfecho.

—¿Ha llegado ya el señor? —preguntó al mayordomo.

—Sí, señor.

—Podrá usted decirme su nombre; ¿verdad?

El mayordomo hizo un gesto negativo, y dijo:

—Sírvase usted pasar al salón. Mi señor se presentará él mismo, y no permite a nadie que le sustituya en esa obligación.

Algo imprudente iba a decir Armando; pero se contuvo. Después de todo, bien



poco tardaría ya en conocer al personaje que tan poderosamente excitaba su curiosidad, y hubiera sido una inconveniencia muy grave mostrar impaciencia. Penetró, pues, en el salón, y quedó deslumbrado.

El lujo del archimillonario más poderoso no podría dar idea de lo que había en la sala donde se hallaba el periodista.

Abierto el salón en toda la altura de la casa, con quince metros de longitud y doce de latitud, presentaba un aspecto fantástico. Obras maestras pictóricas, escultóricas y de cerámica cubrían los muros y se ostentaban sobre ricos pedestales. En jarrones chinos, japoneses y aztecas alzábanse gallardas palmeras, cuyas hojas formaban un toldo de esmeraldas; muebles de todas formas, de todas las épocas y de todos los gustos; sillas asirias, banquetas egipcias, mesas de rarísimas maderas, de laca, y de marfil, consolas renacimiento; todo tan magnífico, tan vario, tan elegante, tan distinto, formaba, sin embargo, un armonioso conjunto.

Era un museo, un museo que tenía alma. Era una visión de las *Mil y una noches*, realizada por un hombre. Era la transformación en ideal del metal-rey, cuyos filones llenaban la base de la Isla de Oro.

Deslumbrado ante aquella inmensidad de riquezas nunca soñadas, Armando estaba de espaldas a una puerta que se abrió, y por la cual penetró en el salón el dueño de tantas maravillas.

Volvióse Armando, y le contempló con ojos curiosos. El gran señor le era completamente desconocido. Un poco más alto que James Pack, admirablemente formado, gallardísimo, el personaje tenía una abundante cabellera negra. Su barba era fina y sedosa, haciendo resaltar lo blanco del cutis. Tenía la cabeza altiva, enérgica y vigorosa, soltura de león y una elegancia impecable. Sin duda, la Naturaleza había querido reunir en él las más diversas expresiones porque iluminaban su rostro dos ojos dulces, espirituales y acariciadores.

Con naturalísima distinción hizo una cortesía al periodista, y con voz segura y bien timbrada le dijo:

—¿*Sir* Armando Lavarède...?

Armando se inclinó respetuosamente.

—A las órdenes de usted —respondió.

—Celebro infinito el honor de conocer a usted, y tengo el gusto de presentarme yo mismo a persona tan distinguida.

Lavarède no cabía en sí de gozo. Iba a saber al fin el nombre a que correspondían las letras J. y P.

—Da a usted la más cordial bienvenida —dijo afectuosamente el maravilloso personaje— su servidor *sir* Joe Pritchell.

Y sin dejarle volver de su sorpresa al oír un nombre que le era desconocido, continuó el señor Pritchell:

—He recibido esta mañana instrucciones de uno de nuestros amigos.

—¿Qué amigo?

—El corsario Triplex.

Armando, que esperaba esta respuesta, preguntó en el acto:

—¿Sabe usted quién es?

—Sin duda: es el mejor de mis amigos, y lo pruebo cumpliendo fielmente sus órdenes.

—Pero ¿sabe usted su verdadero nombre?

—Quizás: pero permítame usted que le diga que me hace preguntas que no estoy autorizado a contestar.

Armando murmuró:

—¡Siempre misterios!

—Misterios que pronto habrán de aclararse. Tenga usted, señor mío, un poco de paciencia, y ahora la bondad de oírme.

Armando prestó la más profunda atención.

—El capitán Triplex —continuó *sir Joe*— me ha dicho que es usted muy curioso, pero que tiene en usted completa confianza. Desea que me acompañe usted, que asista a la entrevista que hemos de tener lord Strawberry, comandante en jefe de la escuadra del Pacífico, y un servidor de usted.

—¿Una entrevista? ¿Para qué? ¿Cuándo?

—Ya lo sabrá usted. El tiempo apremia. Las poderosas naves inglesas penetran ahora en el paso Triplex, dirigiéndose a la bahía Silly-Maudlin. Si a usted le parece, allí iremos a reunimos con la escuadra. Sin esperar la respuesta *sir Pritchell* tocó un timbre eléctrico, y se presentaron dos lacayos.

—¿Está todo dispuesto? —preguntó el gran personaje.

—Todo, señor.

—¡Pues y amos!

Inclinándose graciosamente ante Armando, le dijo:

—¡Vamos, señor mío! El misterio que tanto preocupa a usted va a aclararse en su presencia.

Armando no resistió. Al lado de *sir Joe Pritchell*, a quien seguían los criados, salió del palacio, y poco tiempo después llegaban a la orilla del mar.

## Capítulo XII

### *El Almirante de la flota inglesa*

El propietario de la casa misteriosa había dicho la verdad: las naves inglesas se hallaban en línea en la bahía.

De una de ellas surgió una columna de humo; vibró en el aire un cañonazo, que repercutieron los ecos, y el pabellón británico ondeó en los mástiles.

—Anuncian su llegada a la isla —murmuró el señor Pritchell—, y hemos de responder.

Sacó el revólver y disparó al aire. En el momento uno de los servidores desenvolvió un paquete largo y sacó una bandera blanca, que colocó en la arena.

—La bandera de parlamento —dijo Armando.

Y en las alturas de la isla retumbó un ruido sordo, formidable.

—¡Cañonazos! —exclamó el periodista.

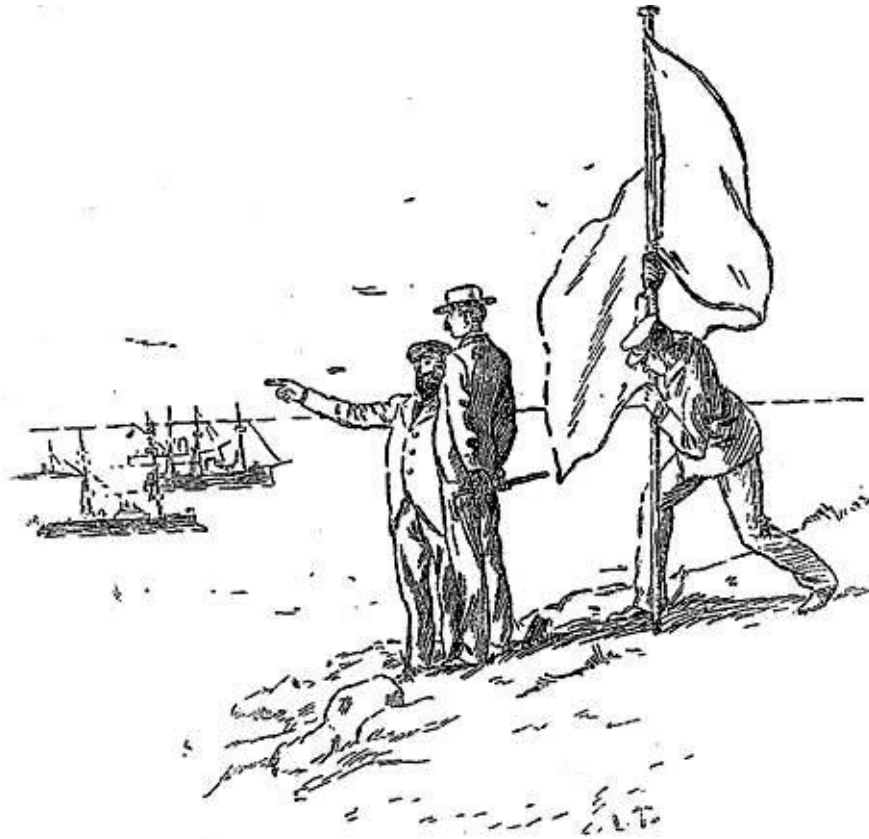
—Sí —dijo indiferentemente *sir* Pritchell—; la isla saluda al pabellón inglés.

Oyóse una segunda detonación, y luego otras.

La artillería de la escuadra contestó, y cambiáronse entre ésta y la isla veinticinco cañonazos.

Armando estaba más sorprendido que nunca.

En sus paseos por la isla no había visto cañones en ninguna parte. ¿Dónde diablos tenía colocada Triplex la batería?



El periodista iba a interrogar a *sir* Joe; pero éste le hizo un gesto de silencio y le señaló una chalupa tripulada por cuatro marineros, que doblaba una punta de rocas inmediata al sitio donde ellos estaban.

—Vamos a bordo del buque almirante —dijo *sir* Pritchell.

Armando calló y embarcó silenciosamente con su guía.

La embarcación se dirigió a la enorme nave.

Era un acorazado que se parecía menos a un navío que a una fortaleza de la Edad Media. El poderoso buque de guerra dibujaba su enorme contorno en medio de la bahía con sus torres blindadas, presentando a los costados las amenazadoras bocas de las piezas de grueso calibre.

Armando se estremeció pensando que aquella masa de acero sería destruida en un instante sin que pudiera defenderse si James Pack enviaba contra ella uno de sus submarinos, y recordando, que los del Corsario eran debidos a la invención del francés Goubet, sintió impulsos de orgullo nacional, y luego profunda tristeza.

¿Por qué Francia no había protegido al genial inventor que le ofrecía el medio de anular el poder marítimo de Inglaterra? Con el dinero empleado en la construcción de cuatro acorazados hubiera podido crear una flota de doscientos submarinos, que, repartidos en sus costas y en sus colonias, hubieran reducido a la nada la escuadra mejor armada<sup>[22]</sup>.

La chalupa abordaba a la nave almirante.

*Sir* Joe y Armando fueron recibidos en la escala por un oficial, que sin decir palabra los condujo a presencia de lord Strawberry. Éste, alto, derecho, distinguido, los esperaba en medio de su Estado Mayor.

Correspondió cortésmente a los visitantes, y mirando con fijeza a *sir* Pritchell le preguntó:

—¿Es usted quien ha dado cita aquí a la escuadra del Pacífico?

—No, milord.

—¿Cómo no...?

—Yo soy *sir* Joe Pritchell, propietario de la Isla de Oro, y vengo sencillamente a cumplir una misión que me ha confiado por escrito el corsario Triplex, que no se ha presentado.

A pesar de su flemática serenidad, el Almirante no pudo disimular su sorpresa.

—¿No ha visto usted al Corsario? —preguntó.

—Nunca él y yo nos hemos encontrado frente a frente, señor Almirante.

—¿Y usted, señor mío, ha permitido la instalación en su propiedad de las baterías que nos han saludado al arribar?

—Nadie me ha pedido permiso.

—¿Se han establecido a pesar de usted?

—No, milord: no a pesar mío; sino sin mí.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que esta mañana no había indicio de la existencia de esas baterías en mi propiedad, y que el saludo hecho a la escuadra del digno mando de S. E. me ha sorprendido más que a ninguna otra persona.

El Almirante puso gesto de enojo.

—¿Pretende usted que se crea que no sabía nada? ¡Eso es inverosímil!

—Tanto más —insistió tranquilamente Pritchell—, cuanto que yo recorro constantemente mi isla, y afirmo a Su Excelencia que ayer no se veían tales cañones. Después de esta conferencia, si milord se digna bajar a tierra, tendré la honra de hacerle los honores de mi propiedad, y los dos podremos buscar el emplazamiento de la inverosímil batería.

Hablaba *sir* Pritchell con tal sinceridad, que lord Strawberry, que no podía adivinar el doble sentido de sus contestaciones, pareció convencido. Además, desde que el nombre de Triplex sonaba y era conocido en los dos hemisferios, el Corsario había realizado proezas tan extraordinarias e inexplicables, que habría sido precisa gran dosis de presunción para afirmar que no había podido burlar la vigilancia del propietario de la isla.

—Acepto —dijo el Almirante— la invitación de usted. Ahora hablemos del objeto de su misión.

—El objeto es la palabra precisa, porque se trata de una carta, milord.

—¿Una carta que usted ha recibido?

—Sí.

—¿Puede usted decirme cómo?

—No, milord. Esta mañana al despertar la he encontrado sobre mi mesa. Interrogados mis criados, han declarado no haberla tenido en sus manos ni haber

visto a quien la haya traído.

—¡Es cosa fantástica, por cierto!

—Fantástica, en efecto, milord. De tal modo me perturbó, que ni siquiera pude probar el almuerzo.

—Pero ¿obedece usted a las órdenes que contiene?

*Sir Joe Pritchell se sonrió.*

—Milord en mi lugar ¿se hubiera atrevido a despreciar a ese diablo invisible que se llama Triplex?

El Almirante, un poco picado en su orgullo, evitó responder a esta pregunta.



—¡En fin —dijo—, veamos esa carta!

La sacó del bolsillo *sir* Joe y retiró el sobre, en el cual se leían estas palabras:

«A *sir* Joe Pritchell, en su domicilio de la Isla de Oro».

Desdoblando el papel, leyó:

«Al recibo de esta carta, *sir* Joe Pritchell pasará al buque almirante de la escuadra inglesa reunida en la bahía Silly-Maudlin...»

—Esta orden —dijo— está cumplida. Y continuó:

»En presencia de lord Strawberry...

—¡Hola! ¿Sabía mi nombre? —interrumpió el Almirante.

—Ya lo ve S. E. Y sigo: «Le preguntaré si, conforme a la demanda presentada por mí al Almirantazgo, está a bordo el llamado Toby Allsmine, director de la policía del Pacífico...»

Joe levantó los ojos y los fijó en el Almirante.

—¿Puede S. E. —dijo— contestar a esta pregunta?

—Tendrá usted diferentes instrucciones, según sea mi contestación. ¿No es así? —preguntó a su vez el Almirante con acento severo.

No había duda de que le enojaba grandemente el contenido de la carta.

Pero *sir* Pritchell no se dio por entendido, y con la mayor amabilidad repuso:

—Ha adivinado S. E. He aquí lo que escribe el misterioso Triplex: «Si Allsmine está presente, sírvase usted convidar a cenar esta noche al ilustre Almirante y a sus oficiales, y en presencia de todos desenmascararé yo mismo al miserable Director de policía».

Y mirando otra vez al jefe de la escuadra, le interrogó:

—¿Tendré el honor de invitar a cenar a S. E.?

—No; porque *sir* Allsmine no ha venido aún.

Joe se inclinó, y mirando el papel que tenía en la mano, añadió:

—En ese caso, debo rogar a S. E. que se sirva expedir el más rápido de sus buques a Sidney. El comandante cablegrafiará al Almirantazgo, recibirá la contestación, y volverá sin perder un minuto a la Isla de Oro después que haya embarcado el Director de la policía.

El Almirante frunció las cejas, y con la cólera en la mirada y apretando los dientes, profirió estas palabras:

—¿Qué es esto? ¿El corsario Triplex se permite mandar a la escuadra británica? ¡No es posible tolerar semejante atrevimiento! ¡Mis naves van a salir inmediatamente



de la rada, y queda rota toda comunicación con semejante personaje! ¡Usted vuélvase a tierra, y si su amigo, o lo que sea, le pide explicaciones, le dirá usted que los oficiales de la marina británica no reciben órdenes más que de la Reina o del Almirantazgo!

Joe sonrió. Se acercó a la borda, y vio su chalupa inmóvil al costado del acorazado. El lacayo portador de la bandera blanca estaba en ella en pie.

—Oye —le gritó—: recoge la bandera.

—¿Qué es lo que hace usted? —le preguntó airado el Almirante.

—Obedezco al último párrafo de la carta del Corsario.

—¿Y qué dice?

—Que en caso de negativa, «recoja la bandera blanca y cierre el paso que da acceso a la bahía».

Y añadió plácidamente:

—Queda recogida la bandera, y cierro el paso señalado por Triplex.

Aunque eran tan raras y sin sentido las palabras de *sir* Joe, el Almirante y sus oficiales miraron también al paso señalado, cuyas aguas límpidas trazaban un camino en medio de los arrecifes cubiertos de espuma.

De pronto oyóse una inmensa exclamación. Se producía un fenómeno incomprensible.

Las rocas se movían en todos sentidos, y con rapidez inconcebible desapareció el paso, cerrado por bloques de granito, contra los cuales rompían violentamente las olas.

Hubo un instante de estupor; todos comprendieron la transcendencia del suceso.

La flota del Pacífico estaba encerrada, prisionera en la bahía de la Isla de Oro.

Armando se acordó de los rieles que había visto en el fondo de las aguas cuando estaba a bordo del submarino número 2. Triplex no le había engañado: abría y cerraba el paso a voluntad.

Pero pronto se distrajo. Un remolino se produjo junto a la chalupa, sonó un agudo silbido, y un objeto pesado cayó en el puente, en medio del grupo de los oficiales.

Era un huevo de madera semejante a aquel otro que contenía el arlequín de oro aquella noche inolvidable en que los estacionarios de Sidney habían perseguido a los *ojos de Triplex*.

Pritchell lo recogió, lo partió, y sacó un papel que presentó al Almirante, diciendo con acento un poco irónico:

—Un despacho para milord.

Éste, en el colmo de la admiración y del enojo, tomó maquinalmente la misiva, y turbado en sumo grado, leyó alto:

«Con verdadero sentimiento, honorable lord, me veo obligado a cortar toda comunicación entre la alta mar y la bahía Silly. Viendo la escuadra prisionera, ahora que tantos intereses reclaman su presencia en otros lugares,

acaso consentirá S. E. en enviar un crucero a Sidney para traer aquí al criminal Allsmine. Ante ese crucero se abrirá el paso. Deploro lo que sucede; pero la justicia es lo primero de todo, y yo obro en nombre de la justicia y del derecho.

CORSARIO TRIPLEX»

»P. S. El crucero designado por Su Excelencia puede marchar sin temor alguno hacia la salida de la bahía. Yo seguiré todos sus movimientos, y no encontrará ningún obstáculo».

Es imposible explicar el estupor del Almirante y de sus oficiales. Lord Strawberry perdió su habitual serenidad y se entregó a un acceso de cólera espantoso. Hizo echar los botes al mar, y todos se dirigieron al sitio donde estaba antes el paso. El Almirante creía que aquello era una superchería o una ilusión hábilmente presentada.

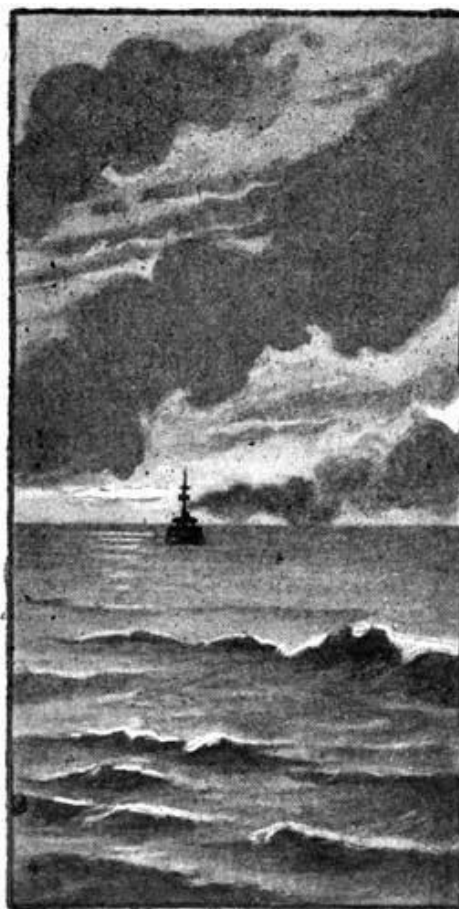
Pero al regreso de las embarcaciones hubo de persuadirse de que no había ilusión ni superchería. No había paso. Allí donde los barcos habían medido quince metros de agua se alzaban enormes bloques de roca. Era inverosímil, y, sin embargo, era evidente.

Celebróse Consejo a bordo, y hubo que reconocer que no existía manera de resistir a los deseos de Triplex. El mismo día el crucero *Wing* fue enviado a Sidney. Como el Corsario lo había prometido, se abrió el paso ante la proa del crucero, y se cerró luego otra vez.

Era preciso un mes, a lo menos, para hacer el viaje de ida y vuelta; y estando la escuadra bloqueada durante ese tiempo, lord Strawberry, a pesar de su irritación, acabó por aceptar la hospitalidad que reiterada y afectuosamente le ofreció sir Joe Pritchell.

Desembarcó en la Isla de Oro con buen golpe de hombres, y dispuso una batida en regla; pero en ninguna parte encontró ni señal de las baterías que habían saludado su llegada, ni en parte alguna halló el más leve indicio de la presencia del Corsario.

Al cabo de ocho días hubo de renunciar a tan vanas pesquisas. Un antiguo teniente se atrevió a insinuarle que, según toda la apariencia, el Corsario, debía de



tener a su disposición un barco submarino, y siendo así, podía estarse tranquilamente en el fondo de la bahía Silly mientras le buscaban en tierra. Esta confianza motivó nuevas exploraciones del Almirante. Todas las embarcaciones de la escuadra, provistas de dragas, registraron las aguas de la rada. Recogieron ejemplares de coral, conchas de vivos colores, pescados; pero nada que se pareciera a un barco.

A pesar de lo magníficamente que *sir* Joe Pritchell trataba al Almirante y a sus oficiales en su maravillosa residencia aquel jefe estaba tan interesado en la captura del Corsario, que acabó por prometer mil libras esterlinas (25 000 francos) al oficial, marinero o soldado de la Marina Real que descubriera el escondite de Triplex.

Aquel día Armando, que también habitaba en la casa maravillosa, porque las galerías que conducían a las cavernas habían sido cerradas, notó que *sir* Joe estaba sumamente alegre, como no le había visto nunca.

Armando le interrogó, y Joe extremó su alegría, riendo a carcajadas.

—¿Quiere usted saber por qué me río tanto? ¡La cosa no es para menos! Me río porque el Almirante promete una prima de mil libras a quien descubra al Corsario, que todos los días pasa veinte veces a su lado.

—¿Es verdad eso?

—Absolutamente.

—¿Pero dónde? ¿Cuándo?

—A eso, amigo, no puedo responder. Siga usted los pasos del Almirante, y puede ser que tenga mejor vista que él.

Así, otra vez cayó Armando Lavarède en la desesperación de la curiosidad. De rabia rompió en cuatro pedazos su bastón, con lo cual no pudo conseguir que el Corsario fuera más visible que antes.

## Capítulo XIII

### *Cuatro soldados y un cabo*

—¡Una prima de veinticinco mil francos! ¡Caramba, caramba! ¡Si yo la cogiera, en seguida tomaba la licencia, compraría en el condado de Sussex, donde nací, una casita de campo..., tomaría también una mujercita, y con ella y los chicos pasaría guapamente la vida, fumando en pipa, sin andar de acá para allá! *¡Para viajar sin cansarse no hay nada mejor que estarse quieto!*

Hecha esta declaración, el cabo Gody Ezequiel. Kiddy infló los carrillos, apoyó el dedo índice de la mano derecha en su frente, surcada por profundas arrugas, y se abismó en un mar de reflexiones y confusiones.

Natural de Sussex, Kiddy era uno de los viejos soldados reenganchados que forman la mayor parte de los fusileros de la marina inglesa, tropa muy útil de desembarco. Su instrucción había sido muy descuidada: escribía malísimamente y leía con gran trabajo. De la Gramática había oído hablar a alguien; pero de la ortografía no tenía la más leve noticia. Después de veinte años de servicios, catorce campañas y once heridas; después de haber perdido dos dedos de la mano izquierda, un pedazo de la oreja derecha y la mitad de la nariz, el glorioso soldado no había podido pasar de cabo.

Si su jerarquía militar era modesta, su carácter no lo era: Kiddy no había pertenecido nunca a esa categoría de gentes para quienes la modestia es el delicado emblema de la humildad. No se reservaba en la dura crítica contra sus superiores, y su compañía conocía perfectamente su exclamación habitual:



—¡Si el Almirante no fuera tonto y consultara a un soldado viejo que sabe más que él, probablemente, no haría tantos disparates!

Tenía el hombre opiniones inmutables sobre varios asuntos.

En política renegaba del Gobierno, que no aumentaba en cinco chelines (siete francos y cincuenta céntimos), el haber mensual de los cabos reenganchados.

«Grande hombre» significaba para él el hombre capaz de dar lustre con perfección a la cartuchera y a todo el correa; un héroe consideraba al más diestro en el boxeo, y para él no había razón más clara y definitiva que un tiro. Los *midshipmen* (aspirantes) le consideraban bruto, y, jóvenes y aturridos, le trataban sin piedad.

Kiddy reflexionaba, y, fuera por falta de costumbre o por exceso en la temperatura, el caso es que el cabo heroico sudaba la gota gorda. Al fin pareció decidirse, y enjugándose el sudor con un pañuelo a cuadros, poco menos grande que una sábana, se dirigió a lord Strawberry, que estaba a bordo del buque en que se arbolaba la insignia de almirante.

A tres pasos del jefe el cabo se detuvo, saludó militarmente, rígido, inmóvil, y esperó.

El Lord le miró, sonrió, y le dijo afectuosamente:

—¿Eres tú? ¿Qué quieres?

—Quisiera, si no lo parece mal a V. E., tener a mi disposición un bote y cuatro hombres.

—¿Para qué?

—Haría un reconocimiento alrededor de la isla y en la isla. Ya ha visto V. E. que aquí se mueven las piedras; y las piedras solas no se mueven: se mueven porque alguien las mueve, y lo que hay que hacer es buscar a quien las mueve. Si yo busco a quien las mueve, y le cojo, y le presento a V. E., me parece que habré ganado el premio de las mil libras.

El Almirante sonrió.

—¿De manera que piensas ganar el premio?

—Sí, mi general. Para encontrar es preciso buscar. Yo creo que por más corsario que sea ese sujeto, ese señor Triple, o como se llame, delante de un cabo de la marina real no se atrevería a mover pie ni mano, en viéndose cogido.

—Pues bien; haz lo que quieras, hombre. Toma la chalupa de hierro. Navega bien; es sólida y ligera, y con los marineros...

—¡No, no, Excelencia; no necesito marineros! Con cuatro de mis tiradores me basta.

—¡Bien; como quieras! ¡Anda a ganar el premio, veterano! ¡Mejor te lo daría a ti que a otro!

El cabo saludó automáticamente, dio media vuelta, y adelantando el pie izquierdo se dirigió al entrepuente, donde los soldados pasaban el tiempo jugando a las cartas unos, otros al dominó y otros a la lotería de cartones.

Paseó unos momentos por entre los jugadores, fijándose en su fisonomía, y eligiendo los hombres a quienes había de llevar con él en la gloriosa expedición.

Al fin se decidió, y gritó:

—¡Mic! ¡Piff! ¡Mach! ¡Flok!

Los interpelados levantaron la cabeza y contestaron:

—¡Presentes!

—¡Acoger las armas y las municiones, y adelante conmigo!

Un instante después en la chalupa de hierro embarcaba el cabo Kiddy con sus cuatro tiradores Mic, Piff, Mach y Flok.

—¡Al remo! —mandó.

Cuando la embarcación estuvo a alguna distancia Kiddy habló con tanta majestuosa y ardorosa elocuencia como empleaba Napoleón para arengar a sus tropas:

—¡Soldados —exclamó—, vamos a la conquista del premio! ¡El premio será para mí; pero cada uno de vosotros cobrará diez libras (250 francos) para él solo! ¡No necesito decir más, porque ya me habéis comprendido! ¡Conque, al avío!

Este trozo de elocuencia obtuvo la completa aprobación de los oyentes. Kiddy mandó enderezar la chalupa hacia las rocas que cerraban la bahía.

Los barcos de gran tonelaje no podían pasar, pensaba el cabo; pero una embarcación ligera, calando apenas un pie, no hallaría tanta dificultad como los buques de alto bordo. El hombre saldría de la rada y daría vuelta a la isla para asegurarse de que no existía ninguna gruta, ningún escondite que permitiera ocultarse al Corsario.

Como se ve, el intrépido cabo, aunque algo ridículo y grotesco habitualmente, no discurría mal cuando se trataba de cosas de su oficio.

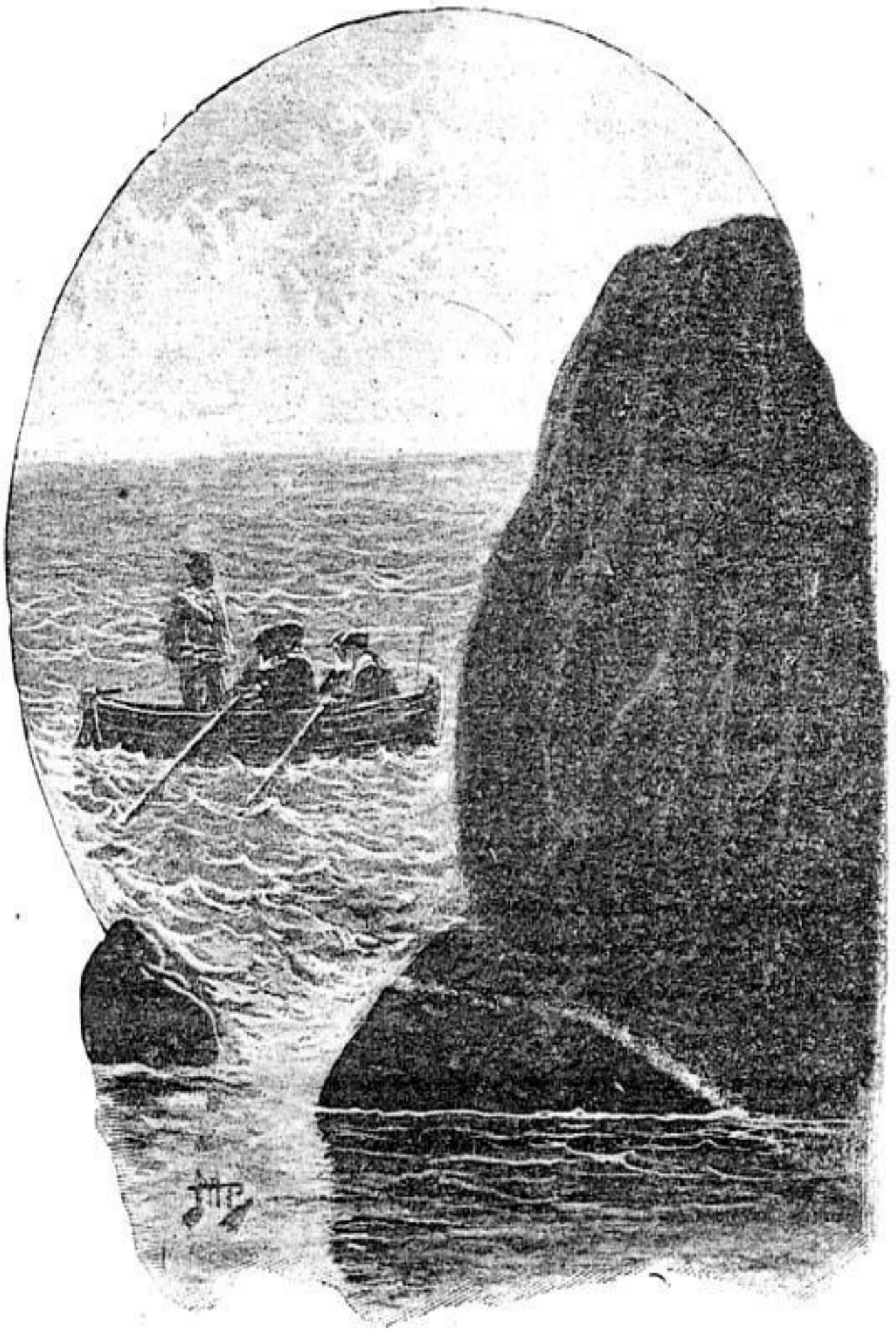
Los soldados tripulantes, excitados por la probabilidad de ganar diez libras, remaban con vigor, y la chalupa avanzaba rápidamente hacia las rompientes.

El Océano estaba en calma; ninguna ráfaga de viento agitaba la atmósfera, y las olas lamían blandamente los arrecifes. Tan débil era el choque de las olas, que sólo producía leve espuma. El tiempo no podía ser más favorable al proyecto del cabo Kiddy.

La chalupa se metió bravamente por entre las puntas de granito, y el cabo y sus hombres creyeron que la empresa no presentaba dificultades. Los primeros escollos fueron salvados fácilmente, y pronto el ligero esquife se encontró en medio de la barrera que retenía cautiva a la poderosa escuadra inglesa.

El cabo estaba en sus glorias. En un cuarto de hora, en veinte minutos lo más, el bote flotaría al otro lado de las rompientes y podría hacer el reconocimiento proyectado. Pero súbitamente se produjo un fenómeno incomprensible: una roca se levantaba delante de la chalupa. Kiddy cogió la barra para evitar el obstáculo. Con gran sorpresa del héroe, la embarcación no obedeció al timón y continuó bogando hacia el escollo.

—¡Atrás! —gritó.





Los hombres obedecieron, sin conseguir regularizar la marcha de la chalupa. Había allí, seguramente, una corriente que paralizaba sus esfuerzos. Pasaron diez segundos, diez siglos. La barca estaba ya junto al arrecife; pero en vez del choque violento que sus tripulantes temían, quedó inmóvil, apoyada en la roca.

—¡Vamos! —exclamó el cabo—. ¡No ha sido nada! ¡Sigamos, sigamos! ¡No hay que achicarse! ¡Separemos de las piedras nuestra gran chalupa!

Los remos se apoyaron en el bloque, y los remeros, empleando todas sus fuerzas, procuraron separar la embarcación. ¡Trabajo inútil! No se movió, como si una fuerza invisible la sujetara al arrecife.

Miráronse los hombres con bien justificada inquietud.

Pensaron que aquello era obra de brujería. ¿Quién, a no ser el Demonio o sus ayudantes, podría sujetar una chalupa de la marina real inglesa a unas piedras?

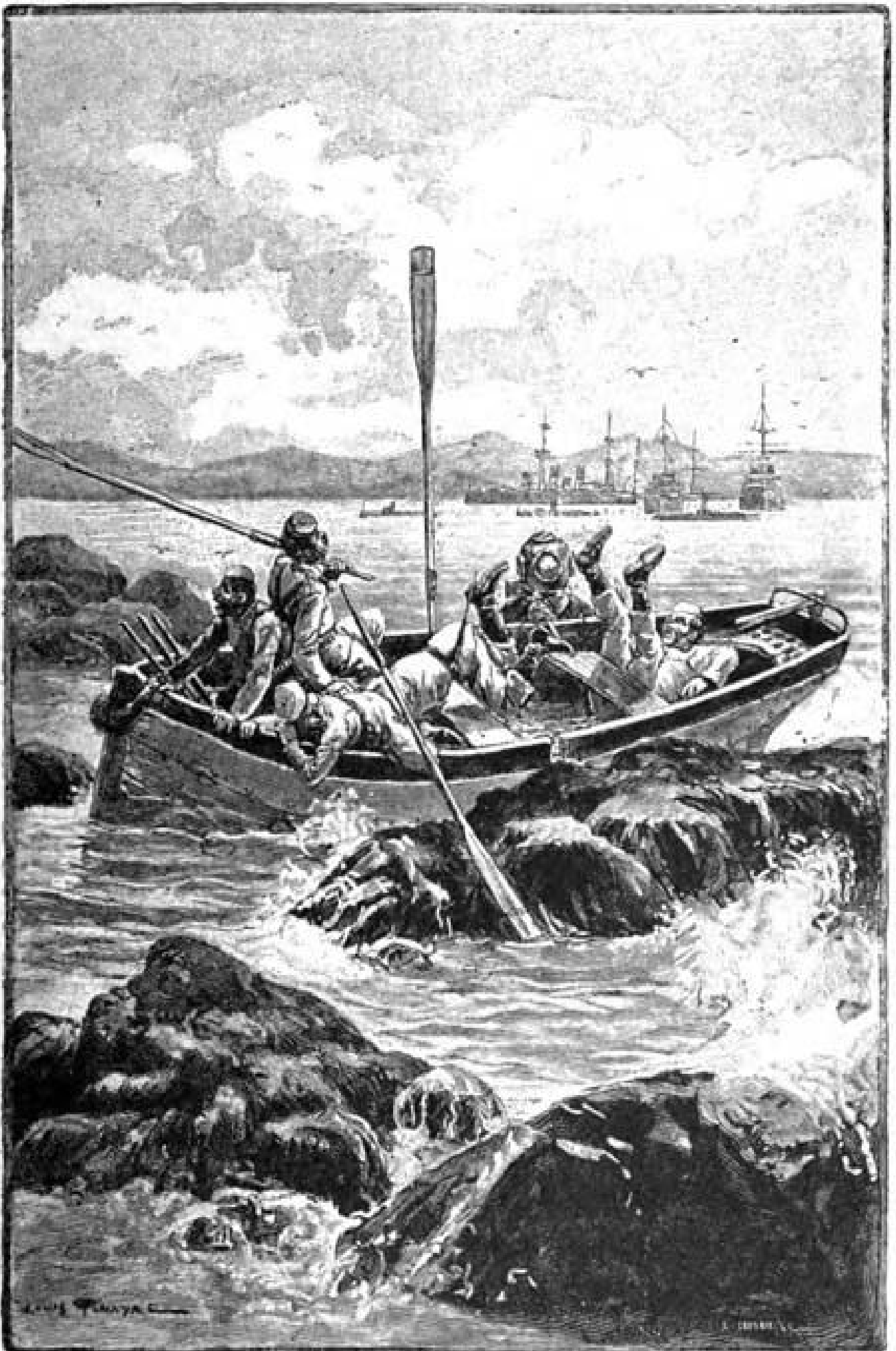
De pronto una mano enorme cubierta por un guante de metal salió del agua y se posó encima del borde de la embarcación: al mismo tiempo surgió también del agua una bola sobre la cual se reflejaban los rayos del Sol. Los soldados, sorprendidos, temerosos a pesar de su probada valentía, y que en su vida habían visto una escafandra, soltaron los remos, y aterrados se taparon la cara con las manos. En cuanto a Kiddy, al retroceder había hecho un movimiento brusco, y tropezando, cayó cuan largo era en el fondo de la embarcación.

Cuando pudo levantarse había desaparecido la horrorosa visión metálica que tal espanto le había producido; pero en la banqueta donde había estado sentado antes vio un puñalito atravesando un papel escrito.

No sin trabajo, arrancó el puñalito, que estaba profundamente clavado, y desprendió el papelito.

Con muchísima dificultad pudo leer la clara escritura.

«En derredor de la barra están dispuestos los electro-imanés. Se permitirá a los hombres de la barca de la marina real que se separen de la roca a que están sujetos; pero a condición de que inmediatamente vuelvan a la bahía. Si se obstinan en seguir sus necias pesquisas, vamos a enfadarnos, y tendrán algo que sentir. Ya han visto cómo les hemos cogido la chalupa por el costado, y pueden suponer lo que sería de ellos si la cogemos por el fondo y la volcamos».



El papel no llevaba firma; pero el bizarro cabo y sus cuatro hombres no dudaron que todo aquello era obra del Demonio y de su representante en la Tierra, el corsario Triplex.

Kiddy de buena gana hubiera seguido la persecución, según manifestó con su proverbial bravura; pero Mic, Piff, Mach y Flok se negaron en absoluto, aun faltando a los estrechos deberes de la disciplina. Ellos eran soldados valerosos para luchar con otros; pero no se sentían con ánimo para luchar con el diablo del Corsario, que con tanta facilidad impedía los movimientos a una chalupa de la marina real británica, hasta el extremo de hacer inútiles los remos y el timón.

Al primer empuje la chalupa se separó de las rocas, y sin otro incidente pudo volver al centro de la bahía Silly.

Pero el invencible cabo no quiso volver a bordo del buque almirante.

Había prometido demasiado y hecho imprudente alarde ante lord Strawberry, para confesarse vencido ante el primer obstáculo.

El camino del mar le estaba cerrado. Pues bien; desembarcaría en la isla con sus cuatro soldados, registraría todos los huecos, todos los altos y bajos, rompería todos los arbustos, sondearía en todos sentidos, y bien pudiera ser que descubriese la guarida del condenado Corsario, que se había atrevido a dictar órdenes a un hombre como él, a un cabo heroico de los fusileros tiradores de la escuadra real.

La chalupa arribó a la playa minúscula en que habían embarcado *sir* Joe Pritchell y Lavarède cuando pasaron a presentarse al lord Almirante, y Kiddy y sus hombres saltaron a tierra.

Después de todo, los tiradores preferían la tierra firme al fondo movable de la embarcación, y una vez en la isla sintiéronse mucho más animosos que en el agua.

Guiados por su jefe, pusiéronse en camino.

Por las sendas escarpadas, a través de la espesa hojarasca, fueron con el oído atento, buscando un indicio de la presencia de aquel diablo que se habían propuesto capturar.

Pero en vano golpearon las rocas con la culata de sus fusiles; en vano se abrieron a sablazos camino en la espesura; en vano se expusieron a romperse la cabeza contra las piedras: no llegaban a descubrir la guarida del corsario Triplex, protegido por el Infierno.

El Sol subía al cénit, y el calor del mediodía sofocaba a los hombres, que desde el alba no habían disfrutado un momento de descanso.

La busca era ya menos activa. Los fusileros tiradores arrastraban las piernas, que se negaban a andar; el valiente Kiddy se enjugaba el copioso sudor con su gran pañuelo de cuadros, y estaba empapado en agua todo su cuerpo.

El mar estaba bajo, y la reducida tropa seguía al pie de la espesura. Por la arena la marcha era menos fatigosa, y el obstinado cabo continuaba en su creencia de que en alguna gruta se encontraba el Corsario. Esta suposición no estaba lejos de la verdad.

—Encontremos —decía— un sitio que nos permita escalar esa hojarasca, y

descansaremos arriba, para no ser sorprendidos durante la siesta por la subida de las aguas.

Alentados por la esperanza del descanso, los soldados apretaron el paso, y pronto llegaron a una ensenada que les presentaba una pendiente fácil de subir.

No sin trabajo, llegaron a lo alto, y desde allí dominaron la umbría de un valle donde había un claro arroyuelo en cuya orilla se abría una senda estrecha que parecía invitarlos al reposo.

En cinco minutos los cuatro hombres y el cabo se instalaron al borde del risueño arroyuelo. Sacaron de los sacos las provisiones, y se dispusieron a comer

Consistían las provisiones en *rosbif*, en conservas y legumbres secas, y en vino encerrado en ampollas de reglamento. No había que hacer más que reparar las fuerzas. Para postre los soldados no tenían más trabajo que sacudir los árboles y dejar caer las nueces, con las cuales terminarían en paz y en gracia de Dios su alimentación.

El cabo se sentó, y lo mismo hicieron, con su permiso, sus subordinados. Éstos se habían colocado en semicírculo, porque, aun para comer, estaban acostumbrados a observar las reglas del respeto, base de toda disciplina.

—¡Comamos! —dijo el cabo, que acababa de abrir una navaja de mango de cuerno, y cortaba un buen trozo de *rosbif* sobre un pedazo más grande de pan con manteca.

—¡Comamos! —dijeron los cuatro soldados, cortando a su vez la sabrosa carne y llevando cada uno un pedazo a la boca.

Kiddy los miró complacido, viendo que, aun en aquel momento, sus hombres conservaban una digna actitud militar, y dijo con la boca llena:

—Me satisface mucho ver que vuestra adhesión a la Reina —y saludó llevándose la mano a la frente— os impide quejaros de la ninguna comodidad con que comemos en este instante. Comer sin mesa, sin sillas, sin cubiertos, es un gran sacrificio para soldados de la Gran Bretaña, acostumbrados a vivir cómodamente. ¡Porque nosotros no somos —añadió orgullosamente— como esos miserables soldados franceses, que cifran su orgullo en no echar de menos ninguna comodidad! He oído contar que en una revolución, queriendo imitar a nuestro Cromwell, se llamaban ellos mismos *Sans culottes*. Esto hace comprender su falta de virtudes militares y su poca vergüenza. ¡Soldados, bebamos a la prosperidad de la virtuosa Inglaterra!

Y diciendo esto Kiddy alargó la mano derecha al sitio donde había dejado su frasco de vino.

Pero no encontró más que el vacío.

Asombrado el hombre, volvió la cabeza, dejó en el suelo el pan y el *rosbif*, se puso de rodillas y miró en derredor.

No vio más que la hierba: el vino había desaparecido.

Y mirando a sus subordinados, vio que éstos hacían lo mismo que él.

—¿Qué es esto? —exclamó.

—¡Mi vino! —murmuró Mic.

—¡Desapareció! —dijo Piff.

—¡Voló! —añadió Mach.

—¡No hay vino! —clamó Flok con voz cavernosa—. ¡No podemos remojar el gaznate!

Los cinco ingleses quedaron suspensos, sin saber lo que les pasaba.

—¡Hombre! —dijo el cabo—. ¡Será esto otra bromita del Corsario!

Los soldados hicieron un gesto de profundo desaliento.

—¡Esto es indigno de un enemigo leal! ¡Se mata a los hombres cara a cara; pero no se les priva del vino, que calma la sed!

Nadie contestó al apóstrofe.

—¡Es una nueva prueba que sufrimos por la Reina y la Gran Bretaña! —dijo heroicamente el animoso Kiddy—. ¡En vez de vino, satisfaremos la sed con agua fresca del arroyo!

Y uniendo la acción a la palabra, se inclinó sobre el arroyo y bebió.

Los soldados dudaron un momento; pero al fin, mirando resignados al cielo, como haciéndole testigo del injusto martirio a que la suerte los había sometido, bebieron como su jefe.

Bebían con gestos dolorosos. Es verdad que el manantial más delicioso no tiene el perfume suave del ron, ni del *gin*, ese licor nacional que abrasa el gaznate y proporciona a quien lo bebe una sensación tan agradable como si tragara un centenar de alfileres quemados al rojo. ¿Qué comparación existe entre este licor y el insípido que destila una fuente?

Satisfecha la sed, los tiradores, a quienes, a falta de las satisfacciones líquidas, les quedaba la posibilidad de gustar los placeres sólidos de la masticación, volvieron a requerir su pan y su *rosbif*; es decir, volvieron al sitio donde los habían dejado, y vieron que mientras calmaban la sed una mano invisible les había arrebatado también el *rosbif* y el pan con manteca.

Los cinco hombres bramaron de cólera, con mucha razón. Cogieron los fusiles, los armaron con la bayoneta y se metieron entre la espesura.

Fue aquello una terrible matanza de arbustos, de hojas, de plantas, de flores. Sonaban los golpes en el tronco de los árboles. Un poeta hubiera comparado aquella batalla con los combates de Don Quijote. Los cinco ingleses, en el colmo de la irritación, no dejaban vivo ningún vegetal; y si hubieran escondido enemigos, seguramente habrían hecho una espantosa matanza.

Sus fuerzas, derrochadas en aquella lucha, se agotaron pronto, y postrados y sudorosos hubieron de volver al mismo sitio donde antes se habían sentado a comer



tranquilamente.

¡Oh sorpresa! Sus cantimploras de *gin* y sus víveres estaban allí, sobre la hierba. Se restregaron los ojos, se pellizcaron para despertar si por acaso soñaban. Pero no era ilusión: todo estaba allí.

Precipitáronse emocionados, casi con lágrimas en los ojos, para volver a tomar posesión de su comida, y enternecidos tornaron a comer el sabroso *rosbif* y a beber el abrasador licor. El ruido que hacían con las fuertes mandíbulas se mezclaba con el rumorcillo del agua corriendo sobre los guijarros del arroyuelo.

Lo mismo que Harpagón<sup>[23]</sup> se agarraba a su depósito de manjares, los soldados, con las manos crispadas, llevábanse a la boca el *rosbif* y el pan, y no cesó su ansia hasta que hubieron dado fin de todas las provisiones.

Luego tendiéronse en el suelo. Había que dormir un poco antes de afrontar nuevas fatigas; porque el soldado inglés —todo el mundo lo sabe— es el primer soldado del mundo, pero necesita comer bien, beber bien, dormir bien y no caminar mucho.

Pronto roncaron los cinco, con el estrépito consiguiente, como si estuvieran reposando en un campo de adormideras bajo la protección del divino Morfeo.

\* \* \*

Una roca se apartó cerca de los durmientes, dejando ver una abertura oscura, de la cual salieron varios hombres. Los primeros que aparecieron eran *sir* Joe Pritchell y Armando.

—¿Me parece —dijo el primero— que le habrá divertido a usted este lance?

—He reído, señor Pritchell, como nunca en mi vida. ¡Pero esta isla es como el escenario de una comedia de magia!

—¡Nada de eso, amigo mío! Una galería natural desde las cavernas desemboca en este sitio. Todo mi mérito consiste en haber traído aquí a esos soldados por medio de indicaciones que recibían, sin advertirlo ellos mismos.

—¡No comprendo!

—Pues es muy sencillo. Este sendero que une la cima del bosquecillo al arroyo lo hice abrir esta mañana. El viajero en un país que no conoce sigue siempre un camino abierto, porque supone que este camino le llevará a alguna parte.

—Me parece exacta la observación.

—Pues ya posee usted todo el secreto. Desde su llegada a tierra estos bravos fusileros de la marina real recorren la ruta que les ha sido trazada según las instrucciones de nuestro corsario Triplex.

—¿Me permitirá usted una pregunta? —dijo Armando.

—Ciertamente.

—¿Obedece usted también al Corsario?

*Sir* Joe Pritchell, respondió con una sonrisa irónica:

—Le obedezco porque no puedo prescindir de obedecerle, y eso es todo lo que

puedo contestar a usted.

Y dirigiéndose a los hombres que le seguían, *sir* Joe les ordenó:

—¡Haced lo que sabéis!

\* \* \*

Cerca de las cuatro se despertó el cabo Kiddy. Experimentaba una deliciosa sensación de bienestar. La temperatura le parecía dulcísima, como si de las regiones intertropicales hubiera sido súbitamente transportado a plena zona templada.

Se estiró, bostezó y murmuró:

—¡Va a ser preciso volver a bordo! ¡La tarde va cayendo! ¡Será conveniente dejar para mañana la busca y captura de ese demonio!

Poniéndose en pie, gritó:

—¡Soldados, en marcha!

Iba a añadir alguna voz de mando; pero lo que pronunció fue un terno, y luego añadió:

—¿Qué es esto, voto a Satanás? ¿Qué tengo en los ojos? ¿Tengo telarañas?

Y era que miraba colérico a sus cuatro hombres.

—Pero ¿estáis locos? ¿Cómo demonios os atrevéis a presentaros en camisa? ¡Cuatro soldados de la marina real en camisa en un acto del servicio!

En efecto; parecía que los cuatro soldados al ir a dormir, para sufrir menos el calor, se habían quitado la casaca encarnada y el pantalón. Esto pensó el cabo, y corrió con intención de castigarlos, al tiempo que una rama le pinchó en una pierna. Miró dónde se le había clavado la punta de la rama, y quedó el hombre paralizado, inmóvil, aterrado.

Porque también él estaba en camisa.

—¡Esto ya no se puede sufrir! ¡Esto es lo último que puede sucederle a un militar inglés!

Los cuatro hombres no habían despertado todavía.

—¡Oh! ¡Gracias a que duermen! —pensó—. ¡Me pondré el uniforme antes de que puedan ver a su jefe en camisa como ellos!

Como no podía suponer que nadie se hubiera atrevido a desnudarle, pensaba que él mismo se habría desnudado y permitido a los otros que le imitasen, efecto del calor y de la bebida.





Buscó su ropa, y al cabo de cinco minutos de buscar en vano se convenció de que le faltaba la ropa. Sólo encontró sus brodequines, su chacó, su cinturón y su fusil.

Tampoco quedaban más que iguales objetos de la indumentaria de sus subordinados. El pobre hombre acabó por atribuir al mismo demonio de Corsario aquella última cómica aventura

Renegando, jurando y maldiciendo, echando sapos y culebras por la boca, despertó a puntapiés a sus bravos tiradores, que, viéndose en camisa, unieron sus vociferaciones, reniegos y espantosas interjecciones a las de su digno jefe.



Pero en medio de su ira y sus amenazas de venganza, no tuvieron otro arbitrio que volver a la chalupa y subir a bordo con zapatos, chacó, cinturón y fusil, pero en camisa. Los marinos, que los vieron volver de aquella guisa, no pudieron contenerse, y las carcajadas se oyeron en toda la Isla de Oro.

Lo que al valiente cabo le produjo el colmo de la exasperación fue saber que los uniformes de los cuatro tiradores y el suyo, encontrados en la playa por los oficiales al dirigirse a la residencia de *sir* Joe, habían sido enviados a bordo.

Recogió con el humor que es de suponer su casaca roja, y pensó volverse loco encontrando en un bolsillo un papelito en que leyó:

«Al corsario Triplex no le gusta la gente curiosa».

Como siempre, el Corsario no había ocultado su acción.

Ya no se atrevió nadie a buscar el escondite desde donde el misterioso Corsario vigilaba a la poderosa escuadra real inglesa, y lord Strawberry y su Estado Mayor

continuaron utilizando complacidos la magnífica hospitalidad de *sir* Joe Pritchell, esperando el regreso del crucero enviado a Sidney, que había de aclarar el enigma del Corsario.

## Capítulo XIV

### *Un despacho sensacional*

Hacía treinta y tres días que lord Strawberry era comensal de *sir* Joe Pritchell; treinta y tres días que Armando Lavarède seguía a este último como su sombra, sin haber podido hacer el más insignificante descubrimiento respecto del misterio que le rodeaba.

Si se añade a esto que el periodista no había vuelto a bajar a las cavernas y que no había vuelto a ver a su primo ni a las señoras, se comprenderá el estado de aburrimiento en que se hallaba.

Acababa de servirse el almuerzo, compuesto de un menú copioso y delicado. Los convidados, instalados en el salón, saboreaban el riquísimo moka y fumaban de lo más caro de la Habana; todos estaban contentos y risueños, porque, hay que reconocerlo, los oficiales de la marina real inglesa soportaban con no poca satisfacción su larga permanencia en la Isla de Oro. Su anfitrión era tan amable y distinguido, su mesa estaba tan maravillosamente servida, que, naturalmente, personas como ellos, acostumbrados a las poco variadas comidas de a bordo, hallaban mucho más de su gusto los refinamientos gastronómicos del riquísimo mandatario del corsario Triplex.

En medio del grupo en que estaban el Almirante y el curioso Armando, Pritchell había comenzado una discusión sobre los aparatos para alimentar las calderas de los *steamers*, y demostraba con la claridad del mediodía que la maquinaria naval estaba todavía en la infancia, cuando entró un criado que llevaba una carta en una bandeja de plata.

Acercóse a *sir* Joe, y saludando con el mayor respeto le presentó la carta.

*Sir* Pritchell sonrió, y dirigiéndose a los que le rodeaban, les preguntó con la más exquisita cortesía:

—¿Ustedes me permiten...?

Abrió el sobre, sacó la carta y recorrió su contenido.

—Señores —dijo— a ustedes les importa esta noticia.

Todos prestaron la mayor atención en torno de *sir* Pritchell, el cual leyó:

«Honorable *sir*: El crucero enviado a Sidney llegará esta tarde a la bahía Silly-Maudlin...»

—¡Ah! —exclamaron unos.

—¡Silencio, señores, y oigamos! —dijeron otros.

Y *sir* Joe continuó:

«El buque lleva a su bordo a *sir* Toby Allsmine. El Almirantazgo autoriza a lord Strawberry a constituir un tribunal para oír las explicaciones contradictorias del Director de la policía del Pacífico y de su acusador el corsario Triplex. El que de los dos sea reconocido culpable será traído a Inglaterra para ser tratado con arreglo a las leyes del reino.

»Y ahora solicito de la cortesía de usted, honorable *sir* Pritchell, que se sirva comunicar inmediatamente estas noticias a sus distinguidos huéspedes el Almirante y oficiales de la escuadra, rogando al primero que hoy mismo nombre los miembros del tribunal. Esta noche se presentará un hombre, a quien todos pueden seguir con entera confianza, acompañado de *sir* Toby Allsmine. Todos verán y juzgarán.

Firmado, CORSARIO TRIPLEX»

Joe calló. Los marinos mirábanse unos a otros.

—Yo haría de buen grado —dijo el Almirante— lo que pide el Corsario; pero una cosa me sorprende. ¿Cómo puede saber él las resoluciones del Almirantazgo?

Un murmullo de aprobación indicó claramente que todos los presentes pensaban lo mismo que el Almirante.

Pritchell se encogió de hombros.

—¡Ah! —exclamó—. Yo no sé cómo<sup>[24]</sup>.

—Pero ¿alguien habrá traído el pliego cuyo contenido acaba usted de leernos?

—Probablemente.

—¿Y quién?

—Lo ignoro; pero voy a preguntarlo.

*Sir* Joe se acercó a una mesa, y tocó un timbre que hizo sonar varias campanillas. La puerta del salón se abrió, y apareció el correcto criado que había llevado la carta.

Su amo le indicó que se acercara.

—¿Me ha traído usted antes esta carta? —le dijo.

—Sí, señor.

—¿De quién la ha recibido?

—¿De quién?

—Sí. ¿Quién la trajo?

—Nadie, señor.

Esta respuesta desconcertó al Almirante.

—Pues si nadie la trajo, ¿cómo la ha traído usted? No se aturda, y diga la verdad.

—Señor, lo cierto es que estaba yo con otros compañeros en la antecocina, y por

una de las ventanas abiertas vimos que entraba como volando un papel. Nos asomamos a la ventana, y no vimos a nadie. Yo recogí del suelo la carta, y viendo en el sobre el nombre de mi señor, la traje. Eso es lo que ha sucedido.

Un mes antes los oficiales de la escuadra se hubieran preocupado grandemente, queriendo adivinar quién podía ser el incógnito mensajero; pero ya estaban acostumbrados a los procedimientos del Corsario. No hicieron, pues, otras preguntas al criado, y *sir* Pritchell le mandó retirarse.

Además, como el Corsario prometía presentarse ante sus jueces, suponían todos, que dentro de algunas horas habría de descifrarse la clave del misterio.

Lo mejor era deferir a los deseos del Corsario y designar los oficiales de la flota real británica que habían de formar el tribunal.

Y rápidamente se hicieron los nombramientos.

El almirante lord Strawberry, presidente.

Dos capitanes de navío, vocales.

Dos tenientes, ídem.

Un abanderado, secretario.

Éste último fue enviado a bordo, a fin de reunir un pelotón de marineros que sirvieran de escolta al Consejo de guerra marítimo.

A las cuatro de la tarde desembarcaban al mando del joven oficial y subían a la residencia de *sir* Pritchell, dejando las carabinas en pabellones en el parque y esperando órdenes superiores.

Todo estaba dispuesto.

Los oficiales, que observaban el mar, anunciaron la aparición de una nave. Todos requirieron los anteojos, y pronto no hubo la más leve duda: era el crucero enviado a Sidney, que navegaba gallardamente a todo vapor.

Los informes del corsario Triplex eran completamente exactos.

En efecto; el crucero había arribado a Sidney.

Una vez allí, su comandante había expedido un cablegrama de trescientas palabras al Almirantazgo, exponiendo detalladamente la situación de la escuadra en la Isla de Oro.

En contestación había recibido este despacho: «Tome a bordo a *sir* Allsmine, y regrese inmediatamente a la Isla de Oro. Termíñese cuanto antes. Los sucesos de China y de las Filipinas exigen para la flota completa libertad de movimientos. Júzguese sumariamente y tráigase a Inglaterra al culpable».

Sin demora el Comandante se había presentado en el hotel de Paramata Street. Su visita había hecho el efecto de un rayo en Toby Allsmine. Pero no le era posible resistir, y con la muerte en el alma había embarcado. A la mañana siguiente el crucero, bien provisto de carbón y de todo lo necesario, salía de Port Jackson y tomaba el camino de la Isla de Oro.

Durante la travesía el Director de la policía aparentó hallarse tranquilo y sereno. Después de todo, pensaba, no había prueba evidente de sus crímenes: sólo podía ser

condenado si confesaba, y lo que es confesar no lo haría, seguramente; nadie podría sorprenderle, por muy hábil que fuera.

Tomada esta resolución se sintió más seguro de sí mismo, y su fisonomía presentó un aspecto de indiferencia. Explicó su turbación de los primeros momentos por la impresión que naturalmente había de haberle producido saber que el Almirantazgo ponía a un personaje de su importancia en parangón con un bandido.

Al llegar a la Isla de Oro el Estado Mayor del crucero estaba muy bien dispuesto en favor del Director de la policía y juzgaba severamente al invisible corsario Triplex. Nadie dudaba que uno de los submarinos había acompañado al crucero, y por eso pudo ser avisada la hora de llegada de la nave real.

El paso de la bahía Silly se abrió ante ésta para cerrarse después. Eran cerca de las cinco de la tarde cuando fondeó al lado de las otras unidades de la escuadra.

A las cinco y diez minutos una chalupa enviada por el buque almirante llegaba al costado del crucero. A las cinco y veinte *sir* Allsmine bajaba a embarcar en la chalupa, y a los treinta minutos desembarcaba en la playa de la bahía, donde varios oficiales le esperaban. A las seis y diez llegaba a la residencia de *sir* Pritchell; a la media sonaba la campana llamando a comer, y el Director de la policía del Pacífico tomaba asiento en la mesa del propietario de la Isla de Oro entre los habituales convidados.

En aquel momento se produjo un singular incidente. El Almirante se creyó en el deber de cortesía de presentar al recién venido.

—*Sir* Joe —dijo poniéndose en pie—, esta casa ha sido para nosotros infinitamente hospitalaria. Hoy mismo abusamos de la delicada galantería de usted presentándole un nuevo comensal. Nos excusa la circunstancia de que obedecemos, como usted, a la prodigiosa influencia del señor Triplex; pero, sin embargo, he creído que debía cumplir esta obligación de cortesía —y señalando al gran polizonte, añadió:

—Tengo el honor de presentar a *sir* Joe a S. E. *sir* Toby Allsmine, director general de la policía del Pacífico.

*Sir* Joe saludó fríamente, y con voz entera y clara contestó:

—*Sir* Toby Allsmine sea bien venido a la casa de *sir* Joe Pritchell.

Este nombre produjo en Toby un efecto inesperado. No pudo contener una exclamación, se hizo atrás, y se puso horriblemente pálido.

Sólo *sir* Joe pareció no haber notado esta impresión de terror, y repuso tranquilamente:

—Ya estamos en regla con los deberes de cortesía. Ahora, señores, no olvidemos que esta noche misma debemos acudir al llamamiento del Corsario famoso, cuyos hechos me han proporcionado la honra inmensa de entrar en relaciones tan agradables con los distinguidos jefes y oficiales de la marina real británica.

Como todos, Armando Lavarède había visto la impresión de espanto que el nombre de Joe había producido en el rostro de su conocido *sir* Allsmine, y esta

circunstancia había excitado poderosamente su curiosidad. ¿Qué misterio había entre aquellos dos hombres?

Si miraba al anfitrión, dudaba haber observado bien, porque Pritchell estaba perfectamente tranquilo y presidía la mesa con su distinción y su jovialidad habituales. Pero si miraba al Director de la policía, consideraba completamente exacta su observación. Toby no comía. Cuando creía que no le miraban, dirigía él a Joe miradas de odio y de horror. Varias veces llenó el vaso de agua y la bebió de un trago. A no dudar, el hombre tenía seca la garganta.

Este nuevo misterio preocupaba tan poderosamente a Armando, que él tampoco comía. Y extrañaba en gran manera que aquellos metódicos y flemáticos marinos, que muy pronto iban a conocer al Corsario y a descubrir todos los misterios, continuaran masticando sólida, imperturbable e interminablemente. ¿Era posible que no tuvieran curiosidad? ¿Eran hombres, o máquinas? Nunca había sentido tan insufrible impaciencia. Sin embargo, una comida, por larga que sea, al fin llega a su término. Levantáronse de la mesa, y como si el Corsario hubiese esperado aquel momento, un marinero con la cara oculta por medio de un antifaz verde entró, y dijo con voz vibrante:

—¡Vengo a guiar a los señores adonde se halla el capitán Triplex!

Prodújose un movimiento que impidió fijarse en la actitud de *sir* Toby. Con las manos crispadas sobre el pecho miraba estúpidamente la careta verde del marinero, y murmuraba como si no tuviera conciencia de lo que decía estas palabras, incoherentes e incomprensibles para todos:

—¡Joe Pritchell! ¡El tribunal! ¡Las capuchas! ¡Las caretas! ¡Todos, todos contra mí!

El Almirante se dirigió al marinero y le preguntó:

—¿Es usted el guía que nos habían anunciado?

—El mismo, Excelencia. Mi capitán me dice que no puede venir él mismo a guiarle, porque lo que desea que vea su Excelencia no puede verse aquí.

—¡Bien! Un piquete de mis hombres me acompañará.

—Como su Excelencia ordene.

—¡Pues en marcha! ¡Guíe usted!

El marino saludó militarmente, y entró en la escalera que conducía a las cavernas. Todos le siguieron, cerrando la comitiva el pelotón armado.

Armando se había colocado en primera fila, junto a *sir* Allsmine, a quien lord Strawberry llevaba a la derecha.

La entrada de las cavernas estaba abierta. Lentamente el extraño cortejo bajó los escalones abiertos en la roca, y pronto llegó enfrente del subterráneo.

Los oficiales no pudieron contener repetidas exclamaciones de admiración.

Todas las lámparas estaban encendidas; los filones de cuarzo aurífero brillaban deslumbrantes, y en la superficie del agua las embarcaciones estaban colocadas en triángulo, con los tripulantes rígidos en el puente de cada una.

Los marinos de James Pack, con sus sacos y sus caretas verdes, estaban formados al paso de los nuevos visitantes de las cavernas.

—¡Admirable! —murmuró lord Strawberry, olvidando un momento ante tan maravilloso espectáculo la misión de juzgador de que estaba encargado.

—¿Verdad, señor? —le dijo *sir* Joe.

Y no se habló más. Continuó la marcha, y entró la comitiva por una de las galerías laterales. Después de algunas vueltas y revueltas, llegaron a una gruta espaciosa, cuya disposición aumentó la sorpresa de los ingleses.

Parecía una sala de teatro. En el fondo había un ancho lienzo a manera de telón, y enfrente filas de asientos. Delante de la primera fila una mesa estaba cubierta con un tapete verde, sobre el cual se veían bastantes hojas de papel. Los tinteros y plumas claramente indicaban que los que ocupasen aquella mesa deberían escribir.

Y *sir* Joe designó la mesa, y con voz grave dijo:

—Ése es el sitio reservado a los miembros del Consejo de guerra.

Luego, señalando una silla aislada a la derecha, añadió:

—La silla de *sir* Toby Allsmine.

Y dirigiéndose a la izquierda, donde había otra silla frontera a la del Director de policía, se sentó diciendo:

—Aquí es el lugar de quien hará uso de la palabra, en nombre del corsario Triplex.

Armando Lavarède se había detenido a la entrada del salón. Bajo los capuchones verdes que ocultaban su rostro había reconocido a su mujer, la graciosa Aurelia, a Roberto, a Maudlin y a su madre. Pero no vio que estuviese allí la egipcia.

Notando esta ausencia, preguntó bajo a su primo:

—¿Dónde ha quedado tu prometida?

El interpelado, tembloroso y con voz de aflicción, contestó:

—No ha podido acompañarnos.

—¿Por qué?

Después de un momento de silencio Roberto respondió casi llorando a través de su máscara:

—¡Porque se muere!

Estas palabras sonaron lúgubrementemente en los oídos del periodista, y le emocionaron de tal suerte, que no tuvo aliento para contestar.

A tiempo que su insaciable curiosidad iba a ser satisfecha, una desgracia irreparable amenazaba a su primo, a los dos enamorados a quienes profesaba un





afecto fraternal. Al fin se atrevió a decir:

—¡Acaso exageras, primo!

—No; hace ocho días que no se levanta la pobre. La desesperación la minaba lentamente. Pálida, enflaquecida, estaba inmóvil y silenciosa y parecía enajenada. Se podía creer que esperaba la muerte con la impaciencia con que el preso espera la hora de la evasión. Ayer no abrió la boca más que una sola vez. Nuestro buen orangután no hacía más que acariciarla; ella le miraba tristemente y le decía: —«¡*Hope, Hope*, qué pronto vas a perder a tu madrina! ¡No te di buen nombre! ¡Nunca he debido pronunciar la palabra “Esperanza” porque para mí no hay esperanza!»— Y luego se encerró en el más absoluto silencio. ¡Cuando pienso que hoy, que mañana sus ojos se cerrarán para siempre, que se extinguirá su dulce mirada, siento que he de volverme loco! ¡Oh Dios mío! ¿Por qué tú, tu mujer y todos habéis querido vencer nuestra mala suerte? ¿Por qué has querido encontrarme? ¿Por qué has querido reunir a los que el fiero Destino se ha empeñado en separar?

Armando se sintió profundamente conmovido. Cogió la mano de su desventurado primo y la apretó entre las suyas.

## Capítulo XV

### Cinematógrafo y fonógrafo

Durante este diálogo de los dos primos Lavarède todos habían tomado asiento. *Sir Joe Pritchell* se levantó y habló en estos términos:

—Milord almirante, señores oficiales, permítanme recordar que el corsario *Triplex*, mi mandante, es un fiel súbdito de Su Majestad la Reina. Obligado por la situación de *sir Allsmine* a emplear medios poco ordinarios, ha procurado siempre con el mayor empeño, y por difícil que fuera conseguirlo, no lesionar en manera alguna los intereses de ningún ciudadano inglés. En este momento en que la verdad va a resplandecer, en que los que me oyen designarán al culpable, me es grato reiterar mi reconocimiento a la augusta persona que ha querido el triunfo de la justicia. ¡Gracias sean dadas a Su Graciosa Majestad!

Todos los presentes se descubrieron. Hubo un silencio imponente y solemne, que interrumpió *sir Joe*.

—Ahora, algunas palabras antes de comenzar el acto de justicia. Una noche el capitán *Triplex* capturó al Director de policía del Pacífico. Hubiera podido matarle; pero prefirió obrar legalmente. Sin embargo, quiso conservar el recuerdo de la acusación, el recuerdo de la actitud del acusado: un fonógrafo impresionó las preguntas que se le hicieron y sus respuestas. Un aparato fotográfico recogió los clichés cinematógrafos de la escena. Todo esto van a verlo y oírlo los señores que me escuchan.

Y señalando a la especie de telón corrido delante de los espectadores, añadió:

—¡Va a aparecer el tribunal del corsario *Triplex*!

*Sir Joe* calló, hizo una señal, y apagáronse todas las luces.

En la obscuridad se oyó una voz bronca que murmuró:

—¡Esto es una burla! ¡Hemos venido a una sesión de cinematógrafo! ¡Qué irrisión!

Era *Allsmine* que protestaba, aunque temblando de miedo. ¿Qué? ¿Iban a aparecer las máscaras verdes? Recordaba las angustias que sufrió aquella noche funesta de la fiesta de los Docks, en Sidney. Pero creía haber sido prudente y que no había hecho confesión alguna. Poco le importaban las revelaciones del fonógrafo. Pero ¿qué iba a descubrir la fotografía?

¿Cuál había sido el aspecto de su fisonomía enfrente de aquellos jueces improvisados? ¿Había revelado su rostro el espanto, y un cliché insensible presentaría

el más grave indicio de su culpabilidad?

Oyóse un ligero rozamiento. El lienzo se iluminó lentamente; formas vagas dibujáronse en él, primero confusas y luego claras y diáfanas. El tribunal de los capuchones verdes apareció.

La primera película representaba una sala de muros desnudos. Detrás de una mesa cubierta con un tapete que caía hasta el suelo estaban rígidos e inmóviles como estatuas tres extraños personajes.

Los envolvían largos y anchos sacos con sus grandes pliegues, y tenían cubierta la cabeza con capuchas provistas de tres agujeros correspondientes a los ojos y a la boca.

—¡Adelante! —dijo *sir* Joe.

Y funcionó el cinematógrafo.

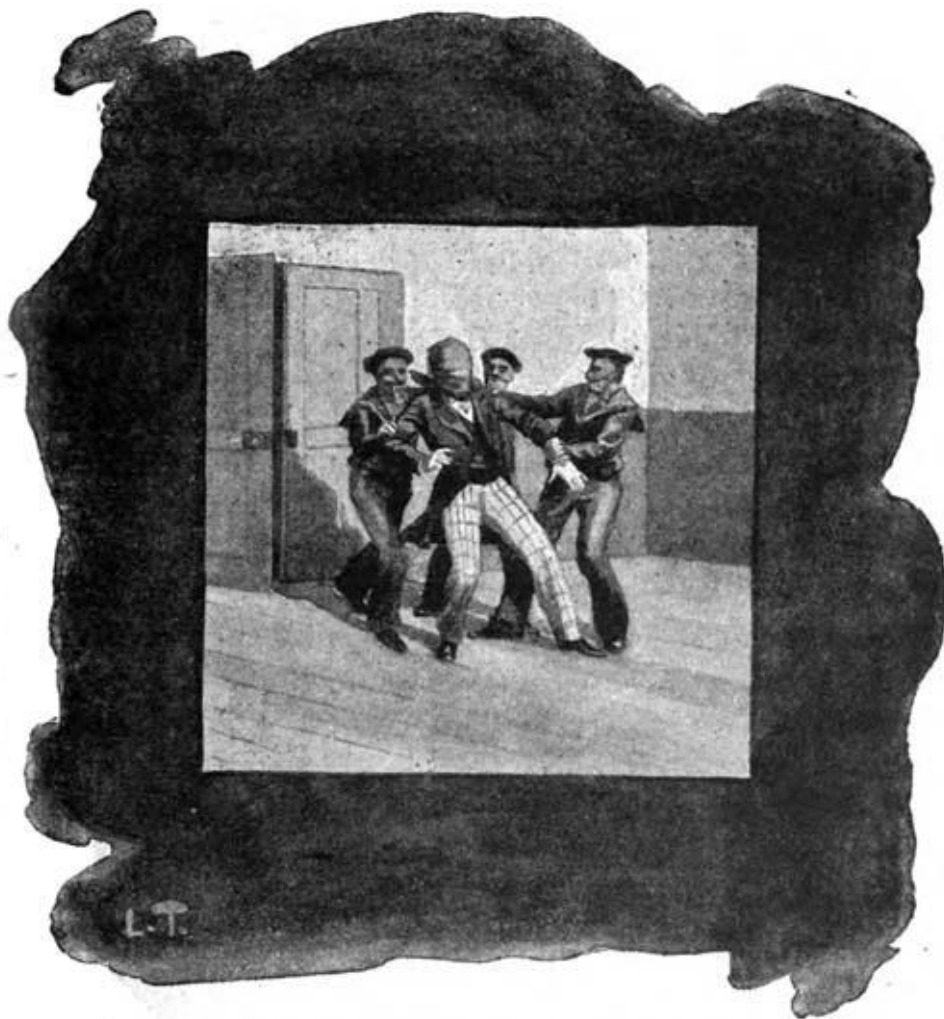
Las figuras se animaron. Abrióse una puerta, y algunos marineros enmascarados entraron, empujando a un hombre encapuchado.

Fue llevado a una silla, y él mismo se arrancó la capucha, que no le dejaba ver.

Prodújose un sordo murmullo entre los espectadores. Todos habían reconocido en la aparición cinematográfica la espantada fisonomía del acusado.

Allsmine se levantó maquinalmente. Miraba aquel cuadro, y experimentaba un terror indefinible viéndose en el lienzo, agitado, repitiendo los gestos que hacía en aquella noche funesta y en aquella ocasión, más funesta todavía.

Veía su propio aturdimiento, su sorpresa, su despecho, su cólera. Luego uno de los individuos de la capucha, el que ocupaba el sitio central detrás de la mesa, se dirigió a un marinero enmascarado, sentado cerca un fonógrafo reforzado por un pabellón megáfono.



Pareció aquel encapuchado dar una orden, y luego se volvió a Toby.

Ocurrió algo espantoso, nunca oído, una voz que parecía salir de la misma película pronunció severamente:

—«*¡Diga nombre y apellidos!*»

La figura de Allsmine se revolvió airada, y respondió:

—«*¡No tengo que contestar! ¡No reconozco en nadie aquí el derecho de interrogarme!*»

Aquello era terrible y mágico. Lord Strawberry y sus oficiales estaban inmóviles, no respiraban, y comprendían ya que la verdad iba a salir de aquellos aparatos científicos, a los cuales los hombres no han enseñado todavía a mentir. Y prosiguió la escena. El juez de la capucha se encogió de hombros, y dirigiéndose a los marineros les ordenó:

—«*¡Marineros, soltad la lengua al acusado!*»

Dos cuchillos brillaron en las manos de los guardianes del cautivo. Éste murmuró temblando:

—«*¿Os atreveréis a asesinarme?*»

—«*Sin vacilación y sin remordimiento se mata a una bestia salvaje. Pero no hay que perder tiempo: responda el acusado a la pregunta que se le ha hecho, y diga su nombre y apellidos.*».

Como vencido, el acusado murmuró:

—«*Sir Allsmine, Toby Jehosuah, Sim*».

—«*¿Edad?*»

—«*Cuarenta y siete años*».

El presidente del tribunal consultó una nota que tenía sobre la mesa.

—«*Es verdad. El acusado es hijo de padres emigrantes establecidos en las orillas del río Lachlan, en el interior del Estado de Nueva Gales. ¿No es verdad?*»

—«*Sí*».

—«*Muy joven entró en la policía, de Sidney. Era ambicioso, trabajador, hay que decirlo, porque él sólo tuvo que hacer sus estudios, toda vez que sus medios pecuniarios no le permitían seguir los cursos de la enseñanza. Sin embargo, hasta los treinta años no salió de los empleos subalternos. ¿No es verdad?*»

—«*Sí*».

En este momento el Almirante hizo un movimiento de cólera, impresionado por la expresión del semblante de Allsmine.

Y repuso el hombre de la capucha:

—«*¿Cómo en diez y seis años ha podido llegar el reo a Director de la policía del Pacífico, título que le confiere una autoridad ilimitada, casi Real?*»

Oyóse un sordo gemido hacia el sitio que ocupaba Toby.

—«*Yo lo diré*» —continuó la aparición.

—«*Para eso, para decir lo que él no diga, estamos aquí. A los treinta años tuvo la suerte de ser presentado a lord Green, inglés muy rico y bien emparentado que paseaba en Australia su miserable esplín. La conversación del acusado y el relato de sus aventuras policíacas le distrajeron un poco, y quiso recompensarle por el beneficio que le había dispensado mejorando su salud. Empleó en su favor su crédito y el de la familia de miss Juana Heart, entonces de edad de diez y nueve años, con quien acababa de casarse. Así, en diez años el acusado vino a ser jefe de la sección de investigaciones y comensal de la casa de lord Green, la misma casa, en que reside ahora en Paramata Street*».

Sonó en la sala un sollozo, como una queja dolorosa. La madre de Maudlin no había podido contener las lágrimas ante los recuerdos de lo pasado.

La escena proseguía.

—«*Es enteramente conforme a la verdad todo esto; ¿no es así?*» —interrogó la figura de la capucha.

—«*Sí*» —contestó la de Allsmine.

—«*¡Bien! Por lo demás* —siguió hablando el juez—, *siempre demostró el acusado a sus protectores una gratitud, que los conmovía profundamente. Y sucedió que, habiendo desaparecido una miniatura de familia que tenía en gran estimación lord Green...*»

—*¡Yo descubrí al ladrón* —gritó sir Toby Allsmine, con voz tan fuerte, que cubrió un momento la del fonógrafo—, *y el ladrón es el que se venga ahora!*

Pero en todos los lados de la sala se le impuso silencio.

—«Precisamente iba a encarecer la destreza y el celo del acusado, porque sin él, a nadie se le hubiera ocurrido acusar a Joe Pritchell, primo pobre y huérfano que mistress Juana había recogido y cuya educación pagaba generosamente».

Estas últimas palabras levantaron un ligero murmullo. Joe Pritchell era el propietario de la Isla de Oro, y la escena cada vez adquiría más interés. Volvió a reinar el silencio. La figura de sir Toby presentaba un aspecto singularísimo, expresión de sus malos pensamientos. El Presidente continuó:

—«Hallóse la miniatura escondida en las ropas del dicho Joe, un jovencito de quince años. A pesar de sus protestas de inocencia, su culpabilidad estaba demostrada. Sin embargo, la bonísima lady no quiso abandonarle. Cesó el pobre de vivir en la casa como si fuera parte de la familia, y fue enviado a terminar sus estudios a Inglaterra, donde todavía reside».

—«Esos detalles son conocidos de todo el mundo.» —dijo sir Toby.

—«Por eso no es raro que yo los conozca; ¿verdad? pero ya verá el acusado que sé también cosas menos conocidas».

Al llegar aquí Allsmine se estremeció de pies a cabeza. Su contrafigura acababa de inclinarse en una actitud que equivalía a una confesión. Pero la escena continuaba sin parar, por la acción de los aparatos que producían aquella maravilla.

—«Poco después —repuso el juez— la niña de lord Green y de lady Juana, una deliciosa criatura de catorce meses, a quien los dependientes y criados de la casa llamaban respetuosamente Maudlin, cayó enferma de un mal sumamente extraño, una especie de languidez, de cansancio. Los médicos, impotentes para descubrir el origen de la enfermedad, hablaron vagamente del ambiente dañino de la ciudad, y de los beneficios de la vida rústica, de los aires sanos del campo. Aún vivía la madre del señor Allsmine, y por indicaciones de éste le confiaron la niña».

—«Allá abajo —decía el acusado—, en la quinta próxima al río Lachlan, la bella Maudlin recobrará pronto la salud, y me sería muy grato pensar que el aire puro que me dio el vigor de que disfruto ha conservado la vida de la hija de mis bienhechores. Es claro; la madre del acusado ofrecía garantías que no podían hallarse en ninguna persona desconocida. Sucedió lo que tenía que suceder: prevalecieron las razones de Allsmine, y la enfermita fue confiada a la familia de Lachlan».

—«Y bien, ¿qué? —exclamó la imagen del Director de la policía—; ¿qué hay en todo eso de extraño y de reprehensible?»

El juez de la capucha contestó;

—«El señor Allsmine hace una pregunta muy en su lugar, pero un poco precipitada. Ahora contestaré. Por de pronto, continúo mi relato. La desgracia seguía pesando sobre la familia de lord Green. Este lord fue muerto poco después en una cacería de kanguros: una bala perdida le dio en el corazón, y nunca pudo averiguarse de qué fusil había partido aquel proyectil».

—«Fue un accidente como tantos otros.» —murmuró la figura de sir Toby con

una horrible contracción de su fisonomía.

—«*No fue la única desgracia. La pobre viuda no había podido reponerse de aquella crudelísima sorpresa, cuando un nuevo golpe, más horrible acaso, descargaba sobre ella el infortunio. La madre del acusado llegaba a Sidney, y loca de pena contaba que la encantadora Maudlin había caído en el río Lachlan, que la corriente la había arrastrado y que no se había encontrado su cuerpecito. Nadie había presenciado este drama. Una barca que servía para atravesar de orilla a orilla, había sido hallada volcada con la quilla al sol. Suponían que la niña se escapó de la quinta y que se había metido en la barca, que la soga se había roto: en fin, conjeturas inexplicables*».

Y después de un momento prosiguió el juez:

—«*¿Cuál es la opinión de Allsmine sobre la muerte de la pobrecita niña?*»

En la fotografía del acusado se reflejó perfectamente su turbación, su azoramiento. Sin embargo, contestó con voz insegura:

—«*Acepto la versión de la desgracia que acabo de oír; pero de esa desgracia no sé más de lo que saben los demás*».

—«*¿No sabe más el acusado?*» —murmuró el Capitán con acento indefinible.

Y mientras el cinematógrafo dejaba percibir distintamente el temblor que agitaba el cuerpo del Director de la policía, el hombre de la capucha continuaba con ironía cruel:

—«*Fue inmensa la desesperación de lady Juana. Quizás hubiera muerto, aceptando la muerte como único consuelo, si la tierna amistad del acusado no hubiera velado por la pobre señora. Todos los días iba a la calle de Paramata, prodigaba sus más efusivos consuelos a la infortunada, empleaba hasta la violencia para distraerla. No la dejaba nunca: siempre se le veía acompañándola. Pronto el rumor público, fundándose en los actos del acusado, le designó como futuro marido de la viuda. Ésta, en medio de su desdicha, estimulada por sus amistades y temiendo perder la de un hombre abnegado y servicial, consintió al fin la infeliz en concederle su mano*».

—¡Es infame jugar así con los sentimientos! —profirió en medio del silencio de la sala la voz cavernosa de Toby. Como respondiendo a esta interrupción, el juez del cinematógrafo extendió el brazo. Era trágico ver y oír cómo aquella imagen fugaz contestaba al ser vivo.

—«*Lo que tenía y sentía el acusado era una desenfrenada ambición. Tal matrimonio lo pretendía desde que enviudó la dama, o quizás porque le permitiría utilizar las grandes e importantes relaciones de la familia Green, llegar a la elevada situación que ocupa y hacer en todo y por todo su voluntad, a no tener otra ley que la más abominable tiranía*».

Todos los oyentes estaban profundamente impresionados. El terrible interrogatorio había llevado la convicción al ánimo de todos. La figura del juez tomó una actitud violenta, imponente, implacable, y el fonógrafo lanzó estas tremendas

palabras:

—«Yo, Corsario Triplex, acuso al llamado Allsmine:

»Primero. De haber escondido entre las ropas de Joe Pritchell la miniatura robada. Aunque casi niño, Joe era muy listo, muy inteligente, y le estorbaba.

»Segundo. De haber ido armado con el fusil cuyo proyectil produjo la muerte a su bienhechor lord Green, que también le estorbaba.

»Tercero. De haber hecho arrebatar a la niña Maudlin por un hombre que, colocado en la alternativa del castigo de un crimen y la promesa de impunidad, no vaciló en encargarse de la misión siniestra de ahogar a la criatura, cuya existencia hubiera protegido a la madre contra su mentido e hipócrita afecto».

Y después de este capítulo de cargos borrose la película; las lámparas eléctricas se encendieron, y a su claridad se miraron todos, pálidos, sudorosos, terriblemente impresionados por el espectáculo a que acababan de asistir.

Allsmine estaba de pie con las manos crispadas sobre el respaldo de su silla, con los cabellos erizados, con el rostro lívido, revelando en su actitud las emociones indefinibles que había experimentado.

Sin embargo, quiso ser audaz hasta el fin, y gritó:

—¡Todo lo que se ha visto es una fantasmagoría imaginada para apoderarse del ánimo del tribunal! ¡Yo fui arrebatado por el corsario Triplex; yo he sido su víctima! Todo esto es verdad; pero el fonógrafo no ha podido repetir una sola palabra mía que justifique las acusaciones, ridículas de mis enemigos. Para condenar a un hombre se necesitan pruebas, testigos. ¿Dónde están?

—Aquí —respondió una voz clara y sonora.

Todos los oficiales miraron a la silla donde había estado sentado Joe Pritchell. Éste había desaparecido; pero formados delante del lienzo del cinematógrafo, otros personajes inmóviles fijaban la vista en el acusado, que vaciló como si fuera a caer, se llevó las manos a la frente, y lanzó un grito ronco de angustia.

Allí estaba *sir* James Pack; cerca de él, la gentil Maudlin; y al lado de ésta, Bob Sammy y otro hombre cuya presencia le horrorizó.

James Pack dio un paso adelante, y dijo:

—Yo, James Pack, antiguo secretario particular de *sir* Allsmine, juro por mi honor que ese hombre es culpable. El sujeto a quien había encargado de matar a la hija de lord Green tuvo compasión de la criaturita, y me la trajo. Yo la he criado, educado y protegido. Hoy la vengo. ¡Acércate, Bob Sammy; tú que no quisiste cometer el crimen, habla!

El gigante extendió la mano; y con voz estentórea gritó:

—¡Juro que es verdad!

—Y tú —repuso Pack, dirigiéndose al hombre desconocido cuya presencia había aterrado al reo—, cuéntanos la muerte de lord Green.

El interpelado extendió la mano a su vez, y pronunció:

—¡Juro decir la verdad!



Y luego, con un pronunciado acento irlandés continuó:

—Me llamo O’Kean. Estaba empleado en la oficina de *sir* Allsmine. Mi mujer estaba moribunda y en nuestra casa reinaba la más espantosa miseria. Para salvar a la enferma los médicos me decían que había que enviarla al Sur australiano, cuyo clima le sería muy favorable. Para el viaje hacía falta dinero. Yo me atreví a hablar a mi jefe, que me dijo: —«Lo tendrás si me obedeces». —Y yo, enloquecido por ver a mi pobre mujer morir, prometí al jefe servirle. Asistí a la cacería de donde lord Green no había de volver. Estaba convenido que *sir* Allsmine y yo dispararíamos sobre el Lord. En el último instante me faltó valor, y no disparé; pero no así *sir* Allsmine, y la víctima cayó sin lanzar un ¡ay! Le irritó grandemente mi miedo, y para sellar mis labios me apresó y me arrojó en una celda secreta de la prisión, donde he estado diez años, y donde aún estaría si el corsario Triplex no me hubiera dado la libertad. ¡Dios le bendiga! Al salir del calabozo supe que mi mujer, por quien estuve en peligro de ser asesino, había sucumbido en la miseria; sin que *sir* Allsmine hubiese tenido la caridad de socorrerla con algunas guineas. Y no tengo más que decir.

Nadie interrumpía el silencio en aquel momento solemne.

Al fin *sir* James habló otra vez.

—Ahora —dijo— es la ocasión de declarar quién soy —El jorobado se llevó una mano a la espalda por debajo de la prenda que vestía; un objeto pesado cayó a sus pies, y él se levantó derecho, sin señal alguna de joroba. Después sacó del bolsillo una barba postiza, se la puso, y presentó al Almirante y a los oficiales el rostro de la persona que hacía un mes era su anfitrión.

—Mi nombre —continuó— es Joe Pritchell. Soy el mismo a quien *sir* Allsmine acusó del robo de la miniatura. El más pequeño e insignificante enemigo es el que suele vencer a los poderosos. Allsmine era un hombre temible: tenía en su poder informes y expedientes secretos cuya publicación habría deshonrado a cien familias entre las más dignas de respeto. ¿En qué familia no hay un culpable? ¿Qué rebaño no lleva una oveja sarnosa? Era preciso arrebatarse aquella arma formidable para que mi acto de justicia no llegara a producir la ruina de muchos inocentes. Tomé el cargo del secretario que le enviaban de Londres. Así he conocido sus más íntimos pensamientos. Por sus cartas amenazadoras he sabido quiénes iban a ser víctimas de su falta de escrúpulos. Uno a uno he devuelto a los interesados los papeles falsos o amañados con que los hacía temblar. Hoy los expedientes secretos del Director de la policía del Pacífico sólo contienen papel blanco. Pero el hombre ocupaba situación tan elevada en la jerarquía inglesa, que un sencillo ciudadano no hubiera podido nada contra él. Pensándolo así, me he valido de la ciencia de ingeniero y me he nombrado corsario Triplex, que, a cambio de las preocupaciones que por él puede haber tenido su patria, la dotará cuando esté amenazada de buques cuyo poderío no necesito encarecer.

Saludó gravemente y concluyó:

—James Pack, corsario Triplex o Joe Pritchell, siempre fiel súbdito de la Reina,

daré a Inglaterra el día que esté amenazada los buques submarinos que me han permitido hacer triunfar la verdad.

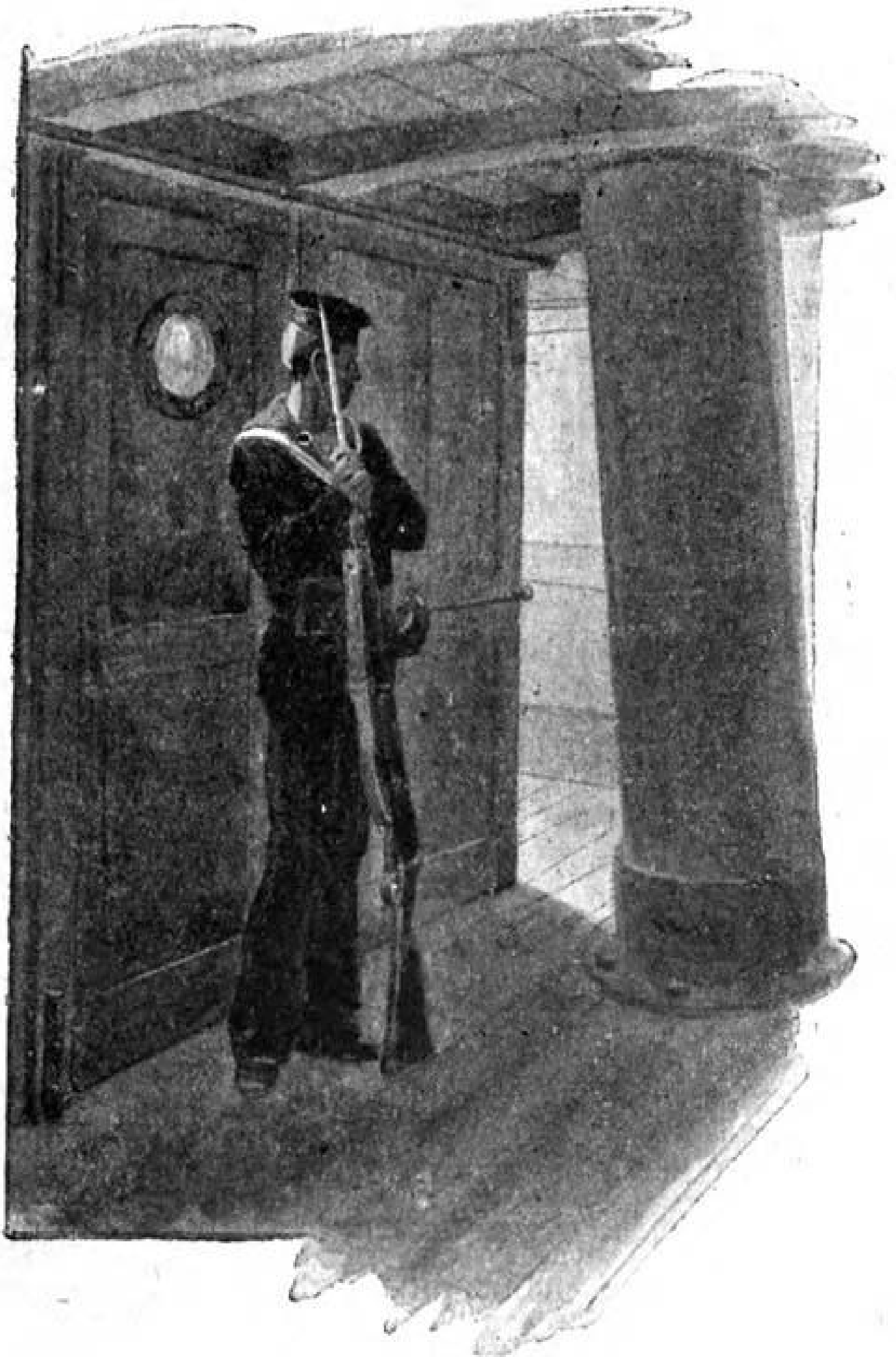
Y luego, dirigiéndose a *sir Allsmine*, que bajaba la cabeza anonadado, le dijo:

—Pedía usted testigos, *sir Toby*. Me parece que son bastantes los que le he traído.

El acusado pudo reunir todavía fuerzas para intentar una imposible defensa.

—¡Todo es un horrible tejido de falsedades! ¡Ha pagado usted falsos testigos para perderme!

Pero se ahogó la voz en su garganta. Un cuerpo pesado y velludo se arrojó a sus hombros, y con las negras manos le revolvía el pelo. Era el orangután *Hope*, que, no se sabía cómo, se había introducido en la sala, y dando un salto sobre el acusado... ¿Fue casualidad, inteligencia, instinto? ¡Quién sabe!



El ataque brusco del animal acabó de aturdir al acusado, La ficticia serenidad cedió al terror, y el infeliz, loco, anonadado, se arrojó al suelo de rodillas, murmurando:

—¡Perdón, perdón! ¡Lord Green! ¡Maudlin! ¡Perdón, perdón!

El criminal estaba vencido.

A una señal del almirante lord Strawberry los marineros se apoderaron del Director de la policía, sin fuerzas ya para resistir. Dejose llevar a la isla; maquinalmente embarcó con dos de sus guardianes en la chalupa, y una hora después estaba encerrado en uno de los camarotes del buque en que arbolaba su insignia el Almirante de la escuadra Real.

Delante de la puerta un marinero con carabina y bayoneta calada hacía centinela vigilando al hombre poderoso que había mandado a todas las fuerzas inglesas del Pacífico.

## Capítulo XVI

### *El Nilo... por toda la vida*

Los miembros del Consejo de guerra se habían retirado, reuniéndose luego en otra estancia para redactar el acta de la sesión emocionante a que habían asistido.

En la sala quedaron sólo tres personas.

Joe Pritchell, Maudlin y su madre.

Mirábanse los tres como si acabaran de despertar de un pesado sueño. Al fin la madre de Maudlin se acercó al Corsario, y tendiéndole las manos le dijo:

—Joe, hijo mío, ¿me perdonarás haberte amenazado un día y haberte acusado, creyendo la delación del hombre a quien acabas de confundir?

Pero Joe la interrumpió:

—Aquel día usted fue una víctima como yo. Nunca mi corazón leal la ha culpado, y en los días de mi condena siempre me acordaba con gratitud de mi madrina, de la viuda de lord Green.

Y añadió con expansiva ternura:

—¡Sí; a usted se lo debo todo! ¿No veló usted de lejos por mi educación? ¿No me alentó usted con su protección en la lucha por la vida? ¡A usted, señora, debo todo lo que soy! ¡Me dice usted que la perdone! Si usted fuera culpable, únicamente yo no tendría derecho a juzgarla. Para usted, noble y tierna madre de Maudlin, es todo mi agradecimiento, mi afecto más firme y sincero.

—¡Digno corazón! —dijo la buena señora; pero la emoción no le permitía hablar.



Dulces lágrimas surcaron sus mejillas, y en un impulso de amor maternal abrió los brazos para abrazar al que adolescente había alejado de sí.

Unos momentos estuvieron abrazados, y luego la madre de Maudlin murmuró:

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Levantó *sir* Joe la cabeza, y, procurando dominar su emoción, contestó serenamente:

—Voy a explotar las riquezas de la Isla de Oro. Quiero labrar la fortuna de todos los que me han ayudado en mi peligrosa empresa. A su cooperación, a su abnegación, debo el buen éxito obtenido. Es justo que obtengan la recompensa.

—¿Y no pensarás en tu propio bienestar?

—¿En el mío?

—Sí. ¿Vas a vivir solo, lejos de nosotros, en este promontorio aislado en medio del Océano? ¿No has soñado nunca tener una familia?

Joe se estremeció, y exclamó violentamente:

—¡No; debo renunciar a esa felicidad! ¡Yo no me pertenezco! ¡Soy de esos hombres que han puesto en mí toda su confianza! ¿A qué mujer podría imponer ese deber? ¿A qué mujer podría decir: «Vas a ser la esposa de un hombre que debe vivir lo más del tiempo lejos del mundo, apartado de los centros civilizados, hasta el día en que pueda separarse de los compañeros fieles que se agruparon bajo su mando y protección»?

—Podría usted decirlo a la que ha contraído la misma deuda — murmuró Maudlin con su dulcísima voz, y ruborosa bajó los ojos.

El ex-Corsario no supo qué responder. La madre le cogió una mano y la puso en las de su hija, diciendo con profunda emoción:

—¡En nombre de lord Green, encárgate de la vida de esta hija, que te la debe!

Y añadió, con dulces lágrimas.

—¡Fui injusta contigo cuando te alejé de su lado: déjame reparar aquella falta siendo ahora tu madre!

Joe no resistió más. Una alegría inmensa iluminó su rostro, y él, que había afrontado tantos peligros con la sonrisa en los labios, que había probado en la lucha tener un alma de acero, lloró abrazado a aquellas dos mujeres que habían sido el más firme afecto de su vida.

Súbitamente oyéronse pasos precipitados bajo las bóvedas. Un hombre entró en la sala clamando:

—¡*Sir* James...! ¡No...! ¡*Sir* Joe, venga usted; socórranos...! ¡Le necesitamos!

Era Armando Lavarède; pero el jovial periodista estaba desconocido. Su semblante expresaba indefinible angustia.

—¿Qué ocurre? —preguntó *sir* Joe.

—¡Que mi primo va a matar a Niari!

—¿Matar a Niari?

— ¡Sí! ¡Sería una bestia venenosa menos; pero no, no quiero, porque ese

miserable es el único que puede arrancar de las garras de la muerte a la prometida de Roberto, a la infeliz egipcia!

— ¿Qué dice usted?

—¡La pobre delira! ¡Su espíritu la abandona! ¡Para salvarla, es preciso que Niari reconozca y confiese que mi primo no es Thanis! ¡Acaso usted lograría arrancarle esta declaración!

—Sigo a usted —dijo sencillamente *sir Joe*—. ¡Quiera el Cielo que consiga lo que usted y su primo desean!

Con Maudlin y su madre acompañó a Armando. Todos se dirigieron a la caverna, cerca del lago subterráneo, y pronto llegaron a la caseta de la egipcia.

La puerta estaba abierta. Penetraron en el vestíbulo, subieron los pocos escalones, y pronto estuvieron a la puerta de la estancia de la egipcia.

Detuviéronse impresionados por el espectáculo. Niari estaba atado en el suelo. Sus ojos negros rebosando odio no se cerraban bajo la mirada colérica de Roberto, que sentado delante de él y con el revólver en la mano parecía dispuesto a disparar.

—¡Su último suspiro —decía Roberto, señalando con la otra mano el lecho en que se hallaba inerte la egipcia—, su último suspiro será la señal de tu muerte!

La egipcia estaba desconocida. La enfermedad había hecho su obra destructora. Su rostro estaba horriblemente enflaquecido; sus mejillas tenían una apariencia casi diáfana. El alma se escapaba de aquel cuerpo, y la muerte era inminente.

Cuando Armando, *sir Joe* y las señoras entraron, Roberto contempló a todos con feroz aire de venganza, sin pronunciar una palabra; pero la egipcia se incorporó como galvanizada, y mirando a Joe con sus ojos febricitantes exclamó:

—¿Eres tú, divino Osiris? ¿Vienes a buscar a tu hija para llevarla a tu palacio del infinito que iluminan las estrellas?





Era la voz del delirio lo que oían con profundísima pena. La egipcia prosiguió:

—¡Oh; déjame todavía sobre la Tierra! ¡El Egipto marcha a la libertad! ¡Ya oigo los gritos de alegría de sus hijos libres del opresor!

Y juntaba las manos.

—¡Espera, Osiris! ¡Los vencedores llegan! ¡Mi misión se habrá cumplido y podré ser la esposa del victorioso, de aquel que he elegido entre todos!

Y continuaba en éxtasis:

—¿Oyes? ¿Los oyes? ¡Todo contribuye a la alegría del pueblo! ¡Los escarabajos de oro rozan los élitros y suenan como címbalos! ¡Los ibis vuelan hasta lo más alto del nido, en el polvo de oro del sol! ¡Todo canta, todo clama, todo se agita y todo se precipita para salir al encuentro del ejército libertador! ¡El Nilo azul se levanta en rítmicas ondulaciones, como un pecho libre de toda opresión!

Lo que no había logrado *sir* Joe, lo hizo la voz de la egipcia. Roberto se levantó; y como si olvidara un momento a su enemigo tendido a sus pies, con voz amarga y suplicante exclamó:

—¡Vida mía, por Dios, vuelve en ti!

Pero ella le separó con un gesto, y siguió en su delirio:

—¡Silencio! ¡Que tu voz no impida oír los gritos de libertad! ¡El pueblo de Egipto avanza! ¡Ruge su alegría! ¡Es el rugido del torrente saltando entre las rocas, el estrépito de las olas contra la rompiente! ¡Allí van los infantes, los carros de guerra, el tren de la artillería, los jinetes guerreros en sus caballos veloces, que llevan los cascos cubiertos de oro, que es el polvo amarillo del desierto! ¡Y ahí viene el jefe, levantado sobre el pavés por los más altos dignatarios, y ondeando sobre su cabeza el estandarte sagrado!

La enferma se interrumpió, y en su mirada se reflejó la sorpresa.

—¿Cuál es esa bandera? —se preguntó.

Y otra vez sus ojos se fijaron en el vacío.

—¡No es la bandera de Egipto: no es la bandera azul con sus estrellas y su media luna blancas! ¿Qué colores son éstos?

Un instante pareció que discurría, que reflexionaba, y luego dijo lentamente:

—¡Azul..., blanco..., rojo...!

Y un grito surgió de sus labios.

—¡La bandera de Francia! ¡Es de Francia de donde viene la libertad!

Como si este último esfuerzo la hubiera agitado, la pobre joven dejó caer los brazos y quedó privada de sentido.

De un salto se precipitó sobre el lecho Roberto, con el semblante contraído por la desesperación. La creyó muerta; pero no: el alma no la había abandonado todavía.

Un desmayo había sucedido a aquel fuerte acceso de delirio.

Mientras las señoras rodeaban a la enferma y la auxiliaban humedeciéndole la boca seca y las sienas, *sir* Joe se acercó a Niari, le levantó, le sentó en una silla, y mirándole frente a frente le preguntó:

—Niari, ¿has visto? ¿Has visto?

El fanático bajó la cabeza afirmando:

—¡Esa desgraciada está luchando con la muerte! ¡Sus fuerzas están ya agotadas! Notóse un estremecimiento en el antiguo servidor de Thanis.

Por muy fugaz que fuese aquel indicio de sensibilidad, no dejó de advertirlo *sir* Joe.

—¡Es la hija de Hador —repuso éste—, la última flor abierta sobre el tronco viejo de cuatro mil años! ¡Sus abuelos marcharon al combate bajo las órdenes de diez y seis dinastías de Faraones! ¡Fueron los implacables adversarios de los conquistadores nómadas de la Siria! ¡Contemporáneos de Moisés, asistieron impasibles al desarrollo de las plagas de Egipto! ¡Vieron el río rojo de sangre, sufrieron los horrores de la peste, los insectos arrasaron sus campos; pero no rindieron la cabeza altiva! Faraón cedió. Permitió a los esclavos israelitas salir de la tierra de Egipto, pero apenas había comenzado el éxodo los Hador se presentaron en el palacio de Tebas, de las cien puertas. Con riesgo de su vida insultaron al Monarca todopoderoso, le flagelaron con frases mortificantes, y al fin le obligaron a perseguir a los que huían.

Mientras hablaba *sir* Joe, Niari levantaba la frente. Sus ojos negros se fijaban profundamente en aquél, y sus labios palpitaban. Parecía respirar la ardiente atmósfera de las batallas.

—Entonces —continuó Joe— los Hador hicieron enganchar dos ligeros corceles a sus carros de guerra con ruedas de bronce. Armados de flechas, con sus arcos de palmeras partieron como el huracán, siguiendo las huellas de Israel. Toda la Nobleza egipcia corrió tras ellos arrastrando al Faraón. El huracán de hierro alcanzó a los fugitivos cerca del mar Rojo. El soplo de Jehová, según la leyenda, separó en dos partes las aguas del mar, que se levantaban como dos murallas dejando libre un paso en que Israel se precipitó. Ante aquel prodigio, simples guerreros hubieran vacilado. Pero los Hador eran héroes —los griegos hubieran hecho de ellos semidioses—, y el jefe de la raza fustigando a sus caballos, que se encabritaban y relinchaban de espanto, fue el primero en llevar su carro al abismo.

A pesar de las cuerdas que sujetaban sus miembros, el egipcio había podido ponerse en pie. Su cara bronceada enrojeció, y en su mirada perspicaz lucía la llama del patriotismo.

Joe prosiguió después de un momento de silencio:

—El Destino había condenado a los guerreros del valle del Nilo. Cuando iban a alcanzar a los hebreos, se desprendieron las ruedas de sus carros, y hubo un amontonamiento, una confusión de carros y caballos; las aguas se desbordaron; una ola gigantesca subió hasta el cielo, y rodaron en los torbellinos de espuma los cadáveres de aquellas hienas que el poder de lo infinito no había podido abatir.

De pronto, sin transición, *sir* Joe habló con dulce suave acento:

—¡Así como la flor sobre el tronco de coral, esta mujer que ves morir ha nacido de aquella raza de hombres de granito! ¡Es la gracia, la dulzura, la bondad, como

ellos eran el orgullo y el valor! ¿Vas a condenarla a morir? ¿Vas a cortar esta última rama, que recuerda los tiempos heroicos de la patria? Su alma sencilla e ingenua la ha inclinado a uno de nuestros compañeros. ¿Quién es él? Un francés; un hombre de esa raza benévola y amable que trabajó en otro tiempo para hacer próspero y poderoso a Egipto y preparaba el renacimiento de la patria. Esta mujer estaba inspirada por el espíritu de sus antecesores. ¡La buena sangre no miente! ¡Lo que anhelaba era la alianza del joven Egipto con el país de los francos!

Y prosiguió en tono más severo:

—¿Qué hacías tú? ¿Qué has hecho? ¿Qué haces? ¡Ofuscado por un absurdo patriotismo, desesperas y arrojas a la muerte a la única que puede agrupar a todos los patriotas egipcios!

Pero Niari le interrumpió:

—Si se casa con el francés, ya no será nada para la causa a que he consagrado mi existencia. *Sir*, has hablado muy bien, y tus palabras me han llegado al corazón; pero el que te interesa ha rehusado combatir a nuestros opresores.

Un instante vaciló *sir* Joe antes de contestar; pero duró poco su duda.

—Si aceptase —dijo—, ¿consentirías en hacer la declaración que necesita de ti? También el egipcio vaciló.



—¡No sé! —dijo al fin.

Y decidiéndose violentamente a explicarse, preguntó:

—¿Podría estar seguro de que después haría lo que dices?

—Sí, prometiéndolo por su honor, porque es de los hombres que no faltan a su palabra.

La fisonomía del egipcio se contrajo dolorosamente, y sus ojos revelaron la lucha suprema de su afecto profundo a la bella compatriota con la incertidumbre de lo porvenir.

—¡Pero tú eres inglés! —murmuró medio vencido—. ¿Por qué me hablas en favor de un hombre de un país que, si he de creerte a ti y a otros, quería hacer la guerra a las gentes de tu nación?

Una sombra cruzó por la frente de *sir Joe*.

—¿Por qué me recuerdas eso? Si tal cosa dije, no pensaba más que en la justicia y en el derecho.

Miró a Niari con severidad, y continuó:

—A pesar de lo que acabas de decir, insisto en lo que te pido. Individuos y sociedades, deben despreciar sus intereses cuando pugnan con la justicia. ¡Más que la fortuna vale el honor!

Niari reflexionó.

—¡Sea! —dijo decidido—. Que *sir Roberto Lavarède* se comprometa a llevar a nuestra juventud al combate, y yo le ayudaré a despojarse del nombre de *Thanis*.

*Pritchell* iba a contestar; pero se interpuso una voz, tenue, ligera, dulce como un suspiro:

—¡Sí, Roberto! —decía aquella voz angelical—. ¡Acepta! ¡Ayúdame a cumplir el deber que me legaron mis abuelos!

La egipcia acababa de recobrar el sentido, había oído las últimas palabras pronunciadas por Niari, y en aquel momento, en medio de la turbación de su espíritu, con la idea fija de que lo que suplicaba era lo que la separaba de su prometido, había dicho maquinalmente: «¡Acepta, Roberto!»

Roberto palideció colérico; pero *sir Joe* y *Armando* le calmaron.

—¡Es la vida de la que ama usted! —le dijo *sir Joe*.

—Recobrarás —le dijo su primo —el nombre de tu padre, y te vengarás de los que te arrojaron en la revolución egipcia.

Después de unos momentos de reflexión Roberto dijo volviéndose a Niari:



—Vamos a volver a Francia. Declararás que yo no soy Thanis, y tu declaración me permitirá obtener un acta de notoriedad, gracias a la cual volveré a ser yo. ¿Lo prometes?

—Sí.

—Y yo te doy mi palabra de hacer lo que quieras por la causa de la independencia egipcia.

—¿Serás jefe de la revolución?

—¡Lo seré!

—¿Darás tu vida a la causa de los patriotas?

—¡La daré!

—Y después de la victoria, ¿te casarás con la hija de Hador, según las costumbres del país?

—¡Sí!

Después de esta respuesta exclamó Roberto, presa de fuerte agitación:

—¡Yo, que deseaba después de tantos trabajos y penalidades la vida apacible, obscura y tranquila, verme obligado ahora a entrar a sangre y fuego en una comarca para que mi adorada pueda ser mi esposa!

—Si te pesa —se apresuró a decir el egipcio—, aún es tiempo de separarte de ella.

Pero Roberto no le dejó continuar.

—¡Lo he prometido! ¡Iré a Egipto, lo arrollaré todo a mi paso, cegaré el Nilo, si quieres; pero vivirá la que es vida de mi vida!

La enferma sonrió angelicalmente, tendió sus manos enflaquecidas al bravo Roberto, cerráronse sus párpados suavemente y se durmió tranquila.



## Capítulo XVII

### *Toda Sidney ve al fin los ojos de Triplex*

Un mes después la ciudad de Sidney estaba de gran fiesta.

Una multitud compacta, bulliciosa, entusiasmada, circulaba por las calles.

En medio de los grupos se veía a los *reporters* del *Instantaneous* y de la *New Sidney Review*, los mismos que una mañana encontró Armando Lavarède al pie del aparato de horca en que estaba colgado el poderoso *sir* Toby Allsmine.

Estaban contentísimos. Para compensarlos de la mala jugada que hizo a sus colegas, como el lector recordará, destruyendo los clichés fotográficos, el periodista francés había preparado durante la travesía de la Isla de Oro a Sidney (porque él y todos los demás habían regresado a bordo del buque almirante de la escuadra del Pacífico) una historia completa de las aventuras del corsario Triplex.

En cuanto llegó a Puerto Jackson lo primero que hizo fue entregar a los periodistas citados sus cuartillas, que publicaron los dos periódicos cuarenta y ocho horas antes que sus competidores, lo que valió al *Instantaneous* y a la *New Sidney Review* una tirada enorme.

Por tal manera el gran público se había enterado de la derrota de *sir* Toby Allsmine, del próximo matrimonio del corsario Triplex, *sir* Joe Pritchell, con la señorita Maudlin Green, hija del noble lord asesinado por el Director de la policía.

La doble noticia había corrido por los hilos telegráficos a lo largo de las costas de Australia, produciendo en todas partes indescriptible emoción, aumentada considerablemente por la circunstancia de ser inglés el famoso Triplex, y por el hecho de que sus maravillosos submarinos pertenecerían un día a la poderosa Inglaterra.

Todo el mundo había querido presenciar el matrimonio del ilustre navegante. Las Compañías ferroviarias habían tenido que establecer trenes de recreo para Sidney; los navieros habían fletado *steamers* para transportar a los infinitos admiradores de Triplex. Algunos retrasados, desesperando de encontrar asiento en los vagones o un rincón en alguna embarcación, habían llegado en globo. En todos los caminos era aquello un desfile interminable de caballos, bicicletas, carros, ómnibus, diligencias, automóviles. Los empresarios de transporte hicieron su agosto.

Los libreros no cesaban de vender a buen precio retratos más o menos auténticos de las personas que excitaban la general admiración, y ganaron un dineral.

Y aquel día, en que debía celebrarse el enlace de *sir* Joe y Maudlin, los vendedores ambulantes, *camelots*, que dicen los franceses, recaudaron mucho dinero

vendiendo una medalla de bronce conmemorativa del himeneo de Triplex.

La población de Sidney se había triplicado. No se podía materialmente andar. Las calles y las casas rebosaban de gente. Los hoteles habían duplicado los precios ordinarios. En una habitación para una persona se habían acomodado incómodamente cinco, lo que no era óbice para que cada quisque tuviera que pagar cinco onzas diarias. El *rosbif* se vendía al inverosímil precio de veinticinco francos el medio kilo; un pan costaba dos francos; un huevo, un franco cincuenta céntimos, y por este orden, o desorden, todo lo demás.

Pero, ¡cosa admirable!, tan escandalosa subida de precios no alteraba la alegría general.

Los australianos poseen el instinto del comercio, y no les parecía caro nada en aquellas circunstancias excepcionales.

El paseo de los prometidos esposos, atravesando la ciudad fue una verdadera marcha triunfal.

Las carrozas de ellos y de su séquito pasaban por entre dobles filas de espectadores que aplaudían frenéticamente. Los *¡hip!* los *¡hurras!* se cruzaban en el aire con un clamor ensordecedor; los hombres tiraban a lo alto los sombreros. ¡Era el delirio!

Los oficiales de la escuadra, que todos formaban parte del cortejo, obtuvieron también su parte en las entusiásticas aclamaciones; y por la noche, durante el baile que se dio en el hotel de Paramata Street, fue tal la aglomeración de gente en la calle, que perecieron asfixiadas cincuenta y dos personas.

En una palabra, fue una fiesta magnífica, imponente, solemne, como lo dijeron todos los periódicos y gacetas.

El segundo día aún fue más intensa la alegría.

Los buques de la escuadra, preciosamente empavesados, saludaron al corsario Triplex con retumbantes salvas de artillería, y a ellas contestaron las baterías de los fuertes.

La muchedumbre tuvo la satisfacción de ver circular en la superficie del agua las naves misteriosas de las cuales solamente había visto los faroles aquella noche memorable en que la madre de Maudlin había recibido el arlequín de oro.

Al fin la ciudad de Sidney veía los *ojos de Triplex*.

Entretanto, en el camarote donde estaba encerrado, *sir* Toby Allsmine, despojado de todo, vencido, deshonrado, reflexionaba. El clamor de la alegría popular que le llevaba el viento le arrancaba gestos y exclamaciones de infernal violencia. ¡Verse abandonado, maltrecho y cautivo el que había conseguido alcanzar la cumbre de los honores! ¡Estar encerrado en tan reducido espacio el que había sido dueño y señor todopoderoso de millones de hombres que en el Pacífico son súbditos de Inglaterra! ¡Era horrible; era el colmo del horror!

Pero aún era para él más horrible el triunfo de su enemigo. Por el cristal del camarote Allsmine veía el puerto, veía los pabellones multicolores izados en los

mástiles, oía las detonaciones de la artillería, que parecían rodar sobre las aguas, y oía, por fin, los vítores del pueblo, que le sonaban a maldiciones.

¡Triplex lo era todo, y él no era nada!

La rabia le cegaba, le abrasaba el cerebro. Iba a ser conducido a Inglaterra para ocupar ante otro tribunal el banquillo de los asesinos.

Nadie hablaría en su favor. Ya no tenía expedientes secretos amañados con que comprometer a nadie. Todo lo había destruido aquel diabólico hombre, aquel terrible Corsario vengador. Sería condenado a la horca.

¡Ah! Su enemigo había dicho la verdad la noche de la fiesta de los Docks. Recordaba bien sus palabras.

—«Podría matarle; pero prefería condenarle al ridículo, esperando que un día le castigaría la justicia inglesa».

El odioso enemigo había cumplido su propósito. ¡Con qué paciencia, con qué actividad y constancia había laborado para perderle!

¡Ya había concluido todo, todo! Poco a poco fueron extinguiéndose los rumores de la fiesta. El profundo silencio de la noche reinó en la ciudad y en la rada, y entonces fueron otras las reflexiones del prisionero.

En medio del silencio sintió como una laxitud física y moral, una invencible necesidad de descanso. Su vida había sido larga: a los cuarenta y ocho años había vivido, en el sentido activo de la palabra, mucho más que la mayor parte de los octogenarios. Había conocido la pobreza, y luego las satisfacciones de la prosperidad y del poder, pasando por todos los grados de la jerarquía social. Siempre había vencido todos los obstáculos, menos aquella última vez. ¡Bien; había jugado, y había perdido! ¡Tenía que pagar!

Después de todo, ¿valía ya tanto su vida que hubiera de tratar de defenderla? Acaso podría salvar la cabeza. ¿Para qué? Acaso podría conseguir que la sentencia de muerte se conmutara por una condena a cadena perpetua. Pero ¿es vivir estar privado de libertad? La prisión perpetua no es más que una larga agonía. Es preferible morir pronto, con el menor sufrimiento posible.

¡Pero morir ahorcado, estremecerse, hacer horribles contorsiones ante una multitud de imbéciles! ¡No; no era él hombre que se dejara tocar por la mano del verdugo!

Toda la noche la pasó pensando en su suerte.

Cuando el alba asomaba en el horizonte murmuró con un gesto de gran energía.

—¡Amigo Toby, esto se acabó! ¡Saluda a la sociedad, y a reposar!

Y dichas estas enigmáticas palabras, se quitó del dedo anular una sortija. La contempló unos momentos, y apretando con la uña un resorte invisible, abrióse la joya saltando una tapa.

En la montura de oro había una pequeña cavidad que contenía tres granitos de color rojo oscuro.

Allsmine los miró con faz sombría, jadeante. Al fin vertió los granitos en la mano.

Lentamente fue al camastro, y se tendió sobre la colchoneta. Durante diez minutos estuvo inmóvil y con los ojos cerrados. Sus labios pronunciaban palabras ininteligibles.



Luego abrió los ojos, miró con expresión de horror y rabia al cristal, que ya clareaba a la luz del día, y con un gesto rápido se llevó a la boca la mano en que tenía los granitos.

Quedó sin movimiento. Por medio del veneno que el miserable llevaba siempre consigo, habíase sustraído a los rigores de la justicia humana.

\* \* \*

Pasaron seis meses. Los dos Lavarède, Aurelia, la egipcia y Niari estaban de regreso en París, después de haberse despedido con mucho amor y ternura de *sir* Joe Pritchell, que con su esposa y la madre de ésta había regresado a la Isla de Oro, donde, según se había propuesto, iba a asegurar la suerte de sus antiguos compañeros de glorias y fatigas.

Merced a las activas diligencias de Armando y a las declaraciones de Niari, se había expedido el ansiado certificado de notoriedad.

Roberto había recobrado su apellido, y volvía a ser ciudadano francés.

La noche del venturoso día en que terminaron las fórmulas administrativas hablaba alegremente con su adorada, que había recobrado con la esperanza su salud y su incomparable belleza. Gravemente sentado en una banqueta, el orangután *Hope*, que había crecido mucho, parecía escuchar la conversación con gran interés. De pronto se acercó Niari. El animal le miró con aire amenazador y rechinando los dientes; pero un gesto de su ama le calmó.

—¿Qué quieres, Niari? —le preguntó,

El egipcio se inclinó, y poniéndose las manos en la cabeza murmuró respetuosamente:

—Hija de Hador, y tú, señor francés, yo he cumplido mi promesa. ¿Cuándo cumpliréis la vuestra?

—¿Eh? —interrumpió Aurelia, que inclinada sobre el hombro de Armando leía a medida que su marido las escribía sus impresiones sobre el maravilloso viaje con Triplex—. ¡Déjale tiempo de respirar siquiera!

Pero el egipcio se encogió de hombros.

—Un pueblo postrado bajo la tiranía espera su libertad. ¿Es justo que aquellos de quienes espera el grito de libertad se entreguen a los placeres y a la molicie?

—¡No —dijo gravemente la egipcia poniéndose en pie—, no es justo!

Y cogiendo la mano de Roberto, añadió:

—General (déjame ser la primera que te dé este título), ¿cuándo nos llevarás a las orillas del Nilo, al país que cuando sea libre será testigo de nuestra unión?

Roberto sonrió a su adorada. Ir a la guerra era para él sinónimo de unirse a la que poseía su alma toda. Volvióse a Niari y le dijo:

—Dispón lo necesario para la partida Niari. Saldremos de París en cuanto hayas hecho todos los preparativos y tomado las disposiciones precisas.

Por primera vez sonrieron los gruesos labios del patriota egipcio. Se prosternó ante el prometido de la hija de Hador

—Gracias te doy por esas palabras capitán de los egipcios. Tu boca no sabe mentir, y tu corazón es leal como el de la hija de Hador. ¡Pronto partiremos a la conquista del Nilo!

No hay situación grave sin alguna nota cómica.

El orangután, que había presenciado con mucha atención la escena, saltó de su asiento, y llegándose al francés, le cogió la mano imitando el gesto y la actitud de Niari. También el animal parecía decir:

—¡Vamos a conquistar el Nilo!

La egipcia suspiró con infinita dulzura.

—¿Es un presagio? —dijo.

Y acariciando al inteligente animal, murmuró:

—¡Hope! ¡Esperanza! ¿Me anuncias el triunfo y el término de nuestras penas y nuestras ansias?

## FIN DE LA NOVELA







## *Apéndice*

- 1.— Cubierta original de Ancienne librairie Furne (Facsímil moderno de Éditions Slatkine).
- 2.— Publicidad de la época (1899).
- 3, 4 y 5.— Portadas de La Novela de Ahora, de Saturnino Calleja, Editor.

VOYAGES

EXCENTRIQUES

PAUL D'IVOI

# Corsaire TRIPLEX



MICHEL SLATKINE



PAUL D'IVOI

# EL CORSARIO INVISIBLE



La Novela de Ahora

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.<sup>a</sup> época.    ●○○    Año IV.

Número 61.

PAUL D'IVOI

# TRÍPLEX



**La Novela de Ahora**

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.<sup>a</sup> época.    000    Año IV.

Número 62.

**PAUL D'IVOI**

# LA ISLA DE ORO



**La Novela de Ahora**

PUBLICACIÓN SEMANAL

3.ª época. ○○○ Año IV

**Número 63.**





PAUL D'IVOI, cuyo verdadero nombre era Paul Deleutre, fue un escritor francés que escribió y publicó sus obras entre fines del Siglo XIX y principios del XX. Nació el 25 de octubre de 1856 en París y murió el 6 de septiembre de 1915, igualmente en París. Su serie de 21 «Viajes Excéntricos» siguió el estilo y temática de los «Viajes extraordinarios» de Jules Verne, y tuvo una buena recepción en los lectores de la época. El «Corsario Triplex» es un héroe justiciero británico, submarinista (al estilo del Capitán Nemo) que trata de desenmascarar y exponer al villano de la historia: *Sir Toby Allsmine*.



# *Notas*

[1] «Dock», término inglés con el significado de muelle portuario, principalmente de carga y descarga.

*[Las notas explicativas han sido preparadas por el Editor Digital, y tienen como fin señalar incidencias en la traducción, aportar alguna información adicional, o comentar pasajes curiosos. En ningún caso pretenden ser exhaustivas. En aquéllas que aparecían ya en la traducción de La Novela de Ahora, se indica su procedencia en la propia nota]. <<*

[2] En el original francés, «Lucía» es «Lotia». <<

[3] «La Poudre de Perlinpinpin», en el original francés. <<

[4] «*Vaubans*», por Sébastien Le Prestre, Señor y posteriormente Marqués de Vauban, Mariscal de Francia y principal ingeniero militar de su época. Se utiliza el nombre del personaje como sinónimo de la profesión. En la traducción original castellana «*Vaubans*» aparece como «*Xaubans*», en cursiva, síntoma de que, tal vez, el traductor contó como material francés un ejemplar repleto de erratas, y no supo precisar el sentido del término. <<

[5] «Automedonte», auriga de Aquiles, utilizado aquí su nombre como sinónimo de cochero. <<

[6] Evidentemente, «muerto» no es monosílabo en castellano, aunque sí lo es en francés: «mort». La fidelidad al texto del traductor llega a crear una incoherencia en este caso. <<

[7] En la traducción de La Novela de Ahora, este capítulo carece de título, sin embargo, en el original francés se titula «*A travers la brousse*», que puede traducirse como «*A través de la espesura*», «*A través de la jungla*» o, sucintamente, «*Por el monte (salvaje)*». <<



[8] ¡Curiosa y tremenda fantasía farmacológica! <<

[9] «Bock» en la traducción original. De nuevo se confunde el anónimo traductor, evidentemente a causa de una errata en el material francés. *Bock* es una cerveza negra particularmente fuerte. En la versión francesa, el término empleado es «bol»: tazón, cuenco. <<

[10] El autor menciona aquí el episodio del tribunal de las máscaras verdes, narrado en *El Corsario Invisible*, con el propósito de no detallar de nuevo las acusaciones contra *sir Toby Allsmine*. Esto puede inducir a error al lector poco avisado, porque siembra dudas acerca del orden de los acontecimientos. En el presente capítulo, tal como se comprueba al final del mismo, este hecho aún no se ha producido. <<

[11] La traducción afirma que Pack... ¡¡cierra la puerta!! Evidentemente, se trata de un descuido del traductor, no hay errata posible que justifique tal confusión. <<

[12] Estas variedades de perlas son reales, aunque la grafía difiere según el idioma de que se trate. Se ha respetado la ofrecida en la traducción en todos los casos, excepto en el de la perla Thool, que aparecía como «Thwl», forma que no figura en ningún catálogo. <<

[13] Se refiere a los chinos, naturalmente. <<

[14] La traducción dice «bosques de África», mientras que el original francés dice «jungles asiaticques». Se ha corregido para evitar el absurdo: en África no hay tigres.

<<

[15] Este párrafo se ha corregido siguiendo el original francés, que dice:

*«Leurs yeux luisants pesaient sur le groupe avec une fixité gênante, exerçant sur les voyageurs une véritable fascination».*

Sin embargo, la traducción dice, textualmente:

*«Sus ojos brillantes estaban fijos en las salamandras, ejerciendo en ellos una verdadera fascinación».*

Me siento incapaz de aventurar de dónde sacó el traductor lo de las salamandras... <<



[16] Esta breve frase falta en la traducción española. Carecería de importancia si su omisión no produjera una discontinuidad en la alternancia del diálogo: los personajes, de pronto, parecen haber intercambiado sus papeles. <<

[17] En la traducción esta palabra aparece bajo la forma de «antochtonos», en cursivas y, además, mal escrita (como la mayoría de los términos científicos o extranjeros, que han tenido que ser corregidos en esta edición digital). En el original francés, figura como «autochtones», sin énfasis alguno. Procede, pues, usar el término «autóctonos».

<<

[18] Los dayacos no creen que haya otro idioma. (Nota de la Trad. Original). <<

[19] Sabido es que los dayacos usan collares de dientes de sus víctimas. (Nota de la Trad. Original). <<

[20] «Atoll» en la traducción original. Se ha preferido usar «atolón» en el texto por ser vocablo de uso común. <<

[21] Probablemente se refiere a Jacques Callot (1592-1635), grabador que realizó numerosos dibujos de criaturas grotescas. En la traducción original, el apellido es citado erróneamente como «Vellot». <<

[22] Esto es rigurosamente exacto. Un acorazado de primer orden cuesta de 12 a 25 millones, y un torpedero submarino Goubet, 250 000 francos. (Nota de la Trad. Original). <<

[23] «Harpagón», protagonista de *El Avaro*, de Molière. <<



[24] En realidad, la traducción castellana dice:

«—¡Ah! —exclamó—. Yo sé cómo».

Se trata de un error, porque el original francés dice:

«—*Je n'en sais rien*». (Yo no sé nada de eso). <<